



Sofía Segovia

Peregrinos

Por la autora de *El murmullo de las abejas* y *Huracán*

Lumen



Sofía Segovia

Peregrinos

Por la autora de *El murmullo de las abejas* y *Huracán*

Lumen

Peregrinos

Sofía Segovia

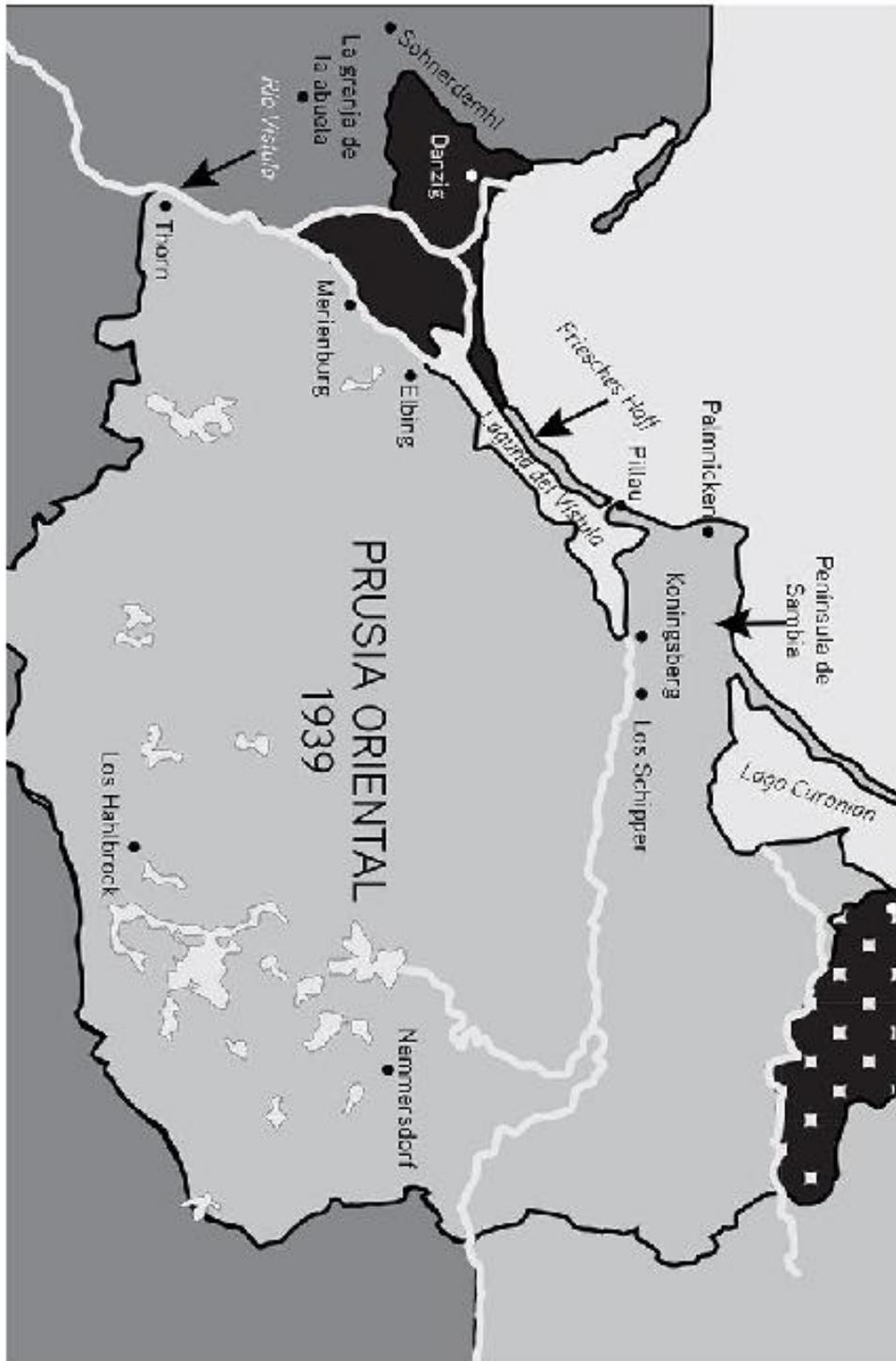
Lumen

narrativa

EUROPA DEL ESTE ANTES DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL



PRUSIA DURANTE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL



LA PARTICIÓN DE POLONIA
PACTO MOLOTOV-RIBBENTROP, 1 DE SEPTIEMBRE DE 1939



■ Área anexada por Alemania ■ Área ocupada por Alemanis ■ Área incorporada por Unión Soviética

*Para todo peregrino
en busca de vida
y de paz,
y para toda tierra
que los reciba
Para Ilse y Arno
Para José y nuestros hijos,
siempre*

La gente necesita ver y oír los detalles de lo que sucede, pues su imaginación es incapaz de dar dimensión correcta a hechos generales. Cuando un desastre consume cinco millones de víctimas, esto no tiene significado: el número está vacío. Sin embargo, si te muestro a un único individuo en su perfección, su fe, sus esperanzas, en sus dificultades, si te muestro cómo muere, entonces recordarás su historia para siempre.

ERICH MARIA REMARQUE

El hecho más impactante sobre la guerra es que sus víctimas y sus instrumentos son seres humanos individuales, y que estos seres individuales son condenados por las monstruosas convenciones de la política para asesinar o ser asesinados en riñas que no son las suyas.

ALDOUS HUXLEY

ILSE

Del 26 de enero de 1936 al 25 de marzo de 1938

1. *La niña*

En el primer soplo, la vida duele.

¿Cómo no llorar la primera vez que la luz lastima los ojos o la primera vez que se siente el roce seco del aire en la piel? ¿Cómo no llorar cuando los pulmones se llenan de oxígeno frío y desconocido, cuando los ruidos suaves que antes llegaban a los oídos inundados, llegan duros, sin filtros? ¿Cómo no protestar con energía cuando el mundo se torna infinito y no ayuda para contener el cuerpo, hasta ese día tan ajustado, tan sostenido, tan abrazado en la oscura suavidad del interior de la madre?

La niña empezaba a acostumbrarse a ello, y quizá hasta a disfrutar de la vida en brazos de su madre, cuando la llevaron a la iglesia a darle nombre.

Ese día en que todo estaba por venir, el agua bendita de su bautizo mojó con bendiciones su frente y regó el suelo de Prusia Oriental, cuando todavía existían ésta y su gente sin saber que tenía los días contados, sin saber que le esperaba un propio bautizo de fuego que borraría el nombre de esa tierra para siempre. Ese día y desde 1918, la orgullosa Prusia existía separada de su Alemania, no por voluntad propia, sino por castigo impuesto por el mundo. Y sus habitantes — incluida esa niña, nueva bautizada— se habían quedado en el ostracismo, como una astilla que se separa de su palo: eres, pero no; perteneces, pero casi te olvido. Existían lejos, pero en eterna añoranza de sus hermanos germanos al oeste; separados por mar, pero más por tierra. Lejanos, pero nunca relegando al olvido la patria, y con el profundo deseo de transitar con libertad por sus otrora tierras convertidas en frontera que los separaban, tierras que antes también eran Prusia y que ahora el mundo se empeñaba en llamar Corredor Polaco.

Ese día del bautizo de agua de la niña faltaba mucho para el de fuego, pero durante décadas por venir, el mundo dedicaría un gran esfuerzo para entender el orden de los sucesos, la importancia de las variables; exigiría a las grandes mentes y gastaría grandes recursos para analizar el origen de la culpa y la crueldad del culpable, de los culpables. También dedicaría selectos silencios para hacer olvidar lo intolerable del propio delito. Y prometería que todo lo acontecido nunca más volvería a suceder. Poco se hablaría de que ésa era una promesa fallida que ya se había hecho una ocasión anterior tras castigar al agresor, al perdedor.

A la niña para siempre le gustaría el nombre que le habían escogido, pero ese

día, el pastor se lo derramó repentino, abundante, frío —porque desde siempre había sido imposible mantener tibia el agua de esa pila bautismal. Lo dejó caer sobre su frente tibia sin miramientos. El apelativo se adhirió a ella para siempre, gracias a esa agua y a miles de bendiciones, pero el golpe helado fue brutal y le arrancó a Ilse un grito que se convirtió en un llanto que no cesó sino hasta concluida la ceremonia.

Sus padres celebraron de manera sencilla como no pudieron hacerlo por el bautizo de su hija mayor sólo cuatro años antes. Cuánta diferencia hacen cuatro años, pensaron mientras ponían la mesa para seis invitados y mientras emanaba el delicioso aroma del ganso al horno. Qué lejana el hambre de su infancia y juventud. Qué bien escogido su canciller que había salvado a Alemania de la escasez.

Ese mismo día, muy lejos de ahí, Madame Titayna, periodista francesa, hacía al taciturno líder una rara entrevista para una revista de su país: «No hay un solo alemán que quiera la guerra. La última nos costó dos millones de muertos y siete millones y medio de heridos. Aunque hubiéramos sido los victoriosos, ninguna victoria hubiera valido la pena por ese precio», declaró él, y ella se regresó convencida a su país de que ni ese hombre ni ese pueblo representaban una amenaza para la paz.

Su canciller quería paz, y los padres de Ilse al igual que él. El mundo decía que la guerra anterior había acabado con todas las guerras. Era innegable que había acabado con ellos. Hartwig y Wanda Hahlbrock habían sobrevivido la ruina y la tragedia. Ahora lo único que deseaban, después de tanto sufrimiento, ya con esperanza, era ver a sus queridas hijas crecer felices, sin hambre y con paz. Y creían que con el *Führer* eso por fin era posible. Tres años de él, tres años de orden, tres años de su vida, tres años de trabajo, tres de por fin contemplar un presente sin hambre y un futuro promisorio. Y, por eso, una nueva y querida hija. Ilse.

Dos años y dos meses después, aunque no recordaba ni el dolor de su nacimiento, ni el del agua helada de su bautizo, Ilse ya era un cúmulo de pequeñas experiencias y conocimientos adquiridos, porque nunca se aprende tanto como en los primeros tres años de vida. Se aprende, se vive, pero no se recuerda haber aprendido o haber vivido.

En ese tiempo fue que Ilse conoció a la gente de su pequeño y aislado

mundo; aprendió a distinguir el hambre y sus punzadas, pero también a tener paciencia y a esperar: el alimento llegaría, su madre se encargaría de ello; no había necesidad de llorar, porque ya había aprendido las palabras «tengo» y «hambre», entre muchas otras. En esos primeros años aprendió que el fogón da un calor sabroso a cierta distancia, pero que si se acorta, éste quema. Aprendió a erguirse, a caminar, a subir escalones y a bajarlos. Aprendió a nombrar las cosas. A nombrarse a sí misma: Ilse Hahlbrock, aunque el apellido todavía se le hacía un nudo en la lengua.

También aprendió a no llorar, porque lo único que conseguía con sus lágrimas era molestar a su madre, que siempre le decía: Ilse, nosotros no lloramos. Conoció el deseo por lo ajeno —pues la muñeca de su hermana le parecía más hermosa que la propia—, pero también aprendió a desprenderse de él y a conformarse con lo que era de ella sin protestar, pues tampoco así conseguía nada.

En ese tiempo aprendió también a temer a los gansos y a los perros, aunque nadie lo pudiera entender: Káiser, el único perro en su mundo, jamás se hubiera atrevido a asustarla, menos a lastimarla.

Pero a la niña no había manera de convencerla de ello.

—Si no muerde, Ilse. El Káiser es bueno, acarícialo.

Pero la niña tenía sus motivos para temer, aunque no los recordara ella y aunque nadie los hubiera atestiguado.

Y es que en una ocasión —una rara ocasión en que, pasados los dos años de edad, salió de su casa sin que su madre lo notara y sin que los hombres de la granja, ocupados en la labranza, la vieran deambular sola por ahí— Ilse se acercó al lago de los gansos, atraída por sus graznidos y por las ganas de ver a los bebés.

La noche anterior, su padre le había prometido que la llevaría pronto, pero Ilse no sabía cuánto tiempo era «pronto», y ese día le pareció que la promesa se la habían hecho hacía una eternidad, así que se decidió por ir, con planes de jugar con los polluelos y de cobijarlos bien: el agua del lago siempre estaba helada, y si a ella no le gustaba nada el agua fría, creyó que lo mismo pensarían ellos.

Los gansos, padres nuevos, que de cualquier manera siempre fueron medio salvajes, no le dieron oportunidad de acercarse a su nueva familia, y mucho

menos de jugar o de cobijar ni a uno solo de sus polluelos: al ver que la cría humana se acercaba, salieron agitando sus alas y sus patas sobre el agua hasta llegar a tierra seca. Luego corrieron en terreno sólido.

Ilse no era nueva en el mundo: ya sabía distinguir entre el «Ilse» suave que salía de los labios de su madre cuando lograba quedarse quieta un rato y la dejaba seguir con sus quehaceres en paz, o el «Ilse» que resonaba duro por la casa si se negaba a meterse a la bañera, a ir a la mesa en el instante en que la llamaban, a comerse entera la porción de salchichón que le había servido su madre, o al pelear con su hermana.

Sería por eso o porque en buen momento se activó por primera vez su instinto de conservación y supo con toda certeza que el graznido de los gansos no era un saludo de buenos días o de bienvenida, y que del peligro inmediato había que huir. Con un plomo en el estómago que apareció de la nada, Ilse se dio la media vuelta y, sin mirar atrás, corrió tan rápido como sus piernas de dos años y tres meses fueron capaces.

Al huir, su alarido quiso salir tan intenso, tan poderoso, que le cerró la garganta y se guardó mejor dentro de su pequeño cuerpo, para nunca más abandonarlo.

Ilse corrió en un silencio apretado, forzado. Si respiraba era porque no tenía remedio. Sabía —¿cómo sabría?— que los gansos eran más veloces que ella, que la alcanzarían, que la morderían, que le arrancarían la piel y hasta el cabello.

No se atrevía a mirar atrás.

—*Schnell laufen* —se pedía correr más rápido, sin que un solo sonido fuera capaz de mover sus cuerdas vocales—. *Schnell, Schnell laufen!*

Y ya sentía el aliento caliente de las furibundas aves en sus tobillos.

Entonces, de reojo, vio que el Káiser se acercaba a toda velocidad, enorme, imponente. De haber vuelto la mirada, habría visto al perro interponerse entre ella y sus atacantes alados para protegerla, pero no: ella, con la mirada fija hacia el frente, sólo sintió la cola del pastor alemán rozar sus piernas aunque ella, en su apuro, creyó que eran los grandes colmillos los que la habían alcanzado, por lo que al instante imaginó a éste unido a la jauría tras la presa, en complicidad con los gansos salvajes.

En su mente asustada, el gua, gua, gua de él se fundió con el hua, hua, hua de ellos. Y corrió más rápido.

Ilse se refugió en el granero, sorprendida de haber ganado la carrera, y ahí, en lo oscuro, dominó el ritmo acelerado del corazón. Se escondió sin hacer ruido y, con el paso del tiempo, la invadió un nuevo miedo que la hizo olvidar al otro: que la sorprendiera su madre con su duro «Ilse», con el que le hablaba cuando había sido niña mala como ese día. *Nein, Ilse. Nicht allein* —la palabra de su madre era la ley en la casa: sola no sales, Ilse.

Si no hubiera sido por su estómago, gran motivador, ahí hubiera pasado la tarde, y tal vez la noche entera. Pero éste la convenció, a fuerza de hambre, de que ya era hora de regresar a enfrentar lo que fuera, hasta al «Ilse» enojado de su madre. Y, porque cuando Ilse tenía hambre no podía pensar en otra cosa —y ya era hora de su pan tostado con mantequilla—, su mente olvidó lo que su cuerpo nunca pudo: la razón de su miedo a gansos y a perros.

Lo que a la niña le había parecido una eternidad, había transcurrido en sólo media hora. Su madre nunca se enteró de su ausencia, ocupada con el bordado de los delantales y fondos de sus hijas, al creerlas a ambas en la siesta. No hubo reclamos: hubo pan tostado con la cremosa mantequilla que hacían ahí mismo. Luego hubo juegos toda la tarde con Irmgard, su hermana que, al ser cuatro años mayor, se encargaba de entretenerla —y de que no saliera sola de la casa— mientras su madre cosía, tejía, bordaba, limpiaba o cocinaba.

Al llegar su padre, supo que ya era hora de la cena, y qué bueno: tenía hambre otra vez. Su madre le sirvió chucrut con salchicha de ternera, su favorita.

El Káiser, que sólo entraba a la casa por invitación de su padre, la miraba con intensidad, como si quisiera comerla, le parecía. Ilse, que para siempre tendría el grito guardado dentro de su cuerpo después de esa tarde, perdió el interés en su comida y se refugió en el regazo de su padre.

Y era cierto que el Káiser miraba con antojo, pero no a ella: miraba la salchicha, y casi con amor. Creía merecer un premio especial por ser el héroe, por haberla salvado, por interponer su cuerpo entre los gansos y el de la niña, por tener el cuero adolorido debido a los picotazos que habían alcanzado a darle los demonios emplumados durante la batalla campal.

Esperó con paciencia, pero la cena empezó y terminó sin que nadie, ni siquiera la niña, compartiera con él como recompensa por lo menos un mendrugo. No que a Ilse se le hubiera ocurrido y se hubiera atrevido a acercar su mano a ese hocico enorme y hambriento, sino que además para el final de la

cena, a pesar de seguir con el estómago petrificado, la niña se había comido todo; ni una migaja de nada se había atrevido a dejar, porque, si su madre ordenaba: *alles essen*, ella se comía todo lo que le había servido, y sin chistar.

Nunca sabría que los eventos de ese 25 de marzo 1938 se habían guardado dentro de ella más como instinto que como memoria activa. Esa noche, al irse a la cama, Ilse no supo que, en cambio, ese día se quedaría grabado para siempre en la memoria de su gente, pero no porque una niña prusiana hubiese pasado un susto por unos gansos protectores de su territorio y familia, sino porque el dueño del destino de su tierra hacía más claras sus intenciones ante los germanos y ante el mundo en su visita a Königsberg.

ARNO

25 de marzo de 1938

2. EL NIÑO Y EL VUELO DE LAS BANDERAS

Era la primera vez en su vida que lo llevaban a Königsberg, pero eso Arno, a sus tres años que cumplía ese día, no lo sabía. Tampoco recordaría el trajín de preparativos para la jornada que la familia pasaría fuera de la pequeña granja familiar.

Ese día, nadie había tenido que despertarlo; era el más pequeño de cuatro hermanos y obedecía aún la regla que los bebés ya saben al nacer: el día en el hogar debe empezar cuando despiertan ellos.

Después de abrir el ojo ellos, la madre y luego el sol. Después de despertar ellos, el gallo que anunciaba el nuevo día y la vaca lechera que exige ser ordeñada. Después de ellos, el padre, para darle la mano a la madre que debía darle alivio a la vaca que, una vez despierta, no cesaba con sus mugidos. Después de ellos, con el aroma del desayuno preparado por el padre, el resto de la familia, aunque desearan dormir un poco más; aunque desearan que se les pegaran las almohadas o que, por lo menos, hubiera luz entrando por la ventana antes de tener que abrir el ojo.

Pero imposible: el nuevo día había llegado y con él, la alharaca de rutina en la pequeña granja de los Schipper.

Por supuesto, a sus tres años recién cumplidos, Arno ya no comenzaba su día con el llanto de sus primeras jornadas. Ése lo había dejado atrás, cuando había encontrado las palabras que necesitaba.

—*Mutter! Vater! Ich möchte mein Frühstück!*

Esa mañana había empezado igual que siempre: el pequeño de la casa que demandaba el desayuno, y los demás que deseaban un poco más de tiempo en la cama. Luego siguió con la rutina de una granja, pero con más prisa, y luego con más elegancia: vestidos de domingo aunque no lo fuera, pues ese día irían juntos a la ciudad.

—Es un día histórico y es tu cumpleaños, Arno —dijo Karl Schipper, el padre, mientras se abrochaban bien sus abrigos antes de salir.

25 de marzo ya, pero en esas tierras la primavera tardaba en darse por aludida, aunque no hubiera sido el invierno más crudo. Con suerte tendrían un poco de sol para mediodía. Con suerte no nevaría en el corto camino entre la granja y Königsberg, ni durante el regreso.

Arno se contagió con la excitación de sus hermanos mayores, que

comprendían la ocasión mejor que él. Para Fritz, de ocho años, y Johann, de siete, que se creían viajeros veteranos, las promesas del día eran aun mayores que las que ya conocían y que disfrutaban cada vez que su padre los llevaba a la ciudad: las lujosas casas y edificios con sus grandes ventanales, las campanas de la catedral de Frauenburg, las calles empedradas, los siete puentes, los juegos en los jardines del Castillo del Lago; todo ahí les gustaba, pero ese atractivo palidecía ante la anticipación por el evento histórico del día. Y nunca lo creerían posible, pero en esa visita hasta olvidarían la gran tentación de los mazapanes de *Schwermer* en forma de fruta que habían probado aquella rara ocasión en que su padre tuvo a la vez dinero, tiempo y buen humor.

Pero, a pesar de creerse asiduos viajeros en comparación con Arno, al que creían un bebé y que nunca había salido de los alrededores de la granja, y en comparación con Helga, que, aunque era mayor, por ser niña su padre nunca la llevaba a sus trabajos como carpintero en la ciudad, tenían sólo ocho y siete años: por su edad, a Fritz y Johann el camino les parecía largo aún y cualquier cosa los distraía de las promesas del día. Lo que veían en el camino todavía salpicado por manchas de nieve se lo señalaban a Arno, al nuevo viajero, como buenos hermanos mayores y guías en esa expedición, y se movían con él de un lado para otro de la carreta: si no era debido a un gran buey a la orilla del camino, por el lado derecho, era por las borregas que bloqueaban el camino por el frente o por el perro muerto y en avanzado estado de putrefacción del lado izquierdo.

—¿Le viste los ojos, Arno?

Arno quería también verlo todo, pero su madre temía que cayera, y sabían que ella no debía exaltarse; que no debía esforzarse de más.

—Ven —le dijo Helga, su hermana mayor, sentándolo en su regazo—. Ya no te muevas.

Helga lo abrazó fuerte hasta que él se aplacó: eran los brazos más conocidos para él, los más confortantes. Su madre se sentaba a su lado cada noche para acompañarlo un rato antes de dormir, y le contaba cuentos, pero si no era su padre, era Helga, de diez años, la que siempre lo alzaba en brazos, la que lo metía a la cama, la que lo arrullaba si tenía alguna pesadilla, la que lo reprendía y lo bañaba. Ahí, en los brazos de su hermana, que alejaban el frío, se quedó dormido, arrullado con el vaivén rítmico de la carreta y por la eternidad que le

pareció llegar a ese destino desconocido.

—Ya llegamos.

Helga lo sacudió para espabilarlo. Arno abrió los ojos y se puso alerta al instante. Alrededor de ellos, todo era bullicio. Nunca había visto tanta gente ni tantas carretas juntas. Su padre y su madre discutían.

—Si dejamos la carreta sola, nos la robarán.

—No. Hoy nadie se atrevería. Y con ella no podemos pasar más allá. Mira, todos hacen lo mismo.

Ese día los pobladores de las afueras de Königsberg habían llegado de visita y no había cabida en las calles amplias de la ciudad para que tanta carreta circulara o se estacionara. Era un día histórico y nadie quería perderselo: la excitación se les veía en el semblante. Alrededor suyo, los otros visitantes acomodaban sus vehículos, unos al lado de los otros afuera de las murallas, lo más cerca que los caballos toleraran. Luego bajaban sus canastas o bolsas para andar el resto del camino. Lo mismo hicieron los Schipper, Arno a hombros de su padre, porque con este gentío te nos pierdes para siempre, *mein Sohn*.

Arno a veces se confundía, porque, si era el bebé que todos cuidaban, entonces ¿por qué los adultos que lo veían decían: ¡qué niño tan alto!? Si fuera alto, sería grande; sería el mayor. Y todos en su casa eran más altos que él. Si fuera alto, alcanzaría la mantequilla de donde su madre la guardaba en el anaquel. Si fuera alto, alcanzaría el caballo de madera que le había hecho su padre, cada vez que Fritz se lo arrebatara y, burlón, lo subiera tan alto como daba su brazo para que él no lo alcanzara. Si fuera alto, Fritz no se atrevería a hacerle esas bromas.

En los hombros de su padre, por primera vez, se sintió en verdad alto. Desde ahí podía verlo todo: las coronillas calvas de algunos hombres sin sombrero y alguna pluma en el sombrero de las señoras elegantes; le gustó ver que sus hermanos caminaban muy por debajo de él pues, ahí, en las alturas, fue él el primero en percibir una música que salía de entre las calles de la ciudad, como bienvenida para los visitantes. Volteaba para todos lados, ansioso de no perder detalle, sin importarle que su padre le dijera: No te muevas tanto, Arno.

Más carretas se aproximaban, y pensó orgulloso que su audaz padre les había ganado en la carrera con su veloz caballo.

Adelante, ya entre las amplias calles, tuvo la impresión de que todo era

muro: desde la muralla que rodeaba la ciudad, hasta los edificios más grandes que hubiera visto. Miraba hacia arriba, sorprendido. Tan arriba, nunca había visto nada que no fueran las ocas al sobrevolar su casa que, ahora, después de ver las edificaciones de la ciudad, le parecía diminuta.

Con la mirada hacia lo alto, abría la boca, asombrado, pero entonces su padre le dijo: *Sohn*, cierra la boca porque se te mete una mosca. Y la cerró, pero ésta era terca y a veces se le abría sola otra vez, porque no sólo era el tamaño de los edificios y de las iglesias lo que lo sorprendía. Era que, de verdad, la ciudad parecía preparada para una fiesta: a donde volteara ondeaban banderas como alas rojas pintadas de blanco y negro, grandes, pequeñas y gigantescas, alzándose hacia el cielo ayudadas por el viento.

Mujeres vendían, animosas, flores y banderas del tamaño ideal para sus pequeñas manos. Y deseó una.

—*Papa, ich möchte eine Flagge!*

—*Nicht jetzt.*

Ésas eran las palabras más frustrantes que Arno conocía: «Ahora no». Ahora no puedes comer galleta. Ahora no puedes jugar. Ahora no grites. *Nicht jetzt.* Ahora no comas tu pan. Ahora no puedes tener la linda bandera que tienen los demás. Ahora no, ahora no. A sus tres años, Arno ya estaba cansado de ellas, pero sabía que una vez dichas esas palabras por sus padres, éstos nunca se echaban para atrás. Así que, ahora no, pero ¿tal vez después?

—*Ja. Veremos.*

Su padre no quería detenerse ni aunque Arno se lo indicara con la fuerza de sus piernas, como si montara un caballo. Parecían tener prisa. Caminaban tan rápido como su madre era capaz.

Arno sabía que no todas las madres eran como la suya. Conocía a la gorda *Frau* Filipek, por ejemplo, que pasaba a pie por la granja una vez a la semana a comprar huevos que pagaba con mantequilla y embutidos. Ésa tenía más hijos y más energía que la suya, y a veces cargaba a uno de ellos todo el camino, además de las mercancías de trueque; además de su propio peso.

Los niños aprovechaban cada minuto jugando, mientras las madres tomaban más tiempo del necesario para hacer su transacción, charlando. Pero eran mujeres ocupadas y prácticas, y muy pronto cortaban la convivencia: había mucho que hacer y los Filipek debían seguir su camino.

La señora empacaba su canasta, contenta, y se alejaba sonrosada ya hecho el intercambio, con la misma energía con la que había llegado, mientras su madre, demacrada, silenciosa, desde el portal la miraba alejarse caminando a paso firme y regresaba a sentarse a la mesa de la cocina a descansar, sin aliento. Sin hacer el intento de cargar a su niño, que aunque le explicaran, a veces no entendía por qué a él su madre sólo le daba la mano, por qué nunca lo cargaba.

—¿Te acuerdas cuando te raspaste la rodilla? ¿Te acuerdas que dolía? A tu mamá le duele el corazón igual —le explicó su padre más de una vez.

—¿Y se va a curar?

—No.

Por eso había que cuidarla. Porque con el corazón raspado no se vive bien. Pero a Arno se le olvidaba.

A diario, antes de partir a trabajar, su padre le decía: «Cuida a tu mamá; ayúdala; no le des problemas». Arno empezaba el día con ese propósito, pero pronto lo olvidaba. Quería jugar, y se olvidaba del corazón raspado de su madre. Quería correr y trepar aun cuando sus hermanos estuvieran en la escuela y su padre en su trabajo y no hubiera nadie más que su debilitada madre para cuidarlo.

Pero el cuerpo se escapaba de la determinación que había tomado tan sólo unos minutos antes, y pronto olvidaba sus promesas; olvidaba que debía quedarse quieto y se acercaba de más al brasero, aunque bien sabía que no debía; y se iba a ver a la vaca o a revolcarse entre el trigo, aunque su madre se lo había prohibido. Y sólo recordaba sus promesas y sus propósitos cuando veía que su madre se acercaba, cuan rápido como le permitía su cuerpo, pálida, agitada y sin aliento, para disuadirlo, rescatarlo o reprenderlo.

Alto, como ahora se sentía en hombros de su padre, y mayor, como eran los altos que no olvidaban sus promesas, Arno de vez en cuando observaba a su madre, una persona pequeña que ese día caminaba despacio, pero constante. Él daría aviso a su padre si la viera ponerse mal, se propuso. Eso sí sabía hacer: distinguir el instante mismo en que le empezaba el malestar. Para eso era experto: había vivido con eso desde su nacimiento.

Pronto los Schipper se fundieron en una marea de gente que parecía decidida a ir en la misma dirección que ellos. Y las banderas cada vez eran más, y los cánticos empezaron pequeños, pero se agrandaron.

Arno no conocía esas canciones. Eran muy diferentes a las que cantaba con dulzura su madre cuando tenía aire suficiente para prestar a una melodía, pero le gustaron. No se sabía las palabras, pero fingió, con timidez al principio y a voz sonora muy pronto, para empezar a sentirse parte de ese grupo de gente cada vez mayor, cada vez más vociferante que, poco a poco, se convertía en masa homogénea.

Y el débil vaho que emanaba constante de cada individuo, con cada nota, con cada exhalación, se fundía con el de uno y de otro y de otro; se sumaba y se agrandaba. Tomaba fuerza y vida propia y se convertía en una bocanada y luego en un oleaje de neblina que lo envolvía, que lo hacía imaginar que flotaba.

Y le parecía que su madre caminaba con un poco más de fuerza en el cuerpo y más color en la cara y que sus hermanos se habían hecho un poco más altos, así nada más, a base de canciones. E iban otros niños en alto como él, a horcajadas sobre los hombros de sus padres, y levantaban los brazos, como si comandaran los mares; niños y niñas que él nunca antes había visto, pero que se miraban al andar y que se reconocían la mirada, las sonrisas, las palabras cantadas que casi ninguno pronunciaba bien y que ninguno entendía más allá de que prometían pan. Y eso les gustaba.

Die Straße frei den braunen Bataillon.

Die Straße frei dem Sturmabteilungsmann!

Es schau'n aufs Hakenkreuz voll Hoffnung schon Millionen.

Der Tag für Freiheit und für Brot bricht an!

Pero con el cúmulo de pasos dados, los hombros de su padre parecían haber desarrollado picos y ya era mayor la incomodidad en el trasero que su gusto por las canciones. Y tenía sed, y ya también el hambre era mayor que su deseo por una bandera.

—*Papa: Ich bin hungrig!*

—Falta poco para llegar. Aguanta. Cuando lleguemos, te damos de comer.

Pero, igual que los que caminaban alrededor suyo, no llegaron a ningún lado: unos soldados detenían a la muchedumbre para acomodarla a un lado y otro de la amplia avenida, bordeándola.

La familia Schipper tuvo suerte: los niños pudieron sentarse en el cordón de la acera, y los adultos no tenían a nadie enfrente que les obstruyera la vista al desfile que estaba por comenzar tras el recibimiento oficial en la estación de

tren. *Frau Schipper* le dio a cada uno de sus hijos su pan y su salchicha.

—Come despacio, Arno. No te atragantes.

Los niños comieron sentados; los adultos, parados. Arno se mojó las medias de lana cuando se echó encima su taza de té tibio, así que, mientras se secaban un poco, tuvo que volver a los brazos de su padre, que lo envolvió con su abrigo y su calor.

Las canciones siguieron, ahora acompañadas por bandas. Había voces que se alzaban sobre las otras —las de los simples mortales— en altavoces, y comandaban a las demás a repetir consignas, a responder al unísono, a levantar un brazo y gritar juntos una y otra vez, hasta lograr la perfección a los oídos del niño: «*Ja jidla*». Entonces Arno le pidió a su padre que lo bajara y, parado en la orilla de la avenida, se unió cada vez que lo indicaban:

—*Sij jail! Sij jail!* —gritaba a veces—. *Ja jidla! Ja Jidla!* —en otras.

Sin preguntarse ni preguntar qué quería decir lo que repetían con tanto fervor, levantaba él también su brazo casi hasta el cielo, como buen miembro de esa masa. Pero pronto la garganta se secó de tanto gritar y el brazo se cansó de tanto subir y bajar con firmeza.

El juego perdió su encanto antes de que empezara en realidad.

Sintió esa pesadez en la vejiga que hacía poco había aprendido a detectar a tiempo para no mojarse la ropa, e insistió hasta que su padre lo llevó atrás de un edificio a evacuarla en un tibio chorro humeante.

Pero luego volvieron a su puesto. A lo mismo. Y Arno se sentaba y se paraba una y otra vez. Obligado, seguía ahí, pero su cuerpo quería estar en otra parte. No entendía por qué no le permitían correr al centro amplio de la avenida vacía, espacio que lo llamaba sin tregua. Sabía que podría empezar un juego de quemados con los otros niños de su edad, que también ya parecían tan fastidiados como él de tanto caminar, de tanto grito y de tanta espera sin sentido. Todos se divertirían. Pero no: no te muevas, Arno; no te bajes de la acera, no te pierdas; anda: sigue cantando. Y no debía angustiar a su madre. Y fácil lo olvidaría si no fuera por la firme mano de su padre sobre su hombro, siempre que éste intuía que su hijo estaba a punto de huir a la libertad y a la amplitud.

—*Nein*, Arno.

Arno se sentó. Otra vez. A esperar. Otra vez. ¿Pero esperar qué? No sabía.

Para el final de la jornada, y tras las largas horas de espera, el día, los cantos

y las consignas habían perdido su gracia y hasta el derecho a permanecer en su mente. El cansancio también borró la impresión de ser alto a hombros de su padre.

De ese día recordaría para siempre el rojo de las banderas, aunque nunca hablaría de ello, ni siquiera con su esposa cuando vivieran muy lejos de ahí, pues para siempre quedaría aquella jornada como un tema casi prohibido y doloroso.

Pero, además ¿qué decir sobre una memoria tan difusa? Se había grabado en él más como una sensación que un recuerdo, con una vaguedad que en el futuro le parecería difícil de ubicar en la cronología de su vida. Serían para siempre sólo imágenes que lo visitarían en lo más profundo de sus sueños, algunas malas noches de descuido. Pero nunca sabría que había atestiguado ese vuelo rojinegro por primera vez en ese día preciso.

Y es que ya para entonces lo único que Arno deseaba era regresar a su pequeño mundo de la granja y a la rutina de siempre; sentarse a la mesa a cenar y luego meterse a su cama tibia, y sin que se lo tuvieran que pedir dos o tres veces, como por lo común hacían. Sentado en la banqueta entre los pies de sus padres que formaban un capullo alrededor suyo, protegiéndolo en su pequeñez de las pisadas de gente ajena que cada vez se apiñaba más a su alrededor, ya también se había cansado de mirar hacia atrás y hacia arriba a pedir: vamos a casa, *bitte*, pues los adultos le decían: un rato más, *Sohn*.

Así que Arno había dejado de pedir. Había dejado de desear correr al centro de la avenida. Estaba sentado en el sitio que le habían indicado, ya sin mirar hacia adelante, ya sin mirar hacia arriba y menos hacia atrás, pues lo único que conseguía era ver un bosque oscuro e interminable de piernas y encuarteres.

Un poco antes había tratado de entablar una conversación lejana, a señas, con un niño que bien podría vivir en un espejo, sentado como estaba en la misma posición, con la misma mirada cansada, a pies de sus padres, en la orilla de la lejana acera contraria. Pero había sido imposible entenderse. Arno se había cansado de intentar y se había encerrado en su pequeña cápsula a la que sólo penetraba la monótona voz de la masa humana que lo rodeaba.

Ahí, protegido, pero aburrido, puso su barbilla en las rodillas para, con una delgada vara, tratar de escribir las letras de su nombre en el lodo. Helga le enseñaba en casa, pero no le salían como a su hermana. Frustrado, estaba a punto de pedirle ayuda cuando algo cambió: a su pequeño capullo ahora le faltaban las

voces; se había llenado de un silencio repentino, expectante. Uno que hasta un niño de tres años como Arno sabía reconocer: algo monumental estaba a punto de suceder. ¿Pero qué?

—*Was ist los, Papa?*

—¡Ven, Arno! ¡Rápido!

El silencio se acabó y la gente a su alrededor reinició sus gritos y los vítores con fuerza al tiempo que su padre lo alzaba en brazos. Desde ahí vio la punta del desfile de jinetes montados en caballos enormes; luego pasaron los soldados. Al principio, su marcha rítmica y coordinada con exactitud impresionó al niño, pero eran tantos y tan igual su paso, que fue como un acto de hipnotismo. Y la gente alrededor suyo levantaba y bajaba el brazo derecho, y gritaba como venía practicando desde hacía horas.

Y el cuerpo de su padre vibraba con el esfuerzo de sus propios gritos, con el retumbar de todas las voces en vivo, de los altavoces y también con la vibración de los motores de los vehículos militares que siguieron. Vehículos de diversos tamaños. Más y de mayor tamaño que los que Arno hubiera visto en toda su vida, y todos nuevos e imponentes, sin una pizca de fango que los opacara: juntos, en marcha, poderosos, aunque unos más que otros.

Y con eso fue que Arno encontró dentro de sí un poco de fuerza para ignorar su cansancio y hastío, y descubrió una nueva pasión que lo acompañaría el resto de su vida y que detonó su primera memoria permanente, una que años después, cuando su novia le preguntara: «¿Cuál es tu primer recuerdo?», él negaría, pues significaría aceptar que su primer recuerdo había sido de guerra.

Sin embargo, sus ojos no podían desviarse de esas llantas que daban vueltas, de las ruedas de los tanques que actuaban como engranes para los eslabones que los movilizaban en una elipsis eterna. Arno trató, pero no pudo distinguir dónde empezaba el ciclo de esa cadena y dónde terminaba. Entonces un tanque movió su torreta de un lado a otro como un saludo y su cañón para arriba y para abajo como reverencia, y Arno perdió el aire un instante.

No le importaban las armas como armas, pues no entendió ese día su función. Le importaron como objetos mecánicos: ¿cómo se movían?

—¿Cómo funcionan, papá?

Pero su padre no le respondió, ocupado como estaba con el objeto de su propio interés —que pasaba en ese momento frente a ellos montado en uno de

los autos—, y mientras se ahogaba la voz del niño por la gritería que había cobrado nueva intensidad.

—*Heil Hitler! Heil Hitler!*—gritaban los asistentes.

Y ya Arno no había hecho eco a lo que él entendía como «*ja jidla*», pues su concentración estaba acaparada.

Y su padre le decía, emocionado: Arno, mira, y Arno obedecía. Miraba y miraba. Observaba. Estudiaba. Pero no miraba a donde su padre le indicaba, porque había descubierto esas máquinas maravillosas y nada lo distraía de ellas y de las preguntas que resonaban tan fuerte como el sonido de motores y engranes; de las preguntas que retumbaban más que cualquier grito unificado: ¿cómo funcionan?, ¿cómo se mueven?

Y por la intensidad con la que trataba de resolver ese misterio, todo lo demás pasó desapercibido esa vez del primer recuerdo de Arno Schipper: desde los colores de los vehículos hasta el hombre de baja estatura que iba erguido sobre un auto descapotado que parecía sentirse quizás aun más alto de lo que el niño se había sentido sobre los hombros de su padre.

Desde su altura de gigante que nadie osaría igualar y que en el futuro pocos se atreverían a intentar reducir, el hombre saludaba de un lado al otro, como la torreta del tanque de guerra que le pertenecía. Pero contrario a lo que su cañón había hecho, y que tan fascinado tenía a Arno, el hombre mantenía su brazo en alto, pues alguien como él jamás se humillaría inclinándose ante nadie. Ni siquiera ante el pueblo que con tanto margen le había concedido el poder con su voto y su fe, y que lo sostenía en las alturas que tanto parecía disfrutar.

Distraído como estaba mientras observaba vehículo tras vehículo, Arno no tomó nota de su séquito, ni le importó que, una hora más tarde, cuando ya habían regresado el letargo y el deseo de estar en otro lado, se oyera el discurso apasionado del hombre, no sólo por los altoparlantes de la calle, para el beneficio de la gente que ahí se había apostado para verlo pasar porque no había tenido cabida en el estadio de Königsberg, sino en toda Alemania por transmisión radiofónica. Así anunciaba la anexión de Austria, el *Anschluss* — para la gloria de Alemania y por petición de los austriacos— y sin necesidad de un solo disparo de por medio.

Durante el discurso hubo silencio absoluto. Nadie hablaba. Cuando quiso preguntar algo, su padre le dijo: «Calla, Arno. Debemos poner atención a cada

palabra». Arno no entendía nada de lo que la voz que salía por la bocina decía; una palabra se juntaba con otra y otra, y ninguna parecía llevarlo más cerca de lo que él deseaba: su hogar. Sorprendido, vio que su padre lloraba, sonriente.

—¿Estás triste, *Vater*? —le dijo, mojado sus dedos con esas lágrimas.

—No. Es sólo que me lloran los ojos por el aire helado.

Pasados los primeros cinco minutos apoyó su cabeza en el hombro de su padre. Y ya cuando el discurso rondaba los veinte, Arno estaba en la duermevela, inmune al carisma de ilusionista del líder, sordo a las palabras que salían domadas por su boca y que, juntas, prometían paz y apoyo divino del dios alemán —cuya existencia la mayoría de los escuchas había ignorado antes de ese día—, para luego cerrar de forma magistral, con drama y fuerza, como acostumbraban servir para ése, su dueño: uno de los grandes de la oratoria y de la persuasión a lo largo de la historia.

—En el curso de mis batallas políticas, he ganado mucho amor de mi gente, pero cuando en estos últimos días crucé por la antigua frontera del imperio, tal aluvión de amor me recibió, que yo nunca he sentido uno mayor. No llegamos como tiranos, sino como libertadores: un pueblo entero se regocijó. Sin violencia brutal, nuestra esvástica los ha conquistado. Mientras esos soldados marchaban hacia Austria, viví de nuevo una canción de mi juventud. Y he cantado tanto en estos días pasados y con tanta fe esta orgullosa canción de batalla: ¡Se levanta un pueblo, se desata una tormenta! Con fe en Alemania y en esta idea: millones de nuestros compatriotas en el nuevo Ostmark al sur del imperio han mantenido en alto sus banderas y se han mantenido leales al imperio y a la vida como pueblo alemán. Un pueblo, un imperio: ¡Alemania!

«*Sieg Heil!* ¡Viva Alemania! *Heil Hitler! Heil Hitler!*». Los presentes y el pueblo alemán entero, donde quiera que se encontrara al oír esas palabras de Adolf Hitler, regresó a las consignas con renovado fervor, pero Arno nunca recordaría esa parte del día más que como una anécdota que se había perdido de atestiguar, pues en los días, meses y años siguientes sus padres y sus hermanos le preguntarían sorprendidos: Pero si pasó delante tuyo, a tan sólo cinco metros, ¿no te acuerdas? No. No recordaba porque cuando el *Führer* había pasado frente a él, Arno estaba ocupado mirando engranes y cuando luego había hablado, Arno se había quedado dormido envuelto en el abrazo de su padre, quien le acariciaba su cabello que era más de plata que de oro, mientras decía a su oído: Feliz

cumpleaños, hijo.

ILSE Y LOS HAHLBROCK

25 de marzo de 1940

3. RECUERDOS DEL SOL

Las tijeras la llamaban, seductoras. Intentaba ser niña buena, una niña grande, de cuatro años, pero la tentación era enorme. Tan enorme, que por completo olvidó que las necesitaba tan sólo para cortar un listón hecho nudo. Tan enorme, que casi olvidó lo que su madre le había dicho la primera vez que la había sorprendido con la intención en la mirada.

—A las muñecas no les crece el pelo como a ti, y, si se los cortas, te quedas para siempre con una muñeca pelona y fea.

Su madre había subido después de terminar su quehacer a bordar acompañada por la radio, con el volumen bajo para no despertar al nuevo bebé, al que tanto cuidaba y quería. El que tanto la entristecía. A Ilse la radio sólo le gustaba cuando ponían música, y no toda. Así que en lugar de seguir a su madre, se dispuso a hacerle un peinado nuevo a su muñeca. Y trató de garantizarle a esa niña de porcelana que haría buen trabajo. Pero no le salía, el listón se le había anudado entre el pelo, y ahora quería cortarlo. Sería lo mejor, estaba convencida.

Sabía dónde guardaba su madre las tijeras que le tenía prohibidas porque te picas, Ilse. Acercó una silla, se montó y abrió el cajón. Ahí estaban, brillantes, cortantes, punzantes. Irresistibles. Prohibidas. A su alcance.

Trató de disuadirse, de decirse que era tan buena como su hermana, quien jamás desobedecería, pero la tentación la venció. Pero sí soy niña buena, se recordó, ya con las tijeras en la mano, y a la muñeca no, porque no le crece el pelo; a la muñeca no se le corta el pelo, me lo dijo mamá; a la muñeca, no; a la muñeca, no.

Así que se cortó su propio cabello.

Sólo un poco. Sólo la punta de una de sus trenzas, para que nadie lo notara.

No fue fácil. Las tijeras eran filosas, pero la trenza gruesa, así que no había logrado mucho con accionarlas sólo una vez con su pequeña mano: había tenido que hacer uso de su recién descubierta paciencia para abrir y cerrar, abrir y cerrar, hasta separar por completo el pelo vivo del muerto.

Estudió la parte cercenada, y únicamente hasta entonces se le ocurrió que no había tenido previo conocimiento de si dolería o no al cortarlo. Si le hubiera dolido, no habría podido disimular: se enterarían su madre, los campesinos y hasta los gansos. Pero no: esa coleta de un castaño claro que ahora agitaba en su mano como el miembro que abandonan las lagartijas para escapar, no dolía;

tampoco dolían las puntas del cabello que permanecía con ella.

Escondió la evidencia bajo las cáscaras frescas de patatas. Se alejó con rapidez de ahí, temerosa de que su madre la descubriera mientras hurgaba en los desechos, pero regresó rápido al recordar que, junto con su pedazo de trenza, había tirado también el listón que la sujetaba. Quizás el pelo a ella le crecería al día siguiente —después de todo, ella no era muñeca—, pero los listones eran muy preciados y su madre seguro notaría la pérdida de uno.

Sacó el mechón un poco baboso y oloroso por los jugos de los desechos frescos y viejos. Después se cercioró de volver a cubrir muy bien los cabellos cortados, ahora sueltos. Luego dudó: no estaba segura de que a los puercos les gustara comer cáscaras aderezadas con pelo. ¿Les haría daño? ¿Sí? ¿No? No sabía. Nunca nadie había hablado sobre el tema.

Ya se enteraría mañana. O pasado.

Satisfecha con su esfuerzo para disimular, amarró el listón lo mejor que pudo en el cabo mutilado de su trenza, la cual intentó sin mucho éxito volver a tejer. No logró rehacer el moño, pero no importaba: por lo general terminaba el día con los listones en el puro nudo y las puntas colgando. Deshizo el moño de la trenza intacta, segura de que de esa manera su madre no notaría nada. Pero lo mejor era cerciorarse: otra vez acercó la silla y se subió a ésta para verse en el elegante espejo oval con marco dorado que, al igual que las tijeras, su madre había colocado tan alto que Ilse nunca se había podido observar sola en él.

¿Le habría cambiado su cara al cortarse el cabello? No. Era ella misma, como se veía todos los días en el sencillo espejo de la recámara de sus padres. Una niña rubia de ojos grandes, bonita —lo sabía porque se lo decía su padre todos los días—, aunque un poco desaliñada, como siempre, con una mancha negruzca en la mejilla que no podía explicar de dónde había salido, si ni siquiera había salido a jugar al jardín todavía. Era la misma niña que se parecía tanto a su hermana y a su padre.

Pero no: ya no se parecían tanto, porque ahora a Ilse le faltaba un buen trozo a su trenza malhecha. Ni siquiera el truco de emparejar los listones había dado resultado. Asustada, con temor de ser descubierta, intentó ajustar el listón, para ver si al jalarlo un poco lograba disimular su cabellera dispareja.

Tampoco dio resultado.

Levantó el hombro en un intento de acortar la distancia entre éste y la trenza,

pero no le gustó lo que vio: se parecía al hijo del viejo tendero Lutz, el de la espalda malograda y encorvada.

Luego volteó a ver las tijeras, ahí donde las había dejado, sobre la mesa de la cocina. Seguían brillantes, cortantes, punzantes y tan irresistibles y tan a su alcance como antes. ¿Y si cortaba la otra trenza? Ahora sabía que no era difícil; sabía que no dolía ni siquiera un poco.

Pero en ese momento algo la distrajo de la seducción de las tijeras y de la tragedia de su trenza cercenada. Algo que creyó que nunca antes había visto: un brillo aún más atractivo que el de las tijeras; un resplandor que entraba por la ventana.

Corrió a asomarse: el mundo exterior se cubría de colores tan radiantes como nunca recordaba haber visto y, como un abanico que se abría lento, los grises que hasta ahora habían definido su vida completa se esfumaban ante su vista.

Por el sol.

Por el sol que Ilse había olvidado que existía; el esquivo sol que había llegado a creer que existía sólo en la fantasía. Pero ahora estaba ahí, como lo contaban en los cuentos: brillante, invitador. No se trataba del tenue y tímido astro que la había hecho creer que los cuentos exageraban; que la había convencido de que el sol era como el mítico *Erdhenne*, espíritu del que todos los niños hablaban aun sin haberlo visto nunca, porque no existía más que en la fantasía. Se lo había dicho su madre: No hay espíritus invisibles dentro de las casas. Esos son inventos. Y a los adultos se les debía creer.

Asimismo, había creído que no existía el sol dorado, el sol caliente. Pero ahora veía que sí: el sol era real y ahí estaba sin nubes, sin filtros, sin estorbo alguno, y, por él, los colores eran lo que siempre habían prometido ser, y no la triste imitación que le habían ofrecido hasta ese día.

No es que en la vida de Ilse sólo hubiera existido invierno. Ésa sería su cuarta primavera, su cuarto verano. Pero ella sólo recordaba con certitud los últimos meses: la vida nublada, la piel helada, el aire frío que lo secaba todo y la nieve seca o húmeda que se le colaba sin invitación. Y la oscuridad; en especial recordaba la oscuridad.

Seis meses en la vida de una niña de cuatro años y tres meses pueden significar una eternidad, así que Ilse había llegado a pensar que así era el mundo siempre; que era normal que la luz del día durara tan poco y que se pasara frío

siempre, aun de noche, cubierta bajo un grueso edredón de plumas.

No recordaba lo que era salir al jardín sin su pesado abrigo —heredado de su hermana— sin medias o sin gorro; no recordaba la sensación de las mangas cortas y las piernas desnudas. Tampoco recordaba la sensación del pasto fresco bajo sus pies descalzos, aunque el verano anterior la hubiera experimentado con frecuencia.

Asomada por la ventana, Ilse se olvidó de trenzas largas o cortas; se olvidó de su muñeca que esperaba peinado nuevo; se olvidó de aburrimientos y de largas esperas. Se olvidó también del llamado de las tijeras, porque ahora era sol el que llamaba con fuerza.

Ilse acercó la silla a la puerta, se montó y abrió el alto cerrojo. Luego abrió la puerta y salió a la intensa luz, a rodearse de colores, a sentir calor en la piel. Y debido a esa emoción tan intensa fue como, sin anuncio, sin preámbulo y sin notarlo, llegó la que se convertiría en la primera memoria permanente de su vida.

Claro que en ese instante la niña no pensó éste es mi primer recuerdo. Así no es como suceden esas cosas, pero años después, cuando su único novio le preguntara: ¿Cuál es tu primer recuerdo?, ella contestaría que el sol; el calor del sol en su frente, a pesar del aire helado del día. Y con ese recuerdo, el de los colores. Y las ganas locas de correr sin rumbo tras las nubes que por fin parecían individuos y no una masa espesa como engrudo, en el cielo.

El mundo ya era lo que era el día en que Ilse salió a conocer los colores del sol en el momento de su primer recuerdo.

Ya para entonces, Alemania había regresado por lo suyo con el relámpago de su *Blitzkrieg*, y, en el futuro, los historiadores considerarían que, al recuperar el territorio que el mundo le había arrebatado para dárselo a Polonia con el Corredor Polaco, Alemania se había convertido en el detonador de una serie de eventos que estaban por suceder.

De otra guerra: la segunda.

Pero quizá se equivocarían: quizá la suerte ya estaba echada desde antes, y los actores colocados en su lugar y dispuestos. Quizá todo se había alineado con el pacto entre germanos e italianos; con el de los soviéticos en el que se repartían entre los dos países todo el territorio polaco. Tal vez todo comenzó con la invasión alemana para recuperar *Sudetenland* y con el *Anschluss*; o antes, con la creación de la Gestapo; o antes aún, con el nombramiento de Hitler como *Führer*

y con el poder que le dio a sus «camisas pardas»; o todavía antes, al reducirsele una condena de cárcel en la que se le permitió escribir y publicar su *Mein Kampf*; o con la hambruna generalizada y la pobreza extrema de la posguerra; o con el Tratado de Versalles; o con la otra guerra, la que el mundo creyó —con muy poca visión y con gran inocencia— que acabaría con todas las guerras.

En el futuro, Ilse misma no estaría exenta de darle vueltas al asunto. Pero para eso faltaban años. Ese día de su primer recuerdo soleado, a ella no se le ocurrían esas cavilaciones y ni siquiera tenía noción de cuánto la afectaría — cuánto afectaría a la humanidad entera— esa cadena de eventos.

Así que en el futuro, convertida en mujer mayor, contestaría con honestidad a su querido novio, curioso por saber cuál era el primer recuerdo de una niña alemana que al igual que él, se había visto envuelta en el remolino inmisericorde de la peor guerra de la humanidad, que su primer recuerdo era el sol. Y luego seguiría:

—Y que fui a buscar a Janusz.

Al igual que con la penumbra invernal, Ilse creía que Janusz había estado ahí desde siempre. Como ella, como todo lo que conocía. No recordaba que su querido Janusz había llegado cuando se había ido el sol la última vez; que había llegado con el frío y con la oscuridad después del *Blitzkrieg*, transportado como prisionero en un camión militar cubierto por gruesas lonas, acompañado por Józef, Radosz y Tadeusz.

4. CUENTOS DE ORO

—*Nein*, Ilse.

No era fácil negarle algo a la niña, en especial si verla le recordaba tanto mejores tiempos. Pero sabía que ambos se meterían en problemas si la dejaba revolcarse sobre los granos de trigo en el granero.

Janusz no hablaba alemán, pero empezaba a entenderlo con soltura; tal vez algún día también se atrevería a hablarlo, pero, por lo pronto, guardaba silencio; escuchaba; ponía atención, aunque fingiera estar ocupado en sus quehaceres; aunque aparentara que era un adolescente simplón que no tenía mayor interés que los dibujos que hacía y deshacía en el lienzo dorado que el trigo suelto le ofrecía.

Nadie le reclamaba su labor: mover el trigo, voltearlo para preservarlo, para que no se echara a perder, era su encomienda, entre otras. Pero mientras los otros polacos lo habrían hecho por obligación y a regañadientes, con una mínima inversión de esfuerzo, necesaria al mover el trigo de aquí para allá sin un mapa, esquema o plan —pues no había tarea más aburrida—, Janusz movía el trigo con amor. Por eso fue que se había quedado con ella casi por entero: bajo sus cuidados, ni un grano de trigo se quedaba sin la atención que requería antes de partir al molino.

Y lo hacía rápido: tampoco se le habría podido reclamar por perezoso.

Amanecía con un cuento en la mente, y ése lo trazaba en las cuentas del trigo dorado. Apenas lo terminaba, cuando ya era casi hora de volver a empezar: borraba su gigante obra de arte matutina y emprendía una nueva, otro cuento, también salida de su imaginación o de los cuentos que su madre le había contado hasta su último día, hasta donde le habían alcanzado las fuerzas.

El trabajo era interminable, pero a él no le importaba; lo que a otros les podía parecer monótono y aburrido, a él lo conectaba con el único y lejano hogar que había conocido, y por eso lo gozaba.

Y la niña quería estar con él mientras trabajaba.

A través de sus cuentos de trigo, sin pronunciar una sola palabra, él le contaba y ella disfrutaba todos aquellos que habían surgido de una cabaña en lo profundo de un bosque polaco —su bosque—, donde lo único que hubiera habido, si no fuera por esas historias que lo interrumpían, hubiera sido el silencio, y, con él, las lágrimas, el frío, el hambre.

Pero los cuentos erradicaban lo malo.

De cuentos y poco más se vivió en esa cabaña solitaria de una madre, un hijo y una pequeña hermana enferma. Pero los cuentos compartidos se acabaron el día en que había muerto esa hermana y en que la madre había salido a dar un paseo sin retorno. El hijo, de doce años, había esperado y esperado. Pero, con el tiempo, el silencio se abrió camino y con él llegaron el hambre, el frío y, finalmente, las lágrimas, húmedas, secas. Muchas.

La soledad obligó al niño a buscar compañía en los poblados, pero la que encontraba no conocía el poder de los cuentos; no sabía que la poca comida alcanzaría también para él, bajo el consuelo de esas historias que ayudaban al espíritu a abandonar el cuerpo y a olvidarse de lo inmediato; que lo ayudaban a convertirse en el príncipe cuervo, salvado de su encantamiento por una princesa generosa; a oír en la brisa del mar lejano y nunca visto, la triste canción de Jurata, la reina del Báltico, sepultada para siempre bajo un castillo de ámbar como castigo por entregarse a un amor prohibido.

El niño trataba de explicarles. Sin embargo, las palabras le fallaban.

Meses atrás, tras cuatro años de hambre y soledad, de vagar, llegaron los rusos. Así que huyó lejos, por caminos desconocidos, escabulléndose hasta que dejaron de sonar esas duras y temidas voces.

El miedo se había extinguido, pero el hambre y la soledad no. Sólo crecieron. Por donde pasaba, encontraba casas dañadas, saqueadas. A veces, veía rostros asomarse temerosos por las ventanas. Nadie le abría la puerta ni para darle el buenos días, ni menos para ofrecerle un quehacer a cambio de pan.

Los soldados lo encontraron desprevenido, mientras deambulaba por ahí. Pero no eran rusos, y eso lo confortó.

Cuando lo apresaron, éstos se sorprendieron por la falta de resistencia del muchacho, que a lo lejos, por su gran altura, habían creído un hombre maduro, y lo subieron al camión lleno ya con otros pasajeros, todos hombres, todos polacos.

Adentro nadie hablaba, así que Janusz se abstuvo también: ni saludó ni hizo preguntas. Si lo llevaban al norte o al sur, al este o al oeste, ya poco le importaba. Éste era sólo un trayecto más en ese camino sin itinerario en el que la única meta había sido alejarse de las tierras que ahora ocupaban los rusos. Y es que, ¿por qué habría de fijarse alguna ruta, si al final nadie lo esperaba? ¿Si

nunca nadie le había mostrado un camino?

Ya arriba del camión, le pareció que alguien le había asignado un rumbo.

Janusz se sentó en el pequeño espacio oscuro que le cedieron los otros cuerpos, y lo aceptó. Cerró los ojos, y descansó; descansó del camino; descansó del silencio, a pesar de que nadie hablaba ni emitía sonido alguno; y descansó del frío, al servirse del calor de los otros cuerpos con olor a tierra.

Los dejaban en el camino de cuatro en cuatro. Se detenía el camión, descendían los soldados y, a señas, escogían a los cuatro hombres que dejarían en esa parada. A veces era de día y a veces de noche, pero era lo único que lograba distinguir por la luz —o la oscuridad— que se colaba cada vez que abrían la lona los soldados.

Sólo entonces algunos cuestionaban mientras los hacían descender del vehículo. No podían evitarlo. La duda era mayor que el miedo. O tal vez la duda acrecentaba el miedo.

—*Gdzie jesteś my?*

Pero ningún soldado alemán contestaba. Sería por arrogancia o por no entender la pregunta. ¿Dónde estamos? No contestaban, tal vez porque ni ellos sabían.

Janusz desconocía si sería bueno ser el escogido: nadie parecía muy feliz de serlo, pero bajaban, porque obedecían las señas autoritarias que no daban opción ni explicación. Lo bajarían a él también en alguna de esas paradas, aunque no preguntaría ¿dónde estoy? Él sabía dónde no estaba. No estaba en la tierra que había recorrido como vagabundo desde la muerte de su madre. No estaba en esa tierra que habían invadido los soviéticos, y cualquier cosa era mejor que eso, porque, si algo temía Janusz, era a los rusos. Porque si ves a un lobo ruso, hijo, corre lejos, le había advertido su madre, casi desde que aprendió a caminar en los senderos creados por los habitantes del Bosque de Bialowieza.

Y eso había hecho. Y lo habían encontrado y apresado las voces con cuerpo alemán. Su madre nunca le había advertido sobre la crueldad germana, así que suponía que era mejor estar con ellos que con los otros, que figuraban casi siempre en los raros cuentos de terror que le susurraba su madre, al oído, en secreto, para no asustar a su hermana.

Tras dos días completos de viaje, terminó, cegado por lonas gruesas, ese viaje hacia el misterio. En el camión sólo quedaban los últimos pasajeros

involuntarios: Janusz, Tadeusz, Józef y Radosz.

Aunque ni para entonces, tras dos días de viaje, habían compartido nombres, historias ni anécdotas, si ni siquiera habían compartido tonos de voz.

Janusz se había dedicado a imitar a sus compañeros de viaje en el silencio, en las miradas de soslayo, en su estoicismo. No se había quejado ni cuando la madera dura del camión pareció tener espinas que se le clavaban en las sentaderas, o cuando, por falta de movimiento, se le dormían con fuego las piernas. Nunca pidió de comer ni de tomar, aunque el hambre y la sed lo comieran desde adentro: eso había sido lo más fácil, acostumbrado como estaba, por su edad y por su pobreza, a ellas.

Al igual que los otros viajeros, dormitó sin poder evitarlo, tomó agua de lluvia con sabor a lona y a tierra, y alivió su vejiga cuando era imperativo hacerlo, porque era eso o explotar por dentro. Tuvo cuidado y discreción: se esforzaba por dirigir su reguero hacia el hueco que se formaba entre los maderos del piso del camión. No siempre atinaba, y menos cuando coincidía su fuente con algún movimiento brusco del vehículo; pero, aunque se hubieran atrevido, nadie le hubiera reclamado: así como los otros iban ahora salpicados por su humedad, él también llevaba encima la de otros.

Y a eso olían Janusz y sus compañeros la noche en que bajaron de su transporte en esa tierra donde los recibió, reacio, *Herr* Hahlbrock, en compañía de otro soldado que hablaba un polaco duro y cortado: estaban ahora en Alemania; Polonia ya no existía más. Eran prisioneros de guerra, pero eran afortunados: trabajarían la tierra.

La alternativa era la muerte.

Después les mostraron su barraca. No era muy grande, pero se mantenía tibia por un fogón para el cual les darían leña suficiente para calentarse en las noches. Cada prisionero tendría un camastro con sábanas y cobijas. Sobre cada catre encontraron uniformes de trabajo y un abrigo, además de guantes y un sombrero de lana.

Sobre la mesa rodeada de cuatro sillas había pan.

Pan.

Por su buen trabajo les pagarían unas cuantas monedas al mes, para que pudieran comprar en la villa sus quesos o salchichones, les informaron, pero el pan se los darían diario si cumplían con sus tareas.

Continuaron con las explicaciones de las reglas del trabajo, de comportamiento, de disciplina, pero, para entonces, Janusz ya no había podido concentrarse en otra cosa: sólo miraba la hogaza. Y el aroma del pan frío se levantó sobre los otros olores, hasta los de orines, y viajó hasta su nariz, y casi le arrancó un gemido; pero del gemido hubiera caído en llanto, pues tenía mucho de no comer, así que lo contuvo.

Y tal vez de ahí, de pie, alelado, con la mirada fija en un solo punto, hipnotizado por la idea de partir la hogaza y comerla, sin inteligencia aparente para entender las instrucciones en mal pero peor pronunciado polaco, fue que desde esa noche todos creyeron que Janusz era un simple turulato. O sería que, al día siguiente, tras dormir unas cuantas horas —las más tibias y suaves que hubiera dormido en años—, lleno el estómago con su ración de pan, vestido con ropas usadas que le quedaban anchas pero cortas —las mejores que él hubiera tenido desde que había abandonado la cabaña de su madre—, salió al aire helado a trabajar, como prisionero en esa tierra que era ajena —para unos granjeros que no lo querían ahí, aunque lo necesitaran—, con una sonrisa de oreja a oreja.

Sí: tal vez fue todo eso lo que llevó a sus compañeros polacos a concluir que el joven gigante con cara de niño llamado Janusz estaba tocado, y a temer que el trabajo de cuatro lo tendrían que hacer entre tres, porque no podían explicarse que alguien encontrara una sonrisa bajo las circunstancias en las que se encontraban: dominado su antiguo país, esparcidas sus familias, muertos algunos amigos, esclavos ellos.

Se tendría que ser loco. O tonto.

Janusz salió con una sonrisa ese primer día de helado cautiverio alemán. Ese día sonreía a pesar del dolor de estómago, pero un dolor producido por el peso inusual de tener alimento dentro, y eso era preferible al sufrimiento del hambre. Y si esa tierra era de Polonia por justicia, por derecho ancestral, como trataban de explicarle sus paisanos en su intentona de adoctrinamiento para que odiara a sus captores, a él no le importaba: se sentía a salvo lejos de los soviéticos y, además, nunca nadie, desde la muerte de su madre, le había dado tanto o lo había protegido del frío.

Comprendía a los otros: habían dejado gente querida atrás, se preocupaban por su bienestar, habían tratado de impedir que los alemanes entraran a sus pueblos; habían sido sometidos a la fuerza del plomo y la pólvora. En cambio,

Janusz había dejado atrás lo que le importaba desde hacía mucho: la vieja cabaña en medio del bosque, la tumba de su hermana y el fantasma de su madre, que él nunca había tenido la fortuna —o el infortunio— de ver.

No tenía ataduras más que con él mismo y lo que transportaba dentro de sí: los cuentos de su madre. Cuentos que ahora reproducía en esos dibujos hechos con trigo.

Había empezado por hacerlos para él, pero había seguido, con más detalle, con más esmero, para ella que tanto se parecía a su hermana muerta, si no por el colorido —pues su hermana al igual que él habían heredado el pelo negro y ojos azules de su madre—, si no por su altura ni por su fisonomía —pues decía su madre que sus dos hijos tal vez habían heredado su extraordinaria altura de algún gigante—, sí por el brillo en la mirada.

Y por los cuentos en el trigo volvía ella cada día, y por eso sentía él que la quería, a pesar de que era inapropiado que un prisionero se alegrara al verla llegar, a pesar de las miradas desaprobatorias de los paisanos que compartían ahora su destino; a pesar de que, cada tarde, llegara la *Frau* Hahlbrock asustada en busca de su chiquilla de grandes y gentiles ojos cafés.

5. LA LEGENDARIA WANDA

Ilse estaba abajo, entretenida con su muñeca. Ella le había sugerido que le hacía falta un peinado nuevo. Las complejidades de hacer una trenza la tendrían ocupada por un buen rato. Y además había cerrado la puerta con cerrojo. Ilse no podría abrirla.

A Wanda le gustaba la radio cuando no había noticias. Si había música, la ponía con volumen bajo para acompañarse, para imponer un ritmo a su costura, para prolongar el sueño de su pequeño Freddy, que batallaba tanto para dormir tranquilo fuera de los brazos de su madre. Para olvidar lo que le convenía olvidar. Para no pensar en quienes rondaban afuera de su casa.

Eran afortunados: Hartwig era el administrador de esa granja, trabajo por el que recibía un sueldo más el uso de la casa que habían construido con las necesidades de su pequeña familia en mente, después de que ella se negó a vivir en el castillo de la hacienda.

—Tiene setecientos años en la familia —le dijo von Witzleben, el dueño de todas las tierras de los alrededores, con la idea de que, tras conocer ese dato, la joven esposa de su administrador se sintiera halagada y se convenciera de habitarla.

Pero Wanda, mujer práctica, hizo un cálculo rápido de cuánto tiempo le llevaría la limpieza diaria en ese lugar, y decidió que tanto honor no era para ella. No se arrepentía: no quería vivir con la preocupación constante de que las niñas —Ilse— rompieran algo o se perdieran en los calabozos subterráneos.

El pequeño castillo se había quedado deshabitado, listo para el dueño en su rara visita de inspección y los Hahlbrock, muy conformes en la nueva pero práctica casa, sin lujos, porque nunca los habían tenido ni necesitado.

Wanda había nacido en Prusia Occidental y sus padres le habían enseñado a sentirse orgullosa de sus raíces ancestrales. Eres alemana, pero antes, prusiana, le decían desde niña. Y por eso la habían nombrado Wanda, como la reina de leyenda que había defendido a muerte esa tierra en el siglo VIII.

—*Stolz sein*, Wanda, tienes un nombre de guerrera —le decía su padre—: Siéntete orgullosa por tu nombre de guerrera; por tu corazón de guerrera que defiende su tierra.

Lo había creído sus primeros años. Soy prusiana como aquella Wanda, se decía. Luego, alguien le había divulgado la verdadera historia de la reina de

leyenda, o una de tantas que en lo único que coincidían era en que la reina Wanda, polaca, había preferido morir antes de entregarse ella y a su tierra polaca a la tribu invasora de *alemanni*.

Ella era sólo una Wanda *alemanni* del siglo xx. Al menos doce siglos tenían los alemanes y polacos en disputa por la misma tierra, lucha y territorio que habían dominado en definitiva los germanos desde hacía casi doscientos años.

Pero tras perder la Gran Guerra en 1918, Alemania no había tenido más remedio que ceder territorio al Corredor Polaco, por lo que Prusia Occidental había dejado de existir y Prusia Oriental había quedado como territorio alemán desprendido y rodeado de enemigos. Como una isla cercada por aguas de tormenta.

Ante tal humillación, su padre, que había sobrevivido a los horrores de la trinchera, no había querido que la familia permaneciera bajo el Gobierno polaco ni un día más de lo necesario, así que emprendieron la retirada; dejaron tierras, lazos y amistades y se dirigieron a tierras alemanas. Su padre abandonó con su familia su tierra, sus raíces y su orgullo. Caminaba hacia adelante, hacia su nuevo destino, pero atado por las raíces. Caminaba hacia adelante, pero miraba hacia atrás constantemente y con intensidad, mientras hacía la promesa de volver, quizá como lo habían hecho los antiguos *alemanni* tras ser vencidos por aquella Wanda.

Los que siguieron fueron años amargos de lejanía y de hambre, pero la primera carta de amor de su ahora marido habían acabado con ellos. No que se acabaran las penurias; era sólo que éstas parecieron esfumarse con Hartwig a su lado.

De recién casados, Wanda se había alegrado cuando a su marido le ofrecieron ese empleo en una remota esquina de Prusia Oriental como administrador de una gran hacienda, porque era una oportunidad de volver, de decirle a los hijos que les nacieran ahí: Naciste en Prusia, como yo. Pero más porque ese trabajo significaba, además de un merecido reconocimiento a la capacidad de Hartwig, la estabilidad económica en un tiempo en el que pocos tenían trabajo y menos qué comer.

Para Wanda era imposible olvidar la época de escasez tras la otra guerra, aunque pareciera que ahora la situación había cambiado —se sentía en la economía y en el ánimo del país—, y aunque los *alemanni* modernos hubieran

regresado con fuerza y con éxito a unificar y a anexarse toda la Prusia de antaño.

La Prusia Oriental de su padre existía de nuevo y a él le había tocado ser testigo de ello cuando, ya viejo y cansado de la lejanía, estaba por perder la esperanza. Tuvo fuerza para reclamar la pequeña granja que años antes había tenido que abandonar. Así como al partir él y su familia, la había ocupado un invasor polaco, ahora ese mismo hombre había tenido que dejarla al antiguo dueño prusiano que volvía por ella.

Con el gusto de haber reconquistado lo propio, su padre había muerto en la cama donde había procreado a casi todos sus hijos —y donde era posible que el polaco también a los suyos—, dos meses después de instalado. Ahora era su madre la que atendía la granja donde como ingreso principal criaba conejos y cultivaba maíz para ganado para vender en exclusiva al Gobierno, aunque después de hacer su aportación correspondiente. Gracias al proceso que había iniciado el canciller Hitler desde antes de la guerra, en las grandes granjas como la de ellos y en la pequeñas, como la de su madre, había abundancia. Era cierto: los alemanes nunca habían tenido los estómagos tan llenos como en esos días, y más aún los granjeros autosuficientes que ni siquiera tenían la necesidad absoluta de recurrir al plan de racionamiento preventivo impuesto por el Gobierno.

Wanda, mujer precavida, guardaba para una emergencia el tintineo de sus monedas y el silencio de sus billetes y cupones en una caja de hojalata que escondía en el fondo de un baúl. No gastaría sus monedas en cosas que ella misma podía hacer con sus propias manos y con material que podía obtener de la misma granja. El futuro parecía prometedor, pero ella no se permitía olvidar las carencias de su niñez. Sus hijos, determinó, no conocerían el hambre.

No que todo fuera como nieve sin pisada: Freddy había nacido con problemas y ocupaba mucha de su atención, e Ilse no era parlanchina, pero tranquila y obediente como Irmgard. Aunque se parecía a su hermana mayor, ambas con los ojos cafés y las facciones finas de su padre, ella era silenciosa, nunca lloraba, nunca se quejaba, pero se movía rápido, como por acto de magia. Su madre la dejaba en sus juegos un instante y tras lo que parecía un parpadeo, la niña ya no estaba.

Wanda no sabía de dónde salía tanta velocidad. Tanto silencio.

Pero la fuerza de ese silencio le brillaba en la mirada y luego se hacía

presente en las travesuras que, sin aviso y sin delatarse, hacía. De más pequeña no hubo mucho de qué preocuparse: alguna escapada al castillo, al que no podía entrar porque permanecía cerrado; en otras ocasiones, se mantenía entretenida cuando dibujaba y se salpicaba en el lodo. Wanda la buscaba con la certeza de que la encontraría en alguna fechoría, pero que la encontraría. Y si Ilse se había divertido en el fango, ella se frustraba, claro, porque, ¿qué acaso cree esta niña que la ropa se lava sola?

—Y tus zapatos, Ilse. ¿Qué no te he dicho que los cuides? Los zapatos no se dan en los árboles, eh. Además, pareces cerdito.

Entonces Hartwig le decía: Tranquila, déjala, no la regañes tanto. Y es que todo lo que hacía Ilse, a él le causaba gracia o ternura.

Pero a últimas fechas la situación había cambiado, y ya no era tan sencillo ni tan seguro para una niña salir a su propio jardín. Ni tampoco era tan sencillo para el padre desechar la angustia de la madre en tan sólo unas palabras.

—Hartwig: ya no puedes decirme que no me preocupe.

Alemania, victoriosa, había invadido Polonia y había restablecido Prusia. Eso decían el *Führer*, las noticias, su marido; todos. Si era así, ¿por qué era ella la que se sentía invadida, entonces?

Ya no se podía salir de la casa sin verlos; sin recordar que estaban ahí en contra de su voluntad. Que eran sus prisioneros. Los polacos. Sus prisioneros, los polacos. Mis prisioneros, mis prisioneros, mis esclavos. Se lo repetía sin fin, pero, por más que trataba de grabárselo, de entenderlo, de aceptarlo, no lo lograba.

—Yo soy mujer de granjero. Eso es lo que sé ser. ¿Es que ahora somos carceleros, Hartwig?

—A mí tampoco me gusta la situación, Wanda, pero no hay remedio.

Y no lo había. El *Führer* lo había ordenado: los patriotas alemanes, llamados a darse de balazos y a morir por la gloria del *Vaterland*, y, como los Hahlbrock no tenían estómago para el maltrato, sus prisioneros polacos eran puestos a cultivar la tierra, a dormir tibios con un fuego en la hoguera y un pan en el estómago.

Ella no lo entendía. No lo entendía por más que Hartwig quisiera verle pies y cabeza a la situación.

—Sin ellos no podríamos trabajar.

La tierra era prioridad para el *Reich*, porque, si una lección habían aprendido de la anterior, era que sin alimento nadie aguanta una guerra. Y si para trabajar la tierra hacía falta mano de obra, el *Führer* la proveía, de donde fuera.

Y además eran afortunados por doble partida: no sólo tenían su sueldo; también el Gobierno necesitaba que Hartwig se quedara en casa, a salvo, lejos de la guerra. Por ser granjero y parte vital de la producción de los alimentos del *Vaterland*, nadie lo llamaría a pelear.

—Alguien debe quedarse a supervisar la tierra, ¿no?

Hartwig trataba de convencerse, aunque Wanda sabía que a veces le pesaba que sus amigos —su hermano Josef— enfrentaran el peligro de las batallas lejos de sus familias, mientras él disfrutaba de las ocurrencias de sus hijas. Pero, en esos días, uno hacía lo que se le ordenaba, y él no era la excepción. Y no había deshonra en eso; al contrario:

—Eres un patriota —le decía Wanda—. Trabajas también por la gloria de Alemania, si no en el campo de batalla, sí en el campo de cultivo.

Qué difícil ser hombre en tiempos de guerra, llamado con fuerza por dos frentes: el del guerrero y el del hombre de familia.

Pero ella sí estaba agradecida. Todos los días sentía el alivio de amanecer tibia por el calor cercano de su marido. ¿Cuántas mujeres alemanas ya no tenían ese consuelo? ¿Cuántas más lo perderían antes de que acabara la guerra? ¿Cuántas, ese mismo día? ¿Cuántas no lo tendrían nunca más?

No: Wanda no podía quejarse del todo de su situación, pero el asunto de los cuatro *Zivilarbeiter* polacos y los soldados que los custodiaban como quiera le quitaba el sueño en la noche y el aliento en el día. Cuando circulaban a su alrededor, cuando Hartwig los mandaba con leña o con la leche del día o la carne de la semana, no podía mirarlos a la cara. «Deje esto aquí o déjelo allá y ¡cuidado, no ensucie mi piso!». Entre señas y palabras sencillas, porque había olvidado casi por completo el polaco que había aprendido en su niñez, les daba órdenes —no tenía opción, si quería que las cosas se hicieran bien—, pero pasaban los meses y no sabría decir de qué color o de qué forma eran sus ojos, de qué color la piel, de que tamaño la nariz. Pasaban los meses y no sabía distinguir a uno del otro, porque nunca los miraba directo. ¿Por qué? Lo ignoraba. ¿Sería por temor a lo que ahí vería? ¿Por el odio? ¿Por el resentimiento? Llamarlos *Zivilarbeiter* —trabajadores civiles— era mucho más

amable de lo que esos polacos eran en realidad: prisioneros destinados a los trabajos forzados. Esclavos.

Y cada noche, antes de dormir, si es que acaso conciliaba el sueño, volvía a lo mismo.

—Que se vayan, Hartwig.

—Ya te dije, no se puede. Aquí los dejaron; aquí se quedan. Ni modo.

Ni modo. Wanda sabía que no había modo, y se recriminaba por angustiarse a su marido a base de insistencia. Ella entendía. No era tonta. Pero era terca: ¿qué acaso ella no tenía más derecho a defender la paz en su hogar que el que Adolf Hitler decía tener para defender la patria?

—Que nadie te oiga decir eso, Wanda —le dijo Hartwig la primera y única vez que ella le dio forma sonora a su resentimiento hasta ese día.

Y además, temía por Ilse, que por suplir a su hermana cuando se marchaba a la escuela, por algún motivo se había prendado de los extranjeros, en especial del joven. Sería por aburrimiento, tal vez. Y, por más que su madre le decía además: te prohíbo salir pues no te quieren, Ilse, la niña no entendía. No quería. No podía. ¿Cómo podría? Si a los cuatro años apenas empezaba a entender el amor de familia, ¿cómo explicarle a esa alma nueva de su hija el odio entre enemigos?

No era lo mismo decirle no te quieren a decirle te odian.

—Si te preocupa tanto, busca una mujer que te ayude. Una polaca.

Pero no. Wanda no tenía ayuda en casa. No gastaría el sueldo de Hartwig en eso. No la quiso ni antes ni después de la guerra. Su abuela no había tenido; su madre no había necesitado de nadie. Ella tampoco. Le gustaba su casa para su familia; le gustaban sus cosas en su lugar y tener la certeza de que lo limpio, en verdad estaba limpio.

Procuraba estar lo más posible al pendiente de la niña a la que no había manera de distraer de su afán por la compañía hostil, pero sus quehaceres y los problemas de su recién nacido la distraían de su vigilancia. Acompañarla cada minuto le era imposible.

Wanda detuvo su aguja. Apagó la radio para oírla. ¿Había algún ruido abajo?

Ese día, como muchos otros, no fue el silencio lo que le dio aviso; fue el vacío, porque Ilse sería silenciosa, pero su sola presencia hacía vibrar el ambiente. Y en la casa ya nada se movía, ni el aire. Y fue el miedo lo que la azuzó. Dejó que la aguja quedara colgada del hilo con el que remendaba la

bastilla de las cortinas, dejó al bebé, que dormía tranquilo y corrió con un destino claro en mente, el mismo del día anterior; e igual que el día anterior, otra vez temía encontrarla muerta. De un cuchillazo, de un palazo, por un pico, de un desplome; de lo que fuera. Muerta. Muerta a manos de polacos obligados a trabajar una tierra que no era la de ellos; a mano de unos polacos arrastrados a una guerra que no habían anticipado y que habían perdido en el primer parpadeo, y que ahora vivían a merced de la buena voluntad de una familia alemana reacia a tenerlos cerca.

Cuando llegó, vio que su hija prestaba atención a los movimientos precisos que el muchacho polaco hacía con la pala al menear el trigo.

Cuando la vio, pudo soltar el aire que había contenido en su carrera. Ilse no estaba muerta. Claro que lo sabía muy dentro; y claro que había exagerado, le diría Hartwig al rato: su hija estaba bien. Se veía contenta. Parecía...

Entonces Wanda trató, pero no pudo retomar el aliento.

—¡Ilse! ¿Qué te hiciste en el pelo?

6. NO TODA ESCLAVITUD ES IGUAL

Janusz las observó mientras se alejaban, mientras la madre jalaba a la niña del brazo, entre regaños.

—Ya te he dicho, niña, que no te acerques aquí. Es peligroso.

—¿Por qué?

—No me contestes...

Ya no pudo oír más.

Lamentaba el miedo infundado de la señora Hahlbrock. No lo entendía: ¿cómo podía creer ella que le haría daño a Ilse? A la niña nada le pasaría mientras él estuviera cerca. Quisiera poder darle tranquilidad a la mujer, pero su lengua todavía no tenía las palabras en alemán; al menos no para pronunciarlas con la seguridad necesaria para ofrecer garantías de vida, de paz.

—Ten cuidado.

Janusz se dio la media vuelta, alarmado. Ensimismado en su trabajo y en su cuento de trigo, no se había percatado de que Tadeusz, Józef y Radosz estaban de regreso. No había notado la hora. Si estaban ahí, era que se había acabado el día, que era hora de descansar y, lo mejor, de cenar.

Tenía hambre; siempre tenía hambre. Eso no había cambiado desde su estancia en la granja de los Hahlbrock; cuando creía que el hambre se había ido para no volver, después de comer un pan con mantequilla cremosa o un guiso de papas y cebolla, regresaba a recordarle que, de ella, no había cómo librarse; que dormía por un rato; que por primera vez en su vida de pasajera descansaba y lo dejaba descansar, pero que no había manera de dejar de ser el monstruo que era; que no había manera de amaestrarla por completo, aunque ahora ésta se acostumbraba poco a poco a respetar un horario estricto para hacer su aparición.

Gracias a eso, Janusz se sentía liberado; ya tenía tiempo y ánimo de pensar en otra cosa. En muchas. En sus cuentos viejos en los que escuchaba todavía, clara, la voz de su madre, pero ahora también en otros, unos nuevos, que todavía no sabía de dónde salían.

¿Sería de la nada? ¿Sería de sí mismo?

—¿Estás sordo, acaso?

—¿Mmm?

—¿Cuántas veces te hemos dicho que mandes a esa niña a la casa, que no la dejes que se quede contigo? ¿Qué no ves que no te quieren?

—¿Quién?

—¿Pues quién va a ser, *glupi*? Nadie. Nadie aquí. Eres *Zivilarbeiter*.

De todos sus compañeros de cautiverio, Radosz era el más quejumbroso, porque, mientras la nostalgia por el hogar y la familia hacía que los otros se sumieran en un marasmo en su deseo por regresar al abrazo de lo conocido y de lo querido, a él le caldeaba el ánimo. Y es que Radosz lo daba todo por perdido y no veía cómo esa pérdida no era permanente.

—No sé ni para qué siguen llorando. ¿Creen que no los oigo? Los oigo cuando apagamos la luz todas las noches y los veo cuando, en el descanso de medio día, se comen un pan que no horneó su esposa; un pan que no sabe a su hogar. Y lloran. Y si no lloran, quisieran. ¿Pero para qué? ¿Para qué, si su esposa está tan muerta como la mía? ¿Si su pan nunca más volverá a tener el sabor de Polonia? Si Polonia ya ni existe, porque está tan muerta como lo estamos nosotros, aunque no nos queramos dar cuenta, aunque no quieran aceptar que nuestros pies caminan a diario sobre su cadáver.

Józef y Tadeusz conocían a Radosz de antes. Habían sido amigos de juegos de la infancia y de las primeras copas de la juventud. Pero la amistad se había acabado porque no habían podido ni querido seguirle el paso.

—Tienes que entender, Janusz: Radosz está acostumbrado a irrigar su buen ánimo con *krupnik*. Y ahora que no hay...

Y ahora que no había, tampoco había buen ánimo.

Janusz nunca había probado ese vodka que no perdía su potencia por estar endulzado con miel y hierbas, pero recordaba que su madre decía que su padre había preferido dejar a la familia, antes de dejar esa bebida. «Veneno», le llamaba su madre, «puro veneno para hombre». Y a Radosz, al apresarlo y expatriarlo, lo habían obligado a dejar de tajo no sólo a la familia, sino a la bebida. Sin convicción; sin haberlo decidido él. Y le dolía la familia, pero le dolía más el *krupnik*.

Motivado por el terror, Radosz había soportado el viaje y había disimulado sus síntomas, pero, tan pronto como se habían quedado solos y se habían alejado los soldados en el camión vacío, se desplomó, presa de una fría fiebre que lo hacía temblar, decir incoherencias y hasta llorar.

Salió a trabajar las primeras jornadas así, débil y con escalofríos, porque no tenía opción: imposible informarle a los nuevos dueños de sus días que no tenía

ganas, que necesitaba más que pan, que el cuerpo le protestaba con vehemencia la sequía. Los otros lo ayudaban a fingir que trabajaba, pero si había que hacer un pozo, lo dejaban arrastrar el pico, como aflojando la tierra, mientras que en realidad eran ellos quienes lo hacían. Radosz aprovechaba los momentos sin supervisión para dejarse caer al suelo, sin aliento y sin fuerza.

Con el tiempo, los temblores habían pasado; la desesperación inmediata también, aunque no la añoranza ni el resentimiento, así que las noches en la barraca de los granjeros polacos siempre terminaban en el mismo tono, y, al apagar el quinqué y cerrar los ojos, todos se arrullaban intranquilos con variaciones del mismo reclamo.

—Lo único que tengo soy yo; o al menos lo que me han dejado ser todavía estos malditos alemanes: un pedazo de mí, un cascarón, un esclavo. Levántate Radosz; muévete; haz esto, haz lo otro; no al rato, no mañana: en este instante, hoy. Aunque sea domingo, aunque sea el día de tu santo. Ni un descanso, ni uno. Ni con lluvia, ni con frío, ni con lodo, ni con llagas y sangre en las manos. Y ni un trago para despedir el día; ni uno para calentar el alma. Y ya sé que esta guerra nunca acabará, y nunca más volverán a soltarme. Y, si me sueltan, ¿ya para qué?

Y, de día, trabajaba con una amargura que también trataba de contagiar a sus compañeros en el destierro, en especial a Janusz, que siempre hacía un enorme esfuerzo por permanecer inmune o a veces hasta sordo a lo que dijera Radosz. Entre más le dirigía la palabra el hombre, más se sumía Janusz en sus historias, las viejas, las nuevas, y así se alegraba el día y la noche, y así lo desterraba a él y a sus malos augurios de la mente.

Entendía lo que era la añoranza; lo que era extrañar a la madre, temer por la hermana. Entendía el dolor de perderlo todo y nunca poder olvidar. Él no olvidaba. Nunca. Lo había perdido todo hacía mucho. Pero había aprendido a alegrarse de la vida por la vida misma; por vivir un día más, y otro y otro. Con hambre, pero vivo para disfrutar del alimento otro día. Con frío, pero vivo para disfrutar del calor cuando llegara. Solo, pero vivo para gozar de compañía cuando ésta lo encontrara.

Para sus compañeros en esa existencia impuesta, la pérdida era más reciente, pero pasaban los días y Janusz no comprendía por qué no encontraban siquiera un motivo para alegrarse: podrían estar en manos de los rusos o tan muertos

como decía Radosz que estaba el resto de Polonia.

Muertos para nunca disfrutar de nada, nunca más.

No entendía en qué les afectaba a ellos que alguien encontrara la paz en medio de la guerra; no entendía que quisieran arrebatársela o convencerlo de que la dejara atrás, de que se uniera a ellos en la amargura.

Los últimos cuatro polacos de la tierra, unidos por la amargura.

—Aquí nadie te quiere, *głupi*, —le decía y le repetía Radosz, como si fuera incapaz de entenderlo, de oírlo.

Podrían llamarle *głupi* todas las veces que quisieran y repetirle lo mismo infinitas veces, pero él sabía que no era tonto. Oía, porque no tenía remedio: sus oídos funcionaban bien. Pero no atendía, porque ése era un acto de voluntad: no escuchaba porque no quería.

Y es que no deseaba que esas palabras penetraran el cajón donde se guarda la amargura, porque sabía que, de hacerlo, terminaría por convencerse de que «si nadie me quiere aquí, nadie me quiere en ningún lado». Porque años de búsqueda solitaria se lo comprobaban: en Polonia no había una Ilse y, si ella estaba en Alemania, ahí era donde él quería estar, porque él había encontrado en esa granja el sentimiento más cercano al que había conocido en el seno familiar. Había encontrado a quien contarle sus cuentos; una niña con los ojos de la hermana que ya no tenía, una niña que ya lo quería, aunque Radosz se empeñara en asegurar lo contrario.

—¿Ya es la hora de la cena? —le preguntó.

25 de marzo de 1941

7. EL HIMNO DE LOS NIÑOS

La guerra avanzó, como la guerra avanza cada día, sin que nadie la pueda ignorar, aunque se intente, aunque se disimule ante los hijos; aunque se viva en lo más remoto del país; aunque no se prenda la radio hasta que éstos se hayan ido a dormir, para que duerman en paz, aunque no la haya; aunque durante la cena se hable de todo menos de ella; aunque los padres lamenten que la niña mayor, su Irmgard, ya llegara a casa el fin de semana, tras toda la semana en su internado, vestida con el uniforme bélico de la *Jungmädel* y ahora se negara a cantar otra cosa que no fuera lo que le enseñaban en ese grupo de niñas nacionalsocialistas.

Die Straße frei den braunen Batallionen.

Die Straße frei dem Sturmabteilungsmann!

Es schau'n aufs Hakenkreuz voll Hoffnung schon Millionen.

Der Tag für Freiheit und für Brot bricht an!

La guerra avanzaba, el *Reich* exigía, y ellos hacían su parte: «Produzcan más», les pedían, y ellos trabajaban más duro. «Tengan más hijos para la gloria del *Vaterland*», y ellos cumplían: buscaban ya el cuarto hijo. Pero no entendían por qué necesitaba Alemania que los niños se olvidaran de serlo; que se olvidaran de sus ratos libres dedicados al juego para someterse a la disciplina militar; que sustituyeran las canciones de cuna por la *Horst Wessel Lied*, y su llamado a las armas.

¡Despejen las calles para los batallones pardos!

¡Despejen las calles para la división tormenta!

Millones admiran las esvásticas llenos de esperanza.

¡El día de libertad y de pan ya llegará!

¿Por qué tenía que cantar esas líneas una niña de diez años? ¿Qué beneficio posible había en eso para el país? ¿Por qué tenía que enseñárselas a sus hermanos también, que, como ella y gracias a ella, ya no cantaban ni rondas ni otras canciones?

La guerra avanzaba, y los Hahlbrock hacían todo lo que se les exigía, daban todo, pero no entendían por qué debían también entregar la infancia de sus hijos. Pero callaban, porque no había remedio.

La familia Hohlbrock vivía en esa pequeña y remota esquina del país, muy importante por su fértil campo, pero alejada de la capital Prusiana y de todos los

vaivenes sociales o políticos. Que si el judío era el estrago del mundo. Que si Alemania se encargaría de vencerlo. Que si cada vez tenían más territorio. Que si habían invadido Grecia. Que la batalla por Francia había sido pan comido. Que faltaba poco para vencer a los necios ingleses con los bombardeos aéreos y con el dominio absoluto por mar. Que el *Vaterland* lograría un imperio más grande que el romano.

Nada de eso cambiaba el hecho de que las vacas no esperaban ante ningún festejo; que había que ordeñarlas cuando había que ordeñarlas; que había que plantar y cosechar en el momento preciso; que había que hacer quesos y mantequilla, y había que cortar la lana a los borregos en verano. Se debía dar mantenimiento a todo, además a la casa, a los campos, al granero, a los establos, al castillo. Debían rendir cuentas al dueño y dar su tajada al Gobierno, que cada vez exigía más, y estar presentables y listos para recibir a sus oficiales en la oficina.

No: las exigencias del campo no se detenían ante la grandeza de nadie. Nada como una buena plaga como para borrarle la arrogancia a cualquiera.

Gloriosa Alemania. *Seig Heil!*, gritaban ellos también en las reuniones y manifestaciones, y con voz sonora. *Seig Heil! Seig Heil!*. La victoria estaba asegurada; la grandeza de Alemania, garantizada.

Odiaban las reuniones del partido. Ambos creían que su tiempo sería mejor utilizado en casa, mientras dedicaban su tiempo a lo que sabían hacer y dejaban la política en manos de quien se interesara. Parecía sencillo desearlo, pero en esos días faltar a las reuniones del partido era peor visto que faltar a la iglesia, que para muchos había pasado a segundo término. Ausentarse era interpretado como una señal de protesta, de inconformidad, porque ahora la política era la nueva religión y Adolf Hitler, el nuevo mesías. Y, por lo tanto, no estar presto para hacer el saludo nazi, era una afrenta y era peligroso porque ahora los que siempre habían sido vecinos cordiales, compañeros de banca en la iglesia, no dudarían en denunciar como traidor a cualquiera que no mostrara el mismo fervor que los demás.

Los Hahlbrock no entendían la paranoia generalizada, pero la identificaban, y comprendían que debían vivir con ella, y hacerlo en paz. Así que iban, mandaban a la hija que ya tenía edad —porque alguien lo había decretado—, y lo hacían sin quejarse ante nadie. Ya casi ni se atrevían a lamentarse ni en la

privacidad de su recámara por miedo a que los oyera Irmgard, que no entendería las desavenencias de sus padres con ciertos aspectos de la nueva vida nazi que tanto le enseñaban a amar en la escuela.

Y soñaban con el día en que terminara la guerra, para que todo volviera a la normalidad; para que los vecinos se miraran sin sospecha; para que, como decía el himno que tan hartos los tenía, hubiera pan, pero que también hubiera paz; paz entre alemanes, porque en ese rincón tan alejado de balas y amenazas, ésa era la guerra que hasta entonces habían vivido: la de vecinos contra vecinos.

Los Hahlbrock trabajaban para ese fin; colaboraban para la llegada de un mejor día, de una mejor Alemania. Así que soportaban los cánticos que ahora Ilse, de seis años, debía repetir por instrucción de su hermana mayor.

—Apréndetela bien para que, cuando tengas diez y puedas ir, seas la más avispada.

Y así la enseñaba a marchar como a ella le enseñaban. Le enseñaba la calistenia. Le contaba fábulas modernas que a cualquiera aterrorizarían, pero que Ilse escuchaba en silencio de principio a fin, conminada por Irmgard, porque:

—Ilse, tienes que estar atenta y saber qué hacer si acaso te encuentras con una serpiente de estrella amarilla como ésas. Ándale. Otra vez el himno. Y ya no te equivoques.

—Después. Ya es hora de cenar y en la mesa no se canta.

Cada vez que Wanda encontraba un motivo para ahorrarse el escuchar esa canción con la que pretendían hacer de sus hijas unas guerreras, lo aprovechaba.

—Pero, mamá...

—En la mesa no se cantan ni las canciones de Iglesia. Ya lo sabes, Irmgard.

LOS SCHIPPER
22 de junio de 1941

8. COMO HOJA EN UN RÍO

Karl Schipper recordaría bien el tercer cumpleaños de Arno el resto de su vida. Es un día histórico, les había dicho a sus hijos. Y cuánta razón había tenido, pero, aunque se hubiera equivocado —después de todo, ¿qué sabe un simple carpintero de historia y de predicciones? No lo suficiente para hacer declaraciones de ese tipo, eso era seguro—, ese día se le hubiera grabado tan profundo en su mente como las tallas en las maderas finas de los muebles que él hacía por encargo.

¡Despejen las calles para los batallones pardos!

¡Despejen las calles para la división tormenta!

La comunión con todos y todo, con las voces que retumbaban entre los muros de Königsberg cantando la *Horst Wessel Lied*, y hasta con el aire que soplaba helado esa primavera, lo había embargado y sobrecogido.

Millones admiran las esvásticas llenos de esperanza.

¡El día de libertad y de pan ya llegará!

Con cada paso que daba ligero, a pesar de ir cargado con las provisiones del día y con Arno sobre sus hombros, poco a poco dejó en el olvido la humillación que había sufrido Alemania los últimos veinte años.

Pronto ondearán las banderas de Hitler en cada calle.

La esclavitud durará sólo un poco más.

Olvidó el aislamiento de Prusia Oriental; el hostigamiento de los polacos que no con facilidad dejaban traspasar sus recientes fronteras a un alemán que siempre había compartido la tierra con ellos.

—Papá —se quejó ese día Fritz—, Arno no se sabe la canción.

—No importa, Fritz: déjalo cantar —le contestó él con una sonrisa, sin perder el paso y sin quitar su mirada de las banderas rojinegras que gloriosas adornaban el presente y prometían el futuro.

Las banderas ya ondeaban en cada calle: la esclavitud duraría sólo un poco más. Con esa promesa que sentía casi cumplida, se esfumaron de su conciencia las carencias que había sufrido primero como hijo de familia en el nuevo mundo de la Alemania desmoronada y luego de la Gran Depresión. De su mente se extinguieron las mortificaciones que como nuevo esposo y padre había sufrido hasta no hacía muchos años, cuando ser carpintero era inútil si nadie tenía dinero para reparar nada y mucho menos para comisionar nada nuevo, y cuando lo

único que los salvaba del hambre era la pequeñísima granja familiar que su mujer había heredado.

Pero ya las cosas empezaban a cambiar. Tanto, que apenas resistía el impulso de ir al cementerio a pararse frente a la tumba de su padre y decirle: te lo dije.

Desde su aparición en la escena política, hablar sobre Adolf Hitler siempre había causado polémica entre padre e hijo.

—No puedes creerle a cualquier patán que hace promesas.

—¿Y en quién debo creer? ¿En gente anticuada como tú que nos tiene sumidos en la miseria? ¿En los que entregaron la patria? ¿En hombres que con la guerra perdieron también la dignidad y cualquier esperanza para el futuro?

El joven Karl había declarado en más de una ocasión ante su padre y ante quien quisiera escuchar, que él hubiera preferido morir antes de acceder a deponer las armas, antes de firmar esa leonina y vergonzosa rendición incondicional, como había hecho la vieja guardia que había seguido al *Kaiser* Wilhelm II a la derrota y que luego se había conformado con la inservible república de Weimar, la cual sólo había logrado mantener a Alemania de rodillas y con hambre. Y a la región de Prusia Oriental separada del *Vaterland*.

Pero esas declaraciones no eran exclusivas de él: era de lo que los alemanes de su generación hablaban, lo que reclamaban. Y las promesas que hacía Hitler cobraban más sentido en esos corazones jóvenes deseosos de venganza y de volver a ver la antigua Alemania unificada, de recuperar la honra del pueblo germano que continuaba esparcido tras las fronteras perdidas del antiguo imperio, en el *Sudetenland*, en el *Rhineland*, en *Memel*, en las tierras alemanas de la Prusia Occidental que el mundo se empeñaba en llamar Polonia.

El camino de Adolf Hitler hasta el poder había sido largo y difícil y *Herr* Schipper había muerto sin admitir que su hijo había tenido razón. Pero aun sin la anuencia del padre, la razón había terminado por imperar, pensó entonces el joven Karl, y él y casi toda Prusia se habían volcado a las urnas a votar por su líder, pues en él habían encontrado la manera de que la voz humillada del pueblo alemán retumbara con nueva fuerza en cada rincón del *Reich* y en el mundo entero.

Al seguirlo, otra vez habían encontrado motivo de orgullo para llamarse alemanes. Gracias a su iniciativa y a su fuerza al gobernar, el pueblo progresaba, encontraba trabajo, olvidaba el hambre.

Por eso, aquel día de marzo de 1938, Karl Schipper, orgulloso, caminó hombro con hombro con su esposa, sus hijos y los hermanos desconocidos que lo rodeaban. Llevaba a su hijo menor en hombros, en alto, mirando desde el cielo, como orgulloso alemán. Todos fueron juntos a festejar el comienzo de la reintegración alemana. Quería llegar temprano con su familia hasta el estadio, pues creía que tal vez encontrarían cabida. Y con esa meta en mente, caminó a paso firme sin hacer caso de las indicaciones que le hacía Arno con sus piernas. Raro que él ignorara a propósito lo que le pedía el menor de sus hijos, pero ese día no había cómo detenerse: para entonces ya navegaban en un río humano, y ellos no eran más que una hoja que había caído de un árbol y flotaba sobre su corriente imparable.

Esa reflexión no lo detuvo ni lo contrarió ese día helado de primavera. Por atestiguar en persona las palabras de su *Führer*, por ser parte de esa historia y de esa hermandad, se dejaría llevar hasta donde desembocara el río.

Con ese ánimo escuchó, creyó y guardó en la memoria cada una de esas palabras pronunciadas con tanta precisión y con tanta promesa. El mensaje que entendió Karl ese día fue de paz y de amor por la patria, y le pareció que venía del mismísimo dios alemán al que se acogía el *Führer*, casi como si éste le hablara al oído y le dictara cada palabra que debía decir.

Y Karl lo creyó, porque no había cómo no hacerlo si cada una vibraba con la convicción de la verdad.

Entonces deseó que su padre estuviera vivo para decirle, ¿ves lo equivocado que estabas? Y es que éste no sólo se había opuesto al líder del partido Nazi acusándolo de falso profeta; también le había dado por hacer predicciones aciagas que su hijo tomaba por senilidad: este hombre nos llevará a una nueva guerra, ya verás.

Menos de tres años después de esa visita histórica del 25 de marzo de 1938, y encaminado hacia lo desconocido, siempre a merced de la corriente de un poderoso río que lo arrastraba sin considerar su voluntad, cual la hoja de un árbol, Karl recordó aquel día lleno de banderas e ilusión y decidió que si la vida le brindara la oportunidad de dirigirse tan sólo una vez más a su padre, le pediría perdón.

Hacía mucho que aquellos últimos atisbos de idealismo y credulidad juvenil prolongada se habían acabado. Se le habían esfumado a base de decepción y de

preocupación por lo que veía venir: ahora parecía que las dotes de adivino de su padre, él las había heredado.

Y sí: ahora le pediría perdón y admitiría de buena gana que creyó lo que quiso creer; que oyó ese maravilloso discurso, pero que entendió lo que quiso entender e ignoró lo que no le convenía; que lo había seducido la certeza que daba tener la alacena y los bolsillos llenos. Y había deseado —¡cómo había deseado!— que la siguiente región en regresar a donde correspondía fuera la de la antigua Prusia Occidental.

Imaginó que sucedería como en el *Anschluss* austriaco: que el ejército marcharía con pasos de gloria y de paz, y todos —alemanes y polacos habitantes de siempre en esas tierras— lo recibirían con los brazos abiertos, como se recibe a un amigo que se ha ausentado por demasiado tiempo.

Volvería la conexión con los pueblos alemanes diseminados. Habría paz y progreso. Reencontrarían el orgullo perdido. Sus hijos vivirían sin miedo, sin hambre. Con la libertad de determinar su futuro y su camino.

Pero el dios alemán no había concedido su deseo: poco tiempo después de ese gran discurso, en Alemania y hasta en Prusia —¡en Königsberg!—, un ejército de matones había atacado a los establecimientos de ciudadanos judíos. El *Kristallnacht*, le llamaron a esa noche de cristales rotos y destrucción, de matanzas y desapariciones.

Al día siguiente le había mandado llamar *Herr Stern*, que acostumbraba a emplearlo para pequeños trabajos de carpintería. Le pedía que fuera a reparar algunos daños en los estantes. Stern, la tienda más prestigiosa y elegante de la ciudad, estaba en ruinas. Los agresores y los testigos se habían llevado la mercancía sin que nadie osara o tuviera la voluntad de detenerlos. Y Karl tampoco había podido ayudarlo después: si trabajas para judíos eres enemigo del partido, le dijeron cuando lo interceptaron unos hombres desconocidos antes de que entrara al negocio.

Así había perdido al menos la mitad de la clientela que había llegado en los últimos años de bonanza. Y Karl no entendía: la comunidad judía siempre había sido parte de la realidad cotidiana de la ciudad; parte integral de la sociedad. ¿Ahora ellos también eran enemigos?

Ahora desaparecían de súbito. Karl no iba todos los días a la ciudad, pero un día en que terminó de trabajar temprano y pasaba despacio por la sinagoga, se

dio cuenta de que con cada visita veía menos estrellas amarillas en su andar cotidiano. ¿A dónde se fueron?, se preguntaba, con deseos de que se hubieran mudado lejos a vivir en paz, pues los ánimos estaban cada vez más y más caldeados en su contra en las calles de Königsberg.

Y todo surgía del discurso del *Führer*.

Lamentaría para siempre su ingenuidad que lo había llevado a entender un mensaje de amor y de paz aquel 25 de marzo, sin advertir las palabras que llamaban en sentido contrario. Ésas las había comprendido un anochecer en Königsberg, cuando dio la vuelta en una calle para resultar testigo involuntario de una redada violenta en la que soldados subían a camiones a familias enteras que portaban, en sus ropas, la Estrella de David.

Ese día comprendió que así desaparecían los judíos de la ciudad: contra su voluntad, bajo capotas de lona.

Volteó a su alrededor a ver si alguien se atrevía a defender los pocos derechos que les quedaban a sus vecinos, pero no había nadie; en esa calle por lo general tan transitada: nadie.

Él también ordenó a su caballo darse la vuelta y dirigirse en sentido contrario para alejarse de ahí apesadumbrado y decepcionado de sí por tener tanto miedo, y de Alemania por infundírselo.

Meses después, parte de su deseo de una patria unida había sido concedido. Pero ni el ejército germano había marchado con la más mínima intención de paz, ni los polacos los habían recibido con la mano extendida. Al contrario: por sorpresa, sin declaración de por medio, en alianza con los soviéticos y con violencia, Alemania había lanzado y ganado su guerra relámpago contra Polonia el primero de septiembre de 1939.

Los del *Blietzkrieg* fueron para ellos días de resguardo al son de cañones lejanos; de quedarse en casa donde inventaron quehaceres y juegos para que los niños olvidaran el miedo a las detonaciones cercanas y las ganas de salir a ver los *Messerschmitt* sobrevolar la granja a baja altura. Los bombardeos no eran sobre su granja, sabían: sucedían del otro lado de la frontera, en el territorio que antes fue Prusia Occidental y que los polacos y el mundo ahora llamaban Polonia. Pero los ataques arreciaron y, por más de que se repitieran que estaban a salvo en su intento por convencerse, no lo lograban del todo.

Luego llegó esa noche en vela al pendiente de motores cada vez más

cercanos, hasta que se detuvieron en su granja; hasta que sonaron pasos militares que avanzaban hacia la casa; hasta que llamaron a su puerta con una autoridad difícil de dejar sin respuesta.

—*Sie sind Pole?* —preguntó el soldado.

¿Que si era polaco?

— No. Soy alemán.

—*Papieren.*

Mientras que el soldado revisaba los papeles de nacionalidad que probaban que tanto él como su mujer Ethel eran alemanes puros, que no eran polacos, tuvo tiempo de ver que tres camiones esperaban en el camino con el motor encendido. Le vinieron a la memoria aquellos camiones con lonas en los que habían subido a los judíos aquel día. Las lonas que cubrían la parte posterior habían servido para mantener su carga humana fuera del alcance de la vista de los curiosos. Y sintió miedo: ¿venían ahora por él? ¿Lo habrían identificado como el testigo de esas desapariciones? Su corazón se detuvo.

—*Danke schon. Heil Hitler!*

Y con su gracias, el soldado le regresó sus papeles, se dio la media vuelta y se fue a paso de marcha, erguido y orgulloso, como si de él dependiera el futuro de Alemania, como si fuera el mismísimo *Führer* el testigo de cada uno de sus pasos, y no un asustado esposo y padre, simple carpintero morador de una granja. Cuando se alejó el desfile de camiones, Karl Schipper sintió alivio. Se iban sin él. No sabía a quién llevaban tras las lonas, pero a él, ese día, lo habían dejado en paz.

Días después, su esposa se había alarmado: la señora Filipek no los había visitado el martes, como era su costumbre, y quería saber si se encontraba bien.

—Ve, Karl. Llévale los huevos.

Y fue sin decirle nada a su mujer, para no alarmarla, pero sospechaba que encontraría la granja abandonada. Se equivocó: ya otra familia alemana recién llegada de Eisenhüttenstadt —pueblo cercano a Berlín—, se establecía en la que hasta hace poco había sido la granja familiar de los Filipek. No quiso preguntar por sus antiguos vecinos. ¿Para qué? Ya no era tan ingenuo: concluyó que los camiones que se habían detenido en su casa aquella noche iban llenos con gente como los Filipek y otros polacos.

Además, la curiosidad podía resultar peligrosa.

No le quedó opción más que entregar la canasta de huevos en señal de bienvenida y para dejar abierta la posibilidad de futuros trueques entre su mujer y *Frau Färber*.

—Muy bien —dijo ella—, pero esta semana no: estaré muy ocupada en la limpieza de la basura de los cerdos polacos que vivieron aquí.

¿Qué más podía hacer él? ¿Declarar que su familia había mantenido amistad con esos polacos que ahora llamaban cerdos? ¿Que su mujer extrañaría a aquella mujer regordeta que primero la había conquistado con su cremosa mantequilla y luego con su plástica? ¿Que sus hijos —Arno en especial— extrañarían los juegos con los niños Filipek?

No podía hacer ni decir nada, aunque quisiera, porque ya era muy tarde. Se habían ido. Se los había tragado Alemania. Y él, en su joven ingenuidad que había durado más de la cuenta, había colaborado para que eso fuera posible, pues había creído, había alzado su voz y su brazo convencido por la visión del *Führer*. Y ya para entonces había concedido todo, hasta su voluntad como hombre, hasta la conciencia tranquila.

Era demasiado tarde.

En esos días, hablar a favor de cualquier *persona non grata* era declararse enemigo del *Reich*. Era peligroso dejar de subir el brazo en saludo cada vez que la ocasión lo exigía; era peligroso pronunciar palabras y entonar canciones fuera de las aceptadas, de las que mantenían a su familia a salvo. Si se quería trabajar, era obligatorio pertenecer al partido nazi, comprar la bandera de la esvástica y ondearla por decreto. También debían comprar el retrato del *Führer* y lucirlo en un lugar de honor de la casa. Y nada de eso resultaba barato: habían tenido que aplazar la compra de zapatos nuevos por el deber patriótico de mostrarse ante todos como buenos alemanes.

El *Führer* los había llevado hacia donde su padre temía. Había desatado la tormenta que prometió y anticipó en aquel discurso de mesías que Karl había malinterpretado. Alemania, alegre, crédula, sin pensar en sus hijos, sin miedo a lo que vendría, seguía a su líder en busca de la gloria prometida. El mundo no había dejado pasar el atrevimiento germano en esa ocasión del *Blietzkrieg* polaco, como había hecho con la anexión de Austria o con la del Sudetes o con la de Checoslovaquia.

Con la invasión de Polonia, había estallado la guerra.

Y Karl temió por el futuro. Pero era peligroso proclamarse en contra o mostrar alguna duda sobre el desenlace de la guerra, así que exorcizó lo más que pudo todo pensamiento subversivo —porque ni en la privacidad de su interior se sentía a salvo— y se volvió a dejar llevar, arrastrado como hoja, pero ahora una temerosa de llegar hasta donde desembocara ese río de la guerra.

Al principio no la habían sentido. No como guerra; no en los alrededores de Königsberg ni en Prusia. No era difícil fingir que se trataba casi de una ficción: a pesar de todas las precauciones que habían tomado las familias prusianas en los primeros días, la guerra sucedía en otra parte y, aunque muchos jóvenes, fervientes patriotas, habían decidido subirse temprano al tren de la victoria al enlistarse como soldados para ir a pelear a Francia o a África, el servicio militar no era obligatorio para hombres de su edad.

Karl y muchos padres de familia como él pudieron quedarse en casa a cuidar a sus familias y a dar gracias de vivir lejos de los bombardeos.

Al principio, todo había parecido ganancia: no nada más por los anuncios triunfales que llegaban por la radio, sino porque se habían liberado de las impenetrables fronteras polacas que habían mantenido contenida y deprimida a la agricultura prusiana, principal sostén de su economía. Habían recuperado el puerto de Danzig para poder volver a ir y venir con libertad, para bajar los costos de transporte de mercancías. Y la distancia entre los pedazos de Alemania se había eliminado: ahora todos recordaban que Prusia era parte del *Vaterland* y, con emisarios del gobierno y visitas del *Führer*, empezaron a llegar apoyos y subsidios que tenían años de escasear.

Al principio todo era ganancia. Alemania conquistó todo lo que tenían al noreste y al oeste. La recién nombrada Unión Soviética, nueva amiga, los protegía por el este, en la parte de Polonia que le había correspondido tras el acuerdo entre los dos países.

Y con tanta abundancia, Karl se mantenía ocupado como carpintero. A veces elaboraba objetos tan simples como marcos para el retrato del *Führer*. A veces construía o reparaba objetos tan prácticos como puertas, mesas, ventanas, techos, ruedas para carretas en verano o cuchillas para trineos en invierno. Con estos encargos bastaba para cubrir los gastos de la familia, así que los hacía con gusto y con esmero.

Pero lo que más le gustaba era cuando le comisionaban algún mueble. En

éstos, él vaciaba su talento sin temor a perderlo todo y sin escatimar en gastos; sin fijarse si al entregarlo no le quedaba margen de ganancia por no haberse ajustado al presupuesto. La ganancia que buscaba era de otro tipo: era la de la satisfacción de haber construido con sus manos algo que perduraría; algo que trascendería el tiempo y las generaciones, tal como los maravillosos muebles de *Fräulein Stieglitz*, una de sus más antiguas clientes. También buscaba dejar un legado para sus hijos: seguirían sus pasos, deseaba, y serían los mejores ebanistas del país, los buscarían las mejores familias para adornar sus castillos con sus tallas y marquetería.

Pero.

Pero la guerra continuaba. Todos habían creído que no tardarían todos los países en rendirse ante el innegable poderío alemán y que la guerra era asunto finiquitado casi desde el principio. Y no: pasaban los años y esa guerra continuaba. Y se tragaba soldados.

Como ahora se lo tragaría a él. Los papeles lo habían ido a encontrar a la granja un domingo: *conscripto*.

Los emisarios del ejército habían tocado a su puerta con más suavidad que aquella noche en la que había tenido que probar su nacionalidad. En esa ocasión no llegaron en los camiones cubiertos por lonas tras las cuales tanta gente desaparecía, pero para él esa notificación del departamento de defensa significaba lo mismo: lo arrancarían de su hogar, de lo único que conocía.

¿Hacia dónde iba esa guerra que ahora se llevaba a los hombres ya no tan jóvenes, padres de familia sin la más mínima vocación militar?

Fue al *Wehrmacht* con la intención de explicar su situación familiar: él era un simple carpintero que nunca había sostenido un arma, habitante y trabajador de una granja familiar, padre de cuatro hijos y esposo de una mujer enferma de gravedad. La familia lo necesitaba.

—¿Se encarga usted de la granja? —le preguntó el hombre del departamento de defensa.

—No. De ésa se encarga mi mujer.

Su solicitud de excepción fue denegada. Les dijo: pero yo le ayudo, sola no puede. No lo tomaron en cuenta. Debía reportarse de inmediato para entrenamiento básico: le enseñarían a sostener y a disparar su arma. Sus servicios como carpintero serían de gran utilidad en el frente. *Heil, Hitler!*

¿En cuál frente? ¿A dónde lo enviarían? No recibió respuesta.

Como le ordenaron, se presentó el primero de mayo en el cuartel militar en las afueras de Königsberg. Le permitirían visitar a la familia las tardes de domingo. Trató de aprovecharlas lo más posible rodeado de su familia mientras daba los últimos toques a una cómoda con la cual sí se había ajustado al presupuesto. Dejaría a su familia con un poco de dinero, al menos, pero antes se tomaría una fotografía, una no tan grande como la del *Führer* que presidía en el comedor de la casa, pero sí más querida.

Quería que lo recordaran.

De lo que menos hablaban en sus visitas dominicales era de soldados y de guerra. Fritz y Johann querían saberlo todo, como nuevos miembros del *Deutsches Jungvolk*, felices de que su padre se mostrara como orgulloso alemán, pero él agradecía que, con una mirada, su madre les impidiera hacer preguntas. Y es que dentro de la casa, aun frente al retrato de Adolf Hitler, sin necesidad de gritar ni amenazar como el *Führer*, la que mandaba era la madre. Tendría el corazón enfermo, pero nadie podía acusarla de ser débil de corazón. Su palabra imperaba, pero sus miradas bastaban.

Helga tejía de manera constante, callada. Ella también era miembro ya del *Jungmädel*, en la liga de niñas alemanas, pero sólo porque no tenía remedio. Había que ir y ser parte, aunque a ella le pareciera una pérdida de tiempo, cuando en la granja había tanto trabajo, una madre enferma y un hermano que necesitaba constante supervisión después de la escuela y los fines de semana.

Arno no quitaba la vista a cada movimiento que hacía su padre mientras trabajaba. Conocía el nombre de cada pieza de herramienta y empezaba a distinguir la diferencia entre madera de olmo y de cedro. A Karl le parecía que era el único de sus hijos que daba indicios de haber heredado su vocación como carpintero. *Mein kleine Helfer* —mi pequeño ayudante—, le llamaba enternecido al llegar a su visita semanal, pues Arno lo esperaba cada domingo con la caja de herramienta lista para su dueño.

Pero el tiempo en casa siempre pasaba rápido e, inevitablemente, llegaba la hora de partir.

Mientras cargaba a Arno para prolongar más ese abrazo, a Fritz de once años y a Johann de diez, les decía cada domingo al despedirse: siempre revisen las ruedas de la carreta, manténganlas bien aceitadas. Ya saben dónde guardo las

herramientas. O: no olviden tener suficiente leña cortada y a la mano cuando llegue el invierno. Y no se iba sin decirles también: ayuden a su madre con los animales, y cuiden a su hermano. A Helga, ya toda una mujercita de doce, le decía: ayuda a tu madre con la costura, con las conservas y con Arno. Ella, a él, le entregaba los calcetines de lana que había tejido a mano. Dos o tres pares por cada visita.

A su mujer sólo la abrazaba y ella lo abrazaba a él. A Ethel no le pedía nada; no había necesidad. Además, los dos sabían que no había garantías: podían darle su comisión y enviarlo a la guerra antes de la siguiente visita, o podía ser que, al llegar el siguiente domingo, a ella ya le hubiera fallado el corazón.

Prolongaba la despedida lo más posible, pero luego era hora de regresar a las barracas, bajaba a Arno y se iba sin mirar para atrás, porque le dolía dejar a todos, pero más le dolía cuando, después de sólo unos pasos, sentía el cuerpo de Arno chocar con el suyo y asirse de sus piernas por detrás.

—*Nicht verlassen, Papa!* —no te vayas.

Y Karl no quería dejarlo. Quería abrazarlo igual de fuerte y nunca soltarlo, temeroso de que su hijo menor lo olvidara de un domingo al otro. Ese hijo por el que temieron tanto desde el vientre de su madre cuyo corazón enfermo apenas la sostenía a ella.

—Si llega a su fecha, nacerá débil, pequeñísimo, enfermo —les vaticinó el doctor.

Pero, contrario a los malos augurios, Arno nació grande y fuerte, lleno de sana energía. Este niño es un toro, declaró sorprendido el médico cuando lo vio por primera vez. Y desde entonces al padre se le había llenado el corazón de orgullo: con todo en contra, su hijo era un superviviente.

Y se había convertido en la alegría de la casa.

¿Recordaría a su padre cuando a éste lo arrastrara la guerra? A los seis años, ¿recordaría Arno su cara, su voz, sus palabras? Tal vez sí. Tal vez no. Se haría un retrato esa semana para dejarle algo de sí. Se zafó de su abrazo para seguir su camino. No quería dejarlo, pero el *Reich* se lo exigía.

—Regreso el siguiente domingo, Arno. Te traeré una sorpresa. Cuida a tu madre.

Eso era lo único que podía decirle a su pequeño, aunque quisiera decirle mucho más.

Lejos de su familia por primera vez, Karl rezaba todas las noches, pero no al violento dios alemán del *Führer*: rezaba al dios de sus ancestros, al de su Iglesia, al único, a Dios.

—Que se acabe esta guerra antes de que me vaya —repetía hasta quedarse dormido.

No pedía ganar la guerra: pedía que se acabara, como fuera, sin condiciones. Pero supuso que eran muchos más los alemanes que pedían ganar la guerra al acostarse cada noche, porque sus oraciones fueron ignoradas: para ganar, había que seguir en la lucha.

No había podido dormir durante la noche del sábado. Cada domingo en casa significaba para él una victoria. Anticipaba la visita del día siguiente: tenía ya lista la fotografía. Sabía que a su esposa le gustaría y que a sus hijos les emocionaría ver el primer retrato de la familia. Se harían uno todos juntos cuando regresara de la guerra, les propondría ese domingo. Después, Fritz y Johann lo acompañarían a entregar el mueble, Helga hornearía un pan para llevar a compartir en las barracas y le daría un par de calcetines más; Arno lo haría reír con sus ocurrencias y él abrazaría a Ethel una vez más.

Encontraría la fuerza para darse la media vuelta y partir. Luego pasaría el resto de la semana en los ejercicios militares que lo convertirían, le aseguraban, en un soldado perfecto del *Reich*. Él hacía cuanto le pedían como autómatas; no opinaba, no hablaba de más. Lo único que esperaba era que el sargento terminara de encargarle tareas día tras día y hacerlas sin falta día tras día. Así pasaba el tiempo sin pensar de más y sin acongojarse de más mientras esperaba que llegara el siguiente domingo, la siguiente visita a casa.

Pero a las cuatro de la mañana del domingo 22 de junio de 1941, había sonado la alarma: todos vestidos, todos armados, todos afuera, todos listos para el despliegue.

¿A dónde?

Nadie le respondía. Sus compañeros de batallón, por saber lo mismo que él: nada. Y sus superiores, por mantener el hermetismo, el gran secreto: ¿para qué se necesitan tantos soldados en una guerra que se está ganando? La única certeza que Karl tenía era que no volvería a ver a su familia, porque lo había atrapado la violenta corriente del río que al principio creyó tan apacible.

No llegaría ese día para ayudarlos a entregar el mueble. No les dejaría su

retrato.

La fotografía se iría a la guerra con su sujeto. Trataría de mandarla por correo militar si le daban oportunidad. Y escribiría. Tenía que explicarle a la familia que lo habían llevado sin oportunidad de un último adiós. ¿Que pensarían sus hijos al no verlo llegar ese domingo?

Los camiones en que transportarían a su batallón tardaron dos horas en llegar. Dos horas de espera, con carga militar reglamentaria y algunos calcetines de más a la espalda, de pie y sin permitirse ser el primero en flaquear por el cansancio, sin permitirse cambiar de expresión, ésa que tanto había visto en los soldados de los noticiarios cinematográficos y en los afiches y que ahora procuraba emular: de orgullo, de valentía, de amor y sacrificio por la patria, con la vista fija en el horizonte donde aguardaba la victoria segura, para que nadie notara que lo que deseaba en realidad era correr a su casa a meterse en la cama tibia bien arropado por su mujer y despertar con el aroma del pan recién horneado, listo para desayunar y luego para trabajar en alguna madera fina.

Y deseó eso aún más cuando, a punto de subirse en un camión con dosel de lona, quizás en el mismo tras el cual habían desaparecido tanto los judíos de Königsberg como los Filipek, oyó que el sargento le informaba al hombre de adelante a dónde se dirigían. Había gran orgullo en la revelación. Y gran confianza.

A diferencia de judíos o polacos, a los que quizá no les habían avisado a dónde los mandarían al hacerlos subir al camión, a él se lo habían especificado: a Karl lo mandaban a desaparecer como héroe al este. Y sus hijos vivirían con miedo, con hambre, temió. Sin padre. Sin la libertad de determinar ni su futuro y ni su camino.

Porque, sin paz, nunca era posible el progreso ni la libertad.

No. Esa guerra no terminaba, al contrario: se había convertido en un monstruo que arrasaría con todo; en la hidra a la que apenas se le cortaba una cabeza cuando surgía una nueva.

Y la más reciente: Rusia.

Cuánta razón había tenido su padre.

Desde ese día en adelante, Karl rezó para que la guerra se extinguiera antes de que sus hijos tuvieran edad para pelear.

9. LLEGARÁ EL DÍA EN QUE TODO SE COMPRENDA

Normalmente, ir a la iglesia no estaba dentro de la lista de sus actividades favoritas, y es que Arno nunca entendía nada de lo que el pastor decía, y la música siempre le gustaba más cuando salía de la radio.

—Tienes seis años. Para cuando hagas tu primera comunión vas a entenderlo todo, ya verás —le decía Helga.

—¿Todo?

—Sí. Todo.

Arno ansiaba que llegara el día en que por fin lograra entenderlo todo: las palabras del pastor; la enfermedad debilitante de su madre; la enemistad amigable que ésta sostenía con *Frau Färber*, con la cual hacía negocios (—Qué mujer tan engreída y malhumorada —decía seguido—, y su mantequilla ni siquiera es tan buena. O: —¡Mira que querer darme menos mantequilla por mis huevos!). Deseaba comulgar por primera vez para entender por qué el ejército se quería llevar a su padre carpintero pero no al granjero *Herr Färber*; quería descifrar el fervor de sus hermanos por los juegos de guerra y el motivo por el cual siempre tenía que ser él el prisionero y ellos los ganadores (así es la guerra, Arno: siempre ganan los alemanes, le decían. A lo que él contestaba: yo también soy alemán; ¡también quiero ganar!). Pero lo que más quería comprender era la dolorosa ausencia de su padre todos los días que no eran domingo.

A veces se acostaba por las noches extrañándolo, desconcertado por el cortante estado de ánimo de su madre, adolorido por los amarres que como prisionero de guerra había tenido que soportar en los juegos del día. Se quedaba dormido, abandonado por Helga, que en esos días su dedicación a tejer calcetines para su padre ocupaba cada momento libre. Sólo se consolaba un poco al recordar su promesa: el día de tu primera comunión entenderás.

Pero desde que su padre había tenido que irse a hacerse soldado, para Arno la iglesia era una señal —falta menos para que llegue papá—, y ya le gustaba un poco más.

Ese domingo se vistió rápido y bien, y ya estaba arriba de la carreta cuando los demás miembros de la familia lo llamaron para partir. Distinguió una pequeña sonrisa en el rostro de su madre, una rara en esos días de soledad, y Arno pensó que había logrado salir gracias a la anticipación del día.

La ceremonia a Arno le dio lo mismo: muchas palabras que soportó sin

entender, pues sólo anticipaba el momento del Amén; el momento de los saludos de siempre y de la plática posterior de los adultos; el rato en que aprovechaba para jugar con Johann Färber, aunque sintiera que traicionaba un poco a su madre por divertirse con el hijo de la vecina energúmena; sólo esperaba el momento para emprender el camino de regreso; luego el de la llegada a casa a sacar la caja de herramientas.

No fueron tantos domingos los que tenía con esa rutina, pero a Arno le parecía que ya abarcaba toda su vida, que ya era tradición; le parecía que tal vez también una acción llamaba a la otra: la misa a las pláticas, las pláticas a los juegos, los juegos ruidosos a recordarle a los adultos que ya era hora de volver a casa, la carreta al camino, el camino a la casa, la casa a los quehaceres (unos a cocinar, otros a limpiar el establo. Para él: sacar la caja de herramientas), y el sonido de la caja de herramientas, a su dueño.

Hecho todo lo anterior, aparecería su padre por añadidura, así que cuando fue tiempo ese día, Arno salió al camino cargado con la pesada y sonora herramienta para ser el primero en ver su arribo.

En cualquier momento éste aparecería por la curva, él correría a abrazarlo y su padre lo cargaría.

En cualquier momento.

Y luego su madre les daría de comer y su padre diría mmm, nunca he probado nada mejor, aunque fuera el mismo estofado que su madre preparara cada domingo. Y pensar en el estofado causó que a Arno se le hiciera agua la boca y un nudo en el estómago.

Pero en cualquier momento aparecería su padre con esa sonrisa que nunca faltaba en su cara.

Y, por estar ahí de pie por tanto tiempo, las piernas empezaban a cansársele, pero tenía prohibido sentarse en cualquier lugar en su ropa de domingo, y no quería molestar a su madre, como tampoco quería decepcionar a su padre que siempre le decía: cuida a tu madre, y una manera de cuidarla era no darle disgustos ni más trabajo por enlodar la ropa. Además, quería que su padre lo viera arreglado y peinado para informarle que lo había hecho él solo y que él le dijera —porque con seguridad le diría—: pues qué bien quedaste.

Ya estaba por tomar la curva, lo más seguro, y Arno no quería despegar la vista del camino, para no perderse del momento.

Pero el que apareció por ahí en su carreta fue *Herr Färber*.

—Niño: llámale a tu madre.

Arno no quería llamarle a su madre, como el hombre le pedía. Tenía una misión que cumplir y no quería fallar, pero tampoco pudo fallar a lo que le habían inculcado sus padres: respeta a tus mayores. Con dificultad, separó la vista del camino para ir en busca de su madre y luego regresar a toda prisa a su puesto.

La madre se acercó sorprendida de que fuera el señor Färber el que la buscara.

—*Frau Schipper*: me acaban de avisar que todas las tropas acuarteladas de Königsberg se movilizaron.

La conversación siguió, y Arno pudo distinguir que la voz de su madre se había alterado, y hubiera querido decirle al hombre que dejara de hablar con su madre, que ya no la molestara, pero a los adultos se les respeta y había que mantener la mirada en el camino. En cualquier momento aparecería su padre y él se encargaría de ahuyentar al vecino.

Entonces se fue *Herr Färber* sin necesidad de admoniciones.

—Arno.

Su madre le hablaba, pero no podía mirarla. No debía desviar la mirada del camino.

—Arno. Vamos a la casa.

—Papá no ha llegado.

—No. No ha llegado. Pero vamos a la casa. Debes tener hambre. No quieres que papá te vea flaco, ¿verdad?

No. No quería eso. Y sí tenía hambre. Mucha. Comería rápido. Regresaría pronto.

Pero Arno ya no regresó al camino a esperar a su padre ni ese ni ningún otro domingo. Su padre era ahora un soldado de verdad, le explicó su madre. ¿Vendrá el siguiente domingo? No. ¿Cuándo? No sé. Pero siéntete orgulloso: se fue a defender la patria para que puedas crecer y podamos ser felices.

¿Qué, acaso no habían sido felices con su padre en casa?

Arno trató de sentirse orgulloso de su padre. Trató de alegrarse. Pero no lo lograba, y no creía que su madre lo lograra tampoco: ella trataba de disimular, pero Arno la conocía bien a base de la necesidad constante de observarla. Estaba

triste y a Arno le parecía que le decía y repetía que hay que estar orgullosos porque tu padre cumple con su deber, más para convencerse a sí misma que a él.

¿Por qué tenía que irse su padre para que él pudiera ser feliz? ¿Comprendería eso también el día de su primera comunión?

Su padre se había ido sin despedirse. Sin darle la sorpresa que le había prometido; sin llevarse los últimos calcetines de Helga —los mejores—, ni un último abrazo de Arno. También el mejor.

LOS HAHLBROCK
Del 22 de junio a agosto de 1941

10. UNA PARVADA DE MAL AGÜERO

La corta pero definitiva lista que Ilse iba haciéndose de cosas a que temer no incluía la moto. Con él como conductor, se sentía segura. Le gustaba observar las manos de su padre cuando paseaban. Eran manos fuertes y firmes, y con ellas al control de todo, a Ilse le gustaba la velocidad. Le gustaba viajar en el carro lateral como temeraria aventurera, pero más le gustaba que, en la moto, nadie más pudiera llevarla.

Su padre había comprado la única motocicleta de la región de recién casado, y antes de mudarse a Prusia. Antes de tanto hijo y tanto gasto, decía su madre. Era ideal para transportar a sólo dos personas, pero en los días soleados de verano se las arreglaban para subirse todos para ir a la iglesia los domingos o de visita a alguna granja. Su madre se sentaba en el carro lateral con Freddy, e Irmgard e Ilse sobre la moto, una adelante y otra atrás de su padre, quien, en tal amontonamiento, siempre decía antes de encenderla que quizá tener una no era de lo más práctico, ahora que eran una familia de cinco y con un bebé más que les traería la cigüeña muy pronto. Ya no podrían usarla para transportarse todos.

—Tal vez debería venderla.

—¡No, papá! ¡No la vendas!

Ilse sabía que su padre lo decía medio en broma, pero cada vez que lo hacía, ella caía y objetaba con fuerza, porque cuando las cosas se dicen medio en broma, también se dicen medio en serio.

¿Qué harían cuando llegara el nuevo bebé? Viajarían en carreta, como todos los demás, como también hacían ellos en la profundidad del invierno. Pero la moto seguiría ahí para su padre. Para que Ilse distinguiera su motor a lo lejos; para anunciar que su padre estaba por llegar; para que la paseara a ella —a veces abrazada a él, a veces en el asiento lateral—, si es que ya no podía hacerlo con la familia entera; para que la llevara a la escuela, siempre que el clima lo permitiera, porque ése era el rato que compartían ellos dos solos ahora que su padre tenía más trabajo, más juntas para dar razones, cuentas, cosechas; más reuniones en el partido. Menos tiempo.

La motocicleta era de su padre, pero era de ella un poco también, porque con Irmgard toda la semana en su internado y con Freddy tan pequeño y delicado, la única que la disfrutaba con su padre era ella. Y gozaba esos trayectos compartidos, aunque mientras andaban era casi imposible mantener una

conversación por el ruido del motor y del aire que le invadía los oídos, que dominaba su concavidad, que ya no había cupo para las voces. Pero eso era lo de menos, pues era la cercanía lo que buscaban, así que las señas o las miradas les bastaban para decirse: mira esa vaca de ojos saltones o mira lo que hay sobre aquel tejado; o ¿qué tal aquel enorme árbol caído, o esa señora que persigue sin éxito su fondo secuestrado por el viento, o esa nube en forma de conejo que corre?

Lo que tuvieran que comunicarse con palabras podía esperar a que el motor se apagara cuando llegaran a su destino.

Pero en el trayecto de esa mañana perfecta, casi a finales del ciclo escolar, en que la primera luz del día se filtraba por entre los árboles del bosque, su padre no le decía nada ni con miradas ni señas. Iba concentrado más allá del camino, en ese mundo que era sólo de él cuando algo le preocupaba; ese mundo que a veces lo absorbía tanto que, si Ilse lo invadía con insistencias de mira, papá, miramiramira, él terminaría por salir del ensimismamiento, pero a duras penas, con reticencia, para voltear hacia ella con desconcierto en la mirada. ¿Quién eres y qué haces aquí?, parecerían preguntar sus ojos por un instante. Pero ese instante le bastaba a Ilse para no desear ser ella la que penetrara al privado mundo de su padre cuando éste se había dejado absorber. Así que ese día lo dejó sumirse en su silencio y, en solidaridad, ella también se sumió en el suyo.

Cuando llegaron a la hacienda, su padre la dejó en la cocina encargada con *Frau Wollatz*.

—*Gutten morgen* —le dijo a la mujer, y luego volteó con Ilse—: espérame aquí. No tardo. Después te llevo a la escuela.

—¿A tiempo?

—Por supuesto.

A Ilse no le importaría esperarlo ahí, como le prometió. Conocía esa hacienda y a su gente muy bien, pues algunas veces la dejaban sus padres encargada con *Frau Wollatz*, el ama de llaves, cuando tenían que llevar a Freddy al médico. Después de tantas visitas, ya eran amigas.

—¿Quieres algo de desayunar, Ilse? —le preguntó la mujer.

—Sí. *Bitte*.

Aunque no había niños con quienes jugar, siempre había mucho qué hacer en compañía de *Frau Wollatz* ya que, como no podía rondar sola por ahí, Ilse debía

acompañar a su cuidadora mientras ésta supervisaba el trabajo de las otras mujeres en los grandes salones del castillo. La señora Wollatz, que había crecido en el castillo a la sombra de su madre de quien había heredado el puesto, conocía la historia de cada muro del que por generaciones había sido hogar para los señores von Wietzleben. Y, cuando entraban las dos a un salón, ésta le decía a Ilse, mira: este jarrón lo trajo la condesa en un viaje a China que hizo en 1909. O: ese retrato es del tío abuelo del actual patrón; era jorobado, pero ahí lo pintan más derechito, ¿ves?

Mientras *Frau* Wollatz dirigía la limpieza del *parquet* de salón de baile, ella casi podía oír la música sonar en ese espacio —un vals de Johann Strauss que conocía muy bien porque lo ponían en los programas de radio— y daba vueltas y vueltas bailando, y sólo se detenía cuando se dejaba caer mareada o cuando señora Wollatz le ordenaba que bajara a la cocina, donde siempre tenían algo preparado para ella. Entonces bajaba a toda prisa, sin disimulos ni elegancias; olvidado el mareo; olvidada la princesa Ilse hasta una nueva ocasión, pues las galletas de ese lugar la llamaban con más fuerza de lo que *Frau* Wollatz le ordenaba, y más que cualquier fantasía.

Pero lo que más le gustaba del castillo, era el jardín de las rosas, aunque sólo florecían en primavera y verano. *Frau* Wollatz le dejaba cortar siempre una para su madre, y su padre decía que una sola rosa servía para hacerla muy feliz.

—Vas a tener que ponerla en un jarrón con agua.

—¿Por qué no podemos tener rosas iguales en nuestra hacienda, papá? —le preguntó en una ocasión.

—Porque se las comerían los gansos. Y luego les daría seguidilla, y pintarían el agua del lago de rosa. Y el agua nunca debe ser rosa, ¿no crees? ¿O te gustaría ser la única niña del mundo con un lago rosado a un lado de su casa?

—No —a Ilse no le gustaba mucho el color rosa—. Pero la caca de los gansos olería a rosas.

Los dos rieron con esa ocurrencia.

Ilse terminó de desayunar. El tiempo pasaba y él, que había prometido no tardar, no regresaba por ella. Llegaría tarde a la escuela y la castigaría su maestra, porque lo que más le desagradaba a ésta, además de los niños con el pelo oscuro, era la impuntualidad. La impuntualidad es de salvajes inferiores, decía. Y luego mandaba al impuntual del día al fondo del salón, o a sentarse con

los pequeños si era de los mayores, o con los mayores si era de los más jóvenes, o a pasar el día con la cara a la pared. El castigo dependía de su estado de ánimo o de lo que más pareciera dolerle al infractor.

El sol ya brillaba con fuerza afuera y aún sin reloj y sin preguntar la hora, Ilse sabía que se le hacía tarde. Estaba a punto de ir en busca de su padre, cuando éste entró por ella.

—Vámonos, Ilse —le dijo él—. Da las gracias.

—*Danke schön, Frau Wollatz!*

Ilse tuvo que apresurarse para alcanzar a su padre, que no medía sus largos pasos en consideración a los más cortos de su hija.

Éste la subió sin preámbulos en el carro lateral, luego se montó en la motocicleta y la encendió. El arranque no fue el suave y paulatino al que Ilse estaba acostumbrada. Fue repentino, impetuoso. Como si el vehículo hubiera olvidado quién era el amo, o como si el amo hubiera dejado atrás todo control acostumbrado.

La velocidad con la que partieron era mayor a la que Ilse disfrutaba. Y su padre no volteaba para ver sus señas ni interpretar su mirada: iba otra vez inmerso en su mundo privado, en el que ella no tenía cabida, en el que se rompía toda conexión. Ilse quería pedirle, papá: baja la velocidad, aunque llegue tarde. Pero él ni la veía, ni la sentía; era un conductor autómata. Ilse hubiera querido tomarlo del brazo para llamar su atención, pero tenía miedo, pues su padre la había instruido que una vez en marcha, Ilse, no te muevas de tu asiento, porque sales volando, te pegas, te rompes la cabeza y te mueres.

Ilse no quería salir volando, pegarse, romperse la cabeza y morir, así que no se movió, se sujetó fuerte y guardó el silencio que le exigía la tensión en el rostro de su padre.

Como una mancha verde veía pasar los árboles a su costado, como si corrieran en la dirección contraria a la motocicleta que los asustaba. Y luego pasaron por el lago, que aún a esas horas seguía lleno de gansos salvajes aletargados quizá por el largo viaje del día anterior en su migración veraniega. Y a Ilse le dio gusto, sin saber por qué, ver que a ellos también los asustaba esa bestia salvaje metálica que pasaba a su lado tan ruidosa que casi lograba ahogar sus hua hua hua de espanto. Con la vista siguió su despegue masivo y luego el vuelo bien organizado y concertado hasta que casi se perdieron en el horizonte,

pero luego le pareció que la parvada regresaba, como si hubiera encontrado el valor de luchar contra el monstruo invasor. Cada vez se acercaban más, en masa, y poco a poco Ilse pudo distinguir los cuerpos individuales, y entonces vio que aunque tenían alas, no eran gansos. Que eran aviones. Decenas de ellos que volaban en parvada, que buscaban un mismo destino.

Como gansos gigantes.

Y cuando estaba ya se aprestaba para levantar su brazo para señalárselos a su padre, fascinada por el espectáculo que se acercaba, él detuvo la moto tan de súbito que Ilse tuvo que frenarse con sus brazos contra el marco del carro lateral. La motocicleta se apagó por voluntad propia, pero ahora era el ruido de otros motores los que llenaban los oídos. Su padre miraba hacia el cielo, e Ilse pensó que luego voltearía con una sonrisa para compartir el momento; que algo diría; algo así como imagínate de qué color quedaría el agua del estanque si de ese tamaño fueran los gansos que se comieran las rosas del jardín.

Pero no.

—*Luftwaffe* —fue lo único que dijo antes de encender la moto y arrancar a toda velocidad.

Ese día, Ilse no tuvo que preocuparse por el castigo acertado de *Fräulein Hauptmann*. Su padre la llevó a su casa sin desviarse. Tras atestiguar la aparición de la fuerza aérea en sus cielos, los adultos parecieron olvidar que era un día de escuela; olvidaron decirle no vayas para allá, no hagas eso y no digas aquello, aunque ella, contagiada por la gravedad en el ambiente, no fue para allá, ni hizo eso, ni dijo aquello. Ese día se mantuvo callada, sin molestar, para que no notaran su presencia. Trataba de entender, pero no lo lograba del todo.

Porque ese día, los adultos sólo hablaban de cómo cambiaría la vida ahora que la guerra había volado por primera vez sobre su alejado rincón de Alemania en camino a Rusia.

Ese día no hubo pan recién horneado para la cena. Al día siguiente, Ilse se levantó y se arregló para la escuela; pero al bajar, su padre ya no estaba.

—Hoy no hay clases —le dijo su madre—. Ya empezaron las vacaciones.

Ilse había entendido que todavía debía ir a clases lo que restaba de la semana antes de salir, pero no cuestionó a su madre. Más tarde, ese mismo día, Irmgard regresó de su internado. No era el día correcto para que regresara, pues apenas se había ido un día antes, como debía.

—¿También estás de vacaciones?

—Sí —dijo Irmgard.

Pero no se veía muy feliz de estar de vuelta.

Para la noche, sobre la cama de cada una había una bolsa con ropa: un vestido del diario, otro de domingo, ropa interior y zapatos de domingo. Además llevaban cepillos de dientes y de pelo, y listones.

—*Frau* Wanda me dijo que se los empacara —les dijo Jadwiga, la nueva ayudante de su madre.

—¿Pero por qué?

Se irían de vacaciones, les informó su madre cuando subió a verlas. A casa de la tía Ida, la esposa del tío Josef, hermano de su padre, en Schneidemühl. Pero Ilse no la conocía y no quería irse sin sus padres, sin Freddy. No quería estar sin Jadwiga y sin Janusz.

—Te vas a divertir, Ilse. Vas a conocer a tus primos.

—¿Pero quién le va a ayudar a Janusz con el trigo? ¿Y quién va a jugar con Freddy? ¿Puedo llevar unos cuentos?

Irmgard, que cada semana iba y regresaba de su internado en ferrocarril, le había contado que en el viaje se podía leer con comodidad y, ya que no había cómo disuadir a su madre de enviarla lejos, quiso comprobar ella misma ese fenómeno.

Al día siguiente, temprano, las llevaron a la estación. Mientras su padre compraba los boletos, su madre las envolvió a las dos al mismo tiempo en un abrazo sin prisa. Las dos niñas cabían a la perfección en esa cápsula de silencio, latidos, cuerpos, ropa y piel de verano. E Ilse sentía los brazos de su madre rozar los suyos piel contra piel, como si quisieran alejar un frío imaginario, y la sensación fue muy nueva: una madre sin apuros, toda para ella, dedicada por completo a ese abrazo compartido, que no pensaba en la necesidad de ser práctica con su tiempo y con sus brazos, pues si no los tenía ocupados al picar fruta para las conservas, al moler la carne, al partir patatas, al batir mantequilla, al amasar el pan o en la limpieza, los aprovechaba en sus costuras, tejidos o bordados.

Ilse no quería que ese abrazo terminara nunca por único, por tibio, por suave, pero el silbato del tren y el arribo de su padre con los boletos las separó. Había prisa. Sus padres las acompañaron a su sección en el tren y las acomodaron en

sus asientos. En el compartimiento superior, colocaron sus bultos. A sus pies, dejaron la canasta en la que llevaban sus papeles de identidad, alimentos para el viaje y jamón, salchichones, patatas y conservas como regalo para la tía Ida, la cual las esperaba en la estación.

—No la conozco.

—Pero ella a ti sí. En cuanto te vea va a saber quién eres: te pareces mucho a mí. Irmgard también. —le dijo su padre.

A ella siempre le complacía que su padre se lo dijera: tienes mi cara, tienes mis ojos. Sólo que cuando Ilse se miraba al espejo, distinguía poco parecido: veía sus grandes ojos cafés similares a los de su padre, pero no eran los de él, eran sólo de ella. Así también lo eran su pequeña nariz y su tersa piel sin la lija del bello facial de su padre que la raspaba cuando él le daba un beso de buenas noches. Además él tenía pelo corto, y ella, trenzas. Dudaba que la tía Ida la reconociera, aunque así se lo aseguraran. El miedo persistía.

—¿Y si no va por nosotros?

—Ahí estará —le dijo su madre sin permitir más dudas—. Recuerden: deben bajar en Schneidemühl.

—¿Y cómo vamos a saber dónde es?

—Las estaciones tienen un cartel con el nombre del pueblo a la entrada. Tienen que estar pendientes en cada estación. Pero faltan muchas horas.

—¿Y si nos pasamos?

—No se van a pasar, Ilse.

—¿Y si nos perdemos?

—No se van a perder. Irmgard estará pendiente.

—¿Y si se queda dormida?

Al final, decidieron dejarlas encargadas con una pareja que iba más allá de Schneidemühl.

—Ellos les dirán dónde bajar. Irmgard te va a cuidar. Obedécela.

El silbato del tren que anunciaba su inminente partida logró que Ilse se olvidara de su aprensión y se concentrara en la maravilla del viaje venidero. Hubo tiempo para un breve abrazo.

—Que dios te bendiga, Ilse —oyó que su padre murmuraba suave contra su cabeza.

Cuando llegaron a Schneidemühl, las dos estaban despiertas y alertas, y la

pareja que las cuidaría, dormida. Vieron el cartel que anunciaba su parada, tomaron sus pertenencias y bajaron. Para la tía Ida fue fácil reconocer a sus sobrinas: fueron las únicas niñas solas que descendieron del tren. A Ilse le pareció que tenía una cara amable, pero parecía cansada: su boca sonreía; pero sus ojos, no.

—Mi mamá manda esto, *Tante* Ida —dijo Irmgard mientras le entregaba un sobre con dinero, cupones de racionamiento y sus papeles de identidad, y la canasta llena de víveres.

Ésta se asomó a ver el contenido, y entonces la sonrisa llegó a su mirada. Apenas. Efímera.

Al paso que imponía su tía Ida, anduvieron a pie todo el camino hacia la casa donde pasarían sus vacaciones. En el trayecto, Ilse lo observaba todo. Nunca había visto tantos autos y casas juntas. Tampoco había visto tanta gente en un mismo lugar. Mujeres de todas edades y algunos ancianos; todos iban y venían con prisa; cruzaban la calle a zancadas amplias, caminaban solos o en grupos, pero todos parecían compartir algo con su tía Ida: un cansancio que les robaba el color de las mejillas y una opacidad en la mirada que la hacían desear mirar hacia otro lado, a cualquiera, que no fuera a sus ojos.

Al llegar a casa de esos otros Hahlbrock, Ilse concluyó que tal vez les sucedía eso por vivir lejos del campo. O tal vez por vivir lejos de los cuentos de Janusz, porque cuando salieron a saludar a sus primas recién llegadas, Ilse notó que hasta sus tres primos tenían el mismo aire sombrío, y, más tarde, cuando intentaban entablar los primeros lazos con algo que ella creyó que les alegraría, su tía no la dejó terminar de contarles el cuento de «El dragón de Wawel».

—¿Qué les dices, Ilse? Aquí no tenemos tiempo para cuentos.

En la noche cenaron jamón con patatas con porciones bien medidas según la edad de cada quien, pero menores a las que Irmgard e Ilse estaban acostumbradas. El jamón debía alcanzar para cinco días, al menos, dijo la tía Ida.

Martha, su prima de diez años, les cedería su cama mientras durara su estancia. Ella dormiría con su madre.

—¿Dónde está tu papá?

—Se fue a la guerra —dijo Martha.

—¿Y por qué se quiso ir?

—Ilse, ya no preguntes —le dijo Irmgard.

Ella obedeció, pero no entendió por qué un papá escogería irse lejos de sus hijos y, peor, a la guerra. Muchos de los papás de sus compañeros de escuela también se habían ido, pero ella no les decía nada; no quería ofenderlos diciéndoles que tu papá es un tonto, cuando ellos parecían tan orgullosos del hecho. La guerra era para tontos: era lo que decía su mamá cuando creía que nadie la oía, cuando estaba tan preocupada que hablaba sola.

Qué triste que *Onkel Josef* también fuera tonto. Comprendida la situación, determinó no volver a preguntar por él.

A pesar de su cansancio, Ilse batalló para conciliar el sueño la primera noche, aunque la cama era cómoda. Se sentía triste. Extrañaba todo de su hogar: los aromas y los ruidos, sí, pero imaginaba a su madre en ese momento de la noche sin tener nada qué hacer porque no estaba ella: nada qué tejer, nada qué bordar. ¿Cómo llenaría su tiempo en su ausencia? Extrañaba el abrazo de su padre, que de seguro se habría decepcionado de que Ilse no saliera a su encuentro como siempre, al oírlo llegar. Le dolía pensar en la soledad de Jadwiga al dormir sola por las noches y en la de Freddy en el día, pues le preocupaba que éste la buscara como siempre, pero no la encontrara y no comprendiera su ausencia. ¿Quién jugaría con él si no estaba ella?

—Extraño a mamá —dijo, pero no recibió respuesta, pues sus palabras se perdieron en el vacío de la oscuridad: Irmgard, más acostumbrada a dormir lejos de su casa, ya estaba sumergida en un sueño profundo.

Ella echaba todo de menos. Inclusive a ese perro que siempre la miraba con sus enormes ojos cafés como extrañado, como si deseara quitarla del camino, como si se preguntara por qué debía compartir los abrazos del padre con alguien como ella.

Y extrañaba irse a la cama sin tantas instrucciones. A ella en casa le decían: vete a dormir, reza, buenas noches. Y obedecía, pero siempre había tiempo para un cuento. En casa de estos Hahlbrock le decían: vete a dormir, coloca tu ropa en un orden preciso para que te la puedas poner en caso de emergencia; ése no es el orden, éste es el orden; duérmete ya y despiértate si oyes la sirena.

¿Qué era una sirena? ¿Y qué anunciaba? ¿La oiría si durmiera profundo?

Tal vez por eso es que todos en ese lugar tenían esa cara de cansancio: si debían esperar una sirena todas las noches, ¿a qué horas descansaban?

Ilse se quedó dormida. A la mañana siguiente despertó preocupada.

—¡Irmgard! ¡No oímos la sirena!

—Si no la oímos, es que no hubo.

Para Ilse eso fue peor: ¿algunas noches sí había sirena y otras no? Entonces, ¿siempre era una sorpresa?

—¿Para qué sirve la sirena, *Tante* Ida?

—Para correr.

11. A VECES ES BUENO NO ENCONTRAR LO QUE SE BUSCA

Ilse ya conocía la rutina en esa ciudad tan lejana de su hogar. En Schneidemühl se iba casi el día entero en recolectar cosas necesarias, desde alimento hasta información.

El día empezaba temprano con la visita de alguna vecina que sabía dónde había pan recién horneado —y con harina casi limpia—, o a qué carnicero le llegaría carne fresca ese día. ¿De qué? Poco importaba: era un golpe de suerte encontrar proteína para llenar el estómago. Mientras la tía se iba por el pan o por la carne con cupones de racionamiento en mano, Martha se quedaba encargada de observar la calle desde la ventana, a la caza de alguna vecina que pasara con bultos llenos. Entonces había que salir rápido a preguntar ¿qué lleva ahí y dónde lo consiguió?

A Ilse le parecía que su *Tante* Ida recorría la ciudad entera —que a la niña le parecía enorme— para regresar a veces con las manos vacías.

—Cuando llegué, ya no había —decía con un hueco en la voz.

Coles de Bruselas, jabón, café, té, patatas, espinacas, repollo, chamorro de cerdo, hígados de pollo, huesos para caldo, harina fina, estaban en la lista de lo más deseable. Si le decían hoy hay café aquí o allá, *Tante* Ida dejaba todo, hasta su arreglo personal, para ir.

En las noches de mala suerte, cuando, exhausta, se conformaba con cocinar un caldo poco poblado de verduras que acompañaba con pan del día anterior, tras dar gracias por los alimentos, decía: Que no haya aquí, quiere decir que hay donde está papá. ¿Se lo imaginan? Seguro estará cenando chamorro hoy.

—Tengo una idea, *Tante*: si quieres salgo al jardín a buscar patatas. Mi papá dice que soy muy buena.

—Aquí no hay nada comestible en el jardín, Ilse.

Por eso había que correr a todos lados, a ver si la suerte los favorecía.

Ahora entendía Ilse la pasajera alegría con la que *Tante* Ida había recibido la canasta que había enviado su madre, y la de la otra vez cuando, dos semanas después, Wanda Hahlbrock había enviado otro paquete con harina, cebollas, más patatas y una docena de salchichas *bratwurst*, y, en un bote de hojalata, varias docenas de galletas de jengibre.

Ilse podía habérselas comido todas esa misma tarde hasta explotar por el solo hecho de saber que las manos de su madre habían tocado a cada una de ellas,

pero la tía Ida le dio sólo una a cada quien.

—Las vamos a guardar. Mañana les doy otra.

Por las tardes los niños podían ir al parque.

—Se quedan ahí un rato. Voy al *Wehrmacht*.

Porque otra cosa que ocupaba a *Tante* Ida de manera constante, era la búsqueda diaria de una lista de nombres nueva cada día —si tenían suerte— que había que ir a encontrar al departamento de guerra, pues en el periódico a veces publicaban la misma todos los días. Ilse no sabía para qué servía eso. Sólo había intuido, tras varios días de observación, que encontrar la lista era deseable, pero que, de todo lo que se necesitaba en el día, daba gusto no encontrar el nombre que ahí se buscaba.

—¿Qué encuentran ahí todas esas mujeres que lloran, *Tante* Ida? —le preguntó un día.

La cara de su tía perdió todo ánimo. Si no iba en busca de la lista, no quería siquiera pensar en ella.

—A sus muertos.

Esa respuesta provocó que a Ilse la asaltara un remolino de preguntas, pero con ayuda del pellizco de Irmgard, lo contuvo y se las guardó todas.

El parque era lo que más le gustaba a Ilse de sus vacaciones en Schneidemühl. En parte era porque lo verde del pasto y de los árboles le recordaba un poco a casa, pero, además, era donde el tiempo pasaba más rápido y donde a sus primos se les borraba la pesadez en la mirada, aunque fuera de manera temporal. En los juegos al aire libre era donde dejaban de preocuparse sobre qué comerían ese día o sobre lo que encontraría su madre en la lista. Ahí se desvanecían los miedos; ahí no tenían tiempo de hablar sobre las bombas, la maravilla destructiva de los *panzerkampfwagen*, o sobre la amenaza de los *Untermensch*, que al parecer sí abundaban en esa región del país, según sus primos y los afiches. Por una hora Martha les enseñaba a jugar las rondas que Irmgard y ella no conocían, aunque a veces Ilse las dejaba en eso para irse con sus primos a jugar a las canicas. Y ésa era la mayor preocupación del momento: en las rondas, quién saltaba más alto o corría alrededor más rápido, y, en las canicas, quién ganaba la partida y con qué tamaño de canica lo había logrado.

Pero, luego, la tía regresaba, aliviada de no encontrar lo que buscaba con tanto ahínco en la lista del *Wehrmacht*. Era hora de regresar para cenar, de

asearse para dormir y acostarse. Se acostaban todavía con el sol en el horizonte, pues aprovechaban que era verano y que la luz del día se prolongaba: a últimas fechas les habían prohibido encender las luces al oscurecer.

Así que todos a la cama temprano, hasta *Tante* Ida. Todos a colocar su ropa en un orden preciso en caso de emergencia, que hasta ese día no había sucedido.

Todos los días había que estar a la espera de una sirena que nunca sonaba.

—Son exageraciones. Nunca sonará. Aquí no hay nada que les interese — oyó que la vecina, *Frau* Klara, le decía a su tía Ida.

—Hay un campo de prisioneros de guerra en las afueras.

—Pues con más razón: ¿por qué querían atacar a su propia gente?

Pero *Tante* Ida no parecía creer que fueran miedos infundados: preparaba todo cada noche como si en ésa, seguro, sonara la sirena.

Varias semanas después de su arribo, ya cuando se había acostumbrado a los rituales nocturnos de su tía, ya cuando de forma mecánica colocaba su ropa en un orden preciso, sin necesidad de pensar, ya cuando se dormía al contacto con la almohada, el primer día en que no pensó en ella antes de dormir, la sirena sonó.

12. EL VOLKSEMPFÄNGER NO MIENTE

Qué vacía se sentía la casa sin las niñas, y qué vacía la vida. Una con su plática parlanchina; la otra, con sus ocurrencias. Lejos. Esos días de verano no habían sido agradables para nadie.

La presencia de Jadwiga ayudaba, pero no era suficiente.

Los deberes en la granja y los problemas de Freddy para comer o respirar habían convencido a Wanda de que necesitaba ayuda; de que a veces una mujer sola no puede con todo, y de que más le vale aceptarlo antes de derrumbarse, en especial cuando otro bebé viene en camino.

Habían encontrado a la muchacha en el poblado polaco más cercano.

—No quiero a ninguna desterrada viviendo en casa —le dijo a su marido—. Quiero una mujer que tenga familia cerca, que pueda ir de visita los domingos.

Jadwiga y su hermana vivían con su madre y su abuela en el pueblo. A su hermano y a su padre se los habían llevado a trabajar como obreros a alguna fábrica cerca de Berlín. ¿Fábrica de qué? Nadie sabía. Las mujeres de la familia recibían cartas escritas a puño y letra del padre, pero tan censuradas que a veces no podían entender ni una sola idea completa. No les importaba. Las cartas servían a su propósito: sus hombres permanecían juntos, seguían vivos.

Las mujeres mayores se habían salvado de ser transportadas junto con ellos porque el día de la redada la abuela se había enfermado y ellas se habían quedado a cuidarla, en lugar de ir a misa. Sólo Jadwiga, la menor, había ido.

—No faltes tú a misa también. No se necesitan tres para cuidar a una —le dijo su madre.

Y por eso Jadwiga fue testigo de cómo, al salir de la ceremonia dominical, los habían cercado los soldados. De cómo no hubo manera de convencerlos de que el padre y el hermano ya eran *Zivilarbeiter*, y además ya empleados en una granja alemana cercana. Sólo a ella la dejaron cuando comprobaron que aún no cumplía los catorce años y que, por tanto, no estaba obligada por ley a los trabajos forzados.

Había regresado a casa sola; llorando.

Pero pronto había cumplido los catorce y también había tenido que registrarse, y cuando la madre se había enterado de que ofrecían empleo en la granja de los Hahlbrock, había venido ella misma a ofrecer los servicios de su hija.

—Sería de ayuda, *Frau* Hahlbrock. Usted necesita a alguien y nosotros necesitamos el dinero.

—Aunque quisiera, no puedo pagar más de lo que marca la ley para empleados polacos.

—Señora Hahlbrock: lo poco que sea, de algo ayuda, pero más que eso, le pido que emplee a Jadwiga para que no se la lleven lejos. Es una buena muchacha; es joven, pero muy trabajadora. Le será de gran ayuda.

Wanda había aceptado, y ahora no entendía cómo se las había arreglado por tanto tiempo sin ayuda. Jadwiga era muy buena muchacha y los niños la querían; incluso Irmgard, que la veía sólo los fines de semana, y a pesar de las ideas supremacistas que le inculcaban en el *Jungmädel* y en la escuela, que buscaban lograr que una niña alemana encontrara imposible dirigir una palabra cordial hacia una polaca de raza eslava. Mucho menos entablar una amistad.

Pero Irmgard era muy dulce y, además, en casa de los Hahlbrock no se permitían ni desaires ni maltratos. A nadie. Y a Wanda le gustaba pensar que no era sólo por el temor a lo que sufriría Freddy por su defecto facial cuando fuera mayor, sino que su consideración era debido a que nada, ni siquiera el *Führer*, los hacía olvidar la regla de oro con la que siempre habían regido su vida: trata a otros como quieres que a ti te traten.

Desde que llegó, Jadwiga había compartido el dormitorio con Ilse, y la despertaba todos los días de escuela, pero tenía prohibido ayudarla a vestirse o a peinarse. Si sus zapatos estaban enlodados, debía dejarlos así hasta que la niña los limpiara; si las fibras de lana de su suéter se habían llenado de ramas, tierra o espigas de trigo, era Ilse la que debía quedarse sin salir a jugar hasta que removiera cada una. Pero se leían cuentos la una a la otra, cantaban cancioncillas, y del dormitorio a veces salían risas cuando se suponía que ya debían estar dormidas.

—¡Niñas! ¡Ya duérmanse! —les decía Wanda, como si las dos fueran sus hijas.

En casa era fácil olvidar la realidad de la situación laboral de Jadwiga y, conociéndola bien, queriéndola, era difícil entender los fundamentos científicos que, según el partido, comprobaban que los eslavos eran inferiores.

Para Wanda era difícil ver la inferioridad de alguien con tan buen corazón como esa niña polaca, que también demostraba su inteligencia al hacer sus

deberes sin problema alguno y de buen ánimo; que había hecho que las tareas de matemáticas fueran una aventura para Ilse; que dedicaba tanto tiempo y paciencia enseñándole palabras a Freddy que éste apenas podía pronunciar, pero que ella entendía a la perfección cuando él las repetía.

No era fácil dudar de la veracidad de lo que decían los expertos del Gobierno y los científicos: para donde se mirara, había afiches que retrataban la vileza de los judíos, y los periódicos y películas reflejaban a un pueblo polaco ignorante e inepto, sucio y retrógrado. Era casi imposible evitar esos mensajes por el *Volksempfänger*. Bastaba con encender el aparato de radio para encontrarse con algún locutor o programa que proclamaba la grandeza de la sangre germana y la inferioridad o salvajismo de sangres indeseables.

Ella no conocía judíos, pero había vivido en su infancia entre polacos y ahora otra vez, de casada. Lo que para ella era evidente, era que había polacos ignorantes y sucios, claro, pero también los había alemanes; y que, así como había alemanes industriosos e inteligentes, también los había polacos.

Por algo los empleaban.

Wanda mejor apagaba su *Volksempfänger* y tiraba sin ver cuanto volante le entregaban cuando iba al pueblo. Nadie la obligaría a odiar por mandato.

Pero a veces la escuela de Ilse hacía que fuera difícil desterrar por completo de la casa esas ideas.

Había lecciones en las que Ilse debía escribir cien veces: JUDAS, EL JUDÍO, TRAICIONÓ A JESÚS, EL ALEMÁN. ¿Desde cuándo tenía Jesús sangre alemana?, se preguntaba Wanda. Desde que el partido nazi lo dominaba todo, desde el abecedario y la historia, hasta a la maestra. Pero imposible contradecirlos. Imposible cerrar el libro e ignorar la tarea que debía entregarse al día siguiente limpia, con buena caligrafía y ortografía. No había cómo ir con la maestra a exigir: *Fräulein*, ya no le enseñe tanto disparate a mi hija.

En otra ocasión había encontrado a Ilse en su práctica —ayudada por Jadwiga y Janusz— de la lección que debía memorizar y presentar frente al salón sobre las características de los *Untermensch*: «el más grande enemigo de la especie dominante, la humanidad. El infrahumano es una criatura biológica, hecha por la naturaleza, que posee manos, piernas, ojos y boca y hasta algo similar a un cerebro. Sin embargo, esta terrible criatura no es humana en su totalidad. Aunque tiene algunas de nuestras características, el infrahumano es

inferior en la escala espiritual y psicológica como cualquier animal. No todos los que parecen humanos, lo son».

Wanda la había interrumpido antes de que llegara a la aclaración de quiénes eran esos tales *Untermensch*: gitanos, judíos y polacos, entre otros.

—Aquí no, Ilse.

—¿Por qué, *Mutti*?

—Porque yo te voy a ayudar adentro. Jadwiga: encárgate de Freddy un rato, ¿sí?

Tampoco había cómo decirle a Ilse que todo eso que le enseñaban eran puros disparates. Conociéndola, al día siguiente iría a la escuela y anunciaría que dice mi mamá que todo lo que dice usted, *Fräulein*, son puros disparates. El peligro no era ofender la sensibilidad de la maestra: el verdadero peligro estaba en ofender al partido, que no toleraba ningún desaire y mucho menos un acto de insubordinación. Y la maestra correría a dar aviso. A Wanda no le quedaba duda.

Aquel día la madre había decretado que Jadwiga ayudara a la niña con las matemáticas en exclusiva, ya que era la única materia que no admitía opiniones ni discriminación, por lo menos a edad temprana. Wanda sabía que, ya cuando Ilse tuviera los mismos trabajos que Irmgard cuando fuera al internado, ni las matemáticas se salvarían: «los judíos son extranjeros en Alemania. En 1933 había 66 millones de habitantes en el *Reich* alemán, de los cuales 499,682 eran judíos. ¿Qué porcentaje de extranjeros había en Alemania en 1933?» ¿Dónde había quedado la aritmética que calculaba con manzanas y duraznos?

—Y tú, Ilse, no hables de los *Untermensch* en casa. Déjalos para la escuela.

—¿Conocemos a alguno?

—Claro que no.

Dentro de la casa, con el dial del *Volksempfänger* apagado, los volantes y afiches del pueblo ignorados, las tareas de Ilse censuradas lo más posible, y con las manos y el tiempo ocupados en la granja y con Freddy —que ya empezaba a caminar, pero que batallaba aún para comer y para hablar, pues los médicos sólo habían podido ayudarlo al cerrarle en una cirugía el labio superior pero no el paladar—, Wanda se esforzaba por fingir que no había guerra.

Pero bastaba con salir de casa y toparse con los trabajadores polacos para recordar —como balde de agua helada— que ni siquiera Jadwiga desearía estar con ellos si tuviera opción. Bastaba ir al pueblo con o sin Freddy para sentir las

fuertes miradas o las preguntas imprudentes —¿ya habla?— para sentirse rodeada por el ambiente gélido e implacable que ahora imperaba en el *Vaterland* hacia la imperfección.

Y también bastaba con salir y mirar al cielo a partir del día en que Hartwig e Ilse habían visto los aviones de guerra dirigirse hacia el nuevo frente oriental. Había sido todo un espectáculo, le dijo él, y lo habría disfrutado, pero la realidad de lo que ese vuelo significaba no daba cabida a celebraciones. Ahora habría lucha activa a tan sólo unos kilómetros de su granja, en territorio soviético.

Muchos daban por ganada la contienda desde el mismo domingo en que habían declarado la guerra contra la Unión Soviética, pero Hartwig no lo entendía: si los rusos tenían la fama que tenían, no era por nada. Y en los años que llevaba la lucha armada siempre se había callado el hecho de que agradecía que las batallas se dieran en todas direcciones, menos contra Rusia, pues dudar del poderío alemán era casi un acto de traición.

Hartwig después le confesaría a Wanda que había ido a ver a von Witzleben aquel día siguiente de declarada la guerra, convencido de que sería despedido y mandado al frente.

—Nada de eso. Nos vamos de vacaciones —le dijo éste a Hartwig—. Tú te quedas a cargo de todo.

Hartwig se encargaría de la administración de la granja que le correspondía y de la supervisión de todas las demás. El suministro del alimento para el *Wehrmacht* no debía faltar.

—Mientras no falle, el *Reich* necesita a los granjeros en su granja.

—Es de esperar que aumente la necesidad. Entrégales lo que te pidan. *Viel Glück* —buena suerte.

La familia von Witzleben se iría a un lugar no especificado, pero Hartwig entendió el mensaje velado: más que vacaciones, el viaje era para alejarse del peligro de una nueva invasión rusa, ya que en esa región de Prusia algunos todavía recordaban la de la Gran Guerra y temían que se repitiera.

Hartwig salió de ahí con el peso del mundo encima: la guerra había invadido su territorio, sus vidas, y parecía que ya no había tierra en el mundo donde no lloviera fuego. En eso pensaba cuando vio a la fuerza aérea sobrevolarlos.

—Por un instante, te juro, Wanda, creí que eran los rusos y que soltarían sus bombas sobre nosotros —le dijo a su mujer en cuanto la vio.

Y luego le contó cómo arrancó decidido a hacer algo; decidido a salvar a alguien, si no era posible salvarlos a todos.

Hartwig no imaginaba dónde creía von Witzleben que estaría seguro con los bombardeos constantes en las ciudades alemanas, pero supuso que a su patrón le había parecido más factible sobrevivir a una bomba británica que a una horda de guerreros rusos.

—Pero, Wanda, von Witzleben se marchó, y él no es ningún tonto.

Pocas veces Wanda aceptaba discutir con él los pormenores de la guerra, pero con el ataque a Rusia, las circunstancias habían cambiado. No había cómo dejarla pasar, cómo ignorarla. A insistencia de Hartwig, los Hahlbrock habían tomado sus propias medidas: no abandonarían sus obligaciones en Prusia Oriental —era imposible—, pero podían mandar a las niñas a estar a salvo, por lo menos hasta que naciera el nuevo bebé.

Planeaban hacerlo de cualquier modo: era indecente que las niñas presenciaran el parto. La declaración de guerra contra los rusos y el peligro inminente sólo habían acelerado su decisión.

Freddy se quedaría en casa, pues a su edad y con su dificultad, debía estar con su madre.

A Wanda se le había contraído el corazón cuando las habían llevado a la estación de tren. Vacaciones, les dijeron. Conocerían a sus primos. Sería divertido. Lo que no les dijeron, ni ellas preguntaron, fue la fecha de su regreso. Y es que no la había.

Irían a veranear a casa de su tía Ida y de sus primos a Schneidemühl, en Prusia Occidental; ni tan cerca de los rusos como ellos en la granja, ni tan cerca de los ataques británicos como el resto de Alemania más al oeste. Ida las recibiría con gusto, les aseguró, en especial si llegaban con algunas provisiones, pues en la ciudad escaseaban algunas cosas que, si acaso, sólo se conseguían con cupones de racionamiento.

Sabían que había cierto riesgo con los bombardeos británicos sobre las ciudades de Alemania, pero no había nada de interés militar en Schneidemühl. Era seguro que los bombarderos ingleses no desperdiciarían sus explosivos en destruir un poblado insignificante.

En ese momento, se antojaba más riesgoso que permanecieran en casa. Así que les dijeron adiós sin saber con precisión cuándo las volverían a ver. O si las

volverían a ver, aunque ni Wanda ni Hartwig mencionaron —ni siquiera entre sí — tal posibilidad.

Desde entonces volaban a veces los aviones *Messerschmitt* sobre ellos y pasaban convoyes de camiones y hasta divisiones de tanques por los caminos cercanos a la granja, pero siempre los pasaban de largo. La guerra existía en otro lado: en el oeste lejano, y cada vez más lejos hacia el este, ya en territorio soviético, del que se apoderaban a una velocidad arrolladora, sin encontrar resistencia de consideración, por lo que el frente oriental se apartaba cada día más de su granja.

Los soviéticos parecían haberse doblado como papel.

Edeline nació tan sólo un mes después del primer ataque a los soviéticos. Esa bebé había nacido bajo buena estrella, pensaron, pues aunque los rusos seguían sin rendirse, seguían en retirada. Ahora la certeza inicial de que sus vidas cambiarían para siempre, de que lloverían balas y fuego sobre ellos mañana o pasado, de que las batallas se darían entre alemanes y rusos entre su trigo, parecía infundada.

Las balas y las bombas llovían sobre las cabezas soviéticas.

—Los rusos no van a durar más de unas cuantas semanas, ya verán —decían con menosprecio en las reuniones del partido.

—Son unos retrógrados —decían otros.

Y Hartwig le decía a Wanda que en público él no se atrevía ni a decir: Recuerden cómo invadieron Prusia en la Gran Guerra. Tal pesimismo sería muy mal visto. Casi traicionero.

—En el *Volksempfänger* dicen lo mismo que ellos. —Wanda bien sabía que Hartwig aprovechaba para escuchar la radio en su oficina—. Supongo que algo deben saber que yo no.

Wanda y Hartwig deseaban que tuvieran razón los optimistas, así que se dejaron contagiar. Pero por lo pronto, para él, el nuevo frente de guerra, por más que se alejaba, sí había traído ajustes: a más soldados, más alimento y más trabajo. También más visitas del comité del ejército a las granjas de von Wietzleben y más tropas que vigilaban las granjas y a sus prisioneros. Ahora fiscalizaban cada cerdo, vaca o grano de trigo, exigían las cuentas más seguido y un mayor porcentaje de la producción.

Hartwig estaba cada vez más ocupado fuera de casa, y Wanda se sentía cada

vez más sola sin su Irmgard y sin su Ilse. Pero decidió ser optimista. Tenía con ella a Freddy y ya había nacido Edeline. Ya Alemania tenía sitiada la ciudad de Leningrado y al ejército soviético, en plena retirada a lo más profundo de su territorio. Pronto empezaría un nuevo ciclo escolar. Ya era tiempo de que sus hijas regresaran a casa. Esa noche decidió que le pediría a Hartwig que les mandara un telegrama al amanecer para que se prepararan para su regreso.

Pero a la mañana siguiente, mientras alimentaba a Edeline, Hartwig regresó pálido.

—¿Tan rápido regresaste de poner el telegrama?

—No he ido. Wanda: escuché en el *Volksempfänger* que anoche los ingleses bombardearon Schneidemühl.

13. FREDDY LLORA ENTRE TRUENOS DE TRIGO

Ilse corría descalza en el pasto suave de verano. Era fácil correr: a pesar de tener horas en lo mismo, sin rumbo ni propósito. Al correr, el aliento no le faltaba y no había piedras ni ortigas que la lastimaran. Los rayos del sol que se filtraban por unas nubes blancas mañaneras, entibiaban su camino. Su madre, sabía, cocinaba en casa un chucrut. Ilse regresaría allá cuando la voz de su madre la llamara. O bien, cuando la llamara el aroma de la cocina que, pasajero del viento, llegaba hasta ella acompañado del de las flores, pasto y pinos, hasta donde se sentó, en lo alto de una colina.

Ahí esperaría. Desde ahí podía ver todo a lo lejos: la casa, el granero, los establos, el lago rosa de los gansos; a su padre con casco y lentes de motociclista, montado en su caballo, pero que, con energía, usaba su fujete para saludarla e instarla a subirse con él.

—Vamos a pasear, Ilse —le dijo él con voz baja, pues sabía que el viento transportaría intacta su invitación hasta ella.

No le gustaba decirle que no a su padre, pero por los caballos, hacía una excepción.

—A caballo, no; ya sabes, papá —dijo en un susurro.

En ese día perfecto, no había necesidad de subir la voz para que fuera oída a la distancia.

Su padre se dio la media vuelta y se alejó mientras conducía a su caballo sobre el plantío de cebollas. Eso no se hace, se dijo Ilse.

—¡Eso no se hace! —le dijo también a él.

Pero el caballo había desaparecido y ahora su padre hacía surcos cruzados sobre su motocicleta y sus palabras ya no se oían sobre el ruido del motor. El carro lateral iba vacío. Se iba sin ella.

—¡Mejor sí quiero ir, papá! —dijo Ilse.

Pero fue en vano, pues su padre ya no se enteró de que su hija había cambiado de parecer.

—No llores —le dijo Janusz desde el campo de trigo vivo en el que trazó con la siega un caballo dorado, relinchando—. Aquí está tu caballo.

Pero ella no quería un caballo y la petición de Janusz de que no llorara le provocó el llanto. Janusz sabía que aquellos animales no le gustaban.

—Mejor dibújame un cuento en el trigo, Janusz.

—*Ja nie chcę. Nie dzisiaj* —dijo Janusz, en palabras que usaba cuando hablaba con los otros trabajadores.

—¿Qué? —dijo Ilse—. ¡Janusz! ¡No entiendo polaco!

Pero Janusz sólo sonrió y, cantando, siguió en su campo de trigo en sus faenas con el caballo, para después trazar una zorra a sus pies y luego nubes sobre su cabeza.

—*Chodzi lisek koło drogi Cichuteńko stawia nogi, Cichuteńko się zakrada, Nic nikomu nie powiada.*

No comprenderlo la angustiaba. Ilse hubiera preferido que Janusz no abriera la boca, porque hasta cuando trabajaban en silencio en los cultivos de trigo segado, lo comprendía. Pero ese día, sus extrañas palabras le robaban el sentido a ella o a él. No sabía.

Y las nubes sobre la cabeza del caballo se movían con el viento, que ahora también le robaba a Ilse el aroma del chucrut de su madre y, aun tan lejos como estaba, la alcanzaba el sonido de los primeros truenos que surgían del cielo. Ilse nunca había oído truenos de trigo. Eran suaves, lejanos. Casi como un ronroneo. Pero, como toda tormenta que no sabe quedarse quieta, ésta también migraba y se acercaba más y más.

Y luego, con más fuerza, como si los violentos truenos lo hubieran despertado de una apacible siesta, llegó hasta sus oídos el llanto de un niño cansado, asustado, hambriento. El llanto de Freddy. ¿De quién más? Freddy, que lloraba solo, sin respuesta, porque su madre ya no estaba. Sin palmadas de consuelo, porque ésta se habría ido sin aviso en la moto con su padre, y sin canciones de sosiego, porque éstas se habían extinguido ante la tempestad que se avecinaba.

Ilse quería decirle: Freddy, no llores. Será sólo lluvia de trigo. Janusz hará que su caballo se la lleve lejos. ¿Verdad, Janusz? Pero el muchacho ya no estaba y tampoco estaba su caballo de trigo. Ilse supuso que se habría ido sobre su corcel dorado con la primera amenaza del trigo, pero Janusz nunca la dejaría así, sola, tan lejos de casa.

¿Qué hacía ella tan lejos cuando Freddy lloraba?

—Ya no llores, Freddy. Ya no llores. ¡Freddy! ¡No llores!

Pero Freddy no la oía, e Ilse no sabía si era por la competencia que a su voz hacían los truenos, o si se debía a que, al alejarse su padre, al alejarse Janusz, la

magia había desaparecido del lugar. Sin ese hechizo, por supuesto que Freddy no podría oírla, si estaba tan lejos.

—¡Ya voy!

E intentó correr ligera como antes para sosegarlo, para regresar a la casa, para meterse en la cuna con él, como a veces hacía a pesar de que su madre se lo prohibía.

Ilse corría, pero no avanzaba. No avanzaba, se cansaba, el suave pasto desaparecía bajo sus pies y sus pies se lastimaban con cardos y piedras. Y Freddy lloraba y lloraba y lloraba. Y lloraba.

Y se sacudía. La sacudían. ¿Sería que la sacudía el caballo de *Frau Wollatz* que siempre la miraba y que ahora había salido del trigo para venir por ella?

—¡Ilse!

—¡Suéltame!

Pero entre más le pedía Ilse que la soltara, más la agitaba éste.

—¡Ilse! ¡Despierta!

¿Era el caballo? No. No era. Ilse, aliviada, aletargada, distinguió la voz de Irmgard. Abrió los ojos para verla, pero daba lo mismo tenerlos abiertos o cerrados. La oscuridad era tan espesa que casi se podía asir. El campo verde se había apagado; el campo dorado de trigo había desaparecido en un parpadeo, pero el llanto continuaba. El mismo chillido de su sueño la había seguido a la realidad nocturna.

—Freddy está llorando.

—No, Ilse. Freddy está con mamá.

—¿Qué es eso, entonces?

—¡Pues la sirena!

—¿La sirena? ¿Y qué hacemos? —dijo Ilse, mientras se levantaba de la cama.

—Vístete. *Schnell!*

Sí. Eran las instrucciones diarias: si suena la sirena, vístanse rápido. Por eso tanto preparativo y tanto orden cada noche. En el piso, los zapatos; sobre la silla, abajo lo último que habrían de vestir: el delantal y, sobre éste, el vestido. Encima de todo, para ponérselos primero, los calzones, la camisola, el fondo y las calcetas.

Pero nadie le había advertido que habría de vestirse a oscuras y confundida

por el sopor que se rehusaba a abandonarla debido a que su descanso había sido interrumpido de manera tan ruda y repentina. Y la sirena, la sirena hacía que los brazos le temblaran, que las manos se entorpecieran, que no atinaran en tomar los artículos de ropa como había planeado, que la esparcieran por el suelo en desorden, que fallaran con los botones.

A tientes, y con Irmgard instándola a apresurarse,

—¡Rápido, Ilse! —fue poniéndose capa tras capa de ropa como pudo, sin saber si atinaba a insertar el botón en el ojal correcto,

—*Schnell!* —o si se ponía los calzones al revés. Pero se puso cada prenda hasta que terminó con lo que le pareció era el delantal.

—¡Apúrate que ya se va *Tante* Ida! —y luego con los zapatos.

Hizo todo con la sirena chillándole al oído y con los truenos acercándose cada vez más.

Ya iba sin aliento cuando salieron. La calle oscura estaba llena de gente que parecía tan confundida como ella. Había mujeres y niños que lloraban, mujeres que gritaban las mismas órdenes que su tía: no se separen, tómense de las manos, deja de llorar, corran.

Las sobrinas y los hijos siguieron a *Tante* Ida por calles y callejones en medio de una tormenta que no era como ninguna que Ilse hubiera visto antes. Porque lo que ella creyó que eran truenos, no lo eran. Y el cielo vibraba con decenas de motores aéreos.

—¿Es la *Luftwaffe*?

No, no podía ser la fuerza aérea alemana, porque en la oscuridad no sonaba como la amigable parvada que Ilse había visto sobrevolarlos aquella mañana de la visita a la propiedad de los von Witzleben. Estos no eran aviones que se podrían confundir con gansos, por más temibles que Ilse encontrara a esas aves. Estos eran un monstruo o muchos. Eran dragones. ¿Cuántos? Imposible saber, imposible detenerse a mirar al cielo como aquella vez, pero lo que fuera que soltaran sobre ellos, caía con un silencioso silbido. Era hasta dar contra el suelo, contra un edificio o un campanario, que explotaba ese sonido que hacía volar ladrillos y vidrios. Los truenos no emanaban del cielo: salían de la tierra, derrumbaban la solidez que los rodeaba, e Ilse, con la respiración entrecortada por el miedo y por el espesor polvoso en el aire, corría tomada de la mano de Irmgard. A donde fuera Irmgard iría ella, pues confiaba en que su hermana no

perdiera de vista a la tía, porque ella ya no distinguía entre una figura y otra; entre la de *Tante* Ida y la de una señora que en ese instante quedaba sepultada bajo una pared derrumbada. Que un momento estaba ahí, de pie, en movimiento, y al siguiente no quedaba de ella ni rastro, porque el sólido mundo le había caído encima a pedazos.

Ilse dudó cuando también dudó su corazón entre latir o no, cuando el poco aire que había logrado ingresar para sostenerse se le escapó. Tal vez sí se trataba de *Tante* Ida. Tal vez no. ¿Deberían detenerse a ayudarla? ¿Y sus primos? ¿Se habrán perdido entre tanta confusión?

—¡Irmgard!

—¡Corre, Ilse!

Sus padres le habían dicho: Irmgard te va a cuidar. Obedécela. Así que obedeció. Iría a donde su hermana mayor la llevara sin preguntar y casi sin ver, pues la noche, la luz intensa de las explosiones repentinas que la sorprendían y le deslumbran de momento las retinas, además del polvo, la habían cegado casi por completo. Lo único que veía —lo único que deseaba ver ya, tras tanta violencia— era la mano firme de Irmgard en su mano y el suelo donde pisaba.

Algunos caminos ya estaban bloqueados con escombros por sortear. Irmgard movía su mano con la suya para allá y para acá con firmeza, indicándole con esas señas improvisadas algún cambio instantáneo en el camino. Ella obedecía, pero sentía los raspones en sus zapatos, que no eran de domingo, pero no importaba: todo zapato lo cuidas, Ilse; ya sabes, Ilse: los cuidas para que los use alguien más cuando ya no te queden, niña; cuídalos: ¡fíjate bien por dónde caminas!

Esa voz, que superaba todo el estruendo alrededor suyo, le sirvió para distraer su angustia con algo distinto. Con algo lejano, pero añorado.

¡Ilse! ¡Cuida tus zapatos!

Era la voz de su madre que la llamaba desde la seguridad del pasado, desde la distancia, desde sus primeros días como trepadora de escalones: cuidado, no los raspes; en sus recorridos por el corral de cerdos: no los enlodes; mientras corría por el campo, por el camino de grava, al meter los pies a la orilla del lago de los gansos, en sus visitas a Janusz y sus cuentos en el trigo: no los raspes, ensucies, mojes; ¡los vas a llenar de polvo, niña!

¡Cuida tus zapatos!, oía Ilse la voz de su madre. Así imaginaba que la

acompañaba y le daba fortaleza para preocuparse por sus zapatos un paso tras otro, un salto tras otro sobre ladrillos y pedazos del que había sido el hogar de alguien —pobre ese alguien—, mientras olvidaba petrificarse al temer por su cabeza; mientras se olvidaba de seguir el vuelo invisible del monstruo que la acechaba; mientras olvidaba preguntarse por qué la solidez de Schneidemühl se desmoronaba a su alrededor; mientras borraba de su mente, al menos hasta que llegara a su destino desconocido, que había sido testigo de la muerte. Inclusive, quizás, testigo de la muerte de su propia tía.

Debía correr. Se lo ordenaba Irmgard. Debía correr sin raspar sus zapatos, como se lo ordenaba su madre. Sólo que había un problema: le era imposible obedecer a la primera sin desobedecer a la segunda.

Esa noche Ilse no corrió fácil como en su sueño: el trayecto le robaba el aliento y le encajaba sus cardos de grava o de vidrio volátil en sus piernas descubiertas. El polvo, que lo invadía todo, no respetaba ni a su garganta ni a sus pulmones. No había a su alrededor ningún campo verde qué admirar, ni el aroma del *sauerkraut* de su madre como promesa de un festín. Al contrario: un aroma acre había tomado sus sentidos por asalto y no los dejaría en paz ni con la última bomba, ni al final de la noche, ni al final de esa visita a Schneidemühl. Su olfato se recuperaría, pero su memoria no: ese aroma se quedaría con ella por años.

Pero esa noche, en esos minutos de estruendo y de destrucción, en esos instantes en que el cielo parecía caerle encima, sólo quiso —sólo pudo— concentrarse en cuidar sus zapatos para que sirvieran para alguien más en el futuro; para que no la regañara su madre cuando la viera.

Ése fue su escudo y su motor.

¿Cuánto tiempo les tomó llegar desde la casa hasta el refugio? Sólo lo suficiente para que los cimientos de seguridad en los que se ha basado toda la vida de una niña de seis años se desmoronaran. ¿Qué distancia recorrieron para llegar hasta ahí? Pudo haber sido de tan sólo unos metros, de unas cuantas cuadras o de dos o tres ciudades completas. Daba lo mismo. Para cuando llegó, Ilse ya no recordaba que esa tarde, como casi todas las tardes, había recorrido casi el mismo camino para llegar al parque.

Nada había reconocido en él.

Al descender al refugio, vio con alivio que su tía y sus primos habían entrado también con ellas. Su tía no estaba sepultada bajo la ciudad y sus primos no se

habían perdido, sólo se habían transformado: ahora eran seres grises. Todo color, desde el de su cabello hasta el de sus ropas, se había concertado para desaparecer bajo el polvo que lo cubría.

—Aquí estaremos a salvo —les dijo tía Ida mientras se sacudía.

Ilse volteó con Irmgard para decirle pobres de ellos, pero entonces notó que su hermana estaba igual, que parecía una estatua viviente con la mirada empañada y con dificultad para respirar. Se notaba su propósito cada vez que inhalaba, para luego, también con apuro, sacar el aire; cada exhalación acompañada de un gemido seco, un sollozo sin llanto. Irmgard quería llorar, se notaba, pero no se lo permitía y el esfuerzo de contenerse la obligaba a apretar con más y más fuerza la mano de su hermana menor, la cual no había soltado desde que salieron de la casa.

Entonces se dio cuenta Ilse de cómo la inusual tensión de su hermana lastimaba su mano.

—¡Au! ¡Suéltame!

Caminaron todos juntos hasta el fondo de ese sótano oscuro, iluminado sólo hasta donde alcanzaba el haz de luz de los cuatro quinqués, insuficientes para cubrir todo el espacio húmedo. En un día normal, a Ilse nunca se le hubiera ocurrido bajar a ese cuarto subterráneo ni para jugar, y menos para dormir. Aunque, en comparación con la devastación del exterior, cualquier lugar, por más lúgubre que fuera, le hubiera parecido un remanso de paz.

El lugar se llenó de gente que luchaba por regresar a la calma, a pesar de que las explosiones continuaban afuera y retumbaban en el espacio oscuro que les serviría como refugio. Acá, una señora lloraba desconsolada, pues en el camino había soltado la mano de su hijo, que ahora imaginaba muerto; por otro lado, un anciano se desplomó; allá, otra señora comenzó la oración como se la enseñaba a Ilse su madre.

—*Vaterunser* —padrenuestro.

La anticipación por las palabras familiares la sosegó. Todo se arreglaría, porque eran para Dios y a Él lo complacerían, pero también porque en ellas se transportaría su madre hasta ahí, hasta el oscuro rincón del que los Hahlbrock comenzaban a adueñarse.

—*im Himmel* —que estás en el cielo...

Su madre le pedía que lo rezara cada noche antes de dormir. Era fácil hacerlo

cuando ella la guiaba. Entonces se sabía cada palabra, cada pausa, y no faltaba a la cadencia ni al ritmo. Cuando oraban juntas, la voz de su madre y la de ella se unían y luego se fundían en una, y entonces le parecía a Ilse que era verdad: las oraciones llegan hasta Dios para que Éste las escuche.

Pero cuando su madre no estaba disponible para acompañarla en sus oraciones, las palabras no aparecían en su boca. Las buscaba en su mente y ahí las encontraba dispersas, difusas e impronunciables pues, sueltas, sin la musicalidad y la magia del dueto madre-hija, no cobraban sentido.

—Ayúdame, Jadwiga —le decía en ocasiones en que necesitaba de alguien que le hiciera cuando menos la segunda voz, si no la primera.

—No puedo, bonita. Yo sólo sé el padrenuestro en polaco. Además, yo soy católica y tú eres luterana. Los padrenuestros han de ser diferentes...

Pero, esa noche oscura, Ilse gozaría de una guía que parecía capaz de llevarla hasta el punto final de la oración. Iba a empezar a repetir cuando, un poco a destiempo, en tándem, a voz abierta, sin intenciones de hacerle la segunda a nadie, pero con ánimo de no quedarse atrás ni de que la acusaran de apátrida en esos momentos de peligro, una muchacha también comenzó la que Irmgard recitaba desde que se había unido al *Jungmädel* del *bdm* y que ahora le enseñaban a ella también en el colegio. Y, aunque las dos oraciones iban dirigidas a dos figuras distintas, las palabras y la cadencia parecían las mismas y la confundían. Le impedían seguir a una o a la otra.

Padre nuestro

Adolf Hitler,

Que estés en el cielo

eres el gran *Führer*,

santificado sea tu nombre;

Muy temido sea tu nombre.

venga a nos Tu reino;

Venga a nos tu Tercer Reino.

hágase Tu voluntad,

Hágase tu voluntad

en la tierra como en el cielo...

que es la ley en la tierra.

Danos hoy nuestro pan de cada día.

Perdona nuestras ofensas,
como también nosotros perdonamos
A los que nos ofenden
No nos dejes caer en tentación,
Y líbranos del mal
Porque tuyo es el reino.
El poder
Y la gloria
Por siempre.

Déjanos oír tu voz cada día,
y con tu liderazgo ordénanos
pues obedeceremos hasta el fin con nuestras vidas.
Führer, mi Führer que Dios me dio,
protege y preserva nuestra vida.
Salvaste a Alemania cuando más lo necesitaba.
Gracias por el pan de cada día.
Nunca me dejes, *Führer, mi Führer:*
Mi fe y mi luz.
Amén.

La guerra de oraciones terminó antes de que Ilse pudiera siquiera decidirse por una, pues ante el embate por dos frentes, su mente quedó en blanco. Perdió las palabras. Se le habían quedado quizá tiradas en el trayecto, olvidadas en ese lugar del campo verde con calor y aroma a hogar que le parecía ya tan lejano como un sueño.

Las niñas y sus parientes Hahlbrock se sentaron en silencio en el suelo de una esquina del sótano en tinieblas a esperar a que pasara el bombardeo de Schneidemühl. *Tante* Ida, que había planeado bien para un caso como ése, pasó una botella con agua para que compartieran entre ellos. A Ilse nunca le había parecido tan delicioso un trago de agua fresca. Cuando el ritmo respiratorio volvió a la normalidad, cuando sus primos dejaron de llorar, cuando las oraciones cesaron, Ilse se acurrucó con Irmgard y se quedó dormida.

El ataque había acabado hacía horas cuando *Tante* Ida los despertó, ansiosa por volver a la casa, si acaso quedaba de ésta algo más que ladrillos esparcidos.

Había decidido que se quedaran donde estaban para no estorbar en la calle a los primeros auxilios. Era de día cuando salieron y caminaron de regreso entre la destrucción que había parecido más grave en la oscuridad, cuando Ilse tuvo la impresión de que el cielo le caía encima.

Llegó a casa de su tía con ganas de comer algo y de dormir un poco más. *Tante* Ida, en cambio, parecía tener ganas de llorar.

—*Was ist los, Mutter?*

—No pasa nada, Martha. Estoy feliz de estar de vuelta en casa, es todo — dijo, mientras revisaba las ventanas intactas—. Tuvimos suerte.

—¿A qué hora desayunaremos, *Tante*?

—A bañarse primero, Ilse.

—No quiero. ¿Para qué, si lo que tengo es hambre y sueño?

—Mírate al espejo. Ve.

En la recámara de su tía había uno de cuerpo entero. Frente a él, hizo un inventario: estaba tan gris como los demás y en las piernas tenía diminutas cortadas que empezaban a arder. Si estuviera ahí su madre le diría que éstas no eran motivo para llorar. Aguanta, Ilse, le diría mientras aplicaba algún ungüento, lo cual no haría antes de mandarla a darse un baño, que en definitiva necesitaba.

Fue a desnudarse a la recámara que compartía con Irmgard. Volvería a ponerse su ropa de noche; la que llevaba puesta tendría que lavarse. Se quitó los zapatos. Le preguntaría a su tía qué hacer con ellos: ¿se podrían salvar? Ojalá. No quería ver la cara de su madre cuando se enterara de que su hija se paseaba por Schneidemühl en puros calcetines por haber maltratado sus zapatos.

Después de los zapatos se quitó el fondo. ¿El fondo? ¿Se había puesto el fondo encima de la ropa? ¿Había salido de la casa y se había exhibido por ahí en fondo? Miró alrededor suyo y vio que su delantal se había quedado a pasar la noche donde había caído, abajo de la silla.

¿Se había puesto su vestido sin un fondo debajo? ¿Se había puesto el vestido con el fondo como delantal?

Ilse se olvidó de su preocupación por los zapatos. Su madre siempre le había dicho: Ilse, nunca enseñes el fondo. Cuida que tu vestido nunca se te suba. Irmgard siempre le advertía entre susurros apremiantes: ¡Ilse! ¡Se te ve! ¿Por qué ahora no le había dicho nada antes de salir de la casa en esas condiciones? Ahora debía confesarle a su madre que no era tan sólo que hubiera enseñado el fondo

por debajo de las enaguas, como podía llegar a suceder al dar un brinco o al trepar un árbol, sino que lo había mostrado completo por toda la ciudad, desde esas flores rojas que su madre había bordado en el pecho hasta el encaje de la orilla. Todo.

Se miró la cara. Quiso asomarse a través de la turbiedad de las lágrimas que no dejaba rodar, para mirar su mirada. ¿Acaso estaba ya tan opaca como la de los habitantes de Schneidemühl? ¿Tan seca, a pesar de las lágrimas que la humedecían?

No distinguió ningún cambio en sus ojos cafés, pero tanta espera de una sirena indeseable y tanto mostrarse en paños menores podían acabar por enturbiarle la mirada a una.

Se quitó el fondo de la vergüenza y fue en busca de su hermana.

—¡Irmgard! ¡Quiero regresar a casa!

—Espera Ilse. Ya no falta tanto.

—No. ¡Ya!

En Schneidemühl había que esperar cada noche una sirena y, después de escucharla por primera vez, no quería repetir la experiencia. No quería. Además, ahí ya todos la habían visto en fondo.

En Schneidemühl peligraba su mirada.

¿Reconocería su padre sus ojos todavía como suyos cuando regresara a casa?

14. LAS COSAS DEL PASADO, MEJOR DEJARLAS ALLÁ

El patrón se marchó muy temprano esa mañana. A ellos no les dijo nada; no les dio explicaciones, sólo:

—Trabajen en el arado para las patatas. Ya saben qué hacer. Janusz: llévame a la estación de tren.

En el camino tampoco había pronunciado palabra, pero Janusz podía leerle la angustia en la mirada y en el aire a su alrededor.

Cuando regresó, fue a la casa a llevar el saco que el patrón había olvidado sobre el asiento. Jadwiga lo recibió con Edeline en brazos. La niña lloraba sin consuelo. Se notaba que Jadwiga también había llorado.

—*Jesteś w porządku?* —¿estás bien?, le preguntó en la lengua que compartían.

—*Nie.*

La noche anterior habían bombardeado Schneidemühl.

—¿Y las niñas? ¿Ilse? —dijo Janusz, sacando la voz a fuerza.

—No saben nada más. Se enteraron del bombardeo por la radio. Por eso se fue para allá *Herr Hahlbrock*.

Ahora, contrario a lo que podía esperarse, *Frau Wanda* ni lloraba ni decía nada. Nada. Le había encargado a Edeline, había tomado un estropajo y se había dedicado a tallar cada recoveco de la casa para erradicar la mugre imaginaria en la recámara de las niñas.

—Le he ofrecido algo de comer, un té, pero no quiere nada. Ni siquiera responde. ¿Crees que las niñas estén bien?

Janusz no sabía. ¿Cómo podría saberlo? Pero quería imitar a Wanda Hahlbrock y sumergirse en un trabajo que no lo dejara pensar en nada. Ese día Hartwig Hahlbrock no le había dado instrucciones directas; sólo llévame al tren. Suponía que eso quería decir que, en su ausencia, debía unirse a los demás hombres en la preparación del campo de patatas. Pero no quería verlos. No quería trabajar hombro con hombro con quien le adivinaría la preocupación, con quien le exigiría una explicación por su estado de ánimo y con quien se complacería por el infortunio de su patrón.

Tampoco quería estar solo. La soledad daba lugar a divagaciones.

—¿Te ayudo a cuidar a Freddy? —se atrevió a decir.

El alivio en la cara de Jadwiga fue inmediato. La bebé no paraba de llorar, y

no pararía, le parecía a la muchacha, mientras no detuviera su madre su frenesí de limpieza; mientras no acabara el miedo y regresara la tranquilidad con el retorno de las niñas.

—Es que le daba el pecho cuando recibió la noticia.

Jadwiga estaba segura de que, en su leche, la madre le había pasado a su hija cada mililitro de sus miedos anticipados, y por eso la infante ahora lloraba casi al ritmo del estropajo contra el piso. Freddy, en cambio, dormía todavía. Pero al despertar, como cualquier niño sano de dos años, despertaría un torbellino al que habría de perseguir todo el día. Lo sabía por experiencia.

—No voy a poder yo sola con los dos.

Como si lo hubiera invocado, Freddy escogió ese momento para despertar.

—Toma a Edeline.

Jadwiga se fue de prisa y Janusz se quedó en el portal con el pequeño paquete chillón en brazos sin saber qué hacer. Nunca lo habían invitado a pasar a la casa, pero tampoco nunca habían sacado a la bebé a que le diera el aire fresco de la mañana. Optó por errar en favor de la niña: entró de lleno a la casa y cerró la puerta tras de sí.

Que recordara, nunca había tocado a una persona tan pequeña. Con ella en brazos, él era un gigante con más buena voluntad que destreza. Temía dejarla caer, así que se sentó en la mecedora junto a la chimenea.

Ahora no estaba encendida, pero para Janusz las chimeneas significaban hogar, familia, aunque en verano fueran innecesarias.

Alrededor de la chimenea se había sentado su pequeña familia de tres, a veces tan sólo a contemplar los vaivenes del fuego que consumía la leña que él recolectaba en el bosque. El fuego consumía en minutos lo que a él le había tomado horas juntar y portar de regreso a casa, pero no le importaba: era un lujo que hacía brillar esos momentos sin quehacer, esos momentos de anécdotas, cuentos y leyendas compartidas; era el único lujo en ese pobre rincón polaco que ahora volvía a ser motivo de disputa.

¿Qué había ahí que tanto interesaba a rusos y alemanes por igual?

Había sido ahí, ante el fuego y los cuentos a punto de extinguirse, cuando más que luz se hacían sombras, ya con su hija pequeña dormida en sus brazos, que su madre, con la mirada perdida en el pasado, le advertía que corriera cuando se acercaran los rusos.

—*Dlaczego, matka?*

Su madre se molestaba cuando le preguntaba por qué.

—Sólo haz caso.

En los cuentos de terror que contaba a veces, a pesar de sí misma, el monstruo siempre salía de los bosques helados de Rusia. Pero no daba más detalles; no contaba anécdotas. Fuera de sus cuentos, su madre no solía gastar sus palabras.

Mejor dejar las cosas del pasado allá, dondequiera que hubieran quedado. Él había honrado a su madre al huir a tiempo; al mantenerse lejos de los rusos. Ahora debía concentrarse en esa niña que no dejaba de llorar, que no entendía ni alemán ni polaco; que difícilmente se distraería de su llanto con algún cuento en cualquier idioma, y menos aún con tenso silencio.

Para mecerla, se meció; para tranquilizarla, se tranquilizó; para consolarla, se tarareó la única melodía que recordaba de su madre.

—¿Qué hace usted aquí?

Frau Wanda lo sorprendió y silenció su canción. Ella traía todavía su estropajo empuñado con fuerza y con la mirada repetía la pregunta que le había hecho: ¿qué hace usted aquí? *Janusz* se levantó con cuidado de la mecedora para responder.

—Lo siento, *Frau Hahlbrock* —le dijo—. Vine a traer el saco que olvidó su esposo y *Jadwiga* me pidió que la ayudara con *Freddy*, pero me dejó a la nena. Es que lloraba mucho.

Pero *Edeline* ya no lloraba y *Frau Wanda* ya no preguntaba nada ni con la mirada.

—Yo sé. Pobre chiquita. Hoy su madre no puede pensar en ella.

—Las niñas van a estar bien, *Frau Hahlbrock*.

—Sí. Y hoy mismo regresarán a casa.

Y con la armonía que brinda un deseo compartido, la señora *Hahlbrock* regresó a su furiosa limpieza y *Janusz* a la mecedora, desde donde podía oír que, en la planta alta, *Jadwiga* jugaba con *Freddy*. ¿Bajarían pronto? Intentaba mantenerse sereno en beneficio de *Edeline*, pero no estaba acostumbrado a estar inactivo; inmóvil, por más que se meciera. Tenía el permiso implícito para quedarse donde estaba, sin más oficio que sostener a la bebé, pero su inusual inactividad frente a la mujer de su patrón lo perturbaba.

A ella, concentrada en el vaivén de su brazo que hacía friccionar contra el piso, parecía no importarle ser ella la que castigara el cuerpo con trabajo, y no su sirviente polaco.

¿Se suponía que debía decir algo? ¿Iniciar una conversación? Podría acompañarla de esa forma, tal vez; aligerarle la carga de la angustia. ¿Pero qué podía decirle él a la madre de la niña por la que ambos temían? Ya haberle asegurado antes que estaría bien, que nada le había sucedido a la niña bajo una lluvia de bombas, había sido suficiente atrevimiento.

¿Qué sabía él? ¿Qué garantías podía ofrecer? Nada. Ninguna.

Trató de transportarse hasta Schneidemühl con sus sentidos, de buscar a Ilse, de viajar hasta ella como viajaba hasta él la voz de cuento de la reina Jurata del Báltico. Quería oír su voz viva; quería encontrar su traviesa mirada y su presto oído: le contaría un cuento; se lo dibujaría en trigo. Pero, de no haberlo —¿qué sabía él de lo que podría encontrar en aquella ciudad lejana?—, se lo haría con lo que fuera; hasta con ceniza, a falta de otro material.

La haría sonreír. Otro cuento, Janusz, le pediría ella. Otro y otro y otro. Y él se los daría. Le contaría los viejos y otros nuevos que le habían asediado la mente en las últimas semanas, insatisfechos porque, en ausencia de su usual público de una, sólo daban vueltas en su mente sin poder salir a la luz. ¿Para qué, si no tenían destinatario?

Si en ese momento alguien le proporcionara papel y lápiz, se escribiría un cuento en el que un muchacho llamado Janusz volaba y llegaba en un instante al rescate de su pequeña amiga que lo necesitaba. Lo haría para pasar el tiempo; para imaginar una vida en la que para él todo fuera posible y no porque creyera que, con sólo imaginarla, su fantasía se haría realidad.

Él era sólo Janusz, un huérfano que, aunque creía en todos los sucesos y las maravillas de los cuentos, sabía que ahí se quedaban: en el mundo de los cuentos. Hacía mucho que había aprendido que las grandes hazañas, los actos de magia y las fantasías no eran para él; que no poseía más poder que su gran habilidad para retenerlos en su memoria y para contarlos. Le gustaban las historias; le hacían más llevadera la vida, pero no se engañaba: no vivía dentro de un cuento donde todo era posible.

Él estaba sentado ahí, con los brazos llenos de una nueva vida a la cual no tenía nada qué decir, mientras Ilse estaba lejos, tal vez perdida para siempre. Ésa

era la realidad.

La había extrañado desde el primer instante de ausencia. No había tenido oportunidad de despedirse siquiera, de tan intempestiva su partida. Y al principio no había entendido el motivo de su viaje.

A los polacos les tenían prohibido tener radios. Los del vecino poblado sufrían inspecciones de vez en cuando, en busca de los aparatos. De encontrarlos, los incautaban y se llevaban prisionero al dueño. El riesgo era enorme, pero por información arriesgaban la vida y al ritmo que se desaparecían del pueblo las radios y sus dueños, aparecían nuevos en secrecía.

Pero aún en el más profundo silencio radiofónico, de todo se enteraban los pobladores polacos, aunque por otros medios; por una red no oficial; por métodos más lentos que la inmediatez que ofrecía el *Volksempfänger*: de boca polaca a boca polaca.

A muchos les había dado gusto el anuncio de la guerra contra Rusia. La festejaban. Auguraban el principio del fin para Alemania. Józef, Radosz y Tadeusz, entre ellos. Y se regocijaban: ganarían los soviéticos y los liberarían. ¡Los liberarían y regresarían a sus hogares!

¿Cuándo? ¿Cuándo será eso?, les preguntaba Janusz, que sabía menos de todo que todos. ¿Cuándo llegarían los rusos? Quería saber para tener tiempo de correr. No quería estar ahí el día en que eso sucediera.

Entendido el peligro inminente, le había dado gusto que, al menos, Ilse e Irmgard hubieran salido de ahí; que se hubieran ido de visita a casa de sus tíos. Para que estuvieran a salvo lejos de los rusos. Para que tardaran en conocer la violencia.

Pero allá les habían caído bombas inglesas en vez de rusos rabiosos.

Y la espera de noticias mataba. Se corrigió: la inacción a la espera de noticias mataba. Deseó poder colocar a Edeline en su cuna y arrebatarle el estropajo a *Frau* Hahlbrock para dejar salir toda la energía contenida. Pero no se atrevía a hacer lo primero, porque implicaría subir a la planta alta —donde nunca sería invitado— para llegar hasta la pequeña cama; y mucho menos lo segundo.

Pobre *Frau* Hahlbrock: por negarse a morir de angustia, parecía intentar aniquilar a restregones el piso limpio al que no daba cuartel.

LOS SCHIPPER
1941-1942

15. LA GUERRA DE VERANO

—¿Para qué traes tantos calcetines si es verano? —le preguntaban sus compañeros.

Suponían que la guerra terminaría pronto; se lo habían prometido a todos ellos.

—Los hizo mi hija.

Karl Schipper no necesitaba dar más respuesta que ésa. Su hija los había tejido así: chuecos, disparejos, unos más grandes que otros, de lana burda que irritaba la piel. Unos con puntadas más apretadas que otras. A otros les faltaban puntadas donde quedaban huecos. Y pesaban. Pesaban mucho más de lo que era posible cargar en el lomo tras cientos de kilómetros de caminata, cuando ya cada gramo pesaba más de la cuenta, y la lana —burda o suave— pesaba como plomo. Pero su hija los había tejido para él y, en cada puntada apretada, floja o faltante, le había inyectado su calor de hogar y amor, su deseo de que su padre regresara. Éste lo sentía en su textura, y lo agradecía.

Al principio había sido verano, y no: no lo había asaltado tal añoranza por el hogar y la familia que los había usado para cubrir sus pies. Usaba los calcetines de regulación, que cabían bien dentro de sus botas y que le mantenían frescos los pies en esas largas caminatas de verano, a veces entre el fango, a veces trepando, a veces cruzando terreno arenoso. Los calcetines ligeros se secaban rápido cuando volvía a salir el sol tras días y días de lluvias y de charcos.

No los había usado en los pies al principio. Pero los olfateaba; los acariciaba; apretaba fuerte los molotes de lana entre sus manos y contra su boca las noches cuando los ecos de los bombardeos que de día habían ensordecido sus oídos no lo dejaban dormir; las noches cuando los infinitos gritos de dolor —alemanes, soviéticos— lo atormentaban; las noches —todas— cuando no podía ignorar más ese miedo que era su compañía constante. A veces, se convertían en el banco en el cual Karl Schipper depositaba sus gritos.

Los usaba como ancla, como brújula, como soporte. Y, con ellos entre las manos, dormía y despertaba. Los apretaba fuerte y lo consolaban; le daban fuerza para levantarse al día siguiente, y al siguiente, y al siguiente.

Hoy —por hoy, al menos— estás vivo, se decía con la nariz escondida entre los dobleces de lana. Luego guardaba los calcetines en la profundidad de su mochila, dentro de una caja de hojalata que había encontrado tirada en el camino

el día que había comprendido que soldados rasos como él no se transportaban en vehículos motorizados; que los soldados sin importancia no se mantenían limpios. Sí, la caja daba más peso a su mochila, pero mantenía sus calcetines lejos del agua y del polvo, lo más lejos posible de la guerra.

Los había tejido para él su hija y le aligeraban la vida en esa guerra que, aunque parecía ganada de antemano, a él le pesaba más que la carga en la espalda.

Se fue en verano portando calcetines invernales innecesarios. ¿Para qué los llevas, si pronto regresaremos? Pregunta necia a una respuesta sencilla e invariable. Pero pasaban los días y las noches y nadie se cansaba de la pregunta: ni los que la hacían ni el que la recibía. Las pocas horas de descanso por las noches con detonaciones distantes todavía daban tiempo para inquisiciones sin importancia y para la nostalgia que cada uno sentía por su hogar. Todo, tal vez, en el afán de no cerrar los ojos; de no volver a ver lo que los había marcado ese día, y el anterior. Y el anterior.

Los cargaba porque supo, desde que se reportó en Königsberg, que aun pocos días lejos de casa serían demasiados para alguien que nunca había dormido lejos de su mujer desde que el pastor les había dado la bendición en la iglesia. Y nunca había pasado una noche sin que les diera una bendición seguida de un beso a sus hijos.

Pensar en ellos dolía, y lo que más le pesaba en la mochila era su propio retrato, que también guardaba en la caja de hojalata entre dos cartones para protegerlo de la humedad y del ajetreo. Ése nunca lo sacaba. ¿Para qué? ¿Para verse a sí mismo y no reconocerse? ¿Para añorar tiempos mejores?

Con el puro tacto podía darse cuenta de que ahora ni su propia madre lo reconocería si la alcanzara en el cielo. Con el puro tacto podía sentir los nuevos ángulos de su cara, ángulos indeseados de un guerrero reacio a que la guerra se los esculpiera a golpe de carencias, de esfuerzos, de angustias. A golpe de saber que, a pocos metros, un poco más allá de la vista, siempre había alguien que querría matarlo sin un saludo o sin un intercambio de nombres siquiera.

Al principio —pocos meses atrás que a Karl le parecían una eternidad—, montado en el camión cubierto, el camino había sido relativamente fácil a pesar del dolor —de la añoranza— de dejar atrás a su familia y a Königsberg. Luego le habían dicho: vas con la Dieciocho. Se había unido a su división donde ya todos

tenían asignada una tarea. El ejército era —le parecía— como una máquina bien aceiteada en la cual los engranes se mueven por su cuenta a sabiendas de la importancia de moverse con precisión, sin fallar y sin dudar —inclusive sin mirar— que las otras partes cumplan también con lo suyo. Porque sabían que todos cumplirían: fallar a su deber nunca se les ocurriría. Sería como fallarle al *Führer* y nadie quería ser el que se atreviera.

Con una maquinaria así, ¿cómo no ganar la guerra en lo que quedaba del verano, como habían prometido?

Karl era nuevo en el arte de la guerra, pero admiraba el buen funcionamiento de las cosas y, cuando se encontraba con que así era, se sentía confiado; como en la carpintería. Pues, como las puertas de un armario que se abren y cierran sin rechinar, como un cajón que abre sin atorarse, como dos maderas que se unen a la perfección gracias al diseño perfecto, como un buen diseño de marquetería que sin bordes se integra dentro de una madera fina, así era el ejército alemán. Y se sintió esperanzado. Ganarían.

Pronto, deseaba. Muy pronto, oraba. Y todo indicaba en los primeros días de esa contienda que sus oraciones eran escuchadas con beneplácito por Dios, y hasta por los soviéticos, que no hacían mucho para resistir.

Caminaría, le dijeron. Hacia el este. Y caminó. Avanzarían todos a la victoria. Y caminó. Aprendió a dormir a la intemperie sin bajar la guardia. Aprendió a contribuir a la vigilancia —y a mantenerse despierto y atento— a pesar de haber marchado todo el día. Aprendió a quedarse dormido en el instante en que ponía la cabeza sobre la dura almohada del suelo y a pesar de los ronquidos y del llanto de algún compañero que, aun en sueños, continuaba inmerso en el terror de la batalla. Y, tras cada noche de sueño, aprendió a enfrentar la mañana siguiente, las nuevas órdenes, y las nuevas direcciones hacia dónde caminar y disparar.

Marchó por tierras que sus pies nunca antes habían pisado y supuso que, en tiempos mejores, se detendría a admirar el paisaje, a conversar con los lugareños. Pero imposible detenerse e imposible admirar nada, ni al ritmo de la marcha: la guerra iba dejando tierra quemada y perforada a su paso.

Con cada paso y con cada batalla, sus hombros se fueron familiarizando con el peso de su mochila, sus manos con la sensación de su *Karabiner* y su cuerpo entero con el latigazo que éste daba tras cada disparo. Preparaba, apuntaba y

disparaba como lo habían entrenado, pero nunca —ni una sola vez— se detuvo a admirar la destrucción que ocasionaba, o cómo su bala daba en el blanco. Hacía su parte por Alemania, pero no tenía que recrearse ni regodearse en la sangre que había derramado, ni familiarizarse con la muerte que había ocasionado. Ningún número de pasos acumulados, ningún número de balas en el blanco, habían logrado todavía que Karl Schipper se hiciera soldado o que se olvidara de que era carpintero, porque esa guerra requería de todo, hasta de carpinteros.

Y con pasos firmes penetró el ejército alemán en Lituania como un rayo fulminante, y luego a Letonia, pues las fuerzas soviéticas no tenían ni los tanques ni el armamento ni la organización que tenían ellos. Ni los deseos, parecía. Cedieron ante la avanzada alemana la parte de Polonia que les había correspondido en el acuerdo inicial. Y corrían, desbandados, mientras Karl, con la Dieciocho, avanzaba hacia el noreste, unos caminando como él, otros en camiones, otros en *Pazerkampfwagens*.

Desde las primeras batallas conoció el miedo, a pesar de que confiaba en que ganarían. Porque, por más que pensara que en esa guerra le daba gusto estar del lado alemán, tan organizado, tan moderno, él seguía siendo sólo un hombre; un carpintero, un soldado inexperto que un día detendría una bala con el cuerpo. Como le pasaba a cualquiera: desde el soldado menos experimentado e incapaz, hasta al jefe de batallón, pues no había medalla, nombramiento, deseo o plegaria que sirviera de coraza contra balas y bombardeos.

Cuando llegaron a Riga, a Karl Schipper lo invadió la certeza de que ese mismo día anunciarían la victoria absoluta. La ciudad entera había salido a recibirlos como salvadores, como vencedores. Desfilan por las calles repletas desde donde los vítores de los letones se alzaban hacia el cielo y hacia los millares de oídos alemanes que, orgullosos, marchaban frente a ellos, le había dado la fuerza para caminar un poco más erguido, un poco más firme de lo que lograba en días pasados: tras tantos kilómetros de andar, los calcetines reglamentarios se le habían adelgazado tanto, que ya tenía los pies llenos de ampollas abiertas y sangrantes.

Los letones los recibían como libertadores y, él, un carpintero de un poblado modesto, había contribuido a que así fuera. Tal vez ése era el secreto de los amantes de la guerra, pensó: un largo camino de batallas y de pérdida a cambio del sentimiento de satisfacción de cambiar el mundo. Así, la guerra sí valía la

pena. Así, casi llegó a entender los motivos del *Führer* para enfrentar al mundo entero; casi llegó a volver a creer que hay guerras que se justifican.

Casi llegó a creer que, con cada paso dado, Alemania había recuperado su brillo y su gloria de antaño. Y no pudo evitar olvidar un poco su contrición para con su padre y su temor por sus hijos para revivir el orgullo juvenil que lo había inclinado a creer en Adolf Hitler.

Marchando a ritmo de desfile militar de festejo y no de guerra, Karl creyó por un momento que serían los últimos pasos que daría en ese bélico camino. Mujeres hermosas se acercaron a lo largo del recorrido para darle ramilletes de flores —los cuales aceptó— y besos —los cuales rechazó—. Él era un hombre casado; eso ni por un momento lo olvidó.

Su división se detuvo unos días en Riga. Cumplían sus órdenes de día o de noche, tomaban cerveza en su tiempo libre y, el que la deseaba, encontraba compañía femenina para pasar los raros momentos de esparcimiento que gozaban.

Karl no. Una vez pasada la euforia de la entrada triunfal a Riga —pues no hay fervor que sea eterno—, Karl comprendió que nada había cambiado; que ése era sólo un punto en el mapa y que iban por más. Que los que sabían de guerra no le daban importancia a lo conquistado hasta entonces. Que la tierra quemada hasta entonces era poca cosa. Que ambicionaban más.

Karl no sabía qué y no sabía cuándo les ordenarían ponerse en marcha de nuevo. Mientras tanto, él cumplía con sus tareas sin ambicionar más que los momentos de reposo, a la rara privacidad que encontró al albergarse entre las tablas de la morada de caballo en un establo medio derruido. Al entrar ahí, dejaba los trajines del día y los recuerdos duros de la guerra atrás. Ni siquiera le importó compartirlo con su dueño, un caballo anciano de buen carácter que ya poco se movía.

—Escucha, caballo: si no me pisas tú, no te ensillo yo ni te ato una carreta para que jales, ni te llevo a la guerra. No me pises, y te dejo aquí a morir de viejo. *Jawohl?*

En esa guerra moderna, los vehículos motorizados no se daban abasto: para llevar todo el armamento y provisiones para un ejército tan numeroso, hacía falta otro ejército de caballos para jalar carretas. Doscientos mil —cuando menos—, según le había dicho alguno de los caballerangos, frustrado, deprimido de tanto

verlos morir sin poder brindarles ayuda ni palabras suaves de consuelo antes de darles el tiro de gracia.

Porque, si en la guerra la vida de un hombre valía muy poco, la vida de un caballo valía menos. Los iban dejando muertos de bala, de agotamiento o de cólico. Los sacaban del medio del camino sin miramientos y sin lamentarlos; los iban dejando y seguían la marcha sin que hubiera quién se molestara en limpiar las entrañas o los sesos del camino, y eso era lo que pisaban los afortunados equinos que seguían con vida para enfrentar una batalla más.

A los muertos los sustituían con los caballos que capturaban en los pueblos de territorio conquistado.

Karl no esperaba superar, en lo que le quedara de vida, la impresión de ver a un hombre morir. Sólo bastaba un instante, un parpadeo. Era un desperdicio de posibilidad, una posibilidad de un mundo nuevo por cada hombre abatido. Pero las guerras las hacían los hombres y, si bien muchos no hubieran escogido pelearla, por lo menos comprendían; por lo menos entendían en mayor o menor grado el propósito y el riesgo. Por lo menos tenían la posibilidad de echarse pecho a tierra para prolongar la vida un poco más, con un poco de suerte o falta de tino del enemigo.

Pero un caballo no. A esos caballos granjeros los habían secuestrado de sus campos. Los habían hecho guerreros sin explicarles nada, sin entrenarlos para tolerar siquiera el sonido de las balas que volaban alrededor suyo, que encontraban la carne de su pareja de tiro o la propia.

—No me pises, caballo. Quédate aquí en tus campos.

Ahí, a solas y a la luz de un quinqué, escribió la primera carta para su familia.

Querida familia:

Se detuvo. Escribir sería más difícil de lo que se hubiera imaginado. Pero tenía que seguir. ¿Qué decirles?

Estoy bien. Hemos marchado mucho. Ahora nos detuvimos a descansar en Riga, donde nos recibieron como héroes.

La efímera ilusión juvenil que lo había seducido durante el desfile de guerra lo había abandonado apenas se había acabado el clamor; cuando habían regresado los dolores en los pies y las balas disparadas —todas aquellas que hubieran dado en el blanco de un compañero de división o del enemigo—. Enemigos. Karl Schipper nunca pensó que algún día tendría enemigos.

No podía escribir sobre eso en una carta a la familia.

Duerdo con un nuevo amigo letón que, con gran amabilidad, comparte su habitación conmigo. Le hablo en alemán de la belleza de mi esposa, de la inteligencia de todos mis hijos y de su devoción para con su madre. Le digo cuán orgulloso estoy de ustedes y cómo lamento las semanas de ausencia. Imagino que para este momento todos habrán crecido como la hierba veraniega que he visto en el camino; y me río con él, cuando le digo que imagino a Arno tan alto como el roble que nos da sombra en el verano.

Sé que, por la barrera del idioma, mi amigo no me entiende, pero me escucha con gran atención. Él, a su vez, me habla de los hermosos campos de su país que le parece haber recorrido entero, si se basa en la avería de sus pies y la artritis de sus rodillas. Me habla de cenas en familia tras dar gracias a Dios por los alimentos. Me cuenta que, aquí, lo que desean es la libertad; que se acaben las guerras para siempre. Agradece ser viejo para no tener que pelear, ya que lo único que desea es permanecer en el hogar que ha conocido siempre.

Tampoco entiendo las palabras, pero lo imagino y lo siento en ellas.

En este viaje, que me ha llevado tan lejos de ustedes, en compañía de este amigo que ahora ronca y resopla a mi lado, he llegado a la conclusión de que sin importar el idioma, todos somos iguales; que compartimos más de lo que nos separa. Y no deseo más que hablen con la verdad los que aseguran que esta guerra acabará pronto, pues sólo aspiro regresar a su lado, a mis cenas en familia y a pisar sólo mi suelo, el suelo alemán.

Ya no quería escribir más. No tenía más palabras de esperanza.

—¿Y tú, caballo? ¿Alguna sugerencia?

El caballo parecía escucharlo con atención. Sí: parecía entenderlo todo. Resopló.

—Ah, sí. Tienes razón.

El caballo le pedía que se dejara de lamentaciones, que apagara el quinqué y que lo dejara dormir para poder roncar y resoplar tal y como él lo había acusado en papel. Pero una nota a la familia no debía terminar sin una despedida y alguna recomendación.

Los días aquí comienzan aun más temprano que en casa. ¿Creerán que hasta en la guerra soy carpintero? Siempre hay algo que construir o reparar. Ahora debo ir a entregar este sobre para que mañana mismo se los envíen, y luego a descansar. Me esperan muchas ruedas de carreta que necesitan refuerzos.

No fallen a sus responsabilidades con la granja, con la escuela y con su madre. Ayúdenla y no le den problemas. No olviden revisar las ruedas de nuestra carreta y cuiden muy bien a nuestro caballo.

Su padre y esposo que los quiere...

KARL SCHIPPER

Estaba a punto de cerrar el sobre cuando se le ocurrió algo más que escribir. Algo muy importante. Sólo esperaba que, si alguien más leyera esa nota, no se ofendiera por dejarlo hasta el final.

PD: *Heil Hitler!*

Esperaría otra ocasión para mandar su retrato. No cabía en el sobre que le habían proporcionado, y no quería doblarlo.

Sus pies doloridos encontraron descanso en Riga durante los días en que su división detuvo el avance. Antes de seguir adelante, antes de entrar en tierras había mucho por reparar: motores, ejes, percutores dañados. Para eso había ingenieros o mecánicos expertos. Karl era carpintero también en la guerra desde que se había averiado la primera carreta, y, luego, ante la necesidad, cuando improvisó un cuartel temporal con maderas.

—Este cuartel aguantaría hasta una bomba, Schipper —le dijo el comandante de división, admirado, pero sin ganas de probar sus palabras.

En esa guerra, Karl Schipper, soldado renuente, también era el experto en algo. Y él era mejor carpintero que soldado.

Los comandantes decían que la guerra endurecía a los hombres. Que la guerra lo endureciera a él hasta parecer soldado de afiche quedaba por verse. Suponía, por las miradas que a veces recibía de sus superiores, que para ello le faltaba un largo recorrido. Lo que sí podría asegurar, si alguien le preguntara y si él se atreviera a responder, era que, en definitiva, dedicarse a apuntar y a matar le había tornado delicadas sus manos.

Le habían hecho falta sus callos de carpintero. Por eso, en Riga, como le asignaron, se dedicó de sol a luna a reparar carretas y ruedas dañadas con ahínco. Su herramienta no era la de casa, pero de todos modos le consolaba dejar su *Karabiner* de lado y sustituirla, en su mano, por una sierra o un martillo, aunque no fueran los que conocía con tanta intimidad, aunque no tuvieran el peso familiar ni las raspaduras marcándolos como cicatrices conocidas, queridas, necesarias. Poco a poco, gracias a ellas, sus callos ya regresaban al tamaño y a la dureza que a sus manos tanto tiempo y dolor les había costado adquirir.

En las noches, sin más energía para pláticas de guerra ni de conquistas al calor de las cervezas, regresaba a su establo a pesar de las voces amigables que le decían ¿por qué te vas, Schipper? ¿Por qué tan pronto? ¡Tómame una con nosotros! Descansaba a los pies del caballo que parecía haber entendido su advertencia y que le concedía, cada noche, no sólo una tregua sino un oído amigo.

En esa guerra cada engrane cumplía con su deber, y, el suyo como carpintero

le era familiar y le daba la excusa para no levantar la vista del aserrín para observar, entre las rendijas del establo que habían improvisado como taller de carpintería, las filas de civiles letones que sus compañeros de división escoltaban hacia las afueras del pueblo. Usaba su martillo o su serrucho para silenciar los lamentos y el trueno de los pasos ominosos. Más tarde, al final de la jornada, su cansancio, su energía extinguida, le daba la excusa para no preguntar —ni preguntarse— qué había sucedido con aquella gente cuando sus compañeros de división regresaban solos por la noche a sumirse en el calor de las cervezas y de otros cuerpos letones.

No quería saber. No quería ni siquiera sospechar. Mejor se refugiaba en su establo y así sus calcetines.

Reparado lo que había de repararse, la división Dieciocho siguió su camino al noreste. Karl caminó otra vez, como le ordenaron, detrás de la fila de vehículos, motorizados y carretas.

En marcha a las afueras de Riga, ningún motor, ningún relincho de caballo y ningún deseo lo absolvieron de ver o de oír los cientos de aves de carroña que revoloteaban alegres sobre un festín más allá del camino. Y nada, ni las heces que los caballos dejaban al andar ni el humo de los vehículos motorizados lo salvaron de percibir que los miles de pinos que bordeaban el bosque no podían disimular el poderoso e inconfundible aroma a muerte. El viento, silbando de entre los árboles, le hizo creer que se trataba del lamento de todas las almas que habían marchado escoltadas hacia su fin por armas alemanas.

Karl vomitó, pero no fue el único. Nadie dijo nada.

Y en Riga los habían recibido como salvadores.

Enero de 1942

16. A LA PACIENCIA LA MATA EL HIELO

Arno era el único Schipper que podía lidiar con el carnero. No era porque Arno tuviera poderes especiales sobre los animales o, en específico, sobre los carneros testarudos y rejeros; era que Arno sabía ser más terco que el mismo carnero.

No era fácil: primero había que sorprenderlo con la nariz ocupada en busca de dulce pasto, de lo contrario, se podía perder todo el día jugando al atrápame si puedes. El carnero sabía muy bien a lo que olían los humanos —y en particular los Schipper— y huía cuando los olfateaba cerca. Quería su pasto y no quería regresar a casa hasta saciarse.

Sorprenderlo para capturarlo y llevarlo a casa requería de pericia y sagacidad mayores que las que el borrego había utilizado para escapar de su confinamiento. Arno había descubierto que lo ahuyentaba si se le acercaba desde un ángulo que dependía de la voluntad del aire, así que buscaba el viento en contra para que éste le robara su aroma y se la llevara lejos.

Pero, ya tomado por sorpresa, había que acercarse con decisión a tomar al carnero por los cuernos, porque no se le iba a convencer nunca con un amable *sígueme, vámonos a casa*. Tampoco le convencería atándole una soga al cuello para guiarlo: el carnero parecía preferir asfixiarse antes de alejarse un milímetro de su pasto preferido en la granja de los Bäcker o de las flores de los Hitzig cuando las había; cuando a la señora Hitzig todavía le daban ánimos de plantarlas. Antes de que perdiera a su marido y a tres de sus hijos en la guerra.

—¿Mi papá también se perdió en la guerra?

Arno le preguntaba a su madre a veces al acostarse, a veces al despertar. Siempre esperaba recibir la misma respuesta:

—¡No! Tu papá no está perdido. Es sólo que hace mucho que no recibimos carta.

No recibían carta, lo cual no podía ser buena señal, deducía Arno, pero tampoco aparecía su nombre en la lista que exhibían en el *Wehrmacht* en Königsberg. Y mientras no apareciera su nombre en negro sobre blanco, su padre no estaba perdido, sólo extraviado de su familia, sólo lejos, sólo ausente, sólo en silencio absoluto.

Y Arno no entendía nada, porque, si ésa no era señal de pérdida, si su ausencia y su silencio no lo declaraban perdido, ¿entonces qué derecho tenía a

hacerlo un simple papel marcado con letras de tinta?

Arno observaba, como era costumbre de toda su vida, a su madre. Ya no era nada más para notarle el trastabillo del corazón, sino para notarle el cambio en la mirada. A Dora Hitzig no sólo se le habían perdido hijos y marido con la guerra: también se le había perdido su mirada que alguna vez fue amable, que alguna vez ofreció galletas aún antes de que lo hiciera la voz, que alguna vez acarició la cara de un pequeño visitante cuando sus manos estaban demasiado ocupadas armando el *Apfelstrudel*.

A Arno le gustaba mucho ese pastel de manzana que sabía a veranos y a risas. Ahora ya no había ni aroma del horno, ni risas, ni miradas alegres en casa de la señora Hitzig. Ahora en esos ojos sólo había un vacío tan profundo, tan lleno de ecos del pasado y tan nuevo como el de la casa que habitaba la mujer.

—*Frau* Hitzig está triste, Arno.

Por eso la mujer ya no hacía ni *strudels* ni galletas. ¿Para qué?, decía. Por eso ya no aseaba su casa ni se recogía el cabello en las roscas que antes disimulaban sus orejas. ¿Para quién? Si ya el brillo de todas las miradas que le importaban se habían perdido en el hielo de la guerra contra Rusia, llevándose con ellas el brillo de la de ella.

Arno no quería que eso le sucediera a su madre. Ni a él tampoco, ni a Helga ni a sus hermanos, que ya hablaban del día en que se irían ellos a la guerra. Entonces sí le cambiaba la mirada a su madre, pero no porque la perdiera; al contrario: de inmediato buscaba y encontraba alguna en algún baúl recóndito de su cuerpo; una mirada llena de furia. Entonces se olvidaba de no exaltarse. Entonces tomaba lo que hubiera a la mano para darles fuerte en las nalgas a sus hijos mayores —con un sartén, con una tabla o con lo que fuera— para ver si así se te quitan las ganas de irte a la guerra, les decía.

Pero ni a golpes se les quitaban las ganas. Iban todos los días al *Deutsches Jungvolk* donde, según su madre, sólo les llenaban la cabeza de idioteces bélicas; a adorar a un hombre —que ni siquiera era familia— por encima de su propio padre, y a considerar todo tipo de deberes con su iglesia, con su madre y con su propiedad, como cosa sin importancia.

Helga también debía ir a la liga de niñas alemanas sin falta, aunque lo hacía con desgano. A ella, su madre nunca debía darle nalgadas para recordarle que, por encima de todo, estaban Dios y la familia. El único día que llegaba contenta

de sus actividades con el BDM era los sábados, pues, después de los ejercicios de gimnasia, la llevaban a Königsberg a visitar soldados en recuperación en el hospital militar. Le gustaba pensar, decía, que si su padre resultara herido lejos de casa, alguna otra niña le haría compañía y lo distraería un rato de su dolor.

Pero odiaba todo lo demás. Le disgustaba que le dieran lecciones para ser ama de casa y madre cuando sentía que hacía muy poco tiempo había dejado atrás su muñeca y, lo peor, que cada quince días la obligaran a irrumpir en hogares y vidas a pedir donativos económicos o en especie. No dejes que te digan que no, le indicaban sus superiores, y prémialos con un parche y un pegote afuera de su casa si donan, pero castígalos apuntándolos en la lista de los infractores si no.

—No les importa que la familia sea pobre; si acaban de perder al padre; si apenas completan para comer —le decía Helga a su madre, frustrada por tantos nombres que había tenido que apuntar ese día y tantos umbrales que había dejado sin pegote para avergonzar a la familia avara frente a la comunidad.

—Y hay gente que, cuando nos ve llegar con nuestras latas tintineantes, se da la media vuelta.

Y, aunque pocos, había quienes como *Frau* Hitzig a los que no les importaba quedar en evidencia, que no les importaba ir por la vida sin su parche de donador de esa quincena. Yo ya les di un marido y dos hijos, ¿qué más me pueden pedir?, le decía ésta a Helga al abrirle la puerta y antes de cerrarla con firmeza. Si acaso la abría.

Y Helga llegaba de sus rondas recolectoras cabizbaja y deprimida a tejer los calcetines de lana que entregaba para que a su hogar no le faltara el buen pegote en la puerta. No tenían dinero, pero tenían la lana que donaban sus borregas y las ahora hábiles agujas de Helga. Y Arno la acompañaba en su labor, porque sabía que en esos momentos pensaba en los calcetines que, con torpeza de novata, había tejido para su padre. Sabía que lo extrañaba, y era algo que compartían, porque no pasaba un día sin que Arno también echara de menos a su padre.

Pero si a Helga la obligaban a recitar o a cantar o a proclamar o a gritar a todo pulmón su amor por la patria y por el *Führer* por sobre todas las cosas, ella no decía nada en casa. Fritz y Johann, en cambio, regresaban con un brillo frenético en la mirada y en la voz. Poco les importaba que su madre les pidiera que bajaran la voz, que midieran sus palabras. Ellos llegaban llenos de canciones

y consignas. Adoptaban como propias las grandes ideas que les habían compartido en su grupo de muchachos. Les parecía eterno el tiempo que les llevaría pasar al *Hitlerjugend* a los catorce años y luego tener edad suficiente para ir a la guerra. Los juegos de guerra y de pericia con los que se entretenían en sus reuniones en el *Jungvolk*, les parecían ya juegos de niños.

—Hasta tú podrías hacerlos, Arno.

En el *Jungvolk* habían encontrado más amigos de los que la vida sencilla de la granja y de la escuela les permitía. Ahí habían encontrado inquietudes y propósitos similares. Ahí habían encontrado ese fervor en la mirada y en la voz, esa rebeldía contra la cual su madre debía luchar a base de azotes, especialmente cuando *Frau* Hitzig salió de su letargo para ir hasta casa de los Schipper, tocar a la puerta, preguntar por *Frau* Schipper y acusar ante ella a Fritz y a Johann de vandalizar su casa con terrones lodosos por carecer de los pegotes de la donación quincenal.

—Todos lo hacen, *Mutter*. Es su castigo por no aportar nada al *Vaterland*.

—¡Cuál patria! ¡Primero es la casa y aquí las órdenes las doy yo. Y aquí les hemos enseñado a comportarse como Dios manda y no como animales.

—Cuidado con lo que dices, mamá, o te van a investigar por traición.

—Pues que me investiguen y que me lleven, a ver si entonces ellos se hacen cargo de ustedes.

Sus hermanos terminaron por disculparse con su madre y por limpiar el daño en casa de *Frau* Hitzig.

—Arno, esta guerra terminará antes de que tú tengas que ir al *Jungvolk*. Alguno de mis hijos tiene que salvarse de tanta locura.

Porque se lo decía su madre, que nunca mentía, porque deseaba a su padre de regreso y porque no le interesaba para nada la guerra —ni la de los juegos ni la de verdad—, Arno lo creía. Él no quería ir. A veces tampoco quería ir ni a la escuela, donde no encontraba respuestas a sus preguntas. Había aprendido a leer con facilidad y los números lo divertían. Pero lo que él quería saber era cómo funcionaban las poleas y los engranes; cómo se movían los objetos y cómo se detenían. Quería saber cómo funcionaban las máquinas y cómo era que necesitaban gasolina para funcionar. Quería aprender cómo se metían las voces por un cable para llegar a las casas y salir por el *Volksempfänger* con tanta nitidez.

Pero la única respuesta que recibía era que ya no seas preguntón, niño, y termina de copiar las palabras, las oraciones, los juramentos y hasta la biografía del *Führer*. Los mejores maestros se han ido a la guerra, le decía su madre. Cierto. Sólo quedaban algunas señoritas poco preparadas o ancianos —retirados del retiro— poco tolerantes ante la curiosidad de un niño inquisitivo.

—Ya no preguntes tantas cosas, Arno. Mejor cuando regrese tu papá le preguntas a él, ¿sí?

—¿Él sabe?

—*Ja*. Él sabe todo. Y si no, pídele que te lleve a la biblioteca de Königsberg y ahí averiguas. Ahí tienen todos los libros sobre todos los temas. Por lo pronto tienes que ir a la escuela a aprender lo que te enseñen.

Así que estaba decidido: su padre le daría las respuestas o lo llevaría a la biblioteca de la ciudad. Si tan sólo regresara pronto.

Arno esperaba y trataba de ser paciente. Practicaba. Procuraba dejar pasar días sin preguntar cuándo regresaría su padre —que no era lo mismo que preguntar si acaso se había perdido—. Trabajaba la paciencia y, si bien no le funcionaba para tolerar más la ausencia de su padre, le funcionaba bien para cazar al carnero vagabundo.

Y por eso era que había tenido el tiempo para observar y aprenderle los modos al animal. Y por eso ahora era su tarea: si Arno puede con él, pues que sea él quien vaya a regresarlo a su establo. Sus hermanos, ocupados como estaban con la escuela, sus tareas normales en la granja y las actividades del *Deutsches Jungvolk*, se habían lavado las manos del destino del animal.

Ese día el aire cambiaba de rumbo sin aviso y a placer, y Arno ya había invertido más tiempo de lo normal en esa tarea. A Arno la paciencia le fallaba con cada ráfaga de viento helado. Tenía las manos rígidas, aun con sus guantes puestos, y sus pies se hundían en la nieve. Metió las manos bajo sus axilas, pero por sus pies no podía hacer nada.

¿Por qué se había empeinado en salir el carnero en ese día congelado, si los verdes aún se escondían bajo los blancos y grises? ¿Qué buscaba si debía saber que su pasto predilecto no se asomaría por muchas semanas y sus flores tardarían aún más, si acaso llegaban? Arno no sabía. Quizá era que al animal le parecía muy largo ese invierno y ya había perdido la paciencia de esperar. Quizá era que se había aburrido de las paredes de su establo y de la compañía

monótona de su pequeño rebaño.

Cualquiera que fuera su motivación para salir de paseo, a Arno no le causaba gracia. Él no tenía la protección de un abrigo natural de lana de invierno como la del carnero que se paseaba por ahí, sin estremecerse, insensible al frío. Tampoco tenía pezuñas que lo elevaran sobre el hielo del suelo. Su abrigo era de tercera mano y ya su aislante se había adelgazado; sus botas eran de cuarta, porque hasta Helga las había usado a su edad. Tantos pasos de niños activos sobre hielo y piedras les habían dejado un agujero y una suela medio suelta. Y no había cómo repararlas: el único que sabría cómo era su padre. Además, no era fácil encontrar cuero o hule de llanta que se requería para tapar el boquete.

Arno no podía pensar ya en otra cosa más que en la insensibilidad de sus pies, lo cual lo alarmó. Sabía que no podía perder más tiempo o se le congelarían.

—El frío te los mata. Primero los sientes y luego ya nada: se te pusieron negros. Y cuando se te ponen negros, le tienen que hablar al carnicero para que te los corte con su hacha —le advirtieron sus hermanos.

—¿Y luego?

—Luego nada, porque ni sangre te sale. ¿Ves cómo cojea *Herr Ganske*? Pues es que el carnicero le cortó todos los dedos del pie derecho.

Arno temía al frío. ¿Estarían ya sus pies tornándose negros? No quería vivir amputado por un hacha. Sabía que si no atrapaba al carnero en los próximos minutos, por salvar su andar, regresaría a casa con las manos vacías por primera vez. Pero sabía que entonces su madre tendría que salir ella misma por el macho de su rebaño y sus hermanos no lo dejarían en paz con sus comentarios de ¿no que eras tan bueno?

Para evitarle la preocupación y el esfuerzo a su madre, y para evitarse las burlas, apretó el cuerpo; se obligó a dejar de estremecerse y a olvidar su preocupación por los pies. Se concentró en la dirección del viento, que por primera vez lo favoreció, para, juntos, engañar al animal. Sin delatarse ni por su aroma ni por el ruido de sus botas sobre el pasto, se acercó y lo tomó por los cuernos. El carnero levantó la mirada sorprendido, como preguntando qué haces aquí y cómo le hiciste.

—*Gehen wir nach Hause.*

El carnero pareció entender, si no las palabras, sí la firme intención del más

terco de los Schipper de llevarlo a casa. Supo que su día de paseo llegaba a su fin; que Arno no lo soltaría ni siquiera con violentos cabezazos ni lo dejaría volver a husmear el suelo helado del cual aún no emanaba siquiera la promesa de la primavera. Así que casi dócil —casi, porque rendirse por completo no iba con su carácter de macho, con su condición de rey del rebaño— siguió a su dueño de vuelta al establo donde sus borregas lo esperaban ansiosas.

Y Arno le habló en el camino, como siempre le hablaba: tranquilo.

—*Schnell*. Anda. Vamos. Ya pronto llegamos. Te calentarás las patas en la casa y te calentarás todo. Vamos. Ya no falta tanto.

No estaba disgustado con el animal. ¿Por qué estarlo si lo comprendía bien? Esperaba algo que, en lo más profundo del invierno, parecía que nunca llegaría. Y perdía la paciencia.

Como él.

Otoño-invierno de 1941

17. NADA DETIENE EL TIEMPO

Llegaron a las afueras de Leningrado en septiembre. Bombardearon desde afuera y dispararon desde la periferia. Los bombardearon sin mucha eficacia, pero no entraron, no conquistaron. Los soviéticos no cooperaron: los sorprendieron al resistir más de lo esperado.

Karl Schipper dedicó los primeros días a la construcción de cuarteles de madera para la alta jerarquía.

—No se esmere tanto, Schipper, que no estaremos aquí por mucho tiempo — le dijo su comandante.

Pero la guerra que sólo duraría el verano no terminaba. Y Karl, camuflado entre maderos y aserrín mientras trabajaba para fortalecer alguna construcción o para tapar alguna rendija por donde se colaba el poco amable aire del invierno soviético, veía la frustración en la cara de sus superiores y notaba el endurecimiento en la mirada y en sus voces, a pesar de que se cuidaban de no ser escuchados por las tropas.

Al principio creyeron que sólo sostenían la posición mientras llegaban más refuerzos. No que le informaran nada: la información oficial no se colaba a los bajos rangos, así que sólo podían especular. Será para mañana o pasado, opinaron unos, al imaginarse en la procesión de la victoria; entrarían como relámpago y, ante su fuerza, ante su superioridad innegable, los habitantes entregarían, dóciles, las llaves de la ciudad. Sería tal como Riga. No, especularon otros: el ejército alemán se preparaba para la aniquilación total de la ciudad, pero a distancia; ¿qué necesidad de arriesgar vidas alemanas en una victoria segura, sencilla?

Pero pasaron los días, las semanas, y la ciudad se defendió; pasaron los meses y no cayó cual hoja de árbol en otoño, como anticipó Adolf Hitler. Lo que todos creían que sería rápido, se convirtió en un estado de sitio al que no se le veía fin. Cercada, sin posibilidad de suministros, a la ciudad la doblaría el hambre, planeó, ordenó, vaticinó, deseó, el *Führer*, que se enfurecía cuando, por más que adelgazaban la línea alemana alrededor de esa enorme ciudad con accesos por tierra, mar y lago, les era imposible cercarla del todo.

La ciudad tenía hambre y frío; sus habitantes morían por millares, decían los superiores como palabras de aliento para los rangos menores.

—¡Muy pronto los veremos de rodillas!

Pero al ejército alemán, que pasaba la mayor parte de los días a la intemperie, también le había llegado el frío, pues al clima nunca le han interesado las guerras y no toma partido. Y el tiempo no se detiene aun y cuando se le conmine o se le ordene a no transcurrir: acaba una estación y empieza otra, inmune a lo que sucede bajo, dentro o alrededor de ella, y por lo tanto no escucha razones, ni obedece órdenes, ni perdona vidas que se dejan al descuido.

Y había transcurrido el otoño, un día a la vez, como ha sucedido desde el principio del tiempo, y luego había caído el invierno ruso. Y la división Dieciocho, la Dieciséis, los ejércitos voluntarios de Finlandia y la división Azul de España seguían donde mismo: sin poder entrar a la ciudad que seguía defendiéndose, sin poder guarecerse bajo techo, entre paredes sólidas que los protegerían del frío mejor que cualquier tienda de campaña o que cualquier instalación fabricada de maderos, por más sólida y bien construida que ésta fuera.

Eran agresores, pero también eran ya los agredidos, porque al dar su frente a la ciudad, el ejército soviético, ya ordenado, ya con estrategia, ya bien dirigido y con mucha determinación, los atacaba de manera constante e implacable, y estaba mejor equipado que ellos por la retaguardia. Bien equipado en armas y bien equipado en abrigo. Bien envidiados por sus enemigos alemanes, porque, si Leningrado moría de frío por carecer de combustibles, igual los invasores, poco acostumbrados a inviernos de cuarenta grados centígrados bajo cero y poco preparados, pues habían salido de su país bien equipados para pelear en verano. No en otoño y menos en invierno.

La misiva que el *Führer* le había enviado al frente soviético y que habían escuchado por la radio empezaba de manera sencilla: «¡Soldados!» Que importantes se habían sentido todos de ser el objeto de interés del líder; esa voz sonora, apoteósica, iba dirigida ese día a ellos; no a todos los soldados, no a los de Francia o África, sino a ellos, que peleaban en el frente oriental. Oírla los había hecho creer que al decir «Soldados», les hablaba a cada uno por su nombre, como si los conociera, como un padre.

Y luego prosiguió: «Cuando los llamé el 22 de junio a luchar contra la terrible y peligrosa amenaza contra nuestra patria, ustedes enfrentarían al más grande poder militar de todos los tiempos. Pero en las siguientes semanas, sus tres regiones industriales más importantes estarán completamente bajo nuestro

poder... Sus nombres, soldados de las fuerzas armadas alemanas, los nombres de nuestros valientes aliados, los nombres de sus divisiones y regimientos, sus escuadrones aéreos y de tanque, serán asociados para siempre con una de las más tremendas victorias de la historia».

Y le habían creído, porque el *Führer* se los había dicho casi al oído de cada quien. Pero la credulidad se les había hecho hielo tras infinitas noches sin respuesta.

Porque ya en la memoria y con las dolorosas balas del frío y del plomo encima, la promesa, las palabras de aliento que les había enviado Adolf Hitler a principio de octubre, sonaban huecas. A veces, cuando al dormir no tenían más remedio que abrazarse contra el cuerpo de algún compañero, cuando entonces, en tan incómoda pero necesaria cercanía no podían evitar oler el aroma ajeno y rancio para sobrevivir la noche sin perder alguna extremidad y para no dormir tan profundo que hasta el alma abandonara su contenedor de carne, huesos y anhelos, esas palabras sonaban incluso fraudulentas.

Y, aunque los comandantes seguían con sus disimulos, ni el más inocente de sus soldados caía ya en el engaño. Algo había salido mal; alguien había hecho un mal cálculo. Seguido se oían las voces de los comandantes saliendo de sus cuarteles improvisados que, aunque Karl se había esmerado por sellar lo mejor posible, no funcionaban para contener las vociferaciones entre ellos o por radio, cuando sugerían, luego pedían y finalmente exigían más refuerzos, más equipo, más alimentos, ropa invernal suficiente y apropiada.

A toda petición que hacían a Berlín, les decían que sí, pero nunca llegaba lo suficiente. Abrigos, algunos; oscuros, la mayoría, los cuales los hacían fácil blanco para el enemigo que de blanco se camuflaba contra el blanco helado del paisaje. Mandaban comida, pero escasa y mala. Municiones tenían todavía muchas de las que tantos caballos habían transportado. Las provisiones llegaban por barco o por tierra; sin embargo, los que las recibían siempre esperaban oír los pasos frescos y arrogantes de nuevas divisiones, pero no: tropas, no llegaba ninguna.

La ciudad sitiada moría lentamente de hambre y de frío, pero sus acosadores, abandonados por su *Führer*, también. Morían de frío, de hastío, de hambre, de soledad, de enfermedad, de oscuridad continua, de bala, de granada, de mortero. Morían de promesas sin cumplir.

Imposible enviar una carta a casa cuando la mano tiembla tanto que no se puede sostener el lápiz. Imposible escribirla cuando el espíritu ya no puede —ni quiere— sostener un engaño. Participar en el engaño.

Karl hacía lo que se le pedía. Todos los días martillaba y ametrallaba, ametrallaba y martillaba. Deseaba dar en el blanco tan sólo por el hecho de quitarle el hambre a alguien; de arrebatarse un cuerpo al frío. Menos sufrimiento morir de súbito por una bala bien dada, que poco a poco por el dolor del hambre o del frío.

Y deseaba, ya que los calcetines que tanto consuelo le habían brindado habían pasado a ser de uso práctico para manos y pies y que por lo tanto habían perdido sus cualidades de antaño, ahora que otros soldados trataban de darle algún porcentaje de su pan de la semana a cambio de un par de sus calcetines que tan inútiles les habían parecido semanas antes. Aunque estuvieran sucios de lodo y de humanidad, no importaba: los querían. Los querían para salvar partes de sus cuerpos o de sus caras. Sus ofertas lo tentaban, lo hacían desear, pues los calcetines no conservaban más el aroma de las manos de su hija o del de la lana de su hogar. Ahora que olían a pólvora, a lodo y a la humedad de sus pies, Karl a veces dudaba qué deseaba más: si el calor que da un estómago satisfecho o la sensación en la piel de una lana que pica pero querida. Tenía más calcetines de los que era posible usar bajo unas botas duras por el frío, en las manos bajo los guantes delgados que le habían dado recientemente, o como antifaz para proteger su nariz y ojos. Los calambres por el hambre lo doblegaban. Casi. Pero resistía la tentación: tenía hambre de pan, pero más hambre tenía de hogar, y sus calcetines aún conservaban al menos la textura que les habían concedido las manos de su hija.

Y si había de morir de hambre, de frío o de abandono, quería llevarse algo de su hogar con él a la tumba.

Enero de 1942

18. LLORA LA MADRE EN SILENCIO

Arno dejó al carnero en la protección del establo y entró al calor de su casa. Su madre estaba sentada con los codos apoyados sobre la mesa de la cocina y con la cara entre las manos. Lloraba en silencio. Durante su vida, Arno había visto a su apacible madre débil o pálida; la había visto furiosa, pero nunca la había visto llorar; ni siquiera cuando se había marchado su padre sin dar aviso o cuando habían recibido la primera carta o la última; tampoco al releerlas una y otra vez después de cenar.

¿Acaso lloran las madres sólo cuando sus hijos no las ven?

—*Mutter*, ya está el carnero en el establo.

Ignoraba por qué lloraba ella, pero estaba seguro de que no era por el destino de su carnero: la escapada de ese día no era más que una de tantas. Pero Arno no sabía qué más decir y si la certeza de que el borrego estaba de regreso aliviaba un poco el pesar que hacía llorar a su madre, pues qué mejor. Pero no. Ella siguió sin levantar la cara y él no sabía qué hacer.

—*Mutter?* Tengo frío —le dijo.

Si decirle eso a su madre no la distraía de sus lágrimas, Arno ya no sabía qué más decir, qué hacer.

—*Was ist los?* ¿Estás enferma?

—*Nein*, Arno.

Se olvidó de sus pies helados. Trataba de resistir, pero él también estaba a punto de sentarse con ella a llorar.

—¿Perdimos a papá en la guerra?

Enero de 1942

19. PERDIDO

Karl estaba perdido en el silencio blanco. Caminaba mientras pensaba que el silencio nunca lograba ser tan absoluto en el invierno conocido de Alemania. Dio un paso más con dificultad y se le ocurrió que tal vez hasta el sonido se congela a tan sólo unos centímetros de su origen, pues lo único que lograba captar era el de sus propias pisadas sobre la nieve o el hielo que, además, apenas lograba ver.

Karl estaba perdido y no le daba consuelo alguno que su pequeño batallón lo acompañara en ese mundo falto de sonido, de color y de forma. En ese mundo de un blanco viscoso todos iban sordos; todos ciegos.

Por órdenes del comandante había partido con un pequeño grupo antes del amanecer. Durante la noche, un pelotón había recuperado una posición importante que había perdido hacía diez días.

Así era esa guerra: un paso para adelante un día y otro para atrás al otro.

—La división Veintiocho sufrió muchas bajas. Necesitan refuerzos y municiones.

Antes de su retirada, los soviéticos habían quemado el cuartel.

—Habrà que construir uno nuevo. Schipper: lleve maderos.

—*Jawohl*.

Karl se ató su antifaz hecho de calcetines oscuros antes de subir al trineo con la madera. Se lo había hecho una noche helada para proteger sus párpados y su nariz, y al día siguiente había decidido hacerle estrechos cortes para poder usarlo de día. Las pequeñas rendijas le permitían ver lo suficiente, pero protegían sus ojos de quedar ciegos a causa del reflejo de la luz en los pequeños pero infinitos cristales que cubrían todo.

Unos cuantos kilómetros los separaban del puente de *Nevsky Pyatachok* donde ya los esperaba su nueva división, pero el camino no era propicio para andar ni siquiera en trineo. En el lodoso otoño, los diversos vehículos que no habían quedado atrapados en el fango pantanoso de los alrededores de la ciudad dejaron profundos surcos en todas direcciones que después se habían congelado con la primera helada. Ahora hacían el camino casi insorteable, inclusive en trineo. La nieve hacía muy bien su labor de cubrirlo todo con su engaño de parejura y suavidad. Debajo, aunque se cubrieran con el helado manto blanco de invisibilidad, los duros surcos que la guerra había dejado a su paso eran

profundas o afiladas cicatrices de hielo, y cada una podía convertirse en una trampa, en una barricada o en un abismo, lo sabían, pero ni sabiéndolo pudieron evitar caer en una tan profunda que parecía una trinchera.

Sacrificaron al caballo porque había dejado las patas delanteras en el pozo que no vio. Otro sacrificio más por la gloria de Alemania. A Karl ya no le importó esa vida. Los meses de violencia, hambre y frío le habían robado la compasión y la empatía por ellos. Sólo sintió lástima por abandonar —y sobre todo para el disfrute de los soviéticos— una gran cantidad de carne que los podría alimentar a todos ese día en que no había tiempo de hacerla de carnicero ni de iniciar una fogata para asarla ahí mismo. El enemigo acechaba. Tampoco convenían las maniobras de rescate para sacar el trineo y los maderos de la zanja. Karl se alejó de ellos con gran pesar, pero no sin antes cargar con su caja de herramientas a pesar de las advertencias que le hacían sus compañeros. Ésa no la podía dejar.

—Déjalas Schipper. O entiérralas bajo la nieve a un lado del camino. No podrás avanzar con ese peso de más auestas.

Era cierto. La prioridad eran las municiones y ya cada soldado había amarrado a su espalda una o dos cajas. La nieve le llegaría a la cintura, y el peso de sus herramientas de carpintero, aunadas a las de soldado, lo hundirían más; pero no podía abandonar sus martillos, sierras y demás parafernalia querida a la buena de Dios, pues ¿Él qué interés tendría en ocuparse con unos sencillos utensilios? No la dejaría entonces ni a la buena de Dios, pero menos a merced de los rusos y de su invierno infernal. Además no se trataba ya de cualquier herramienta que pudiera reemplazar con facilidad. Tras meses de ser otra vez un poco más carpintero que soldado, ya se había encariñado con cada una de las piezas de su colección. A sus manos ya no les importaba que no fueran las que lo esperaban en casa, en desuso. Éstas eran las que ahora les habían marcado cada callo, y esa intimidación adquirida a base de golpes y de lijas no la podía desechar así, sin más.

—No me puedo llevar estos maderos, así que llegando tendré que cortar nuevos. La necesito.

Con esa respuesta que dio a sus superiores justificó el esfuerzo que haría y el tiempo de más que les tomaría llegar al punto acordado.

Caminaron, entonces. Sordos. Ciegos también.

Entonces quiso quitarse su antifaz. Quizá vería mejor sin él. Quizás andar un rato con los ojos al aire y a la luz no los dañaría. Pero Karl tenía las manos llenas y no podía detener la marcha. Además, de nada serviría, comprendió: no era su vista la que fallaba. De día, la luz blanca que se reflejaba en la nieve y en la niebla que lo cubría todo, los cegaba a todos por igual. Le parecía que era un velo que debían atravesar, y que cada paso que lograban los sumergía más en esa ceguera espesa que no tenía ni principio ni fin. Se le ocurrió que podría sacar su sierra pequeña para hacerle un corte al aire.

Sintió miedo. Le pareció que estaban perdidos en mar abierto donde no existe punto de referencia siquiera para consolar a los ojos. Ni caso tenía levantar la mirada para ver más allá. Sólo valía la pena mirar lo que se podía: el sitio donde colocaría el pie al dar cada paso tentativo, con el deseo de que diera con superficie sólida. Sabían que navegaban con brújula hacia donde debían, pero nadie se atrevía a comentar que ésta sólo indicaba la dirección correcta; que ésta nunca sabe y nunca indicará qué hay delante: si un gran peñasco para impedirles el camino, minas para volarles las extremidades, pozos en la nieve para hundirlos o el laberinto terrible de un interminable bosque, que fue donde se encontraron en un parpadeo.

Fue ahí donde los emboscaron.

Los balazos, que venían de todas direcciones, interrumpieron el silencio helado. Parecían provenir de fantasmas.

—¡Disparen!

Ante la orden, Karl, como todos, disparó. Y disparó. Pero era una locura. No gasten municiones, les advirtieron desde su primera lección; si no ven al enemigo, no disparen. Ahora, sin importar las órdenes de nivel básico, todos — expertos o novatos— disparaban a la nada porque la nada les disparaba sin compasión y sin fallar. Olvidando todo menos el instinto, ellos disparaban al vacío sin mucha efectividad, pues si acaso entre el estruendo de la pólvora se distinguía que las balas alemanas daban por casualidad en algún blanco, era sólo a los árboles del bosque ruso que soportaban el embate sin pedir cuartel al enemigo alemán y sin otorgárselo tampoco.

Y en medio de ese caos de blancura el miedo aumentó, pues a Karl le pareció que los árboles vivos del bosque ruso se confabulaban con los proyectiles de sus paisanos para no ofrecer protección suficiente al batallón germano. Por primera

vez, Karl sintió, más que vio, porque en la confusión y el rugido de la batalla su antifaz se desajustó y cerró hasta sus rendijas, que el gran orden del ejército alemán, el cual él creía tan admirable e imperturbable, se desmoronaba. Ciego, Karl oía gritos y órdenes encontradas —mantengan su posición, retírense, disparen, conserven sus municiones—; oía cuerpos al caer, lamentos de dolor y sangre salpicar. Olía la sangre y la muerte, pero seguía ciego. ¡Dispara!, se ordenaba. ¡Dispara! Y a ciegas disparó hasta que se quedó sin balas.

La locura terminó, el miedo se extinguió, el silencio regresó y la blanca ceguera se le oscureció cuando oyó la última bala; la bala que, tras dar y rebotar contra el metal de su caja de herramientas, tuvo como destino final su cuerpo de carpintero.

El último cuerpo alemán en caer en el bosque ese día.

LOS HAHLBROCK
Enero de 1942

20. TRABAJA MUCHO, ILSE

Ilse ya no pensaba en las bombas de Schneidemühl. Su madre le había dicho que no hablara de eso porque asustaría a Freddy, así que había guardado silencio y por lo tanto había guardado el recuerdo vivo y ácido del calor de estallidos y derrumbes en el cofre más profundo de su mente. Los sucesos de Schneidemühl —tan lejanos y ajenos ahora que estaba de vuelta en la tranquilidad de la remota campiña prusiana—, perdieron su efecto paralizante y filoso y parecían ahora ser parte de un mal sueño. Uno en el que lo que más se recuerda es lo de menos: unos zapatos echados a perder y la vergüenza de un fondo mostrado, y en el que, lo que se recuerda, se cuestiona: ¿me pareció ver a una señora que era sepultada? No. Imposible.

Si le pidieron no hablar del asunto, por ella, mejor. De día, sus recuerdos de ese suceso eran ya piedra tan pulida, que habían perdido toda aspereza, todo filo, todo dolor.

El silencio y el tiempo le sirvieron para echarle llave al cofre, pero no sabía que la noche sabía muy bien dónde guardaba la memoria de aquel día y que, tramposa, esperaba a que su dueña se durmiera para posesionarse del llavero. A la noche no se le engaña. No se enteraba Ilse de que ésta abría la puerta para que las imágenes, los sonidos y los miedos se pasearan sin impedimento por su mente y por su cuerpo, pues dormía profundo. No sabía que la noche la abría para que a la piedra pulida de sus recuerdos volvieran a brotarle los filos que la lastimaban. Y ella no sabía por qué a veces despertaba a media noche sudorosa, agitada y con un aroma acre pegado a la nariz —única evidencia que los recuerdos habían dejado de su momento de vagancia libertina con que se empeñaban en angustiar a su carcelera—.

Nadie se daba cuenta: ni Jadwiga que dormía a su lado, ni su madre que la hubiera oído si su hija se despertara en medio de la noche con un grito.

Ilse no gritaba. No gritó ni siquiera al correr tras de Irmgard en el afán de salvar la vida aquel día de Schneidemühl. Había aprendido de niña a guardarse los gritos dentro y esa lección ni siquiera las bombas ni la noche se la robarían. Tras la tortura de una pesadilla, despertaba en silencio con las manos apretadas, con cada uña marcada contra la piel de sus palmas como diez medias lunas dolorosas y con la quijada intrincada, pero no sabía por qué. No recordaba que entre sueños, la noche había sido en particular cruel y creativa al mostrarle no

sólo simples aunque violentos recuerdos, sino nuevas e inventivas imágenes compuestas en las cuales veía una y otra vez cómo un edificio entero caía sobre su hermana Irmgard.

Abrir los ojos de repente le funcionaba como borrador sobre pizarra. Luego, Ilse se recostaba de lado, calmaba su respiración y se volvía a dormir al instante. Al despertar al día siguiente, sin recordar siquiera haberse erguido agitada, no comprendía por qué los brazos y las piernas le dolían tanto. Era como si sus músculos pagaran la consecuencia de haber arado y cosechado un campo completo, imaginaba. ¿Sería que había pasado frío? Salía de la cama un poco entumida, pero ya para cuando bajaba a desayunar deprisa, hasta la incomodidad en el cuerpo había desaparecido.

Luego volvía a agarrotarse al salir de casa, pero el motivo era muy distinto: había que ir a la escuela, algo nada fácil ni en los mejores días de invierno, ni con el mejor abrigo ni el costal más grueso de piel de borrega. Esos días helados de enero su padre la subía a la carreta y le decía métete al costal —uno que su madre había hecho a su medida— después de meter también un ladrillo caliente.

—*Auf wiedersehen!* Trabaja mucho en la escuela, hija.

—Sí, *Papa. Auf wiedersehen!*

A Ilse le gustaban los días tibios, pues era cuando su padre la llevaba rápido en moto; era cuando podía dormir un poco más, pues no había necesidad de salir con tanta antelación. Pero era invierno, cuando a veces no quería salir del capullo de pluma de ganso que era su cama, y ahora la llevaba siempre Janusz más temprano, más lento en la carreta, pues era imposible ir en la moto, porque hija, llegaríamos azules y no podríamos bajarnos de la moto hasta la siguiente primavera, porque nos quedaríamos pegados al asiento, como hielo. Ilse odiaba el frío, pero lamentaba perder ese tiempo de aventura en moto con su padre.

—Mamá saldría con agua caliente para despegarnos.

—Pero entonces nos derretiríamos y nos iríamos al lago, mucho antes que el primer deshielo.

—Y nos tomarían los gansos.

—Y nos echarían por ahí como lluvia calientita al volar...

—*Oh, Papa!*

Ilse lo extrañaba ese invierno, pero si debía ir a la escuela y su padre no podía llevarla, no podía escoger mejor escolta que Janusz. No reía ni bromeaba

como su padre, pero hablaba sin cesar. Con ella; con otros era parco y escueto con sus palabras.

Conducía la carreta lento, con mucho cuidado. Seguía las instrucciones de su padre: cuida a los caballos y cuida a mi niña, Janusz. Mejor llegar tarde que no llegar. ¿Y qué podía decir la maestra? Nada. No había gran compromiso por llegar antes de la campana si la nieve cae tan espesa que no se ve más allá de la nariz, si se es a veces el primer ser en andar por el camino después de una gran tormenta de nieve y si se debía abrir el paso entre el espeso talco de nieve a golpe de pezuñas de caballo y cuchillas de trineo.

A veces se le ocurría a Ilse que ellos dos eran como exploradores de tierras desconocidas, que encontraban cada día un camino nuevo en el de todos los días, un paisaje nuevo y siempre cambiante entre los negrosverdes de los árboles y los blancos azulgrís de la nieve. Y se movían lento en ese silencio que ni un ave interrumpía, sin saber si más allá de la vuelta en el sendero, habría una rama vencida por la nieve bloqueando el camino.

En invierno no había prisa aunque salieran tan temprano que los ojos dolían de sueño primero y luego de resequedad ocasionada por el aire helado. Ilse aprovechaba la compañía de Janusz de ida y de vuelta, tardaran lo que tardaran, porque entre palabras casi llegaba a olvidarse del frío. Debía llevarla y horas después recogerla, lo cual significaba que no había otros quehaceres que lo obligaran a irse de su lado mientras durara el recorrido, ahora que cada vez tenía menos tiempo para ella, pues había que trabajar más que nunca para la guerra y no estaba su madre para decirle que Janusz no tenía tiempo para una niña preguntona y traviesa. En el camino a la escuela, su tiempo era todo para ella; sus cuentos y las figuras que la hacía notar entre las nubes y en los troncos de los árboles los calentaban más que los ladrillos dentro de sus costales de lana.

Pero siempre, sin importar nevadas ni impedimentos en el camino, llegaban a la escuela. A Ilse le daba gusto entrar a la sencilla pero tibia construcción y quitarse abrigo y tanta capa de lana con la que la cubría su madre y que la hacían sentir como muñeca de trapo, mientras saludaba con un apresurado *Heil Hitler*, que la maestra, exasperada por repetir el mismo ritual cada día, le decía: *nein*, Ilse, al *Führer* se le saluda con el debido respeto, para luego obligarla a repetir la salutación pero con la postura correcta, como Dios manda: como buena niña de Alemania, Ilse.

Pero ella siempre tenía más prisa por saludar a sus compañeros —a los mayores, que eran los más, y a los menores que ella, que eran muy pocos— que a un hosco hombre que nunca veía más que en foto. En la escuela tenían su retrato colgado en la pared, al igual que su padre lo tenía en su oficina. La diferencia era que su padre no la obligaba a detenerse al jugar o al reírse o al moverse o al quitarse su abrigo frente a éste. Pero, allá, haz lo que se te diga y sin chistar, le decía él cuando Ilse se quejaba del tedioso saludo al líder del país. Y lo hacía.

—Buenos días, maestra. *Heil Hitler!*

Luego de su disculpa, de ese saludo y todos los que le seguían a sus compañeros —y que hacía con ánimo natural—, le gustaba sacar su libreta, emocionada por mostrar sus tareas que había hecho la tarde anterior.

Igual que en su despedida de ese día, su padre siempre le decía lo mismo: trabaja mucho en la escuela. Ella se proponía a hacer caso ese día al igual que siempre. Él sabía de esas cosas, suponía Ilse. Por eso seguía en casa: trabajaba mucho y los soldados venían a verlo pero no se le llevaban a pelear como a los padres de los otros niños y niñas de la escuela. Trabajaba mucho y ahora tenían, de día y de noche, muchos soldados cuidando a la familia y toda la granja, desde el toro máspreciado hasta a la más pequeña vara de paja.

—El *Vaterland* necesita gente como nosotros en los campos, Ilse.

Porque trabajaban mucho, concluía ella. En cambio, en la escuela, a casi todos les faltaba el padre. Muchos de ellos nunca regresarían, le había explicado su madre un día en que su amiga Anna no había ido a la escuela por no poder parar de llorar. Ése en definitiva nunca regresaría. También le sucedió lo mismo a los hermanos Aldinger, a los hermanos Achen, y a María y Klaus Biermann. Unos lloraban y otros no, pero todos perdían un trozo de sí mismos el día en que llegaba la noticia de que el padre había muerto.

Ilse los compadecía y no decía nada, pero le daba gusto que su padre fuera tan respetado por su trabajo. Trabaja mucho, le aconsejaba él, e Ilse creía que algo sabría, así que trabajaba sin quejarse y con gusto. Aprendía todo, escribía rápido, repetía las lecciones, calculaba los números, memorizaba los juramentos, leía los cuentos. Le gustaba ir a la escuela aunque tuviera que ir en pleno invierno, porque el que trabaja bien, vive, y el que no, se lo lleva la guerra a morir.

Ilse quería vivir. Ilse no quería que la guerra llegara por ella. Ilse trabajaba, leía, aprendía, escribía, sumaba con gusto, pero restaba con menos. Con las restas, los números perdidos se esfumaban en el infinito entre la tierra y el cielo, creía, y no regresaban ni siquiera en forma de lluvia tibia al paso de unos gansos volando en lo alto.

—*Guten Morgen, Kinder*. Hoy pediremos por el padre de Gertie, que murió por la patria y por el *Führer* .

Ilse inclinó la cabeza, unió sus manos en oración y suspiró: ése sería otro día más de restas.

—Empecemos. Y que se oiga fuerte —dijo la maestra—. Adolf Hitler, eres el gran *Führer* . Muy temido sea tu nombre...

21. LOBOS DE INVIERNO

Al frío, el cuerpo se acostumbra. O por lo menos a tolerarlo a ratos, siempre que se le pudiera prometer a éste que, si resistía sin queja y sin vencerse, pronto se le proveería de calor. El frío ya no lo asustaba, o no tanto como cuando era niño, pues era enemigo al que ya le conocía los trucos, engaños y quimeras, pero era enemigo al que había aprendido a no menospreciar jamás. Habían pasado los años, pero Janusz no olvidaba sus primeras lecciones de la vida, las lecciones de su madre: en invierno, hijo, a veces hay que medio morir para poder vivir.

Janusz había vivido desde sus primeros días acostumbrado a esos inviernos y con poca posibilidad de calentarse. Sólo con el calor que la profundidad del bosque quisiera otorgarle al regalarle ramas secas, tal vez, con suerte; sólo con el calor que él mismo fuera capaz de conseguir internándose en esa helada intemperie en busca de madera para el fuego.

No te detengas, no descanses; no quieres morir helado, aprendió a decirse con cada difícil paso cuando su madre le decía: Janusz, trae leños. En las pocas horas de luz de día invernal, trae leños. Introduce tus pies a unas botas que ya no te quedan, que no te protegen, que dejan a la nieve buscar el calor interior. Camina, aunque la nieve llegue a tu cintura. Camina, sal de la nieve que te aprisiona, porque si no, te quedarás plantado como árbol de cristales de carne y hueso hasta el siguiente deshielo, Janusz.

A veces debía andar por horas para encontrar tan sólo la suficiente madera para quemar, pasar la noche y poder abrir los ojos al día siguiente, pues, como le decía su madre: el frío es un monstruo venenoso que se inyecta silencioso en tu piel, que te induce a olvidarte de él, a dejar de temerle. Te seducirá a cerrar los ojos, Janusz, y te llevará a un sueño del que nunca despertarás. No lo oigas, Janusz. No escuches su dulce canción de cuna. Hacerlo es morir. Ignorarlo, es morir.

Janusz aprendió que el frío ataca mientras se recoge leña para el fuego, y vuelve otra vez cuando éste se extingue. Había que sufrir el frío, arriesgar la vida, para después gozar el calor y sujetarse a la vida. El riesgo diario valía la pena, porque sabía que entre esos embates, si lograra regresar con leña y con vida, se harían realidad los ratos prometidos de tibieza prestada del bosque —¿o sería robada?—, cuando el fuego vivía para él y los suyos en los leños que sus ojos habían detectado tirados por ahí, su torso y sus piernas acarreado y sus

brazos partido con su pequeña hacha que sólo era arma contra troncos y ramas delgadas.

Pero los ojos no distinguían entre una promesa temporal y otra permanente. Los ojos, exhaustos, listos para el descanso nocturno, se cerraban con la creencia que la tibieza a su alrededor duraría para siempre; con la creencia que despertarían con la oscuridad temprana del día siguiente al mismo calor que los había despedido la velada anterior, para encontrar que no: que al cerrarse, sin vigilancia, el fuego se les había helado, y que el frío, recobrada su vitalidad una vez más, los quería convencer de quedarse cerrados y secos, de no parpadear, de no volver a echar lágrimas jamás ni por hambre ni por miedo ni por frío. No más frío. Duerme. Cierra; descansa. No más frío.

Pero Janusz aprendió a luchar contra las seducciones del enemigo. Se obligaba a pensar en su madre y en su hermana, acurrucadas juntas en el otro camastro. Abría los ojos. Se espabilaba. Salía de sus pesados cobertores y pieles. Enfrentaba el frío con dolor en orejas, torso, manos, piernas, pies y nariz, y colocaba los últimos troncos que quedaban —si acaso quedaban— en la chimenea helada. Los encendía, y entonces sabía que ese día vivirían. Un día más vivirían, aunque vivir en invierno doliera. Aunque para vivir, había que perder pedazos de sí.

—Hijo, a veces hay que medio morir para poder vivir —le dijo un día su madre mientras le cortaba dos dedos muertos del pie derecho.

Ella después los había recogido del suelo donde habían caído como hojas secas que un árbol desecha en otoño para esperar las nuevas de primavera, y los había tirado al fuego, donde Janusz los había visto consumirse primero rápido y luego lento, hasta convertirse en carbón, hasta hacerse polvo. Ese día, parte de su cuerpo había contribuido a dar calor a la pequeña casa en que vivía la familia. Como los árboles del bosque que donaban para ellos sus ramas, Janusz había donado sus dedos. La diferencia estaba en que para las dos hojas que había él había donado, no habría primavera.

Janusz nunca olvidaría esa lección.

Y aunque la piel quizá se le había hecho más gruesa por la edad, por la soledad y por los años de exposición a los elementos —años de dedicar sus días helados a buscar leños para sobrevivir la noche—, aunque nunca más había perdido ni un pedazo más de sí, no se engañaba ahora: al frío, ninguna piel —por

más gruesa— le impide el paso, y no había como cubrirse con un buen abrigo, un buen sombrero, unos buenos guantes y botas. Como ahora. No había como salir a trabajar en invierno en diversas actividades inevitables y saber que en la noche habría calor, porque ya no era él el único que lo proveería, compartida la responsabilidad con otros hombres. Como ahora. Nada como saber que los troncos que les habían enviado de algún aserradero se podía, con facilidad, hacer leña con el hacha adecuada o que habría carbón a falta de madera, como ahora. O como la dulce certeza de que habría vida para ver el día siguiente, aunque Józef, Radosz y Tadeusz se empeñaran en insistir que temían siempre por la propia.

Janusz les creía. Temían. Pasaban los años y continuaba firme el temor, a pesar de que de diario veían que, si bien los Hahlbrock eran alemanes, primero eran gente decente; que si bien exigían que se hiciera el trabajo —y bien—, mantenían a raya a los soldados que cada vez eran más y que los supervisaban más de cerca.

—No puedo respirar cuando me miran —decía Radosz.

Pero Janusz había aprendido que si no los miraba siquiera, podía fingir que no existían. Hacía su trabajo sin levantar la mirada y cerraba los oídos cuando éstos trataban de provocar alguna reacción de su parte. No veo, no oigo, no entiendo, se decía y se repetía al ritmo de la sierra o de la escoba o de las llantas de la carretilla. Sin oír, sin ver y fingiendo que no entendía, era fácil esfumarlos de su vida: los soldados se cansaban antes que él de sus provocaciones sin respuesta.

Él hacía su trabajo en esa granja alemana y se sentía a salvo.

Como cuando niño, Janusz entendía que debía trabajar para sobrevivir, pero en todos los años que llevaba trabajando para Hartwig Hahlbrock, éste nunca le había parecido tan peligroso como la intemperie del invierno. O la de la soledad. Hacía lo que se le ordenaba. El tiempo pasaba. La ropa que le habían dado a su llegada le quedaba más ajustada, pero seguía protegiéndolo. Por las noches se cerraban los ojos y por la mañana se abrían sin sorpresa, sin esfuerzo, sin seducciones hacia la perdición: en el eficiente fogón ardían las brasas del intenso fuego que habían creado antes de dormir y a un lado, siempre quedaban leños para reanimarlas. El tiempo pasaba y él amanecía cada día.

No. En la granja de los Hahlbrock no había que medio morir para poder

vivir.

Ahora, en pleno invierno, a diario le pedían que llevara a Ilse a la escuela, pero llevarla era fácil a pesar del clima. Su compañía siempre alegre entibiaba hasta el recorrido más helado —nada más frío que la soledad—, pero además, qué fácil era enfrentar esos inviernos no tan fríos como los del bosque de su infancia, sobre todo cuando sabía que no debía hundirse en la nieve para caminar, pues los caballos lo harían por él. Salía de su dormitorio cada mañana, pero cuando sentía el golpe de frío, sabía que, al igual que a Ilse, *Frau Wanda* ya le tendría listo un mullido saco de piel de oveja y, adentro de éste, un ladrillo caliente para mantener el interior tan tibio como una mañana de verano. Bueno. Era lo que Ilse y él se decían; era lo que, a base de bromas, se forzaban a creer para sentir menos las navajas del aire helado.

Y así partían: de buen humor, Ilse enfundada de pies a cabeza en un saco que quizá había sido primero de su hermana mayor, pero que ahora la cubría si lo sostenía con cuidado y, él, enfundado hasta la cintura en uno que debía pertenecer a *Herr Hahlbrock*, a juzgar por el tamaño, y contento de haberse ganado la confianza que le tenía la familia.

Janusz hacía el mismo recorrido cuatro veces al día, pero sólo dos de ellas disfrutaba: cuando iba Ilse a su lado en la ida al llevarla y en el regreso al recogerla. Gracias a las buenas provisiones, no era el frío lo que molestaba: era que, ante la soledad tras dejarla o al ir a recogerla, la mente hacía sus oscuros recorridos, que sus oídos oían pisadas que lo seguían por entre los árboles que cercaban el camino, que sus ojos a veces veían siluetas de lobos y a veces de hombres entre las sombras que apenas se lograban dibujar en la penumbra. Era que su cuello se enchinaba al sentir —¿real o imaginaria?— la mirada subrepticia y hostil de seres indefinidos a la caza de un descuido. ¿Lobos u hombres? ¿Hombres o Lobos?

Rusos. A ellos no podía esfumarlos con el simple deseo.

Los recorridos con Ilse los llenaba con palabras e, hiladas éstas, de los cuentos que tanto le gustaban a ella, pero en los viajes que hacía solo, al dejarla en la escuela o al partir de la granja para recogerla por la tarde, las palabras se escapaban. Trataba de echarlas al aire, de hilarlas, de embellecerlas como cuando viajaba con la niña, pero sin ella a su lado para recibirlas y capturarlas en la cavidad de su oído, las palabras se hacían salvajes y, llevadas por el viento se

internaban, locas y sin retorno, en el bosque helado. Ya ahí, Janusz imaginaba, morían de inmediato de soledad y de frío, porque nunca ha habido palabra alguna que pueda vivir por sí misma, sin que nadie la acoja en el calor del oído; nunca alguna que sobreviva sin estar hilada a una cadena de hermanas que le anteceden o le siguen, y así que le den sentido y, con sentido, vida. Ésas, echadas al viento sin cuidado, eran palabras desperdiciadas, mandadas a morir como cualquier soldado raso en una guerra.

Y Janusz, al ser hombre de pocas palabras, apreciaba cada una que se atrevía a pronunciar, cada una que se formaba en su boca, así que cuando solo, mejor callaba. Cuando solo, volvía a tener miedo al monstruo con fauces de hielo y de aliento helado; volvía a sentir el cuchillo de su madre sobre su carne muerta e insensible, y el miedo infantil constante de no ser apto para juntar leña suficiente para protegerse y proteger a su familia. Cuando solo, trataba de convencerse de que los ruidos e imágenes que percibía eran producto de su mente ociosa, pero no lograba nunca erradicar la sensación de que a la vuelta del camino o de detrás de ese o aquel gran árbol, saldría algo o alguien. Alguien o algo que lo mataría.

Los lobos soviéticos, sedientos de sangre; los hombres polacos, sedientos de venganza.

Janusz no hablaba mucho, pero escuchaba con atención las voces veladas de los polacos en el pueblo, que nunca dirigían hacia él. Su usual silencio lograba que lo vieran con una sospecha que su disposición para el trabajo y su apego a la niña alemana les confirmaba: ese muchacho no es natural, no es normal, no es patriota; es germanófilo o cuando menos, espía. Callaban al verlo pasar, pero tanto y tan persistente susurro tenía la manera de convertirse en un grito. Y luego, cada noche al quitarse las botas después de una jornada de trabajo, Radosz mascullaba que si no fuera porque era demasiado viejo o porque estaba demasiado cansado, abatido, vencido, se iría con todos los jóvenes polacos que, como gotas sigilosas, se le escapaban a los alemanes de las manos para correr hacia la intemperie invernal de los bosques circunvecinos, donde ya los esperaban, todavía silenciosos, sus nuevos amigos y liberadores, los soviéticos.

—¡Qué daría para ser libre como ellos!

—El invierno no deja que nadie sea libre —le dijo Janusz a Radosz una noche en que se atrevió a interrumpir su perorata.

—¿De qué hablas, idiota?

—Y los rusos son peores.

Por la mala cara que puso Radosz y que secundaron los otros dos hombres, Janusz entendió que sus comentarios no habían sido bien recibidos. Mejor calló y fingió dormir.

Los rusos rondaban, andaban cerca, y Janusz veía sombras en la sombras. Janusz temía: esos enemigos no eran tan francos en sus engaños como el frío del invierno.

22. POBRE FREDDY

Cuando Ilse se iba a la escuela, Wanda se quedaba con el corazón a medio latir y los pulmones a medio llenar hasta que veía a Janusz regresar con bien. Ésa era la señal de que por lo menos durante las siguientes horas Ilse estaba donde se suponía y a salvo. Hasta entonces podía concentrarse en la casa, en Edeline y en su preocupación por Freddy, su pobre niño.

Ese día Freddy estaba enfermo: una gripe común que a cualquier niño podría pasarle casi desapercibida, pero que a él, con su paladar hendido, lo ahogaba, le impedía dormir, comer, recostarse. Wanda había pasado toda la noche sentada en la mecedora con él en brazos, calentando y recalentando agua para que el vapor le despejara las vías respiratorias, tal y como le había aconsejado el anciano doctor Veldmann antes de morir.

Wanda lamentaba su ausencia. Ahora los médicos escaseaban, pero los médicos compasivos estaban extintos. Tras la muerte de Veldmann, decidió que nunca llevaría a Freddy con ninguno más, pues sabía que, convencidos por la filosofía moderna que imperaba, no tendrían ni intentarían buscar ni una pizca de la compasión que el viejo doctor Veldmann había tenido por Freddy y su defecto de nacimiento.

—La mayor suerte de Friedrich, *Frau* Hahlbrock, es haber nacido y vivir en la granja, lejos de las ciudades donde se recrudece el fervor nazi. Todos queremos al *Führer*, no me malinterprete y no repita lo que le diré, pero en la nueva Alemania no hay cabida para alguien como su hijo. Consérvelo en casa lo más posible. No lo lleve a hospitales y no crea cuando alguien le diga que existe una cura: no la hay y no lo volvería a ver, tal y como le pasó a *Herr* Lutz con su hijo.

Era cierto: al hijo de *Herr* Lutz se lo habían llevado para hacerle una operación muy innovadora y sin costo que le enderezaría la espalda.

—Le avisaremos pronto la fecha en que quede programada. *Heil Hitler!* —le dijeron los de la brigada médica al agradecido padre que desde la puerta de su tienda se despedía, mientras imaginaba que, la siguiente vez que lo viera, su hijo alcanzaría la altura y figura ideal de un hombre alemán. Nunca imaginó que ésa sería la última vez que lo vería.

A las pocas semanas, el pobre hombre había recibido un comunicado de condolencias: SU HIJO, JOHANN LUTZ, MURIÓ POR UN CONTAGIO DE SARAMPIÓN.

Wanda se haría cargo de su Freddy y, aunque la simple gripe se le convirtiera en pulmonía y amenazara su vida, nunca más lo llevaría con ningún otro doctor. Prefería que muriera en los brazos de la madre que lo quería, a entregarlo al sistema médico que buscaba erradicar los defectos de la perfección.

Johann Lutz había sido jorobado, no era perfecto, pero el que se animara a tratar con él, el que superara la incomodidad de ver su cuerpo defectuoso, de atestiguar sus dificultades para caminar y hasta para respirar, comprendía pronto que el muchacho poseía una mente ágil y un carácter alegre y bondadoso. No tenía el cuerpo de caballero teutón, pero seguramente Alemania se hubiera beneficiado de contar con ciudadanos como Johann, ahora que escaseaba cada vez más la generosidad y que con la guerra se extinguían las mentes jóvenes y brillantes.

Lo mismo podría decir de Freddy, aunque apenas pasara de los dos años. Era brillante —las madres saben de esas cosas— y tenía el carácter más alegre que Wanda hubiera visto jamás. Sería un gran ciudadano alemán, si tan sólo Alemania se lo permitiera; si tan sólo el *Führer* le diera la oportunidad de crecer, de desarrollarse, de vivir.

La oportunidad se la daría ella, si no el *Vaterland*. Wanda hacía lo que le había aconsejado el médico y sacaba a Freddy lo menos posible de la granja. Todavía ese verano lo habían llevado a misa, pero después de lo de los Lutz, no lo llevaría más, pues las miradas eran cada vez más pesadas y pocos eran los que le regresaban una sonrisa a un niño que poco más hacía que sonreír —inclusive a extraños—, a pesar de sus notorias dificultades.

Ahora a la granja habían llegado más soldados que patrullaban cada vez más cerca de la casa.

—Cualquiera diría que protegen las joyas de la emperatriz y no trigo o el maíz de las vacas.

—Es que deben proteger la producción agrícola, Wanda.

—Sí. ¿Pero por qué ahora más que antes? ¿Quién nos ataca si la guerra está prácticamente ganada?

Hartwig prefería callar, tal vez porque ni él sabía la respuesta.

Los soldados estaban ahí con órdenes y no se irían a ningún lado. Si los médicos habían perdido toda compasión, ¿qué se podía esperar de soldados?

Por eso ahora el pobre Freddy estaba confinado a la casa para que ninguno lo

viera. Era invierno y en época de frío no había mucho a qué salir, así que no lo resentía todavía, pero muy pronto llegarían los días soleados y Wanda temía que su pequeño y activo hijo se empeñara en seguir a Ilse en sus aventuras al aire libre. Le pediría a Ilse que se fuera sin invitar a su hermano. La niña no entendería tal engaño, tal prohibición. ¿Cómo explicarle que su querido hermano al que tanto atendía y cuidaba, estaría marcado de por vida? ¿Que nunca sería aceptado? ¿Que en esa patria que tanto le enseñaban a amar en la escuela, alguien como Freddy tenía tanto valor como un *Untermensch*?

Por lo pronto, Ilse ayudaba mucho para distraer a Freddy. Lo ponía a pintar.

—No, Freddy, las banderas deben ser rojas; rojas con una cruz negra en el centro, como la mía, ¿ves? ¿Y deben ser cuadradas!

Lo invitaba a saltar de abajo a arriba y luego de arriba a abajo de las escaleras una y otra vez.

—¡Somos conejos, Feddy! ¡A ver si me ganas! ¡Salta!

Y ahora se había apoderado de la tarea de hacerlo repetir palabras, tal vez con el tono con el que le hablaba a ella la maestra y que imitaba:

—Repite conmigo: *Ich möchte eine Wurst. Ich. Möchte. Eine. Wurst.* Bueno. Mejor algo más fácil: *Mein Name ist Freddy.* ¡Ya casi, Freddy! Otra vez: *Mi. Nombre. Es. ¡Freddy!*

Ambos eran incansables y Wanda admiraba ese hecho, porque ella estaba cansada. Estaba cansada de desear que acabara la locura; cansada de desear que se extinguiera un país que podía sentir tanta repulsión por un ser humano, por un niño, su niño. Estaba exhausta por tanto temer a la guerra: de perderla o de ganarla. Sabía que su pequeña familia bajo ninguna circunstancia ganaría.

Por lo pronto determinó que llegada la primavera, le pediría a Janusz, eterno acompañante de su niña, que le ayudara a cuidar que Freddy no escapara como había acostumbrado su hermana a su edad, para jugar en el jardín a la vista de cualquiera.

Ella cuidaría a su hijo adentro. Janusz se encargaría de él afuera.

Pobre Freddy.

LOS SCHIPPER

Enero de 1942

23. EL FIN DE LA GUERRA

—¿Perdimos a papá en la guerra?

El temblor en la pregunta le detuvo el llanto a ella. La hizo levantar la cara enrojecida; la obligó mirar a Arno a los ojos. Qué valiente hijo tenía. Qué duros habían sido los pasados meses para él sin su padre y qué poco se quejaba. Aun ahora, bajo las circunstancias que más temía, hacía su pregunta con suavidad, intentando disimular el dolor anticipado, cuidando no hacerle daño a la delicada madre que la vida le había asignado.

Así que desenmarañó el nudo en su garganta y se apresuró a decirle que lloraba de alivio.

Arno le creyó. Los ojos azules de su madre estaban húmedos, pero había una alegría inusitada en ellos.

—Regresó, Arno.

—¿Dónde está?

Quería correr a buscarlo. ¿A su recámara o a su taller? ¿A dónde se va a buscar a un padre que acaba de regresar tras una larga ausencia?

—*Warten Sie, Sohn!* Espera, hijo. No está en casa. Está en Königsberg —le dijo su madre—. De vuelta, pero en el hospital. Herido.

Ese día no había tenido que buscar su nombre en alguna lista. Le habían enviado el aviso directamente a casa.

—¿Y le duele mucho?

—No sé, Arno. No sé qué tan grave está, pero regresó. Nosotros lo curaremos. Se acabó la guerra para él. Pase lo que pase, se acabó la guerra para nosotros. Y eso es bueno.

Pero no pudieron irse de inmediato. Tenían que esperar a que Helga, Johann y Fritz regresaran de sus reuniones con la carreta para poder emprender el camino a Königsberg. La espera fue larga. Más larga que la ausencia completa de su padre, le pareció a Arno.

Cuando por fin llegaron, su espera continuó porque: Arno, se hará de noche en el camino, hará mucho frío y en el hospital no te dejarán pasar a verlo. Así que se quedaron él y Helga como su cuidadora; ella, frenética tejiendo calcetines, y él, en intensa observación de los dedos de sus pies. ¿Cómo se tejerían unos calcetines para pies que no tienen dedos?, se preguntó Arno con un nudo en la garganta, ya después de quitarse las botas al anunciársele que no iría a

buscar a su padre, ya cuando la decepción de quedarse lo obligó a volver a su cuerpo y a su helada circunstancia.

Cuando, valiente, se quitó los calcetines húmedos, vio que sus dedos estaban rojos, no negros; dolían, pero seguían vivos, notó aliviado. Cubrió sus pies con calcetines limpios y secos y los frotó. Y ahí, a un lado de su hermana y del constante, pero suave choque —clic, clic, clic— de sus agujas de tejer, Arno se quedó dormido.

Enero de 1942

24. PERDIDO

Karl Schipper estaba perdido en el dolor.

Después no lo recordaría pero, en la neblina de su mente confundida, en ese silencio que olía a pólvora, primero creyó que se había perdido en la muerte. Sintió un momento de pesar por su mujer y sus hijos. Tantos hijos sin padre. Los suyos serían tan sólo unos más en ese nuevo mundo de huérfanos que quedaría cuando se asentara el polvo. Luego recordó las promesas que su patria le había hecho: en la nueva Alemania ninguna familia quedaría desamparada, ningún niño sin comer, ninguno sin escuela.

Podía irse tranquilo entonces, pensó. Si pudiera abrir los ojos. Si pudiera sentir las piernas, podría irse. Si pudiera erguirse, si pudiera dejar atrás el peso de su cuerpo, se iría. Aún no había llegado al punto de la conciencia necesaria para preguntarse ¿por qué necesito fuerza para irme a la vida eterna? ¿Por qué necesito visión? ¿No se supone que debe ser fácil?

Apenas había tenido tiempo para pensar: me alegro de que todo haya terminado, que las balas ya no vuelen, que la vida ya no apeste a carne muerta, que mis manos nunca más sostengan un rifle, que mi cuerpo nunca más recuerde el frío, cuando le llegó la primera noción de sí mismo con pestañas congeladas bajo su improvisado y desajustado antifaz de lana, sin aliento e inmóvil, tirado boca arriba en medio del bosque. También le llegó, envuelto en el aire helado, el primer aroma a pólvora quemada, el primer olor a muerto reciente, la primera sensación de insensibilidad. Llegaron, duros, los recuerdos de la nieve, del día, de la batalla perdida.

Había voces alrededor suyo y, más que otra cosa, ellas se encargaron de anclarlo a la vida. Voces alemanas.

—¡Aquí hay uno vivo! —dijo una voz encima de él.

Él se alegró por ése que iría a casa, que vería de nuevo a sus hijos. ¡Lo que él daría por vivir para ver a los suyos! Pero cuando sintió manos extrañas moviéndolo, asiéndolo, alzándolo, cubriéndolo con una cobija de lana, comprendió que la voz inconexa hablaba de él, el único superviviente de esa masacre en el bosque.

Al alejarse la muerte, llegaron los escalofríos provocados por el calor de la cobija, lo cual le hizo volver a sentir horizontal el frío que había sufrido cuando todavía peleaba vertical. Lejos del lugar de la batalla y de la anestesia provocada

por el hielo y por su coqueteo cercano con la muerte, transportado primero en camilla y luego en camión, llegó ese monstruo vivo llamado dolor que quemaba, ardía, golpeaba, desgarraba, desprendía, mordía, gritaba, gritaba desde su núcleo para salir por su garganta y, con él, llegó de inmediato el deseo de morir para no sufrirlo más.

Pero la simple voluntad no bastó.

Y, aunque malo era el dolor, peor era su ausencia. Bastante daño había hecho la bala en su recorrido turístico dentro de su cuerpo hasta escoger un lugar de su agrado para alojarse. Peor había sido darse cuenta de que sus piernas no tenían sensación.

—Tuvo suerte. La bala no dañó ni un órgano —le diría después un médico—. En cuanto a sus piernas, cayó de espaldas sobre otro soldado, Schipper. Quizá presionado contra la empuñadura del rifle o de los binoculares, quién sabe. Así estuvo horas. Y el frío también hizo lo suyo. El daño nervioso es fuerte, la inflamación severa y los dedos de sus pies se congelaron. No hay manera de saber si recuperará la sensación en las piernas, pero creemos que podremos revertir el congelamiento de los pies. De suerte traía buenos calcetines. El tiempo dirá. Y el reposo. ¡No se mueva, Schipper!

No se mueva, Schipper; no se mueva. ¡Qué indicaciones! Si ni siquiera podía hablar de tan apretada que tenía la quijada, como si con eso pudiera matar el dolor y más aun: el terror ante el contraste de éste con la ausencia absoluta. Dolor incontenible, vacío insoportable.

Del bosque ruso, Karl Schipper había emergido en carne viva perforada sobre piernas inertes. Ramas verdes sobre tronco muerto. Árbol derribado que había dejado atrás las palabras, pues lo único que hilaba eran gritos y quejidos o quejidos y gritos que nadie oía, más que él.

Una bala lo había sacado del campo de guerra para hacerlo despertar en el centro de otra: la de su torso contra sus piernas, la de un monstruo contra otro, uno de excesos y otro de absoluta carencia. Su único alivio era el Demerol.

—Véalo de este modo, Schipper: tiene suerte. Podrían también dolerle las piernas...

Suerte. Tenía suerte.

Entre delirios de Demerol, que lo regresaban y lo extraviaban en la espesa neblina de la nada, veía muy claro que lidiaban en su cuerpo la vida contra la

muerte, el bien contra el mal, el todo contra la nada. Era él el único testigo de los embates y única víctima. Trataba de explicarles a sus doctores, a sus enfermeras, pero nadie parecía entenderlo.

—¡Escúchenme!

Pero por más que les rogaba, nadie lo ayudaba.

—Todo va bien, Schipper, tranquilo. Ya va en camino a casa y los dedos de sus pies se salvaron.

Sólo que él no sabía qué prefería, si la vida o la muerte, y ya había olvidado —¿o quizá nunca supo?— cuál era el bien y cuál era el mal: ¿dejar ganar al monstruo insensible y que se llevara todo su ser, y morir, o dejar y desear que dolor lo invadiera completo, y vivir? ¿Seguir luchando o dejarse vencer? Mejor se abandonaba al Demerol.

Hubo días —muchos, la mayoría— en que hubiera preferido que la insensibilidad de sus piernas invadiera y matara el territorio del dolor. Que lo matara todo y que le diera descanso. Pero preferir algo tampoco basta para lograrlo. Las ramas lastimadas de ese árbol moribundo que era Karl Schipper se empeñaron en vivir, aunque nunca se acostumbraron al monstruo llamado dolor. Vencieron a la insensibilidad de su tronco y poco a poco, corriente eléctrica a corriente eléctrica, también lo despertaron al dolor.

Poco importó que lo transportaran en barco y no por carretera. Poco le importó la estabilidad de su travesía si el dolor emanaba de adentro, y si entre éste y las dosis de Demerol —a veces demasiada, a veces demasiado poca— lograron hacerle perder la cabeza y hasta los recuerdos. Poco le importó que le dijeran: alégrese, Schipper, que va a casa, al hospital de primera que lo espera en Königsberg; poco le importó que vería a su mujer y a sus hijos. Poco o nada, porque Karl Schipper estaba poseído por un monstruo que se daba placer en su cuerpo, que se retorció y lo hacía retorcer, que con infinitos tentáculos había llegado ya hasta los dedos de los pies sin dar tregua o descanso, sin ceder ante los pobres intentos de insensibilidad que brindaba la droga.

Por eso, cuando su mujer y sus hijos llegaron a visitarlo al hospital de Königsberg, lo encontraron perdido y apenas consciente de que esa mujer que se parecía a la que amaba y que se hacía acompañar por las caras de dos hijos queridos, en verdad estaban ahí, y de que no eran un método más de tortura —un método nuevo— ideado por su monstruo privado.

Por eso regresaron ellos a su granja en silencio, y por eso tardó tanto Arno en convencer a su madre de llevarlo de visita.

—No te dejarán entrar, pero mándale una carta.

Arno hizo algo que le pareció mejor: le mandó su colección de dibujos de tanques con el deseo de que su padre la colocara en la pared, la admirara y que luego le explicara al artista hijo suyo cómo era que funcionaban.

Su padre miró el arte infantil sin mirar, por un instante y sin admiración, pues la guerra, las heridas, el dolor y el deseo por el Demerol le habían robado la capacidad. Nunca pegó los dibujos a ninguna pared, pues no tenía para él más que un compartimiento que lo separaba de otro sólo con cortinas que dejaban pasar sin filtro, para allá y para acá, un concierto de quejidos y lamentos al que se sumaba su voz cuando bajaba la guardia.

Hacía días —terribles días eternos— le habían retirado la droga. Al parecer, iba en franca mejoría y le convenía soportar el dolor sin ayuda del fármaco, le aseguraban. Escaseaba y otros la necesitaban más, lo conminaron a comprender, cuando rogó que no se la dejaran de dar. El hombre que fue y que aún vivía en su profundidad, entendía razones y compadecía al que la necesitara más que él, pero el hombre habitado por el dolor extrañaba la deliciosa neblina que lo arropaba en su cobija. Admitía que el dolor había disminuido, pero no quería sentir nada. Tampoco quería recordar nada: ni recibimientos de héroe, ni ruedas reparadas, ni maderos abandonados a la podredumbre entre la nieve, ni humeantes tripas de caballo —y granadas—, ni cuerpos sin cara —y balazos—, ni frío en la piel —y tanques—, ni hambre en la tripa —y morteros—, ni calcetines de lana perdidos para siempre o aquel retrato inútil de un hombre otrora alegre y con carne bajo la piel, siquiera. No quería ni imaginar su herramienta, tirada por ahí, a merced de los elementos, oxidándose primero con sangre y luego con nieve hecha agua. No quería recordar todo lo que había perdido, pero pasaba el tiempo con la mirada fija en la pared azul del hospital mientras hacía esas cuentas. Comprendió que estaba en la quiebra. No le quedaba nada más que dolor. Y un solo deseo: alivio.

Medía el tiempo a base de punzadas que no lo dejaban mantener los ojos secos, ni respirar, dormir, comer o levantar la cara. Creía recordar que el día anterior habían sido mil trescientas cuarenta y una pulsaciones de dolor, pero sabía que las cuentas estaban equivocadas, pues había perdido la noción cuando

lo sorprendió el sueño.

Le había prohibido a su mujer que llevara a los hijos mayores en sus visitas: no quería ver que de sus caras comenzaba a esfumarse la infancia, no quería oír lo prestos que estaban para escuchar una buena historia de aventuras bélicas, no quería escuchar la suave voz de Helga, ni recibir bufandas tejidas por su propia mano, porque, *Papa*, ayer te vi temblar de frío. ¿Cómo podría volver a esa vida en la que le correspondía ver por el bienestar de sus cuatro hijos? ¿Cómo, si no podía siquiera ver por el propio? No quería ser dueño de los recuerdos del único sobreviviente de una helada emboscada cuando todos alrededor suyo habían muerto.

Llegaron los escalofríos. No podía pensar en ese día sin que regresaran, sin que se le nublara la vista, sin que se perdiera en la neblina.

—*Fräulein!* ¡Tengo frío! Enfermera, *bitte! Mehr Decken, bitte!*

¿Por qué se molestaba en pedir cobijas si la enfermera nunca se las traía? No tenemos más, *Herr Schipper*, le decía siempre. Lo mismo le decía, pero más molesta, más severa, cuando cambiaba la palabra cobija por la palabra Demerol. *Mehr Demerol!* ¡Enfermera!, *bitte, bitte, bitte!* *Bitte* era la palabra que más salía por los labios secos de Karl Schipper. *Bitte*: más cobijas, menos frío. *Bitte*: más Demerol, menos dolor. *Bitte!* ¡Por favor!

No tenía el valor para enfrentar la vida plagado de dolor. Entre escalofríos y súplicas, lo único que distinguía dentro de sí eran las ganas constantes de llorar, que no disminuían cuando el médico intentaba tranquilizarlo y darle esperanza.

—*Schipper*: la guerra ya terminó para usted.

¿Qué sabía ese médico de ciudad de guerras? Tal vez un poco más que un carpintero de ciudad, un iluso e ingenuo inocente antes de tanta detonación y tanta muerte. De tanto dolor. Pero ¿qué sabía el médico de caminatas interminables, de frío infernal sin consuelo, de una plaga de recuerdos de voces vivas de amigos muertos? El médico sabía de sangre y de carne abierta, pero ¿qué sabía del propio cuerpo perforado? El. Propio. Cuerpo.

¿La guerra terminó? Karl no le creía y no quería más razones o explicaciones o consuelo vacío de aquél que le había arrebatado la paz al quitarle la anestesia de un día para otro. ¿Que se había acabado la guerra para él? Regrésenme a los días en el establo compartido con el caballo letón, pensó; regrésenme a las ampollas por los kilómetros andados; que vuelva el consuelo de la lana burda

con aroma a hogar transformada en calcetín. La guerra arreciaba más ahora. La guerra le tenía poseído el cuerpo —pues cada punzada era una bala— y la mente —pues cada sensación era un recuerdo, una pesadilla, una ausencia—.

—*Mehr Decken, bitte!*

—Si quiere más cobijas, tendrá que pedírselas a su mujer. Usted no es el único herido de Alemania, ¿sabe?

Como a sus hijos, tampoco quería ver a su mujer, pero a ella ni siquiera el cobarde en que se había convertido podía negarle nada, pues recordaba que ella también vivía en guerra constante, y entonces levantaba un poco la frente, y entonces abría alguna vez, y sólo un poco, la boca para probar los bocados desabridos que ella le daba a cucharadas.

—Dicen que está prohibido, pero no me importa, Karl, mañana te traeré comida hecha en casa. Necesitas devolverle un poco de carne a esos huesos antes de regresar.

Ni siquiera en eso quería pensar ni creer: el regreso a casa.

Agosto de 1942

25. EN OTRA PARTE

Arno no comprendía la lejanía de su padre. Lo había extrañado cuando estaba en la guerra, pero lo extrañaba más ahora que estaba cerca, tres semanas después de su retorno a casa, pues era como si lo hubiera visto partir uno y lo hubiera visto regresar otro. Le gustaba más el padre de sus recuerdos, el de la presta sonrisa, el de los abrazos, el que con alegría y fortaleza lo había levantado en hombros aquel día que nunca olvidaría.

Ahora era un cascarón que fingía sonreír sólo para él, que no tenía ni fuerza ni ánimo para levantar un martillo, mucho menos una sierra, unos maderos o un hijo que había crecido en su ausencia y seguía creciendo ante su mirada perdida. Los únicos momentos en que reconocía a su padre, ahora tan emaciado, tan encanecido, era cuando éste ayudaba a su madre con la ordeña y a llevar las tinas llenas de leche del establo a la cocina. Arno sabía que le costaba fuerza y hubiera querido ayudarlo, decirle: siéntate, papá, sé que te duele, yo ayudo a mamá; mírame: ya soy grande, ya puedo. Su padre era todavía más alto, pero Arno ya le llegaba al mentón. Aunque no sabía si era porque ahora su padre andaba encorvado. Podría ayudarlo, pero por orden de su madre se abstenía.

—Debemos obligarlo a regresar, Arno.

—Pero ya regresó.

—No. Ése que ves ahí todavía no es tu padre. ¿Te acuerdas del de antes? Pues es a ése al que esperamos.

Así que la mujer, con una mirada y con un quejido, obligaba a su marido a ayudarla un poco. Era la primera vez que Arno veía a su madre hacer uso de su enfermedad como estrategia, como chantaje, pero funcionaba: él se sacudía el letargo por ella, hacía lo que podía por aligerarle el trabajo pesado, pero luego se dejaba caer en la silla que había colocado al sol, donde Arno le llevaba la comida que había preparado su madre.

—¿Comió? —le preguntaba ésta después.

—Todo, *Mutter* .

—¿Ya ves? Algo le interesa. El que come, sana, Arno. De platillo en platillo regresará.

Al principio Arno le había creído a su madre. Se sentaba al lado de su padre por las tardes, al regresar de la escuela y terminadas sus labores. Le contaba sobre su día, le hacía sus preguntas de máquinas y poleas. Nunca fallaba en llevarle la comida y en acompañarlo hasta que hubiese terminado. Tras tres semanas de recoger platos vacíos y de no encontrar más que vacío en la mirada de su padre, ya no estaba tan seguro. No quería verlo, extrañarlo en su presencia. Dejó de sentarse al lado de ese desconocido.

—Papá está perdido.

Agosto de 1942

26. LO QUE DUELE

Karl comía, no porque tuviera hambre ese día, sino porque recordaba el hambre de otro y porque ahora comprendía a su propia madre cuando de niño le había dicho: cómete todo lo que tienes en tu plato hoy, porque no sabes si lo tendrás mañana. Las reglas que se aprenden desde la cuna no deben obviarse ni en el más grande vacío. Y, por lo tanto, había veces que comía el último sorbo de sopa mientras daba el último sorbo de lágrimas con la luz del día como compañía y testigo.

—Karl, si sigues bronceándote tanto, te confundirán con un gitano. Y uno flaco y ojeroso, además, ya lo verás. Entra ya.

Ni el tono de broma en la voz de su mujer perforaba su ensimismado sufrimiento. Karl entraba a casa al anochecer. El invierno de guerra le había borrado de la memoria la tibia sensación de los rayos del sol en la piel y en los huesos. Quería que la primavera tibia y seca le quitara el frío que se le había instalado por dentro. Cuando anochecía, en silencio se metía a la casa para ocupar la mecedora a un lado de la chimenea encendida con leños que él no había proveído. Los ritmos del hogar sucedían y se sentían a su alrededor, pero él permanecía ajeno, a destiempo: si ya ni los latidos de su corazón se unían a esa cadencia tan conocida, menos lo hacía su mirada o su lengua, pues ni siquiera juntaba en sí el ánimo de gritarles a todos que se callaran, como hubiera deseado. Bastante tenía con la caótica cacofonía de los disparos de su memoria. Los temblores en el cuerpo no lo dejaban poner atención a más. Cenaba y no dejaba nada en el plato. Pero no saboreaba, no distinguía un sabor de otro, una textura de otra. A veces olvidaba masticar y entonces dependía de su mujer para recordarle el orden natural: mastica, Karl, y luego traga. Obedecía.

Pero ya fuera desayuno, comida o cena, no siempre lograba conservar lo ingerido. Con la náusea volvían los temblores y las lágrimas. La debilidad. La guerra.

Pero el tiempo pasa aunque parezca inmóvil, eterno. De día a día y de bocado en bocado, el dolor causado por la bala y por las piernas que despertaban a la vida, disminuía. Poco a poco disminuyeron las náuseas. Se sintió más fuerte. Se había dado cuenta de ello una mañana entre parpadeo y parpadeo. ¿Dónde estaba el dolor que lo hacía imaginar el surco que había dejado la bala en su carne? ¿A dónde se había ido? Seguía presente, no lo había desterrado por

completo, pero había pasado a segundo —o a tercer— plano, descubrió sorprendido. Sabía que nunca podría erradicarlo por completo, que sería un pasajero de su cuerpo para siempre, aunque uno que había aprendido a guardar silencio y a esperar. Debía admitir que cada vez le costaba menos a sus músculos levantarse, vestirse, ayudar un poco en la granja, mantenerse quieto y sin gritar. Sería el tiempo transcurrido, sus oraciones silenciosas que surtían efecto o tal vez ambas cosas al mismo tiempo, pero era innegable que ya le debería quedar más tiempo para pensar en otra cosa que no fuera él, él, él. Pero seguía adolorido y seguían los temblores. Oía sin escuchar lo que le decían sus hijos. Aún pensaba sólo en él, él, él. Pobre de mí, le decía cada una de sus células, inclusive aquellas que no habían resultado lastimadas por proyectil alguno. Seguía doliéndose de más adentro, de un dolor intangible.

Si alguien le preguntara: ¿dónde le duele, Schipper?, ¿por qué no se mueve, por qué no responde a estímulo alguno?, ¿cuál sería su respuesta? Las piernas seguían débiles por el desuso, por el hecho de que debían recordarse con cada movimiento que debían y sabían obedecer las órdenes que manda la voluntad del cerebro. El torso sentía la bala que los doctores no habían podido extraer del vecindario del pulmón izquierdo por temor a hacer más daño que bien, pero era mucho peor el hueco que le había dejado el Demerol en el cuerpo, el hueco sin fondo que gritaba aún entre temblores: lléname que me muero y que te mueres sin mí. Quería acudir a ese llamado. De haber dependido de él, nunca hubiera dejado de intentar llenar el hueco, de satisfacer esa necesidad que de un instante al otro se le había hecho más querida que su mujer y sus hijos juntos. Pero después del hospital había quedado apenas móvil. ¿Cómo hubiera podido conseguir una dotación, y mil, por su propio pie? ¿Cómo, si la droga estaba destinada para uso exclusivo de soldados activos? ¿Qué soy yo, entonces? ¿Qué, no me hirió una bala siendo soldado? ¿Siendo el último soldado en pie? ¿Qué, no cuenta eso para nada? ¿Qué, no le habían hecho promesas de que el *Vaterland* nunca lo abandonaría? Pues se sentía abandonado; a la deriva.

Invirtió mucho de su tiempo mientras se tostaba al sol en urdir planes inútiles para apaciguar su sufrimiento y, por lo mismo, no se dio cuenta de cuándo fue que las secuelas que le había dejado la guerra ya eran tolerables sin ayuda del fármaco. Un día comprendió que ya era la tibieza de la droga lo único que añoraba, lo único que lo tenía tembloroso y atado. Lléname o te mueres, le decía

la falta de Demerol con cada latido de su corazón, esclavo también del embrujo.

Le habían metido un clavo para sacar a otro. El clavo líquido le había dejado un hueco en el cuerpo y no había manera de erradicarlo más que con fuerza de voluntad. Al comprenderlo —pero no sin pesar ni sin dificultad— se despidió de la añoranza por el Demerol y se sintió orgulloso, fuerte de nuevo, Karl Schipper de nuevo. No sería nunca más esclavo de nada y la guerra terminaría para él, como había vaticinado el médico: la bala que tiene dentro es su boleto para quedarse en casa, soldado.

Lo que no comprendió fue que ya para cuando logró tomar esa determinación, las cadenas de la droga —sus llamados de sirena— se habían esfumado casi hasta la nada por los seis meses de forzada y sufrida abstinencia. El Demerol se le había escapado del cuerpo en cada lágrima, en cada sudoroso escalofrío, en cada náusea, con cada paso que se esforzó en dar por ayudar un poco a su mujer. Con cada día que había resisitido, con cada batalla que había ganado sin saberlo.

Le habían metido un clavo para sacar otro. Él sabía de clavos. Tenía clavos. Sí: recordaba dónde exactamente. Sabía con precisión dónde había comprado y cuánto había costado su última dotación. Recordó el pesar que había sentido el día que respondió a la leva, al comprender el desperdicio que había sido ese gasto inútil. Se preguntó si seguían en donde los había dejado tras su partida. Le daría gusto si sí, le daría gusto si no: querría decir que alguno de sus hijos había acudido al llamado del hierro y de la madera.

Un clavo saca otro clavo. No fue fácil, pero se levantó, caminó, abrió el cerrojo de su viejo taller. Abrió la empolvada caja de herramienta de carpintero que había abandonado con pesar cuando la guerra lo arrancó de su familia. Ahí estaban. Al tomar los clavos, lo invadieron los recuerdos de días buenos y los recibió gustoso. Le pareció oír los ecos que produce el dulce sonido de un martillo que da golpe certero sobre su clavo. Los reconoció. Se habían quedado encerrados desde su partida. Eran propios y era lo suyo. Sacaría el veneno del clavo líquido con otro o con cien o con todos los que fueran necesarios.

El aroma a madera húmeda le asaltó los sentidos y el martillo en el puño lo ató a la vida.

LOS HAHLBROCK
Enero de 1944

27. LA ABUELA

Ilse estaba aburrida. Su abuela la aburría. Debía quererla, se lo decía su madre, pero la abuela no se dejaba, por más que Ilse insistiera. No era que le dijera: abuela, quiero quererte. Era que no había manera de preguntarle a qué jugabas cuando niña, siquiera, porque no habría respuesta más que niña impertinente, borda ese pañuelo, haz tus tareas, teje más calcetines, y más y más y más. Piensa en los soldados, Ilse, esos pobres soldados que tuvieron que dejar a sus familias para luchar por la patria; todos esos pobres hombres que se mueren de frío; que pierden piernas.

—No como tu padre, que míralo: tan feliz, tan lozano, tan bien comido.

No había manera de responderle pero abuela: mi padre también lucha por la patria, pues eso sólo inspiraría otra retahíla que también empezaría con otra niña impertinente. No había caído en buenos oídos su respuesta: mírate a ti también, abuela, tan repuesta desde que llegaste. Su madre la había reprendido por grosera, pero Ilse no había dicho más que la verdad: la madre de su madre había llegado demacrada y ahora llenaba todos los sobrantes de su ropa. Pronto exigiría que su hija ampliara sus vestidos, anticipaba.

Con la abuela Hannah habían llegado el otoño y la oscuridad. O por lo menos así le parecía a Ilse, a pesar de que Jadwiga insistiera que no había sido ése el orden de los sucesos. Ilse lo sabía. Estaba a punto de cumplir ocho y, aunque no iba a la escuela desde hacía años, no había mejor que una granja para enseñarle a una el pasaje del tiempo. De todas maneras, la estancia de su abuela ya le parecía eterna.

Su prima Crystl había nacido a finales de septiembre, el día en que habían tenido que usar los calcetines gruesos por primera vez. Su abuela había llegado antes. En octubre se quedó para seguir como apoyo para al tío Franz y a su nueva esposa, la tía Erna, con los cólicos de la bebé. Nadie podía o quería responder la pregunta expresa de Ilse: si a eso vino, ¿por qué no se queda con los Bendzius en su granja? En noviembre no partió porque habían caído las primeras nevadas. Diciembre vino y se fue, pero no la abuela, porque se acercaba Navidad. En enero tampoco se iría porque nacería su nuevo hermanito.

Ilse quería conocer a su nuevo hermanito. O hermanita. No se podía saber de antemano qué sería.

—Es un misterio que no se resolverá hasta que nazca. Como con las vacas.

No sabemos si se trata de un toro o de una vaca hasta que nace —le dijo su padre.

Desde que había dejado la escuela, Ilse se había dedicado a ayudar a Hartwig Hahlbrock en la granja, algo que no había sido fácil que su madre aceptara.

—Déjala, Wanda. Ilse no está para no hacer nada.

—Podría aprender a bordar o a hornear las galletas de almendra que tanto le gusta comer.

—¿En serio crees eso?

Se miraron. Rieron.

—No. Está bien. Llévatela. Pero que no se ensucie.

Después de que su padre había hecho una promesa que no tenía cómo cumplir, Ilse se había incorporado a su equipo de trabajo algunas horas al día. El trabajo de la granja era sucio. No que eso eximiera a Ilse de la responsabilidad de limpiar sus zapatos o de zambullirse en la bañera después de meterse con lodo de campo de papas en el pelo, tierra de establo en las axilas y otros recovecos, trigo entre las trenzas, tinta en los dedos por aprender del padre la contabilidad en la oficina.

En esa escuela no había amigos de su edad, pero se divertía y aprendía mucho. Le parecía, incluso, que ahora sabía las verdades de la vida, pues sabía —al detalle— cómo nacían los novillos. Ahora sabía cómo llegaban al vientre de sus madres. Y su madre tenía un novillo en su vientre: ya no podían engañarla con mira el bebé que nos trajo la cigüeña. Y ya imaginaba cómo había llegado ahí. Porque el que es granjero, sabe todo lo que se debe saber y no se espanta ni se asquea. Ni se lo calla.

Su abuela la había sorprendido mientras le contaba a Freddy eso de que papá es el toro y mamá la vaca gorda con novillo que saldrá por... y ahí había terminado de súbito la libertad naturalista de Ilse.

Desde entonces la tenían confinada entre las paredes de la casa al cuidado de Freddy, bordando o cortando papas. Hacía las tareas escolares que le encargaba su madre, porque no ir a la escuela no quería decir que no siguiera con ellas, aunque en casa, con los viejos libros de Irmgard. Practicaba su aritmética, pero ahora ya no le permitían ir a ayudar a su padre con los libros contables. Mucho menos salir en busca de Janusz. La abuela no relajaba su vigilancia.

—Ilse, la granja es de hombres, así como los asuntos financieros. Si

Friederich no puede salir a ayudar a tu padre, como le corresponde, tampoco tú.

Ahora pasaba los días frustrada y aburrida, gracias a su abuela.

Y para empeorarlo todo, desde su llegada, a Jadwiga la habían enviado a dormir a un catre a la cocina, pues su cama ahora la ocupaba la visitante eterna. Extrañaba a Jadwiga. Su abuela no esperaba a que Ilse empatara sus palabras en la oración de la noche, como hacía Jadwiga desde que habían descubierto que el padrenuestro era igual en católico que en luterano. Su abuela no toleraba inquisiciones, ni cancioncitas para conciliar el sueño. No quería siquiera escuchar los cuentos que Ilse estaba dispuesta a compartir con ella.

—Me lo contó Janusz.

—No quiero escuchar nada que haya dicho ese...

La palabra se le atoró a su abuela en la garganta, como si le hiciera daño siquiera hacerla presente con sonido.

—¿Ese qué, *Oma*?

—Ese polaco.

Ese polaco. Por el tono, por lo dicho y por lo no dicho, Ilse entendió lo que quería decir: *Untermensch*. Ella extrañaba a ese polaco, como le llamaba la abuela. Extrañaba a su padre, le hacía falta el aire libre, aunque en invierno hubiera poco que hacer. Le sobraban los bordados y las lecciones interminables sobre modales, puntadas perfectas, y para ella estaba de más aprender a obtener la consistencia apropiada de la mantequilla. Le sobraban las críticas, y no sólo las dirigidas a ella, sino a todo lo que su madre hiciera o dejara de hacer. Le sobraban las miradas duras sobre Freddy y la poca paciencia para entender su manera peculiar al hablar, sobre todo. Le sobraba el golpe que se había llevado en la cabeza cuando en una ocasión le había dicho a la abuela: Freddy es más inteligente que tú.

No. No había cómo querer a la abuela.

28. LAS CUENTAS NO CUADRAN

Pobre de su madre, pensó Wanda cuando cambió de hilo, con cuidado de no romper el bienvenido silencio que habían logrado mientras bordaban.

La familia es la familia. Uno no la escoge: la manda Dios. Así decía ella. Wanda suponía que lo creía porque era una idea que le habían heredado sus padres: la familia está destinada. Tan destinada, que su madre no había visto razón de discutir cuando sus padres le escogieron a un marido treinta años mayor cuando aún era casi una niña. Pobre de su madre: había salido de casa paterna para ir a dar a casa de un hombre que, si bien era de la edad del padre, tenía más espíritu de abuelo castigador.

Wanda amaba el recuerdo de su padre a pesar de su dureza y de las horas que había tenido que pasar, hombro con hombro con sus hermanos y hermanas, hincada sobre burdos cristales de sal, castigada por alguna transgresión compartida. La anticuada sensibilidad de su padre resultaba herida por cualquier cosa. Aunque se tratara de su padre, nunca hubiera permitido que un hombre así escogiera por ella a su compañero y padre de sus hijos.

No, Wanda había decidido que nadie marcaría su camino por ella.

—Tú siempre fuiste rebelde, Wanda —le había respondido su madre el año pasado, cuando Wanda le pidió que dejara a su hermano Franz en libertad de escoger a su esposa. Su madre había propuesto a una buena mujer de raza aria y caderas amplias, la cual su hermano había aceptado de buena gana.

Quizá yo sea rebelde, *Mutter*, pero tú no, y mira lo que te pasó, mira lo que hicieron de ti, hubiera querido responderle. La miró un instante. Sólo lo suficiente para notar que bordaba las mismas flores de toda su vida, en el mismo patrón, con los mismos colores de siempre: la roja al lado de la azul.

Antes de que su madre notara el peso de su mirada, Wanda la regresó a las propias. Más le valía concentrarse o el bebé llevaría selva en su ropa y no un lindo campo de flores. Le gustaba crear patrones nuevos, pero ese día bordaba sin ton ni son.

Seré rebelde, se dijo Wanda, pero nunca grosera. Eso se lo habían quitado a base de granos de sal clavados en las rodillas mientras repetía hasta las lágrimas el quinto mandamiento: honrarás a tu padre y a tu madre. Ahora tenía esa lección integrada a cada célula. Se callaba, mejor. Se callaba la frustración de ver a una mujer relativamente joven avejentada más allá de sus años por la severidad de su

vida. Una mujer convencida de que la familia es tan parte del destino escogido por Dios, que obrar en contra de eso significaba atentar contra Su voluntad. Y el mayor transgresor era Hartwig: ese liberal corruptor con el que te casaste, Wanda.

Su madre nunca había aprendido a apreciar a Hartwig, ni siquiera porque su hija estaba por darle el quinto hijo. Eso, para su madre, no era mérito suficiente. Tampoco lo era el hecho de que gracias a Hartwig, en esa familia no se conociera el hambre, aun en tiempos de hambre. Para ella, él todavía era un cualquiera y su hija una rebelde.

Wanda suspiró.

En cambio, el partido los llamaba patriotas por darle tantos hijos alemanes al *Vaterland*. El *Führer* los premiaría, inclusive. Entre más hijos, mejor. Más distinciones, más cupones de racionamiento. Ella no los rechazaría, pero, aunque no se lo decía a nadie por miedo a ofender la delicada sensibilidad del *Führer*, ninguno de sus hijos había sido concebido con el hombre de los tantos e interminables gritos en mente. Su matrimonio era de dos y de seducciones murmuradas suaves y cálidas al oído y, si ni su madre tenía cabida ahí, Adolf Hitler, menos. El único hombre que cabía en ella era el que ella había escogido y el que la había escogido a ella.

Sintió movimiento en el distendido abdomen y lo miró. En ese momento no había redondez: el bebé había clavado su cabeza contra el muro vivo que lo rodeaba. Lo deformaba. Parecía querer perforarlo para encontrar salida. Yo también estoy lista para que salgas, *Liebling*, pero no es por ahí el camino, le habló al pequeño desconocido con la mente. Ni siquiera emitió un quejido. Seguía reacia a romper el silencio.

No era la misma que cuando joven, admitía. Ya estaba harta del embarazo: de la pesadez y de los dolores en el cuerpo, y de las extrañas ideas y telarañas en la cabeza. Ahora sentía el peso del bebé sobre los años, sobre el cuerpo adiestrado por tantos partos. Y no era sólo la barriga la que estorbaba: estorbaban sus pies y sus manos hinchadas. Estorbaban los senos, los pezones, el calostro. Estorbaba el ombligo, que parecía querer soltarse del cuerpo para salir en vuelo. Estorbaban sus pensamientos negativos que tenían más que ver con las hormonas que con la voluntad. Entonces estorbaban los hijos: los que estaban ahí porque estaban, y la ausente, por ausente. Estorbaban las notificaciones

escolares de Irmgard, si llegaban, y estorbaban si no. Cuando ésta la visitaba, quería mandarla de inmediato de regreso por sabelotodo e irreconocible mujer de dureza nazi, y quería retenerla para borrarle esa dureza, para que ayudara en casa con los menores, en especial con Ilse y Freddy, los cuales, si continuaban sin escuela...

Se sentiría mejor con el nacimiento de su quinto bebé. Le quedarían los zapatos y podría subir las escaleras sin que le dolieran las rodillas y la pelvis. Caminaría sin contonearse como los gansos del lago. Volvería a ser ella misma, controlada, ecuánime.

Para eso también ayudaría que a su madre se le acabaran las excusas y se fuera a su casa. Había llegado para el nacimiento de la bebé Crystl, pero decía seguir ahí por el nacimiento del suyo. Mentiras. Nunca antes había ofrecido estar ahí para ayudarla, y por eso había tenido que enviar a Irmgard y a Ilse a Schneidemühl a que les llovieran bombas en la cabeza.

La edad, pero en especial la guerra, le habían complicado la vida, la cual se había llenado de carencias que Wanda y Franz hacían lo posible por compensar con los paquetes de víveres que le enviaban siempre que había oportunidad. Pero lo que hicieran sus hijos por ella no era suficiente. Además, cada vez eran menos las oportunidades de hacer envíos y menor la garantía de que éstos llegaran a su destino: a veces porque la resistencia polaca lograba destruir las vías de tren, por lo que se suspendía el servicio, y en otras, porque el mensajero aseguraba haber sido asaltado por polacos hambrientos. Wanda sospechaba que el mensajero había perdido la batalla, pero contra los aromas que emanaban de la bien surtida canasta. Ahora sólo hacían envíos si acaso con gente de fiar —y bien alimentada— que iba en dirección de su madre.

Mientras tanto, ésta debía atenerse a lo poco que lograba cultivar en su granja en primavera y verano, lo poco que no le robaban en las noches de descuido a una granjera, viuda, mujer sola, con miedo por igual a trabajadores polacos —a los cuales se negaba a emplear— que a ladrones y al sonido de aviones enemigos. Recientemente había habido un ataque aéreo en un pueblo cercano. ¿Qué les impedía un día desear bombardear su pequeña granja? No van a gastar balas o bombas en ti, le aseguraban sus hijos, pero no había manera de tranquilizarla y de que creyera que ningún ejército tendría interés de atacar a una mujer sola.

En invierno se le hacía más presente el hambre: la pequeña granja familiar —ya fuera por robos o por la ineficiencia de su vieja y solitaria cuidadora— no daba lo suficiente en primavera o verano para acumular para el invierno. Y el *Reich* venía por lo suyo, que se llevaba sin consideración a las necesidades de una vieja. Si no puede con la granja, entréguela a alguien que la trabaje bien, le dijeron cuando les hizo saber su situación a los recolectores. Ya no había vuelto a decir nada. Entonces debía atenerse a los cupones de racionamiento, que no eran suficientes tampoco, pues de nada servían si se tenían unos para café, por ejemplo, pero no había café. Servían de nada los de carne, si se llegaba siempre tarde a la repartición. En ocasiones no se conseguían ni sal ni azúcar.

Su madre había llegado a Prusia Oriental invitada por los acontecimientos familiares y no había querido volver a irse. Wanda sospechaba que no deseaba volver a pasar un invierno igual que el anterior, aunque sabía que nunca lo admitiría. Ahora estaba ahí, tibia, bien alimentada, sin miedo, pero con la intención de hacerse imprescindible, a su modo: hacía como que hacía. Hacía como que ordenaba, pero desordenaba. Daba órdenes que desordenaban también. Había hecho llorar a Jadwiga en varias ocasiones, aunque prefería, la mayoría de las veces, ignorar su presencia (Wanda llegó a la conclusión de que su madre, en su soledad, se dejaba llevar por todo lo que escuchaba en el *Volksenfänger*). A diario deshacía las trenzas imperfectas de Ilse, la cual se quejaba de que su abuela quería mandar sus párpados a la coronilla, de tanto estirón. A diario, Hartwig mandaba a Janusz por su comida para comer en paz en la oficina, pues en la mesa de sus padres no se habían permitido ni las conversaciones ni las risas, regla con la cual su madre se regía a donde quiera que iba. A Hartwig le gusta la charla en la mesa y no le gustaba contener la risa cuando a ésta le daba por aparecer. Ya se había cansado de las duras miradas de su suegra, pero también era educado y respetuoso con sus mayores, así que prefería ausentarse lo más posible, y ceder: había aceptado la orden de su madre de que Ilse no saliera a acompañarlo más.

A Wanda también le hubiera gustado llevar su comida a la oficina de Hartwig para comer con él en ruidosa paz. Su madre la había acercado al llanto varias veces, debía admitir, pero debía tratarse sólo del efecto del embarazo, se consoló. Ese embarazo que parecía tan eterno y tan abarcador como la visita de su madre.

Sería más fácil lograr azuzar al bebé a salir que a su madre a partir. ¡Cómo

deseaba que ambos eventos llegaran a su fin!

Sintió el remordimiento roerle la entraña. Se trataba de su madre, una viuda: por ningún motivo desearía que pasara hambre o miedo. La invitaría a quedarse si tan sólo ésta apreciara el techo que la protegía, la paz que en apariencia los rodeaba, la aparente ausencia de miedo, la ausencia de ataques aéreos, el sabor de los caldos bien provistos de proteínas y verduras que preparaba su hija, a su yerno escogido por ésta. ¿Por qué no podía disfrutar de los nietos, perfectos o imperfectos? ¿De su hija? Pero no: los nietos no hablaban bien. Edeline era una bebé, Freddy era un torpe malhecho; e Ilse, una grosera, decía.

Su madre rompió el silencio compartido con una queja que a Wanda no sorprendió: Irmgard los visitaba demasiado poco y la pasaba taciturna.

—Además, es una sabelotodo insoportable.

En eso le concedía la razón. Difícil la adolescencia, pero más si en la escuela te hacen creer que eres el futuro brillante de la nación del futuro brillante.

—¿Qué ideas son esas de mandar a los hijos lejos a estudiar? A ti nunca te mandamos...

No. Nunca la mandaron a ningún lado. Le hubiera hecho mucho bien alejarse un poco.

—No hay escuelas para niñas de su edad por aquí, ya lo sabes, *Mutter*.

Y la que había, había cerrado.

—Pues debería bastar con lo que hay cerca. Deberías regresarla para que esté en su casa, como corresponde a una señorita.

En eso no estaba de acuerdo. Pensó con tristeza en Ilse, la cual había perdido su escuela y en Freddy, el cual nunca había ido. Irmgard estudiaría mientras fuera posible, se prometió, pero ya no dijo nada, pues había aprendido que responder era echar leña al fuego de las peroratas de su madre. Mejor callarse. Mejor seguir con su bordado en silencio, antes de que ésta tornara su atención a la forma de sus flores, pues a juicio de su madre, su hija parecía no dar puntada buena: ¡pobre bebé el tuyo, con pura ropa malhecha! Su hija no sabía que el rojo y el naranja nunca van juntos en un *bouquet* de flores bordadas y menos en el bordado de los manteles: ¡Wanda, por Dios!

Cómo le gustaría tener una madre que apreciara a la hija que había dejado la casa paterna hacía años, que había construido su propio hogar con reglas, duras o laxas, pero propias, y que tal vez así sí y por qué no: aceptara que eso le daba

derecho a Wanda de ser medio rebelde. La invitaría a quedarse, si no creyera que era imposible que su madre cambiara.

Wanda no deseaba ser grosera, pero la paciencia se le agotaba, y a veces se sentía tentada a responder con un tajante no me explico, a esa necia, pero acertada, pregunta de Ilse de si vino a ver al tío Franz y a la prima Crystl, si se la pasa allá durante el día casi todos los días, ¿porqué no se hospeda con ellos? Pero se contenía. No podía permitir que los impulsos nacidos por el embarazo borraran toda la buena educación que había invertido en sus hijos. Cuando se fuera, si se iba, le regalaría dos gallinas con sus polluelos. Serían más fáciles de cuidar que los conejos y más sencillas de atrapar para hacer caldo.

Suspiró. El bebé se relajó y la redondez regresó a su barriga. Wanda descansó, pero siguió bordando sin rumbo fijo.

Debía ser justa. No podía culpar a su madre de todo su desasosiego. Estaba la guerra, la cual hacía parecer que una prolongada visita de una madre incómoda fuera poca cosa. La aparente paz que se disfrutaba en la región era eso: sólo aparente, sólo superficial. La vida sin bombas les había durado lo que la guerra, pero siempre parecía estar a punto de acabar esa bonanza, de irse a un desfiladero.

—No te preocupes. Los rusos nunca pasarán.

Era lo que siempre decía Hartwig. Más seguido desde el desastre sucedido en Stalingrado: todas las divisiones del ejército alemán decimadas o rendidas para febrero de 1943. Se había enterado por el *Volksenfänger*: «El mando supremo de la *Wehrmacht* anuncia que la batalla de Stalingrado ha llegado a su fin. Fiel a su juramento de lealtad, el Sexto Ejército, bajo el liderazgo ejemplar del Mariscal Paulus, ha sido aniquilado por la abrumadora superioridad de los números enemigos... El sacrificio del Sexto Ejército no fue en vano... Murieron para que Alemania pudiera vivir».

Hartwig había llegado desconsolado. Desde entonces Wanda comprendió que ya no podía fingir que la guerra no existía. Desde entonces Wanda lo acompañaba por las noches a escuchar la radio en la oficina desierta, pero no la radio alemana, la cual seguía con sus anuncios de la muy próxima victoria germana, sino la inglesa, la prohibida, la que les daba la impresión de que les hablaba, tal vez con el afán de inyectarles desánimo, pero con lo que sonaba a verdad: «Tic, toc, tic, toc, tic, toc, tic: cada siete segundos muere un alemán en

Rusia. ¿Se trata de tu marido? ¿Se trata de tu hijo? ¿Se trata de tu hermano?».

Sí. Se había tratado de Josef, el hermano de Hartwig, y marido de Ida. ¿Qué había sido de él? Nadie tenía noticias particulares, sólo que había desaparecido en masa con el Sexto Ejército en la helada Rusia y que, desaparecido, ya nadie lo tomaba en cuenta ni para inscribir su nombre en la lista de los muertos del *Wehrmacht*. Sólo su hermano, sólo su mujer en Schneidemühl. Sólo sus huérfanos. Tic toc. Se había tratado de algún marido, hijo o hermano de casi todos los que conocían. Todos en la región estaban de luto, pero si escuchaban a la BBC como hacían Wanda y Hartwig, nadie decía nada más que por aquí no pasarán, no los dejarán, no es lo mismo pelear en tierra ajena que pelear por la patria.

Era lo que todos en el pueblo aseguraban y que Wanda no se atrevería nunca a desmentir, porque era lo que ella también deseaba; lo que repetía, incluso, para ser cómplice en el engaño masivo. Era una declaración que, ahora sospechaba, emanaba de un deseo colectivo y que se convertía en una letanía que, si se repite con fe suficiente, con vehemencia suficiente y la cantidad de veces necesarias, será concedida. Ni bajo la influencia del embarazo se atrevería a contradecir a nadie en voz alta sobre el asunto, quizá por miedo a romper el flujo de tal petición que a todos convenía, pero más por miedo a represalias que por atreverse a cuestionar el destino victorioso de Alemania. No quería que la tildaran de apóstata o de traidora. No habría manera, en tal caso, de cómo culpar a su quinto embarazo, mezclado con la visita de su madre, mezclado con el miedo constante.

Pero a él que la quería, a Hartwig —que nunca la sometería a represalias ni reclamaciones, debido a esa mujer en la que se había convertido con cada síntoma de su quinto embarazo, y porque ella tenía que soportar a la madre con estoicismo y a la guerra con disimulo—, tampoco le decía nada, aunque seguido se tenía que morder la lengua para no gritarle ¡siempre me dices lo mismo! Pero te conozco: ¿crees que no te leo la angustia en la mirada? ¿Crees que no he contado todos los camiones llenos de heridos que pasan por aquí? ¿Los que a veces se detienen a mendigar comida?

Cada vez sucedía más seguido: los camiones ya no pasaban de largo, ni de ida hacia el frente oriental ni de vuelta hacia Königsberg. Todos los que descendían de ellos, lucían emaciados. Wanda los observaba de lejos. Sólo de

lejos desde su puesto en el segundo piso, pues Hartwig le había pedido que no se acercara. Suponía que su marido temía que se le rompiera el corazón. Se le rompía de todos modos. Ante esa cruda realidad, no había lejanía que valiera.

Aunque la guerra de balas no se había dejado sentir en su rincón de Alemania, el hambre de la guerra circulaba sobre ruedas, levantando el polvo tras de sí. Lo cual provocaba más y más el comentario ése de los rusos no pasarán por aquí: somos el sostén de Alemania, el granero de la patria. Además seguían con ambos pies en Rusia, ¿o no? Habrían perdido la batalla, pero ganarían la guerra, ¿o no? Todavía sostenían el sitio de Leningrado, ¿o no? Sí. Todavía.

La primera vez que Janusz dio aviso que un convoy de soldados hambrientos pedía ayuda, Wanda ya había detenido sus actividades: acostumbrada a oír los motores a la lejanía, ese día se sorprendió al oírlos frenar, detener la marcha por completo, apagarse. Se asomó por la ventana de la cocina, pero no logró ver nada desde ahí. El segundo piso le ofreció mejor vista panorámica. Fue entonces cuando vio el hambre personificada por primera vez desde su infancia.

—*Herr* Hahlbrock pide que mande lo que tenga hoy de...

—Janusz, vaya al sótano y suba un costal de papas. También cinco frascos de conservas.

Ella empacó el pan recién hecho en una canasta. Al final, también agregó una pierna de cerdo ahumada.

Esa noche, la familia Hahlbrock cenó sin pan, pero satisfecha de haber hecho algo —de manera directa— por los soldados de la guerra. Felices de haber sido testigos de cómo, por un momento, regresaba una sonrisa a la joven cara de algunos soldados y cómo caminaban más erguidos —un poco más fuertes, quizá— de regreso a su camión. Días después se detuvo otro convoy de hambre, y otro día y otro. Wanda pronto perdió la cuenta y el entusiasmo. No ayudaba en nada, comprendió. La granja trabajaba para el esfuerzo de la guerra y proveía cada vez más insumos. Siempre habían creído que con su productividad sumada a la de todas las granjas profesionales dedicadas y organizadas para ese fin, a Alemania no le haría falta alimento. Resultaba que todo esfuerzo era insuficiente: que su madre pasaba hambre, que las ciudades pasaban hambre, que los soldados pasaban hambre. Los ladrones de los plantíos de su madre lo hacían para llenar el vacío en el estómago y los mensajeros, también. ¿Acaso había

alguien, además de los granjeros, que no la tuviera?

No podían seguir con tan generosas aportaciones extraoficiales, pues, irónicamente, iban en detrimento de las cuentas que la granja debía entregar al ejército. La granja trabajaba para el *Wehrmacht*, no para los soldados. Alimentaban con sus cosechas a la guerra, pero ésta no conocía la saciedad.

Para Wanda, el hambre era la más clara evidencia de que el esfuerzo bélico de Alemania iba por mal camino, dijera lo que dijera de manera oficial el *Volksfenfänger*. Pero recientemente algo más la había alarmado: los camiones que se detenían ya no sólo lo hacían por comida, ahora también buscaban gasolina.

El ejército, le habían informado hacía meses a Hartwig y a los granjeros de la región, tiene prioridad sobre la gasolina. Lo habían comprendido. Hartwig había estacionado el tractor y su motocicleta sin vida antes de que llegara el invierno. En la granja todo lo necesario se hacía con caballos de fuerza y lomos humanos.

—Volveremos a la manera antigua de hacer las cosas, es todo, Wanda —le había dicho Hartwig.

Si el ejército tenía acceso exclusivo al combustible, ¿por qué la buscaban en una granja? ¿En una que ya sufría los estragos de la escasez? ¿Por qué también les faltaba?

Una granja podía revertir la manera de hacer las cosas y seguir productiva. Con yuntas de caballos o bueyes, una granja podía funcionar. ¿Acaso podía hacerlo un ejército moderno? Cada vez eran más los vehículos militares abandonados a la orilla de los caminos. ¿Se podía ganar una guerra sin gasolina?

El *Volksempfänger* insistía en contar victorias y nunca las derrotas. Wanda no conocía ni la fórmula ni las cifras exactas de esa matemática mágica de pura ganancia que se empeñaban las voces sin cuerpo en enseñarles por vía de las ondas radiofónicas y que todos los escuchas se empeñaban en creer o en fingir que creían. Pero Wanda comprendía que la guerra, como la granja, también era asunto de números reales de la aritmética tradicional que su generación había aprendido en la escuela. Esos números eran claros; no mentían ni entonces, ni nunca, y ella todavía era capaz de hacer bien sus cuentas: cada vez eran más camiones que pasaban de regreso como aves de mal agüero. Cada vez eran más heridos. Cada vez era más la exigencia: más trabajo, más cosechas, más soldados, más entrega, más frío, más hambre, más huérfanos, más viudas, más

muerte, más silencio, más difícil la credulidad. Ésas eran las sumas, pero luego venían las restas: por cada herido, ¿cuánto muerto? Y por cada muerto contabilizado, ¿cuánto hombre perdido? Y por cada vivo, ¿cuánto muerto de hambre? Por cada cupón de racionamiento, ¿cuánta tinta gastada?

Aumentaban las declaraciones pronunciadas más como aseveración —por aquí no pasarán—, que como petición —que no pasen, *mein Got*—, pero ella ya no se engañaba, no eran más que súplicas elevadas al cielo. Y faltaba contabilizar la peor resta de todas: cada vez eran menos las verdades, comprendía Wanda, a quien el embarazo en ciernes le había quitado el derecho a usar sus tres pares de zapatos y a la cual el ombligo quería escapársele. Sin embargo, a pesar de su incomodidad, algo de cordura se le había permitido conservar todavía, pues lograba morderse la lengua para ni a su marido decirle: Hartwig, las guerras no las ganan niños hambrientos sin energía montados en vehículos estacionados. Pero ¿para qué? Sabía que él también hacía sus cuentas —las reales —, y que callaba.

Wanda sintió las patadas del bebé que se aferraba a la oscuridad de su vientre.

—Sujétate bien. Tal vez estás mejor ahí, *Liebling*.

29. EL AULLIDO

—No se te ocurra escapar.

La advertencia se la hizo *Herr Hahlbrock* sin amenaza de por medio. Lo hacía por presionarlo, eso sí, pero Janusz se lo agradecía, pues entendía la motivación. Podía leer la preocupación en la voz de su patrón. La tristeza.

Janusz lo apreciaba. Sabía que no todos los polacos eran tan afortunados como él. Por años, *Hartwig Hahlbrock* había hecho todo lo posible por fingir que la situación laboral que había en la granja era la tradicional: la de un patrón que emplea jornaleros, les da buen trato y les paga el salario fijado por el Gobierno. Les ofrecía siempre plática amigable, sombra y agua cuando el sol quemaba, calor y té cuando se les formaban carámbanos en la nariz. Lo apreciaba más aún porque les proveía también ropa abrigadora o fresca cuando era necesario. Y vaya que con él había sido necesario seguido, pues continuaba creciendo, y sus pantalones parecían encogerse a plena vista. Janusz no sabía cuándo pararía de crecer. *Herr Hahlbrock* tampoco.

—Janusz, ten: camisa y pantalones nuevos. Botas también. Pertenecían al marido de la viuda *Didschus*. Se los cambié por lana. Creo que te quedarán, pero veamos: no cualquiera tiene tu tamaño. Creo que has de haber sido hijo de gigantes.

A veces, Janusz se preguntaba lo mismo. Su madre se había perdido entre los árboles hacía años. Lo que recordaba de ella no tenía nada que ver con el tamaño. De su padre no tenía recuerdos y su madre nunca había hablado de él más que para insinuar que se había tratado de un gigante del bosque. Uno bebedor, además. ¿Acaso era posible tal cosa?

Janusz recibía y agradecía la ropa nueva. No se podía trabajar bien con prendas pequeñas, y en invierno más valía que las mangas llegaran a donde debían llegar, en especial si los guantes entran a las manos, pero ya no llegan hasta donde deben llegar. En invierno, cualquier centímetro de piel descubierta era peligroso. Había gastado semanas en debatir consigo si debía pedir unos nuevos, apropiados para las manos de un joven gigante. No se había atrevido antes. Sabía que ahora debía esperar a que la situación se normalizara, a que no hubiera tanta sospecha.

Tadeusz, Józef y Radosz habían escapado. Un atardecer, habían salido por leña, como seguido tenían que hacer los hombres de la granja, y no habían

vuelto. Janusz imaginaba que habían llegado al árbol que cortarían, se habían sentido libres de supervisión y no habían detenido la marcha.

Al día siguiente nadie emergió de la cabaña de los jornaleros. Al entrar Hahlbrock a inquirir el motivo, sólo había encontrado a Janusz, vestido, pero inmóvil, sentado en su cama.

—¿Dónde están?

—No sé.

—¿Por qué no me buscaste?

—Me quedé dormido por la noche. Cuando desperté comprendí que se habían ido. Y tuve miedo —le dijo, honesto.

—¿Te dijeron algo?

—Se fueron y no regresaron. No me dijeron nada.

Ni siquiera adiós. No lo habían invitado a unírseles, pero cerca de cinco años de vivir juntos, ¿y ni una palabra de despedida?

—Escucha, Janusz, vendrán los soldados a interrogarte. Estaré contigo. No te preocupes.

Los soldados habían llegado y habían intentado ensañarse con el único prisionero que les quedaba. Hahlbrock no lo había permitido.

—Déjenlo en paz. Es obvio que el muchacho no sabe nada. Se fueron sin hacerlo partícipe. No es tarea de él patrullar ni vigilar. Los trabajadores se fueron al anochecer cuando se supone que estaban de guardia ustedes. Se les escabulleron a ustedes, soldados. Y voy a presentar un reporte a sus superiores.

Lo hizo. Esos soldados, que habían cuidado cosechas y campesinos en relativa paz, que habían establecido una especie de pacífica, aunque lejana, relación con sus cautivos y que respetaban a *Herr* Hahlbrock, si no como soldado, sí como un hombre eficiente y justo, habían sido enviados al frente oriental a aprender —así lo dijo su superior— la importancia de no relajar la vigilancia. Dura lección por haberse permitido la complacencia y la laxitud. Había sido un error dejarlos quedarse tanto tiempo, no rotarlos. Pero es que había tanto que pensar en una guerra, que nadie recordaba a un pequeño grupo de soldados al cuidado de una de las granjas más productivas.

No los habían fusilado: *Herr* Hahlbrock había convencido al comandante de que los necesitaba la guerra.

—Janusz, no quise ver morir a esos hombres en esta tierra. Pero ahora no sé

si les hice un favor o los perjudiqué más.

En el frente oriental, sus cuerpos detendrían de manera efectiva un proyectil, o varios. Para fines prácticos, iban a un fusilamiento lento y tortuoso, uno en el que el sujeto nunca sabría de dónde o cuándo llegaría su muerte. Y mientras esperaban, no habría más que frío o fango.

Antes de irse, antes de que la decisión fuera tomada, incluso, habían sido enviados a adentrarse en el bosque para atrapar a los evadidos. Tenían esa oportunidad para redimir su orgullo como soldados germanos y como práctica para la vida color sanguina que encontrarían.

Los tres polacos no habían logrado borrar por completo las huellas de la huida o quizá el desuso no había atrofiado del todo las habilidades de sus carceleros: los sorprendieron cuando acababan de unirse a un grupo de la resistencia polaca. La batalla no había sido fácil, pero los alemanes, aguijoneado su orgullo, habían salido vencedores: al final de la primera batalla que habían peleado algunos en esa guerra, habían perdido a dos hombres y les había quedado uno herido.

—No te preocupes, soldado, de todos modos te espera el frente oriental —le dijo su comandante.

De los polacos había quedado poco: unos habían logrado huir, pero las balas nazis habían logrado abatir a diez, entre éstos a Józef. Tadeusz, para su desgracia, había quedado herido, pero vivo. Hartwig Hahlbrock había sido llamado a reconocerlo y a ser testigo de su condena: la horca ahí mismo.

Era lo peor que a Hahlbrock le había tocado vivir. Ver a un conocido, si no amigo, enviado a la muerte con todo propósito, le había robado toda capacidad de amable disimulo.

—Janusz, las cosas van a cambiar.

El joven no sabía lo que eso implicaría. No le gustaban los cambios, pues había que aprender todo de nuevo. El cambio no nada más sería duro para él. También lo sería para su patrón. Ya lo era. Imaginó lo que pasaba por la mente de *Herr* Hahlbrock: en la granja, los trabajadores agrícolas eran prisioneros. El patrón, su carcelero. Fue testigo de cómo la comprensión olvidada brilló en su mirada. Si la guerra existía más allá de los amplios linderos de la granja, existía también dentro de ellos. A la guerra no la contenía ninguna mentira. Hahlbrock había bajado la guardia. Los casi cinco años en relativa paz lo habían convencido

de la verdad de su ficción: los polacos son mis empleados y me aprecian. Y de otra, más grave: es imposible que los rusos invadan estas tierras pacíficas. Toda la información conocida de la guerra le llegaba de fuentes que la contaban como deseaban: una guerra con cara amable pero decidida, lejana pero firme, heroica, ganada.

Janusz, a través de lo que escuchaba entre los polacos, conocía otra versión de los hechos: no todo era como lo contaban los alemanes. Le daba gusto que la huida de los polacos hubiera servido para hacerle ver a Hahlbrock lo peligroso que era vivir en el engaño. A pesar de temer a los cambios, ése en particular complació a Janusz: los rusos pasarían por ahí algún día, pero ya no les sería fácil tomar por sorpresa a la familia Hahlbrock.

Los nuevos soldados que habían enviado no eran ni nuevos ni amables. Ni siquiera lo eran con el patrón de la granja. Habían sobrevivido en el frente oriental varios inviernos. Mandarlos ahí era un premio —un descanso— por servicio heroico. No lo desperdiciarían con descuido o laxitud. De entre ellos, no había uno solo que deseara regresar.

La única concesión que habían tenido con Hahlbrock había sido la de no volver a traer prisioneros a vivir en la granja. Necesitaban trabajadores —imposible prescindir de ellos—, así que transfirieron unos de otros trabajos —nadie había preguntado de dónde—, pero los habían hospedado en el pueblo. Al comenzar el día se reportaban para trabajar; al terminar, se iban. Hahlbrock no deseaba volver a entablar relación con nadie que fuera dispensable. No deseaba tener cercanía con aquellos que no la desearan con él. No deseaba sentirse obligado a proveer ropa fresca o cálida a nadie más. Haría por su granja y por su gente, y ya. Entre esa gente, Janusz. Janusz que le prestó su oído dispuesto y lengua silenciosa cuando le contó lo acontecido, cuando le informó lo que sucedería de ese momento en adelante. Janusz, que le prometió que no diría nada de la violencia acontecida ni a Ilse ni a Wanda.

—No quiero que se enteren de lo que sucedió, ¿entiendes?

Janusz comprendió. Aunque la extrañaba, de cierto modo le daba gusto que hubieran decidido mantener a Ilse dentro de la casa: no comprendería los cambios, la frialdad de los nuevos soldados. Tampoco comprendería los grotescos convoyes de hambre que se detenían frente a la granja cual mendigos de alimento o gasolina. Ver la condición de esos soldados la horrorizaría:

algunos bajaban heridos de bala, cojeando, doliéndose, pero muchos otros heridos de frío. Era impresionante verlos sin falanges, sin párpados, sin narices. A veces esas imágenes lo despertaban en medio de la noche. No quería que Ilse sufriera lo mismo. Había que protegerla a ella y a la familia ante todo.

—Puedes irte al pueblo, si lo deseas.

A Janusz se le había detenido un instante el corazón con el ofrecimiento de Hahlbrock. ¿Lo estaba echando acaso?

—Puedes vivir allá y venir todos los días con los demás jornaleros.

El alivio de Janusz había sido inmediato.

—No. Aquí me quedo.

El alivio de Hahlbrock no había llegado tan fácil.

—No se te ocurra escapar, Janusz.

En esa advertencia no había amenaza, había preocupación: no se te ocurra escapar, porque te matan, Janusz.

—Yo no me voy a ningún lado.

En esa respuesta no había temor, había una promesa y una declaración: no quiero estar en ningún otro lado.

—Entonces aquí te quedas, pero dormirás solo en la cabaña. ¿No te importa?

Hacía mucho que Janusz no dormía solo. Entendía que era mejor no volver a traer extraños a vivir en tal cercanía con la querida familia. Dormiría en su cabaña de noche, con el crujir de los leños como única compañía, pero de día no estaría solo: con los Hahlbrock se había hecho de una familia. No era propia, sabía. Las circunstancias no eran las ideales. No se engañaba. Pero Ilse lo quería. Él la quería. A Hahlbrock... a Hahlbrock tal vez también. Él era lo más cercano que había tenido a un padre, aunque no fuera un gigante y aunque el alemán no se diera cuenta de ello. Lo había protegido de la ira vengativa de los soldados. No se sentiría a salvo en ningún otro lado.

—No me importa.

Tomada la determinación, aceptado el ofrecimiento, sintió un momento de aprehensión: era el recuerdo del niño que fue, tan solitario que prefirió la compañía de tres extraños a un solo día más de silencio absoluto, a un día más de frío, de hambre, de abandono. Se había acostumbrado a la taciturna compañía de Tadeusz y Józef, y a los reclamos de Radosz ante su apaciguada complacencia. Ya eran parte de su vida. Se había acostumbrado a sus ruidos

nocturnos, a los ronquidos, al aroma con el que llenaban los confines de la cabaña, inclusive. ¿A qué olería ahora esa cabaña si sólo se llenaba con el aroma de uno? ¿De él? ¿A qué sonaría ahora sólo con su voz sin receptor, sólo con sus suspiros? ¿Cuál sería la temperatura interior de la solitaria cabaña? Janusz se había acostumbrado a disfrutar la tibieza que tenía más que ver con cuerpos vivos que con la leña que todos, incluido él, se turnaban para encender y conservar. Pero los otros se habían ido sin encender el fuego aquella noche. Sin hacer ruido siquiera. Se habían ido de largo, habían dejado caer la leña recogida, habían ignorado buenos troncos, pero no habían dejado caer sus hachas. Ésas sí se las habían llevado. A él lo habían dejado ahí sin más, sin compartirle la escapatoria.

Era probable que supieran que no hubiera aceptado la invitación a seguirlos, pero dolía la deserción sin oportunidad. Comprendió que quizás habían sospechado que él los delataría. Mentira: nunca lo hubiera hecho, se juró, aunque sabía que su juramento ya estaba de más. Cierto que sentía apego al patrón y a la niña querida. Cierto que Janusz, al confiar en la efectividad de su prisión y al atenerse al consuelo de la simple compañía, había fingido no darse cuenta de la mala voluntad que tenían los tres hombres contra los Hahlbrock. Cierto que esos tres, en la granja, bien vigilados, eran inofensivos. En libertad, en cambio, no hubieran dudado en buscar venganza directa contra la cara conocida de su opresor. También era cierto que, a pesar de que les hubiera deseado suerte, ahora que sabía que dos de tres habían muerto, no tenía ningún problema en aceptar que sentía dos terceras partes de alivio. La otra tercera parte seguía en desasosiego. Janusz no sabía cómo decirle a Hahlbrock que ésa era la peor parte: Radosz seguía suelto y se había ido al bosque a aullar con los lobos.

LOS SCHIPPER
Enero de 1944

30. LAS HOGUERAS DE LAS VANIDADES

Tanta pregunta que hacía su niño, y tan pocas respuestas que le tenía. Un carpintero no las tiene para ésas. Un carpintero sabe de maderas; las conoce todas con el puro tacto y el aroma. Sabe de lijas, de calibre de clavos, de taquetes. Sabe de fechas exactas también: un mueble como el que me pide, *Mein Frau*, se lo entrego en setenta y cinco días. Sabe de geografía y de historia: la madera de ébano de esa mesa viene de Gabón, señorita Stieglitz, hecha durante el reinado de Friedrich Wilhelm II. También logra convertirse en gran observador y pronosticador del clima: no se debe aplicar un esmalte en días de lluvia y lloverá mañana. Un carpintero sabe de creación, de construcción, pero, ¿de poleas? Tal vez sólo un poco, si las tiene en el taller, pero ¿qué sabe de motores y engranes? ¿De producción en serie? Nada.

—Llévame contigo a Königsberg, *Vater*. Llévame a la biblioteca —le insistió por tercera, quinta... ¿décima ocasión?, antes de salir.

—Nein, Arno. Voy a trabajar.

Y lo había dejado en casa, con la cara triste, sin comprender el motivo por el cual su padre se negaba a llevarlo. Sentía no poder cumplir la promesa que en su nombre había hecho su mujer: tu papá te llevará a la biblioteca. Pero el padre había tardado en regresar de Rusia, de su recuperación y de su letargo, y ya era demasiado tarde.

¿Para qué habría de llevarlo? ¿Para que el niño viera la destrucción que los bombardeos aéreos habían ocasionado en la ciudad? ¿Para hacerlo parte de la guerra? ¿Para que conociera el miedo? No. Arno era el único de la familia que quedaba intacto. El único al que todavía le brillaba la curiosidad en la mirada. El único que todavía miraba con admiración a su padre. ¡Qué tesoro era ése! Fritz, Johann e inclusive Helga lo habían visto destruido, no por una bala, sino por la debilidad que lo había atado a la droga y luego debido a la debilidad que lo invadía con los incesantes e inescapables recuerdos. Karl les leía el desdén al asomárseles en la mirada. Más cuando admitía su alegría de haber regresado a casa, más cuando debían ellos explicar y explicarse que su padre fuera el hombre más joven y más completo de los alrededores. Era cierto. Parecía cierto. Pero era difícil recordarles a todos que se movía de milagro y que para siempre llevaría dentro la bala que no pudo matarlo. Difícil explicarles que se había gastado toda su juventud en el tiempo de lejanía.

Arno. Su niño pequeño de granja. La ciudad no era para él. Karl se rehusaba a ver la destrucción de la ciudad reflejada en esos ojos más azules que el cielo y temía ver la decepción, si acaso en Königsberg quedaban más libros para hojear.

Karl Schipper iba a la ciudad porque no tenía remedio. Había que trabajar. Había que arriesgar la vida para hacerlo. Quizás exageraba: sólo había habido unos cuantos bombardeos aéreos rusos a Königsberg, pero si algo había aprendido de la guerra, era que nunca se sabe cuál es la ocasión precisa que acabará con uno. Calibre pequeño o grande, granada o mortero o misil aéreo, ruso o inglés: existía aquel que traía escrito el nombre de cada alemán. Más le valía entonces no estar cerca para ser encontrado.

Ese día decidió ir montado a caballo para ir y venir rápido, aunque su caballo fuera de tiro y no de monta. Si no llevaba materiales, ¿para qué necesitaría la carreta? Si se decidieran a caer bombas del aire, le sería más fácil salir del camino para resguardarse. Esperaba que, en tal caso, su monta respondiera con tranquilidad a las órdenes de su dueño a pesar de las detonaciones. O que reaccionara con corazón y cuatro pezuñas para salvar su propio pellejo, pues no tenía garantía de que el dueño pudiera conservar la suficiente calma para dar instrucciones sensatas, si la templanza de éste había quedado tirada al pie de un árbol de un sangriento bosque ruso. A sus rescatistas se les había olvidado subirla a la camilla junto con su cascarón quebrado, y ahora Karl la imaginaba enterrada a lado de todos los demás soldados caídos ese día.

No quería separarse de la granja nunca más, pero había recibido un llamado imposible de ignorar.

Karl Schipper era el carpintero que, una vez al año y por partes, reparaba el techo o un peldaño suelto de la gran escalera de la casa Stieglitz. No era un trabajo que pagara mucho, pero a Karl siempre le había gustado ese lugar por el privilegio de acariciar los muebles antiguos, los nudos de sus maderas preciosas y admirar la talla que habían logrado ebanistas del pasado.

Ya el año anterior se había presentado a la cita como si nunca se hubiera marchado, como si la guerra no le hubiera sucedido ni a él ni a ella. *Fräulein* Stieglitz lo había recibido como si nunca se hubiera ausentado ni dejado un paréntesis tras de sí.

—Pase *Herr* Schipper. Hay mucho que hacer.

Fue en esa visita cuando había comprendido que la vida le había cambiado

más allá de los nuevos miedos encontrados. Estaba salvado de la influencia del Demerol: los temblores no habían regresado, aunque el deseo por ella lo invadía durante la noche, cuando la coraza que mantenía firme durante el día dormía con él. Se sorprendía cada día al comprobar que el cuerpo lo obedecía con ánimo y que sólo era en los días más helados en los que sentía los dolores de sus heridas y la pesadez de sus piernas. Había creído que, libre de las tenazas de la guerra y de la droga, regresaría a la rutina de antaño, pero se había equivocado: la rutina que siempre había tenido aroma a aserrín y barniz se negaba a regresar a su encuentro. Ahora no tenía nada que hacer; al menos nada que le interesara, nada de lo que le diera satisfacción. Ayudaba en la granja, aliviaba las tareas de su mujer, se había convertido en el cocinero de tiempo completo de la familia.

El carpintero que llevaba dentro se esfumaba día a día. Se asomaba un poco a reparar puertas o cuchillas de trineo y, con una tristeza inconmensurable, tallaba caballos miniatura con el propósito de darles vida en homenaje a todos los que vio morir. Eran esas pequeñas esculturas defectuosas la única concesión a la creación que tenía, pero ni siquiera al viejo caballo letón había podido reproducir de manera fidedigna. No lograba insuflar de vida ni a ése ni a otros y, con cada rígido caballo que creaba, su ánimo por intentarlo disminuía.

Arno estaba obsesionado con motores y mecánica, pero su padre todo lo había hecho siempre con sus propias manos, sin maquinaria motorizada. Sin ayuda, siquiera. Ahora esas manos parecían haber perdido el vapor de su propio motor interior, sería porque recuperarse de la guerra era imposible cuando la guerra continuaba, o sería porque, gracias a la guerra, nadie venía ya a su taller a comisionar un mueble o una mecedora nueva.

La guerra le había arrebatado al carpintero su arte y lo había convertido, si tenía suerte para ganarse unas monedas, en un simple curador de lo usado o de lo antiguo. Pero aun esas comisiones habían desaparecido casi por completo: durante la guerra se reparaban las averías, de ser posible, pero optaba por hacerlo el mismo dueño de lo roto con torpeza y sin consideración a la perfección o a la posteridad. En tiempos de guerra, ser carpintero especializado resultaba superfluo. ¿Para qué comisionar el trabajo? ¿Para qué pagarle a un carpintero? ¿Quién necesitaba vivir rodeado de belleza si moría de frío o de hambre? ¿O si moriría quizás en el próximo bombardeo? Más importante era tener algo sólido que comer que un mueble sólido dónde comer. ¿A quién le importaba que una

mesa se bamboleara durante los cinco minutos que duraría la comida? Eso, si acaso se le permitía a la mesa continuar su existencia.

Porque por llenar el hueco que dejaba el frío —pues también era más importante sobrevivir una noche helada que el sentimentalismo—, a veces se sacrificaba al fuego, pata a pata, hasta aquella mesa de madera preciosa de Gabón, creada cuando Prusia era grande y única, hecha para subsistir el paso de los años y el uso de generaciones. Una mesa así se podía hacer leños para alimentar el fogón en las noches de bélico invierno en que escaseara el carbón para la caldera de vapor. Sin consideraciones a su valor. Sin consideraciones a los ancestros que la habían comisionado. Una mesa así, perfecta, podía ser enviada a fenecer por partes en efímeras conflagraciones sin consideraciones al carpintero que desde que la había visto por primera vez años antes la había considerado una inspiración y la había acariciado como un amante. Y sin despedida de por medio.

El año anterior, en su visita a la señorita Stieglitz tras dos inviernos de ausencia por guerra y por droga, se le había partido el corazón.

—¿Cómo que quemó la mesa, *Fräulein*? ¡Era de ébano de Gabón!

—Y era de mis bisabuelos. ¿Pero, qué? Los recuerdos polvosos, Schipper, no llenan la barriga ni calientan la piel —le dijo la vieja *Fräulein* Stieglitz—. Era pieza de museo, ¿verdad? La hubiera vendido, pero ¿quién la hubiera comprado? ¿Y para qué? ¿Por unas cuantas monedas? ¿Para que con las monedas que me dieran por ella me alcanzara sólo un caro atado de leños de madera barata, si acaso lo encuentro, que no me duraría ni la mitad de una noche?

La fina mesa de su abuela, continuó su narración la vieja solterona, se quemó lento, largo y caliente. Los pedazos que por impulso había cortado ella misma con un hacha desafilada, tal vez tan antigua como la mesa, le habían bastado para varias noches de calor en la sala de estar, donde ahora pasaba su vida la mujer.

—Al prender fuego a la primera pata, creí oír los lamentos de mis ancestros, y lloré. La segunda noche ya no. Ya no pensé en ellos. A ellos no les importan mis lágrimas ni mis dificultades. ¿A quién le importan las heladas lágrimas de una vieja sola? Ya ni a la vieja, si tiene frío.

—¿Y las incrustaciones de marfil?

—No debí haberlas echado al fuego, pero estaban bien adheridas, y yo,

aterida. El aroma no fue nada agradable, la verdad.

Al final sólo había quedado el hueco que antes una mesa había llenado en el espacio, en la historia y en la vida. Al final sólo quedaban los huecos en los recuerdos y en las manos sin vapor. Al final, sólo el carpintero que tanto había admirado la mesa de las tallas intrincadas lamentaba su ausencia.

Cuando el aislamiento tras la Gran Guerra había terminado por matar lo que quedaba de la fortuna familiar, los Stieglitz se habían propuesto conservar la mansión (¿Se imagina, *Herr Schipper*, lo que dirían los vecinos si vendiera la casa en que nació?), algunas joyas y todos los recuerdos que ésta guardaba, pero poco más. Poco en el banco. Con prudencia y frugalidad, los hermanos habían vivido en una noble pobreza en la cual sólo alcanzaba para víveres y reparaciones ligeras de la casa, inversión que valía la pena con el fin de que ésta no se les cayera encima. Por eso sabía Schipper que los muebles que la llenaban siempre habían sido motivo de orgullo para ella, y con razón.

Aquel día *Fräulein Stieglitz* le dijo que necesitaba ayuda. ¿Con el techo? ¿Con la escalera?, le preguntó él.

—No. ¿Qué importan unas cuantas goteras si puede caerme una bomba cualquier día que se le ocurra a un ruso o a un inglés?

Karl se preguntó si ella también imaginaba que una bomba llevaba su nombre.

—La mesa me duró, pero se acabó. En cambio el invierno no tiene fin y yo tengo mucho qué quemar en esta casa.

—¡No será el mueble del recibidor!

Ése era francés, de antes de la revolución, y Karl siempre había admirado la historia de caza que contaba con su talla llena de zorros, perdices y gansos salvajes.

—¡Ay, no, cómo cree! Ése sería el último en arder. A la mesa nadie la echará de menos, pero hay que guardar las apariencias si alguien toca a la puerta. No, *Herr Schipper*, no quemaré más muebles si lo puedo evitar.

Karl sintió alivio. La mujer había entrado en razón.

—Quemaré libros. Tengo muchos. Sígame.

La gran colección de libros amasada a lo largo de varias generaciones le ayudaría a sobrevivir el primer invierno de real escasez, calculó ella. El invierno anterior, el de 1943, en vez de la reparación anual acostumbrada, Karl le había

ayudado a la única clienta que le quedaba en la ciudad a bajarlos todos de sus librerías, a hacer montañas de papel, cuero y letras doradas. Eran muchos, le pareció al verlos en su sitio en los librerías de la biblioteca. Parecían muchos más cuando se les acomodaba en pilas afuera de la sala de estar. Que le duren varios años, deseó. Que le duren lo que dure la guerra. Preferible libros que muebles, se dijo todavía lamentando la mesa querida, mientras los acarrea bajo la dirección de su patrona.

—Éstos son sólo los que nos quedaron después de las hogueras de 1933. ¿Las recuerda?

Karl Schipper fingió saber de lo que hablaba.

—¿Su familia quemó libros?

Su familia nunca había tenido más que un ejemplar de la Biblia y ésa nunca la quemarían ni para salvarse del frío, así que Karl negó con la cabeza.

—Mi hermano Hugo, que en paz descanse, cual Torquemada, se entusiasmó con esa hoguera de las vanidades de la era moderna y, presto y raudo, hizo varias vueltas al jardín con la carretilla llena de libros. Pudo haber llevado a la hoguera de la universidad varios ejemplares sin importancia para aplacar las ínfulas controladoras, pero no: nunca fuimos dados a mezclarnos con la gentuza. Así que hizo su pira privada tan alta como él era y le prendió fuego con gasolina. Ay, *Herr Schipper*: ¡cómo me gustaría tener gasolina ahora! Sería mucho más fácil encender la estufa cada noche, ¿no cree?

Hugo Stieglitz había leído la lista de libros prohibidos publicada por el *Deutsche Studentenschaft* y se había deshecho de todos los títulos nombrados que contenía la biblioteca que sus abuelos y padres les habían dejado. La mujer no se explicaba de dónde le había salido esa cualidad de pirómano entusiasta a su hermano. Ni ese fervor por lo nacional socialista.

—¿O sería miedo? Ya no sé: el odio y el miedo se parecen mucho y son grandes motivadores, ¿no cree? Ambos deberían ser incluidos entre las grandes musas de la destrucción. No quiero hablar mal de mi hermano, usted entiende, *Herr Schipper*, pero ese día no hubo cómo disuadirlo. Era como si se hubiera convencido en un instante que esos viejos autores que nuestros abuelos y padres leyeron en su tiempo fueran los culpables de la desgracia germana. Para aplacarme, me decía: tenemos una de las bibliotecas privadas más grandes de la ciudad; vendrán por nosotros y por nuestros libros, ya lo verás, María.

Ella había logrado arrebatarse del incendio dos tesoros de tres generaciones: el último volumen de la primera edición de *Les misérables*, de Víctor Hugo, en el francés original, y el *Almensor*, de Heinrich Heine.

—No le va a decir a nadie, ¿verdad?, *Herr Schipper*, que salvé del fuego a un francés y a un judío. Imagínese el escándalo.

Karl nunca hablaría de eso, pero ella tampoco debió contárselo: se trataba de información peligrosa para ambos.

—Corrí al jardín cuando Hugo iba de vuelta a la biblioteca y tomé los libros que fuera, uno con cada mano. Pertenecieron a mi abuela: no iba a dejar que su nieto los hiciera cenizas por un capricho de organización estudiantil alguna. Sólo supe cuáles libros había salvado hasta esa noche, en la privacidad de mi habitación, cuando me atreví a sacarlos de su escondite. Creo que fue providencial: que Hugo quemara a otro Hugo nos hubiera traído mala suerte, y que quemara la obra de un judío en la que se lamenta la quema de libros, también. Nos parecerán fantasías judías, *Herr Schipper*, pero ¿sabía que Heine escribió que donde se queman libros, se terminará por quemar gente?

—¿Cuándo escribió eso? —preguntó Karl, un poco falto de aire.

—Hace más de ciento veinte años. ¿Cree que el judío tiene razón? ¿Que llegaremos a eso?

—Serán costumbres antiguas, tal vez —dijo él como si supiera de lo que hablaba, como si no lo hubiera invadido una semilla de miedo—. Ya nadie quema gente.

María Stieglitz guardó silencio un momento, pensativa. ¿Dudosa? Luego continuó contando que al día siguiente de la hoguera, había hecho un inventario: no había podido salvar a Bertolt Brecht o a Stefan Zweig. Erich Maria Remarque se quemó al lado de Dostoievsky, de Einstein y de muchos otros. Se perdió entre las llamas el *In einem andern Land* de Hemingway que ella había comprado, aunque admitió que nunca le había gustado mucho.

—Casi tan reseco como Marx. Casi tan comunista, dicen.

Su hermano había sido exhaustivo en su esfuerzo de destrucción, y María se prometió que al ceder la locura, cuando ya no pendiera sobre ella la amenaza de que vinieran a hacer una revisión de los libros ancestrales, repondría cada uno de los ejemplares perdidos.

—Nunca ha venido nadie y nunca pude reponer ninguno. Los únicos libros

nuevos son los diez ejemplares de *Mein Kampf* dispersos por ahí. ¿Por qué diez? No por gusto: son basura pura, la verdad sea dicha, pero no le diga a nadie que la dije yo. Sin embargo, mi hermano pensó que sería buena idea colocarlos en sitios estratégicos entre los otros libros sólo por si acaso venían a revisar nuestra biblioteca. Así los encontrarán rápido y sin mucho esfuerzo.

Esos diez ejemplares no llenaron los huecos que habían quedado en los libreros.

—No hice nada por disimularlos: servían como recordatorio para mi hermano. Como reclamo silencioso por las palabras que a su vez había silenciado él con fuego. Pensé que también servirían de recordatorio para mí: aquí volverá a estar el *Der Untertan*, de Mann y, acá, *Die Verwandlung*, de Kafka, me decía.

Años después, para ella ya no tenían importancia los huecos de papel y de tinta de disidencia antigua. Tampoco lo tenían los libros de ideas o historias declaradas permitidas y patriotas que quedaron en los estantes. *Fräulein Stieglitz* tenía años de no mirar ni los espacios vacíos, ni los llenos. Ya ni siquiera entraba a la biblioteca.

—¿Quién tiene tiempo de leer cuando debe ir de tienda en tienda en busca desesperada de un pedazo de queso viejo —que todo mundo desea—, o de una barra de jabón áspero? ¿Quién quiere leer y llenarse la cabeza de ideas si ni siquiera puede sostener un libro entre las manos heladas, o si le resuenan las tripas? Prefiero un *wiener schnitzel* que cualquier Egon Kisch, la verdad.

Un año después de aquella visita, montado en su caballo, Karl Schipper tenía la certeza de que no había sido llamado a reparar nada.

Ese día, el camino a Koenigsberg le había parecido demasiado corto. Trabajo es trabajo y es tener algo que hacer, se dijo antes de emprender el camino a la ciudad, para envalentonarse. Trabajo es trabajo y es sal en la mesa, se dijo al azucar al caballo a andar. Trabajo es trabajo, y fue muy buena decisión no traer a Arno a ser testigo de ése. Apesadumbrado, comprendió en definitiva que el escaso trabajo de carpintero había cambiado, pues en lugar de portar a la comisión su caja de herramienta con cincel, clavos, taquetes, lijas y martillo, había que hacer como le había pedido su clienta en el recado que le envió con un niño mensajero: VENGA MAÑANA. TRAIGA SU HACHA. Trabajo es trabajo y es harina para pan. Había dudado en tocar el timbre de la casa de la señorita

Stieglitz. Trabajo es trabajo y es azúcar en el té y té para el azúcar. Imaginaba ya lo que la mujer le pediría, pero no sabía si sería capaz de hacerlo. Trabajo es trabajo, aunque éste se trate de destruir en vez de restaurar o construir.

Cuando oyó el taconeo de la mujer que se aproximaba a abrirle la puerta, hubiera deseado darse la media vuelta y perderse en el día helado. Trabajo es trabajo y es poder mirar a la familia a los ojos, se dijo por lo bajo para obligarse a permanecer ahí a enfrentar lo que fuera.

Fräulein Stieglitz lo recibió, sorprendida.

—¿No está usted en la guerra, Schipper?

Ahora el sorprendido resultó ser él.

—No. Regresé hace tiempo.

¿Acaso no recordaba la vieja su visita del año anterior?

—Qué bien que ya terminó con sus aventuras.

—Usted me mandó llamar, *Fräulein*. Recibí su recado.

—Ah, cierto. Tengo trabajo para usted. Pase.

Trabajo es trabajo y es... es... se dijo por lo bajo para atreverse a cruzar el umbral.

—Mire, el año pasado quemé, como si fueran troncos, todos los libros que había en la casa. Me duraron todavía para iniciar bien este invierno. Aprendí mucho de ellos al mirarlos arder uno a uno. Sobre todo, que eran un lujo que no todos tienen. Los administré muy bien e, inspirada por su calor, se me ocurrió también darle uso a las joyas que nunca sacaba del joyero. Ésas me las he ido comiendo poco a poco.

Debió leerle a Karl el espanto en la mirada. Debió comprenderlo.

—¡No se asuste! En tiempo de guerra hasta las palabras deben economizarse. Digo que las he ido cambiado por patatas y quesos en el mercado negro. Hay un gran mercado para los prendedores y aretes que antes consideraba baratijas de mal gusto. Y yo tengo muchas. Gracias a la guerra, *Herr* Schipper, me di cuenta de que he vuelto a ser muy rica. ¿Qué le parece?

—No debería contarme estas cosas, *Fräulein*. No debería contarlas a nadie —le dijo, al tiempo que lamentaba ser nuevo dueño de más información peligrosa.

El hambre y el frío habían orillado a *Fräulein* Stieglitz a perder el amor por sus libros y sus cosas —y a perder un poco la cordura, al parecer—, pero a otros

los orillaría a perder toda decencia, a robar, a matar. Sintió los primeros zarcillos de envidia y de tentación: lo que haría él con unas cuantas de esas «baratijas de mal gusto»... Se quedó a media inhalación. No se reconoció: ¿por qué lo invadían esos pensamientos? Él siempre había vivido apegado a los mandamientos, pero era fácil hacerlo cuando no se ponía a prueba la entereza, cuando no se había dejado tirada la templanza. Comprendió que no sabía cuántos de estos sería capaz de violar con tal de que su familia no pasara hambre o frío. Con tal de que su mujer lo mirara como antes.

Todo hombre tenía su punto de ruptura. Había sido testigo de ello en el frente: un soldado mataba a otro de la misma unidad para duplicar el grosor de su abrigo. Unos soldados mataban a un caballo sano mientras la boca les salivaba por anticipación. No sin antes haber tejido una historia de cómo había sido un bastardo ruso el culpable, porque allá siempre había un bastardo ruso culpable de todo.

Como ésa, había más historias: unos soldados se convertían en aves de rapiña para desnudar cuerpos rusos o alemanes muertos, mientras que otro elegía matar a un viejo ruso desvalido porque el abrigo de pieles le vendría mejor a él que al viejo.

Luego estaba la historia propia.

Karl sabía que había estado a punto de encontrar su punto de ruptura. Lo supo al sentirse agradecido de ser escogido por su comandante como heredero del poco ensangrentado abrigo de un soldado muerto. No lo había tomado él, se lo habían dado, había esperado la cadena de mando, pero una idea le había pasado por la cabeza: sí estaba perforado el abrigo, pero qué bueno que el muerto sangró tan poco con un tiro directo al corazón. Había perdido la fuerza de rechazar la carne de caballo si se la ofrecían, porque ya su boca salivaba y su hambre gritaba cada vez que miraba a un caballo morir. Comer proteína le aseguraba al menos un día más de vida, se decía, se perdonaba. Comer proteína le brindaba la posibilidad de ver de nuevo a sus hijos.

Para el final de su guerra, ya no lograba sacar a la envidia y al deseo de sus pensamientos: mira ese pedazo de pan más grande que el mío, huele esa carne estofada de caballo que no comparten, mira ese abrigo de pieles rusas mejores que este abrigo de lana que me dieron. Para entonces, ya poco le faltaba para darse permiso de tener una idea rapaz. Lo sabía. La sentía venir.

Una bala lo había sacado de la jugada antes de vencerse. Pero ahora estaba en el frente hogar, en el frente dificultad y escasez. Esperaba nunca llegar a su punto de ruptura. Se ordenó con firmeza nunca caer en la tentación. Se propuso nunca revelar a nadie la gran caja de tesoros que era la vieja casona de los Stieglitz. No lo haría, se prometió mientras miraba a la vieja a los ojos.

Quiso repetirle a la mujer que fuera discreta, pero ella, inconsciente de los sentimientos que había provocado en su carpintero de confianza, continuó enumerando su vasto inventario como si no lo hubiera oído: muchos más tapetes finos, una colección de plata y otra de pequeños artefactos egipcios. Recuerdos familiares, todos permutables, si se tenían la inventiva y los contactos.

—El tapete persa de la biblioteca que tanto presumía mi bisabuelo, se lo cambié al carnicero por un mes de carne de primera, tres veces a la semana. Ni siquiera tuve que hacer fila. Ese centenario tesoro de hilos de seda que quizá le tomó a un persa diez años o más tejer, yo la consumí en unas cuantas sentadas después de asarla en fuego creado con otros tesoros. De hambre y de frío no moriré. ¿No le parece irónico? —rio—: ¡tanto que le reclamé al pobre de Hugo su pira de libros, y tanto que disfruté las mías! ¿Sabía que donde se queman libros se quemará a la gente después? No sé dónde leí tal cosa, pero es un hecho, ya verá: entre tanta lluvia de bombas, la guerra terminará por quemarnos a todos.

Planteada así, esa premisa que el año anterior le había parecido tan lejana y descabellada, ahora le parecía igual de temible, pero razonable: le parecía un desenlace inevitable. Nos quemaremos todos en esta guerra. ¿Será en conflagraciones efímeras y por partes o en una enorme que lo abarque todo en un instante? ¿Qué sería mejor? ¿Cuál conllevaría menos sufrimiento? Sintió un escalofrío. Deseó que, de suceder, la guerra terminara con todo antes de que tuviera que ir una vez más a esa casa a trabajar.

—Vamos a la biblioteca. ¿Recuerda los libros de los libreros? Los quemé todos para ahuyentar el frío, ¿sabe?

Él le había ayudado a hacer las pilas de libros. ¿Acaso ya no lo recordaba? Acababan de hablar de ello, además.

—Me duraron todavía hasta el inicio de este invierno. Creo que el último que quemé fue uno de un tal ¿Johann? ¿Stefan? —dijo confundida—. No importa. Uno de un autor alemán de apellido Fallada. Ése era de mi hermano.

—¿Y qué hay de los dos libros que salvó? ¿Ésos del francés y del judío?

—¿Cuáles?

—No importa —dijo Karl después de una pausa.

¿Se habrían ido a la pira antes que el del tal Fallada? Tal vez, dado el estado mental de *Fräulein Stieglitz*.

—Ahora tengo librerías vacías. Muchos.

Karl sintió un nudo en el estómago.

—¿Trajo lo que le pedí, *Herr Shipper*?

Karl le mostró su hacha, renuente.

—Si la administro bien, esa madera me durará lo que queda de este invierno y parte del siguiente, si no me cae una bomba antes.

—¡Pero están hechos de ébano de Gabón!

Lo sabía porque en cada vuelta que había dado el año anterior para erradicar a sus inquilinos de papel, él había acariciado los tablones y tallas que cubrían, de piso a techo, tres paredes del gran salón.

—Lo sé. Si viera cuánto dura ésa cuando arde...

31. VERDADES OCULTAS

No sabía si respiraba a propósito, o si el aire helado entraba solo y a raudales a sus pulmones debido a que no había opción al lanzarse en sentido opuesto y a alta velocidad. Sentía cómo invadía sus orejeras, que se suponía que lo protegían, pero no le importaba. Tampoco le importaba que el interior de sus guantes —y de seguro también el de sus botas— guardara más nieve de la que había en la colina que se empeñaba en conquistar sin rodar. El deseo por el olvido y la diversión lo mantenían impermeable, o al menos insensible a la humedad del frío. Tal vez era que ya estaba él tan frío por dentro y por fuera como el aire y la nieve. Era la décima vez que se deslizaba sobre una tabla por la colina más empinada de la granja de su amigo Adolf.

Arno sabía que pronto llegaría al terreno plano, que se detendría su raudo paseo, que tendría otra vez que cargar con su tabla cuesta arriba. Que entonces sí le costaría respirar el aire helado para llenarse los pulmones. Lo haría una vez más. Sólo una, se dijo, y luego me voy.

Adolf había compartido con él un poco del pan y del queso que su madre, *Frau Müller*, le había dado al regresar de la escuela. No había sido suficiente, pero lo había agradecido sin atreverse a pedir más mientras su amigo se llenaba la barriga entre grandes bocados. Ahora tenía hambre, pero la había preferido antes que regresar a casa. También la había preferido antes de atender sus quehaceres de la tarde. Suponía que, para esa hora, su padre ya habría regresado de Königsberg: al caballo no le afectaría esperar un poco más en su establo sucio, pero llegaría a tiempo para alimentarlo, se propuso. Para alimentarlos a todos, hasta a los borregos. Su hambre la soportaba, pero la de sus animales no se la podría perdonar, si ellos no tenían culpa de nada.

Su madre tampoco se lo perdonaría, sabía. Sería difícil que le perdonase su ausencia intencional, su extravío desconsiderado de unas horas. Regresas a casa después de la escuela, *Mein Kind*, era su instrucción precisa de todos los días, y su madre era muy precisa para todo, siempre, y más cuando sus hijos le pagaban con imprecisiones. Sabía que, para esas horas, ya no sólo se habría preguntado dónde estaba su hijo menor: ya estaría urdiendo todo tipo de castigos y habría implorado hasta mil maneras para que, donde quiera que estuviera, a su hijo le cayera del cielo fuego y azufre como castigo divino. Lo sabía, porque había sido testigo de ese fenómeno que se repetía cada vez que Fritz y Johann desaparecían

en pos de sus aventuras, lo cual sucedía cada vez más seguido.

—La guerra los va a matar antes de que los obliguen a ir, y si no, los mataré yo a tablazos la siguiente vez que lleguen tarde, par de vagos.

Siempre sabía a dónde habían ido: lejos de donde se suponía que debían estar, lejos del tedio de la granja, cerca de la acción cada vez menos limitada del *Jungvolk*.

—Un día alguien los va a encontrar en una zanja, ya verán. ¿Y qué hare yo? Iré a echarles tierra encima, ¿qué más? —le gustaba decirles, pero ellos, de tanto que se los decía, ya no la tomaban en serio.

El descenso terminó contra un pequeño montículo de nieve: más polvo helado en sus guantes, en las botas y dentro de su chaqueta. Adolf ya lo esperaba: su tabla era mejor y más encerada, por lo que descendía como si flotara sobre la nieve. Arno se sacudió lo mejor que pudo mientras tomaba de nuevo su tabla. La carrera que jugaban no era al descender.

—¡Pamba al último en llegar!

Ambos niños arrancaron al mismo tiempo. La carrera a la cúspide la ganaría quien no cayera de bruces en el ascenso. Hasta ahora, a veces las había ganado Arno y a veces Adolf. Nunca le pagaban al perdedor con la golpiza prometida: castigo suficiente era dar contra la nieve con cara y cuerpo entero, aunque nunca se cansaban de retarse con esa falsa promesa de coscorrones.

La pamba tal vez se la daría su madre, comprendió Arno al resultar ganador en esa ocasión. Y ya parecía ser hora de atender el hambre de los animales.

—Ya me voy, Adolf.

—¡Una más!

Pero Arno le entregó la tabla.

—Gracias.

Tenía que llegar a casa, aunque no quisiera. Salió de la pequeña granja de los Müller y se fue por el camino largo, mientras apuraba el paso. No quería pasar por la granja de la familia Färber. Desde que ésta la había acusado de darle menos huevos de los pactados en intercambio por su mantequilla, su madre había roto toda relación con la mujer y, desde entonces, la vecindad se había tornado incómoda. En la escuela, Ludwig y Johann Färber, en un principio amigables, ahora se las ingeniaban para derramar tinta sobre el trabajo de Arno o para hacer perdidizo el pedazo de pan que su madre le ponía en su bolsa para el

almuerzo. Pequeñas cosas: ninguna por la cual valiera la pena acusarlos con *Herr Braumgartner*. Pero de regreso de la escuela, los Färber estaban siempre al acecho frente a su granja y lo echaban a pedradas, terrones o palos. Si acaso no, el gran perro Hovawart era el encargado de ahuyentar al enemigo Arno, quien ya no pasaba por ahí si podía evitarlo. Prefería cruzar por la granja de *Frau Hitzig*. Era mejor entristecerse por la soledad de la viuda que había entregado todo al *Vaterland*, era mejor ofrecerle ayuda —lo cual siempre procuraba hacer por educación—, que llegar a casa con algún chipote o con el pantalón roto por la mordida de un perro.

Ese día, Arno vio desde lejos a *Frau Hitzig* asomada por la ventana. ¿Acaso lo miraba? Al verlo hacer un ademán para acercarse a tocar a su puerta llena de pegotes que significaban el reclamo de su patria por faltar al esfuerzo comunitario por los soldados vivos, la mujer cerró sus postigos. Arno interpretó que no deseaba ni un saludo, siquiera. Era uno de sus días oscuros. En éstos, no pedía favores ni daba las gracias por ninguno.

Arno buscó algo que hacer por ella, aunque no hubiera petición y aunque no hubiera agradecimientos. Tenía presente la desesperanza de sentir a su padre perdido. Podía entender la tristeza de la mujer. Haría algo que ella nunca notaría, pero no era lo importante. Quizá no estaba enferma del corazón como su propia madre, pero Arno comprendía que había diferentes maneras de enfermar del corazón. *Frau Hitzig* necesitaba ayuda, necesitaba que no hubiesen muerto todos sus hijos, necesitaba que no le pegaran más reclamos a la puerta. Necesitaba... necesitaba que Arno arreglara la polea de su pozo de agua.

No podía ayudarla con la tristeza, pero podía solucionar eso por ella. Ensartó la cuerda entre los herrajes más rápido de lo que había calculado. Ya no había excusas: debía ir a casa a enfrentar el enojo de su madre y el suyo contra su padre.

No entendía por qué éste se rehusaba a llevarlo a Königsberg. Empezó por decirle, Arno: ya no hay dulces en las dulcerías. Hoy le había dicho: hay trabajo. Pero a Arno no le importaban ni las dulcerías ni el trabajo. Bueno: ¿quién rechazaría un dulce? Él no. Pero con la escasez de azúcar, las primeras en morir habían sido las famosas dulcerías de Königsberg. Todos lo sabían. Ahora no había azúcar para el té o para el caro remedio de café de achicoria italiana que su madre reservaba en una caja de hojalata para ocasiones cuando no soportaba

más, aunque lo tomara con gran disgusto.

—Esos italianos traidores nos daban gato por liebre —decía con cada trago amargo—. Nunca más lo vuelvo a comprar. Me haré bebedora de té, ya verán.

Dijera lo que dijera su madre, ya ni achicoria italiana había para comprar. Todos sufrían la escasez de todo, azúcar incluida. Pero seguían con su vida, seguían con las visitas a Königsberg. ¿Por qué a él no lo llevaba su padre? No era por el trabajo: muchas veces le había probado a su padre era buen ayudante o al menos, que no era estorbo, que podía estar en silencio, que podía esperar.

Él quería ir a la biblioteca. Nada más. Antes o después del trabajo. Así que estaba enojado con su padre, pero sólo ese día: en lugar de ir a Königsberg había tenido que pasar el día escuchando al anciano *Herr Braumgartner* hablar sobre el heroísmo de su hijos muertos durante la Gran Guerra, sobre el *Führer* y su heroísmo durante la Gran Guerra, sobre la escasez durante la Gran Guerra, sobre las posibilidades perdidas después de la Gran Guerra. Podía tal vez empezar el día con la aritmética, como debía, pero siempre terminaba con la Gran Guerra. Por culpa de su padre, había tenido que pasar el tiempo en la escuela como aburrido guardián de su pan, para perderlo a manos y bocas Ludwig y Johann cuando el maestro le pidió pasar al frente a recitar «La marcha de Badonville». Por algún motivo al maestro le gustaba esa pieza, escrita para glorificar esa victoria improbable del ejército alemán durante la Gran Guerra, más como poema que como marcha.

Arno ya estaba cansado de guerra, de aquella vieja, de ésta nueva. Decían que de ésta saldrían vencedores, pero él ya había perdido: su padre había regresado, decían todos, y qué afortunados que completo, decían también, pero Arno sabía que ésa era una gran mentira: había regresado, cierto, pero incompleto. Era, quizá, que la bala había dado justo en donde éste había guardado su alegría y le había hecho añicos el recipiente.

La alegría de su padre había muerto en la guerra. Y su voz, tal vez, también. Su padre estaba ahí, y estaba mejor aunque a veces cojeara casi de manera imperceptible; hacía lo que debía, comía y bebía lo que todos, hablaba un poco, pero, aunque su voz parecía sonar como la de sus recuerdos, a veces le parecía que éste la escatimaba, que la usaba sólo para lo necesario y nada más. Nunca para exigir a Johann y Fritz, con suficiente fuerza, que le brindaran el respeto de antes. Nunca para pedirle a Helga que dejara de mirarlo como si no lo

reconociera. Nunca para responder a las inquisiciones y reclamos exigentes de su madre; nunca para pedirle que cesara. Nunca para darle a él explicaciones para sus preguntas sencillas. Nunca para decirle: Arno, no te llevo a Königsberg por... y nunca para completar esa oración con palabras que sonaran a verdad y contundencia. Y eso lo enfurecía.

Pero ya cerca de llegar a su casa, comprendió que el rencor nacido temprano esa mañana se había extinguido en las subidas nevadas de la granja de Adolf. O quizá en alguna de las bajadas. No importaba: ya para el último ascenso se había gastado completo el resentimiento. Pero aun así no quería llegar a casa. ¿Su madre lo reprendería? No le gustaba la idea, pero la enfrentaría y pediría perdón. Tal vez eso funcionaría: ella estaba obligada a perdonar, como manda Dios a todo cristiano. Ella misma lo decía. Siempre había creído que funcionaría para sus hermanos mayores si a éstos se les ocurriera la táctica, si lo escucharan. Pídanle perdón, les sugería, la obliga Dios, pero nunca lo escuchaban. La intentaría él.

Así que no: no era la probable furia de su madre ni el esfumado enojo con su padre lo que lo invitaba a mantenerse lejos. Era el aire espeso dentro de su casa, eran las miradas de soslayo, eran las verdades disimuladas entre el hilo de palabras tan sencillas y cotidianas como pásame la sal, claro que sí, gracias. Eran los silencios prolongados y los reclamos que quedaban colgados por días enteros como barreras entre personas que vivían juntas, que eran familia. ¿Cuánto se podía decir sin emitir sonido alguno? A veces, más que con las palabras. ¿Cuánto podría soportar su padre de ese trato sin desear encontrar su propia manera de huir? Arno no quería ni imaginarlo.

Todos estaban enojados con su padre: Helga porque no le daba permiso para salir a pasear con Adelbert Weber, sus hermanos porque no los dejaba hablar de la guerra en casa. Más todavía porque se negaba a hablar, en casa, de su guerra. Nunca daba cuenta de las medallas dadas a otros soldados, del trayecto de la bala que guardaría para siempre dentro, de la percusión del rifle, de la percusión de un tanque. Ante toda pregunta de sus hermanos como ¿*Vater*, a cuántos rusos mataste?, o ¿qué sentiste con el impacto de la bala?, él fingía sordera o algún asunto urgente en su taller. Se daba la media vuelta y dejaba a sus hijos expectantes, frustrados, escépticos ya.

Pero la peor era su madre.

Antes de entrar a la casa, Arno se dirigió al establo. Su padre había regresado. Ahora era el caballo quien lo miraba a él con resentimiento.

—Sí, sí. Ya voy.

Siguió la rutina habitual y dejó limpio el espacio de los animales y a ellos contentos. Qué sencillo era hacer las paces con ellos. Qué sencillo sería que todos fueran tan hábiles para borrar rencores de la memoria. En cambio, su madre perdonaba porque Cristo se lo demandaba como a toda buena cristiana, pero nunca olvidaba.

Desde afuera, Arno pudo oír su voz firme entre el silencio habitual, pero espeso, de su padre. ¿Qué habría pasado ahora? Entró a la casa con sigilo. El aire dentro lo convenció de esperar a la cena para reportarse. No deseaba ser testigo de cómo su madre le informaba a su padre una vez más cuán inútil lo consideraba, así que subió al segundo piso sin que notaran su presencia. Imposible cerrar los oídos: algunas palabras se colaron y se quedaron. Dolieron por su padre silencioso. Su madre sabía cómo hacer que dolieran sin necesidad de subir la voz.

Decidió que prefería las verdades escondidas entre hilos de palabras tan sencillas y cotidianas como pásame la sal, claro que sí, gracias.

32. NO ABANDONA LA GUERRA AL SOLDADO

Le había dado al caballo la libertad de decidir sus pasos. Los daba camino a casa: llegarían cuando llegaran. Sabía lo que lo esperaba ahí, pero el trabajo en la ciudad estaba hecho y no le quedaba más que desandar el camino para seguir adelante. Dejó la ciudad en dirección a la granja, pero no se dio prisa: ya no era sólo él la carga del caballo. Los pesados costales que colgaban a sus lados se bamboleaban a cada paso lento. Lastimarían al animal, de apurarlo.

Karl se quitó el guante para introducir la mano en uno. Acarició su contenido.

Qué fácil era la destrucción. Se podría perder el corazón en el acto, pero se tornaba fácil dado el primer hachazo. Ya para el segundo o tercero, se dejaba de pedir perdón a las manos de otro tiempo que se habían tomado meses o años en construir lo que ahora él profanaba con tal de no regresar a casa con las manos vacías. Ya cuando no quedaba sensación en los brazos después de los incontables impactos del hierro contra la madera, ya cuando se destruía el profundo trance en el cual había logrado guarecerse el destructor con cada oscilación del arma, porque hasta el último tablón de ébano se había rendido ante su fuerza, nada importaba.

Sólo había importado extender, reticente, la mano ampollada, para recibir el pago por el servicio prestado. Sería con monedas, tal vez. De ser así, merecería que le pagaran con treinta. De plata. Como a un Judas.

—*Herr Schipper*: no tengo cómo pagarle.

—No tiene nada qué agradecer, *Fräulein Stieglitz*.

—No. No tengo dinero para pagarle. Pero tengo un bonito juego de jarra y tazas de porcelana de Limoges, que según el abuelo de mi abuelo, perteneció a Robespierre. Aunque dicen que a ése no le duró mucho el gusto.

María Stieglitz cruzó su dedo índice de lado a lado del cuello para dramatizar su explicación. A Karl se le asentó el espanto en la tripa. Tal vez el tal Robespierre había llegado a casa con ese juego de porcelana en vez de monedas que dar a su mujer, pensó. Tal vez esa señora de Robespierre había sido tan dura como la de él. A él tampoco le duraría nada el gusto si llegaba con eso a casa.

—Se me romperán en el camino: no puedo aceptar eso.

La negociación no había sido muy larga y él había partido contento. Después de convertirse en destructor, había terminado el día como salvador.

Al llegar a casa, llevó al caballo al establo. Le sorprendió ver que estaba sucio. ¿Qué habría pasado para que Arno no limpiara, como debía? Después llevó los pesados costales a su taller, pero no se detuvo a admirar su contenido. Para eso tendría toda la vida; para enfrentar a su mujer tenía sólo los minutos que quedaban de la ausencia de los hijos. Hizo acopio de cuanto valentía poseía y se dirigió a la casa.

—Ya llegué —hizo su anuncio al entrar, a pesar de dar por hecho que ella ya lo sabía, que lo había observado desde su puesto en la ventana de la cocina.

—¿Viste a Arno en el camino?

—No.

—No llegó después de la escuela.

Karl miró la hora en el reloj cucú. Era tarde, pero aún no se alarmaría, decidió. Pobre Arno: no era buen día para empezar a buscar su independencia, para encontrarle el lado amargo a su madre.

—Estoy seguro de que no tarda. Hará sus deberes, ya verás.

—De que los hace, los hace. ¿Te pagó la mujer?

Ahí estaba la pregunta esperada —temida—, hecha con el lado amargo de su señora que él había descubierto después de la guerra, uno que reservaba sólo para él. Te pagó la mujer, era tan sólo una versión más de ¿cuándo vas a aportar algo? o ¿por qué no te pones a trabajar? Pero era peor, comprendió de repente. Era peor porque estaba hecha con lo último que le quedaba de fe en su marido, con esperanza, con el ánimo de que la sorprendiera, por fin: sí me pagó, y aquí está el dinero.

—Sí.

Karl notó cómo Ethel casi sonrió. Casi. Le dio gusto que no lo hiciera.

—Vaya. Dame el dinero.

—No tenía dinero.

Notó que esa cuasi sonrisa se tornaba en mueca.

—¿Te quedó a deber? ¿Cómo te dejaste, Karl? Ya nadie paga deudas, lo sabes. Nadie trabaja a cambio de nada. Sólo tú. Sólo mi marido.

—Me pagó, pero no con dinero.

Karl se apresuró a interrumpirla con la esperanza de no llegar a lo que siempre llegaban: eres un inútil, Karl, o busca trabajo, Karl, o no sé qué te hicieron en la guerra que te deshicieron, Karl.

No había remedio: siempre llegaban a lo mismo aunque no cruzaran palabras. No había remedio: en realidad ya nunca salían de lo mismo. De nada le servían el engaño, ni el aplazamiento. Obligado, se había ido de un hogar y, herido, transformado, había regresado a otro que no reconocía y que, de igual forma, se negaba a reconocerlo a él. A aceptarlo. Desde que había regresado de la guerra, la vida en casa había tomado un ritmo desconocido y un tono nuevo. Y él desentonaba y desatinaba en esa música que sucedía sin que nadie que fuera nota perfecta se diera cuenta. Sólo él: nota muerta, rancia, muda, arrítmica.

Su ausencia y luego su tortuosa recuperación le habían costado caras. Había dejado un hueco que se había llenado rápido. Ahora parecía no haber más espacio para él. Porque continuaba la pérdida. Las noches de insomnio le resultaban más económicas que aquellas en las que podía dormir, cuando despertaba en un sobresalto tan silencioso como podía serlo la guerra, porque lo primero que aprende cualquiera en la guerra es a no hacer ruido para no ser detectado. Y ese era un aprendizaje que se le había instalado en lo profundo: el que quiere vivir se guarda dentro el ruido de sus suspiros y el de sus pisadas subrepticias. Esconde hondo también sus gritos, inclusive en el descuido de la noche, cuando atacan por dentro los demonios conocidos o aquellos temidos pero aún por conocer, para hacer creer a su víctima dormida que, por frío, ha perdido todos los dedos menos el meñique izquierdo, o ambas piernas hasta las rodillas, o la nariz completa, o los párpados, o todo, menos la vida.

Así le sucedía a veces: el calor del hogar no lograba colarse en su inconsciente para ayudarlo a vencer sus demonios. A veces, al abrir los ojos de repente para salir de una pesadilla, era el calor del hogar, la suavidad de la almohada, el peso correcto del edredón los que, en plena oscuridad, le parecían la quimera: moría de frío en realidad, pero deliraba, se engañaba. Quizá hasta la oscuridad era un engaño, un producto de la ceguera real de sus ojos a los cuales se les habían desmoronado ya los párpados congelados, a los cuales ya no entraba luz y a los cuales debía evitar tocar, por temor a quebrarlos como delicados cristales de hielo.

Las lágrimas lo regresaban a su sitio. Cuando sin falta las sentía tibias al mojar sus ojos y sus pestañas, y luego al correr por sus sienes hasta los oídos para terminar como humedad en las plumas de su almohada, volvía a la realidad del calor del hogar, la suavidad de la almohada, el peso correcto del edredón y

una ligera respiración a su lado, la de su mujer dormida, a quien no debía despertar por pesadilla, lágrima, o monstruo alguno, si no deseaba despertar en medio de una batalla. Así que era tan silencioso como había logrado llegar a ser en la guerra, primero al aprender a ahogar sus gritos contra aquellos queridos calcetines tejidos por su hija, y luego al permitir que el aprendizaje se convirtiera en instinto impuesto, permanente; tan integrado a él —tan pesado— como la bala de plomo que llevaría hasta la tumba.

En medio de la noche, un soldado no grita si quiere vivir. En plena oscuridad, un soldado no grita si quiere volver a casa. Un soldado echa lágrimas a mares, pero aprende a hacerlo en silencio, si quiere sobrevivir a la guerra. Él lo había logrado: había dejado la guerra con suficiente vida para alegrarse al fin, pero era la guerra quien se negaba a abandonarlo a él. Lo había seguido hasta su granja, le había invadido la mente. Le había transformado los sueños en pesadilla, la cama en hielo, las manos en instrumentos exánimes, su corazón en un mal músico sin ritmo y sin tono. Había tornado imposible el amor por las maderas, y la mirada de sus hijos y las palabras de su mujer desconocidas y crueles.

—...pero tú, nada. ¿Me estás escuchando, Karl? La granja da para comer, pero no para todo. Fritz necesita zapatos; Arno, suelas en los suyos, y tú te la pasas en tu taller con tus caballitos hechos de madera podrida. Y hoy que tienes trabajo, ¿qué haces? ¡Regresar sin dinero!

—Te ayudo en la granja...

—¿Ayudas? ¿Y de qué sirve? No por tener ayuda logro que mi campo de patatas produzca más o que mis gallinas pongan más huevos. Necesitamos que hagas lo tuyo.

—El ejército me...

—Lo del ejército no alcanza y nunca nos llega a tiempo. Se llevan mucho, además. Los cupones de racionamiento tampoco rinden. O no sirven. Además, ¿qué ejemplo das? Mis hijos necesitan saber que su padre trabaja, no que está pegado al delantal de su mujer.

Todo era de ella: su compensación de veterano de guerra, la granja, el campo, las patatas, las gallinas y sus huevos; cada bocado que la familia disfrutaba. También lo era el delantal que Karl se ponía para cocinar tres veces al día. Y los hijos: éstos eran por completo de ella ahora. De él, sólo era una

vocación extraviada, una energía perdida y la escasez de trabajo. La vergüenza. Pero ese día de destrucción, y a pesar de las palabras habituales de su mujer, conservaba todavía la sensación de haber salvado algo, de haber invertido en el futuro al rescatar un pedacito de rico y prometedor pasado.

—Cobré madera —dijo, para interrumpir la perorata.

Ethel interrumpió el hilo de su discurso, sorprendida.

—Sí —continuó Karl, entusiasmado por el silencio de su mujer—. Del mueble que me pidió *Fräulein Stieglitz* que hiciera leños.

—¿Para qué? En la granja no falta leña —dijo Ethel, todavía sin entender del todo, pero segura de que no le gustaría la respuesta.

—Cierto, y no traje leños. Traje sólo los pedazos con talla. Deberías verlas: son hermosas. Son de ébano de Gabón, talladas por maestros. Cuando acabe la guerra, se las mostraré a los hijos para que se conviertan en grandes ebanistas. Tal vez, algún día, «Schipper e hijos, ebanistas» diseñará un gran mueble, tal como el que destruí hoy.

En la sonrisa que apareció en la cara de Ethel había burla y algo más.

—Bah. «Schipper e hijos...» si ni siquiera sabes cobrar por un trabajo de leñador, ¿por qué estás pensando en «Schipper e hijos, ebanistas»? ¿Y quién te dice que esta guerra terminará? ¿Acaso les crees a ésos del *Volksenfänger*? Además de inútil, ¿eres crédulo? Esta guerra, Karl, no va a terminar nunca. Se llevará a nuestros tres hijos, y tú y yo seremos testigos de cómo Helga muere de inanición mientras teje calcetines, ya verás.

En la sonrisa de Ethel había burla y desprecio, pero también dolor. En ese momento Karl comprendió que, así como él, su mujer también vivía poseída por un demonio, su propio demonio, su propia pesadilla de guerra. El demonio que a él lo hacía callar, a ella la orillaba a lucir su lado amargo. No tenía las palabras de consuelo para ella, pero hubiera tenido preguntas: ¿lloras en silencio cuando nadie te mira? ¿Dónde guardas tus gritos?

La hubiera abrazado después. Le hubiera confesado sus pesadillas. Pero no preguntó. Ni abrazó, ni confesó. No tuvo tiempo para hacer acopio de tal atrevimiento. Tocaron a la puerta. Tres golpes firmes. Toques sólidos que no correspondían a granjero vecino alguno. Tres puños contra madera que pusieron punto final a la discusión. Sólo tres, pero autoritativos, ominosos. Los últimos tres que en esa casa llegarían a sus oídos, los últimos tres que Karl oiría

emanados de esa puerta de sólido encino y de tallas sencillas hechas por algún ancestro de Ethel y que, en una efímera paz entre guerras, habían abierto su esposa y él juntos tras darse el sí ante Dios.

Tres golpes firmes que anunciaron que la guerra había regresado por Karl Schipper.

33. LA GUERRA ENTRA POR LA PUERTA PRINCIPAL

Alguien había tocado a la puerta y alguien la había abierto. El aire de la casa cambió. Le llegó a Arno a su habitación en un vendaval que llevó hasta sus oídos, a través de la puerta cerrada, la voz de un hombre extraño, mas no sus palabras. Le llegó el firme sonido del golpe de tacón de un par de botas militares al chocar la una contra la otra. Le llegó claro, ése sí, el sólido y fervoroso *Heil Hitler!* que quedó sin respuesta aparente. Luego el suave rechinado de la puerta al cerrarse. Luego un silencio absoluto, uno que no daba cabida ni a lo que se dice sin decir. Un silencio pasmado.

Arno abrió la puerta. Bajó las escaleras. Continuaba el silencio. Vio a sus padres de pie, inmóviles, en ese silencio compartido frente a la puerta principal cerrada. Tenía a su madre de frente, a su padre de espalda. Cuando su madre lo vio, no dedicó sus primeras palabras para él, no le reclamó su inusitada tardanza. Hizo caso omiso de su presencia, inclusive.

—No, Karl. No vas. Ve mañana con el doctor para que te dé una carta, y ya. Que les diga que tú ya tienes una bala dentro. ¿Cómo se les ocurre llevarse a un soldado inútil? —sus palabras vibraban con angustia.

—¿Crees que les importa? Hay huecos que dejan pasar las balas y que necesitan relleno. No estoy tendido: estoy erguido, tengo ojos, piernas y brazos, y les basto. ¿Ves? No se necesita ser más útil que eso para ser soldado —sus palabras vibraban con sarcasmo.

Arno nunca lo había oído hablar así ni con su madre ni con nadie. Su padre le dio tiempo a su madre de responder, pero al comprobar que ésta había enmudecido, continuó.

—Tienes razón, Ethel: la guerra no quedará contenta hasta que termine por quemarnos a todos —estas palabras ni siquiera vibraron con miedo—. Voy por aceite. Las bisagras de la puerta rechinan.

Su padre se dio la media vuelta, abrió la puerta y salió en dirección de su taller. Su madre, siempre práctica, siempre celosa protectora del calor conseguido con meticuloso cuidado dentro de la casa, la cerró. Luego se dio la media vuelta y se fue a la cocina a lavar algo. Arno, mudo también, con las palabras de su padre retumbándole por dentro, asqueado, se sentó en el escalón.

LOS HAHLBROCK
Del 10 al 20 de enero de 1945

34. UNO, UNO, UNO

Ilse despertó sobresaltada. Ninguna luz entraba por la ventana, pero era enero, lo más profundo del invierno, cuando las noches son más largas o los días más cortos, según el punto de vista o la necesidad. Algo la había despertado de súbito, todavía con la quijada y los músculos intrincados. Creyó por un momento que estaba de vuelta en Schneidemühl y que había sido la sirena la que la había despertado. No. No había alarma, sólo voces en el primer piso y pasos firmes sobre piso conocido. Estaba en casa, estaba a salvo.

Batalló para aflojar su cuerpo lo suficiente para darse la vuelta en la cama. Quería ver si Jadwiga dormía todavía. No estaba en su cama. Tampoco Irmgard. Le pareció muy raro. ¿Dónde estaban? El reloj de su cuerpo le indicaba que aún faltaba para que iniciara la mañana de manera oficial.

Ilse se apuró para levantarse. De inmediato empezó a temblar de frío. Su padre decía que ése era el invierno más crudo de sus recuerdos.

¿Sería que Freddy había sufrido una de sus crisis? Cada vez eran menos frecuentes. Raras, inclusive. Tal vez no era Freddy el enfermo. ¿Se trataría entonces de alguno de sus hermanos pequeños? Edeline tenía tres años y medio y era poco dada a enfermarse. Ilse recordó que ese día era el primer cumpleaños de Helmut. Él sí era propenso a sufrir ahogos por espasmos. En invierno su madre mantenía una olla de agua con hierbas especiales ante el fuego de la chimenea, para que el vapor ayude a Helmut a respirar, decía. Ni siquiera dentro de la casa le quitaba ni el suéter ni las mallas de lana. Ojalá, deseó, que no fuera él quien hubiera enfermado: se arruinaría el festejo que Ilse había insistido tanto en organizar.

—Vamos a esperar a que mejore el clima, Ilse. Tal vez en primavera encontraremos azúcar y lo demás para hacerle las galletas como manda la receta.

Su madre decía que los bebés de un año no recuerdan nada, que no les importa si se festeja su cumpleaños en su día o después. Pero aunque lo dijera su madre, Ilse no creyó eso de que Helmut no recordara, si la recordaba a ella todos los días, si le pedía a ella y a nadie más que lo columpiara entre sus piernas, tomado de sus axilas. Si cada vez que la veía, la recibía con una sonrisa, levantaba su dedo índice y decía, con su pronunciación de bebé que a todos, inclusive a los adultos, hacía reír: *eins, eins, eins* —uno, uno, uno—, tal como ella le había enseñado a responder a su pregunta constante de los últimos dos

meses: ¿cuántos años cumple, Helmut? Él lo había aprendido muy bien y bastante rápido. Su madre decía que Helmut era muy adelantado para su edad. ¿Cómo podía asegurar, entonces, que un niño tan listo no recuerda? Si además, porque era evidente que lo recordaba, cada vez que veía a Káiser se lanzaba sobre él como un amigo querido, algo que Ilse no entendía y atestiguaba siempre con temor: se lo va a comer como a una salchicha, temía en cada ocasión, pero ni el perro cumplía las predicciones ni Helmut se contenía.

Helmut recordaba sabores: reconocía de vista el puré de coles de Bruselas que tanto odiaba en su boca y entonces la cerraba y apretaba sus labios cada vez que su madre acercaba la cuchara. Se alegraría con su fiesta, aunque no hubiera galletas y mucho menos pastel. Sólo habría pan, mantequilla y conservas de durazno. A Helmut le encantaba el durazno.

—Anda, *Mutti*: festejemos. Ya le hice su corona de cumpleaños.

Ilse admiró su obra mientras se quitaba su pijama: hecha con un sencillo papel de carnicero, café y arrugado, tal vez, pero había salvado la parte que no se había ensangrentado con la pierna de cordero que su madre había conseguido para recibir el año nuevo. Estaba orgullosa de su trabajo. La había colocado sobre el ropero donde ninguna mano pequeña pudiera maltratarla hasta el día preciso, que ya había llegado. Habría fiesta y Helmut la recordaría.

En diciembre había cumplido años sin que nadie recordara hacerle a ella una corona. Todos la habían abrazado, porque ni la guerra lograba robarles eso. Luego, el día de Navidad, invitaron a los Bendzius a cenar después de la iglesia. Su madre había preparado ganso y patatas, su tía Erna el pan, pero ninguna de las dos había conseguido jengibre o almendras para las galletas.

El pan de la tía Erna había resultado sólo un poco más suave que las caras severas de los adultos. Para aligerar el ambiente y seguir con las tradiciones navideñas, a pesar de la falta de galletas y de ánimo adulto, habían cantado «*Oh, Tannenbaum*» frente al abeto que Janusz había cortado, pero sólo Irmgard, Freddy y ella. El resultado no había sido muy bueno, y nada había alegrado a los adultos.

Trató de apurarse para vestirse, pero hacía mucho frío. Antes de quitarse la pijama, decidió demasiado tarde, debió haberse puesto las mallas. Ese frío que le enchinaba la piel y le petrificaba los músculos más que las horas en la cama, no era uno que debiera pertenecer al interior de la casa. Entre temblores, siguió.

Escogió su mejor vestido, el de domingo. Cuando Helmut despertara, ella estaría lista para la fiesta de cumpleaños que duraría todo el día. Tenía una lista de los concursos que había ideado. Todos participarían. Todos disfrutarían, decidió. Donde ya no había alegría, había que crearla de nuevo.

Ilse no se acostumbraba, pero ya no se sorprendía por la carencia de ánimo de sus padres: tenían mucho tiempo de sonreír sin sonreír, de hablar con cariño por obligación o por costumbre, de mirarse y comunicarse sin decir nada, de ver sin mirar. Ahora dejaban que silencios prolongados e incómodos se establecieran en la mesa, en la cocina y alrededor de los juegos de Ilse y sus hermanos. Los mandaban a jugar, a rezar y a dormir, pero no los acompañaban: eran Irmgard e Ilse quienes guiaban a los más pequeños, y Jadwiga quien se encargaba de sus baños. Inclusive el Káiser lo sentía: seguía a su padre cabizbajo, sin agitar la cola. Lo miraba sin entender a dónde se había ido su jovialidad, suponía Ilse.

Sus padres habían perdido el brillo en su mirada. Vivían rodeados de hijos a los que querían y que los querían. Vivían sin sirenas como la de de Schneidemühl que los despertaran por la noche o bombas que les cayeran del cielo, pero era la guerra la que demandaba toda su atención y energía desde hacía tiempo.

¿Desde cuándo? Ilse no podía decirlo con precisión, pero estaba segura de que hacía un año los cambios ya estaban ahí, a la vista de ojos observadores como los de ella. Al menos desde que le habían exigido quedarse dentro de casa, pues con la partida de la abuela esa situación no había cambiado. De seguro desde antes de que hicieran a Irmgard regresar a casa de manera permanente.

La guerra se había infiltrado y había convertido a sus padres en un par de cómplices que cuchicheaban, creían, fuera del oído de sus hijos. Pero Ilse tenía nueve aguzados años recién cumplidos y un oído muy sintonizado a lo que hablaban sus padres por lo bajo. Además sabía ser tan silenciosa como un ratón, y cuál escalón evadir para no delatar su avance por la casa, ni su atento espionaje. Absortos con sus noticias compartidas, sus padres no se percataban de quién los observaba y escuchaba. Tenía, además, una hermana mayor a la cual también le frustraba quedar fuera de la confabulación parental. De lo que no se enteraba una, se enteraba la otra. Lo comentaban todo. Pero sólo entre ellas.

Así se enteraron de que los estadounidenses habían llegado a África. Que Italia —esos traidores— había cambiado de bando, que la guerra iba mal para

los alemanes en Rusia, que los enemigos habían logrado invadir Francia por Normandía. Que, en octubre, los rusos habían logrado invadir Nemmersdorf, pero habían sido repelidos por las fuerzas alemanas.

—¿Por qué no nos dicen nada de esto papá y mamá?

—A mí me dicen algunas cosas. Soy mayor. Como ya no me dejaron regresar al internado, tuvieron que darme explicaciones. A ti te ven muy niña.

—Pero no lo soy.

Tenía nueve años recién cumplidos.

—No. Pero Ilse —le decía Irmgard en cada ocasión en que compartían las noticias habidas de manera subrepticia—: a Freddy, no le digas nada de esto. Él sí es muy niño. Y no te preocupes: tenemos al *Führer*; él sabe qué hacer. En el *Jungmädel* dicen que por cada derrota, tenemos diez victorias. Ya ves lo que pasó en Nemmersdorf: los rusos entraron, pero salieron corriendo. No volverán a pasar a Prusia. No los dejarán, y ellos no se atreverán: están perdidos.

Ilse no quería pensar en los horrores de Nemmersdorf y no decía nada ni a Freddy ni a nadie sobre la guerra. Tenía sentimientos encontrados. Si el *Führer* y su ejército habían de resultar victoriosos, la necesitaban también a ella y a sus cada vez más hábiles agujas, así que tejía calcetines y bufandas de lana para aportar a la campaña de invierno del *Wehrmacht*. Pero no quería pensar en el conflicto de manera constante. Sabía que era una niña afortunada: la guerra no se había llevado su mundo, no lo había extinguido. Su padre era el administrador de una granja importante; su tío Franz, igual. Janusz era un vital trabajador. Ninguno de los tres era soldado. La guerra los dejaba en paz.

Con manos temblorosas, se apuró para arreglar su pelo en trenzas. Guerra o paz, su madre no permitía que hijas desaliñadas rondaran por su casa.

Lamentaba la suerte de otras familias que habían perdido a tantos miembros. Cada domingo había en la iglesia una o más familias que despedían, sin cuerpo presente, a algún soldado muerto. El pastor mencionaba el nombre y apellido y luego hacía mención del lugar donde había caído. De misa en misa, Ilse se había hecho de una geografía de nombres exóticos: Tobruk, Bir Hakeim, Leningrado, Montecassino, Stalingrado, Normandía, Ardenas.

En una ocasión había escuchado a su madre decirle a su padre: ¿puedes imaginar lo que será? ¿No despedirte? ¿Nunca saber cómo fue, qué sucedió? Y en otra: este poblado está lleno de muertos, pero el cementerio está vacío. Como

sus padres, Ilse lamentaba la muerte de su tío Josef Hahlbrock en Stalingrado e imaginaba la tristeza de su tía Ida y de sus primos al encontrar, al fin, su nombre en la lista de decesos. ¿Habrán hecho también el sepelio sin cuerpo que enterrar? ¿Habrán recibido carta de despedida? ¿Supieron cómo había sido su muerte? Nunca se había atrevido a preguntar.

No. Ilse casi no hablaba de la guerra, pues sabía que de nada ayudaría agregar a la preocupación de sus padres. Y, si ellos habían de recuperar el brillo en su mirada, Ilse hacía lo posible por ayudar en casa, en especial con Edeline y Helmut, ahora que Freddy se creía más independiente. Y era por eso que, si alguno de ellos estaba enfermo, debería saberlo, debería ayudar. ¿Por qué no la habían despertado Irmgard y Jadwiga?

Salió de su habitación y se topó con su padre que, vestido pero desaliñado, sin peinar, iba en dirección a la escalera mientras se terminaba de abrochar su camisa, que llevaba todavía fuera del pantalón.

—*Guten Morg...*

Él no la saludó. Apenas le dirigió una mirada.

—*Papa?*

Pero él no se detuvo. De dos en dos, bajó los escalones. Ilse lo siguió, sorprendida, pero no lo alcanzó: él tomó su abrigo del perchero y salió por la puerta principal sin decir nada a las tres mujeres que, en ropa de noche, pero cubiertas por rebozos de lana, lo miraban pasmadas desde su puesto cerca de la chimenea.

¿A dónde iría con tanta prisa? ¿A buscar al doctor? ¿Para quién?

Ni Jadwiga ni Irmgard se habían vestido antes de salir de la habitación que compartían. Su madre tampoco. Hasta ella había desobedecido las reglas. ¿Por qué? Las tres tenían un extraño brillo en su mirada, uno que Ilse jamás había visto en sus ojos. Las tres estaban pálidas.

—¿Es Freddy? ¿Helmut? ¿Qué sucede?

Afuera se oyó fuerte la voz de su padre azuzar a su caballo, el cual, bien entrenado a obedecer el comando de su dueño, se alejó a todo galope.

—Ya vienen los rusos —dijo su madre con voz ahogada.

35. TIC TOC, WANDA

—Pero el *Führer* no los va a dejar.

—¿Qué...?

—Vienen los rusos, pero no pasarán. El *Führer* no los va a dejar. Es lo que dice Irmgard...

—Sí. Es lo que decían todos —contestó Wanda de manera casi ininteligible, en voz baja.

Sintió pesar por las palabras sin consideraciones para con la ingenuidad de su hija, pero Wanda no tenía tiempo para más engaños ni disimulos. Se habían pasado años así, al cuidado de la sensibilidad y de la infancia de sus hijos, en un intento por dejar la guerra afuera de su puerta. Irmgard, de trece, víctima de las enseñanzas de su escuela y del *Jüngmadel*, conocía todo sobre la guerra, pero sólo en los tonos en que les convenía contarle: puras victorias. Ilse, su niña de nueve, todavía abrazaba a su muñeca, todavía jugaba y se divertía con sus hermanos a los saltos de conejo y se dejaba ir con los cuentos que le contaba el joven Janusz. Cuentos que luego ella contaba para el disfrute de todos sus hermanos, aunque Irmgard fingiera no escuchar.

Sin embargo. Ese día había mucho que hacer si padres e hijos habían de ver la luz del siguiente. Tic toc. Para sobrevivir ése, debían hacer uso de todo cuerpo hábil y dispuesto, incluido el de Ilse. Pero antes debía mover el propio, cuerpo de hojalata inanimada, sin cuerda.

—Pero... —dijo Ilse.

Wanda la interrumpió sin ánimos o sin tiempo para seguir con la conversación. Llegarían las preguntas y no quería ninguna. No les tenía respuesta.

—Todas, a vestirse. *Schnell*. Sin hacer ruido a los pequeños. Los dejaremos dormir lo más posible. Mientras tanto, Ilse: corta y tuesta el pan de ayer para el desayuno —dijo Wanda con severidad mientras subía las escaleras.

Llegó a su recámara a duras penas. Cerró la puerta tras de sí. Miró la cama con ganas de echarse en ella y taparse, cubrirse toda, de pies a cabeza. No era el frío, que era intenso, lo que la tentaba: era el miedo que le ganaba al frío. Eran las ganas de hacerse pequeña, de hacerse ovillo en ese capullo, y que el mundo y la vida la pasaran de largo; que ni a un milímetro de piel, pelo o esencia dieran ni la luz ni el aire. La tentación fue instantánea, pasajera, pero real, vergonzosa. Sus

lazos con la vida y el mundo eran muchos y muy firmes. No podía renunciar a ellos, no podía traicionarlos con cobardía.

Pensó en Hartwig, helado, en ese veloz recorrido a caballo por el aún negro nuevo día para llegar a casa de von Witzleben que, como dueño de las tierras, seguramente tendría alguna instrucción especial para su administrador. Quizá, por fin, por desgracia, por sensatez, por instinto de supervivencia, por compasión, por amor a la vida, ese día el Gobierno daría la orden de partir, de evacuar.

Había habido otras ocasiones en las que creyeron que sucedería. La primera vez cuando, en el verano anterior, Erwin von Witzleben, general de campo del *Wehrmacht* y pariente cercano de su patrón, había sido fusilado como cómplice del intento fallido de asesinar al *Führer* en su búnker de Prusia Oriental. Habían sido un par de días terribles en los que había caído sobre esas tierras la fuerza inquisidora del Gobierno. Contrario a su pariente fusilado, von Witzleben había convencido a todos de su inocencia, así que no lo habían encarcelado ni despojado de sus tierras y, a ellos, no los habían despedido ni habían tenido que salir huyendo de su propio Gobierno.

Tras el desastre alemán en Stalingrado, los rusos habían recuperado todo su territorio perdido, habían liberado Leningrado hacía un año y habían ido tras la tierra polaca que habían desertado al declarárseles la guerra en el cuarenta y uno. El ejército alemán había perdido la ofensiva, y la defensiva lo hacía retroceder cada vez más. Cada vez más cerca de la granja, de su familia. Por primera vez la lucha se había establecido cerca de ellos, por primera vez el peligro se hizo real, casi inmediato.

Huir había parecido lo más sensato cuando los alrededores se habían llenado de refugiados de aquellas tierras, buscando la paz de la Prusia Oriental. Pero a veces los rusos detenían su avanzada, o los alemanes parecían recuperar terreno, Wanda no sabía. Ante esos indicios de esperanza, muchos refugiados habían regresado a su tierra de nuevo. Y muchos, como ellos, habían quedado a la deriva, sin saber qué hacer, con ánimos de correr, pero sin poder hacerlo.

Un año tenían ya en ese toma y daca. Un año en que Hartwig y ella habían comenzado sus preparativos, que a veces parecían estar de más, exagerados: por hacer acopio de los víveres que necesitarían en tal caso, habían entrado en un plan de austeridad y racionamiento que sus hijos no entendían. Pero luego había

sucedido la invasión rusa a Nemmersdorf en octubre.

Estaban todos los granjeros de las cercanías en la tradicional fiesta de la cosecha de otoño cuando les llegó la noticia. Habían corrido a sus casas dispuestos a seguir algún plan de huida en cuanto se lo indicaran. Pero no: Erich Koch, el *Gauleiter*, había prohibido todo abandono de la tierra. El que se atreviera, sería denunciado.

Prusia Oriental será para siempre alemana, insistía el gobernador Koch, a salvo en su seguro exilio. Los pueblos se habían llenado de más propaganda: NUESTRAS MURALLAS SE HABRÁN ROTO, PERO NUESTROS CORAZONES, JAMÁS, se leía en los nuevos afiches.

Así que las murallas se habían roto. Ahí lo decían. Por fin lo admitían. ¿Pero «nuestros corazones jamás»? ¿Qué querían decir con eso? ¿Ahora les exigían qué? ¿Qué los prusianos se convirtieran en muralla humana ante la aplanadora soviética? El Tercer *Reich* parecía desearlo: la orden de evacuación no había llegado. No cuando aún había tiempo.

Habían seguido semanas difíciles en que sonaban a lo lejos las detonaciones de la guerra y, por más de que Hartwig le dijera que éstas debían estar sucediendo fuera de su querida Prusia, para Wanda se encontraban más cerca de lo aceptable.

Y luego llegó el documental. La invitación a verla era para soldados y ciudadanos: ¡Vean la masacre perpetrada por los soviéticos en Nemmersdorf! Ella no había ido, pero Hartwig no había tenido opción. Se había salido antes de que terminara la proyección.

—¿Por qué querían que viéramos a mujeres crucificadas, mutiladas, violadas? ¿Qué bien podía hacer que viera yo a niños asesinados? Quieren que sepamos lo que nos espera. Eso. Quieren que nos unamos al *Volkssturm*.

—¿A eso hemos llegado? ¿Ya no hay ejército? ¿Ahora necesitan que la población civil se defienda sola? ¿Mujeres, ancianos y niños?

—Yo no soy anciano —dijo Hartwig, un tanto indignado.

—Tú sabes a lo que me refiero. ¿Acaso creen que unos cuantos granjeros ganarán la guerra? ¿Con picos y palas? Ah. Y azadones: no nos olvidemos de éstos.

—Wanda. No te preocupes. No llegaremos a eso. No pasarán por aquí.

—Ya basta, Hartwig. Ya. No hay quien nos escuche: hablemos claro. Esto es

insostenible. Vámonos de aquí.

—No podemos.

No dijo: la situación mejorará, ni démosles tiempo. Dijo: no podemos. Hartwig hablaba con la verdad y tenía razón: los soldados que resguardaban la granja se habían convertido en sus carceleros, si no de nombre, de hecho. Tenían órdenes de no dejar salir a nadie del territorio. Les resultaba sospechosa hasta una salida dominical a la iglesia. Ahora eran más efectivos para controlar a la población civil alemana que en controlar al personal polaco, el cual se esfumaba en grandes números cada día. ¿A dónde iban? Al bosque a unirse a los partisanos, decía Janusz, el único trabajador que les quedaba en la granja. Mientras tanto, el ejército demandaba ya un más alto porcentaje de la producción agrícola, que cada vez era más pobre. Y de la oficina de Hartwig salían voces alzadas cuando visitaba el recolector.

—Cada vez se llevan más. Les digo, Wanda, pero no entienden: ¿cómo puede la granja producir más este año que el anterior, si cada año me han pedido que sacrifique más animales? Cada año hay menos crías. Son como microbios que acaban por matar lo que los mantiene con vida. Son como una plaga de langostas. El año que viene arrasarán con todo. Se llevarán hasta el último ganso y la última semilla. Entonces querrán que repita el milagro de la montaña, seguro. Querrán cinco mil, pero no sé de dónde sacaremos harina para cinco panes siquiera. Si acaso se me diera eso de los milagros, ¿qué podría multiplicar, si no tendré ni con qué empezar?

No habían tenido que esperar al siguiente año para que el augurio se hiciera realidad. Esa madrugada los había despertado Jadwiga.

—Janusz está afuera, *Herr Hahlbrock*. Dice que es urgente.

Hartwig ni siquiera se tomó el tiempo para cubrirse la ropa de cama. Wanda había bajado tras de él.

—Pasa, Janusz.

—Se fueron, *Herr Hahlbrock* —dijo con voz temblorosa por el frío.

—¿Quién?

—Los guardias. Los soldados. Los oí decir que no se quedarían a esperar a los rusos. Se llevaron una carreta y cuatro caballos.

Janusz se detuvo cuando notó que una somnolienta Irmgard se había unido al grupo.

—¿Qué significa eso, *Papa*?

Nadie respondió. Ante el silencio pasmado de su patrón y de las mujeres, Janusz continuó:

—Se llevaron los huevos que quedaban, todas las piernas de cerdo a medio curar... Algunos costales de harina y de patatas —hizo una pausa a su inventario—. No los detuve, *Herr Hahlbrock*. No me atreví.

—No podías. Olvida eso. Tengo que averiguar qué sucedió —miró el reloj—. A estas horas no habrá nadie en la oficina de von Witzleben —dijo para sí—. De nada sirve llamar. Ensilla mi caballo, Janusz.

El muchacho bajó la cabeza y la voz.

—Se lo llevaron.

Wanda sabía lo que ese caballo significaba para Hartwig y vio el pesar recorrer su rostro y luego esfumarse a fuerza de voluntad. Luego se quedó pensativo.

—No podemos perder tiempo —le dijo a Janusz. —Ensilla el más veloz. De los que dejaron.

Janusz salió.

—¿A dónde vas, Hartwig?

—A ver si von Witzleben sabe algo. Regreso tan pronto posible. Wanda: prepara a los niños.

Ella entendió lo que él quiso decir. Lo habían hablado. En especial en las noches aquellas en las que más los espantaba el tic toc de la radio inglesa. Habían trazado un plan sin desear que llegara el día en que lo implementarían —tic toc—. Ahora parecía haber llegado —tic toc—, y ella se sintió invadida por una parálisis que empezó por la lengua, se introdujo a sus pulmones y se extendió a sus brazos y piernas.

Hartwig había subido a cambiarse y luego se había ido.

Tic toc.

En todo ese tiempo, Wanda no se movió ni un centímetro, ni habló, ni pensó. Permaneció asida de las esquinas de su rebozo como a un salvavidas, como a un sostén. Dar la verdad a Ilse la había sacado de su estupor. Había dicho la verdad, pero salpicada de mentira: al dar sus órdenes les había hecho creer a sus hijas que su madre, como siempre, sabía lo que hacía. Que había peligro, sí, pero que se podía depender de ella, de sus decisiones y sus órdenes. Hermosa edad la que

permite todavía creer que papá y mamá lo saben todo, que lo arreglarán todo. Ella ya había pasado esa frontera.

Como a aquella muñeca de hojalata que había visto en una tienda que se movía cuando le daban cuerda, obligó a su cuerpo a moverse, un pie, luego otro —tic toc— pero la calma fingida se había extinguido al cerrar su puerta tras de sí.

Seguía petrificada. Sin meterse al falso escondite de la cama, pero sin vestirse, siquiera. ¿Cómo preparar a los niños? Primero debía prepararse ella. Ella, con el nombre de guerrera. ¿Podría hacer frente y vencer a una horda enemiga tal como había hecho su homónima de leyenda? No. Menos se creía capaz de ver morir a sus hijos. Así que movió un pie y luego el otro —tic toc—: lo que sucediera ese día, no la sorprendería desvalida, como cordero al matadero y en ropa de noche.

Se vistió.

Tic.

Toc.

36. CADA UNIVERSO POR SÍ MISMO

Esperaba alguna instrucción de parte del patrón, pero éste no le dirigió siquiera una mirada. Sólo el caballo recibió órdenes de arrancar a toda velocidad. Janusz soltó a tiempo las riendas que había sostenido para Hartwig Hahlbrock mientras éste se montaba. Káiser se fue detrás de él.

—¡Káiser! *Komm!* —lo llamó, pero no le hizo caso. Desde que se había quedado solo, Janusz lo había invitado a dormir con él, pero para el perro estaba su dueño antes que nadie.

En todos los años que llevaba en la granja, nunca le había conocido a Hahlbrock un acto impulsivo, imprudente. Supuso que, si alguna vez se justificaba arriesgar no sólo el propio cuello, sino también el de un caballo, ese día había llegado.

Esa madrugada lo habían despertado los gimoteos de Káiser antes que el ruido casi imperceptible de pisadas cuidadosas sobre crujiente nieve limpia. Rusos, se dijo en el sobresalto. Silenció al perro. Entonces oyó palabras alemanas y reconoció una voz: se trataba de los guardias. Sin hacer ruido ni encender la luz, Janusz se vistió. Ésos no tenían ningún asunto dentro de los confines de la granja, y menos tan cerca de la casa del administrador. ¿Qué hacían entonces?

Esperó a que se alejaran y salió para seguirlos con cautela. Dejó al Káiser adentro tras ordenarle silencio, pues estaba seguro de que sólo estorbaría, aunque no estaba seguro de cómo: para el perro esos hombres eran conocidos, sí, pero nunca los había visto acercarse a esa área de la propiedad. ¿Les haría fiestas o los agrediría? ¿Lo matarían, entonces? Mejor que creyeran que nadie los había descubierto.

Káiser los había oído primero, pero antes de que los gimoteos del perro se convirtieran en gruñidos, lo había movilizado un velado ¡muévanse! Los invasores hacían más ruido que él, más ruido del que unos soldados entrenados y curtidos tenían derecho a hacer en alguna maniobra de asalto, como de manera evidente era ésa. Habían pasado a un lado del cobertizo donde dormía con cierto sigilo, pero sin extremar precauciones, pero Janusz sabía que el sonido de sus pasos y voces no llegaría nunca hasta la casa de los Hahlbrock. De eso sí se cuidaban.

No sabían que el Káiser dormía en su barraca, pero no habían temido ser

descubiertos por él, comprendió. ¿Qué podía hacer un *Zivilarbeiter* polaco contra ellos? ¿Enfrentarlos? No dudarían en matarlo. Nadie les exigiría cuentas. Recapacitó: Hahlbrock las exigiría. Pero de nada serviría ya muerto él. Lo sorprendimos tratando de escapar, dirían después de haberle llenado el cuerpo de balas. Para ellos, él era sólo un prisionero, inferior, sin valor.

Así había comenzado de noche ese día que sería un parteaguas de algo, aunque no sabía de qué aún. ¿Qué buscaban los soldados? Los observó mientras sacaban la carreta de verano, la de la paja, a la que no se le adaptaban las cuchillas de nieve. ¿Querían ir a algún lado? No llegarían muy lejos con esas ruedas en el camino nevado. Serían quizás aguerridos soldados veteranos del frente oriental, pero no sabían nada sobre lo importante, pensó con sorna. Le dio gusto que la otra carreta se guardaba en la cochera más cercana a la casa. Hasta allá no llegarían, se prometió. Antes, se atrevería a delatar su presencia para alertar a la familia, se dijo.

Estuvo a punto de salir de su escondite para protestar cuando vio que sacaban tres caballos del establo, pero se detuvo a tiempo. Ningún caballo, ni siquiera el primero que habían escogido para llevarse, valía su vida, comprendió, pero no sin pesar: esos soldados sí sabían distinguir calidad equina y se estaban llevando al mejor.

—Ése es el de Hahlbrock —dijo un soldado, el más joven.

—Y muy lindo que es. Y Hahlbrock se lo acaba de donar al *Vaterland* —dijo otro, mientras lo ataba al tiro de la carreta.

—¿A la patria, o a ti?

—A nosotros. Que se pudra el *Vaterland*.

—*Die Vaterland ist kaputt*.

Entonces hicieron silencio absoluto. ¿Sería por miedo a ser descubiertos o porque acababan de declarar en voz alta que su patria estaba en ruinas? ¿Temían que les cayera un rayo de cielo por su herejía? ¿Qué los siempre atentos y presentes oídos del *Reich* los delataran? Pero lo dicho, dicho estaba. Era una declaración. Eso que hacían en plena oscuridad era un asalto, pero no militar: era un robo. Huían, comprendió Janusz. No pelearían por una patria *kaputt*, rota. Por la gloria hubieran muerto, pero por la desgracia, por las cenizas, no.

Escapaban de la guerra sin importar que faltaran a todos sus juramentos. Lobos nuevos, intentarían perderse en el bosque para sobrevivir —como muchos

otros más portadores de su uniforme— y para esperar ahí a que el polvo de la guerra se asentara. Eso, si acaso no salían a su acecho los lobos viejos que llamaban a esos bosques su territorio. ¿Creerían que eran los primeros en desistir de sus promesas a su *Führer*? Unos lobos vencidos se adentraban en el bosque por miedo, pero los esperaban otros, los que ya parecían vencedores, que antes se habían adentrado ahí por odio y en anhelo de venganza. El bosque estaría ya lleno de lobos desertores si acaso no se hubieran topado con los partisanos polacos o con los rusos que los apoyaban desde tiempo atrás. En el pueblo, los polacos llevaban la cuenta de a cuántos alemanes de éstos habían dado violento fin sus partisanos. Y narraban al detalle los sangrientos cuentos sobre el cómo.

Estos que habían sobrevivido los embates del ejército e invierno rusos, no sobrevivirían mucho en los bosques polacos. Casi todo lo que se llevaban sus seis antiguos guardias terminaría alimentando a sus compatriotas, pensó Janusz con ironía.

—¿Será suficiente? —dijo el más joven, tratando de calcular las provisiones.

—¿Sabes cuánto durará la guerra? —le contestó uno de mayor rango.

—No —dijo el primero.

—Pues no sabemos si nos alcanzará. Pero no te preocupes: la carne de caballo es muy buena.

Y con eso, decidieron ir por un caballo más para atarlo a la parte posterior de la carreta.

Cuando se fueron, Janusz se apresuró a liberar al Káiser, que con el sonido de los caballos y de la carreta se había exaltado y ladraba. Tuvo que detenerlo para que no se diera a la persecución. Juntos corrieron a la casa. Sabía que debía dar aviso, aunque no para que Hahlbrock saliera a detener a los soldados. Ésos ya eran asunto de los lobos que habitaban el bosque. Comprendía, sin embargo, que un cataclismo estaba por suceder. Hahlbrock sabría qué hacer. Janusz sabía que éste anticipaba, desde hace tiempo, una contingencia como la que con seguridad se aproximaba ese día, y que había tomado precauciones. Tantas como se podía prever, al menos.

Había partido a caballo sin decir más. Janusz hubiera deseado que se limitara a sacar la carreta de invierno, y empacara provisiones y familia para partir. Pero no: se había ido en dirección a la hacienda de *Herr* von Witzleben, por instrucciones, suponía. Hahlbrock todavía no aceptaba del todo, como ya habían

hecho los soldados, que su patria estaba *kaputt*.

Ahora Janusz estaba preocupado. Por él, por la familia, pero de manera inmediata por Hahlbrock. Esperaba que ese recorrido de ida y vuelta le sirviera para terminar de abrir los ojos y para tomar una determinación. Sin embargo, recorrer el camino, aun uno tan conocido, a todo galope sobre caballo poco familiar, a oscuras, nevado ya y nevando más, era una locura.

Janusz deseó estar cometiendo una igual. Deseó que Hahlbrock le hubiera dicho vienes conmigo. Si así fuera, en ese momento tendría la mente llena por la tarea urgente de sobrevivir la cabalgata, en vez de tenerla llena de la angustia por el misterio que divisaba por delante.

La vida es un misterio: era el hallazgo y la conclusión a la cual había llegado en las largas horas de soledad mientras araba cultivos en los granos de trigo. Te deja saber en dónde estás parado en el instante presente, pero nunca dónde terminarás después de dar un paso. Un solo paso basta para cambiarlo todo, pensó. Y la dirección. La dirección también altera irremediablemente el destino. Tal como le había sucedido a él, que había nacido en un bosque casi sin más contacto humano que su madre y su hermana enferma, con palabras polacas suficientes para los cuentos y las historias. Luego había caminado en solitario por años y ese camino lo había conducido hasta una guerra y hasta esa granja alemana. A llenar el espacio interior en el cual se vertían las palabras de la lengua madre y a crear otro para las palabras donde depositaba las de la nueva lengua.

Todos y todo le decían que ahí no pertenecía, pero comprendía, con cada vez más claridad, que resultaba extraño que no quisiera tener que irse nunca. Su estancia ahí no era opcional, en realidad. Pero era cierto: por más que le dijeran los otros trabajadores polacos —cuando todavía los había— que son trabajos forzados, una especie de esclavitud, ¿acaso no lo entiendes, *glupi?*, él no hacía caso: no temía al trabajo duro y nunca se había sentido tan contento, tan libre. ¿Dónde estaría si nunca hubiera abandonado la casa de su madre? ¿Dónde estaría sin dar un solo paso, siquiera? Tal vez muerto a manos de los primeros rusos invasores. A veces no dar un solo paso también podía alterar el destino de una persona. Ponerle fin. Como podía suceder ese día.

Para Janusz era peor la esclavitud del hambre y más aún la de la soledad, que los años que había vivido en esa granja. Para él era preferible la vida. Por eso

había dado su paso. Para los lobos del bosque, eran preferibles el hambre, la violencia y la muerte. Por eso daban su paso. Los misterios de la vida: todos tienen ojos para ver, pero cada quien mira con la óptica de su elección.

Los misterios de la vida los iba resolviendo en el trabajo arduo: durante el trance mecánico de balancear el hacha para encajarla en un tronco hasta leñarlo, le había quedado claro que el amor debe trascender barreras de todo tipo, hasta las de guerra. Mientras que en las horas de descanso, de soledad, no encontraba nada más que silencio y preocupación por el vacío que divisaba por delante, en las horas guiando a los bueyes del arado, encontraba los mejores cuentos y con los mejores colores y sonidos: los cuentos más vivos, los más reales. En los momentos de más trabajo, el tiempo volaba; en los momentos de la noche, en solitario, el tiempo era tan espeso como la arena mojada del Báltico. En los momentos de más trabajo, comprendía que tenía cuerpo de joven, pero mente de algo más. ¿De anciano? No. ¿De qué? Era algo que aún no podía descifrar. Los misterios de la vida continuaban, y suponía que continuarían para siempre: al resolver alguno aparecería, con seguridad, otro.

Pero ese día no lo ocupaban los misterios de la vida. Ese día ocupaban su mente los misterios de ese día. El misterio de cómo un día preciso podía englobarlo todo: la vida y la muerte en cada minuto, en cada decisión, en cada kilómetro recorrido a galope rotundo sobre camino nevado de ida y luego de vuelta. Un día como ése lograba hacer dudar de la certeza de que el amor lo trascendía todo, la certeza que tiene un joven de que vivirá hasta la vejez, de que nunca volverá a sentirse solo.

En un día como ése, cada individuo se convertía en su universo entero. En un día como ése, se podía dar la espalda a todo, con tal de salvar el propio pellejo. Como los soldados, así, él: ese día era él su propio universo dentro de su propio pellejo. Era su propio instinto de supervivencia el que exigía prevalecer, el que llamaba.

Antes de que la familia se fuera —porque daría su paso pronto, tal vez ese mismo día, si decidía lo correcto— él podría decidir subirse a uno de los tres caballos que habían dejado los soldados para alejarse a toda velocidad, sin mirar atrás. ¿Quién lo detendría? Ya nadie. Por un momento determinó que prefería irse primero, abandonar, antes que verlos partir, antes de sentirse abandonado. De nuevo.

Lo imaginó: podría adentrarse en el bosque, evadir a todos, regresar a su solitaria cabaña de la infancia, perderse para siempre. No tendría que volver a pronunciar u obedecer ninguna palabra en alemán. No tendría que escuchar palabra alguna en ruso. No tendría siquiera que hablar en su lengua materna. No tendría que hablar con nadie, ni mirar a nadie a los ojos nunca más. No tendría que preocuparse por nadie, tampoco.

No. Imposible: en su propio universo se habían introducido muchas estrellas que no podía abandonar. Su universo estaba ligado y obligado al universo de otros. No podía robarles un caballo, rebajar sus posibilidades de supervivencia en la fuga que se avecinaba. No los desertaría.

Esperaría. Hahlbrock lo había dejado ahí parado en la oscuridad helada sin instrucción alguna. Lo dejó ahí sin dudar de que estaría esperándolo a su regreso. Sin dudar de que dejaba a alguien en el cual confiaba para ser vigía en su ausencia, como único protector de su familia. No había habido órdenes para él ese día, pero ésa la comprendió: quedaba implícita en la mirada que Hahlbrock no le tuvo que dirigir.

Janusz no fallaría a esa confianza. Después ya vería. Después, cuando la familia tomara sus decisiones. Mientras la familia estuviera sola dentro de la casa, él no iría a ningún lado.

Káiser se aproximaba. Había desistido de la persecución de su amo. Miró hacia los confines de la granja, donde la oscuridad era más densa. Imaginó todo tipo de ojos brillando en la oscuridad, mirándolo, mirando hacia adentro, mirando la granja más próspera de la región. Con sed. Con hambre de venganza.

¿Radosz? ¿Estaría acaso él ahí, más allá de la escasa luz del incipiente día? ¿Se encontraría en camino, si no, alentado por la noticia del abandono del ejército? Siempre había sabido que estaba ahí, que rondaba y deseaba recuperar territorio y tomar venganza, pero siempre había sabido que también permanecían los soldados como protección. Ya no. Janusz sintió el nudo en el estómago.

Otro misterio: ese miedo y ese vacío que lo habían invadido al sentirse abandonado por los propios carceleros, a los cuales nunca se había atrevido a mirar a los ojos, pues les temía. Aunque se trataba de los guardias de su prisión, saberlos ahí le había dado una sensación de seguridad que se había esfumado junto con una carreta repleta de desertores, provisiones y caballos reacios.

Antes no había sentido el frío porque los acontecimientos de la mañana lo

habían distraído. Ahora tiritaba todavía —buena señal—, pero ya no sentía los dedos de las manos. Debía moverse, de organizarse, si habría de ser buen vigilante.

Fue por su abrigo, sombrero y guantes a su cobertizo. Tomó también su edredón: sería dura la espera, pero ésta no tenía que ser mortal. En el camino a la casa, recogió el hacha, pobre escudo ante cualquier bala disparada a la distancia. Sin embargo, se armó con ella con la esperanza de que funcionara para disuadir a algún intruso que tuviera el atrevimiento de acercarse. Un gigante con un hacha podía ser muy intimidante, imaginó Janusz, siempre y cuando el intruso no supiera que dicho gigante no sabía si se atrevería a usarla contra un ser humano, inclusive contra uno tornado en lobo.

Radosz lo conocía bien. Él miraría más allá del gigante en que se había convertido, recordaría al niño que fue, y comprendería que era un joven, enorme tal vez, pero con mente de... con mente de niño aún. Uno todavía atado al mundo de sus cuentos, de sus fantasías en las que seres maravillosos resultaban héroes y salvadores. Radosz no se amedrentaría por su aparente fiereza.

Cuando llegó a la casa, antes de sentarse en la banca de madera de la terraza a vigilar, se asomó por la ventana de la cocina: ahí estaba Ilse, sola, vestida de domingo, absorta. Llevaba sus trenzas café claro con brillos dorados enrolladas sobre sus oídos. Ése era el peinado que usaba los domingos, el que consideraba elegante y distinguido. Preparaba el desayuno. Cantaba alegre, a pesar de las marcas oscuras que tenía bajo sus ojos. Ni el cansancio mermaba su alegría. Janusz se acercó más para oír: se trataba de la canción de cumpleaños. Era el cumpleaños de Helmut, recordó. La pequeña Ilse se lo había anticipado: habría pan y mermelada, y lo invitaría al festejo, le prometió. ¿Contarás un cuento?, le pidió. Dos o tres, le había prometido a su vez él.

Afortunado Helmut por tener una hermana como ella. Sintió tristeza: dudaba que ese día hubiera celebración alguna.

Por ella, por asegurarse de que tuviera un futuro lleno de festejos, ese gigante usaría su hacha contra cualquiera. Y sin dudarle un instante.

37. LA LISTA

Cuando Wanda bajó, ya todas estaban ahí. Edeline también, todavía adormilada, sentada en su silla, envuelta en una pequeña cobija rosa. No le sorprendía que Jadwiga la hubiera podido sacar de su habitación sin despertar a sus hermanos. Freddy y Helmut eran los más dormilones de sus hijos. Si se les permitía, despertaban a plena luz del día. No les estorbaba ruido alguno. En ese día les permitiría dormir cuanto quisieran.

Ilse había hecho su encomienda y más: las rebanadas gruesas de pan negro ya estaban en la canasta, a un lado de la mantequilla y la mermelada de durazno. En la estufa, dos ollas de agua hirviendo: una para el té, supuso, y la otra donde flotaban, entre burbujas, unos huevos. La mesa estaba puesta con la vajilla elegante, y el mantel y las servilletas de lino. Era una imitación de la mesa de todas las Navidades, pero sin velas.

Wanda se sintió hervir como los huevos que brincoteaban en el agua de la olla. Poco faltaba para que su hija hubiera sacado las copas de cristal para servir la sidra. ¿Pero cómo se le ocurría a Ilse hacer eso? ¿Acaso no había entendido la gravedad de la situación? Le había encargado algo muy simple: tuesta el pan. Ilse sabía muy bien que había cosas en la casa que eran especiales, que no se tocaban. Le había tomado tres años de trabajo constante bordar el mantel y las servilletas. Habían recibido esa vajilla como regalo de bodas de parte de la familia Witzleben, y la cuidaba para poder heredarla a sus hijos. Ilse sabía que la única que tocaba esa porcelana, la única que la lavaba, era su madre. Por eso era que ni un solo plato del juego estaba despostillado. Y, porque ella los lavaba y los planchaba, ni el mantel ni las servilletas tenían mancha permanente alguna.

Ese día Wanda no estaba para juegos, ni para travesuras. No estaba para que le agregaran más carga. No tendría tiempo para lavar, encima de todo lo demás. No diría nada, no discutiría: recogería los platos antes de que se ensuciaran y los sustituiría por los del diario. Después los envolvería cada uno en su felpa, los guardaría y cerraría con llave el mueble. Dudó un momento: ¿lo habría dejado abierto? No: estaba segura de haberlo dejado cerrado, pero ahora estaba más segura de que Ilse sabía dónde escondía la llave su madre. Pues después de regresar todo a su lugar, escondería la llave donde nunca pudiera encontrarla ninguno de sus hijos. Esa noche Ilse se iría a la cama sin cenar, decidió.

Estaba a punto de hacer tal anuncio, cuando se le acercó Jadwiga, hablando

bajo para no ser oída por Ilse, que vigilaba con atención los huevos.

—Lo siento, *Frau Hahlbrock*. Ilse insistió en poner la mesa elegante. Y...

Wanda estaba a punto de decirle y tú para que la dejas hoy, precisamente hoy que habrá tanto que hacer, cuando desde fuera les llegó el sonido de pisadas de caballo. Ambas se miraron y callaron. Había asuntos más importantes. Luego se alarmaron cuando oyeron los gritos de Hartwig. Toda la actividad se detuvo en la cocina.

—Niñas, no salgan —dijo Wanda.

Corrió a la puerta y, sin considerar que pudiera haber peligro, la abrió. Hartwig estaba tratando de animar a Janusz a gritos y a sacudidas.

—¿Qué le pasó?

—Se quedó dormido aquí afuera.

—Lo siento —dijo Janusz con voz aletargada.

—¿Qué, no tienes sentido común? ¿Qué, no sabes que el frío te duerme? —dijo Hartwig al levantarlo de la banca—. Wanda. Hazle un té a Janusz. Jadwiga, ve por otro edredón.

Al tiempo que Wanda se dio la vuelta para hacer lo que le pedía su marido, Ilse dijo yo se lo hago, Freddy bajaba por las escaleras y Helmut lloraba, en su habitación, pidiendo libertad de su cuna.

—Ilse, yo haré el té. Tú ve por Helmut. Anda. —dijo Wanda—. Irmgard, saca esos huevos del agua.

Quería saber las noticias que traía Hartwig, pero lo primero era ayudar a Janusz a entrar en calor. Y a Hartwig. Quizá no se había quedado dormido por el frío, pero venía con la cara quemada por el hielo en el aire.

Hartwig ayudó a Janusz a caminar la distancia y a sentarse cerca de la estufa. Wanda vertió el agua donde habían hervido los huevos dentro de una botella de barro, que envolvió con paños. Se la dio a Janusz para que la abrazara a su pecho por debajo de los edredones. Mientras tanto, en dos tazas, Wanda agregó una porción generosa de manzanilla y miel de abeja en agua caliente. Para cuando trató de poner una en las manos del muchacho, ya con el edredón extra encima, éste temblaba tanto que le hubiera resultado imposible sostenerla.

—Deje. No saque sus manos. Yo se lo doy —le dijo—. Y tú, Hartwig, también te tomarás uno.

Cuando Ilse bajó con Helmut, éste ya estaba vestido —bien abrigado— y

portaba una corona de papel en la cabeza. Como rey. No: ¡como cumpleaños! Con los eventos del incipiente día, Wanda lo había olvidado. Era el primer cumpleaños de su bebé.

—¿Cuántos años cumples, Helmut?

Ilse tenía más de un mes entrenando a su hermano a contestar esa pregunta.

—*Eins, eins, eins!* —le contestó Helmut, entusiasmado, sonriente.

—¿Quién tiene fiesta hoy?

Esa pregunta era nueva.

—*Eins, eins, eins!*

Ilse rio.

—No, Helmut, *Ich, Ich, Ich!* ¡Yo, yo, yo!

Hasta Janusz rio con eso. Ya estaba regresando a la normalidad.

—Mira, Helmut: ya está listo tu desayuno de cumpleaños —le dijo Ilse.

Wanda recordó la mesa puesta con su vajilla elegante y estaba a punto de argüir que qué ocurrencias, que no había tiempo para eso, que había mucho que hacer, pero Hartwig la sorprendió.

—Pues festejemos al cumpleaños.

—¿Pero, Hartwig...?

—Vamos a sentarnos a la mesa, Wanda. Tenemos tiempo para eso.

—Pero...

—Siéntate, Wanda, disfruta. Hay festejos que no deben dejarse pasar.

Casi le parecieron órdenes, pero hizo caso sin decir más. Había algo en la mirada de Hartwig: una desesperación. Su sonrisa no era falsa, pero sí era exagerada.

—Janusz: si ya te sientes mejor, siéntate a festejar con nosotros. Hay lugar —dijo Hartwig.

—Y hay huevo —dijo Ilse.

Comieron y cantaron para festejar al niño del cumpleaños. Todos rieron cuando Helmut se llenó la cara de mermelada. Calentaron así la cocina. Nadie recordó el frío. Ya no fueron necesarios edredones extra ni abrigos. Entre todos lograron crear un paréntesis, pero sólo duró treinta minutos.

—Cuéntanos un cuento, Janusz —dijo Ilse.

—No. Tenemos mucho trabajo —dijo Hartwig, y con eso dio por terminado el interludio—. Janusz, atiende a los animales. Al rato voy. Irmgard e Ilse,

gracias por el desayuno. Laven y guarden todo. Con cuidado. Jadwiga, viste a los niños.

Wanda hubiera objetado: era ella la que lavaba siempre esa vajilla, pero Hartwig le dijo ven, tenemos que hablar. Y fue. Como muñeca de hojalata. Y hablaron, aunque no por mucho tiempo.

Cuando Hartwig había llegado a la casa de von Witzleben, ya tampoco había soldados y *Frau Wollatz* lloraba: al despertar esa madrugada, le pareció que alguien había entrado a robar. Había muebles sin llave, la oficina de von Witzleben estaba abierta, su escritorio en desorden. En la bodega de la plata faltaban muchas piezas, en particular lo pequeño y portable: las cuchillerías, los platos de pan. Alarmada, subió al área familiar a dar aviso, pero sus señores ya no estaban. ¿Se llevaron algo de la alacena?, le preguntó Hartwig. No. Si hubieran bajado a la cocina, ella los hubiera oído. Los von Witzleben habían empacado durante la noche sin decir nada a nadie, sin pedir ayuda. Sin ofrecerla. *Frau Wollatz* lloraba, sin entender el abandono, sin saber qué hacer. Sólo se llevaron al chofer, que también es alemán, que también se fue con ellos sin decir nada, *Herr Hahlbrock*. Yo también soy alemana, pero me dejaron, le dijo.

—Se fueron en su automóvil, Wanda. Habían escondido suficiente gasolina para huir. Alguien le avisó de algo que está por suceder, supongo, pero no se tomó el tiempo de avisarnos. Von Witzleben nos abandonó a todos —Wanda pudo sentir la decepción y el enojo en la voz de su marido—. Le dije a *Frau Wollatz* que tomara lo necesario, que ordenara equipar la carreta y se fuera con aquel personal alemán que quisiera seguirla. Yo quedé con Franz de partir a las catorce horas.

—¿Hasta las catorce? —la voz de Wanda salió como un hilo frágil.

¿Por qué hasta las catorce horas? ¿Era poco tiempo, era demasiado? La incertidumbre amenazó con ahogarla.

—Vienen los rusos, es lo único que puede haber motivado a von Witzleben a irse así. Están cerca, pero hasta donde sé, no se han movilizado. Tenemos tiempo, Wanda. Tenemos la carreta y tres caballos. Estaremos listos. A las catorce nos vamos, esté quien esté.

—Hay mucho que hacer...

—Sí, pero lo importante ya está hecho, acuérdate. Tranquila. Tú encárgate de los niños y su ropa, de edredones, de la despensa. El pozo está listo. De la casa

grande saca las cosas que decidimos preservar. Que te ayude Jadwiga.

Hartwig se fue a hacer su parte en el plan de evacuación que habían trazado en esas noches en que cambiaban de la radio alemana a la inglesa. Tiempo atrás habían comprado en el mercado negro caros cigarros para intercambiarlos por un preciso mapa Michelin de los caminos del *Reich*. Sabían que encontrarían un soldado fumador que los apreciaría más que a su mapa. Habían hecho y desechado listas de prioridades hasta quedar con una sola que enumeraba las absolutas: muy pocas, pero vitales para la supervivencia y la vida posterior. Pero en ese plan siempre había estado contemplada una evacuación concertada y protegida por el Gobierno, una ordenada. ¿Serviría éste en una evacuación egoísta? ¿En la cual soldados y patronos abandonaban a la gente bajo su protección para asegurar su propio pellejo? ¿En el peor invierno en años? Más valía.

Se despojó de la hojalata que había invadido de nueva cuenta su cuerpo. Oyó sus platos chocar unos contra otros o contra la orilla del fregadero, daba lo mismo: lo que fuera sonaba peligroso para la porcelana. Estuvo a punto de ir a ver a sus niñas manipulando su vajilla querida, su mayor tesoro. No. Mejor respiró hondo. Sus platos corrían peligro y ese hecho le enchinaba la piel, pero decidió no mirar, pasar de largo para bajar al sótano. ¿Sería que empezaba a desprenderse?

Pensó con ironía que en la lista de prioridades absolutas no estaba incluida vajilla alguna: ni la elegante, ni la del diario. La lista no comprendía ni manteles ni cortinas, aunque su creadora hubiera pasado más horas en su bordado que en contarles cuentos a sus hijos. Tampoco ningún adorno, aunque su dueña hubiera ahorrado y pensado por meses antes de atreverse a hacer el gasto. Tanto cuidado, tanto empeño invertidos en cosas sin importancia. Sí. Empezaba a desprenderse.

Desde que habían trazado planes y habían hecho la lista definitiva, Wanda se había dedicado a cumplir con su parte. Lo que era del *Wehrmacht* era del *Wehrmacht*, y ahora de los soldados ladrones. Lo de la familia lo guardaba en la bodega subterránea de su casa. En el último año se había dedicado a curar más jamones de lo usual, más patés, más salchichas, con el fin de acumular provisiones para una contingencia como la de ese día. Había guardado quesos *Tilsiter* enteros. Había intercambiado parte de la leche que producían las dos vacas familiares por las latas de leche condensada de los guardias de su granja y

de otras: a Helmut no le faltaría. Produjo el doble de mantequilla y conservas. Lo mismo con el pan: a hornear el doble y a guardar la mitad, envueltos en paños. El pan casi congelado no era de su gusto, pero pan era pan y llenaría la barriga.

Tomó la llave para abrir la puerta y se puso su abrigo para bajar: en verano el lugar se mantenía fresco, pero en invierno, y más en ese en particular, estaba apenas por arriba del punto de congelación. Todo estaba listo. No tardó en meterlo a los baúles. En otro pequeño, empacó barras de jabón y crema de dientes. No sabía a dónde irían ni cuándo llegarían, pero llegarían limpios. También guardó la caja de hojalata donde había reservado jengibre y hierbas para té y remedios sencillos. Había sido difícil resistirse a usar el jengibre en la pasada Navidad. La primera Navidad sin galletas.

—Ya terminamos con la vajilla —le dijo Irmgard, seria, cuando la vio subir del sótano.

—No la rompimos nada y la guardamos con llave —dijo Ilse.

—¿La guardaron con un paño entre cada plato?

—Sí.

—Dejen la vajilla ahí, pero recojan los paños. Los vamos a necesitar en el viaje. Y ya no cierren con llave.

Ella tampoco cerró la despensa. Que se lleven lo que quieran, decidió.

Se sorprendió. Para lo que sirven unas cuantas horas de una mañana que no era como cualquiera: unos paños cobraban más importancia que la vajilla de porcelana que su dueña amaneció defendiendo contra el peligro de desportilladuras.

En el lapso de una mañana —nunca lo hubiera creído— se puede dar el paso necesario para catalogar algo tanpreciado en una vida en extinción, para casi llegar a sentir una lejana nostalgia agradecida por la última ocasión improvisada en que se usó gracias a las ocurrencias de una hija traviesa. Hartwig tenía razón: hay festejos que no se deben dejar pasar. Ese día habían festejado un cumpleaños y un adiós.

Se miró al espejo oval de su abuela. Otro adiós. Doloroso. Por lo pronto. No era el espejo más fino que hubiera visto. En el castillo había muchos de mejor calidad. Pero ése en particular era suyo, herencia de su abuela. Lo había transportado hasta ahí de recién casada con la ilusión de pasarlo a la siguiente generación. Tampoco había dejado que las niñas lo tocaran nunca. Así como a la

vajilla, no podía llevarlo. Llevar cosas quebradizas en un viaje de huida no era ni prudente ni sensato. ¿Y por qué era que ella se había apegado tanto a cosas quebradizas, entonces? Cerró los ojos para no verse más en ese vidrio imperfecto, que mostraba a su dueña con un ojo más grande que otro. ¿De quién sería la siguiente cara reflejada ahí?

—Ilse, fue un lindo desayuno. Gracias —Wanda sintió que se le adelgazaba la voz, pero carraspeó, la fortaleció. Abrió los ojos, pero ya sin mirarse al espejo —: Ahora suban a vestirse con su ropa más caliente, doble malla. *Schnell!* Nos vamos de viaje. Pónganse sus botas. Empaquen: lleven sus zapatos de domingo, ropa interior, mallas, abrigos, guantes y suéteres. Sólo dos vestidos. Díganle a Jadwiga que haga lo mismo con los niños. Traigan unos libros y sus pizarras: no crean que dejarán de estudiar sólo porque nos vamos de viaje.

—*Jawohl, Mutter* —dijeron al unísono.

Ya tenían edad de entender la urgencia. Al menos Irmgard, concluyó Wanda.

—¡Y no olviden cepillo de dientes y listones!

Tal vez no eran tan mayores si todavía tenía que recordarles su madre tal cosa. O tal vez era que la madre también tenía apego a la frágil infancia de sus hijos. Se quitó su abrigo, subió y visitó cada recámara. Jadwiga estaba en la de los tres menores, empacando según sus instrucciones.

—Empaca los pañales y el aceite de hígado de bacalao con zinc de Edeline y Helmut. Agrega un juguete de cada quien, por favor. Freddy, tú también: uno nada más.

—*A óñe aos, Huheg?*

¿Cómo contestarle a su niño querido sin mentir?

—Vamos a una aventura, Freddy. Todos juntos. Jadwiga, cuando termines deja a los niños a cargo de Irmgard e Ilse. Te veo abajo para que me ayudes con algo.

En lugar de tender las camas, Wanda las deshizo más: en costales guardó edredones y almohadas de pluma. Dobló todas las sábanas. Éstas no estaban en la lista, pero deberían haberlo pensado antes, decidió. Las necesitarían. Algún día volverían a dormir en cama, supuso —deseó—. Y cabían muy bien en uno de los costales.

—Mamá, ¿puedo llevar mi muñeca? —era Ilse que preguntaba desde su recámara.

Todavía era tan niña... Sintió mucho pesar. Si hubieran tenido suerte, si dependiera de ella, la niñez de su hija duraría muchos años más. Pero no tenían suerte, ni dependía de ella: la niñez de Ilse estaba a punto de morir de súbito.

—Claro que sí —le dijo en voz alta—. Aférrate a ella, *Tochter* —dijo sólo para sí.

Enrolló dos tapetes de lana, los colocó en al borde de la escalera, les dio un empujón y los miró deslizarse escaleras abajo. Les siguieron los costales. Día de locuras: antes nunca hubiera permitido tal desfachatez, pero en ese día de *últimas veces y adioses*, ¿qué eran unos cuantos tapetes y costales rellenos de plumas dando tumbos por la escalera? ¿Para qué cargarlos? ¿Quién estaba para decirle que era mala ama de casa?

Entonces se le ocurrió que debió haber dejado que Freddy se montara en uno de los costales para deslizarse sobre ellos. Sería tal vez el último recuerdo de su niño en esa casa. Se quedaría tan adherido a él, que quizá diría, cuando fuera mayor: de niño, mi madre siempre me dejaba deslizarme escaleras abajo sobre las almohadas de pluma de ganso. Ese recuerdo valía la pena. Se borrarían de su memoria, quizá, todas las veces que su madre le dijo que no. Deseó que le bastara para borrar de su memoria lo que estaba por venir. Bajó por un costal y subió de nuevo. Hizo como si no lo hubiera lanzado antes.

—¡Freddy, ven! Ya me cansé. ¿Me ayudas a bajar este costal? Pero está pesado. ¿Se te ocurre cómo...?

Freddy llegó corriendo. Por supuesto que se le ocurría cómo. No era muy parlanchín, su niño, pero sabía hacer sus travesuras, y deslizarse por los escalones boca abajo y de clavado, era una de sus favoritas. Poco importaba que su madre se lo prohibiera. Ahora, sorprendido, encontró con su mirada el permiso de su madre, quien por primera vez en su vida no le dijo ten cuidado, no hagas eso, no te pegues, no te ruedes. Con sólo la mirada, le dijo ¡lánzate! ¿Qué esperas? Y nada más.

Con eso, se dio cuenta de que ése también era un día de *primeras veces*.

El gozo de Freddy la acompañó y consoló el resto de la mañana mientras seguía con las tareas de su lista. Empacó para ella y para Hartwig. Sacó el botiquín de su escondite bajo los tablones del piso. No se arrepentía de no haber entregado sus botes de sulfa al *Wehrmacht*: no era su culpa que escaseara, como todo lo demás. Ella, mujer precavida, se había hecho de varios botes de la cara

sulfa —líquida y en polvo— con la que el viejo doctor Veldmann había salvado a Freddy de una infección.

Del fondo de su baúl personal sacó sus ahorros de dinero y cupones de racionamiento, y los metió a una pequeña bolsa de lona. En otra, metió los papeles de identidad de los miembros de la familia junto con la libreta del banco. Se quitó el vestido y, sobre el fondo, se colgó la bolsa del dinero al cuello y la de los papeles a la cintura para que colgara por un lado a lo largo de una pierna, y se vistió de nuevo. Se miró al espejo y notó dos cosas: que las bolsas, escondidas bajo el vestido, no se veían, y que esa mañana no se había peinado. Algo más que parecía haber perdido importancia en esa extraña mañana. Pero se peinó de prisa.

Abajo, ya la esperaba Jadwiga.

—Ve por una carretilla y llévale estos costales y tapetes a *Herr* Hahlbrock. Dile a Janusz que venga por los baúles de la despensa y las maletas de las recámaras, y que los lleve. Te veo después en el castillo. Trae la carretilla contigo.

Abrigadas, cada una se fue por su lado. Wanda podía oír a lo lejos a Hartwig y a Janusz trabajando para cumplir su parte de la lista. Ella tendría que revisar, pero creía que estaba a punto de terminar con lo suyo.

En el castillo ya la esperaba un costal empacado tiempo atrás, lleno de charolas, platonos y cuchillería de plata —los tesoros de la casa—. Eran objetos que ella había escogido de entre tantos. Imposible salvarlos todos del saqueo que vendría. Éstos —de valor no sólo por su antigüedad, sino por el peso en plata— irían a dar al pozo que, a petición de Hartwig, Janusz había cavado en otoño entre los arbustos de la parte posterior del jardín, cuando todavía era posible cavar en la tierra suelta. Y qué bueno que lo habían hecho con tiempo: cavar un pozo en pleno invierno sería casi como romper roca, y les tomaría más tiempo y hombres de los que disponían. De haber sido el caso, hubieran tenido que dejar el costal ahí, en la entrada de la casa, dando la bienvenida a sus invasores.

¿Faltaba algo? Wanda creía haber escogido bien, pero de todas maneras hizo un recorrido más. Esa casa no era suya, pero había sido parte de su vida de casada. No era tan elegante como la casa principal de los von Witzleben, pero había sido construida por algún ancestro que la había llenado de tesoros de otras latitudes. Nunca perdonaría a los von Witzleben su abandono, pero si a ella le

había costado hacerse a la idea de abandonar una simple vajilla (que no creía que se equiparara con ninguna de ellos) y un viejo espejo, ¿qué habría sido para ellos abandonar tanto? ¿Recordaban siquiera lo que tenían en esa casa de tantas de su propiedad que nunca visitaban? ¿Les importaba todo lo que ahora los Hahlbrock se esforzaban por proteger para ellos? No creía. De ser así, hubieran pasado por ahí esa mañana, si no interesados por el bienestar de su gente, al menos sí para recoger lo que valoraban.

Según *Frau Wollatz*, se habían llevado mucho de su casa principal, pero no todo. Se llevaron sólo lo que pudieron llevar con ellos, concluyó Wanda. Y prefirieron cargar su auto de tesoros antes que de gente, además. ¿Sería su auto con sobrecarga capaz de transportarlos hasta su destino en ese clima y con los caminos en tan malas condiciones? ¿Sabrían los von Witzleben que para sobrevivir sobrarían las cucharas de plata? Por lo que había dicho *Frau Wollatz*, no habían sido muy prácticos al escoger lo que llevarían con ellos.

Recordó algo más que Hartwig y ella no habían apuntado: tazas, cucharas, una olla, un sartén y dos cuchillos. ¿Cómo es que no los apuntamos en la lista de indispensables? ¿Qué más se nos olvida? Además de los paños, no sobrarían servilletas: se llevaría las de Navidad, ¿por qué no? Las cosas estaban para ser usadas, no atesoradas. Mejor usarlas ella que alguien más. Además, no había dedicado tanto tiempo en bordar el juego de servilletas y mantel para dejarlo al servicio de unos rusos que no comprenderían ni apreciarían. Ya. Se llevaría el mantel también, decidió. Aunque fuera sucio por la mermelada de durazno que tanto le gustaba a Helmut. No era de uso práctico en el viaje que emprenderían, pero no ocuparía mucho espacio. Hartwig no se enteraría sino hasta la siguiente Navidad, cuando los sorprendiera a todos poniendo mesa nueva con un querido mantel de lino bordado de recuerdos de flores.

Ya venía Jadwiga: oía la carretilla. Había acordado con Hartwig dejar que la muchacha conociera el escondite de las piezas más valiosas de la casona. Ambas llevarían el costal al pozo, lo echarían ahí y luego lo cubrirían con tierra.

—Vendrán los rusos y saquearán lo que esté a la vista. Que se lleven lo que quieran. Lo que hay aquí es nuestro secreto, Jadwiga. Tú no digas nada a nadie: no es seguro. Ni a tu familia, por lo pronto. Es por tu bien. Si no hemos regresado en tres meses, ven por lo que enterramos. Es tuyo. Úsalo bien y recuérdanos —eso había planeado decirle desde que habían decidido lo que

harían. Ahora, de último minuto, al oír la carretilla, había decidido agregar más —: Hoy mismo, en esa carretilla, llévate mi vajilla, cuídala como se debe y herédala a alguna hija tuya. Te regalo el espejo de la abuela también. Y no dejes que te encuentren aquí los rusos. Vete a tu casa.

Si ella misma no la podía heredar a alguno de sus hijos, le daba gusto regalarle todo a alguien que había sido buena amiga y casi hermana de sus hijos. En unos meses, si antes los rusos no descubrían el tesoro enterrado, la muchacha sería rica. Se le anudó el estómago al pensar en cuánto tardarían sus hijos en comprender que habían dejado a Jadwiga atrás para siempre, en cuánto la extrañarían. Esperaba que Jadwiga a ellos también. Esperaba que recordara el tiempo con su familia con cariño, y que en el futuro tuviera palabras gentiles para la familia Hahlbrock, a pesar de las circunstancias que los habían unido. Ese sería otro doloroso adiós, pero no el último.

Wanda intuía que ni ellos ni ningún alemán echarían raíz nunca más en esa tierra que por siglos habían llamado suya los reinos prusianos y germanos, esa tierra que tanto había cambiado de manos y por la que tanta sangre se había derramado desde las tribus de la antigüedad. Se irían ese día y dolería, pero no derramarían ahí la suya. Se iba con el deseo de que nunca más esa tierra fuera motivo de disputa. Si de mí dependiera... ¿Por qué insisto en creer que las cosas dependen de mí? Nada depende de mí. Nada. Ni el destino de mis hijos, al parecer. Ni siquiera dónde dormiremos esta noche.

Jadwiga dormiría con su familia de manera permanente esa misma noche. ¿Y ellos?

Recordó el enojo que había sentido esa mañana al ver la mesa puesta con sus tesoros. Lamentó el castigo que estuvo a punto de imponerle a Ilse: en la noche te irás a la cama sin cenar. Pero ¿cuál cama, cuál cena, cuál plato, cuál mesa? ¿Dónde estaría su familia esa noche? No lo sabía, pero comprendió que tampoco tenía importancia. Lo importante era estar donde fuera, pero vivos y juntos. En un abrir de ojos después de años de relativa paz en la guerra, después de una noche de fingida tranquilidad como cualquier otra, su vida se había reducido a eso: a la comprensión de que el único tesoro que vale la pena es la vida.

LOS HAHLBROCK

38. SUAVE, JUGUETÓN Y CON PALABRAS SENCILLAS

Ilse dejó que Edeline se probara la corona del cumpleaños para que se mirara al espejo.

—Pero no la maltrates. Es de Helmut.

—¡Yo la quiero!

—No, Edeline, no es tuya. Otro día te hago una. Ésta es de Helmut.

—Ay, ¡ya, Ilse! ¿A quién le importa tu corona?

Irmgard había hecho lo que se le había ordenado hasta ese momento: lavar los platos, cuidar a los hermanos. Pero no quería decir que lo hubiera hecho de buen talante.

—A mí me importa. Y a Helmut y a Edeline, mírala.

Como era café, del color de su cabello, la corona no se le veía tan bien a su hermana menor, pero Ilse había aprendido de Jadwiga que a los niños pequeños no siempre se les dice la verdad y que siempre se les debe hablar suave, jugueteón y con palabras sencillas. ¿Como a los tontos?, le había preguntado Ilse. Un poquito como a los tontos, le contestó ella: pero a los niños se les quita poco a poco y pronto podrás hablarles de manera normal.

—Te ves muy bonita, Edeline. Cuando sea tu cumpleaños te haremos una de papel morado, ¿quieres?

—Rosa —dijo Edeline.

—¡Claro que sí! Ya verás...

—¿Estamos perdiendo la guerra y tú estás prometiendo coronas y fiestas de cumpleaños? ¿Qué no entiendes lo que está pasando?

—Entiendo muy bien.

Pero no podía hacer nada al respecto. Lo único que podía hacer era cuidar a sus hermanos tal como se lo había pedido su madre, y eso incluía hablarles como a los tontos: sin verdades y suave, jugueteón y con palabras sencillas. Lo único que podía hacer era fingir que la emocionaba el viaje para no angustiar a los pequeños. ¿Por qué no podía hacer lo mismo Irmgard? ¿Por qué en un solo instante se había convencido de la falibilidad del *Führer*, si por tantos años lo había creído invencible? ¿A dónde habían ido a parar tantos *Führers*, «mi *Führer* que Dios me dio, protege y preserva nuestra vida...» que Irmgard se había empeñado en hacerla rezar? ¿Por qué insistía en esparcir su angustia?

Ilse entendía lo que sucedía, pero no quería. Ese día desearía ser Edeline o

Helmut para que el mundo le hablara aún como a los tontos, con verdades medias, suave, juguetón y con palabras sencillas. Quisiera creer y emocionarse, como lo había hecho Freddy, que emprenderían una aventura. Quisiera creer todavía, como se lo había asegurado Irmgard siempre, que el *Führer* no dejaría que Alemania perdiera la guerra. Quisiera creer que ése era sólo un mal día. Que emprenderían el viaje, pero que pronto regresarían entre risas, sintiéndose tontos —todos— por haber partido sin haber motivo real.

Quisiera. Qué lindos los días en que sus padres se escondían para hablar lejos de ella, para no lastimarla o asustarla. Ahora reconocía que antes le habían hablado como a los tontos ya no tan tontos: no tanto como a sus hermanos menores, pero lo suficiente para tenerla anclada en el mundo de los niños. Pero ese día su madre le había hablado con la verdad completa, con la angustia intacta, sin medirse, como par. Ya estaba más allá de la niñez, se lo había declarado su madre con cada palabra: ya-vienen-los-rusos.

¿Significaba eso que debía dejarse de juegos para siempre? La sobrecogió una tristeza enorme: no quería. Se sentía niña todavía, aunque las circunstancias le exigieran pasar al lado de la adultez. Se encontraba apenas más allá de esa frontera, lo suficientemente cerca como para sentirla, para imaginarse aún del otro lado. Y por eso había continuado con el festejo temprano de Helmut a pesar de la angustia reflejada en la cara de su madre: ni los rusos arruinarían sus planes, se dijo. Todo le había salido muy bien; todos se habían divertido.

Por eso, como escudo, llevaría a su muñeca a ese viaje.

La habían arrancado de la infancia hacía tan sólo unas horas y de súbito, pero ella se recordaba niña como el día anterior y de manera tan absoluta, que la niñez seguía siendo tangible, deseable.

Y opcional.

—Edeline, Helmut, ¿cómo maúllan los gatitos?

39. LAS HORAS

Decir adiós no fue fácil, por más de que se hubiera preparado para ello por más de un año. La sorpresa de ese día no había ayudado, pero tampoco la sorpresa dentro de la sorpresa.

Siempre habían imaginado que la evacuación se planearía con días de anticipación, pero no: a tener todo listo para las catorce horas. Eso le daría tiempo suficiente, si no para despedirse de cada metro de la hacienda, por lo menos para empacar y luego dejar limpia la casa, calculó. Ésa sería su despedida: acariciaría los pisos y los ladrillos que le habían dado forma a su vida.

Cuando se disponía a hacerlo, llegó Janusz sin aliento.

—Dice *Herr* Hahlbrock que se adelantó la hora de partida para las doce.

Para eso faltaban quince minutos. Corrió detrás de Janusz al encuentro de Hartwig. Ya estaba Franz ahí, con Erna y Crystl en su propia pequeña carreta, acondicionada como la de ellos, algo que habían planeado entre todos. Su vecino Johann Weber le había dicho que había rumores de que la llegada de los rusos era inminente. Se irían.

Los niños se emocionaron al ver su carreta: ¡parece carreta de gitanos!, gritó Ilse, pero a Freddy le gustó más la versión que le dio su padre: somos pobladores del viejo oeste que huyen de los apaches.

Con las novelas de Karl May en mente —que tanto le contaba a Freddy— Hartwig había diseñado el aditamento para la carreta que nunca había llevado techumbre: pero si a ellos les funcionó, nos funcionará a nosotros bajo sol, lluvia o nieve, le dijo a Wanda. Así que elaboró tres medios arcos de hierro y los insertó a los sostenes instalados en la carreta con ese propósito. Luego midió lona gruesa para echarles encima. Wanda había cosido los amarres.

Ahora veían el resultado de su imaginación y esfuerzo.

—Con la alfombra de flores parece de gitanos —repitió Ilse.

Hartwig había echado su tapete de lana sobre la lona blanca. La cubría toda y parecía estar bien fija, pues le habían hecho agujeros en cuatro esquinas, más otros dos en cada lado del centro para amarrarla con cuerdas gruesas. Hartwig notó que miraba su obra con ojo crítico.

—Estamos a veintiocho grados bajo cero. Les dará más protección ahí atrás —dijo Hartwig a modo de excusa y de disculpa.

Wanda había aportado los tapetes para que sirvieran de algo y Hartwig les había encontrado uso.

—¿No crees que llamará mucho la atención? —dijo apuntando hacia el cielo.

Hoy no volaba avión alguno sobre ellos, pero Hartwig entendió lo que le decía en silencio.

—Ya habíamos colocado la lona cuando llegaron los tapetes. Cuando llegemos hoy, invertiremos el orden. El otro tapete lo pusimos en la base de la carreta... se colará menos el frío. Y además, nevará tanto que los colores se cubrirán muy pronto.

Wanda se asomó por la entrada posterior, la de los pasajeros. Ya todo estaba dispuesto: adentro, el tapete cubría la dura madera de la carreta. Tendrían que tener cuidado de no pisarla con zapatos mojados, pero agradecía la buena idea de Hartwig. En una esquina estaban los costales de lana de borrega y ladrillos calientes, edredones y almohadas para cada viajero. En otra esquina, dentro de un costal, se hallaban las mantas de los caballos. Los baúles de comida estaban alineados en un lado, y doblarían su uso como asiento para el que se cansara del suelo. Por fuera llevaban, amarrados a los costados, varios costales de alimento de caballo, lonas, cuatro ruedas para cuando desapareciera la nieve y herramienta diversa. Adelante, bajo el asiento del conductor, una antigua escopeta y un hacha.

Ya no había nada que hacer, más que preocuparse. Nada más. Poca cosa. Y ella tenía la sensación de que olvidaba algo. Contó a sus hijos: cinco. Estaba su marido. Estaban todos. Si faltaba algo más, no sería tan vital como eso. Entonces no había nada más que hacer más que despedirse. Poca cosa, también.

Se despidieron de Jadwiga, los pequeños desde adentro de la carreta, emocionados por esa novedad y sin darse cuenta de la irrevocabilidad de lo que venía. Hartwig, de manera formal: gracias por todos estos años de ayuda y compañía, y luego un ruego con el corazón roto: cuídalo, ¿sí? Las niñas mayores lloraron y la abrazaron: Ilse prometió que escribiría. Jadwiga lloró con ellas y aseguró que esperaría cartas. Cuando llegó su turno de despedirse, Wanda le dijo lo que se había propuesto, pero de forma entrecortada. No lloró cuando Jadwiga lo hizo. No la dejó agradecer el regalo que le dejaban. No era regalo, le dijo: era compensación. La abrazó, se dio la media vuelta y se subió a la carreta detrás de sus hijas. Bajó la cortina posterior y la amarró para sellar el interior contra el frío

y contra los recuerdos. La de adelante ya estaba cerrada. Viajarían en penumbra, pero no importaba. Obstruir la vista quizá los ayudaría a todos a desprenderse y a dejar en el pasado lo que creyeron su vida asegurada.

Así arrancaron hacia Prusia Occidental, como exploradores del viejo oeste con aspecto de gitanos, sin saber a dónde llegarían o si acaso llegarían. Emprendieron el viaje sin saber lo que les esperaba en un futuro que no prometía nada.

A lo lejos, se oyeron apenas los gritos de Jadwiga, pero detuvieron la marcha de súbito cuando Ilse, que había abierto un hueco en la cortina posterior para asomarse, soltó un grito.

—¡Káiser!

Irmgard abrió la cortina por completo. El perro venía detrás de ellos, dando saltos de liebre en la nieve profunda. La cuerda con la cual Hartwig lo había atado en el granero con el propósito de que no los siguiera se había trozado y colgaba detrás de él como su persecutora.

Hartwig abrió la partición del frente para mirarla.

—Traté, Wanda.

Ése había sido su acuerdo: Káiser no podría ir con ellos porque significaría una carga.

—No tenemos comida para él.

—Es buen cazador —dijo Janusz—. Yo lo puedo ayudar.

Wanda se había sorprendido de que el muchacho hubiera aceptado venir con ellos. Ciertamente que nada le daba derecho a negarse, sólo la consideración de Hartwig. Lo necesitaremos, había dicho mientras elaboraban sus planes, pero no lo llevaré si no lo desea.

No sabía cómo se había dado esa conversación entre los dos hombres. ¿Al amarrar las lonas o el tapete? ¿Al ver el ganado salir de los establos por las puertas que nunca más lo encerrarían o al abrir las porquerizas para que los cerdos buscaran su libertad? ¿Al darle la espalda a los campos ajenos que juntos habían cuidado? ¿Mientras amarraban al Káiser en el establo?

—Será buen guardián —dijo Hartwig para terminar de convencerla.

—No puede ir atrás con nosotros —cedió Wanda.

La cara de alegría de Hartwig le restó años de angustia. Le hizo recordar al que había sido antes de la guerra. Nada más por eso valía la pena llevar al perro

con ellos.

—Lo llevaremos adelante. Le echaremos una manta de caballo encima. Ayudará a darnos calor.

Janusz bajó para subir al perro que ya rondaba al pie de la carreta, satisfecho de haberles dado alcance, sin resentimiento contra su dueño por haberlo amarrado y olvidado.

—Pues vámonos. Pero ya no nos detengamos por nada —dijo ella.

Todos se metieron a sus costales donde ya habían instalado un ladrillo que duraría caliente por horas. Dos horas después, Irmgard dormía. A pesar del helado del viento que soplaba fuera de su refugio, éste se sostenía y los protegía contra lo peor. El buen ánimo de Ilse, Freddy y Edeline se mantenía: jugaban con su propio vaho, se lo enviaban unos a otros, los cruzaban, lo perforaban con un dedo enguantado. Se habían construido un nido de edredones que compartían todos. Reían.

El pequeño Helmut iba dormido en sus brazos, recostado contra su pecho, dentro de su pequeño costal bajo dos edredones que los cubrían a ambos. ¿Acaso se confortaba con el latido del corazón de su madre? ¿Seguía acaso latiendo? Wanda no lo creía posible. Lo que sentía dentro no parecía el corazón discreto que ella conocía. Wanda sentía un peso en el pecho que no tenía nada que ver con el de su bebé. Tal vez era así como se sentía un corazón roto: como materia dura. ¿Desaparecería algún día la piedra de pesar que sentía entre los dos pulmones?

Wanda no podía dormir. Confiaba en que habían hecho buenas provisiones para el escape, pero nunca habían considerado que éste no sería con supervisión y protección de las autoridades. Siempre imaginó que, ante el éxodo masivo que de manera segura se aproximaba, el Gobierno aportaría guía por tierra y protección por aire. Ese día habían partido sin guía, sin protección. Sin siquiera trazar un plan, al menos no uno que ella conociera. Con la prisa, se había subido a la carreta sin siquiera preguntar el destino de ese día.

Intentó emparejar su respiración a la de su bebé. Qué tranquilidad respirar y dormir como él, confiado, sin preocupaciones, arrullado por el movimiento de la carreta y por lo que quedaba del corazón temeroso de su madre.

Cuando despertara, tendría que cambiarle el pañal. Pobrecito: le daría mucho frío. Lo consolaría con su bib...

—¡No! —dijo para sí.

Sabía que había olvidado algo.

—¡Hartwig!

—¿Qué? —la voz apenas audible de su marido penetró en el refugio.

—¡Olvidé el biberón de Helmut!

Había autorrecreminación en sus palabras. Su marido respondió con indiferencia.

—Dale con taza. No vamos a volver.

No le estaba pidiendo que se regresara, pero, ¿no podía mostrarse un poco más conmisericordioso? Acostó a Helmut a su lado sobre una almohada y lo cubrió con los edredones. Se sentó en un baúl para salir de su bolsa de lana. El golpe de frío la tomó por sorpresa. No podía erguirse por completo dentro de la carreta pero, encorvada, abrió la apertura del frente y se asomó.

Hartwig y Janusz sólo llevaban descubiertos los ojos. Además de la estructura de la lona, habían construido otra que proveía un pequeño techo protector para los conductores, pero esa nieve caía en perpendicular, directo hacia ellos y, de tan espesa, los cegaba. Bien podrían haber cerrado sus ojos pues, más que dar ellos indicaciones a los caballos, se habían dado por vencidos y mejor dejaban que los caballos decidieran su ritmo y su suelo. Avanzaban lento. Delante de ellos no había nada más que una cortina helada y, por los lados, apenas visible, el bosque, que acentuaba su negrura contra el blanco que se le derramaba encima. Todo estaba silenciado, hasta los colores. Todo, menos el sonido del fuerte viento de tormenta que cortaba entre los pinos.

Wanda no reconoció el camino. No había nada que la guiara o indicara hacia dónde se dirigían. La nieve nueva le daba la sensación de que nadie nunca había pasado antes por ahí; le daba la sensación de que estaban solos, de que eran los únicos seres en el mundo. Sabía que Franz y su familia venían detrás, y eso la confortó, pero mirando hacia delante, mirando sin ver, tuvo que asirse a la solidez del hombro de Hartwig. ¿Qué había más allá del suelo donde pisaban los caballos? ¿Se encontrarían con el fin del mundo, con el gran abismo?

—¿A dónde vamos, Hartwig? —tuvo que gritar para que la oyera por encima de la tormenta.

Necesitaba saber que él sí estaba cierto de lo que había adelante.

—Vamos tan lento que no llegaremos antes del anochecer a la granja de los

Römer, como me había propuesto. Mejor doblamos antes. Vamos a la granja de Jürgen Klaffke. Nos saca un poco del camino, pero llegaremos para las dieciséis. Eso creo. Es un cálculo.

Llegaron ya de noche, a las diecisiete. Klaffke recibió a las dos familias, sorprendido, pero amable.

—No hay nada en la radio sobre una invasión —les dijo cuando le explicaron el motivo de su visita.

—Ya viene.

Klaffke no los invitó a dormir en su casa. Tenían de huésped a la familia de su mujer, la cual se había asentado en una granja de Bialystock cuando Alemania le había declarado la guerra a la Unión Soviética con la intención de apoderarse de todo el territorio al este. Habían huido hacía meses para encontrar refugio en la seguridad de Prusia Oriental con sus parientes, pues hasta acá no llegarán los rusos, aseguraron. La casa era pequeña: no cabía nadie más.

—Pero pueden usar el establo. Hay un hogar de leña que funciona bien. Hay un antiguo baño de pozo ahí afuera.

En el establo sólo había un caballo y una vaca. Mientras Janusz instalaba y atendía a sus caballos, Hartwig encendió el fuego en la pequeña chimenea de metal. Sus hijos no habían llegado contentos. Helmut y Edeline lloraban de hambre. En el camino, Wanda había intentado darle a Helmut su leche, pero al tocar la lata se dio cuenta de que ésta se había congelado. Tranquilizarlo había sido imposible. Luego había seguido Edeline, que quería su pan. Cortó un poco con dificultades, porque también se había congelado. La mermelada se había congelado, la mantequilla, el agua, el queso, el jamón: todo se había hecho hielo. Usó dos ladrillos tibios para calentar un poco el pan. Los mayores se conformaron, comprendieron la situación, pero los dos menores no: Helmut quería su biberón y Edeline su pan con mermelada y no tener frío en su nariz: *Meine nase ist kalt, Mutti!*

Irmgard, Ilse y Freddy, enervados con los llantos de sus hermanos, peleaban de nada y de todo: ¡no me toques! *Mutti*, me está tocando. No la toques. A Freddy le huele feo la boca: dile que no me hable. Ya, Irmgard, no exageres. Ilse, me aprietas, hazte a un lado. No cabemos, hazte para allá, Irmgard. *Mutti*, Irmgard me quiere tirar de la carreta. Mira, *Mutti*, me está mirando. Ya nadie mire a nadie. ¡Ya deja de tocarme! Ya nadie toque a nadie. ¡Me pellizcó! *Mutti*,

Mutti, Mutti, Mutti...

Para el final del trayecto de ese día, la carreta que había parecido espaciosa había ido cerrando sus paredes sobre ellos y los comprimía. Aun Wanda quería pedir que no la tocaran, que no le hablaran. Pero era la madre y no agregaría tensión: fingió paciencia. Pero no dejaba de recriminarse: debí haber organizado mejor la comida. Si no tuvieran hambre la pasaríamos todos mejor, pensó. Se sintió mal por sentirse mejor cuando al descender de la carreta, vio la cara de hartazgo de Erna y cuando oyó el llanto de Crystl. Venían cansadas también.

Ni siquiera le serviría preguntarle a su cuñada si tenía un biberón extra, pues ésta seguía dándole pecho a su niña. Cómo deseaba todavía tener leche para dar en los suyos, pensó, pero la tensión de los últimos meses se los había secado. Supuso que Helmut no tendría más opción que hacerse mayor también sólo porque a su madre se le había olvidado su botella.

El hambre obligó a Helmut a tomar su leche a pesar de que se le ofreciera en taza. Esa noche, exhaustos, los niños durmieron sobre la carreta, con la barriga llena, el llanto y los enojos aplacados, y el cuerpo tan tibio como era posible con ladrillos irradiando calor dentro de sus bolsas de lana de oveja. Janusz no tuvo que salir a ayudar a Káiser a la caza de su comida: por las esquinas del establo rondaban gordos ratones deshabituados a la persecución, fáciles presas para un perro hambriento. Los adultos se sentaron a planear con el mapa de Hartwig en mano.

Saldrían a las seis de la mañana, a oscuras todavía. No, no se dirigirían hacia el norte a Königsberg. La ciudad sería el primer objetivo soviético. Cruzarían el Vístula en unos cuantos días —dependiendo del clima—. Ya en Prusia Occidental, pasarían a la granja de su madre a descansar unos días, para convencerla de huir con ellos. Luego a Schneidemühl por Ida y sus hijos. Las noches las pasarían en granjas que encontraran en su camino. Dormirían en establos de ser necesario, pero siempre viajando hacia el oeste hasta cruzar el río Óder. Entonces estarían a salvo: los rusos nunca cruzarían el Óder, opinaron Hartwig y Franz.

Wanda y Erna también hicieron sus planes: cada noche sacarían los alimentos necesarios para el día siguiente. Los descongelarían al calor del fuego, harían los cortes necesarios para las porciones individuales. Por las mañanas, calentarían ladrillos de más: en una esquina del establo había muchos. Le

preguntarían, por supuesto, pero no creían que a Klaffke le pesara regalarles unos. En la carreta de los Bendzius, meterían el paquete de comida y leche en el hueco tibio que formarían entre éstos y, encima, echarían las mantas de los caballos. Brindaría aún más calor al interior: Erna no había pensado en traer tapetes.

Cerca de la madrugada, ya listos para salir, oyeron múltiples motores a lo lejos. *Lavoshkins*, dijo Hartwig, cuando aparecieron los aviones por entre las nubes. Los aviones rusos volaban bajo. Cazaban sin temor a ser detectados, arrogantes, seguros de tener el aire libre, les pareció. Iban hacia el norte, hacia Königsberg, tal vez. ¿Habría empezado ya la invasión por tierra?

—No podemos salir ahora —dijo Franz.

—Cierto. Esperaremos a que anochezca.

—¿Creen que dispararían a un par de carretas llenas de mujeres y niños? —dijo Erna.

—Creo que más vale no arriesgarnos —dijo Hartwig.

—Niños, bájense —dijo Wanda.

Los Klaffke, todavía escépticos, no quisieron acompañarlos cuando partieron esa tarde al oscurecer. La única luz que tenían para guiarse eran las dos lámparas *Pertrix* que Hartwig y Janusz fijaron al arnés del caballo del centro, con la luz dirigida hacia el camino. Franz hizo lo mismo con la suya. No hacían mucha diferencia, pues con la tormenta, la visibilidad era casi nula.

Los niños durmieron. Wanda también, pero sólo a ratos, pues había que cuidar que en especial los pequeños no se destaparan o al contrario: que no se asfixiaran bajo el peso de los edredones con los que su madre les cubría hasta la cara. A media noche, bajo los edredones, le cambió el pañal a Helmut.

Amanecería pronto cuando llegaron a otra granja que encontraron en plena actividad. No conocían a los dueños, pero rogaron un espacio en su establo. Aún no había noticias sobre alguna invasión rusa, les dijeron, sin embargo, los refugiados no cesaban de llegar a Königsberg, a pesar de que cada vez sufría ésta más bombardeos.

—Dicen que están evacuando a muchos por mar, Wanda, pero nos queda muy lejos. Sigo creyendo que nuestra mejor opción es por tierra y por los caminos menos andados.

Esa tarde, al oscurecer, siguieron su viaje hacia el oeste. A la mañana

siguiente se detuvieron a pedir techo en la primera granja que encontraron. Toda la familia se encontraba afuera cargando su pequeña carreta.

—Ya empezó la invasión soviética. Lo dijeron en el *Volkenfänger*. Nos vamos. Pueden quedarse en el establo, pero les recomiendo partir de inmediato. Me dijo mi vecino que dicen que lo primero que harán será cerrar todos los puentes sobre el Vístula.

No podían seguir de inmediato. Janusz y Hartwig estaban cansados, sí, pero más que a ellos, había que considerar a los caballos que, acostumbrados a trabajar de día y a dormir de noche, el nuevo cambio de horario, incomprensible para ellos, les estaba costando caro.

—Tenemos dos días de ventaja y los caminos están difíciles para todos, hasta para ellos. Descansaremos unas horas, Janusz. Nos iremos a las catorce horas.

Káiser se acomodó con ellos a dormir al lado de la fogata que encendieron.

Otro establo, otro descanso. Cinco horas del día en que Wanda y Erna aprovecharon para organizar su parte. Cinco horas en las que se podían oír las detonaciones lejanas. ¿Querrían decir éstas que el *Vaterland* se defendía todavía? ¿Qué recuperaría su territorio? Cinco horas de cuidar el sueño profundo de tres hombres y un perro.

—Niños vayan a jugar a aquella esquina. Y no hagan ruido.

Dos horas más para comer, calentar ladrillos y subir todo a las carretas. Siete horas en total tuvieron que bastar para los caballos y para todos. A las catorce horas en punto, emprendieron de nuevo su camino al oeste con miedo a ser detectados por los aviones soviéticos.

40. ALGO PEOR QUE LA SOLEDAD

Había que ganarle la carrera a la avanzada soviética.

—Si no logramos llegar antes que ellos, tendremos que llegar hasta Marienburg. —le dijo Hahlbrock, rompiendo el silencio.

Hacía tanto frío que avanzaban lento y sólo hablaban lo absolutamente necesario, porque para hacerlo, debían descubrir su boca. Ayudaba la grasa de bacalao con zinc que les había untado Wanda, pues tras diez días con la piel expuesta, ambos tenían la cara y los labios quemados por el aire helado y seco, por más de que se la habían intentado cubrir como los bereberes del desierto. Janusz no sabía quiénes eran éstos y le hubiera gustado preguntarle a Hahlbrock después de que los mencionó, seguir la conversación, aprender eso, imaginarse allá, en un lugar donde no existiera el frío, pero por la experiencia acumulada en los últimos días, sabía que debía ahorrar sus fuerzas y dedicarlas sólo a la meta del día: llegar a cualquier lugar que les diera acogida durante las horas de luz.

Ya ellos, como los caballos: andar doce o catorce horas que duraba la noche, dormir las pocas que duraba el día. Los dos primeros días había sido fácil descansar: la fatiga hacía su parte, pero ayudaba el hecho de que el único ruido —y ruido conocido, además— lo hacían los niños de las dos familias. Pero después de la invasión, parecía que la Prusia entera había salido a hacer la misma peregrinación por la vida.

Su avance se había tornado cada día más lento —frustrante, incluso—, ya que, a pesar de conservar su largo horario nocturno, coincidían temprano por la mañana y tarde por la tarde con los que preferían viajar de día, los cuales eran la mayoría. El camino se había colmado de caminantes y vehículos de todo tipo jalados por animales o humanos, los cuales detenían el ritmo de sus caballos y les impedían rebasar.

El ejército alemán lo había acaparado para sí una tarde y parte de la noche. Se vieron obligados a salir del camino y a detenerse por completo para dejarlos pasar. Ningún soldado los miró, nadie respondió a las preguntas que Hahlbrock les hacía al pasar.

—¿Viste, Janusz? Algunos eran unos niños de la edad de Irmgard.

No, Janusz no había visto nada, pues prefería nunca mirar a los soldados alemanes. Cinco años de haber aprendido la disciplina de sólo mirar las botas militares no se borran en un instante.

Otras noches, cuando se suponía que debían tener el camino casi para sí, se lo encontraban bloqueado por carretas y cuerpos abandonados.

La primera vez que se encontraron algo así, primero advertidos por los gruñidos de Káiser, se habían detenido a ayudar. Corrieron tan rápido como se los permitió la nieve. Franz, Hahlbrock y Janusz enmudecieron ante lo que vieron. Los pasajeros de la carretilla, dos niños de la edad de Freddy y Edeline, estaban muertos. Congelados por completo. No había nada que hacer por ellos. Impactados, entristecidos, orillaron la carretilla que alguien había empacado con la intención de llevar a sus hijos a la vida sin saber que ésta se convertiría en su carroza fúnebre.

Continuaron el camino. A quinientos metros, encontraron a la que supusieron era la madre. Muerta también. Helada.

—Dicen que no es la peor manera de morir —dijo Hahlbrock.

—Pero no hay peor manera de vivir —dijo Janusz.

—¿A qué te refieres?

—A vivir sabiendo que morirás de frío.

No dijeron más, porque había que ahorrar energías. Ese día y otros encontraron más carretas, más cuerpos. En dos ocasiones encontraron en una orilla grupos enteros que, por detenerse a descansar, por dormir sólo un momento, habían formado su propio cementerio de estatuas de hielo. También encontraron colgados. El ejército no perdía oportunidad de cazar y castigar a los que desertaban de sus filas con la esperanza de poder sobrevivir la guerra. Ninguno dijo nada, pero ambos se preguntaron si alguno de éstos había sido de los que los habían abandonado a su suerte en la granja.

Para cuando encontraron la tercera muerte, la vigésima, y más para cuando perdieron la cuenta, descendía sólo uno de ellos, sin prisa, sin esperanza, sin interés, a mover los cuerpos que estorbaban su paso. Tampoco observaban a los soldados que, como colgantes vigías del camino, los miraban a ellos con ojos muertos. Inclusive el Káiser había perdido la alarma y la curiosidad.

¿Qué guerra se podía ganar cuando un ejército mataba a los hombres de sus propias filas y los dejaba ahí como advertencia? ¿Qué tipo de clima extremo y traidor era ése que se había confabulado con el enemigo para traer el hielo de los rusos en avanzada?

El inusual invierno se había convertido en el más letal soldado; uno que

rodeaba y mataba sin derramar sangre. Janusz siempre lo había sabido, su madre se lo había advertido desde niño, pero nunca lo había atestiguado: aquel que se detenía se convertía en víctima. El que siguiera andando viviría mientras le quedara fuerza y voluntad. Por eso tantos cuerpos de hijos y abuelos abandonados: porque la persona que seguía en pie y andando escuchaba su propio instinto de conservación, escuchaba a su cuerpo cuando éste le decía deja todo, ya sólo tienes fuerza para ti; y entonces se convertía en su propio universo, en donde lo único que valía era la vida propia y en donde no cabían ni ataduras ni sentimentalismos.

—Cómo me gustaría poder ayudar, pero no podemos, ¿entiendes Janusz? — dijo Hahlbrock una vez que lo tomó desprevenido.

Janusz asintió. Entendía. Hahlbrock, suponía, también había llegado a la misma conclusión que él: cada quien su universo. Dolía, no lo negaba, pero desde entonces, al igual que su patrón, se había obligado a la dureza. Cada quien lucha por preservar lo propio. Por eso seguían delante y detrás de otros maltrechos sobrevivientes al borde de la muerte, por eso los rebasaban cuando se abría un hueco, pero ya sin mirar para no verles la miseria y el destino de muerte en los ojos.

Tal vez así mismo había sucedido cuando los había rebasado el ejército a ellos y a muchos otros aquella noche en que les ordenaron quitarse del camino sin mirarlos ni hablarles. Desde lejos nos consideraron perdidos, muertos en vida, concluyó Janusz. No quisieron vernos la miseria en los ojos. Antes de morir ya éramos fantasmas. Van con prisa a salvar algo, pero si no es a su gente, ¿qué? ¿Qué más cuando era su culpa todo lo que sucedía?

Después de la noche de los primeros encuentros nocturnos, Janusz había escuchado una conversación entre el matrimonio Hahlbrock: nunca dejes que los niños abran las cortinas. Luego le había contado lo que habían atestiguado. Nuestra comida, nuestras cobijas... son todo lo que tenemos en el mundo. Tenemos que cuidarlo todo. Ella estuvo de acuerdo. *Franz Bendzius* batalló más para que su esposa entendiera y accediera: eso es egoísmo, dijo; no es de cristianos. Es nuestra vida y la de nuestra hija, le dijo él.

La guerra los transformaba a todos: a un país en pedazos, a un pueblo en núcleo, a un núcleo en familia, a la familia en el universo entero, en lo único importante. Su universo no podía salvar a nadie, comprendió. Su universo no

podía ofrecer ni un mendrugo de pan siquiera, pues el mendrugo regalado ayer sería el que faltaría mañana. No podía brindar con miseración y ni permitirse el desgaste de un minuto de callada tristeza por la miseria ajena. Avanzaba para salvarse a sí mismo y a aquellos por los que luchaba. Para ello necesitaba de toda su energía y concentración.

Se guiaban con el mapa Michelin de Hahlbrock, y así encontraban cada día un lugar dónde descansar y planear el trayecto del siguiente. Las casas de las granjas estaban cerradas, sus dueños lejos, tal vez ya a salvo. Tal vez habían hecho lo mismo que ellos antes de salir: dejar a sus animales en libertad a merced del frío y de humanos hambrientos, pero también con la posibilidad de vivir, si acaso encontraban sustento. Por eso los viajeros como ellos encontraban las casas cerradas, pero los establos y graneros abiertos.

Ya no había establos a su entera disposición: los compartían con otros viajeros —casi puras mujeres que viajaban con sus hijos y sus ancianos— que, al igual que ellos, buscaban salir del frío en sus horas de descanso, contentos de haber sobrevivido otro tramo del camino. Algunos, como ellos, cansados, pero satisfechos de no haber perdido a nadie todavía. Otros, con la mirada vacía, sorprendidos tal vez de seguir con vida o por tener las manos vacías, sin más hijos o ancianos que cuidar. Todos hambrientos.

Janusz se alejaba de las conversaciones. Su alemán lo delataba como polaco y las miradas que recibía de algunas personas a las que todavía les quedaba espíritu en el cuerpo le daban a entender que lo culpaban a él y a los suyos de sus circunstancias de pobres vagabundos. Era eso o que lo miraban con el desprecio con el que siempre habían mirado a su gente y del cual le había hablado Radosz. Janusz no sabía interpretar esas miradas, pero no le gustaban, no estaba acostumbrado a ellas. Una vez había oído a Ilse decirle a un niño de su edad que Janusz no es *Untermensch*, cuando éste le preguntó que por qué compartían su pan con uno. Ella se dio cuenta de que había escuchado su conversación.

—Tú no eres *Untermensch*, Janusz —le dijo.

Para ella no, lo sabía, pero ¿así era como lo percibían los demás? ¿Infrahumano?

En la remota granja de los Hahlbrock no había pasado por eso. Los guardias miraban con dureza, con autoridad, pero Janusz lo aceptó y lo comprendió como la naturaleza de la relación prisionero-guardia. Ser objeto de odio por parte de

mujeres, viejos y niños, era novedad. Cuán aislado había estado los últimos años: nunca se había dado cuenta, pero los únicos alemanes que había conocido eran los Hahlbrock, que al principio, cuando no lo conocían, no lo dejaban ni acercarse a la casa. Pero eso había cambiado. Tal vez desde que había mecido a Edeline entre sus brazos. Nunca lo habían hecho sentir inferior. Además, nadie confiaría sus hijos a quien considerara *Untermensch*. Nadie confiaría en uno mientras toda la familia dormía atrás en la carreta, y mientras el padre dormitaba a su lado, confiado de que los conducía a un lugar seguro.

Ahora todos los viajeros debían compartir su techo con un *Untermensch*. Janusz no sabía si otros ocupantes de los establos enfrentaban a los Hahlbrock por el hecho de que viajaban y convivían con un polaco. Pero conversaban un rato alrededor del fuego o del hogar. Compartían información. Así se enteraban de lo último que habían escuchado en la radio, el último puente que había sido tomado. Para allá no es bueno ir, se recomendaban. O: lo más seguro es Königsberg. Todos los barcos del país van y vienen al rescate. Además nunca llegarán nuestros enemigos hasta allá, no los dejarán.

La mayoría seguía su viaje por la mañana, aunque había quienes decidían detenerse, rendirse, regresar. Qué puede pasar, preguntaban. Daba lo mismo: por detrás, los rusos; por delante, los americanos y los ingleses, que también pisaban ya suelo alemán. ¿Cuál es la diferencia? Perder es perder. Da lo mismo contra quién.

Janusz no tenía ánimo para sacarlos de su error, y no sabía si los Hahlbrock lo intentaban. Desayunaba bien lo que le daba *Frau* Hahlbrock y luego se iba a dormir, pero ya era casi imposible hacerlo entre el barullo de tanta gente, entre el llanto de tantos niños, entre las risas de los raros que, como los que viajaban con él, todavía tenían energía para jugar.

El día anterior habían encontrado el establo tan lleno, que había sido imposible dar espacio suficiente a cada caballo y más aún meter la carreta, a la cual había tenido que dejar a la intemperie, fuera de la vista de sus dueños. *Frau* Hahlbrock había tenido que ceder: Káiser se quedó esas horas en el espacio de los pasajeros, bien cubierto por el edredón de alguno de los niños. ¿Mejor con las mantas de los caballos?, sugirió Wanda. Las necesitaban éstos, le contestó su marido. No había opción. La pobreza de los otros viajeros —el hambre, el frío— los tentaría a robar las provisiones de esa carreta que, dadas las circunstancias,

debía parecerles de una riqueza y de una abundancia extraordinarias. Káiser debía hacer su trabajo como guardián, pero para ello debía estar bien alimentado. ¿La cacería? No habría ratones en un establo tan poblado por humanos. Janusz colocaría una trampa hecha con palos y cordel en la orilla del bosque para ver si caía algo durante el día para que comiera al despertar, pero había que darle algo antes de dormir.

—Jamón o salchicha: sólo por esta vez, Wanda —dijo Hartwig.

Lejos de la mirada de otros, le dieron al perro una salchicha.

—Es la última vez. Pero mañana vamos a oler todos a perro mojado, Hartwig —dijo Wanda.

—Ya olemos todos a perro mojado, *Mutti*. Tú también —dijo Ilse y todos rieron.

La segunda vez que oyeron al perro ladrar para disuadir a un invasor, Janusz decidió salir a dormir con él.

—No, Janusz. Hace demasiado frío —le dijo *Frau* Hahlbrock.

A Janusz lo conmovió su preocupación.

—Cada vez que ladra, se levanta y se destapa. Me aseguraré de que esté siempre bien cubierto.

Salió cargado con un par de ladrillos calientes, su costal y su edredón después de anunciar en voz alta y sonora: ya me voy a la carreta, *Herr* Hahlbrock. Éste le contestó de igual forma: llévate la escopeta, Janusz. Ya nadie más se atrevió a allanar el espacio que comprendía toda la vida y las posesiones de la familia.

Cuidar a Káiser valía la pena. El perro pareció entender su rol cuando habían parado la carreta para llevarlo con ellos. Formaba con los conductores un círculo de calor. Se mantenía alerta. Los despertaba con algún gemido suave cuando se quedaban dormidos con la carreta en movimiento. Parar la carreta valió la pena, ¿verdad, Janusz? —le decía Hahlbrock todas las noches, al recordar tal vez lo que le había dolido la decisión original de dejarlo.

—No puedes venir con nosotros, Káiser. Jadwiga te desatará en un rato —le dijo Hahlbrock aquel día al amarrarlo al granero.

Lo había hecho entre lágrimas, como entre lágrimas acariciado su motocicleta casi tanto como al perro y había soltado a todos a los demás animales. Mira Janusz: con ellos se va todo lo que he sido, le dijo. Para entonces

Janusz ya sabía que él sí iría: aceptó de inmediato cuando su patrón le dijo no es obligación, Janusz, quiero que entiendas; será un viaje muy difícil. Serás de gran ayuda, pero sólo si estás dispuesto.

No lo había engañado: sí era un viaje muy difícil. Más difícil de lo anticipado, incluso. Pero Janusz no se arrepentía: la otra opción hubiera sido esperar a los rusos. ¿Dónde estaría él en ese caso? ¿Vivo? ¿Muerto? ¿Lobo? Había dado el paso en la dirección al oeste con la familia, y se quedaría con ellos hasta el final, hasta que llegaran a algún lugar que distinguieran como su destino. ¿Después? Después decidiría él o el destino. Pero estaría vivo para hacerlo.

No había estado mal dormir abrazado al Káiser cubierto de pies a cabeza con varios edredones. Las pocas horas que tuvo, las durmió profundo, en relativo silencio. Despertó por la tarde con hambre, con energía. Káiser igual. Antes de comer, se adentró en el bosque a buscar la trampa.

—Mira, Káiser, tu desayuno; o cena, ya no sé. ¿Lo quieres perseguir? —dijo al dejar al conejo en libertad.

El Káiser corrió, entusiasmado, detrás de su presa.

Todos comieron, todos subieron a la carreta emocionados de que quizás, con suerte, para la mañana siguiente llegarían a Thorn, una ciudad amurallada, declarada ciudad-fortaleza en el plan de defensa de Hitler. Eso quería decir que había una gran presencia militar. Ahí podrían descansar. Buscarían un hostel donde comer algo caliente, donde lavarse un poco. La avanzada soviética parecía haberse detenido al sur de ellos. Los detuvo el *Wehrmacht*, les había asegurado una mujer esa mañana, confiada de que significaría una voltereta en la suerte bélica del *Vaterland*. Ojalá, dijeron todos sin creer.

—Creo que al dar esta vuelta veremos Thorn a la distancia —dijo Hartwig al tiempo que el silencio de la noche se quebró con los sonidos lejanos de aviones de ataque.

Repentinamente, sobre ellos, pasaron más de una docena de aviones en formación, volando bajo, tal vez sin temor a fuego enemigo, o confiados de que no lo habría. El Káiser ladró al cielo. Al levantar la vista, Hartwig y Janusz vieron la barriga de las feroces aves del este. Vieron los proyectiles.

Wanda, alarmada, abrió el compartimiento para asomarse.

—¿Qué pasa? —dijo susurrando para no despertar a sus hijos.

—Aviones soviéticos. Van a Thorn.

El bosque estaba tan cerrado y cercano al camino, que no tenían manera de sacar la carreta del camino para esconderse bajo las sombras nocturnas de los árboles y así disimular su presencia, así que sólo apagaron sus luces, echaron una lona blanca sobre los tres caballos como camuflaje y los azuzaron a andar más rápido. Bendszius hizo lo mismo. Al pasar la curva, vieron que, en efecto: la ciudad entera podía verse desde ahí y que los aviones soviéticos habían llegado a descargar sus bombas sobre ella.

Un poco más adelante encontraron un claro entre el camino y el bosque, y se dirigieron allá para protegerse. Detuvieron la carreta cerca de los árboles. Helmut lloriqueó todavía medio dormido.

—Mantenlo callado, Wanda.

Ella cerró la cortina para ir a consolar a su bebé antes de que despertara a sus hermanos. Fue demasiado tarde: a través de la cortina y del sonido de las explosiones, Janusz y Hahlbrock oyeron las voces y lloriqueos infantiles, pero nunca desviaron la mirada de los aviones que podían ver a la distancia porque con sus bombas habían encendido luces de fuego que se reflejaban en sus fuselajes. Primero veían las luces y más lento les llegaba el sonido de las explosiones. En el aire, todo era una fiesta. Los aviones iban y venían, jugueteaban sin prisa, hacían alguna pirueta, fingían alejarse, pero antes de los límites de la ciudad, regresaban para más. Presumían su dominio mientras dejaban caer su castigo a la tierra. Y debajo de ellos, temblor, derrumbe. Abajo, incendio. Abajo, muerte. Abajo, múltiples finales.

Janusz quería correr al bosque, quería correr hacia su juventud donde lo peor que había conocido era la soledad. Ahora ya conocía algo peor. ¿Cuántos corazones se detenían por segundo, cuántos por cada latido del suyo? ¿Cuántas muertes al mismo tiempo? ¿Así es como había sido para Irmgard e Ilse en Schdeidemühl? ¿Cuánto duró aquel bombardeo? Nunca le había preguntado. ¿Cuánto duraría éste?

Al final, sin que nadie pudiera medir el tiempo, los aviones se dejaron de juegos aéreos y se fueron, vacíos, satisfechos. El fuego no se extinguió con su partida. El daño infligido continuaría aún cuando los verdugos se encontraran lejos, tal vez todavía cuando los recibieran como héroes al aterrizar en su base. En Thorn las muertes continuarían.

—Se siguen muriendo —dijo, sin poder contenerse.

—Pobre gente.

Janusz sentía el horror que vio reflejado en la mirada de Hahlbrock.

—¿Qué vamos a hacer?

—Tenemos que seguir adelante; averiguar si el puente sigue ahí. Pero todavía no. Esperemos a que amanezca.

Pero el frío era más soportable cuando se movían. Y el viento movía las hojas de los árboles y las del suelo. Hasta el perro tenía el pelo del espinazo de punta. Janusz imaginaba pisadas en el bosque a diestra y siniestra. Sentía miradas de lobo, ahora también desde el cielo.

Supuso que había sensaciones que eran contagiosas cuando Hahlbrock dijo: mejor nos vamos; quién sabe si ese ataque aéreo era el preámbulo para una invasión por tierra. Janusz no dijo nada, pero estuvo de acuerdo en continuar su camino.

Estaban a unos cuantos kilómetros de Thorn, cuando las vieron: miles de personas paradas afuera de un campo carcelario, a la orilla del camino. Inclusive los caballos bajaron el ritmo de sus pasos, tal vez, como ellos, sobrecogidos con el aroma a podredumbre que llegaba hasta la carreta.

Eran mujeres, hombres, niños. Tiritantes. Todos de una delgadez extrema, de pelo corto al ras. Todos vestían de andrajos grises, sin abrigos. Unos portaban una estrella amarilla al pecho. Otros un triángulo invertido con una letra pe como marca. Parpadeaban lento. Parpadeaban poco, inclusive. Nadie de ellos hablaba ni en cuchicheos, nadie miraba alrededor suyo con curiosidad, porque no la tenían. Ya ni siquiera había miseria en sus miradas. Estaban más allá de eso. No había sorpresa por estar ahí, cerca de una ciudad en llamas, pero sin acceso al calor. Tampoco hubo sobresalto cuando Káiser comenzó a ladrar. La curiosidad y la miseria eran propiedad de seres vivos. Ellos mismos parecían haberse descontado como muertos.

Sólo se oyeron voces alemanas llenas de autoridad: *Vorwärts! Schnell!* ¡En marcha! Y luego el movimiento de la cortina tras ellos que Hahlbrock sostuvo con fuerza para que su mujer no la pudiera abrir, la voz de ella preguntando qué sucede, las voces de los niños, todos asqueados.

—¡Cállense! —les ordenó. —¡Vamos, Janusz!

Janusz no se dio cuenta cuándo había permitido el alto total a los caballos. Volvieron a moverse antes de que esa masa de muertos vivos los rodeara.

Avanzaron a sabiendas de que venían detrás, al paso de muerte, pues no era posible creer otra cosa: marchaban a su muerte, a depositar su cuerpo al final de su camino.

—¿Quiénes son?

—Judíos. Todos los judíos del mundo.

¿Lloraba Hahlbrock? Se le oía el borde del llanto en la voz. Un vistazo bastaría, pero Janusz no quiso averiguarlo. Él sí lloraba.

—¿Y los de la pe? ¿Quiénes son éstos?

—Janusz: lo siento mucho...

—¿Quiénes...?

Janusz sabía. Quería oírlo de boca de Hahlbrock.

—Polacos.

—*Untermensch*.

A pesar de las náuseas, Janusz mantuvo las riendas bien asidas con las manos cubiertas por gruesos guantes. A pesar de sentir la mirada intensa de Hahlbrock en lo que se asomaba de su cara engrasada, no saltó al suelo nevado con sus pies bien protegidos por las buenas botas que su patrón le había proveído. No levantó su cuerpo cubierto por varias capas de lana en señal de protesta o rebeldía cuando de repente se le vino esa idea a la mente. No detuvo la carreta para declararse polaco a todo pulmón como señal de solidaridad. No hizo nada más que seguir adelante porque era más importante vivir. Los de atrás ya estaban muertos aunque todavía marcharan.

Tampoco fue capaz de mirar a Hahlbrock, por más de que sabía que éste lo conminaba a hacerlo con la fuerza de sus ojos.

—Janusz. Yo no sabía... nunca imaginé... —la voz de Hahlbrock se quebraba.

—Algo tenía que saber —dijo Janusz entre dientes, en forma de acusación.

Y algo también debió saber él.

Había sido un niño.

Pero ahora ya conocía algo peor que la soledad.

LOS SCHIPPER

Del 14 de enero al 25 de febrero de 1945

41. LA INVASIÓN DEL EJÉRCITO DE HIELO

Arno llevaba muy bien la cuenta con marcas de carbón sobre la pared que, suponía, alguna vez había sido blanca. La marca de ese día le indicó que ya tenían tres semanas ahí.

Extrañaba la granja, el espacio abierto. Extrañaba dormir sin miedo. Pero eso se había acabado hacía meses, cuando llegó el sonido de las detonaciones lejanas y cuando empezaron a pasar por la granja los arrimados, como les llamaba, sin compasión, su madre. Cada vez eran más los que viajaban desde lejos en busca de refugio tras las murallas de Königsberg. Venían helados y hambrientos. Algunos tocaban a su puerta como mendigos. Muy pronto su madre había dado órdenes de ya no abrirla a nadie.

—¿Por qué no?

—Ya le doy gran parte al Gobierno y cada vez me quitan más. Que los alimenten ellos.

Hacía poco habían recibido a los recolectores del Gobierno. Les dejaron muy poco: algunas gallinas, los conejos —porque estaban escondidos en sus madrigueras—, el carnero —pero sólo porque no se había dejado atrapar (Arno seguía siendo el único por el que se dejaba sujetar)— y el caballo —porque su madre se había parado frente a él y no se había dejado amedrentar—.

—*Nein*. Lo necesito para arar. Si se lo llevan, se llevan la cosecha del verano sin siquiera plantar.

—Bien. El caballo, no. ¿Qué edades tienen sus hijos?

Con esa pregunta los soldados provocaron la furia de su madre.

—Ya se llevaron a mi marido dos veces. Ni siquiera sabemos si está vivo. Mi hija se tuvo que ir a Königsberg con el BDM, donde le llueven bombas. ¿Ahora se quieren llevar a mis hijos? Son menores de dieciséis. Si quieren también les doy a éste. Mírenlo: es muy alto, aunque apenas va a cumplir diez años.

Al tiempo que lo decía su madre lo tomó por el cuello del abrigo y lo mostró como ofrenda y como muñeco de trapo, pues el susto pareció aflojarle a Arno inclusive los huesos: él no quería ser soldado, no quería separarse de ella. ¿Por qué lo ofrecía así? ¿Y si lo aceptaban? Sintió las lágrimas venir como olas.

—¿Les sirve como soldado o también piensan asarlo como a todas mis borregas?

Sus padres le habían enseñado a callar durante una conversación entre

adultos, pero ante ese pronunciamiento, Arno estuvo a punto de desobedecer.

—No, no. Necesitamos soldados sólo a partir de los dieciséis —dijeron los militares, para su alivio.

—Pues váyanse a buscar a otra parte.

No se fueron porque aún no terminaban con los Schipper. Fueron, seguidos por su madre, a buscar más inventario a la casa. Arno se abrazó al caballo. El calor del animal lo confortó; las lágrimas no salieron. El animal parecía no percatarse de lo cerca que estuvo de cambiar de vida. O de perderla: todos habían escuchado rumores de que en el ejército se comía la carne de caballo en estofado. Arno se calmó rápido: no debía dejar sola a su madre con esos hombres.

De la casa, los soldados salieron con los brazos llenos. Se llevaron el abrigo y los zapatos viejos de su padre, que ella guardaba para cuando creciera alguno de sus hermanos mayores. Parecieron tentados a llevarse los edredones de las camas, pero una mirada de su madre los disuadió. Al final, habían bajado a la despensa subterránea y se habían llevado conservas, salchichas y jamones. Sólo les habían dejado las conservas marcadas como ciruela pasa, el pequeño barril de chucrut, un costal de papas y uno de cebollas.

—¿Qué vamos a hacer, *Mutter*? —le preguntó Arno, consternado, pues no le gustaban las conservas de ciruelas.

—A nadie le gustan las conservas de ciruela, ya sé. Por eso marqué todas las latas de carnes así y las escondí entre las verdaderas conservas de ciruela —le contestó su madre, satisfecha, mientras le acariciaba el cabello—. Estaremos bien.

Pero los eventos y las emociones del día le habían cobrado un alto precio. Ahora era ella la que parecía de trapo. Cerró la puerta con cerrojo y travesaño — la primera vez que Arno lo veía en uso—, le pidió apoyo para caminar a su recámara, se acostó y no se levantó en dos días.

Arno mandó aviso a Helga con Adelbert Weber, pero a ésta no le permitieron ausentarse de su trabajo voluntario con el BDM en la lavandería de un hospital de Königsberg cuando pidió permiso de ir a la granja para atender a su madre enferma. Sus hermanos vivían en casa aún pero, si bien no tenían edad para unirse al *Volkssturm*, en el *Jungvolk* los mantenían ocupados con tareas continuas todos los días. Tantas, tan pesadas, que mejor las callaban en lugar de

presumir, como antaño. Tantas, que ya no podían cumplir bien con sus tareas de la granja. Llegaban sólo a lavarse la tierra, a cenar y a dormir. Se preocupaban por su madre, pero no podían hacer nada por ella: ausentarse era declararse desertores.

Arno la atendió solo. Iba de la casa al establo, daba de comer a los animales. De regreso acarreaba la leña que sus hermanos habían cortado antes de irse por la mañana. No se alejaba de la casa a pesar de la curiosidad por la actividad fuera de los confines de la granja. Se mantuvo alerta, con la vista fija hacia fuera a través de la ventana, pero con el oído fijo a los ruidos de su madre en su recámara. Cuando la oía despertar, dejaba todo para ir a su lado.

—Nunca hubiera dejado que te llevaran, Arno. ¿Lo sabes? Antes los hubiera matado —le decía cada vez que Arno llegaba con su comida—. No le abras a nadie y no le digas a nadie sobre las conservas. A nadie —le decía antes de quedarse dormida.

Al tercer día se levantó, más delgada, pero fuerte. Lista para atenderlo todo, como siempre.

—¿Qué pasa allá? —le preguntó a Arno, apuntando al camino frente a la granja.

—Son los arrimados, *Mutter*. Cada vez son más.

Caminaron hacia los límites de su granja. Durante la convalecencia de su madre, Arno se había limitado a mirar de lejos. Ahora ella notaba que había muchos más montículos cubiertos de nieve, a ambas orillas del camino, las cuales se habían convertido en verdaderos cementerios de gente y caballos de hielo, y de artículos queridos. Ahora, de cerca, parecía infinita la fila de vivos que pasaban con cara de muertos y de muertos a cuestras de los vivos reacios a dejar tirados —sin más— a sus seres queridos. La mayoría eran mujeres que jalaban o empujaban carretas pequeñas llenas de equipaje, adornos, hijos y abuelos, algunos vivos en convivencia cercana con los muertos. Ese ejército de desterrados, de exhaustas, de hambrientos, de hielo, iban a la invasión de Königsberg, en donde no se les podía negar la entrada: eran todos alemanes. Prusianos.

—¿Qué no saben que Königsberg está casi destruida? —dijo su madre por lo bajo, al aire.

—*Bitte* — les dijo una niña de trenzas deshechas mientras extendía una

mano enguantada cubierta de trapos. En la otra, acunaba una muñeca.

Sólo dijo por favor, pero Arno entendió el sufrimiento y la necesidad. Lo que pedía.

—¿Le damos algo, *Mutter*?

—No —dijo su madre, contundente—. Vámonos, Arno, tenemos mucho que hacer.

Moría gente frente a ellos, ¿y su madre no quería ayudar?

—Pero...

—Pero nada. Ya te he dicho: no se puede. Si le doy a una, ¿cómo puedo decir que no a la segunda? Sería el cuento de nunca acabar. No estoy aquí, de pasada, para darle de comer a toda Alemania. Mi primera responsabilidad es alimentar a mis hijos. Vámonos.

Arno se decepcionó de su madre. Siempre les había enseñado a ser caritativos como lo demandaba la iglesia, aunque Arno sólo había encontrado a la viuda Hitzig necesitada de su activa caridad. Hasta ese día. Pero ya dentro de la casa, leyéndole en la cara el desconcierto y la decepción, su madre le dijo: un día entenderás, Arno. ¿También el día de su primera comunión, acaso? Le tomaría mucho tiempo comprender que lo que su madre había visto en esa interminable columna humana que se dirigía a la ciudad amurallada, era el principio del fin.

—Estamos apenas conociendo la guerra, Arno. La guerra de las mujeres es esa que vimos afuera. Olvida el *Vaterland*. Las mujeres van a la guerra por los hijos. Yo pelearé por mis hijos, por ti, pero necesito tu ayuda.

Esa tarde, él y su madre orillaron todos los muebles y el tapete de la pequeña sala para hacerle lugar al caballo, las gallinas y los conejos, además de su alimento, porque, si los dejamos en el establo, no sólo será el Wehrmacht el que quiera llevárselos. El carnero, para consternación de Arno, se quedó como solitario guardián del establo.

—No podemos tenerlo dentro de la casa. Él se sabe defender, hijo.

Era cierto.

—No vamos a poder vivir mucho tiempo con los animales adentro de la casa.

—No será por mucho tiempo —le dijo su madre.

Arno no adivinó en esas palabras el futuro cercano.

Cuando terminaron de instalar a los animales, fueron al taller de carpintería

de su padre. Arno no había regresado desde el día de su partida. En el invierno los aromas se congelaban en el aire y se hacían imposibles de percibir. Sintió una añoranza por ellos, porque llegara la primavera y pudiera percibirlo a él en ese ambiente de caballos miniatura y maderas abandonadas.

—Arno. Anda. *Schnell*.

Arno le quitó las cuchillas de nieve a la carreta. Sus órdenes eran sencillas: para que nadie se robe la carreta, escóndelas junto con las ruedas de primavera bajo la nieve, en la parte posterior del cobertizo. Era la primera vez que lo hacía solo, pero tuvo cuidado de colocar ladrillos bajo el vehículo. No tuvo problema. Mientras tanto, su madre llevó a la casa toda herramienta que encontró. Cuando Arno terminó, vio los caballos miniatura tallados por su padre y los costales recargados contra una pared, justo donde éste los había dejado. Antes de irse, le había dicho que ahí guardaba el futuro de la familia.

—Mira, Arno, hermosas tallas en madera de ébano de Gabón. Con ellas como ejemplo, haremos muebles hermosos cuando regrese. Seremos «Schipper e hijos, ebanistas».

No habían recibido carta alguna de su padre. Nunca habían recibido aviso alguno, tampoco. Lo habían perdido en la guerra. Su madre lo creía muerto. Arno a veces también. Sólo a veces, tal como ese día. ¿Dónde estaba? Lo único que le quedaba de él eran esos caballos y esos maderos. Metió los caballos a un costal, y subió los costales a la carreta. Cubrió todo con una lona.

Ya con los animales adentro viviendo con los humanos, su madre cerró los postigos sin intención de volver a abrirlos. Luego prohibió a Johann y Fritz que se presentaran al *Jungvolk*.

—Pero, *Mutter*, debemos cavar la trinchera al este de la ciudad. Es para proteger...

—¡Trincheras! Ya les dije que un día los tendré que enterrar en algún pozo que ustedes mismos cavaron.

Al notar la muecas de burla en la cara de sus hermanos, las miradas de confabulación que cruzaron entre ellos y que hablaban de mira a mamá: blablablá, siempre dice lo mismo, les dio un coscorrón a cada uno.

—Qué ocurrencias. Yo no sé nada de batallas, pero sé que ninguna trinchera va a detener a un ejército de tanques y aviones. Su primer deber es proteger a su familia, ayudar a su madre sola. Aquí se quedan —les ordenó antes de que sus

hermanos desataran su usual perorata de que el sacrificio por el *Vaterland* valía la pena.

Al día siguiente, habían venido por ellos otros jóvenes. No van, les dijo ella: tienen fiebre, adiós. La segunda noche la habían pasado en vela: habían oído ruidos provenientes del establo, el balido del carnero, los golpes contundentes, los gritos de dolor humano, las pisadas de huida sobre la nieve. Fritz abrió un postigo sólo un poco.

—Son soldados.

Johann se apresuró a la puerta con la intención de abrir.

—No abras. No son soldados. Son desertores —dijo su madre, mientras se cercioraba de que el sólido travesaño de madera estuviera firme en su lugar—. Revisen que todos los postigos estén bien asegurados.

De la despensa, cubiertos por décadas de polvo, su madre había sacado travesaños para cada uno desde el día anterior. No se habían usado desde la Gran Guerra, les dijo.

¿Creerían los desertores que la casa estaba abandonada, libre para ser invadida y saqueada? Podrían abrir un postigo y asomarse a la ventana para que se dieran cuenta de que no era así, pensó Arno. Les pedirían que se fueran, que los dejaran dormir. Pero su madre no tenía intención más que de cerrar todo y encerrarse con firmeza. Y pronto comprendió que ella tenía razón: no era confusión la de los soldados. A los invasores no les importaba que hubiera gente dentro, comprendió Arno cuando los oyó acercarse a la casa. El humo que salía por la chimenea daría el primer indicio de la vida al interior entre esas paredes; la puerta cerrada, el segundo.

Primero con suavidad, luego con más y más fuerza, intentaron abrirla, sin éxito. Trataron de derrumbarla a patadas, pero el antiguo encino bien conservado por el esmero de su padre y de otras generaciones, resistió. El travesaño y las bisagras también. Desistieron con la puerta, pero rompieron el vidrio de una ventana y el aire helado se coló entre los gruesos maderos del postigo, que tampoco cedió ante los golpes.

—Escóndanse en el sótano —ordenó su madre por lo bajo, mientras empuñaba el hacha.

—Ve, Arno —dijo Fritz, tomando un atizador.

Johann lo llevó de la mano, lo introdujo y lo encerró, solo, en la oscuridad.

Arno se mantuvo cerca de la puerta. Deseó ser mayor para poder ayudar a su familia. Casi era tan alto como sus hermanos mayores, pero suponía que la altura no importaba si ante la primera orden no se le ocurría otra cosa que obedecer con docilidad. Suponía que la altura no importaba si lo único que podía hacer ahí, solo en la oscuridad, con el peligro rondando a su familia, era impedir soltarse a sollozos. Pero le costó. Le tomó toda la fuerza que tenía. Y se quedó dormido en un hiato de ruidos y voces familiares o ajenas. Luego despertó, sin saber cuánto tiempo había pasado, cuando oyó un disparo. Entonces lloró, porque no sabía quién quedaba vivo en el mundo.

Le abrieron la puerta los tres. El disparo había sucedido afuera. Se habían ido los soldados. Estaban a salvo, le aseguraron. Por lo pronto. Sus hermanos no se burlaron de sus lágrimas. Todos durmieron. Él, todavía entre sollozos imparables, con su madre.

Cuando salieron de la casa tarde por la mañana, el carnero ya no estaba. Sólo quedaba su sangre en la paja.

Ese día empacaron. Ese día se refugiaron tras las murallas de Königsberg. Ese día se convirtieron en desterrados helados. En arrimados. Ese día fue la primera vez que Arno vio a su madre llorar sin esconder sus lágrimas.

42. LAS MURALLAS DE KÖNIGSBERG

Desde la granja habían visto las explosiones y el fuego y, a pesar de saber la ciudad destruida, su imaginación no había sido suficiente. La Catedral y la biblioteca de la ciudad amurallada estaban en ruinas como muchos otros nobles y antiguos edificios, las plazas y parques tomados por los refugiados de fuera y los de dentro también, al quedarse muchos de sus ciudadanos sin techo tras las bombas y los incendios. Pero ya la gran ciudad de los Caballeros Teutones intentaba ponerse de pie, al liberar avenidas para facilitar la circulación y reparar los servicios de agua y luz.

Por el camino más largo, más tortuoso, lograron llegar al hospital donde trabajaba Helga, quien se sorprendió al verlos. Su madre nunca la visitaba en Königsberg. Sonrió como primer impulso, pero lo perdió al mirarlos con detenimiento. Su recorrido había sido de tan sólo tres horas en carreta, pero el trance de los últimos días y el dolor del adiós les brillaba en los ojos a todos.

Dejaron atrás los muros que les habían dado seguridad y calor desde su primer día en el mundo, que habían sido testigos del pasaje del tiempo y de su vida. Habían armado de nuevo la carreta con sus cuchillas de nieve. Ataron las ruedas de primavera al costado de la carreta. También los costales con las tallas de ébano de Gabón de su padre.

A Arno le había sorprendido que su madre le permitiera llevarlas. No podemos dejarlas; son para «Schipper e hijos, ebanistas», le explicó él. Ella le contestó con un parco así será, pero no caben dentro: busca la manera de colgarlas por los lados. Dentro de la carreta habían empacado algunos costales con ropa y la herramienta de su padre. Llevaban también, en jaulas bien cubiertas en un capullo entibiado con todos los edredones de la familia y con el calor de ladrillos pasados por fuego, a las gallinas y conejos que la guerra les había dejado y, en un baúl, las provisiones que la madre había logrado amasar.

—¡Arno! Casi la olvido. La Biblia: ve por ella.

La Biblia de la familia fue lo último que subieron a la carreta antes de partir. Se detuvieron en casa de la viuda Hitzig, a quien, por las circunstancias, tenían una semana de no visitar. No sé si quiera, pero no podemos irnos sin ofrecerle venir con nosotros, dijo su madre, y a Arno le dio gusto que su sentido de caridad no hubiera muerto del todo con la llegada de su guerra.

A la viuda la encontraron muerta. No era la primera persona sin vida que

Arno hubiera visto. Abundaban los cuerpos al borde del camino, pero éstos estaban casi cubiertos de nieve y de diversas partes les colgaban carámbanos; sus facciones y expresiones —su humanidad misma— se disimulaban. Además, Arno había decidido no mirar con atención tras verle a uno de éstos los ojos abiertos blanquecinos, llenos de nieve o de nubes. Pero a la primera persona cercana, querida, que vio muerta, fue a la viuda Hitzig. ¿Había muerto después o antes de congelarse en su mecedora? Nada disimulaba sus facciones transformadas por la muerte y, en la casa, nada disimulaba su profunda tristeza. Su soledad.

La mujer estaba tan carente vida como los cuerpos de afuera, los abandonados. Pero éstos no habían muerto solos, habían muerto con la certeza de que alguien luchaba por ellos, al menos. Algún consuelo les brindaría saberse acompañados en su último momento. Qué lástima que, en su soledad, *Frau Hitzig* no supo que los Schipper hubieran luchado por ella, pensó Arno.

Absorto cada uno en sus pensamientos, guardaron silencio hasta que su madre dijo vámonos, pero revisen la casa: a la viuda le daría gusto que sus cosas nos sirvieran. No encontraron mucho: su viejo abrigo, el edredón con el cual la viuda se había envuelto antes de morir, unas cuantas patatas en la despensa subterránea, la leña que Arno le había llevado días antes. Se llevaron todo. A la muerta, tras despojarla de su cobertor de pluma, la habían dejado de nuevo sentada en su mecedora. Se tomaron el tiempo de rezar un padrenuestro por ella.

—Nunca volverá a sentir frío —dijo su madre.

El frío era sólo para los vivos, y en uno como el de ese día, ningún vivo debería estar a la intemperie si quería vivir. Pero no había remedio. Salieron. Cerraron la puerta principal de la casa Hitzig, ésa a la cual ni el aire helado lograba arrancarle los patriotas pegotes acusadores, muchos de los cuales habían colocado Fritz y Johann. En silencio, subieron a la carreta. Su madre echó uno de sus edredones alrededor de sus hermanos, que iban al frente como conductores. Luego de ponerse sobre el de ella el abrigo de la viuda, le pidió a Arno que se le acercara para que el edredón mortaja de *Frau Hitzig* los cubriera a ambos. Temblaron los cuatro todo el camino. Casi no habían hablado en el trayecto que, de manera usual, tomaba una hora, pero que ese día les tomaría tres.

A Arno se le aguaron los ojos al ver a su madre llorar lágrimas de cristal al

pronunciar sus únicas palabras en todo el camino: más de trescientos años en esa granja...

Se preguntó si alguna vez vería de nuevo a su amigo, Adolf Müller. No habían pasado frente a su granja, pero notó que la de los Färber parecía deshabitada. ¿Tal vez también ellos se encontraban en camino a Königsberg? Sólo el perro salió a su encuentro, en un intento por amedrentarlos. Al no lograr impedir el paso del caballo, había regresado a su sitio, tal vez a la espera de peatones vulnerables a sus colmillos. Arno sintió lástima por el animal que aún protegía la propiedad de unos dueños que ya no estaban; que lo habían abandonado.

No podía adivinar qué pensaban sus hermanos. Tal vez nada, por no tener tiempo para contemplaciones, concentrados como estaban en guiar al caballo en el difícil e improvisado camino que abrían en la abultada nieve, ya que el camino principal estaba copado de tanques *Panzer* y demás vehículos del ejército. La carretera principal era para uso exclusivo del *Wermächt*, gritaban, pero sus gritos no llegaban lejos, ahogados por el estruendo de sus motores. Parecía que todo un batallón se proponía llegar también ese día a la ciudad. ¿Huían también? ¿Acaso la guerra estaba perdida?

—*Umzug!* —muévanse—, le ordenaban a todo civil que impidiera su paso.

No frenaban, no bajaban su velocidad por nada ni nadie. Arno vio con horror que si los viajeros tardaban en mover sus carretas hacia los costados, los tanques, sin más, les pasaban por encima para abrirse camino a como diera lugar, sin importarles que dejaban mujeres, ancianos y niños llorando la pérdida de sus últimas posesiones bajo los engranes, llantas, botas aplastantes del ejército que se suponía que luchaba por ellos. Sin importarles que arrollaban animales vivos, gente muerta —o viva—, si acaso no había tenido tiempo para saltar de su carreta.

Con cuidado, los Schipper evadieron carretas que se habían quedado hundidas en la nieve, al deslizarse detrás de su caballo por sus plantíos y luego por los de sus vecinos. No fue fácil ni siquiera en la carreta convertida en trineo para el invierno, pues el terreno no era propicio y a veces debían echarse para atrás para sacar la vuelta a algún obstáculo camuflado bajo la nieve. Pero avanzaban. Ya llegamos a la granja Färber, decía Fritz, sigue la de los Hohlzahn, decía Johann. Así, fueron marcando el mapa de la huida, de la granja a la ciudad,

de ese camino que habían andado y desandado tantas veces con su padre cuando más niños o los dos juntos, ahora que eran mayores. Mapearon para toda la familia ese camino, nunca tan helado, nunca tan largo, nunca tan triste, nunca antes sin retorno.

Arno había intuido esa irrevocabilidad en la intención de su madre: empaquen, que nos vamos. Al escuchar esas palabras lo había abordado la certeza de que su padre vivía, de que llegaría a buscarlos a la granja, de que la encontraría vacía. Dejar la granja sería como abandonarlo a él, sería como darle la espalda a su memoria.

—No podemos irnos. ¿Y papá? ¿Cómo nos va a encontrar?

—Si regresa, nos va a encontrar con vida donde sea, pero sólo si nos vamos, hijo. No podemos quedarnos. No podemos defendernos. Esto se acabó, ¿entiendes?

Al final habían decidido que le dejarían una nota escrita con un tizón en la pared, a un lado de la chimenea: Königsberg. Sin que los demás lo vieran, Arno pintó un pequeño caballo a un lado de la palabra. ¿Reconocería su padre esa nota como propia y de nadie más?

En Königsberg, Helga les sugirió que fueran a registrarse a la oficina del *Oberbürgermeister*.

—Es lo que hacen todos los que llegan. Es donde preguntan por familiares.

Después de hacerlo, fueron a buscar alojamiento.

—Iremos con *Fräulein Stieglitz* —les dijo su madre.

Johann y Fritz conocían el camino, aunque por la destrucción, tuvieron que tomar rutas alternas para llegar. Todos sabían desde siempre de la vieja mujer por su padre, pero más por los maravillosos muebles que ésta tenía en casa, que por su persona. Irían, porque le serían de compañía y ayuda, advirtió su madre. Ella los alojaría porque estaba en deuda con su padre, les informó. Serían muy amables. Y no serían inútiles: con la herramienta de su padre le ayudarían con el mantenimiento de la casa. Compartirían sus alimentos. La cuidarían para que no le sucediera lo que a la viuda Hitzig.

Se perdieron un par de veces antes de llegar, pero la segunda fue sólo porque no reconocieron la casa destruida como la de *Fräulein Stieglitz*. Pero sí, dijo Fritz, y sí, confirmó Johann: ahí estaba antes esa casa, en esa esquina bombardeada. Todo el frente de la casa se había desplomado.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Johann.

Arno vio esa pregunta también en la cara de su madre. ¿Qué hacer? Anochecería pronto.

—Vayamos por atrás. Veamos qué hay.

Atrás de la casa encontraron, cerrado con cadena y candado, el gran portón que daba al jardín y a la cochera. Cerrado, pero en pie.

—Arno, pásame el hacha.

—Pásamela a mí —dijo Johann.

Johann tuvo que darle varios golpes al candado para que éste cediera. Arno sintió que estaban entrando a esa casa como habían intentado entrar a la suya los desertores.

—*Mutter*. ¿Estás segura de que...?

Su madre adivinó las palabras que seguían, y no lo dejó continuar.

—*Fräulein Stieglitz* le quedó a deber a tu padre.

La primera noche la pasaron a puerta cerrada en la vieja cochera que compartieron con el caballo y demás animales. En el trayecto sólo había muerto una gallina, pero ni modo: era la más vieja, dijo su madre. Hicieron una fogata sobre el piso de la cochera. Ni modo, dijo su madre: casi hace tanto frío adentro como afuera. Mañana limpiaremos. Derritieron nieve e hicieron caldo de gallina con patatas, que su madre distribuyó —ni modo— de manera prudente: será nuestra comida de mañana también, les dijo. Guardó los huesos de la gallina para un caldo de otro día. Les dieron de comer a los animales. Cubrieron sus jaulas con las antiguas, elegantes pero polvosas mantas de caballos de antaño que encontraron en una esquina. Al caballo no le escatimaron la ración de alimento: era el que había trabajado más ese día. Lo cepillaron y lo cubrieron con su manta de lana. Sobre el fuego, calentaron unos ladrillos para las gallinas y conejos, y otros para ellos. Se acurrucaron unos con otros dentro del antiguo carruaje cerrado, apollado y sin ruedas de los Stieglitz.

—Duérmanse. Mañana buscaremos otra opción —les dijo su madre.

Los despertaron un rato después las bombas que caían a una distancia más cercana que de costumbre. Su madre no permitió expresión alguna.

—Ni modo. Si nos cae una, nos caerá a todos —dijo su madre, exhausta—. Duerman. Mañana hay mucho que hacer.

De frío o de bomba, morirían juntos, pensó Arno. Pero no eran todos.

Faltaban dos. Faltaba su padre: ¿habrá muerto solo? Y faltaba Helga. Pobre Helga, que vivía sola. Las muchachas del BDM con las que vivía no contaban, no eran familia. ¿Tendría miedo?

—*Mutter...*

—Duérmete, Arno. No hay nada más que hacer por ahora.

Todos durmieron esa noche. Todos despertaron a la mañana siguiente.

Salieron a primera luz a buscar privacidad para dar alivio a sus vejigas llenas. Encontraron un antiguo baño exterior de pozo. Al igual que la cochera y el jardín, la parte posterior de la gran casa parecía intacta. La puerta de servicio estaba en su lugar, sólida, cerrada. Johann y Fritz fueron por la herramienta de su padre y, con paciencia, lograron abrir la cerradura. Adentro, la enorme cocina estaba cubierta de polvo, pero todo estaba en su lugar: la estufa, el pequeño frigorífico de hielo, las vajillas y cubiertos, los sartenes, la despensa vacía. Había tres puertas: una daba a una escalera de ascenso para pisos superiores, pero por ahí no llegaron a ningún lado, pues estaba bloqueada con escombros. La segunda puerta, también. La tercera daba a una escalera que descendía a las áreas de servicio y las lavanderías. Ahí no había daño y hacía menos frío que en la cochera.

—Nuestro propio búnker. Aquí nos quedaremos. Sabía que la señorita Stieglitz nos pagaría.

—*Mutter*, ¿qué crees que le pasó? ¿Crees que se murió aplastada?

—No. Esta gente rica tiene familiares por todos lados. De seguro se fue a Berlín. Sí: a Berlín. Tal vez ahora mismo se encuentre desayunando pan recién hecho y café de verdad. Le cuidaremos la casa en su ausencia. Pero hijos: no le digan a nadie dónde viven, ¿entendido? Es un secreto.

Su madre temía una invasión de arrimados. ¿Nosotros no somos arrimados?, le preguntó Arno. No, nosotros no, porque somos huéspedes de *Frau Stieglitz*.

En la lavandería, además de la caldera moderna de carbón, la cual les sería imposible echar a andar, había un antiguo hogar de metal que sería capaz de vencer el frío, si acaso encontraban leña como combustible y si mantenían las puertas cerradas. Lo revisaron: el tiro funcionaba bien. No había energía eléctrica, pero en los talladeros había agua corriente. Después de limpiar el polvo, llevaron cinco colchones viejos de las habitaciones de servicio al jardín. Arno fue el encargado de golpearlos con lo ancho del hacha para librarlos lo más

posible de polvo. Luego los instalaron todos en el piso limpio de la lavandería. Dejaron una cubeta en una de las recámaras, a modo de retrete que se turnarían en sacar cada mañana al baño de pozo. No era su granja, pero estaban en guerra y, para guerra, la pasarían muy bien ahí.

—Mejor que todos esos desgraciados de las plazas. Fritz: ve por Helga. Si su familia ya vive en Königsberg, ella ya puede vivir de nuevo con su familia.

De eso ya habían pasado tres semanas. Arno llevaba muy bien la cuenta con marcas de carbón sobre la pared de la lavandería que, suponía, alguna vez había sido blanca. En otro de los cuartos del subterráneo, había pintado un caballo cada día para su padre. Aquí nos quedaremos, había anunciado su madre, como si otra opción fuera posible, cuando toda posibilidad de unirse a la evacuación y a sus hermanos se había extinguido pronto: Königsberg había cerrado sus puertas dos semanas después de su llegada. La ciudad estaba sitiada por los rusos por tierra, por mar, por aire. La protegían sólo sus murallas, que no servían para mantener a los aviones fuera. Por el bombardeo nocturno casi constante, no era fácil dormir ni siquiera confortados por la certeza de que morirían todos juntos pues, aunque todos querían estar unidos, querían más estar vivos. Y ya eran menos. Su familia se había reducido a tres. Ahora su madre se arrepentía: debimos haber pasado por Helga y luego haber seguido nuestro camino, decía cada noche.

—¿A dónde? —le preguntaba Arno.

—A Berlín, a comer todos los días pan recién horneado con *Fräulein* Stieglitz.

Y Helga, su madre y él conciliaban el sueño —por un rato— mientras recordaban la paz que brindaba el aroma del pan recién horneado con el deseo y la plegaria de que muy pronto Johann y Fritz pudieran disfrutarlo en persona donde quiera que estuvieran.

Pero luego caían las bombas. Sin falta.

43. DECLARADOS HOMBRES

Una noche habían llegado Johann y Fritz mojados y llenos de lodo. Helados. Llorando sin disimular. Arno no recordaba haberlos visto llorar en su vida. ¿Qué los había provocado?

Los del *Jungvolk* los habían llamado a cavar pozos, le habían dicho Johann y Fritz a su madre temprano esa mañana.

—¿Cómo los encontraron?

—Nos vieron ayer mientras hacíamos fila para el pan.

Su madre les dijo (blablablá) lo que siempre decía cuando sabía que sus hijos pasaban su tiempo cavando trincheras. Ya nadie la escuchaba, nadie la tomaba en serio.

—No vayan.

—A los que no van, los declaran desertores. Tú no los has visto, pero a los desertores los están colgando por toda la ciudad.

Y habían ido. Ese día les darían de comer; regresarían de noche. Y regresaron como habían prometido, pero con la mirada seca, a pesar de las lágrimas.

No habían cavado: los pozos ya estaban hechos. Pero no eran trincheras: eran fosas. Fosas que tuvieron que llenar de cuerpos fusilados de mujeres viejas y jóvenes, de niños y jóvenes de su edad, de hombres mayores. Todos casi desnudos, todos emaciados.

—Los mataron en medio de una plaza. Eran del campo de Jessau, *Mutter*. Nos dijeron los soldados.

Todos habían escuchado rumores sobre Jessau, sobre otros campos en los alrededores de Königsberg. En la escuela, *Herr Braumgartner* les decía: pórtate bien o te mandarán a Jessau con los *Untermensch*.

Nadie quería ir.

—Había una niña viva aún. Les dijeron a otros que la echaran a la fosa. Pero está viva, dijeron, y entonces un soldado le disparó a la cabeza y les dijo: ya no.

Ya para entonces todos lloraban, sus hermanos mayores hechos pequeños para ambos caber en los brazos de su madre. Un brazo para cada quien. Arno y Helga quedaron fuera de la inmediatez de ese círculo. Formaron el propio.

—A muchos más los llevaron a Palmnicken. Unos los vieron salir: miles. ¡Eran miles! —dijo Fritz.

—Seguramente para llevarlos a otro campo... —dijo su madre, acariciando la cabeza de los dos entre ruidos sosegadores que sabe hacer una madre para calmar a sus críos. Para calmarse.

—Nos volverán a convocar para llevarnos allá. Dijeron que nos darán de comer...

—¡Diremos que enferm...

—Ya no podemos usar esa excusa: nos dijeron que tendremos que inscribirnos al *Volkssturm* para el 3 de febrero.

—¡No pueden! ¡Son menores de dieciséis años!

—Ya no importa eso, *Mutter*.

No durmieron bien esa noche. Al día siguiente se irían, dijo su madre al aire, a la oscuridad. Todos la escucharon: al día siguiente se irían. ¿A dónde irían? ¿Cuándo llegarían? ¿Qué harían al llegar allá?, se preguntó cada quien. Lo que nadie se preguntó fue quiénes se irían.

Se irían sólo Fritz y Johann, anunció su madre por la mañana. Ya veremos cómo, les dijo.

—¿Por qué sólo ellos? —preguntó Helga.

—Porque tengo dinero suficiente para dos boletos de tren, si acaso. En la primavera los alcanzaremos.

Hubo reclamos: no podemos dejarlos solos, ¿cómo nos volveríamos a encontrar?, ¿qué será de ustedes?, dijeron ellos. No, *Mutti*, dijo Helga. Dijiste que nos quedaríamos juntos, así nos cayera una bomba, dijo Arno, pero nadie lo escuchó.

—Ya está decidido. Si ustedes se quedan, y los visten de soldados, morirán. Y yo tendré que enterrarlos en uno de tantos pozos que ustedes han cavado.

Ahora nadie obvió las palabras de su madre, nadie las creyó una necesidad más.

Al llegar al *Hauptbahnhof* se enteraron de que el tren que había logrado salir esa mañana había tenido que regresar: los rusos habían bloqueado las vías. Fueron al puerto de Königsberg, abarrotado de desesperación. Su madre parecía sorprendida de que tanta gente quisiera partir, pero como bien habían dicho sus hermanos: tú no lo has visto. Su madre sólo salía de la casa a medio derrumbar de *Fräulein Stieglitz* para ir a la cochera a atender al caballo, a darle de comer, a dejarlo caminar por el nevado jardín. No había visto el hambre afuera, la rapiña,

los colgados, los fusilados, los caballos mutilados a media calle que la gente hambrienta había convertido en carnicería con tal de comer.

—Los pueden llevar si encuentran lugar. Pero no llevan hombres —le dijo una mujer encargada, señalando a Fritz y a Johann—. Y no espere irse antes de tres días. O más. Pero no se lo recomiendo: cada mañana sacan de aquí veinte cadáveres congelados, cuando menos. Tal vez se durmieron pensando que al día siguiente llegaría su barco. Ah. Y no vaya a Pregel: ahí los barcos de carbón están pidiendo su peso en oro para subir a un pasajero. Son verdaderos piratas. No pierda su tiempo con ellos.

La fuga en barco era imposible.

—Hay quienes se van por el Frisches Haff a pie o en carreta —dijo Helga.

—Se pueden ir a Pillau a buscar un barco.

—*Mutter*, ya escuchaste lo que dijo la mujer. No llevan hombres —dijo Johann.

—¡Pero ustedes no son hombres!

Tan sólo unas cuantas semanas atrás, sus hermanos se hubieran insultado por esa declaración de su madre, hubieran defendido su edad, su derecho a la hombría por la cual habían esperado con impaciencia. Lo que más habían deseado era convertirse en hombres para irse a la gloria de la guerra. Ahora, con la guerra encima, real y presente, tan carente de la gloria imaginada, tan llena de horrores de los cuales su padre nunca había querido hablarles, bajaron la mirada.

—Ya nos declararon hombres —dijo Fritz.

De regreso frente al *Hauptbanhoff* encontraron a una mujer a punto de partir por el Frisches Haff. Llevaba a sus hijas mayores con ella. Intentarían llegar hasta Danzig a buscar un barco, les dijo, porque dicen que en Pillau es imposible encontrar uno pronto. Aceptaron llevar con ellas a sus hermanos, pero no les compartirían de sus provisiones.

—Cabén con nosotras y parecen muchachos hábiles. Pero es peligroso. Por el frío y por los rusos, que bombardean desde el mar. ¿Y usted, señora? ¿No piensa salir de aquí?

—Esperaremos a que haya mejor clima. Pero ellos se van con usted —anunció su madre—. Vayan a la casa por provisiones: lleven cuatro latas de conservas, llenen dos de chucrut y cuatro patatas. Con eso debe bastar para el camino. No vayan hasta Danzig, ¿qué caso tiene si ningún barco los llevará?

Vayan a Elbing. Les daré un poco de dinero. Ahí podrán comprar algo, supongo, y después cruzar por tierra.

Arno corrió detrás de sus hermanos. En la casa, mientras ellos enrollaban sus edredones y un cambio de ropa, y él escogía las provisiones de la despensa que su madre había indicado, Johann y Fritz le daban instrucciones:

—No salgas solo, Arno. Y no dejes que te vean los soldados. ¿Entiendes? Tienes nueve pero pareces de doce, por tu altura. Antes se llevaban a los de dieciséis; ahora se llevan a cualquiera. Si te ven, no harán preguntas: te llevarán. No dejes que te lleven. Y cuida a mamá y a Helga.

A todo les dijo Arno que sí, pero sólo sí. No sabía qué más decir y, de saber, no sabía si las palabras saldrían de su garganta apretada. No sabía cómo decirles que los extrañaría, que tenía miedo: miedo de no volver a verlos, miedo de no ser capaz de evadir al ejército, miedo de no ser capaz de cuidar a su madre y a su hermana. Miedo de no poder cumplir sus promesas. Con cada palabra, en esa última hora antes de despedirse, sus hermanos buscaban convertirlo en hombre, al igual que había intentado —de manera injusta— hacer con ellos el ejército. Pero él era tan sólo un niño alto al cual de nada le servía su altura para sentirse más hombre. Temía por sus hermanos, pero también temía por él, por el pedazo de familia que de manera repentina se había convertido en su responsabilidad. Al irse su padre una y dos veces, había dejado a sus hermanos a cargo. Ahora, al irse ellos, él. No había considerado antes que Johann y Fritz no habían sido mucho mayores que él al aceptar tal responsabilidad la primera vez.

Pero dijo que sí, como señal de aceptación de todo. Fue a la cocina de *Fräulein Stieglitz* y abrió un cajón del cual sacó una pequeña hacha de carnicero. Se la dio a sus hermanos.

—No podemos llevar esto. Es de *Fräulein Stieglitz* —le dijo Johann.

—¿Qué importa? Está muerta y ustedes la van a necesitar. Cuidado. Tiene filo.

No le preguntaron cómo era que sabía que la mujer estaba muerta.

—Pero no le digan a *Mutter*.

Luego fue a los costales de las tallas de madera. Sacó dos caballos miniatura de la colección de su padre y le dio uno a cada quien.

—Cuando nos veamos de nuevo, me los regresan.

Arno ya no fue con ellos. Sentía que se desmoronaba pedazo a pedazo,

hermano a hermano.

Aprovechando que su madre tardaría en regresar, mejor se fue a hacer lo único que le daba alegría: explorar los túneles bajo los escombros nevados de la otrora gran casa de los Stieglitz. A veces a rastras, a veces de rodillas, a veces jorobado y siempre con la poca luz nublada que se filtraba: había dado así con un mueble que estaba seguro de que su padre había tocado alguna vez: un mueble de madera de Gabón —estaba casi seguro— cuyas puertas estaban adornadas con tallas de gansos, perdices y zorros. Ése era uno de los muebles de los que tanto les había hablado su padre.

La primera vez que lo vio, Arno acarició las aves y zorros blanquecinos por el polvo. Su padre había pasado sus manos por ellos también, lo sabía. Imposible que él admirara tal trabajo de lejos, sólo con la vista. El tacto era lo suyo, lo suyo con la madera labrada. Trató de sentir alguna conexión, sentir la energía que acaso su padre había depositado en la madera por vía de su admiración absoluta. ¿Dónde estás, *Papa*? ¿Sabes dónde estoy yo? Pero no había nada ahí, ningún mensaje para él, ninguna claridad.

Pudo abrir una de las puertas. Adentro, encontró dos libros viejos e, intactas, aunque cubiertas del mismo polvo de la destrucción exterior, muchas figurillas extrañas, muñecos de madera, collares, aretes y broches. No se atrevió a tocar. Arno nunca había visto nada igual. Imaginó que serían cosas finas, de las cosas que *Frau Stieglitz* esperaba encontrar a su regreso de Berlín, después de la guerra.

Cerró la puerta y miró alrededor suyo.

Ese mueble era tan fuerte que sostenía lo que Arno suponía que había sido la puerta principal y parte de los muros de esa sección de la casa. Era tan sólido que había logrado a su alrededor varios recovecos. Arno se dio a la tarea de explorarlos, siempre pendiente del pasaje del tiempo: no quería que su madre se diera cuenta dónde andaba, porque adivinaba lo que le diría: Arno, si sigues metiéndote a esos hoyos, ahí será a donde tenga yo que ir a enterrarte. En un recoveco encontró unas pantuflas. En otro, grande, sepultado a medias, había encontrado el cadáver congelado de *Fräulein Stieglitz*.

Así como habían hecho con *Frau Hilzit*, rezó un padrenuestro por la mujer. Luego le agradeció el uso de la casa, pero no le dijo a su madre: mejor que la imaginara comiendo pan recién hecho en Berlín.

Lo que Arno encontró aquel día en esos túneles surgidos de una tragedia —y lo que lo hacía a regresar—, fue mucho más que un cadáver o un mueble que le recordaba a su padre o lo que éste contenía.

Sabía que lo que hacía era peligroso, que podía suceder lo que les sucedía a su amigo Adolf Müller y a él cuando intentaban construir sus túneles y fuertes bajo nieve acumulada: a veces resistía la estructura, en otras no. En una ocasión una de sus construcciones les había durado el invierno entero. Su madre siempre le decía: mira como vienes... un día de éstos, tendré que ir y... blablablá. Pero era divertido y no era peligroso: la cantidad de nieve que tenían encima de sus cuerpos era poca, en realidad. Cuando se desplomaba sobre ellos, sólo les bastaba levantarse, salir al aire y sacudirse. Y reírse.

No era ése el caso en esa mansión bombardeada. ¿Qué hacía que unas estructuras no soportaran y otras sí? Ésa era la pregunta de cada ocasión. Era lo que despertaba su curiosidad.

Siempre que tenía tiempo, se introducía en los túneles de *Fräulein Stieglitz* —como ya los había nombrado en su mente— y se sentaba a observar: estaban formados de amalgamas desquebrajadas de ladrillos, de trozos de madera; del mismo material que las otras zonas de la casa que eran intransitables. Marcaba lo que creía que habían caído de la manera justa para sostener el peso del mundo que les había caído encima y admiraba la solidez de la casualidad: si ese trozo hubiera caído en otro ángulo, este túnel no existiría. O si la placa superior de la sala donde había muerto *Fräulein Stieglitz* no hubiera caído casi entera pero perpendicular, no hubiera quedado esa cavidad, ni las piernas intactas de la mujer.

No podía pasar mucho tiempo bajo los escombros porque hacía mucho frío; porque si tardaba, su madre se preguntaría a dónde había ido, y porque cuando caían las bombas se corría el peligro de que cambiaran los ángulos justos de las piezas justas que lo sostenían todo. Pero en los ratos que pasaba ahí movido por la curiosidad, el tiempo y la absorción con que intentaba descifrar ese frágil mundo, lo ayudaban a olvidar el mundo aún más quebradizo en el que vivía.

44. MÁS FRAGMENTOS

Lejos de su granja, su madre no era la misma. Sería que le faltaban todos sus quehaceres de granjera, con tan poco que atender en la casona de los Stieglitz. O sería que había ido perdiendo partes de ella —a su esposo y a sus dos hijos— y sólo le quedaba un fragmento: ella y sólo dos hijos. Ahora comía, limpiaba lo poco que se ensuciaba, pero poco más. Por las noches hablaba de las primaveras de su infancia que nunca sintió perdidas hasta entonces. Siempre terminaba sus recuentos con un ya qué, ya todo se acabó.

Su madre se había perdido en la guerra y Arno no sabía qué más hacer por ella salvo mantener el fuego vivo. Pero cada vez batallaba más: la leña que habían traído de la granja se había acabado. Luego había recorrido el jardín y, hacha en mano, había arrasado con toda la leña y ramas secas que había encontrado, pero ésta se quemaba como la paja. Apenas la echaba al fuego, cuando tenía que ir por más. Era una tarea necesaria, pero sin fin. Entonces había tenido otra idea: combinar el deber con el placer. Arno se había dado a la tarea de buscar madera adentro de los túneles, la que había quedado suelta, la que no soportaba ninguna parte de la estructura. Los tablones de los escalones de la grandiosa escalera que habían quedado visibles y que él había arrancado, ayudado por el hacha, los habían mantenido tibios los últimos días. Pero ya la casa había dado lo que podía. Arrebatarle más significaría el colapso de los túneles.

Arno sabía que muy pronto tendría que poner la mira en el mueble de los gansos y las zorras: podría quitarle las puertas y parte de los costados sin afectar su resistencia a los materiales que sostenía. Pero la memoria de su padre lo detenía. La otra opción era la carreta antigua de los Stieglitz, pero cada vez que Arno se atrevía a mencionarla como fuente de leña, su madre se oponía con un nuevo, aunque vehemente blablablá.

Cuando Helga llegó el 20 de febrero con la noticia de que el sitio de Königsberg se había roto, que el ejército alemán había logrado abrir un estrecho corredor a lo largo de la península de Sambia, primero discutió el plan con Arno. Era tiempo de partir, pasara lo que pasara. En Pillau tomarían un barco.

—Muchos se están preparando para salir de la ciudad. ¿Cómo ves, Arno? ¿Nos vamos?

¿Era esto ser hombre mayor? ¿Tener que tomar decisiones por todos? ¿Pero

qué opción tenían? Caminaba por las calles, veía la destrucción, sentía el desánimo hasta entre los soldados, a los cuales observaba sin ser visto. Más entre los miembros del *Volkssturm*. Nadie creía que la suerte de Alemania en la guerra se revertiría. Todos creían que estaban ahí sólo mientras morían, sólo para dar más tiempo al *Vaterland*.

Se lo había dicho de manera directa *Herr Färber*, a quien apenas había reconocido con su uniforme del *Volkssturm*, pálido, cuando siempre había sido sonrosado, y emaciado, cuando siempre había sido rollizo. Lo encontró sentado solo en una banqueta, tan abatido que no le importaba tener como única compañía lo que quedaba de un caballo: la cabeza con los ojos y la lengua picada por los cuervos.

—¿*Herr Färber*?

Éste levantó la cara. Parecía apenas recordar su propio nombre y Arno dudó si lo reconocería a él.

—El niño Schipper...

¿Dónde estaba la voz tan sonora que Arno recordaba?

—¿Está usted bien?

El hombre no respondió.

—¿Y su familia?

—Traté de salvarlos.

Había intentado subirlos a todos en el *Wilhelm Gustloff*, pero sólo habían dejado que abordaran su mujer y los menores. Ludwig tenía quince años: ya era un hombre. Podrían luchar con orgullo hombro o con hombro, les dijeron. El padre había rogado para que permitieran a su hijo mayor irse con su madre. El *Vaterland* lo necesita aquí, le dijeron. Con sentimientos encontrados entre el alivio por salvar por lo menos a la mayoría de su familia y la más grande tristeza por verla partir, padre e hijo se quedaron en el puerto hasta que el gran buque de guerra que transportaba a más de nueve mil personas y a todo lo que era importante para ellos, zarpó. Al menos parte de la familia se salvaría, creyó.

Por Helga, Arno conocía muy bien el resto de la historia. Todos la conocían. Salir por mar no era garantía para nadie, pues los rusos rondaban y cazaban las naves alemanas de rescate. El *Gustloff* había zarpado lleno más allá de su capacidad. Había sido presa fácil para los torpedos enemigos, apenas fuera de vista de la costa. Por explosión, los más afortunados; por ahogo, los

desgraciados; por el agua gélida, los que creyeron por un instante que podrían salvarse: había sido una condena de muerte casi instantánea. Sólo sus cinco capitanes y unos cuantos más se salvaron, pero nadie sabía si esto era motivo de alegría: tendrían que vivir con el peso de haber dejado morir a aquellos a su cargo, con la sensación del bebé que se les escapó de los brazos, con la decisión instintiva de soltar la mano de un pequeño o dos, para salir a flote. La tragedia del *Gustloff* significaba una gran pérdida para casi todos los que se habían quedado atrás en la ciudad. Y había significado también el fin de la esperanza de lograr escapar. Ese día los rusos habían cerrado hasta la estrecha franja de arena por donde habían escapado sus hermanos días antes. El sitio a Königsberg había comenzado.

Arno sabía que debía decir algo, algunas palabras de conmiseración, pero no sabía ni qué ni cómo. Sólo se le ocurrió preguntar una cosa.

—¿Y Ludwig?

Herr Färber bajó la mirada.

—Lo mató un francotirador el primer día de servicio. Así: un momento estaba su cabeza en su cuerpo, y al siguiente, nada. Tuve que buscar sus pedazos entre la tierra. Lo sepulté en la misma zanja que estábamos cavando. Ahora estoy sólo esperando que, en defensa del *Vaterland*, me llegue mi bala. ¿Dónde me dará? Ésa es la única incógnita —al decirlo, levantó la mirada para fijarla con intensidad en él—. ¿En dónde te dará tu bala a ti, Schipper? ¿En la tripa? ¿En la cabeza? ¿En...?

Arno corrió para alejarse del hombre que lo había perdido todo, hasta la consideración. No quiso escucharlo más. Pasó buena parte de esa tarde refugiado en los túneles de *Fräulein Stieglitz*, en un intento para sacarse de la cabeza la imagen de la de Ludwig quebrada por una bala, la imagen de la propia cuando lo encontrara su bala. Sólo salió cuando se sintió más compuesto. No quería delatar su angustia. ¿Para qué decirle a su madre del encuentro con el vecino?

Helga, que lo había acunado en sus brazos no hacía mucho, ahora le pedía que decidiera con ella. No sería una decisión que tomaría solo, pero había distinguido el peso que una mala decisión había colocado en los hombros de *Herr Färber*. ¿Y si a ellos les sucedía lo mismo? ¿Si partían y los hacían explotar con un torpedo? ¿Si tenía que mirar cómo moría su madre, cómo se ahogaba Helga mientras él se congelaba y se hundía para siempre en el Báltico?

¿Mientras sobrevivía? ¿Qué hacer? ¿Quedarse o partir? ¿Quedarse y morir de hambre y de frío, o partir y quizá morir de guerra? Recordó lo que le dijo su madre aquel día, todavía en la granja: su guerra ya había llegado. Las dos opciones eran guerra.

Si morían en altamar, sería rápido, supuso. Si vivían, se alejarían de las balas. Y al menos estarían todos juntos. Todos los que quedaban. Había que luchar por la vida.

—Vámonos.

No fueron los primeros de la fila en salir de las murallas que hasta entonces los habían protegido. Su madre, siempre tan firme, se había dejado inundar de indecisión. Habían tardado en convencerla.

—Podríamos esperar a la primavera —les decía.

Pero esa afirmación tenía tono de pregunta, de ruego: que nos den tiempo para la primavera, por favor.

—No, *Mutter*. Vámonos ya —le dijo Helga, que había hecho acopio de toda la firmeza que en su madre escaseaba.

—Pero el frío...

—El frío no amaina. Lo que se nos acaba son las provisiones. El caballo ya está flaco. Pero todavía nos puede llevar hasta allá. Vámonos antes de que se debilite más.

—Hemos tenido que hacer durar su alimento —dijo su madre con tono ofendido—. En primavera conseguiremos más.

—Cada vez batallo más para conseguir leña —dijo Arno.

—Ya casi llevamos un mes, *Mutti*.

—¿Cómo vamos a sobrevivir el frío a la intemperie? —dijo ella.

Arno y Helga aceptaron esa respuesta como un sí. Ya verían cómo. Se prepararon como mejor pudieron. Helga y su madre hirvieron todos los huevos que tenían, empacaron lo que les quedaba de sus provisiones. Prepararon a los animales para el viaje. Arno se encargaría de la leña.

—Pero no de la carreta de los Stieglitz —dijo su madre.

Antes de atreverse a salir con su hacha, se asomó a la calle carcomida por los bombardeos. No vio a nadie. Ahora que el vecindario se había vaciado, no temía que se la arrebataran como aquella vez que una mujer había intentado arrancársela de las manos. Había tenido que aferrarse fuerte a ella y luego correr.

Vencer a una mujer de su altura en el forcejeo no había sido difícil, pero no le gustaría imaginar qué hubiera sido si su asaltante hubiera sido un hombre. Habría perdido el hacha y, con ella, muchas posibilidades de supervivencia.

Ese día no encontró a nadie por las calles cerca de la casa, pero aún así debía andar con cuidado. En su recorrido, encontró puertas cerradas de casas abandonadas. Eran lo que buscaba. No eran las de la casa de *Fräulein* Stieglitz y a nadie le importaban ya: escogió dos para hacer leña. Luego hizo un atado y lo arrastró tras de sí.

Al partir, se llevaron lo suyo y sólo algo ajeno: un colchón que enrollarían. Sí, *Mutti*, la conminó Helga, cuando ésta protestó porque dirán que robamos.

—Piensa que no sabemos cuánto tardaremos en llegar —le dijo Helga.

Por la noche dormirían los tres juntos sobre él, decidieron. A insistencia de su madre, dejaron la casa como la habían encontrado, porque no queremos que *Fräulein* Stieglitz diga que se la maltratamos.

—Ni que le robamos.

Cuando la madre dijo eso, su hijo pensó en el hacha de carnicero que le había dado a Fritz y a Johann. ¿Se contaría como robada? No podía lamentar su decisión. Él la contaba como recurso de supervivencia. Dios entendería.

Para cuando emprendieron su huida, les pareció que la fila para el barco llegaba desde la ciudad hasta el puerto, de tan lento que avanzaban. Eran más los viajeros que los antecedían que los que les seguían. Hacía frío. Casi tanto como cuando habían dejado su hogar a principios de enero, pero el frío no había sido el mayor reto en ese viaje. No había sido el camino a Pillau como el que habían conocido de su granja a Königsberg. Helado, sí. Lleno de gente, también. Pero mucho más largo. En el anterior no habían sido blancos de ataque, además.

Los soviéticos habían perdido ese estrecho corredor al mar, pero no se habían alejado: desde sus colinas o trincheras, desde sus aviones, disparaban sus morteros o bombas como jugando con ellos al tiro al blanco. Y eran certeros. Y el camino estaba lleno de cuerpos, de sangre, de pedazos de humanos mezclados con otros de animal y fragmentos de árboles ensangrentados. Y no toda la nieve era blanca. Y ni la nieve nueva lograba cubrir la vieja, pisada y sanguinolenta.

No había cómo protegerse, no había a dónde correr. Oían la detonación lejana y miraban cómo todos, al igual que ellos, bajaban la cabeza y empequeñecían el cuerpo. Pero era un instinto fútil: ante la explosión directa de

una bomba no había nada que hacer, más que seguir avanzando, ensordecidos. Sorprendidos por seguir en pie. La mejor protección que tenían era avanzar hasta llegar al mar. Allá... allá enfrentarían lo que habrían de enfrentar. Mientras hacían el recorrido de la muerte, no pudieron evitar preguntarse tal vez por turnos o tal vez al mismo tiempo, pero cada quien en silencio, ¿será esta bomba que viene la nuestra? ¿O ésa? ¿O aquélla?

No hablaban entre sí más que lo necesario y ninguno hablaba con nadie más. No querían conocer a los compañeros del camino, pues el primer día, apenas entablada cierta camaradería con el grupo de mujeres y niños que los precedían, ésta se borró en un instante y por completo con una bomba. A ellos tres sólo les había quedado sacudirse la nieve ensangrentada y calmar a su caballo, al cual habían optado por tapan los ojos. Al menos se fueron todos juntos, dijo su madre.

De día, Helga y Arno se turnaban conduciendo la carreta para que su madre pudiera recostarse y dormitar atrás, sobre el colchón doblado. El que no conducía, debía recostarse con ella para multiplicar el calor. A mediodía, el que iba atrás repartía un huevo duro a cada quien.

Por las noches hacían su fogata a un lado de la carreta y, mientras descongelaban un poco de chucrut y alguna conserva de carne, cubrían al caballo con doble manta, le daban de comer y le pedían una disculpa por el maltrato y la escasez. Luego calentaban los ladrillos de los animales y los propios. Cenaban un poco, más por sentido común que por hambre. Lo único que deseaban era dormir. Que los rusos los dejaran dormir sin bombas por una noche. Colocaban una lona debajo de la carreta y, encima de ésta, el colchón. Luego con otra lona cubrían la carreta y su contenido, para que cayera por tres lados de ésta hasta la nieve. Así lograban cubrirse del aire y recibir el calor del fuego. Así, de espaldas a los soviéticos, disimulaban su fuego para no delatar su posición.

Después del largo día, casi les parecía acogedora su guarida. Dormirían cobijados y, entre todos, triplicado su calor hasta el amanecer. Que *Papa*, Fritz y Johann estén bien, rezaban como todos los días. Que se duerman los rusos, que descansen y dejen descansar, deseaban. Pero el enemigo no hacía distinciones entre el día y la noche. Y las bombas caían.

La leña se acabó después de la tercera noche. No calculó bien: debió haber hecho más leña de puertas abandonadas, se recriminó. A la par de la carreta, Arno caminó gran parte del siguiente día tratando de recolectar ramas secas,

pero había pasado casi una ciudad entera delante de ellos buscando lo mismo: en la orilla, el bosque ya no tenía más leña que dar. Decidieron que internarse entre los árboles era mala idea.

—¿Qué vamos a hacer? —dijo Arno.

—No sé —respondió Helga.

Dormir sin fuego era una condena de muerte como la de tantos que se habían quedado en el camino.

—Tenemos la madera de tu padre —dijo su madre.

Helga y Arno se sorprendieron. Tenían muchos días de no escuchar tal firmeza en su voz.

—Pero ésa es para «Schipper e hijos, ebanistas» —dijo Arno.

—Sí, para los hijos Schipper. Para que tengan futuro.

—¡Pero no quemaremos los caballos! —dijo Arno.

—¿Cuáles?

Arno se sorprendió de que ni su madre ni Helga recordaran los caballos miniatura, mientras que él, al cerrar los ojos, recordaba a su padre en absoluta concentración mientras sus manos labraban cada detalle de la madera. Esa noche encendieron su fuego con algunos de los cortes que su padre había salvado de otro, con miras al futuro.

Arno se mantuvo despierto lo más que pudo. Tal vez las llamas eran parecidas a las de cualquier otra fogata, pero era el fuego más hermoso que hubiera visto, pensó Arno. Surgía de viñas, frutas y flores de madera. De la esperanza de su padre. ¡Y cómo dolía quemarla! Pero su madre tenía razón: dolía más el frío.

El trayecto de tan sólo cuarentaitrés kilómetros hasta el puerto les tomó cinco días y cinco noches de hielo.

Cuando llegaron, tuvieron que hacer fila por dos días más, pero la hicieron esperanzados. Uno guardaba su lugar en la fila mientras los otros dos cuidaban la carreta y las provisiones. Luego se alternaban.

Guardando su puesto, ya cerca de la caseta del guardia en turno, Arno fue testigo de cómo negaban transporte a los hombres. Mujeres y niños, decía el guardia. Sólo mujeres y niños. Una familia logró conseguir pase para su hijo que se aproximaba a la edad de Fritz, así que cuando éste le fue denegado —porque los hombres se quedan, señora—, después de rogar, la madre se quitó un anillo

para ofrecer al guardia. Al tomarlo, el guardia pareció comprender que la edad avanzada del muchacho se había tratado de pura ilusión óptica, pues les dio el pase. El anillo pareció arreglar la confusión y restarle años al muchacho. La madre, además de darle el anillo al guardia, le dio un beso en la mano.

¿Así se lograban las cosas? Arno deseó haber traído con él algunos de los tesoros de *Fräulein Stieglitz*. No lo hizo porque eso sí hubiera sido robar. No era lo mismo llevarse un colchón viejo que joyas. Además, antes no hubiera sabido cómo le podrían servir. Se lamentó haberlas dejado, hasta que llegó su turno para conseguir su lugar en el próximo barco. Entonces lo lamentó más.

El soldado miró a los tres con detenimiento. Lo miró a él con especial atención.

—Usted y la muchacha, sí —le dijo a su madre—. Pero no llevan hombres.

Su madre fue la primera en comprender lo que quería decir. En su voz se asomó el miedo.

—Mi hijo es menor.

—No parece menor.

—Mire sus papeles.

Hizo un ademán para mostrarlos.

—*Mein Frau*, si usted supiera cuántos pasan por aquí con papeles falsos en un intento por evadir su deber, no se atrevería a presentar los suyos.

—Tiene nueve años —dijo Helga con vehemencia.

Arno no sabía qué decir.

—¡Siguiente! —dijo el soldado dando por terminado el tiempo que les dedicaría.

—¡No! —dijo su madre, negada a ceder su turno al siguiente—. Nació en marzo 25 de 1935. Le digo que mi hijo tiene sólo nueve años.

—Muévase señora. El barco está a punto de partir —dijo él, haciendo una señal para que otros dos militares lo apoyaran a desalojar a la familia.

Ya los empujaban, pero su madre se aferró al mostrador.

—¡Espere! Espere... Que se vaya mi hija —no le importaron ni la alarma ni la negativa de Helga. Y siguió—: Que se vaya ella, al menos.

Al hombre no le importó la discusión que se desató entre madre e hija. No le importó el que si sí, que si no, ni el qué voy a hacer yo sola, ni el qué van a hacer ustedes. Sólo les dio el boleto para un pasajero y los obligó a desalojar el área.

Arno nunca había visto a Helga llorar tanto. Tampoco discutir como lo hizo en todo el camino de regreso a la carreta, sin darse cuenta de que sólo habían ido para recoger sus pertenencias, a empacar para ella dos latas de conservas.

—Arno, quédate aquí a cuidar la carreta. Vamos, Helga.

Arno y Helga se abrazaron fuerte, aferrados el uno al otro, sin palabras, sin saber si volverían a verse. Su madre la tomó por el brazo para romper el vínculo, y la llevó hacia el muelle. Helga caminó hacia el frente, hacia donde le indicaba su madre pero con la mirada hacia atrás, puesta en su hermano. Luego se perdieron entre la muchedumbre.

El tiempo que tardó su madre en regresar, Arno lo perdió en el vacío, en el recuerdo de la mirada húmeda de Helga y en la sensación de la propia, en su cuerpo liberado de manera cruel y repentina de un abrazo querido, del abrazo más familiar que hubiera conocido. Se perdió en lamentar su altura que lo hacía parecer mayor, sus nueve años que no le habían enseñado antes cómo se lograban ciertas cosas, pero más las joyas abandonadas por respeto a una muerta que nunca había conocido en vida.

Cuando la vio regresar con paso apurado, se secó los ojos con disimulo para que su madre no lo notara. No lloraría nunca más, se prometió. Comprendía lo que su madre había sacrificado por permanecer con él. Le había prometido que lucharía por él en su guerra y Arno, a pesar de resentir la ausencia de Helga, a pesar de preocuparse por ella y comprender lo que estaría sufriendo sola, se dejó inundar por el alivio. Lo que sea que viniera, él no estaría solo.

—¿A dónde vamos? —le preguntó Arno a su madre cuando ésta subió a la carreta con la cara enrojecida.

—A casa de *Fräulein* Stieglitz. Le quedó a deber a tu padre.

En las calles del puerto, guardaron silencio. Cada quien miraba hacia delante por conducir de manera responsable, pero para no ver nada más. Para no mirarse todavía.

—¿A dónde fue Helga? —preguntó Arno cuando ya habían salido del puerto.

—A donde sea que no sea aquí.

—¿A dónde? —insistió.

Quería imaginarla viva allá, donde fuera.

—A Dinamarca.

¿Dónde era eso? ¿Estaría a salvo sola? ¿Y ellos?

—¿Qué vamos a hacer nosotros?

—Esperar a la primavera. ¿Qué más?

De regreso no iban solos en el camino, pero lograron avanzar con más rapidez. Los rusos dispararon menos. Tardaron sólo dos días y una noche en regresar. Sólo murió una gallina.

—La más joven —dijo su madre.

Mientras su madre cocinaba, Arno se fue a sus túneles a olvidar y a planear.

Esa noche cenaron caldo. Lo hicieron durar una semana.

LOS HAHLBROCK

Del 21 de enero al 21 de febrero de 1945

45. MIRADAS

La promesa había sido que en Thorn descansarían. Luego que en casa de la abuela se detendrían unos días. Nada de eso había sucedido.

La aventura había dejado de ser emocionante, incluso para Freddy. Nadie anticipó —ni siquiera su hermano, con su viva imaginación— que las aventuras fueran interminables, que aburrieran, que apestaran, que entristecieran.

Todos querían estar de vuelta en casa. Irmgard e Ilse comprendían la situación, aunque Freddy, Edeline y Helmut, no. Eso no impedía que ellas, como todos, desearan dormir en su cama, sentarse a su mesa, bañarse en la tina, reír con Jadwiga. Todos extrañaban a Jadwiga. Todos estaban hartos.

Los niños, del tedio de la nada en las horas oscuras de la tarde que no les permitían ni entretenerse pintando en las pizarras; de dormir por evasión, más que por cansancio; de los pañales sucios de Helmut. Ya se habían cansado inclusive de los cuentos que les contaba Ilse, pues hacía mucho que había tenido que repetir su repertorio. Y cada noche se prometía que al día siguiente le pediría a Janusz uno nuevo, pero cuando coincidían y se lo pedía, él no tenía ni tiempo ni ánimo, pues lo único que quería hacer después de conducir la noche entera, era dormir, comer y volver a preparar todo para partir.

—Otro día, Ilse.

Janusz nunca antes le había dicho que no.

Él se iba a dormir con su padre y su tío después de atender a los caballos y al Káiser. Por lo general escogían un lugar cerca de la familia, pero en una esquina del establo o granero, para envolverse en sus edredones y descansar sin moverse hasta que los despertara el hambre.

Káiser, en cambio, se iba a dormir con su padre y con Janusz, pero terminaba muchas veces arriba de la carreta, acurrucado, pero alerta. En otras oía a sus niños jugar y se quedaba cerca para que Helmut durmiera su siesta encima de él, Edeline le pusiera su gorro de flores, Irmgard le acariciara el lomo distraída mientras leía, y para devolverle, impasible, a Ilse la mirada. Su padre decía que se había tomado muy en serio lo de ser el guardián de la familia. Ilse estaba de acuerdo: el perro respetaba el movimiento ajeno, toleraba que alguna mujer se acercara a preguntar algo y que niños extraños jugaran a su alrededor, pero nunca dejaba que se acercara un hombre, por más viejo que fuera.

—Sí, *Papa*, es muy buen guardián, pero si ve un ratón, deja todo. ¡Hasta a

Helmut deja rodando!

Su padre rio y a Ilse le dio gusto verlo así, contento, aunque fuera un momento. A él le pasaba lo mismo que a Janusz: guardaba todas sus fuerzas para la noche. Se lo había explicado su madre, porque Ilse nunca se había imaginado que para reír había que estar fuerte.

De día, su madre les exigía procurar silencio para que su padre, su tío y Janusz, a los cuales no veían durante la noche en movimiento, pudieran dormir y recuperaran sus fuerzas. Poco importaba que en los establos o graneros donde hacían sus pausas en el recorrido hubiera más gente que no bajaba el volumen de su llanto, de sus reclamos, de su hambre, de sus quejas, de su espeso silencio. Todos hacen más ruido que nosotros, le decían a su madre, pero ella contestaba que los otros no le debían nada ni a su padre ni a Janusz, pero ellos sí.

A veces encontraban a otros niños con quienes jugar o charlar. Pero no siempre. La mayoría tenía hambre y frío. La mayoría lloraba cuando sus madres les decían ya nos vamos. Ilse podía entender por qué lloraban: otra vez al hielo a pie, en carretilla o en carreta abierta. Así, ella también lloraría.

La primera vez que habían encontrado otros viajeros en los establos donde se hospedaban, había decidido que ya no se quejaría de frío. Era imposible no tenerlo. Imposible que no se colara por el cuello en un descuido o que la nariz no estuviera roja y escurriera de manera constante sólo porque sí. Odiaba cuando su madre le decía: Ilse, tienes que lavar tu paño. O: ya que vas al baño, aprovecha para lavarte y lleva calzones limpios. Y ya que te pondrás calzones limpios, lava los sucios.

Introducir las manos en el agua helada para lavar un trapo o calzón las quemaba, y no había fricción que les devolviera el calor: lo único que funcionaba era sentarse ante el fuego que encendía su padre antes de irse a dormir. Y bastante malo era tener que bajarse las dos mallas y las trusas en algún baño exterior. ¿Además de eso tener que mojarse la piel? Era muy doloroso. Frotarse las manos frente al fuego no llamaba la atención de nadie, pero que no se te ocurra frotarte el trasero helado cubierto por capas de mallas, fondos y vestido en público, porque ¡Ilse! ¿Cómo se te ocurre? ¡Eso no se hace!

No le gustaba el frío. No en su cara, no en sus manos y menos en su trasero. No le gustaba cuando invadía los huesos sin aviso y sin anticipación, cuando hacía llorar a sus hermanos pequeños porque para el amanecer había logrado

robar casi por completo el calor de los ladrillos que los mantenían tibios dentro de sus costales. Pero era afortunada: tenía sus capas de ropa, su abrigo grueso, su costal de piel y lana de borrega con un ladrillo calentado al fuego que su madre les daba todos los días. Mientras viajaban, tenían lugar para moverse un poco y así poder ofrecerle a alguno de sus hermanos ven, Edeline, o ven, Freddy, métete conmigo a mi costal. Sonriente, su madre les decía que parecían un *strudel* y así lograban sentirse: apretados y calientes como el relleno de una empanada recién salida del horno. Eran afortunados por tener esa extraordinaria carreta que los aislaba de lo peor del invierno.

En todo el camino no habían visto una carreta igual a la de su familia: cerrada y floreada por dentro, menos fría que el aire libre, pero ya casi tan apestosa como los pañales de Helmut, eso sí. En los descansos, su madre abría las cortinas de los extremos para que su interior se oreada mientras vigilaba que nadie se acercara, mientras cortaba los alimentos o lavaba los pañales con el jabón para el cuerpo que había llevado, pues había olvidado el jabón para ropa. Tía Erna también cuidaba la suya, aunque su pequeña carreta no era tan protectora ni tan linda: le faltaban las flores de los tapetes de lana en el piso y en el techo. La sencilla lona que la cubría dejaba pasar más frío, pero haber agregado a ella el calor de los ladrillos que descongelaban la comida, ayudaba mucho, decía.

La gente miraba sus carretas. Los miraban comer. Eran miradas intensas que Ilse nunca había visto ni sentido antes. Miradas incómodas.

—¿Cómo es que tienen comida hasta para el polaco? —le preguntó una vez una mujer a su madre.

—Nos preparamos por meses.

—¿Dudaron del *Führer*? —el tono de la mujer parecía ofendido.

La respuesta de su madre fue cortante y ofensiva de muchas formas.

—¿Ustedes no?

Su madre también estaba cansada. Ilse lo podía escuchar en su voz y lo podía ver en su cara. Un día, después de muchos de viaje, la había visto sin su abrigo mientras se lavaba las axilas por debajo del vestido que antes le había sentado bien. Ahora le sobraba tela de la axila, de la cintura, de todos lados. Notó que a la cara también le faltaba su redondez y su brillo. Entonces había empezado a observarla: comía, pero todos los días separaba un poco de su porción para que

uno de sus hijos tuviera más; un día Edeline, otro, Helmut, Freddy, Irmgard, ella.

Todos estaban cansados de tener hambre. Habían empezado el viaje por pedir galletas o pan con mantequilla para la merienda, todavía acostumbrados a la vida en la granja. Cada día su madre tenía que repetir múltiples veces no hay, no hay, no hay, hasta la cena. Ante la firmeza de su madre, los hijos mayores ya no pedían merienda, ya no pedían más: ya conocían la respuesta. Pero los pequeños no la comprendían. No comprendían que al llorar de hambre, su madre los abrazara en vez de darles de comer. Y se lo reclamaban, y se lo reclamaba. Pero su respuesta no variaba.

Irmgard e Ilse habían hablado ya sin mentiras, sin juegos en la voz y sin suavidad con Freddy: Freddy, ya eres mayor para entender que no hay más hasta mañana, que la leche es para Helmut, ya no molestes a mamá. Y con una mirada se lo recordaban todos los días: eres mayor, ya no llores, no pidas, aguanta. Como aguantaban ellas, aunque a veces también tuvieran ganas de llorar, pues extrañaban la barriga llena de estofados, caldos, quesos suaves, verduras. Ahora comían frío porque el aroma que despedía el jamón al dorarse en la sartén, atraía las miradas deseosas de todos y los llantos de otros niños que tenían menos con qué acallar el hambre. Y muy pronto habían aprendido a no insistir que su madre diera un poco a otros niños: si quieres, anda, dale lo tuyo, pero no creas que podrás venir por más cuando llores de hambre.

—Y no creas que alguna de esas mujeres te compartiría algo si lo tuviera — dijo cuando se sintió juzgada por sus hijas mayores—. No me miren así. Regalar algo es quitarle el bocado a un hijo. Yo me preparé. ¿Por qué no se prepararon las madres de esos niños?

Ellos comían todos los días, pero los cinco miraban con intensidad a su madre cuando les servía cada vez menos, cuando ya no hubo pan, cuando se acababa su porción cada vez más rápido, cuando deseaban pedir más a pesar de saber que no hay, no hay, no hay.

—¡Jí hay! —la acusó Freddy una vez que no hizo caso ni a sus miradas ni recordó su calidad de mayor—. ¡E la caja hay!

—No hay más hoy, para que todavía haya mañana —contestó su madre.

Les hablaba duro, pero cedía —de manera equitativa entre sus cinco hijos— parte de lo que le correspondía. Desde que la vio tan delgada, Ilse se había propuesto a negarse a comer lo de su madre cuando le tocaba ser la receptora. A

veces lo lograba, pero a veces no. A la próxima, se prometía. Pero a veces lo lograba y a veces no: su estómago exigente la hacía olvidar su determinación.

Cada vez que Ilse abría los ojos durante los trayectos nocturnos encontraba a su madre atendiendo algo. Trataba de ayudarla lo más que podía, pero había encontrado que sólo lo lograba de día. De noche era mejor permanecer dormida o, si algo la despertaba, volver a la inconsciencia de inmediato, pues, si bien dormía, no lo hacía por descansar el cuerpo. Esas horas perdidas de la noche la ayudaban a descansar el hambre, el hastío y el miedo que se le había instalado desde aquella noche en que despertaron con violencia por el ruido de los motores encima de ellos y por el de las detonaciones lejanas.

Irmgard fue la que pudo tranquilizar a todos aquella vez. Inclusive a su madre que se mecía con Helmut en brazos y decía ya, ya, ya, sólo por decir ya, ya, ya, sólo porque ya, ya, ya era su único recurso ante algo desconocido, ante su primera experiencia de violencia cercana. Las palabras y el tono de su hermana consolaron a Edeline y a Freddy, que lloraban, y a Ilse que hiperventilaba, transportada a los recuerdos suprimidos de una noche, años antes, en que la había despertado una sirena.

—Ese sonido viene de muy lejos, ¿verdad, Ilse?

¿Acaso quería una respuesta?

—¿Verdad, Ilse?

Sintió el codo de Irmgard picarle las costillas al tiempo que sonaba una detonación lejana.

—Sí. Muy lejos.

Eran ellas las que sabían de bombas cercanas y lejanas. Eran las expertas. Pero Ilse no podía unir sus palabras a la calma de Irmgard, así que la dejó seguir.

—Se oye, pero no pasa nada. El sonido no hace daño. Ya verán que pasa en un momento. No pasa nada, nada...

Irmgard también había aprendido de Jadwiga a hablar suave, juguetón y con palabras sencillas, como a los tontos, como a los niños, comprendió Ilse sorprendida, mientras se dejaba seducir hacia la calma por las palabras de su hermana. En esa ocasión se abrazó a su muñeca, pero se dejó guiar por sus palabras como en la otra de Schneidemuhl se había aferrado a su mano, confiada de que su hermana la llevaría a sitio seguro.

Cuando todo pasó, cuando el bombardeo lejano cesó y la carreta retomó su

camino, habían intentado volver a dormir después de rezar un *Vaterunser*, tal como lo enseñaban en la iglesia. Pero de repente los había tomado a todos por asalto un hedor nunca antes percibido. La primera en vomitar había sido Irmgard, pero la había seguido su madre. Los pequeños lloraron. Todos, menos su madre, gritaron *I Kitt!* ¡Qué asco! Su padre les gritó que se callaran y, pasmados por la inusual dureza en su voz, lo intentaron, pero sin lograrlo del todo.

—Respiren por la boca —les ordenó su madre.

¿Qué había sido esa peste? ¿De dónde emanaba? Nadie les había querido contestar.

A pesar de las promesas, ese día cruzaron el río sin detenerse en Thorn, sin comer un estofado, sin descansar en una cama. Sin parar al amanecer, como siempre. Ilse e Irmgard se miraban en silencio. Escuchaban lo que los adultos decían sin decir. Sintieron su alivio cuando encontraron el puente que buscaban, pero la tensión cuando comprendieron que estaba tan lleno, que les tomaría horas poder cruzar al otro lado.

Cuando llegaron a medio día a una granja más, todos estaban más cansados que de costumbre. Su padre y Janusz apenas hablaban. Ni los niños hablaban. Todos habían llegado pálidos y su madre había adivinado un reclamo: nos dijeron que en Thorn nos detendríamos. Estamos muy cerca de la granja de *Oma*, les dijo.

—Y cuando lleguemos, haremos un caldo y nos bañaremos. Lavaremos los edredones y herviremos todos los pañales de Helmut.

—Dormiremos en cama —dijo Irmgard.

—¿Nos quedaremos en casa de *Oma*? —dijo Ilse.

Su madre no respondió ni al enunciado ni a la pregunta.

Fue Irmgard la que recordó.

—*Mutti!*

—*Was?*

—Es 21 de enero. ¡Es tu cumpleaños!

—Tenemos que festejarte —dijo Ilse, mientras se reclamaba no haberlo recordado antes.

Ante la negativa de su madre porque no es necesario, porque qué van a decir los demás huéspedes del establo, su padre intervino.

—Wanda, hay festejos que no se deben dejar pasar. Tu cumpleaños es sólo uno de los que festejaremos hoy.

—Tienes razón —dijo ella.

Eso les dio ánimos. Ilse sacó de su bolsa de viaje la corona de papel que hacía tan poco, aunque pareciera toda una vida, había hecho para Helmut. Creyó que la había doblado y guardado con cuidado, pero eso de sacar y meter calzones y mallas, y el aburrimento y el hartazgo y el frío —en especial el frío— la habían hecho olvidar la delicada corona, que ese día encontró doblada entre un calzón sucio (porque un día no había hecho caso a su madre de lavar) y su vestido de domingo. Eso no lo dijo cuando la desarrugó un poco y se la colocó a su madre en la cabeza. Le quedaba muy pequeña, pero ella hizo un esfuerzo por no moverse tanto para que ésta no se le cayera. Nadie hizo alguna mención nostálgica a algún pastel o galleta del pasado cuando Irmgard le sirvió a su madre su porción completa de jamón y un trozo de queso con mermelada de durazno encima. Todos sonrieron, hasta su padre, que sacó fuerza, y Janusz, casi, cuando le ofreció a su madre sus mejores deseos.

—*Wszystkiego najlepszego* —le dijo.

—¡Janusz! —le dijo Ilse riendo—. ¡Sabes que nadie entiende polaco!

Ilse no comprendió cuando la casi sonrisa de Janusz se esfumó.

—Si no les importa, me iré a dormir. Fue una noche difícil.

—Claro. Ve —le dijo su padre, serio.

Su partida marcó el final de la fiesta, que había durado sólo lo que había durado el desayuno.

Esa noche los niños partieron con ánimo renovado. La abuela no los esperaba. Le darían la sorpresa de su vida, anticiparon: sus nietos de visita por primera vez. Y descansarían. Y se bañarían con agua caliente. Y comerían un plato caliente. Lo que fuera. Y las madres lavarían todo. Y las carretas ya no hederían. Pero ya no importaría porque sería el final del camino, anticipaban.

Cuando llegaron al día siguiente, se enteraron de que tendrían que seguir el viaje casi de inmediato. La casa de la abuela no era más que un punto en el camino. Una granja sumada a muchas otras en ese viaje que ya parecía sin fin, pero una donde, por ser familia, se les permitía estar en la casa tibia, mientras en el establo se alojaban otros viajeros.

—¿Por qué, *Papa*? —le preguntó Irmgard, decepcionada, a punto de las

lágrimas, antes de que lo hiciera Ilse.

—Porque tenemos que ir por *Tante* Ida y sus primos.

No había resultado fácil convencer a la abuela de ir con ellos. Sus hijos le decían, *Mutter*, ya no hay tiempo, no te puedes quedar aquí, pero no lograban nada. El que la convenció fue su padre: ¿quiere una repetición de Nemmersdorf aquí? Los rusos no distinguen entre jóvenes y viejas... Con eso ya no había objetado y, mientras la abuela empacaba reacia, su padre, el tío Franz y Janusz se reabastecieron de las pocas provisiones en existencia en la granja de la abuela. Su madre lavó e hirvió los pañales del bebé en el establo, después de dejar hirviendo un caldo de papa que acompañarían con queso. La cocina olía delicioso. Ilse, Irmgard y Freddy fueron los encargados de abrir el granero donde su abuela conservaba el gallinero.

—Traigan a las dos gallinas y los huevos que encuentren —les dijo.

Quedaban dos gallinas que, desde que unos refugiados les habían matado a su gallo para hacerlo caldo, sólo ponían huevos sin polluelo. En el granero había dos pequeños cerros de maíz.

—El ejército olvidó venir por su parte y comprarme la mía este otoño —le explicó ella a los adultos—. Es como si ya no existiera: ni recoge de quien tiene maíz ni lo entrega a quien tiene vacas. He intercambiado un poco con los vecinos que tienen vacas lecheras por mantequilla o leche —dijo. Pero luego agregó con añoranza—: Quien fuera vaca para no pasar hambre...

Mataron las gallinas y las hicieron caldo. Sobraría, pero se lo llevarían con huesos y todo: sale otro caldo muy bueno de ellos y luego se rompen y se les succiona el tuétano, aseguró la abuela. Los huevos se los llevarían cocidos. No eran muchos: se los darían a los bebés en los próximos días.

Comieron con Janusz a la mesa, muy a pesar de su abuela.

—El perro y el polaco pueden comer en el establo —había dicho.

Ilse se sintió orgullosa cuando su padre no lo permitió.

—Comemos todos juntos, o no come nadie —dijo, firme.

—¡Yo jí quiego come! —dijo Freddy, asustado.

Dispersada la tensión en el ambiente, todos rieron, menos la abuela y Janusz.

Mientras los niños jugaban o leían en el segundo piso sin hacer ruido ni tiradero, al cuidado de Irmgard e Ilse, las madres se organizaron para el viaje y los tres hombres durmieron al pie de la chimenea de la sala. Dieron tiempo

suficiente para que descansaran los caballos y, al anochecer, reemprendieron el viaje. Ahora a Schdeidemühl. Nadie subió a su respectiva carreta con ánimo. Nadie anticipaba que ahí se acabaría la travesía.

De Schdeidemühl se fueron sin *Tante* Ida: no puedo irme, decidió ella. ¿Qué tal si Josef regresa y no nos encuentra?, le dijo a su padre sin saber que Ilse, silenciosa, sorprendida, escuchaba desde el cuarto contiguo. Creyó haber entendido que su tío había muerto. Supuso que su padre intentó decir lo mismo, pero su tía no lo dejó.

—No. Nadie me va a convencer de que murió. Tal vez fue hecho prisionero. Me quedaré donde pueda encontrarme. Y además no tengo provisiones: no podemos ser una carga para ustedes. Aquí en la ciudad consigo algunas cosas con mis cupones de racionamiento. Estaremos bien.

No se veían bien. Sus primos tenían la piel color gris, ya no querían jugar ni a las canicas y, según le contaron, la sirena sonaba cada vez más seguido.

—¿Nemmersdorf? —dijo cuando su padre le recordó ese evento—. Los rusos no se atreverían a hacer lo mismo en una ciudad más grande como ésta. Además, dicen que no pasarán... Ya ves lo que salió en las noticias: ya se rompió el sitio a Königsberg.

Y con eso habían dejado a los otros Hahlbrock de Schdeidemühl.

—Lo intentamos. No se puede obligar a nadie a emprender un viaje como el nuestro en contra de su voluntad —le dijo su padre—. Y no hay tiempo para insistir más.

Así que partieron. Viajarían al oeste. Ahora buscarían cruzar para poner las aguas del río Óder entre ellos y los rusos.

—Siempre al oeste huyendo de los Apaches como los pobladores del viejo y salvaje oeste, Freddy —dijo su padre en un intento por inyectar emoción a un trayecto más.

Pero ya no logró emocionar a su hijo con la promesa de aventuras venideras. Ya hasta él entendía que a los apaches de su historia les llamaban rusos. Y que no eran producto de la imaginación de nadie.

—El Óder está muy cerca cerca de Berlín. Seguramente el *Wehrmacht* los detendrá ahí. No los dejarán pasar, ya verás —le dijo Irmgard a Ilse, en secreto.

Ilse esperaba que su hermana tuviera razón. Así que para allá iban. Cansados, helados, en una carreta que cada vez olía peor, como ellos.

Lo único bueno de la situación —e Ilse se lo recordaba todos los días— era que su abuela viajaría siempre en la carreta de los Bendzius, porque pobre Erna: no tiene quién la ayude, decía ésta antes de empezar cada tramo del trayecto.

Pobre Crystl, pensaba Ilse, ya está aprendiendo lo difícil que es querer a la abuela.

46. UNALLEGADA

Wanda conoció a esos parientes de Hartwig cuando descendió de la carreta aquella mañana a principios de febrero.

Hartwig tenía años de cartearse con su primo al que no veía desde que ambos eran solteros. Habían sido compañeros de travesuras en la infancia y, cuando dos primos ríen juntos como ellos, ríen a carcajadas de la nada, se forma un vínculo inquebrantable, le dijo a Wanda. En nada pesaban los años de separación, en nada la distancia para diluir una amistad así. El vaivén de cartas lo demostraba. Los recibiría bien, le aseguró antes de llegar.

Pero quizá ya no estaba tan seguro, pues les pidió que no bajaran de la carreta hasta que hubiera hablado con él. Llegaron sin previo aviso y, en las granjas del lado oeste del Óder, parecían no haberse enterado de la voltereta que había dado la guerra en el este o parecían no comprender las consecuencias que ésta tendría en sus vidas.

Wanda y Hartwig miraban ahora desde el otro lado del espectro: habían pasado dos años de paz en la guerra y luego otros tres de relativa paz y, si eran honestos, debían admitir que la guerra no les había sido tan molesta hasta que les tocó de manera intempestiva a su puerta principal. Estaban enterados de la escasez de alimentos en el país, y se preocupaban, claro, pero muy adentro se decían que mientras no suceda aquí, mientras no nos falte a nosotros, todo está bien; mientras no nos lluevan balas o bombas, nosotros estamos tranquilos. Pobres de los otros, pero nosotros, tranquilos. Ahora notaban que la inversa era molesta, que dolía: ¿cómo podían cegarse sus hermanos alemanes al claro e intenso sufrimiento prusiano? ¿Cómo era posible que no comprendieran que el destino de uno era el destino de todos? Pero luego se preguntaba también: ¿de dónde somos ya, si también nos alivia estar acá, no estar donde estábamos, haber salido a tiempo, no sufrir lo que sufren los que se quedaron, no pasar por los horrores que otros les contaban haber visto o que a su vez les habían contado sobre las atrocidades del ejército invasor?

Los dueños de las granjas en las que habían intentado hospedarse en sus días de viaje de ese lado del Óder no veían con buenos ojos ni amabilidad la invasión de un ejército de desarrapados desterrados, aves de mal agüero que a su paso anunciaban el fin del mundo —¡ya vienen los rusos!—. Sus granjas continuaban en actividad; sus graneros y establos llenos de granos o animales: no había lugar

ahí para seres humanos que habían desobedecido las órdenes del *Führer*, ésas de no ceder territorio, al acobardarse ante el peligro de unas cuantas balas. Les llamaban *Piefke* en su propia patria, se burlaban de su acento al hablar, algunos fingían que no comprendían su dialecto.

Les habían permitido comprar un poco de leche y queso a su paso, pero no lo suficiente para resurtir sus mermadas provisiones.

—No importa —le dijo Hartwig—. Ya vamos a llegar.

—¿A dónde?

—A la granja de Wilhelm. Ahí nos quedaremos hasta que decidamos qué hacer.

Entre tanto, dos días habían tenido que acampar a la intemperie bajo el amparo de las frondas de árboles como techo, pues no habían encontrado puertas abiertas. Llegaron a la granja del primo Wilhelm desterrados, desarraigados, desamparados, desilusionados: el *Vaterland* no estaba dispuesto a recibir a sus hijos prusianos como iguales.

Al entrar, notaron que la del primo era una granja de tamaño modesto, pero que seguía trabajando con normalidad, como se hacía en la suya a finales del invierno para tener todo listo para la siembra de primavera. Tenían *Zilvilarbeiter* polacos sin supervisión constante de los militares, pues ¿a dónde podrían huir éstos si estaban tan lejos de su tierra?

Wilhelm batalló para reconocer a Hartwig. No sólo eran los años de separación los que le habían cambiado las facciones juveniles. Era en especial el mes expuesto al aire helado y con raciones limitadas las que lo habían transformado: además de desaliñado y desaseado, estaba muy delgado, pero donde más se le notaba era en la cara. Ahora se le habían sumido los ojos, pues se habían resaltado sus pómulos. El crecimiento de un mes de barba y del pelo no ayudaba, tampoco, y tenía la piel curtida y desquebrajada. Pero él se identificó y el primo, después de las primeras palabras dubitativas, lo envolvió en un abrazo.

—¡Primo Hartwig! ¿A qué se debe esta agradable sorpresa?

Hartwig le dijo. Entonces la sorpresa no había sido tan agradable. Son muchos ustedes. No era por él, le dijo. Había que consultar con su mujer que ese día estaba en Berlín visitando a sus hijos gemelos de dieciséis años, los cuales por años habían participado en el *Jungvolk*, y ahora era miembros distinguidos

del *Hitlerjugend*.

—Por favor permítenos entrar al calor. Tenemos nuestra propia comida...

—Ah. Entonces pasen un rato. Pero dile a los niños que no ensucien nada. Ya no tenemos niños en casa y Berengaria es muy quisquillosa.

—Gracias. Wanda también, te lo aseguro. ¿Podemos guardar los caballos?

Les indicó el establo. Ya dentro, bajaron todos de la carreta. Los hombres atendieron a los caballos y las mujeres a los niños y los alimentos. Wanda miró a sus hijos con ojo crítico. Trató de arreglarles el pelo, lavarles la cara con un pañuelo mojado, pero fue tarea imposible. Hizo lo mismo consigo. ¿Qué impresión darían? Parecían exploradores gitanos del viejo oeste que huían de los Apaches. Parecían indigentes. Parecían lo que eran ahora, comprendió. Eran indigentes que mendigaban un techo.

—Niños, sean amables. A todo: por favor y gracias. ¿Entendido?

Eran lecciones de siempre, pero un mes en carreta podían haberlas borrado. ¿Por qué no?, si un mes en carreta ya les había borrado hasta la sonrisa.

—Sonrían.

Hartwig le ordenó al Káiser permanecer cerca de la carreta.

Cuando tocaron a la puerta de la casa, el primo abrió con una sonrisa que se desapareció al ver el grupo, o al ver al gigante polaco que los acompañaba, o al niño que intentaba sonreírle con su boca incompleta.

Wanda estuvo a punto de dar la media vuelta. ¿Cómo se atrevía a juzgarlos?

—¿Ése quién es? —preguntó Wilhelm apuntando al muchacho.

—Es Janusz —contestó Ilse, dispuesta.

Pero Wilhelm no la miraba a ella para obtener respuesta.

—Es nuestro *Zivilarbeiter*. Un buen muchacho que...

—Él no puede pasar.

—Pero...

—Puede quedarse en el establo con los caballos. Y no quiero que hable con los míos. No quiero que les dé ideas.

—Janusz...

Hartwig iba a interceder por él, pero Janusz lo interrumpió.

—Está bien, *Herr Hahlbrock*. Espero allá.

—Comemos todos juntos o...

—¡Ilse! *Still sein!*

Wanda interrumpió a Ilse antes de que completara la frase que su padre había usado y que había resultado tan efectiva con su abuela. Ahí no funcionaría esa estrategia.

Las sonrisas se habían borrado de todas las caras. Hartwig la miró. Wanda comprendió. No tenían opción. Nadie tenía fuerza para un kilómetro más de helada andanza, de hambre. Se detendrían ahí, y luego decidirían qué hacer. Janusz se fue al establo con su ración de queso y jamón.

Comieron. Se lavaron un poco. Lavaron el baño y la cocina para no dejar rastro alguno que pudiera molestar a la dueña.

Haría lo que fuera para convencer a la mujer de Wilhelm de dejarlos quedarse, pensó Wanda. No le importaba el orgullo, comprendió ahí sentada en un mullido sillón, mientras acariciaba el pelo de Edeline, quien dormía apacible en sus brazos. El orgullo, al igual que una vajilla querida o un espejo heredado, también era algo que deja de ser necesario cuando se lucha por la vida. Tan solo pensar que se les rechazaría el hospedaje, en que ese mismo día tendrían que regresar a la carreta, le provocaba ganas de llorar.

Cuando Berengaria llegó esa tarde, encontró su sala tomada por extraños un poco más acicalados que como habían emergido de la carreta.

—*Was ist los?* —preguntó, severa.

Todos guardaron silencio, expectantes, mientras Wilhelm le explicaba que es mi querido primo, que son *Flüchtlinge*. Le contó sin detalle sobre el mes de privaciones en el viaje invernal, con escasas provisiones y perseguidos siempre de cerca por los rusos.

—*Flüchtlinge*... —había desprecio en su voz—. Las calles de Berlín están invadidas por refugiados. Vagos, será. Yo no veo ningún ruso por ningún lado —dijo ella.

—Berengaria... no tienen a donde ir.

Wanda miró a su marido, quien había considerado que sí tenía a donde llevar a su familia: con familia, con su primo, que seguro les daría refugio mientras lograban ponerse de pie, mientras continuaban su camino a Hannover en busca de más familia, tal vez.

—Podemos trabajar —dijo él.

¿Había en su tono un ruego? Tal vez Hartwig había pensado igual que ella: el orgullo ni alimentaba y ni calentaba.

—No. Usted no puede trabajar aquí —dijo la mujer.

Se hizo un silencio sorprendido, espeso. Hartwig estaba a punto de defender su capacidad laboral, pero la mujer continuó.

—Sólo los granjeros se quedan en su granja. Los demás hombres deben reportarse al *Wehrmacht*. Como hicieron mis hijos hoy.

¿Cuántos reclamos velados había en esa oración? ¿Cuánta acusación? Berengaria no sabía por todo lo que habían pasado y no le importaba. Wanda trató de atrapar la mirada de Hartwig y leer en ella una promesa: por supuesto que no me reportaré al *Wehrmacht*. Pero él no la miró.

La pareja los dejó a todos ahí, pasmados, mientras se fueron a discutir a otra parte de la casa. Podían oír las voces alzadas, pero no distinguían las palabras. ¿Quién ganaría? ¿La lealtad familiar o el fervoroso engaño nazi?

Llegaron a un compromiso. Había una antigua cabaña de caza en el bosque que bordeaba la granja. Tenía décadas sin usarse, al menos dos, pero creían que el techo se mantenía firme y le habían reparado las ventanas hacía cinco años. Era muy pequeña, pero era lo único que les podían ofrecer. La única condición era que, en dos semanas, cuando tocara visita de los inspectores y recolectores, los dos hombres ya tendrían que haberse reportado al *Wehrmacht*.

—No queremos que nos acusen de socorrer desertores.

¿Desertores? ¿De qué hablaba esa mujer?

—Instálense antes de que anochezca —dijo la mujer.

Al despedirse, Wilhelm les ofreció paja para sus caballos. Y una mirada llena de disculpas.

47. LUZ

La cabaña le recordó a la de su infancia.

Casi podría jurar que, de llamar al espíritu de su madre, éste emergería tan blanco como la nieve de entre los árboles vivos. Eran diferentes los árboles que rodeaban aquélla, pero por igual, esa cabaña daba la impresión de existir fuera del tiempo y la realidad del mundo.

Al mirar la cabaña escondida, casi llegó a creer, gracias a los últimos vestigios de niñez que le quedaban, que podrían quedarse ahí y nunca ser encontrados por la guerra o por rusos o por alemanes. La escasa luz que le quedaba al día y la neblina que la escondía de ojos lejanos, le prestaban alguna cualidad mágica. Pero esa sensación sólo duró un instante. Si la cabaña fuera mágica, les daría la bienvenida con un fuego que entibiaba su interior. Dejaría las hojas del bosque caer, pero nunca acumularse y podrirse en su portal. Erradicaría por ellos esa oscuridad interior que se le había acumulado por años de abandono.

Se enfureció, no con la cabaña por no ser más que ordinaria. Se enfureció consigo: la magia en la que tanto creyó de niño se negaba a morir dentro de él, suponía. Ésta emergió de ese lugar a donde la había exiliado de manera reciente a propósito por cansancio y por ver con claridad por vez primera. La magia no existía, nunca existió, ni siquiera cuando creyó en ella guiado por los cuentos de su madre, la cual con todo propósito se había convertido en fantasma para abandonarlo a su suerte. Suponía que ella también había dejado de creer. El fantasma de su madre rondaba —si acaso rondaba— un bosque diferente, un bosque al cual siempre llamó hogar y donde sólo conoció la soledad. Y aquella cabaña no era más que una ordinaria, donde un niño no había podido soportar su soledad.

—¿Janusz? ¿Estás bien?

Habían llegado y había que bajarse, no quedarse inerte y enajenado.

—Sí. Sigo adormilado, supongo.

Janusz erradicó la idea de la magia de nuevo a la oscuridad, disgustado consigo por haber dejado que sus elucubraciones infantiles lo invadieran de nuevo.

En esa cabaña descansarían, no tenía duda, pero no por gracia de ningún poder extraordinario. Proporcionaría paredes que parecían sólidas. Les daría

techo. Era todo. Después del mes que habían pasado, no hacía falta más. Pero esa cabaña oscura no los protegería indefinidamente de lo que estaba por venir.

Los lobos de toda especie acechaban, y nunca, ni por un instante debía creer que se los habían quitado de la espalda, ni que existía magia en el mundo que fuera capaz de protegerlos de su vista. No sabía cuándo, pero tendrían que huir. Esperaba que su patrón lo comprendiera también.

Janusz descargó la poca leña que tenían. Había que encender un fuego en una cabaña que no la encendía por sí sola para sus visitantes. Ya con calor y luz interior, podrían hacer lo que fuera necesario. Descansar. Se preguntó si el frío acumulado por los años de abandono sería tan fácil de erradicar como la oscuridad asentada. Se requeriría de mucha leña para eso.

Lo primero que hicieron fue revisar y limpiar el tiro de la chimenea. Algún pájaro había creído antaño que ése era buen lugar para su nido, el cual encontraron ocupado por una araña y sus presas. Garantizado el calor sin humareda, Janusz fue a revisar los anexos de la cabaña: un baño de pozo plagado de insectos, pero firme, y un pequeño establo que estaba a punto de vencerse por el tiempo: inclinado, endeble.

—*Herr* Hahlbrock: el establo no es seguro para los caballos. ¿Los llevo al de su primo?

Hahlbrock suspiró. Pareció resignarse a una idea.

—No. Yo voy. Pero para mañana tiene que quedar listo. Lo menos que tengamos que acudir a mi primo, mejor. Vamos, Franz, llevaremos los caballos a la granja —le dijo a su cuñado que ya descargaba su carreta.

Janusz llevó el hacha al bosque. Cortó leña suficiente para la noche completa. Cuando entró a la cabaña a depositarla, ya *Frau* Hahlbrock organizaba todo: las mujeres dormirían en las recámaras con los niños. Los hombres dormirían en la pequeña sala y la cocina.

Irmgard e Ilse, contentas de que esa noche dormirían en cama o suelo estático, ayudaron a su madre a entretener a los chiquillos mientras las mujeres hacían lo posible por limpiar el polvo y los rastros que los roedores habían dejado con libertad y por doquier. Káiser las seguía, olfateaba todo, deseoso de tener suerte de encontrar un ratón despistado por tanta actividad. Helmut, erguido, trastabillante, lo seguía a él a su vez. Janusz se sorprendió. ¿En qué momento había aprendido a caminar el bebé? No se había dado cuenta antes. A

veces caía de sentón, pero ahí iba, atraído por la esponjosa cola que quería jalar, por lo que el perro, que parecía experto en ello, lo esquivaba, le daba coletazos, lo empujaba con la cadera. Y el bebé caía, reía y volvía a intentar. Era un juego conocido por ambos y que él, por dormir de día, se había perdido. Era como si, por dormir de día, hubieran vivido en tiempos paralelos, en realidades distintas.

Y en la realidad que él había vivido en ese viaje, no había habido mucha oportunidad para las risas.

Al día siguiente despertó sorprendido de haber dormido doce horas seguidas. Cuando salió, el bosque desconocido le dio la bienvenida como si lo reconociera como una más de sus criaturas. La nieve nueva crujía bajo sus pies y brillaba con los primeros rayos del sol que se filtraban por las altas copas de los árboles.

No era lo mismo vivir de día que de noche. De noche no sería posible oír el aire hacer danzar las hojas vivas o muertas sin imaginar que se trataba de un enemigo al acecho. Estar en vela de noche y cerrar los ojos de día por pocas horas, había significado saber que la vida sucedía en otra parte, vivir sin descanso del miedo, ser perseguido a lo largo de distancias infinitas por pesadillas vivas. Mantenerse en vela cuando el resto del mundo dormía, daba el tiempo infinito para mirar a la nada, sin distracción alguna de los pocos metros blancos e indefinidos del camino que alcanzaban sus ojos y, por lo tanto, para caer de manera inevitable a la profundidad de un trance donde esperaban, para asediarlo, las recién descubiertas miradas perdidas de todos los judíos del mundo y quizás las de todos los polacos, menos la de uno.

La de él.

En las horas de la noche, en la fatiga infinita que ya cargaba en sus hombros, llegaba a ocurrírsele que él era el único polaco que faltaba en esa colección mortuoria. Y luego se imaginaba los reclamos de sus hermanos: ¡polaco! ¿Por qué vas hombro con hombro con el germano? ¡Polaco! ¿Por qué nunca hiciste nada por huir? ¿Por luchar contra ellos? ¿Por morir con orgullo en vez de vivir engañado como niño? ¡Ven! ¿Por qué no te unes a nuestros números? ¿Por qué no mueres con nosotros?

Esa pregunta era la que rompía el terrible ensueño en el que se sumía. No buscó la muerte al aferrarse a la vida en solitario cuando aún niño, cuando corrió de las voces rusas que un día habían invadido su tierra, cuando aceptó con docilidad su nueva circunstancia como *Zivilarbeiter*. ¿Debería desear morir con

los otros de mi sangre? No. Se negaba a aceptarlo.

Por vivir en paz, se negó a comprender lo que eso significaba en realidad: trabajo forzoso, esclavitud. ¿Por qué no se fue cuando se fueron Radosz y los otros? ¿Por qué no pendía muerto, pero orgulloso de un árbol, como Tadeusz, o perforado por una bala como Józef? Porque quería vivir. Porque quería vivir a pesar de su madre, de rusos, de alemanes y de polacos. Pero también quería tolerar su vida. Y para eso y bajo las circunstancias de la guerra, había que engañarse un poco, dejarse caer víctima de un encantamiento propio. Quería vivir y, cuando había vivido de día y en una remota esquina del mundo, había sido fácil el hechizo. En cambio, en las horas desoladas de la noche, se disolvía toda magia y lo penetraban con reclamos las miles de miradas perdidas de aquella noche que nunca podría olvidar.

Por eso era que todos los ojos del mundo preferían cerrarse de noche: para no ver lo que no estaba ahí, para no ver figuras imaginarias salir de sombras más oscuras que la misma penumbra. Para tener fuerza para tolerar la vida.

De día se andaba, se trabajaba, y la imaginación se limitaba a la esperanza, si bien así lo decidía el portador. Si lo lograba. De día, como ese día en medio del bosque cada vez más iluminado, después de una buena noche de sueño, se tenía acceso a los buenos recuerdos de años. Con luz, Janusz sabía que no era el único polaco que quedaba en el mundo: que quedaba al menos Jadwiga, y esa certeza lo consoló. Con el brillo del sol se podían olvidar las miradas duras, los rechazos, el menosprecio, para mejor recordar que en ese viaje muchas veces fue la voz amable de Hahlbrock al decirle Janusz, pásame las riendas para que descanses la que lo sacó del pozo de miedos infinitos y la que le indicaba no estás solo, Janusz.

Por el duro golpe con la realidad de aquella noche en las afueras de Thorn, noche tras noche se había dejado llevar por el rencor contra patrón y contra todos como él. No había tenido en sí compasión suficiente cuando habían huido de esa masa de miseria afuera de Thorn, pero ahora, de luz y con más calma, la tenía para reconocer el horror y la contrición que se habían instalado desde entonces en cada mirada que le dirigía su patrón.

Había tomado tiempo, pero por fin, noches después de aquel encuentro, Hahlbrock y él habían vuelto a ser capaces de hablarse, aunque sólo en la oscuridad, cuando no se sentían forzados a desviar la vista uno del otro. Iban

juntos en ese viaje. Ambos habían querido vivir y tolerar la vida como les había tocado. Por lo tanto, se habían cegado, habían construido su ilusión óptica ayudados por ese pequeño mundillo en una granja alejada de todo, en la cual, de manera cómoda, se habían enclaustrado. Ambos por voluntad propia. Inclusive él, que casi no iba al pueblo, porque dolía. Que había decidido quedarse cuando Hahlbrock le dio la opción de vivir entre los suyos. Qué fácil no enterarse de nada cuando no se desea: ni de la crueldad del Gobierno ni del verdadero sufrimiento ajeno. O propio. Habían participado ambos en el engaño. Y el desengaño dolía. Pero ese dolor era uno del cual se podría recuperar.

Adentro de la cabaña empezaban los ruidos mañaneros: Helmut y Crystl lloraban, sus madres los atendían, los niños mayores se desperezaban.

—¡Janusz! —Ilse lo llamaba desde el portal—. ¡Jaaaaa! ¡Nuuuusuz!

Así lo había llamado Ilse desde siempre. Desde que con el primer llamado acabó con su soledad. Janusz sonrió, y se sorprendió. Hacía mucho tiempo que no lo hacía. Le dolió la cara, pero no sabía si era al desquebrajarse su endurecida piel por el aire frío o porque la movía en esa dirección por primera vez en mucho tiempo.

Se tornó hacia el sonido de la voz querida. Rota la concha mágica que los había protegido, había mucho qué enfrentar: todo era nuevo en un mundo que ni Hahlbrock ni él, ermitaños de una granja remota, reconocían. ¿Había en el mundo más gente como ellos? ¿Había gente que se había decidido como ellos por la ilusión óptica? Quería creer que sí. Quería creer que pronto verían claro también.

Ahora que él veía claro, sabía que ya nunca podría olvidar que el pueblo germano había esclavizado al suyo. Pero un día como ése, que a pesar de las bajas temperaturas dejaba que el sol se asomara, y una niña como ésa, que inocente a todo siempre lo había querido, podían hacerle recordar que si bien había maldad, también había bondad, y que ésta lograba, aunque fuera con rayos tenues, brillar en la oscuridad para quien deseara verla.

Janusz salió de la sombra de los árboles. La cara de Ilse se iluminó al verlo.

—Dice mi papá que te ayude a buscar leña para el fuego.

Había mucho que comprender, sí, pero, por su parte, también agradecer: a pesar de las circunstancias, en esos años, la familia Hahlbrock —Ilse— le había ayudado a olvidar su soledad. Eso jamás lo olvidaría.

Ya había suficiente luz en el bosque para buscar ramas caídas y de ellas hacer luz y calor en esa cabaña ordinaria que no sería hogar, pero que sería guarida.

—¿Estás bien abrigada?

48. LAS PALABRAS SE GASTAN

A Wanda ya se le había acabado el repertorio de palabras. Las había usado todas. No servían de nada.

Tic toc tic toc... Se le acababa el tiempo. Tic toc tic toc... cada siete segundos muere un alemán en la guerra. Había sido su cuñado. Ahora podría ser su marido, el padre de sus hijos.

—No vayas. No te registres.

Tenían casi dos semanas discutiéndolo. Dos semanas, hacinados en una rústica cabaña que, después del viaje que acababan de hacer, a todos les parecía gloriosa. El descanso les había venido muy bien: a Freddy se le había detenido el catarro, a todos les había regresado el color a las mejillas y la piel cuarteada de Janusz y Hartwig casi había regresado a la normalidad, aunque, a un lado de la nariz, a su marido se le había establecido una mancha negra de congelación que nunca se borraría. Ese pedazo de piel muerta le quedaría para siempre como recuerdo de su heroísmo, pensaba Wanda, y se los decía a sus hijos: su padre es un héroe y ésa es su marca. Todos lo apreciaban y lo daban por cierto, menos Hartwig, al que al parecer no le bastaba ser declarado héroe por su familia. Ahora se daba por aludido a un llamado y se proponía pelear por la patria.

Ya tenían un mes y medio perdidos del Gobierno. ¿Qué sucedería si se perdieran otro mes o dos o tres? ¿O hasta que se acabara la guerra? ¿Qué daño ocasionaría? ¿Acaso los vencerían los enemigos sólo porque un granjero hacía uso de la razón, le hacía caso a su mujer y fallaba a inscribirse en la lista de elegibles?

En ese mes y medio también se habían perdido de noticias. Tenían ese tiempo de no escuchar ni la radio nacional ni la prohibida inglesa, y la información que les daban los primos les parecía más nacida del fervor que surgida de la verdad. Pero toda evidencia señalaba que el fin no tardaría en llegar. Wanda no sabía que más se necesitaba para declarar una rendición y declarar la voluntad de regresar a la paz para que no tuviera que morir ni un soldado más, o una madre, o un hijo.

Ya para qué vas, Hartwig. Apenas llegarás y te mandarán de regreso, le decía Wanda, con la esperanza de que imperara la sensatez. Pero el granjero en cuestión no hacía uso de la razón y tampoco le daba la razón a su mujer.

—Wanda. No tengo opción. Ni Franz ni yo la tenemos. Ya oíste el ultimátum

de Berengaria. ¿Qué crees que sucederá si vienen los supervisores y nos encuentran aquí, sin oficio? Ya tenemos cerca de dos meses de haber dejado las granjas. Nos acusarán de deserción.

—Nos esconderemos. Nos internaremos en el bosque. Viajaremos como gitanos.

—Wanda, a todos los gitanos los encontraron. Y soy hombre. Soy alemán. No puedo rehuir a mis obligaciones como un cobarde.

Lo habían hablado también: los reclamos silenciosos de las mujeres del camino helado, las habladorías en los graneros y establos. ¿Qué derecho tenía esa mujer —Wanda— de tener a su hombre con ella? ¿Cómo era posible que los maridos y hermanos de todas pelearan o hubieran muerto en la guerra y miren: ahí uno joven, entero, saludable? Cobarde. Me miraban y me acusaban de cobarde, le decía Hartwig.

Ahí el meollo. Wanda tenía años de decirle: Hartwig, tú no vas a la guerra porque eres más necesario en la granja. Pero se había ido Josef su hermano, se habían ido los amigos de la infancia a ser guerreros. De su vida de hombre joven entre hombres jóvenes no quedaba nada. Sólo él y Franz. Solos. Solos porque todos los demás habían atendido el llamado bélico de años antes, y ellos, sólo el agrícola. Mientras que Franz no tenía problema con ese sencillo destino, a Hartwig, a pesar de su vocación agrícola, siempre le había molestado serlo. Sólo por la guerra.

—Podrías esconderte en el bosque mientras... —dijo Wanda, pero sabía que perdía la batalla.

—¿Y qué crees que hará Berengaria? ¿Dejarme invernar en su propiedad mientras sus hijos —¡de dieciséis años!— entrenan ya para unirse al *Volkssturm*? ¿O tal vez para unirse a los Werwolf, si hay que creerle a esa mujer?

Era cierto que Berengaria no sabía hablar de otra cosa que de sus hijos y del *Reich*. Cuando los invitaban a visitarlos presumía que gracias a hombres como sus hijos la grandeza de Alemania perduraría ante toda adversidad y que, tan valiosos eran, que los habían invitado a unirse a una rama secreta del ejército. Tan secreta, que pocos sabían de su existencia. Tan selecta, que habían escogido a sus miembros para sobrevivir la guerra y continuarla, a pesar de perderla.

Los habían invitado en dos ocasiones a tomar un remedo de amargo café.

—Pero sólo ustedes dos —les dijo Wilhelm en ambas—. Ya no tenemos

niños en casa, y Berengaria tiene poca paciencia. ¿Pueden dejar a sus hijos con la abuela, verdad?

Sí podían. Y con Franz y Erna también podían dejarlos, pues los Bendzius tampoco eran parte de la invitación. No era que Wanda quisiera ir a escuchar a la prima Berengaria hablar sin fin sobre sus hijos, ver cómo la mujer era gozosa madre de unos niños que estaban a punto de convertirse, por amor al *Führer* y al *Vaterland*, en hombres lobo. Iba porque tenía que hacerlo y se había contenido antes de decirle: si es tan secreta esa rama del Gobierno, ¿por qué estás enterada tú y por qué nos cuentas?

Debían soportar al primo timorato y a su dominante mujer. Eran sus anfitriones. Les debían dos semanas de acogedora estancia, pero ésta tenía pronta fecha de caducidad. Wanda podía imaginar a Berengaria contando los días del plazo que les había dado. Entonces, de reacia anfitriona pasaría a ser ávida delatora. En eso, Hartwig tenía razón.

Un día antes había ido Hartwig a visitar a su primo sin invitación, sin avisar a Wanda de su intención.

—Ayer le dije que Franz y yo nos vamos mañana a Berlín. Al registro. Le pedí que les permitiera a ustedes quedarse en la cabaña.

Wanda quiso gritarle sensateces, aunque sabía que éstas nunca son escuchadas cuando se violentan. Mejor se abstuvo. Entonces le dijo por vez infinita las palabras más gastadas, las más inútiles ante la tozudez de su marido: no vayas.

—Hazlo por los niños, si no quieres hacerlo por mí. Tres de ellos no existirían si te hubieras ido a la guerra desde el principio. Tal vez ninguno viviría hoy si no hubieras estado...

Hartwig la interrumpió. Wanda sospechó que no deseaba escuchar sus temores: que temía por él, pero también temía por los hijos.

—Es por ustedes. Si de Prusia Oriental para acá no me arrestó la militar, se debió sólo a la confusión de viajar entre tal marabunta. Quizá también a la falta de voluntad de los soldados de detenerse por insignificancias como yo, con los rusos pisándoles los talones. Pero los rusos se detuvieron, al parecer. Por lo pronto. Pero están a sesenta kilómetros de aquí. Vienen ellos o los ingleses y los americanos por el otro frente. Si no lo hicieron con Königsberg, podemos estar seguros de que lo harán con Berlín. Aquí el *Wehrmacht* hará acopio de todos sus

recursos sin escatimar, ni perdonar.

—Pero tus hijos...

—No les importan, Wanda. Tengo que ir, porque, si nos sorprenden en el camino, ahí mismo me bajarán de la carreta y me colgarán del árbol más cercano, como a tantos que vimos en el camino como advertencia. Y tú y los niños verán eso. Y entonces se quedarán sin un plan, sin nadie que los proteja.

—Ah. ¿Y si tú te vas sí tenemos un plan?

Si no hubiera sido por él, ella sería como todas esas mujeres que habían dejado hijos muertos en el camino. Pero él insistió. Sí, había un plan. En la cabaña se estaba bien después de la limpieza y algunos arreglos, en especial a los anexos. Se quedarían ahí con el permiso de Wilhelm, quien, a su vez, no le pediría el suyo a Berengaria. Sólo le avisaría, confesó. Cuando se fueran, cuando regresaran los ciervos a esos bosques tras la guerra, Wilhelm podría volver a rentar la cabaña para cazadores de ciudad gracias a las mejoras que habían implementado durante su visita. Con esa posibilidad en mente, Berengaria no se podría negar.

Ya no les quedaba nada de las provisiones originales, pero tenían muchos cupones de racionamiento y algo de dinero: en la villa cercana se podían conseguir algunas cosas, a Wilhelm le podrían comprar otras. Tampoco había que decirle nada a la prima. Irmgard, Erna y Wanda ayudarían en la granja preparando jamones o haciendo quesos. Les pagarían poco o en especie. Eso aplacaría cualquier objeción de Berengaria. Ilse y la abuela cuidarían a Freddy, Edeline, Helmut y Crystl. Ilse le ayudaría a Janusz con los animales y la leña.

¿Y Janusz no deberá trabajar en la granja? Él no. Wanda comprendió, pues desde el primer día le había dejado en claro a todos que el muchacho tendría que quedarse cerca de la cabaña. No salir del bosque. No debía ser visto ni por Berengaria ni por los demás trabajadores. Menos por los militares que visitaban la granja como recolectores. Hartwig ya había hablado con Janusz sobre el asunto.

—¿Por qué? —había preguntado Wanda aquella vez, sorprendida.

—Porque se lo llevarían.

—¡No pueden hacer eso! Janusz ha estado con nosotros desde que era poco más que un niño.

—Janusz es propiedad del *Reich*, no de los Hahlbrock. El día que partimos

con él de la granja, nos lo robamos.

—Pero él aceptó venir —dijo ella, pero ya débil, a sabiendas de que no era un argumento válido.

—Ni siquiera se pertenece a sí. La voluntad de Janusz es importante para nosotros, pero para nadie más. Sólo lo vio Wilhelm al llegar y ya viste lo que sucedió —le dijo, casi delatando su gran decepción por su primo—. ¿Qué crees que hará Berengaria si sabe que está aquí? Se lo van a llevar y eso no le conviene a nadie, pero menos le conviene a él. Tal vez se lo lleven a un campo como el que encontramos en las afueras de Thorn.

Hartwig le había contado lo que habían visto ahí. El horror. Si perdemos esta guerra (le dijo, como si no lo creyera ya un hecho consumado), tendremos que pagarla en el infierno. Y ése era otro de los argumentos en el arsenal de Hartwig: debo pelear para darle más oportunidad al *Vaterland*, o nuestros hijos y tú pagarán con creces nuestra deuda. Así llamaba Hartwig al desprecio, la crueldad y la violencia que había atestiguado una noche. Deuda. Parecía fácil la palabra, pero lo condensaba todo y auguraba mal futuro.

—Tú lo viste muy claro, Wanda, éramos granjeros, pero nos convirtieron en carceleros. Y los dejamos. Yo lo permití.

Lo permitió él, pero luego ella también. Cierto que ella se había declarado en contra en un principio, pero no había dicho nada más allá de los confines de su recámara por miedo a represalias. Había callado ella. Habían callado todos. Qué incómodo al principio y luego qué fácil había sido acostumbrarse al hecho de tener trabajadores polacos en la granja y vivir resguardados por guardias del ejército. Qué conveniente no pasar hambre y no perder al marido granjero por la guerra. Qué cariño le habían tomado a Jadwiga y a Janusz. Qué fácil habían hecho los dos jóvenes olvidar que estaban con la familia, no como amigos queridos, sino como esclavos.

En el juicio que vendría, no había cómo declararse inocente. ¿Cómo pagarían?

—No vayas, Hartwig, no te...

—Mira, Wanda, como bien dices, la guerra ya va a terminar. No creo que ni siquiera llegue al verano. Estoy seguro de que me mandarán y me regresarán de inmediato.

En esa guerra de argumentos que habían lidiado entre ellos en las pasadas

dos semanas, Hartwig la desarmó de manera absoluta con palabras que ella misma había enunciado y que le habían parecido tan sensatas en su momento. Vistas desde el punto de vista de él, dejaban de ser razonables. Pero en las guerras, pensó Wanda, hasta los hombres más prudentes se ensordecen ante la sensatez de sus mujeres.

—Y entonces los buscaré primero aquí o en Hannover o donde sea. Estaré bien. Y ustedes también. No te preocupes.

No te preocupes. Palabras fáciles. Quizá las más gastadas de toda la guerra. Quizá las más gastadas de todas las guerras de toda la historia de todos los países. De toda la humanidad. ¿Cuántos hombres habían dicho lo mismo a sus mujeres antes de partir para nunca volver? ¿Cuántas mujeres habían callado como ella después de escucharlas?

Mientras lo acompañaba a empacar su pequeña bolsa de ropa, mientras insistía en que debía llevar su edredón de pluma y él aseguraba que de seguro le darían lo necesario, Wanda comprendió que ella era sólo un eslabón más en una cadena continua de mujeres hermanadas a través del tiempo y de todas las lenguas por las mismas palabras.

Mujer, no te preocupes.

49. TRES DÍAS DE SILENCIO

Ilse habló sólo lo necesario en tres días. Sólo lo necesario con Janusz, mientras lo ayudaba con la leña. Sólo lo necesario con Helmut, Crystl, Edeline y Freddy, al darles órdenes o intentar consolarles el hambre. Siempre sentían un hueco en el estómago y ella no tenía más comida que darles ni más palabras para consolarlos ni juegos para distraerlos. Los pequeños llenaron el hueco con su inconformidad expresada a gritos y llantos, y su abuela con Ilse: ya cállalos. Con ella habló sólo cuando fue imperativo hacerlo porque no había cómo negarle ni un sí ni un no, abuela.

Pero llegada la tarde y de regreso su madre junto con su tía y su hermana, que trabajaban en la granja con la odiosa Berengaria, entregaba sus responsabilidades bien cumplidas a su madre, y callaba. Pintaba o escribía en su pizarra. Leía el cuento que había traído, aunque ya lo supiera de memoria al derecho y al revés.

El silencio le pesó más a ella que a nadie más. No era que no les reclamara a su madre y a las otras mujeres que se fueran y la dejaran con su abuela. Había algo de eso en su silencio, claro, pero su silencio era más grande. Su silencio era su grito. Su silencio era su padre ausente. Su padre que le dijo: Ilse, debo irme, ayuda a tu madre, ayuda a Janusz con los caballos y con el Káiser, cuida a tus hermanos, cuídate mucho, querida hija. Su silencio era su tristeza.

Él no había querido escucharla.

—*Papa*, no quiero ayudar a Janusz con los animales. Me dan miedo. Te tienes que quedar. Me da miedo que te vayas.

—Ilse, es una orden. Además de Janusz, tú eres la encargada. Él te va a enseñar. Ya le dije.

—Pero...

—Pero nada —dijo severo—. Y escúchame: no debes dejar que el miedo te gane. ¿Entiendes? Eres mi niña valiente. Los valientes ganan.

—Pero te van a matar como a los papás de todos los niños de la escuela, como a tío Josef.

—Claro que no. ¿No te he dicho que los valientes ganan? —dijo con una sonrisa que años después Ilse reconocería y recordaría como forzada—. O al menos lo intentan.

Lo que dijo al último, Ilse no lo registró, porque ese intento de su padre por

no faltar a la verdad absoluta fue apenas audible, y porque ella ya se había prendado de lo que tomó como una garantía de su padre: los valientes ganan. Y su padre era un valiente.

Verlo partir con el tío Franz fue muy duro. Freddy y Edeline lloraban, pues ya comprendían, y los bebés lloraron por contagio o por solidaridad: sabían que algo grande sucedía. Irmgard abrazó a su padre, pero él dijo algunas palabras secretas a su oído que le infundieron fuerza. Ilse envidió esas palabras, las quiso para ella. En ese momento quería todo lo de su padre para ella, como cuando era una niña y lo tenía para ella sola en la motocicleta en el camino a la escuela, en los números de las cuentas de la granja, en las pequeñas bromas que eran sólo de los dos. Quería esas palabras para que obraran sobre ella el efecto que había atestiguado en Irmgard: espina derecha, lágrimas erradicadas. También quería la sonrisa que le había regalado a Freddy, las cosquillas que le hizo a Edeline y el abrazo de oso que recibió Helmut.

Ella, que no lloraba, aunque no entendía por qué no, si el cuerpo se le quebraba, se abrazó a su padre al tiempo que le decía de nuevo: no te vayas, no soy valiente.

—Sí lo eres.

—¿Cuándo regresas?

Él no contestó su pregunta.

—Sé valiente. Cuida a todos. Y te encargo al Káiser —le dijo en secreto—.

Ich liebe dich, Tochter.

Y se liberó del abrazo de Ilse, quien quedó contenta de también tener palabras secretas de su padre. Pero luego lo vio despedirse de Janusz, de su madre. Los vio quedarse tan vacíos como ella. Vio a su padre dar una última caricia al lomo de Káiser, que parecía también saber lo que sucedía y gemía angustiado mientras intentaba arrancarse del puño de Janusz, que sujetaba su collar rojo. Vio la mirada recorrerlos a todos, como para memorizarlos; lo vio darse la media vuelta —pero no volver la mirada atrás, no despedirse una vez más— e irse a la guerra.

Las palabras de su padre le sirvieron un instante, pero cuando desapareció de su vista, regresó el enojo. Su idea original sobre la guerra regresó, a pesar de que Ilse ya tenía edad para entender que no eran los padres los que se iban, que era el país el que se los llevaba. Pero ahora entendía lo que sus amigos de la escuela

sintieron al despedirse: se iba su padre como todos los padres tontos de sus compañeros del colegio. Su padre era tan tonto como cualquiera.

Reservó un compartimiento de su enojo para el *Führer*, pero otro mayor lo dedicó a su padre y a su madre: a él por revelarse ante ella de manera repentina como impotente para decirle que no a cualquiera y a su madre por dejarlo ir, y por no abrazarlo al final como merecía, por no darle sus palabras secretas en la última oportunidad. Pero el compartimiento más grande de su furia, y la parte que más la entristecía, la dedicaba a su desmemoria y a su descuido. Por más que intentaba, no recordaba si ella misma había murmurado sus palabras secretas al oído de su padre en esa última oportunidad. Entonces se reclamaba no haberlas gritado cuando su padre les dio la espalda, cuando subió a la carreta que lo llevaría al tren a Berlín.

Quizá, si las hubiera gritado —*Ich liebe dich auch, Vater*— él se iría a la guerra con la certeza de que también era amado. Quizá, si las hubiera gritado, si no se las hubiera guardado, él regresaría pronto. Él sí regresaría, no como los padres tontos de sus amigos o sus primos que se habían dejado matar o desaparecer. No recordaba si se las había dicho en secreto, pero lo que sí sabía era que no las había gritado cuando tuvo oportunidad. Se había guardado las palabras que, luego, en su silencio y más adelante roto éste, repetiría por años como oración: yo también te amo, padre.

Se castigó con su silencio, pero sólo por tres días. El primero en cansarse de la inusual introspección de Ilse, fue el Káiser. Ella se preguntaría para siempre si había sido porque al faltar su presencia y su participación, los pequeños lloraban más y le jalaban la cola más, o porque si el perro entendía que, al faltar su padre, ahora le pertenecía a ella, o que se pertenecían de manera mutua. Tal vez éstas habían sido las palabras que su padre, en secreto, le había dado a él antes de irse.

Al tercer día, mientras leía sin paz, sintió una presencia peluda a su lado. Káiser la miraba. Ilse estaba acostumbrada a esa mirada. Era la misma que usaba el perro cada vez que la fijaba en ella: mirada de te quiero comer, Ilse. Que no, Ilse, son ideas tuyas, siempre le aseguraba su padre, pero Ilse siempre se había figurado que el perro no la descartaba de su menú. No sabía de dónde venían sus ideas ni por qué.

—No me comas, Káiser.

Como respuesta, el perro no cambió la intensidad de su mirada, pero abrió la

boca y dejó caer, a su lado, una piña, que rodó hacia ella. ¿Dónde la había encontrado? Tal vez en una esquina del pequeño establo donde su padre y Janusz habían trabajado con tanto esmero en acondicionar para los caballos y como habitación para él. Ilse la miró. ¿Qué quería el perro?

—¿Quieres que la recoja?

El perro la miraba. Igual. Expectante. ¿Con antojo? Ilse quiso retroceder, pedir auxilio a su madre. Pero su padre le había pedido que fuera valiente, que cuidara de todos. A ella.

—La voy a tomar. Mira —mover su mano con lentitud, con precaución—. No. Me. Muerdas —ordenó.

No la mordió cuando Ilse asió la piña, pero continuó mirándola.

—¿Ahora qué quieres?

Sabía que había perros a los cuales les gusta jugar a la pelota, recogerla cuando se les avienta lejos. Era para lo único que se le ocurría usar la piña, pero si la tiraba, ésta se desharía y esparciría sus hojas de madera por doquier. ¿Se enojaría el Káiser? Su madre, en definitiva, sí. Y a veces le tenía más miedo a su madre que al Káiser, sobre todo cuando ésta salía en defensa de su espacio limpio. Así que no la tiraría. El perro decidió por ella: se recostó a su lado para compartir calor. Ilse, sorprendida, mantuvo alzada su mano llena de piña, sin saber dónde colocarla. Luego se cansó. Con cuidado la dejó caer sobre el lomo del animal. Éste aspiró profundo, se estremeció y luego dejó salir el aire con un soplido.

Nunca lo había tocado sin que le provocara escalofríos, sin sentir encima su muerte inminente. Ahora tenía la mano sobre él, y no sabía si respirar por miedo a alarmarlo. Fue cuidadosa con sus suspiros y sus movimientos, pero el perro estaba decidido a quedarse donde estaba. Entonces Ilse comenzó a mover su mano llena de piña. Y pronto imaginó que la piña hacía las veces de peine, y supuso que el perro también, pues se acomodó para darle más acceso a sus atenciones. Cada pasada de la piña sobre el lomo, lo hacía estremecer, pero él se arrellanaba más. Ilse imaginó que sentía lo que ella cuando Irmgard le provocaba deliciosos cosquilleos en la espalda con la punta de sus dedos, así que continuó, al principio suave, pero luego con más fuerza y más confiada de que el Káiser no la comería mientras ella lo cepillara y sacara de su pelaje las ramas secas que se le habían enredado.

Con el rítmico ir y venir de su mano, se quedó dormida. Al día siguiente despertó sin la rigidez acostumbrada cuando el Káiser se despertó. Su madre — ¿pues quién más si no ella?— la había dejado dormir donde había caído a un lado de la chimenea, pero la había arropado con su edredón y hasta le había acercado su almohada. La cobija de pluma había cubierto al perro también e Ilse creyó que nunca había dormido tan tibia.

El Káiser se levantó y salió del capullo compartido. Ábreme la puerta, le dijo a Ilse con la mirada.

—Voy —se acercó. Pero antes de abrir la puerta, le dijo—: Come bien hoy, Káiser, para que no pases hambre y no tengas antojo de mí, ¿quieres?

El perro salió, y antes de cerrar la puerta, Ilse vio un tenue rayo de sol brillar en su pelaje. Regresó a su cama improvisada y buscó la piña para ponerla en sitio seguro. Su padre se había ido, pero ella hacía sus primeros intentos por obedecer una de sus órdenes: cuida al Káiser. El Káiser nunca había ido de cacería tan acicalado y guapo, gracias a que ella no se había dejado vencer por el miedo. Luchó y ganó y, con esa certeza en mente, durmió un rato más, tranquila.

50. CUENTOS PERDIDOS

—Janusz. Sé que es mucho pedir, pero lo haré de todos modos: quédate con mi familia.

Él sería la única protección que le dejaría a los suyos, le dijo Hahlbrock antes de irse, aunque ahora era un *Zivilarbeiter* sin dueño ni oficio. Si lo descubrían, el ejército lo haría desaparecer sin compunción.

—Así que las mujeres trabajarán, pero tú te quedarás aquí sin dejarte ver y le enseñarás a Ilse a cuidar de los caballos y a cortar leña.

—No es necesario, yo puedo...

Pero sí era necesario, insistió Hahlbrock. No se trataba de poder o no poder. Se trataba de permanecer. Nadie sabía qué sucedería o cuándo. Debían asegurarse de que la familia pudiera valerse por sí misma si se quedaba sola. En ese momento hizo Janusz su promesa: nunca los dejaré solos, *Herr* Hahlbrock. Me quedaré hasta que usted regrese.

Hahlbrock dejó salir una sonrisa carente de verdad, pero llena de duda. Se fue como se lo anunció. Antes repitió su súplica: cuídalos, Janusz. Ahora eran las mujeres las que trabajaban y traían algunas necesidades que intercambiaban por sus horas de trabajo: leche, mantequilla, harina, huesos para caldo, patatas, jabón. La abuela hervía los pañales de los dos bebés y para eso necesitaba grandes cantidades de leña, que conseguían él e Ilse, que siempre temblaba de frío. Mientras buscaban, él ponía trampas que muchas veces no resultaban en nada. Cuando después las encontraba ocupadas, el perro lo miraba expectante.

—Lo siento. Este conejo es para la familia. Busca uno para ti, Káiser.

Entonces el perro salía veloz tras alguna pista en el aire.

Una vez había caído un gato. Ese día Crystl estaba enferma, así que la abuela le había impedido a Ilse acompañarlo.

—Niña floja. Sólo buscas excusas para salir corriendo y dejarme con todos, ¿verdad? Te quedas.

Qué difícil le había sido callar, pero cómo había agradecido que Ilse no viera al gato blanco de mirada plañidera. Ella lo hubiera dejado en libertad. Janusz lo mató y lo desolló. Sólo la abuela distinguió la diferencia antes de meter al animal al agua hirviendo.

—¿Qué es esto?

Janusz la miró de manera intensa para que la abuela entendiera: no le diré lo

que es, pues aquí rondan los niños.

—Es un conejo, *Frau Bendzius* —dijo con la pronunciación más precisa de la que fue capaz.

La abuela apreciaba más una barriga llena que la verdad desnuda.

—Jmm. Parece conejo viejo. Habrá que dejarlo hervir por más tiempo para que se suavice, ¿no cree?

Lo que fuera por disimular la dura carne de gato. Esa noche sólo hubo señas de aprecio por las habilidades del cazador y de la cocinera. No siempre había carne, pero cuando la hubiera, no repararía en llevar lo que cayera en sus trampas a la mesa, decidió Janusz. Carne era carne: los niños la necesitaban para alimentar el hoyo que era un cuerpo en crecimiento y los mayores para alimentar la esperanza, aunque suponía que todos, como él, se quedaban con hambre.

Ese día iban Ilse y él en busca de leña. Káiser caminaba delante. Los pequeños estaban dormidos y Freddy, entretenido con las tareas que le había puesto Ilse en la pizarra. Se notaba exasperada.

—Ya ni Káiser pone atención a los cuentos. Yo no los cuento igual que tú y ya todos se aburrieron de los mismos. ¿Por qué ya no me cuentas más?

—Porque hay mucho que hacer.

La voz de Ilse tomó un tono de reclamo.

—Siempre dices lo mismo: porque hay mucho trabajo o frío, porque hay mucho sueño, porque no tienes tiempo. Porque no tienes aire cuando caminas en la nieve profunda. Pero a ti nunca te falta el aire, Janusz, yo sé. Lo que ya no tienes es ganas, ¿verdad?

Ilse tenía razón, niña lista. Sólo que le faltó agregar: porque hay mucha tristeza y porque ya no tienes cuentos que contar. Y ésa era la verdad sin matices.

Antes, en su mente había tenido un almacén lleno de semillas de cuento listas para germinar, pero ya era un hecho: había desaparecido cada una. Lo que no sabía era si en el largo camino las había perdido poco a poco, o si se habían secado de súbito, en ese corto tramo en las afueras de Thorne. O quizás había sido que, distraído por la impresión y el horror que lo habían invadido por sus ojos, su nariz y sus oídos en aquel momento, no había notado que al mismo tiempo se le habían fugado los cuentos, cuales dóciles prisioneros, para obedecer las órdenes alemanas: *Vorwärts! Schnell!* Quizá se le habían ido todos a esa marcha de la muerte. Quizá ya habían llegado a su destino.

De haber distinguido el momento exacto de su pérdida, ¿habría sido capaz de defenderlos, de protegerlos? ¿Habría tenido en sí la fuerza de convencer a sus cuentos de quedarse dentro de él? ¿O los habría dejado ir, desinteresado?

Se sentía vacío, desconocido. Sin los nuevos cuentos nonatos no quería siquiera repasar los viejos. Perteneían a otra vida.

—Lo siento, Ilse. He estado distraído con todo lo que hay que hacer. Le dije a tu papá que te cuidaría. Tal vez cuando acabe la guerra, *ja?*

Ella no respondió. ¿Presentía su sequía, su vacío? Janusz en verdad echaba de menos sus pequeñas historias, lamentaba no ser el mismo de antes, y esperaba poder recuperarlas cuando regresaran al mundo la calma y la cordura. Sí, decidió. Así sería. Con calma y cordura. Cuando cesaran las balas y las miradas de desprecio, y para siempre se extinguieran del mundo las palabras tales como *Untermensch*, regresarían los cuentos.

LOS SCHIPPER

Del 25 de marzo al 11 de abril de 1945

51. VECINOS

Tan precisa, como siempre había sido su madre, y tan estricta, nunca lo había sido tanto como desde su regreso a Königsberg. Al principio le había prohibido salir de la casa porque te verán, te llevarán, te caerá una bomba, te caerás a una zanja y yo tendré que blablablá.

Pero no había cómo seguir tal decreto y sobrevivir en esa ciudad casi desierta y helada. Y las bombas habían dejado de caer en la ciudad, así que sobre ellos, como sobre el resto de la ciudad, había caído la sensación de seguridad. El ejército sabría quizá lo que había sido de los rusos, que ya ni bombardeaban de fuera ni sobrevolaban, pero la gente como ellos, no. ¿Qué sería de los rusos? Habrán desistido, tal vez. Creían. Deseaban.

Transcurridos los primeros días en los que les pareció haber ganado un indulto, ya no sólo era techo lo que necesitaban: muy pronto llegarían al fondo del pequeño barril de chucrut y del costal de patatas. Por el persistente frío, y a pesar de vivir en la cocina de *Fräulein Stieglitz*, las gallinas no ponían la cantidad de huevos que acostumbraban y, tal vez por su encierro, los conejos no parecían querer aparearse, por lo cual tardarían mucho más de lo calculado en tener una buena población de conejos para comer. Por más de que su madre les decía que si no tenían crías pronto, los haría caldo a ellos, los conejos, no hacían caso.

Por haber roto el sitio, la ciudad recibía suministros para el ejército y la población con cada barco que llegaba a Pillau por más pasajeros. Así que su madre había comenzado por mandarlo al atardecer por más leña, y luego, más confiada y de día, por jabón, pan, leche y salchichas, pero regresas de inmediato, Arno.

—No confíes en nadie. Y sueltas todo si te habla algún soldado. Corres.

Arno siempre corría de regreso, aunque no le hablara nadie. Sabía que su madre esperaba. Que lo esperaba desde el primer minuto en que salía por el portón del jardín. Y no importaba cuánto tardara, mucho o poco: ella lo esperaba con reprimendas así llegara con un tesoro en forma de salchicha o sin haber corrido con suerte.

Y se necesitaba suerte. A veces venía con las manos vacías, a veces con la alforja meciéndose con los trescientos gramos que le vendían de pan por cupón, o el jabón, o algunas patatas viejas. Pero vacías o llenas, la fila era la fila y Arno

no tenía cómo hacer que se moviera más rápido. No había cómo regresar de inmediato como le ordenaba su madre. Quizá la ciudad se sentía vacía en comparación a meses anteriores, pero seguía albergando a decenas de miles de personas; a ciudadanos reacios a abandonar su casa, a muchos campesinos de los alrededores, a viejos y a jóvenes que serían su última defensa. A veces, cuando le tocaba su turno, el panadero (o el carnicero o el lechero) lo miraba con lástima mientras colocaba su anuncio de cerrado.

—Lo siento, niño. Ya ni migajas hay.

Debía hacer largas filas para cada petición de su madre, pero eso ella no lo entendía, pues se negaba a abandonar la casa.

—Si vamos los dos, *Mutter*, podríamos...

—No. Si dejamos la casa sola, alguien la encontrará —decía—. Y entrarán y nos robarán todo. O cuando regresemos, ya encontraremos invasores durmiendo en nuestros colchones y a nuestras gallinas hirviendo en un caldo ajeno, ya verás.

Arno salía todos los días por leña, pero lo hacía con el hacha por dentro del pantalón, para protegerla de alguno que al verla la deseara. La metía de tal modo que su cabeza de hierro se atorara en la cintura y que su largo mango cayera por un costado de su pierna. Lo entorpecía para caminar, pero a simple vista nadie podía darse cuenta de su valiosa carga.

No era un bosque de árboles al que salía a buscar su leña, era a un bosque abundante de puertas y muebles. Se abocó primero a las casas bombardeadas. Pero no era fácil o seguro entrar o trepar a los escombros de las más dañadas, así que una mañana se decidió por entrar a una de las más conservadas, con tal de salvar del fuego a las pocas tallas de su padre que todavía le quedaban.

Se sintió ladrón. Nunca había entrado a una casa sin ser invitado. La casa de *Fräulein Stieglitz* era una excepción. Pero en esa mansión recién allanada, tras romper de un hachazo la perilla de la puerta, lo recibieron, helados, el aire y el aroma de alguna familia que la había cerrado con fe de que volvería. Lo recibió un lujo que jamás había visto: las paredes tapizadas de tela, muebles con espejos, adornos sobre éstos, sillones mullidos tapizados con telas brillosas, y una gran escalera en espiral.

Antes de dar el primer hachazo, recorrió toda la casa. Imaginó a su fracturada familia como habitantes de esas paredes. Él se resbalaría por la

barandilla de la gran escalera. Daría un gran salto al final. Su madre, buena costurera, podría ajustar para sí la fina ropa que la señora de la casa, de mayor talla, había dejado en los roperos. Dormirían en esa habitación de la gran cama con techo y cortinas de tela roja bordada con hilos dorados. Encenderían la enorme chimenea y nunca más pasarían frío.

Pero entonces pensó en la cantidad de leña que necesitaría para encender y mantener una chimenea así; en toda la que necesitaría para mantener caliente esa enorme habitación de techos tan altos. Así que abandonó esa idea y se concentró en la original: hacer pedazos las puertas.

Cuando bajó con el primer cargamento, lo esperaba una anciana parada al pie de la escalera, inmóvil. Lo miraba severa, sin decir nada. Su corazón se desalojó de su sitio. ¿Era acaso la dueña de la casa?

Arno detuvo su descenso, pero no sabía qué hacer, qué decir. Su madre siempre le decía, si te ven, corre, pero para correr tendría que soltar su carga, y eso no estaba dispuesto a hacer a pesar de la vergüenza que sentía por haber sido sorprendido con lo que no era de él en las manos. Si corría, habría desperdiciado el tiempo y el esfuerzo de quebrar la puerta en pedazos transportables. Si corría, abandonaría su hacha, la cual había dejado arriba. Y eso nunca lo haría.

—¿Eres un ratero, niño? —le dijo ella.

—No.

—Esta casa es de la familia Blomeier. ¿Eres tú un Blomeier, acaso?

Era una pregunta para la cual la mujer ya conocía la respuesta. Arno pudo leer la trampa en el tono de la mujer.

—No.

—Entonces eres un ratero —dijo ella contundente.

—¡No! No he robado nada.

—¿Y qué es eso que llevas ahí?

Arno miró la leña que había metido en la funda de una almohada. Tenía las manos más cargadas de lo que las tenía al llegar, era cierto.

—Mi madre tiene frío —dijo, para explicarse, pero incontrito.

No le llevaba el abrigo de pieles que había visto en el ropero. Sólo le llevaba leña para fuego. Nunca se disculparía por eso.

—Yo también tengo frío, pero no voy por ahí robando las fundas de almohadas de casas ajenas —dijo la anciana.

Arno no entendió lo que le decía la mujer.

—Tenemos frío y no tenemos leña ni quien nos prenda el fuego —dijo ella.

—Yo puedo darles un poco.

—No, niño. Nos llevarás leña todos los días. La misma cantidad que le lleves a tu madre.

—Pero...

—Te pagaremos.

Arno sonrió. Tenían cupones de racionamiento, pero nadie regalaba nada: todo lo debían comprar y el poco dinero que habían tenido, ya se había acabado. Vendería leña, comprarían pan. Su madre se alegraría.

—Pero regresa esa funda de almohada a su lugar. Puedes deshacer esta casa a hachazos, pero nunca, entiéndelo bien, niño, nunca le descompletes el juego de sábanas a una mujer.

Arno no comprendía, pero obedecería.

—No tengo cómo llevar tanta leña.

—Ven a mi casa. Te prestaré la carretilla del jardinero.

Frau Beckmann y su marido inválido vivían en una mansión a dos casas de ahí. La mujer no salía más que para lo necesario: para hacer eternas filas como Arno, para regresar igual, con poco. Su marido no salía nunca. Se sentaba frente a la ventana, desde donde lo observaba todo: las bombas al caer, a sus vecinos al huir, a los más persistentes matar a sus caballos purasangre para hacerla de carniceros y a un niño desconocido que un día se había paseado en busca de árboles caídos para partir con un hacha que había defendido cuando una mujer había intentado arrebatársela. El mismo niño que había regresado ya no en busca de árboles, sino de puertas principales.

—Desde la primera vez se nos ocurrió buscarte, pero te vimos marchar en la carreta. Días después vimos cuando regresaron sin tu hermana...

—Helga se fue a Dinamarca.

—Ahora están sólo tu madre y tú —dijo el hombre—. Y tu madre nunca sale de casa de los Stieglitz.

—Ella la cuida mientras regresa la señorita...

—Todos sabemos que *Fräulein Stieglitz* nunca va a regresar.

Que lo supieran lo alarmó.

—No se lo diga a mi madre, *bitte*.

—¿Cómo te llamas?

—Arno.

—Arno, eres un buen hijo.

Los señores Beckmann ya no tenían hijos. Los hombres habían muerto en la Gran Guerra y la única mujer en su primer trabajo de parto. La nueva guerra se había llevado a sus sirvientes, hasta a su vieja ama de llaves a la cual le había caído directo una bomba por ir a la iglesia.

—Yo le decía: no vayas, Brunhilde. A los rusos les encantan los grandes edificios. Pero no hacía caso. Alguien tiene que seguir rezando, decía.

Hasta hace poco se habían apoyado con los pocos vecinos que les quedaban, pero eso se había acabado en definitiva el día que habían abierto el pasaje a Pillau.

—Aun en la guerra el dinero viejo vale más que el común. Y en este vecindario había puro dinero viejo y antiguo abolengo. Quienes se decidieron de inmediato a dejar la ciudad, fueron los primeros en conseguir pasaje. Los que tardaron en convencerse de que ya todo estaba perdido, sin importar las filas, también consiguieron sus pases en el instante en que manifestaron su deseo. Ya todos se fueron, o todos murieron, como bien sabes.

Ahora estaban solos, como Arno y su madre estaban solos. Unos con dinero viejo y otros sin dinero.

—Mi mujer camina, pero le duele todo. Las horas que pasa en la fila, en el frío, la van a matar. Arno, nos sobra dinero, pero ni todo el dinero viejo del mundo, por más viejo, sirve para calentar la casa, si no hay leña. Ni siquiera sirve para llenar la barriga, si no hay fuerza para buscar el alimento. Si te damos dinero y nuestros cupones, ¿nos traerías lo que consigas? Haz leña de todas esas monstruosidades vacías. ¿Nos traes un poco cada día?

Así era su rutina: acarrear la leña del día en la carretilla proporcionada por los Beckmann a una casa y a otra; correr por la ciudad esquivando encuentros con soldados; cargar con la compra si había corrido con suerte, lamentarse si no, pero regresar a casa con su madre, que siempre, sin importar lo que tardara, lo esperaba con angustia en sus reclamos.

Ya era primavera el día de su cumpleaños, aunque no lo pareciera y, por más que deseó ese día encontrar un pedazo de chamorro con el carnicero para sorprender a todos, para invitar a los Beckmann a cenar una comida preparada

por una buena cocinera, no había tenido suerte de encontrar pan o leche o queso, siquiera. Es mi cumpleaños, le dijo al carnicero. Niño, le dijo éste, en estos días, cada día que vivimos es nuestro cumpleaños. Chamorro... ¡pfft! Hoy ya no alcanzaste ni los huesos.

Arno se sentó en una plaza semidestruida a lamentar el hueco en su barriga, hecho aún mayor por la loca idea del chamorro de cerdo bañado en salsa de las ciruelas que a su madre le gustaban tanto. ¿Hace cuánto que no veía uno? ¿Hace cuánto que no olía una carne en el horno, una salsa espesándose lento en la estufa, unas galletas recién horneadas? Desde la vida anterior, desde alguna buena Navidad, desde cuando no sabía lo que era pasar hambre.

Estaba a punto de regresar a casa cuando junto a él se detuvo un grupo de niños. Era un encuentro raro. Había pocos niños en la ciudad. Éstos eran un poco mayores que él, pero no lo parecían. Les sonrió. Tal vez a ellos les había sucedido lo mismo que a él: los habían obligado a quedarse a defender la patria, pero mientras tanto sólo sobrevivían. Y evadían al ejército.

Hermanados por las circunstancias, sorprendidos de encontrar a un muchacho nuevo, hicieron amistad inmediata. Se proponían entrar al cine. Para que se nos olvide el hambre, le dijeron.

Uno de ellos, habitante de Königsberg desde su nacimiento, había sido asiduo al cine antes de que cerraran la sala por tanto bombardeo. Ahora que los rusos habían perdido el interés en la ciudad, estaba abierto de nuevo. ¿Quieres venir? Arno confesó que no tenía dinero para entrar.

—Nadie tiene dinero. Yo sé cómo entrar por la puerta posterior.

No sabían qué película proyectarían ese día, pero no importaba: todas eran emocionantes, le dijeron. Arno les creyó. Si era cierto que lograban que uno olvidara el hambre, debían ser muy emocionantes. Ya era hora de regresar con su madre, admitió, pero él nunca había ido al cine y ese día era su décimo cumpleaños. La pura promesa de olvidar el perenne hueco en la barriga, le pareció el mejor regalo que podía hacerse. Además, se dijo, para convencerse, ya era tiempo de hacer algo diferente. Sabía que pagaría caro después, pero decidió que iría un rato. Se saldría de la función antes de que su madre lo echara de menos. Sí. Eso haría.

Entraron por la puerta trasera sin problemas y ocuparon casi toda la primera fila.

—Ésta es la mejor fila de todas —le dijeron.

Primero transmitieron el noticiario. El primer impacto fue enorme. Las figuras enormes, tan reales y naturales, fotografías parlantes. Adolf Hitler, silenciado, se le antojó anciano, acabado. La mano izquierda le temblaba, aunque hacía esfuerzos por esconderla a su espalda. Por la voz que alguna vez había escuchado en la radio, creyó que se trataría de un gigante, pero no era más alto que los niños que saludaba. Algunos de ellos hablaban en la cinta. Ninguno era mayor que sus hermanos. Pero uno, también vestido de soldado, hablaba tan agudo como él, tan infantil. Era un niño que habían hecho mayor y que parecía feliz de serlo. Un niño al cual habían convencido de ser soldado. ¿Cuántas zanjas habrá cavado ese niño? ¿Cuántas bombas habrá oído, sentido? No creía posible que alguna y conservar esa sonrisa.

Quiso irse a casa. Ese noticiario le hizo recordar a sus hermanos ausentes y la razón de su ausencia. Su propio predicamento. Estaba a punto de disculparse con sus nuevos amigos, cuando iniciaron los créditos de la película estelar, la música, el movimiento. Se dejó seducir por la impresión de la pantalla cercana, la luz apagada, la proyección de *Kolberg*, las personas gigantes como fotografías móviles y parlantes, la antigua guerra que no tenía nada que ver con la presente, la caballería al ataque, la música de cornetas de guerra, el romance, el héroe — ¡oh, si pudiera ser él ese héroe— que llamaba e inspiraba a todo el pueblo al sacrificio por la patria: «Ningún amor es más sagrado que el amor por el propio país», dijo en su discurso, «ninguna alegría es más dulce que la de la libertad. ¡Ustedes conocen nuestro destino si no ganamos esta batalla!».

Todo el público aplaudió las emotivas palabras. Arno también pero un rato después, antes de que terminara la película, se dejó caer al suelo vencido, nauseado, vomitando el vacío que contenía su estómago. Los demás niños se rieron de él. Los adultos los reprendieron. Uno de sus nuevos amigos lo ayudó a salir.

—La primera fila es la mejor, pero también la peor. A todos nos pasó la primera vez que vinimos al cine. Unos se siguen mareando, pero ya saben aguantarse hasta el final. Échate un poco de nieve en la cara y en la boca. *Auf Wiedersehen!*

Arno no supo cuál de los amigos de esa tarde lo había ayudado. Hizo como éste le indicó pero cuando le iba a agradecer, se dio cuenta de que ya estaba solo

en la oscuridad.

Nunca se le había pasado el tiempo tan rápido como en ese cine. La maravillosa película lo había hecho olvidar el hambre, y ni las crecientes náuseas lo había dejado comprender, pues lejos del encanto cinematográfico y después de desechado el contenido de su estómago, reconocía que había empezado a asentársele un malestar desde que en la pantalla había corrido hacia él el primer caballo. Vaya encantamiento, pensó: entré de día y salí de noche, además.

Lo que le pareció un parpadeo fueron al menos dos horas, calculó. Recordó a su madre. Cerró los ojos y suspiró, resignado. Pediría perdón, y ella estaría obligada a dárselo. Pero aún con esa certeza en mente, desde ahí podía anticipar su reprimenda.

La nieve había ayudado con su malestar, pero no suficiente. A pesar de que su pecho y garganta todavía guardaban náusea para un rato más, corrió.

Su madre lo recibió sentada sobre su colchón en la oscuridad. Ni siquiera había intentado mantener vivo el fuego. No gritó, no dijo su blablablá, siquiera. Desvió la mirada y sólo le dijo duérmete.

Cuando llegó a la mañana siguiente a casa de los Beckmann para puntual hacer su entrega de leña, se enteró de que un día antes su madre había abandonado la casa antes del anochecer para exigirles que le regresaran a su hijo. La habían convencido de que no lo habían visto desde la entrega de leña por la mañana.

—Nos asustaste a todos —dijo la señora Beckmann.

Ahora también le debía una disculpa a la pareja de viejos.

—Lo siento, señor y señora Beckmann.

—No puedes hacerle eso a tu madre, Arno —dijo ella—. Las madres se preocupan. Además: ¡qué ideas esas de ir al cine! A las bombas de los rusos les gustan los edificios grandes —dijo ella.

—No pensé. Sólo quería divertirme, ver mi primera película.

—Te olvidaste por un rato de que había guerra —dijo el hombre.

Arno asintió.

—No está mal descansar de...

—Está muy mal no avisar a tu madre —dijo ella, severa, reprendiendo a su marido y a Arno al mismo tiempo.

—Bueno, eso sí —dijo el viejo—. Debes avisar. No está mal querer

descansar de la guerra, Arno. Pero no debes perderte. Es mejor siempre estar cerca de casa o con facilidad de correr. Habrá tiempo para más películas después.

La ausencia de los rusos y sus bombas lo habían hecho llegar a creer que se habían ido a otros rumbos para nunca volver y que sólo vivían con las secuelas que habían dejado a su paso, con la tristeza por la ausencia de los que se habían tenido que ir. ¿Cómo sabía *Herr Beckmann*?

—Arno, las guerras se ganan o se pierden, pero nunca desaparecen. No te olvides de eso. Pero si quieres descansar, te puedo prestar un libro.

El señor Beckmann le prestó dos: *Los tres mosqueteros* y *Veinte mil leguas de viaje submarino*.

—Grandes aventuras escritas por dos franceses, Arno. Son ejemplares muy viejos. Eran míos y luego de mis hijos. No dejes que nadie los vea. No vayan a creer esos idiotas del Gobierno que D'Artagnan, Athos, Porthos, Aramis y Nemo son espías de las fuerzas aliadas que se proponen atacar al *Reich* —rio.

Arno no entendió la broma. Nunca había leído nada que no tuviera que ver con Alemania o sus guerras.

—Es broma, niño. Son libros de otros tiempos. No le harán daño a ningún alemán. Al contrario: si más alemanes los leyeran, más alemanes se divertirían y menos guerra habría, digo yo. Pero el lunático de Hitler quería su guerra...

—Kurt... —lo volvió a reprender su mujer.

—Sí. Otra broma —concedió, pero con tono agraviado—. Llévatelos, Arno. Disfrútalos y descansa. Pero no creas que te librarás de traer la leña y el pan, eh.

Ese día tuvo suerte. Compró pan, salchichas y patatas, las cuales agregó al peso que los dos libros daban a su morral de manta. Luego encontró un poco de heno para el caballo flaco y semillas para las gallinas. Ese día todos comerían bien. Otra vez le parecía que la guerra se esfumaba, pero se aferró a las palabras del señor Beckmann: la guerra no desaparece. Lo vio más claro cuando se encontró con los niños de un día antes, los del cine que, al ver el peso de su morral, transformaron su salud en persecución. El hambre era más fuerte que cualquier amistad y, tan rápido como ésta había surgido, se esfumó. Tenían hambre, pero él también. Corrió y, como ya tenía una ruta de huida trazada entre los laberintos de destrucción de Königsberg para un caso de emergencia, nunca lo alcanzaron.

Puso las compras frente a su madre como ofrenda.

—Perdóname, *Mutter*, por ayer. Había unos niños, me invitaron al cine y...

Entonces lo miró. Furiosa.

—¡Ah! Te fuiste al cine... ¿Y de dónde sacaste dinero para eso?

—No pagué.

Qué inteligente se había sentido por haber logrado entrar a pesar de sus bolsas vacías. La cara de su madre le indicaba lo contrario.

—¿De cuántos mandamientos te olvidaste ayer? ¿Te acordaste de Dios? ¿Respetaste a tu madre? No, ¿verdad? Robaste, eso sí. Les robaste a los del cine. ¿Fue fácil?

—Yo n...

—¿Fue divertido? ¿Qué más has robado?

Arno recordó el hacha y la colección de *Fräulein Stieglitz*. Decidió desentenderse de otro de los diez mandamientos. Mintió.

—Nada. Nunca.

—Creí que te había llevado el ejército —dijo, con voz desfondada.

—Perdóname, *Mutter*.

Por fin parecía que escuchaba sus palabras. Ella dejó salir una bocanada de aire.

—Lávate. Hoy cenaremos muy bien —dijo sería todavía, al tiempo que ponía manos a la obra.

Arno sonrió. Así era como perdonaba su madre. Esa noche comenzó a leerle en voz alta *Los tres mosqueteros*. Herr Beckmann tenía razón: el alemán que lee, se alegra y se olvida de guerras. Descansa.

Esa noche, cuando apagaron el quinqué, durmieron en paz. Esa noche, perdonado, tibio y con la barriga llena, Arno creyó lo que tenía mucho de no creer: que algún día se reencontrarían con Johann, Fritz y Helga. Y tal vez también con su padre.

52. DOMINGO

Al alba regresaron los bombardeos de artillería terrestre, aunque intermitentes. *Herr* Beckmann le dijo que el clima favorecía a la ciudad. La lluvia y la neblina baja impedían los bombardeos aéreos, pero Arno: cuídate el día que salga el sol.

Arno tenía todo el invierno de desear sentir el calor del sol en la cara y el cuerpo libre de tantas capas. Había deseado que regresaran los colores. Ahora deseaba que se quedaran eternas las nubes grises y bajas, aunque se hiciera infinito su trajín por leña, de piedra la nieve en el suelo y permanente la escasez. Ya estaba acostumbrado a vivir así. Recordaba el pasado sin miedo con lejanía, como posibilidad esfumada; a veces como un sueño anclado por los aromas de una cocina, por el recuerdo de su padre y de sus hermanos, todos juntos sentados a la mesa, todos entre risas o entre palabras serias, pero juntos. Y él, el menor, el más protegido.

Ahora esa vida se había acabado, y todos se habían marchado. Ahora sólo lo protegían unas nubes grises, los escombros de una ciudad, su madre, los consejos de *Herr* Beckmann, y la antigua ropa que *Frau* Beckmann le había regalado por su cumpleaños, pues ya la suya se había hecho jirones y dejaba entrar más aire del que detenía.

—Ay, Arno, te queda un poco grande, pero ahora pareces un colegial elegante.

Arno no sabía si su madre lo dejaría aceptar tal regalo, y se lo dijo.

—Por supuesto que sí. Le dará mucho gusto ver lo bien que te quedó lo que dejó Johannes, que en paz descansa.

El menor de los hijos de los Beckmann estaba todavía en el liceo al empezar la Gran Guerra y dos años después, había sido aceptado en la Universidad de Berlín. Pero había rechazado ese destino: al cumplir dieciocho se unió al ejército.

—Mi pobre muchacho hoy sería ingeniero, pero quería seguir los pasos de sus hermanos muertos, que en paz descansen también. No vayas, le dijimos, pero los hijos de esa edad no le hacen caso a sus padres. Murió como todos mis hijos, pero en su primer día en las trincheras en 1916. Un desperdicio. No le digas a *Herr* Beckmann que te lo conté. Han pasado veintinueve años, pero no le gusta hablar de eso.

Arno dobló su ropa vieja.

—¿Para qué la doblas? ¡La echaremos al fuego!

No le importaba. Tanto tiempo reptando en los túneles de Frülein Stieglitz se la habían desgastado. Su madre ya se había dado por vencida de zurcir los hoyos en las rodillas de su pantalón. Él ya se había dado por vencido de intentar lavarla. Dejó la ropa y se puso su abrigo deshilachado.

—Deja el abrigo y las botas también.

—No. El abrigo no.

—Pero aquí tienes uno nuevo. Bueno, nuevo no. Tiene al menos treinta años, pero siempre cuidamos que no le cayera polilla. ¿No te gusta? Huele a alcanfor, pero...

—Sí me gusta. Me lo pondré arriba del mío.

—Pero el tuyo huele muy mal, Arno.

Arno lo sabía. No podía ignorar el tibio aroma que se producía entre su cuerpo y la lana que de su abrigo de tercera mano emanaba y que invadía su nariz con cada hachazo que daba por las mañanas. Pero por más que insistió la señora, Arno no cedió. Agradecía la ropa interior fina, los dos pares calcetines, los dos pantalones, camisas y suéter de lana gruesa y las botas de montañista. Agradeció también el juego de ropa primaveral, pero se fue de ahí con su abrigo viejo, pero lleno de tesoro, bajo el nuevo.

Otro día lo llamó *Herr* Beckmann desde su ventana. Era muy temprano.

—Todavía no corto la leña.

—No importa. Arno, ¿has oído las bombas?

Nadie podía ignorar el aumento en las detonaciones, y no muy lejos. La noche anterior había sido su madre la que lo instara a seguir leyendo con una intención doble: para saber cómo se desenvolvería el duelo entre D'Artagnan y los tres mosqueteros, y para olvidar las bombas.

—No tardan los rusos en llegar. ¿Qué vas a hacer, niño?

No tenía respuesta. No había pensado que sería su decisión.

—¿Qué hacemos?

—Yo lo veré todo desde aquí. Tú empacarás provisiones y vendrás por *Frau* Beckmann antes de partir, si acaso es posible.

—¿Y usted?

—Arno. Mi padre murió en la guerra franco-prusiana; mis hijos, en la Gran

Guerra. Yo no tuve en mi juventud una guerra donde morir, hasta ésta. Ésta me va a matar. No, no —dijo antes de que Arno lo interrumpiera, alarmado—. No es que lo desee. Es que lo sé. El que se mueve sobrevive. Yo no me puedo mover, pero mi mujer sí. Nunca fue abuela. Llévatela a que sea la tuya.

Arno nunca había tenido una abuela. Por supuesto que aceptaría a *Frau Beckmann*.

—Ya tiene empacado todo lo necesario para ser una muy buena abuela —dijo, aliviado cuando Arno aceptó—. Ella cree que empaca para mí también, niño. No le digas que no es así.

Desde esa advertencia, su madre y él mantenían cerca lo más importante para sobrevivir, listo para sólo subir a la carreta. El caballo, flaco a pesar del esfuerzo que hacían por conseguirle alimento, todavía parecía capaz de jalar. Su madre lo ejercitaba un poco alrededor del jardín y le hablaba, como a todos los otros animales a su cuidado. Para no volverme loca yo y que no se vuelvan locos ellos, le confesó a Arno un día. Cuando llegara la verdadera primavera y el caballo pudiera pastar, regresaría a ser el de antes. Sólo tenía que llegar vivo al día en que brotara el verde del suelo.

A pesar de los bombardeos, Arno salía por leña y comida todos los días. *Herr Beckmann* le daba más dinero: consigue todo lo que puedas cada día, le dijo. Y guarda comida, pero el dinero gástalo todo. No ahorres, no economices. Los rusos no te darán ni un mendrugo y nuestro dinero no servirá de nada.

Todos los días, antes de salir a sus quehaceres, se ponía su abrigo viejo abajo del nuevo, doblaba su edredón, guardaba sus libros entre los pliegues y se dirigía a la cochera. Empacaba todo en la carreta de donde sacaba el hacha. Todos los días, al regresar, volvía a poner el hacha en su lugar en la carreta y tomaba su edredón y sus libros. Su madre hacía lo propio.

Ese día, el centro era intransitable, inclusive para un niño de pies ágiles. Arno se detuvo con cautela para mirar desde una esquina. Lo que quedaba del ejército se había replegado ahí.

—No te acerques —le dijo un niño de los del cine, amigo de nuevo de manera instantánea—. Yo fui el único que pudo correr. A los demás se los llevaron —dijo al indicar al ejército.

De nada servía aclararle a su amigo que él sólo tenía diez años.

—Vete con tu madre —le dijo Arno.

—¿Cuál? La mía se fue hace meses con mis hermanos pequeños.

Arno recordó a su madre y apreció aún más el tenerla. Se dio la media vuelta. Debía regresar. Esa mañana, como todos los días, ella le había dicho que ante cualquier duda, cualquier amenaza, regresara a casa corriendo.

Desde unos días antes se sentía la tensión en la ciudad: los sonidos de bombardeos se acercaban cada vez más y, desde entonces, el ejército acuartelado dentro de las murallas de Königsberg se había dedicado a buscar desertores que desechaban sus uniformes para vestir de civil. Los colgaban a la vista de todos. Arno procuraba no mirar a los cuervos darse un festín entre los cuerpos que se mecían al viento. Eso, la falta de disimulo, más que las advertencias de *Herr Beckmann*, indicaba que el fin era inminente.

Tomó el camino más corto a casa pero eso implicaba que debía cruzar el parque. Él nunca había visto ese lugar en un día soleado, pero dudaba que ahí quisiera algún día volver a brillar el sol. Los grises y el silencio le sentaban bien, aunque a él le ponían la piel de gallina. O era que él sabía muy bien lo que había sucedido ahí un día o muchos más. Ahí era donde Johann y Fritz habían visto a un soldado dar el tiro de gracia a una niña. Suponía que los soldados habían aprovechado lo desierto del lugar para hacer que los del *Jungvolk* enterraran a tantos cuerpos fusilados.

Pisar ahí, creía, era como profanar una tumba completa. La nieve lo disimulaba todo. No se veían ni las marcas de los picos y palas, ni las evidencias claras de cuerpos, ni los pozos rellenos y recién cubiertos, ni los cráteres que dejaban las bombas al caer sin considerar a los muertos que acogía esa tierra. Pero ese día había algo más en el aire, algo que lo instaba a apresurarse, a cortar camino, a quitarse de respetos y miedos, a decidir que pediría perdón, pero que debía pasar por ahí.

Pisar le dolía y en cada paso decía: perdón, niña, perdón, niña, y trataba de hacerse tan ligero como los cuervos que volaban pequeños brincos sin dejar huella en la nieve, pero sus botas nuevas se hundían y delataban ante los muertos del lugar su torpe y lento pasaje.

Y luego la parvada de cuervos emprendió el vuelo completo, como si presintieran algo, y, cuando comprendió qué, deseó poder volar con ellos, hacerse pequeño, no ser la única mancha oscura en el centro de ese trágico lugar tapizado de blanco immaculado. Y entonces procuró rápido escavar un túnel

como los que hacía cuando niño con Adolf Müller, pero no era fácil, no era un ratón de campo o un conejo para escabullirse bajo la nieve en un parpadeo, y el avión que venía directo era mucho más rápido que él.

Al final desistió de esconderse cuando sintió el sonido del avión encima. Sólo atinó a echarse de pecho sobre la nieve y luego a volverse pecho al aire a mirar al cielo, mirar todo sin respirar, sin decirse que si ha de ser la última vez que lo haga, más me valdría llenarme de una bocanada. Miró sin parpadear directo al avión que volando bajo, lo cazaba. Lo admiró todo: sus hélices, el sonido de sus dos motores, su barriga, sus llantas retraídas, sus colores, sus ilegibles letras rusas, las alas que lo elevaban como pájaro. Uno parlante, se sorprendió Arno, pues, en vez de dejar caer sus bombas o hacer llover sus balas sobre él, su voz y sus palabras se burlaban.

—¡Niño del *Volkssturm*! ¡Vete a casa con tu madre! *Deutschland ist kaputt!*
¡No pelees y vivirás para ser tan viejo como tu *Vaterland*!

El avión pasó y lo dejó atrás. Arno respiró, se hincó en la nieve y, todavía sin parpadear, siguió su vuelo con la mirada. No había visto bombas bajo sus alas, no creía haber visto arma alguna. Su única arma parecía haber sido su altoparlante. No era un avión de guerra, era un avión de burla. Eso había deseado solamente: burlarse e irse. Hacer que un niño solo deseara esconderse en un túnel.

Furioso, ofendido, pero todavía con el cuerpo lleno de terror, no le quitó la mirada de encima. Cuando comprendió que el avión daba la vuelta con la intención de buscarlo de nuevo, corrió ya sin pedir perdón a los muertos, sin cuidar de no caer en la profundidad de cráteres. Corrió para resguardarse entre las ruinas de dos casas que bordeaban el parque y se quedó inmóvil. No quería volver a oír esa voz metálica que le habló directo con espeso acento en alemán. No quería que en la siguiente oportunidad, el avión —su piloto, en realidad— lo hiciera llorar, como ya querían hacer sus ojos.

Ese día no se lo preguntó, y lo que a él le duraría la guerra, tampoco, pues la supervivencia de cada día absorbía toda su energía e imaginación, y porque un niño de diez años recién cumplidos no se asombra ante reacciones que no considerará extrañas hasta años después cuando, de adulto, entre un sorbo de café y otro, comprenda su inconsciente temeridad pueril. Y entonces llegarían el asombro y las preguntas. ¿Por qué querría mirar un niño que se daba por muerto

el avión que creía que lo mataría? ¿Por qué querría verlo soltar su bomba sobre él? ¿Por qué por un momento hubiera preferido una bomba a la burla? Porque nunca había visto un avión tan cerca, porque la curiosidad y la admiración fueron más fuertes que el miedo. Y porque la bomba hubiera dolido sólo una vez, mientras que esa burla dolería el resto de su vida.

A su madre no le contó lo sucedido. A *Herr Beckmann*, sí.

—Ya saben que no hay oposición. ¿Tienes todo listo?

Esa noche, su madre insistió en leer de la Biblia, pero luego dijo: y bueno, un poco de esos mosqueteros después, ¿cómo ves?

El sábado salió el primer sol primaveral y llegaron los aviones rusos a festejarlo. Arno y su madre no salieron por leña ni al baño.

El domingo, los Schipper, abrazados en su búnker que primero había sido área de servicio de una casa elegante y luego su casa, ya no distinguían entre una bomba y otra, entre un temblor y otro. Su madre rezaba, Arno escuchaba. Su madre decía estamos juntos, *mein Kind, mein Arno*. Y mientras la escuchaba más con atención e intención que con los oídos tomados por asalto por las detonaciones, recordó una y otra vez la voz del héroe de la película. «¡Ustedes conocen nuestro destino si no ganamos esta batalla!» Los túneles de *Fräulein Stieglitz*... «¡Ustedes...» ¿quedará algo de ellos mañana? «...conocen...» Y ¿qué pensará *Herr Beckmann*? «...nuestro destino...» Y ¿qué haría D'Artagnan para salir de ésta? «...si no ganamos...» pero ¿qué podía hacer él? «...esta batalla!... » Nada.

Esa noche no hubo ni Biblia ni mosqueteros para distraerlos.

A la mañana siguiente, en el primer descanso de los bombardeos directos, y en contra de la voluntad de su madre, Arno salió. El jardín de *Fräulein Stieglitz* estaba intacto, aunque la nieve que lo cubría había adquirido un tono grisáceo, por el polvo que volaba por todos lados. El caballo había pateado las paredes de la cochera, pero cuando le ofreció un poco de heno, se conformó y comió. Arno tomó su hacha y salió a lo que quedaba de la calle con más precaución de lo habitual. Debía preguntar a *Herr Beckmann* qué hacer. ¿Era momento de partir? Si en el camino encontraba algo de madera, les llevaría un poco de leña, decidió. Pero debía darse prisa. Podía oír las metrallas de una batalla campal hacia el sur. Supuso que eran los rusos tratando de invadir la ciudad y los alemanes repeliéndolos.

Al doblar la esquina, ya llevaba su mano a medio alzar para su usual saludo a *Herr Beckmann*, que siempre estaba atento en su ventana para regresárselo. Pero su mano se desplomó y el aire se le escapó en un raudal. Ya no había ventana. Ya no había ni un poco de casa.

Al ver la destrucción, se dio la media vuelta para correr a la suya, pero usó toda la fuerza que tenía. Al llegar, se quedó vacío. Sus pies le pesaban. Su madre estaba con el caballo, y qué bien. No quería verla, no quería ser visto. No podía respirar, no podía pensar y su cuerpo se partía en dos. Entonces se asomó a los túneles de *Fräulein Stieglitz*. Ahí estaban, no intactos, pero estaban. Entró y reptó. Respiró polvo, pero ahí en la geometría admirada que formaba caminos bien recorridos, pudo volver a pensar y a reconocer la grieta en su cuerpo como lo que era: llanto contenido. Adentro de esos laberintos no quiso soltarlo, pues creyó que sería tan fuerte que terminaría por agitar y derrumbar esa estructura sin cimientos.

Se preguntó si en casa de los Beckmann habrían quedado túneles. Se preguntaba si, en caso de haberlos y de explorarlos, encontraría a los señores tal como había encontrado a *Fräulein Stieglitz*.

Era la primera vez que sabía de personas tan queridas muertas de manera violenta por la guerra. Sabía que todos los días morían muchos y en la iglesia habían orado por ellos. Pero eran sucesos lejanos, no sólo por la distancia sino por la imaginación y el sentimiento. La muerte de la viuda Hitzig ya no contaba: se había dado en otra vida, cuando su familia original era su mundo, y por lo tanto había atenuado la necesidad de cercanía. La de los Beckmann había sucedido cuando juntos, de la nada, habían construido una familia en medio de un mundo destruido.

¿Cuánto había durado esa familia? No lo sabía con precisión. Ya no medía las semanas de domingo a domingo, ni los días de desayuno, a comida, a cena, si ni siquiera sabía si habría tres o dos o una comida al día. Arno marcaba todavía sus días en la pared subterránea de la casa de *Fräulein Stieglitz*, pero había dejado de contarlos como antes, de agruparlos. Ahora medía el tiempo en hallazgos, en persecuciones, en pérdidas. Un día había salido por leña y, al encontrar un tesoro de madera, creyó haber encontrado una persecutora, pero había regresado con familia nueva. Ése había sido el gran hallazgo del día y de todos, y así podía decir ahora: esa familia duró desde el hallazgo hasta la bomba.

Una vida entera.

Hasta que vio la hermosa casa convertida en un montón de ladrillos no supo lo que se sentía perderlo todo. Había perdido su vida anterior también, pero poco a poco. Con un dolor y otro y otro, se había esfumado. Lamentaba padre, hermanos, hermana cada día, en los buenos y en los malos. Pero al mismo tiempo comprendía que ni siquiera tenía la certeza de haberla perdido por completo. Tal vez aquella vida sólo se había desperdigado por ahí, pero latía. Tal vez.

En la nueva vida, había perdido todo de súbito, con la simple presión a distancia y anónima de un botón, mientras él miraba hacia otro lado, mientras lo abrazaba su madre, mientras pensaba ¿en qué? En el heroísmo de D'Artagnan. ¿Qué hubiera hecho él? Él hubiera ido a rescatar a su abuela ante el sonido del primer avión. Él se hubiera metido entre los escombros hasta dar con ella, pasados los bombazos.

Tal vez cualquier hombre valiente hubiera corrido a rescatar a la que se convertiría en su abuela. Tal vez Arno, de ser mayor, hubiera llegado con tiempo, hubiera esquivado bombas y escombros al vuelo y la hubiera depositado con bien en los brazos de su madre. Tal vez hubiera sabido ser valiente. Pero Arno no había sabido abandonar el abrazo de su madre, no había sabido abrir los ojos cuando las inmensas detonaciones inundaron sus oídos. Era todavía un niño de diez años al que le había tocado tener que decidir ciertas cosas, pero que, por miedo, no se había atrevido a ser héroe.

En una ocasión le había preguntado a *Herr* Beckmann que si no le daba miedo morir por un bombazo. Pues él, por más de que su madre le dijera, de morir moriremos juntos, sí lo tenía.

—Hijo, las bombas son como los rayos. No caen dos veces en un mismo lugar.

Arno se tranquilizó porque se lo dijo el hombre. Eso significaría que ya no caería una sobre su madre y sobre él porque vivían en una casa bombardeada. Pero llenarse de tanta tranquilidad no le dejó espacio para pensar en la casa de los Beckmann. Ahí no había caído bomba alguna.

—Pero si caen —había continuado *Herr* Beckmann—, ¿no te parece que tal vez sea porque has sido escogido para dejar esta vida e ir a la que sigue? No me da miedo morir por bomba. Me da miedo vivir y saber que todo alrededor mío es

destruido, que he perdido todo. Ya sólo me quedan mi mujer y tú, Arno. No te olvides de ella.

Arno se prendó de las últimas palabras, pero se había despedido de manera intempestiva. Me voy, mi madre me llama, no sabe dónde estoy, había dicho titubeante. No supo cómo responder a esa muestra de afecto y cercanía. Días después todavía seguía sin saber cómo acomodar las palabras, así que las había guardado. Para después. Ahora era demasiado tarde.

Escondido en los túneles, que por primera vez observaba bien iluminados con los fuertes rayos del sol primaveral, que a pesar del volátil polvo se filtraban entre los huecos, con el corazón tan roto como todas las casas del vecindario, deseó que el viejo tuviera razón y que hubiera sido escogido para dejar esta vida para ir a la que sigue, pero acompañado por su esposa. Más tarde rezaría un padrenuestro por ellos, pero todavía no tenía fuerza para amasar esas palabras tan dispersas como el polvo. ¿Por qué le fallaban las palabras cuando eran importantes? ¿Por qué no le había dicho a *Herr* Beckmann todo lo que ahora deseaba decirle? Se arrepentía de su silencio. *Herr* Beckmann le había regalado consejos y abuela, y ya era demasiado tarde para decirle vámonos juntos.

Aquel día el viejo le declaró su afecto, pero días antes también le había dado a su cercanía una fecha de caducidad que dependería de los rusos. Arno no había estado listo para comprenderlo de manera cabal cuando él se lo había dicho de manera clara: yo no me puedo mover, pero tú sí; yo no tengo futuro, pero tú sí. Con esas palabras comprendidas a medias, *Herr* Beckmann le había regalado una visión del futuro que Arno no sabía ni cuándo ni dónde había perdido. ¿Cuándo dejó de creer que su padre volvería? ¿Con su mirada desesperanzada cuando se despidió? ¿En el camino a Königsberg? ¿Y cuándo dejó de creer que se reencontraría con sus hermanos? ¿Al momento de decirles adiós?

En Königsberg había aprendido a vivir el día, a decir hoy encontré leña, conseguí comida, hoy no tengo tanta hambre, hoy fue un buen día. Sabía que al día siguiente volvería a lo mismo y a la misma incertidumbre, pero había dejado de pensar en cuando sea grande, en cuando haga la primera comunión lo comprenderé todo, como Helga le había prometido. Al decirle que después de la invasión rusa, cuando te vayas a donde vayas, tendrás abuela, Beckmann había declarado que el niño que tenía frente a él tenía futuro, y había logrado que el niño soñara con ello y planeara para eso y tomara determinaciones como cuando

sea grande, nunca tendré ni hambre ni frío. Todas las demás determinaciones dependían de que se cumpliera esa, la primera, la más importante. Pero la segunda era: cuando sea grande, buscaré a mi familia.

Pero el futuro no era como se lo había prometido *Herr Beckmann*. Y se había equivocado, además —¿o lo había engañado para que dejara de temer?—. Las bombas no eran como los rayos: caen dos y tres veces en un mismo lugar. Dan en el blanco cuantas veces las apunten. Las calles y las casas del vecindario eran prueba de ello. Y ahora reconocía que *Herr Beckmann* había augurado —y hasta deseado— que a él le caería una, pero había fallado en los cálculos: las bombas marcaban el principio del fin. No les habían dado tiempo de huir como él había planeado: mirar por su ventana mientras una familia de tres —una nueva abuela, una hija y un nieto— abandonaba el vecindario.

Él era sólo un niño y no sabía mucho. Pero ahora comprendía que nadie lo sabía todo. Ni Helga, que ya había hecho su primera comunión, ni su madre, ni *Herr Beckmann*. Lamentaría por siempre la pérdida de ese día, pero si algo había aprendido de su experiencia y por los consejos del viejo querido, era que así era la guerra: bombardea, pero más le vale al que deja vivir levantarse y continuar con la intención de vivir. Seguir con la intención de un futuro. Él tenía futuro, se lo habían dicho y él lo había comprendido. No quería por nada ni nadie abandonar esa idea.

Solo no podía, pero no estaba solo. Eran una familia decimada, pero eran dos: un niño y una madre con un corazón defectuoso. La guerra no los había matado. Aún. Estaban obligados a buscar y planear un futuro aunque sólo fuera para dos. Hablaría con su madre, le hablaría sobre los consejos y calidez de los *Beckmann*. Sobre su muerte. Le enseñaría los túneles, la tumba de *Fräulein Stieglitz*, el mueble de los zorros, perdices y gansos, lo que aún contenía y lo que ya no. Le mostraría el tesoro que ahora guardaba en la solapa de su abrigo. Juntos harían un plan.

Salió del túnel. De la cocina salió al jardín. Arriba de él no había más que los rayos de sol en el aire helado y alrededor, el extraño aroma de una ciudad destruida. No había aviones sobrevolando, ni morteros. A lo lejos, podía oír la artillería. Todavía no se acercaba más esa batalla. No tardaría. *Deutschland ist kaputt*, le había dicho el piloto, burlón tal vez, pero con toda la verdad. La batalla de la guerra por el *Vaterland* estaba perdida. Ninguna palabra de ningún

héroe de película podía cambiar ese destino, ninguna palabra de héroe de película valía lo que las de su madre en aquella otra vida: La guerra de las mujeres es esa que vimos afuera. Olvida el *Vaterland*. Las mujeres van a la guerra por los hijos. Yo pelearé por mis hijos, por ti, pero necesito tu ayuda.

Juntos pelearían su propia batalla.

Qué natural hubiera sido para el Arno de granja, el de antes, gritar *Mutter!* Y qué natural hubiera sido la respuesta de ella, también a todo pulmón: *Was is los?* Pero ese antes se había extinguido. El ahora exigía voces bajas, discreción, sigilo. Siempre.

Fue al establo, donde su madre, de rodillas, tal vez también por cumplir alguna promesa hecha al animal, procuraba juntar con sus manos los pedazos de tallos de heno que se hubieran escapado de la boca del caballo para darle tan siquiera un bocado más.

—*Mutter: komm* —le dijo Arno en un susurro.

Ella, alarmada, respondió de igual modo.

—*Was is los?*

Abril de 1945

53. EL DERRUMBE DE LA MURALLA

Al día siguiente, los mandos militares alemanes se rindieron ante los soviéticos. La gran ciudad amurallada, durante toda la guerra llamada por el *Führer* como «el invencible bastión del espíritu alemán», había caído y con ella, de manera oficial, Prusia del este.

El mundo se enteraría de la hazaña por medio de la prensa rusa. En Alemania intentarían acallar o minimizar la noticia. Que no se dijera en casa que Adolf Hitler había perdido no sólo a la ofensiva, sino ahora también a la defensiva.

Lo que el mundo tardaría en atreverse a mirar y mucho más en admitir y lamentar, fue lo que sucedió dentro de las murallas de la antigua fortaleza de los Caballeros Teutones y en toda esa región que antes llamaban Prusia, después de su rendición ante un ejército inundado de tal sed de venganza.

LOS HAHLBROCK
Abril de 1945

54. FALSAS PROMESAS

Wanda abrió los ojos. Ya eran las cinco y media de la mañana, lo sabía. Hora de levantarse. No tardaría en amanecer, aunque el sol primaveral todavía no lograra convencer al invierno de irse. Pero invierno o primavera, nieve o pasto, el horario de las vacas era el horario de las vacas y había que respetarlo.

Ahora ordeñaban las vacas, las alimentaban, limpiaban los establos porque un día, sin aviso, el ejército se había llevado a todos los *Zivilarbeiters* polacos.

—¿Para qué los necesitarán? —se preguntó Berengaria.

No los necesitaban, pero ahora sobraban, comprendió Wanda. Con los rusos tan cerca, temían tal vez que éstos huyeran o que se unieran a la batalla en contra de sus patrones. Los habían recolectado para desaparecerlos.

—No importa —dijo Berengaria—. La primavera no se decide a llegar, así que no hay mucho trabajo. Supongo que nos mandarán unos nuevos para la siembra...

Pero aún en un invierno que se niega a irse, en una granja hay mucho trabajo. Wanda estaba acostumbrada al trabajo arduo, pero su trabajo habitual era otro, dentro de la casa. Hacer el trabajo de granja la extenuaba. Ahora tenía ampollas en las manos. Irmgard despertaba gimoteando todos los días: le dolía el cuerpo entero, le dolía su juventud invertida en la supervivencia. A Erna, lo mismo. Pero lo peor era que se le había acabado la leche sin aviso. Un día la tenía, abundante, y al día siguiente, nada. Lloraba Crystl y lloraba ella: había dado por sentado que mientras tuviera leche para dar a su hija, estaría tranquila de que ésta no moriría de hambre. ¿Ahora qué voy a hacer?, le preguntó a Wanda.

—Dejar de llorar, para empezar —le contestó élla—. Y tú también Irmgard. Basta de lloriquear todas las mañanas. Vamos a trabajar, vamos a ahorrar. La guerra no puede durar mucho más...

—Y entonces *Vater* va a regresar...

Wanda sonrió, pero no respondió. Irmgard había tomado su sonrisa como un sí. Pero ella no haría promesas sin fundamento. Que Hartwig regresara era un deseo, no una garantía, así como las promesas del *Führer* de que ganarían la guerra habían sido sólo eso: un deseo.

Wanda, a quien no le gustaba hacer promesas al aire, reconocía en ése a alguien a quien no sólo le había gustado hacerlas, sino a quien se las había creído todas al pronunciarlas. ¿Qué estará pasando por su mente ahora que está rodeado

por rusos, ingleses y americanos?, se preguntaba. ¿Pediría perdón algún día por embaucarlos a todos en el afán de engañarse? Wanda, en la granja, encendía la radio en cada oportunidad no sólo para recibir las noticias —muchas de las cuales no creía—, sino para ser testigo de tal suceso, de llegar.

Pero hasta ese día nada. Hasta ese día, música en la radio, mensajes de ánimo, peticiones de solidaridad con el último esfuerzo de la guerra y escasez por todos lados. Cada vez más. Y ya la guerra carcomía todo. Hasta la juventud de su hija mayor, a quien su madre ya se negaba a engañar.

—Y tú, ¡ya!, basta de lamentarte, Wanda —se dijo.

Ese día era domingo, pero las vacas tampoco entendían de *Gottesdienst*.

Wanda respiró hondo y soltó el aire al tiempo que se quitaba de encima de un movimiento la tibieza del edredón. De inmediato cambió la textura de su piel, pero persistió: se levantó. Se echó agua helada a la cara y se lavó los dientes con prisa. Mientras se vestía, oyó ruidos en la cocina. Supuso que era Janusz, pero era raro que se atreviera a entrar a la casa antes de que lo llamaran a desayunar.

Con curiosidad, salió. Irmgard e Ilse seguían dormidas en la sala. Káiser ya seguía a Janusz en su andar nervioso en la pequeña cocina, sorprendido de que éste no le abriera la puerta para salir a empezar su día.

Janusz la miró.

—*Was is los?* —susurró Wanda.

—*Frau Hahlbrock*. Vámonos de aquí. Vámonos ya.

Hartwig le había dicho que escuchara a Janusz.

—¿Por qué?

—Salí a caminar y llegué hasta la línea de defensa.

—¿Otra vez?, Janusz, ya sabe lo peligr...

—Algo espera el ejército, *Mein Frau* —insistió. —Están reforzándose con muchas más tropas y tanques. Creo que ya vienen los rusos.

—Y si esperamos...

—Aquí corremos el riesgo de quedar atrapados en medio de la batalla. ¿Ha escuchado algo en la radio?

No había escuchado nada que sirviera de algo. Pero ahora distinguía la razón.

—Sí, Janusz —lo interrumpió Wanda, exasperada consigo por intentar aplazar lo inevitable—. Tiene razón. Vámonos.

Su familia, como Berlín, como el *Führer*, también estaba rodeada de todos

los enemigos de Alemania. ¿Cuál escoger? ¿Había mejores enemigos de entre éstos?

—No le comente nada a los niños ni a mi madre. Ya les diré yo más tarde.

Wanda despertó a Irmgard y a Erna: las vacas no podían esperar y ellas no podían quedar mal con los primos. Regresaron por la tarde con una carretilla llena de heno para los caballos, patatas, huevos, un tonel de leche y quesos. Agregarían eso a lo que habían acumulado en sus semanas de descanso. Antes, se despidieron. Wilhelm les dijo que no abandonaría su granja. Si lo hacía, tendría que reportarse al *Wehrmacht*. Berengaria no lo abandonaría a él ni a sus hijos.

—Además, Wanda, estás exagerando.

Esa tarde transcurrió entre preparativos y limpieza. Luego, con el mapa de Hartwig, hicieron planes. Ir a Hannover era imposible: todos sabían que los ingleses ya estaban muy cerca.

—Tengo un hermano: Hugo —dijo su madre.

Era cierto, pero los hermanos no se hablaban ni se escribían desde que él había decidido abandonar la iglesia luterana por la adventista. A devenediza, la llamaba su madre. Wanda tenía la edad de Freddy la última vez que había visto al tío Hugo. Apenas lo recordaba.

—Tiene una granja en el norte. Cerca de Schleswig Holstein.

Miraron el mapa Michelin. Les tomaría mucho tiempo recorrer los más de cuatrocientos kilómetros, eso sin sumar los de la desviación que tendrían que hacer para evitar el cerco militar de Berlín. Pero el tiempo que les tomaría valdría la pena. Viajar hacia el noroeste los alejaría de los rusos en definitiva y no los acercaría al territorio que ya ocupaban ingleses y estadounidenses al oeste.

—¿Crees que nos reciba?

—Ese apóstata nunca fue muy buen hermano y dudo que eso haya cambiado, pero ¿qué opción tenemos?

¿Qué opción tenían? Ninguna otra. El más aliviado por esa pronta decisión fue Janusz.

—Entonces nos vamos —dijo él.

—¿Cómo haremos Erna y yo solas? ¿Quién nos ayudará a conducir la carreta? —dijo su madre.

—No irán solas, *Mutter* —dijo Wanda—. Entre todos ayudaremos. Janusz nos ayudará a todas. Haremos trayectos cortos.

—Que viaje Irmgard con nosotras. Que nos ayude con Crystl.

—No. Mis hijos viajan conmigo.

Su madre no tomó su decisión de muy buen talante. Se miraron de manera fija a los ojos, en espera de que la otra dijera algo más. Fue Erna la que rompió el tenso silencio.

—No importa, *Mutter*, nos haremos compañía.

Marcaron el trayecto de esa noche en el mapa. Por evitar la luz del día de primavera, su viaje sería hasta cinco horas más corto que en las noches de invierno.

Era muy doloroso dejar la cabaña, cerrar la puerta. En ese lugar habían descansado y habían recuperado fuerzas y algunas provisiones. Era casi tan difícil como el día en que habían abandonado la granja donde habían nacido todos sus hijos. ¿Por qué? Todo y todos estaban arriba de las carretas, listos para partir. Todo estaba limpio. Berengaria no podría quejarse de los hábitos de limpieza de los huéspedes que no había invitado.

Se sentó en el espacio vacío a un lado de Janusz en la banca del conductor. Ese lugar que ocuparía en el viaje era el que había pertenecido a Hartwig. Entonces le dio sentido al vacío que tenía dentro, a un lado, alrededor, en la banca, en la vida.

Ese vacío se llamaba Hartwig; era la parte de ella que llenaba él, y sólo él. La parte que aún sola en la cabaña que él había habitado con ella por dos cortas semanas había conservado con vida: el hogar compartido con el hombre con el cual había prometido que sólo la muerte los separaría.

Al cerrar la puerta de la cabaña, se cerraba ese capítulo. La guerra los había obligado a romper sus promesas, a dejarse separar. Ella, que no sabía dónde estaba él, sentía que lo abandonaba. Y él, que quizás los imaginaba en la cabaña donde los había dejado, ahora tampoco sabría dónde estaba su familia. ¿Cómo harían para imaginarse? ¿Para reencontrarse?

—¿Está bien? —le preguntó el muchacho.

Y otra vez ella, a quien no le gustaba ni prometer ni mentir, prefirió no contestar.

—Vámonos, Janusz —dijo, firme.

Los primeros minutos los pasaron todos en silencio. Hasta los bebés parecían contagiados del sentimiento de los mayores: la desesperación de saber lo que les esperaba en el camino, y la desesperación de no saber lo que el futuro les deparaba.

55. LA MALDICIÓN DE EVA

A Ilse le parecía extraño encontrar un espacio así, exclusivo para la familia. ¿Dónde estaban los tantos viajeros que habían encontrado antes de llegar a la granja del tío Wilhelm? No le gustaba el vacío, no le gustaba el sonido de sus voces pequeñas en esos techos tan altos. Y todos tenían frío, pues adentro de un granero nunca había fuego, nunca debía haberlo, así que nadie instalaba ahí estufas o fogones. Adentro de un granero sólo se estaba un poco mejor que afuera.

Ese día, cuando por fin se habían aplacado los pequeños, despertó Irmgard, pálida, adolorida del vientre. Ilse la acompañó al baño exterior. Desde fuera, oyó cuando Irmgard empezó a llorar.

—Ilse, háblale a *Mutti*.

—Pero está dormida...

—Ilse, *schnell!*

Todos sabían que cuando su madre dormía, nadie debía molestarla. Debía tratarse de algo grave si Irmgard le pedía que lo hiciera. Alarmada, corrió con el Káiser pisándole los talones. La encontró ya despierta y se quedó a cargo de Helmut, que acababa de despertar. Su madre salió deprisa en busca de Irmgard. Al rato regresaron del baño las dos, de brazos entrelazados, serias. Irmgard, llorosa, se acostó de nuevo.

—Dice *Mutti* que no nos iremos hoy.

—¿Te sientes muy mal?

—Sí.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—Con la cara que traes no puede ser nada.

—Ilse, eres muy pequeña para comprender.

Y por más que intentó que Irmgard le explicara, no hubo manera, pero tenía que ser algo importante, pues su madre le regaló todas las servilletas de lino de Navidad y hasta la abuela se acercó a su hermana a hacerle una casi suave caricia en el pelo. Ilse no estaba muy segura, pero creyó oír que ésta le decía que debía soportar el dolor de la maldición de Eva. ¿Cuál era ése?

Algo malo, por la cara de Irmgard. Ilse no podía ver la suya, pero observaba y se preocupaba por lo que veía en la de su madre e Irmgard. Estaban

demacradas y tenían la piel quemada por el frío, ahora que por las noches ayudaban a Janusz a conducir la carreta: ya no podían darse el lujo de gastar la grasa de bacalao con zinc porque tenían muy poca y era más importante proteger de las rozaduras a Helmut, decía su madre.

—Además —decía—: ¿quién quiere andar por la vida oliendo a pañal de bebé?

Todos habían reído: nadie quería andar por la vida ni oliendo ni olfateando pañal de bebé, pero a todos les sucedía eso mismo todos los días.

Esa noche Janusz salió a caminar con Káiser. Pondrían trampas, dijo. Quizá caería algún conejo y comerían carne al día siguiente. Ilse se durmió con esa promesa en mente. Tenía mucho tiempo de no probar carne.

A la mañana siguiente estaban sentados en el piso, dentro de sus costales, adormilados, pero ansiosos. Esperaban con frío. Temprano había llegado Janusz con malas noticias: no había caído ningún conejo. A Helmut y a Edeline les chorreaba la nariz y ella era la encargada de limpiárselas, pues su madre y tía Erna habían ido a pedir que les dejaran usar el fogón del establo para calentar ladrillos, hervir pañales, descongelar la leche y a cocer huevos y patatas. Todos tenían hambre. Irmgard no hablaba, aunque tenía mejor aspecto. Janusz revisaba las ruedas de la carreta. El único que faltaba ahí era el Káiser.

—Janusz, ¿has visto al Káiser?

—Lo vi hace rato por aquella esquina.

Ilse fue a buscarlo. Lo encontró comiendo maíz.

—¡No, Káiser! *Böser Hund!*

Pero al Káiser no le importó la reprimenda de su niña; ni siquiera la miró. Ser perro malo parecía no importarles si de llenar la barriga se trataba.

—Eres perro, no vaca. Te va a doler la panza como a Irmgard.

Janusz se acercó, curioso.

—Tiene hambre —le dijo éste a Ilse—. Ayer, al llegar, los tomó por sorpresa, pero hoy los ratones no saldrán hasta que se vaya el perro.

—Pero no puede comer comida de vaca —dijo Ilse.

—Pues no es lo mejor para él, pero no creo que le haga daño. Si no, no lo comería. Pero lo llevaré a cazar. Tal vez regresemos con conejos para todos.

Kaiser: komm!

56. EL KÁISER Y LOS LOBOS

Salió esa mañana con el Káiser para ir de cacería, pero se distrajo por ayudar a las señoras con la pesada carga que traían de la casa de la granja. Después de llevar todo al granero, miró alrededor suyo: el perro ya no estaba.

Káiser no se perdía, se dijo. Cazaría, comería y regresaría satisfecho. De todas maneras fue tras él. Aprovecharía para poner algunas trampas de nueva cuenta. Con suerte, cenarían conejo o ardilla esa noche antes de partir.

Pudo distinguir algunas huellas del perro en la nieve, pero se perdían, pues ya no todo estaba nevado y él no era tan buen rastreador. Káiser lo percibiría en el bosque y lo encontraría, pensó. Colocó sus trampas. Pero el Káiser no apareció. Y el bosque estaba en absoluto silencio.

De repente, a su derecha, lejos, oyó ladridos y alarmado, corrió hacia el sonido. Cuando estaba cerca, comprendió que no oía sólo al enfurecido Káiser: voces de hombres resaltaban entre los silencios del perro. No distinguía lo que decían, sólo su excitación.

Se acercó al pequeño claro en el bosque con precaución. En el pequeño campamento, cinco soldados desarrapados, armados con cuchillos, rodeaban al perro, al cual tenían amarrado del cuello con una soga sujeta a un árbol. Sangraba de un costado. Por más que luchaba por liberarse, la soga no cedía, y sus salvajes ladridos ya se fundían con sus chillidos. Un soldado atrevido acertó a encajar su cuchillo en una pierna y el Káiser soltó un chillido de dolor y se colapsó vivo, pero vencido. La jauría que lo rodeaba se acercó y se le echó encima con colmillos de acero.

Janusz cerró los ojos, ya no quiso ver más. Se dio la media vuelta y corrió sin preocuparle el ruido que hiciera. Pero aún de espaldas, ganando distancia, los oídos funcionaban y también la imaginación, que lo llenaba de imágenes que sus ojos se habían negado a proveer. Había llegado demasiado tarde. ¿Qué más pudo haber hecho, armado sólo con el cordel de sus trampas? Dar al querido perro por perdido. Regresar, nada más. Y avisar.

La encontró rodeada de los niños. Habían comido ya. La llamó desde lejos.

—¿*Frau* Hahlbrock?

El aire le faltaba por la carrera, el frío empezaba a congelarle el pelo sudado. Ella se acercó.

—¿Sí? —preguntó, sorprendida por su aspecto.

Lo siguió cuando él se dio la media vuelta y caminó hacia afuera.

—Káiser se fue sin mí. Pero lo encontré.

Y le dijo a *Frau* Hahlbrock cómo. Ella palideció y se dobló un poco, como si le hubieran dado un golpe en la boca del estómago. Así se sentía él: con un golpe en el cuerpo que no cesaba su efecto. Janusz pensó que debería ofrecerle apoyo, llevarla a sentar, ofrecerle agua, pero ella se repuso en un instante.

—Janusz, traiga la escopeta —dijo ella con determinación.

—*Frau* Hahlbrock, ¿qué piensa hacer?

—Tráigala cargada. *Schnell!*

Janusz la guió al claro en el bosque. Ya sólo se oían las voces de los hombres. *Frau* Hahlbrock no se detuvo en la periferia con cautela: entró al claro como si le perteneciera, como diosa de los bosques, armada de su furia y de una escopeta con dos cartuchos.

—*Halt!*

Los hombres detuvieron de inmediato lo que hacían, asustados, acostumbrados por el ejército a temer y obedecer a las voces fuertes, y la voz que les ordenaba sonó con todo el peso de la autoridad, a pesar de tratarse de una de mujer.

—Ese perro es mío.

Habían interrumpido a los soldados en su carnicería. La cabeza de Káiser estaba a un lado y el cuero casi había abandonado el cuerpo que había cubierto.

—Era un perro salvaje.

—Encima de asesinos, ¿mentirosos? Mi perro tenía un collar. Ése rojo que está ahí.

—*Mein Frau*, usted no sabe lo que es tener hambre —dijo uno con tono exculpatorio.

—Somos prusianos. ¿Creen que llegamos hasta aquí sin pasar hambre?

—No lo suficiente, porque de ser así este perro no hubiera llegado hasta aquí con vida —dijo otro, altanero.

Wanda no perdió el terreno que había ganado. Se paró más firme. Inspirado, Janusz intentó hacer lo mismo.

—Ése es mi perro.

—¿Y ya qué?

—Me lo darán.

Rieron.

—¿Para darle cristiana sepultura?

—Para comer, ya que nos hicieron el favor.

Con esas palabras cesaron las risas. Janusz la miró, casi tan azorado como los hombres.

—¿Y si no, qué?

—Y si no, correrá mi hijo a dar aviso al batallón que vimos a corta distancia —dijo, señalando a Janusz sólo con los ojos, quien asintió—. Los encontrarán, y cuando suceda, les aseguro que ya no les durará el hambre mucho tiempo más.

Eso pareció convencerlos.

—Podríamos compartir.

—Sí. Podríamos. Nos darán las dos piernas. Les dejaremos lo demás.

Antes de que los hombres pudieran pronunciar sus peros, Wanda los detuvo.

—*Schnell!*

Se fueron de ahí caminando deprisa, sin hablar. Janusz iba detrás, con una pierna despellejada en cada mano, cuidando que la sangre que chorreaba a sus lados no manchara sus pantalones. Le pesaban mucho más que su peso real. *Frau Hahlbrock* llevaba la escopeta, pero también parecía batallar con su peso, pues sonaba su respiración y luego se entrecortaba. ¿Lloraba? Janusz no estaba seguro. Él, todavía no.

Antes de entrar al granero, Wanda se detuvo y lo miró de manera directa por primera vez desde que él le dio aviso. No había lágrimas, pero había rojo en el blanco de sus ojos y rojo alrededor. Su boca había perdido suavidad.

—No entre con ellas al granero —dijo, señalando las piernas—. Junte leña, encienda el fogón en el establo —le dijo sin aire—. Le diré a Erna que le traiga una olla y un cuchillo para cortar la carne del pequeño venado que cazó —hizo énfasis en la palabra *venado*—. ¿Entiende? —esperó a que Janusz asintiera—. Le mandaré patatas y una cebolla. Siento pedirle esto, pero usted va a cocinar. Haga un buen trabajo con el estofado. No me siento bien. Me voy a acostar un rato.

Janusz asintió, sin encontrar su voz.

—¿Janusz? Esos hombres... —hizo una pausa, pero no completó la idea—. Nunca había tenido tanto miedo en mi vida.

Janusz la miró y la admiró. Encontró su voz.

—Ésos no eran hombres, *Mein Frau*. Eran lobos.

57. CON LAS MANOS VACÍAS

Si cerraba sus ojos, todavía veía los del Káiser, muertos, mirarla. Y por eso ya sólo dormía cuando el sueño la sorprendía. Le daba gusto: así le daba descanso a Janusz y a Irmgard.

¿Qué le diría a Hartwig? ¿Lo mismo que le había dicho a la familia, a Ilse? Que era hora de partir y el perro nunca regresó. Que ese día en la granja se habían enterado de que esa mañana había iniciado el ataque del ejército soviético al círculo exterior de Berlín. Que ya habían perdido un día ahí —porque tu niña se hizo señorita—. Que no podían perder ni un minuto más.

¿Lloraría él como había llorado Ilse con cada vuelta de rueda de esa noche hasta quedarse dormida? Mejor esa explicación que hablarle del uso que le habían dado al querido perro. Mejor esa explicación que confesarle que habían aprovechado su carne al máximo. Mejor que decirle que si esa primera noche todos felicitaron al gran cazador y cocinero, Janusz, éste no dijo nada, que sólo bajó la vista; que todos sonrientes y agradecidos, devoraron su ración limitada; que Ilse dijo, entre cucharada y cucharada, al Káiser le encantarán los huesos y que Janusz se atragantó con su bocado; que nadie extrañó al Káiser hasta el final, hasta que se montaron en la carreta e Ilse preguntó ¿y Káiser?

Cómo admitir que, aunque esa noche se había rehusado a probar el potaje preparado por Janusz, el segundo día el hambre la venció y lo comió agradecida. Mejor que confesarle que Janusz había hecho un buen trabajo como cocinero y que ella, en cada cucharada, se decía tienes que estar fuerte, tienes que estar fuerte, para fingir que sólo por eso comía.

El potaje les duró siete días. Ahora, otros siete días después, todos comían sus patatas hervidas con nostalgia del delicioso venado de Janusz. Los niños le preguntaban ¿cuándo cazas otro? No es fácil encontrarlos por la guerra, les contestaba él.

Iba dormido a su lado, exhausto. La carreta de Erna se había atascado en una hendidura lodosa del camino, hecha, creía Janusz, por el paso reciente de muchos camiones militares. Fue difícil sacarla, a pesar de la fuerza de los caballos. El camino tenía hendiduras donde los camiones habían quebrado el hielo, pero éste persistía en otras, por lo que los caballos batallaban para encontrar pisada firme sin resbalar. Janusz lo había solucionado, pero habían perdido una hora en el asunto. Ahora ella llevaba las riendas y sabía que iba en

la dirección correcta, pero no creía que llegaran a buen resguardo todavía a oscuras. Al día siguiente sería el primer día de mayo, y entre más se acercaban al verano, más temprano llegaba el alba. Esa hora perdida les había costado. No era la primera vez que les sucedía, pero era un descuido peligroso. Pasarían el día en el bosque, decidió.

Miró al cielo, escuchó al cielo. De ahí, nada. Tal vez a la siguiente vuelta en el camino encontrarían un lugar seguro donde detenerse, pensaba, pero tenía la última hora buscando. El bosque se abría y daba lugar para el camino, pero nada más.

—Janusz.

Lamentaba despertarlo.

—¿Sí?

Wanda casi rio por el esfuerzo del muchacho por fingir que no dormía.

—Está por amanecer. Aquí sólo hay bosque. No creo que llegemos a ningún lado.

Dio la vuelta en el camino. La última que podía permitirse dar sin detenerse: ya podía ver la alborada.

—¿Qué hacemos?

—Parar.

—Sí, pero ¿dónde? Ayúdeme a buscar un lugar.

Siguieron. Pero sucede que un momento el día se bate contra la noche que se defiende, reacia a irse, y al otro ha ganado el día de manera plena y de la noche, ya ni sus ruidos, ni sus aromas. Ni su protección. De la noche ya no queda más que el recuerdo.

Cuando dieron otra vuelta en el camino, se borraron las sombras del bosque, y los cegó el sol en el horizonte. Más adelante vieron amplitud y vieron múltiples vehículos militares orillados. ¿Abandonados? Oían el sonido de motores, pero a Wanda le pareció extraño, porque los vehículos que pasaban estaban apagados y, en efecto, abandonados.

Al mismo tiempo que alguien desde dentro del bosque se los decía, lo dijo Janusz.

—¡Debemos bajar ya! ¡Aviones! —dijo apuntando al sol. —A la distancia...

Wanda no podía verlos, pero abrió la cortina frontal de la carreta mientras Janusz se bajaba para sostener a los caballos.

—¡Niños! ¡Despierten! Vienen aviones. ¡Bajen rápido! Irmgard, baja a Edeline. Ven Freddy, rápido. ¡Ilse! ¡Despierta, Ilse! Levanta a Helmut.

El sonido de motores se acercaba. Wanda descendió de la carreta. Irmgard bajó con Edeline. Un soldado les hizo señas para que se resguardaran en el bosque y corrieron. Ilse, ya espabilada, se acercó al asiento delantero con Helmut en brazos y lo cruzó. Freddy venía detrás. Wanda levantó sus manos para recibir a sus hijos.

—Freddy. Ven. ¡Rápido! Ilse, pásame a Helmut.

El primer avión dio en un blanco: un camión cercano explotó. Los caballos arrancaron su rienda de la mano de Janusz y, desbocados, se llevaron con ellos a la mitad de su familia en dirección de los otros aviones que venían por más.

Wanda se quedó a la mitad del camino con las manos vacías en alto, y lo único que se le ocurrió fue gritar: ¡No lo sueltes, Ilse! ¡No lo sueltes! Se le desgarró la garganta pero no lo sintió. La carreta iba a toda velocidad detrás de tres caballos alocados, aterrorizados, dando tumbos en el camino maltratado. ¡No lo sueltes! Y quiso correr detrás, pero Janusz la detuvo.

Sonaban los motores. Por momentos parecía flotar la carreta hasta que volvía a dar contra el suelo. Con violencia. Cada vez más lejos. Explotaba la tierra y el metal. Y ahí estaba la madre, a la mitad del camino, con la mirada fija en sus hijos y en nada más.

—¡Mis hijos!

Janusz la arrancó de ahí. ¡No lo sueltes! Janusz la llevó a las sombras. ¡No lo sueltes! Janusz la acostó boca abajo. Pero ella nunca quitó su vista del camino, nunca supo que había respirado aire caliente y desplazado por una bala, nunca parpadeó siquiera, hasta que le llovió tierra, hasta que la cubrieron agujas de pino vencidas por la fuerza de un avión que las acarició con su aire. Con los ojos cerrados, por fin olvidó los ojos muertos del Káiser pero, en esa eternidad, nunca olvidó la cara de terror de Ilse en ese único y último instante que tuvieron para mirarse. Eso, y sus manos vacías, que le dolían.

58. LOS GANSOS

El mundo explotó. Su madre estaba ahí y luego ya no. Pero al desaparecer, le gritó: Ilse, no lo sueltes, y ella guardó ese grito en su oído y lo hizo sonar más fuerte que el relinchido de los caballos. Más que los golpes de sus cascos contra la tierra dura y los de la carreta contra la tierra. Más fuerte que los motores que sonaban cada vez más cerca, más que las detonaciones que llovían alrededor suyo, más que los fuegos que le exiliaron lo helado al aire, más que el llanto de sus hermanos.

¡No lo sueltes, Ilse! Hubiera querido contestarle no lo suelto, con la misma fuerza que usó para aferrarse a Helmut para no soltarlo, pero abrir la boca y formar palabras le hubiera restado convicción a sus brazos. Y la carreta se empeñaba en arrancarle a su hermano, y en hacerla volar a ella, pero ella luchó con todo en ese mundo borroso helado ardiente que los rodeó de súbito.

El primer impulso de los caballos la había hecho a caer de sentón sobre la banca aún tibia por el calor de los cuerpos de su madre y de Janusz. Con las manos llenas con el cuerpo de su hermano, sólo le quedó usar sus pies cubiertos con mallas para tratar de afianzarse a la lisa madera del piso o a los marcos de la carreta. Y mirar hacia arriba.

Y Helmut lloraba en sus brazos como nunca antes y Freddy lloraba atrás de ella, y ella no podía ir con él y la parvada de gansos furibundos se acercaba en concierto y dejaban caer sobre ellos su enojo y su orina de lago rosa, caliente, espeso, y lo salpicaban todo: a los caballos, a la carreta y a ella, a quien de nada le sirvieron sus manos y sus brazos para proteger al bebé que llevaba en brazos de esa humedad viscosa que los empapó.

Y los golpes contra la carreta no cesaban. Los caballos corrían y chillaban. Pero Helmut ya no, se dijo Ilse, aliviada. Rururu, ya pudo pensar. Rururu. Se lo acomodó un poco mejor contra su hombro. Y se le acababa la fuerza de los brazos, se acalambraban, pero no lo sueltes, Ilse, no lo sueltes, no lo sueltes. Los cruzó con más fuerza sobre el pequeño cuerpo de su hermano. Y le dolían los oídos por el intenso llanto de Freddy y por las explosiones. Rururu, Freddy, como cuando era bebé, pero él, que ya no lo era, pero que lloraba sin recordar ese hecho, no la oyó. Y los gansos siguieron su camino, y los caballos también siguieron el suyo, y no podía decirles ya pasó todo, caballos, rururu, ya pueden parar, déjenme bajar, déjenme descansar.

Más adelante uno de los caballos tropezó y la carreta dio un brinco que tiró a Ilse a los maderos del suelo. Pero no soltó a Helmut, que, recargado en su hombro, seguía dormido. El mundo perdió su cualidad borrosa, volvió a enfocarse, se detuvo entre fuego y hielo. El cielo se limpió de gansos. Ilse se recargó contra la base de la banca, aliviada: todo había terminado. Parecía. Pero no pararon los chillidos de los caballos ni el llanto de Freddy. Él la comprendería cuando ella tuviera fuerza para hablarle y le dijera deja de llorar, pero, ¿y ellos? Ilse todavía no se entendía con esos animales. Apenas se atrevía a cepillarlos y a echarles sus mantas encima. ¿Cómo consolarlos si no estaba Janusz?

¿Qué hacía él cuando chillaban así? ¿Qué les decía? Pero no recordaba que antes sus dóciles caballos hicieran esos ruidos, una mezcla de relincho y chillido que ya parecía aplacarse, gracias a una suave voz que les hablaba.

¿Janusz?

Ilse se puso de pie con la pura fuerza de sus piernas. Rururu. No soltaría a Helmut por nada, ni para erguirse. No lo despertaría.

La voz no era la de Janusz. Era un hombre desconocido, un soldado. Le hablaba con ternura a los caballos. Cuando la vio, pareció sorprendido.

—*Kleines Mädchen!* ¿Estás bien?

Ilse quería decirle que bajara la voz, que despertaría a su hermano pequeño y que haría llorar a Freddy, si no. Pero no pudo. Y Freddy ya lloraba. Sólo asintió.

—¿Quieres pasarme al bebé?

¡No lo sueltes, Ilse! Las palabras de su madre retumbaban todavía en sus oídos medio sordos. El hombre tenía una mirada gentil, bondadosa, pero aún así, Ilse negó con la cabeza.

—Te ayudaré a bajar. ¿El que llora atrás es tu hermano? —le dijo mientras la alzaba y la depositaba en el pasto con cuidado y le decía—: ¿Cómo se llama?

Quería decirle. Pero no podía. Si lo hacía, soltaría a Helmut. Miró al bosque. Estaba cansada. Le gustaría recargarse contra un árbol, pero el hombre se alejó y ella no se movió de donde la dejó. Luego llegó él con un desconsolado Freddy en brazos. Sangraba. Pobre Freddy. ¿Con qué se había cortado?

—¿Puedes caminar, princesa? Tenemos que meternos entre los árboles rápido. ¡Fihn! —llamó a otro soldado—, saque la carreta del camino.

—*Jawohl, Obergruppenführer!*

Los caballos no querían moverse. Ilse, que ya trastabillaba hacia donde le

indicaba el hombre, lo supo sólo con oírlos. Se suponía que ella debía cuidar de ellos. Lo haría cuando pudiera acostar a Helmut.

—¡Rápido, princesa!

Los brazos le dolían, las piernas le temblaban, pero obedeció.

59. PASAN DOS VECES

Cuando los aviones pasaron, Wanda quiso levantarse de inmediato. Janusz la sujetó.

—*Nein* —dijo otro hombre que compartía el refugio de los árboles—. Esos ingleses siempre regresan.

Y tuvo razón: se alejaron los motores hasta que parecieron extinguirse, y entonces regresaron con la misma furia. Esa segunda vez, Wanda apoyó su cara contra la tierra.

Cuando pasaron los aviones, ya no hizo el intento por levantarse. Había luchado y había perdido todo.

—Ya. Se fueron —dijo alguien.

Y entonces por todo el bosque sonaron voces en vez de bombas. Surgían de la tierra, como ella. Del sometimiento. Entonces oyó un llanto que le pertenecía. Edeline. ¡Edeline e Irmgard! Ellas sí bajaron, las había visto. Lo había olvidado.

—¡Irmgard! —miró a Janusz—. ¡Búsquelas!

Él fue por ellas. Cuando Edeline la vio, se le echó encima. Irmgard buscó con la mirada a sus hermanos y luego la miró con la pregunta sin respuesta posible. Los ojos se le llenaron de lágrimas, lo cual le dio fuerza a la madre.

—Nosotros no lloramos, Irmgard. Mírame —creyó decirle firme, aunque su voz temblaba—: No lloramos.

Se liberó de los brazos de Edeline y se levantó. Edeline quería que la cargara, pero para eso no tenía fuerza. Tenía que guardarla toda para lo que seguía. Todavía tuvo que esperar.

—Seguirán las explosiones. Algunos camiones cargaban municiones —le dijeron a Janusz, quien asintió sin pronunciar palabra.

Si estuviera sola, correría. Si estuviera sola, que le diera una bala de una vez. Pero no estaba sola y tenía más hijos que buscar. Se preguntó si en el camino encontraría los pedazos tirados... se detuvo. No pensaría en eso. Hacerse eso la destruiría antes de tiempo. Esperaría.

Janusz cargó a Edeline todo el camino sin decir una sola palabra, sin mirarla ni para un reclamo ni para un perdón. Pero ella tampoco. Tenía la mirada fija en el camino por el que se habían desvanecido sus hijos. Y a cada paso que daban para cortar el humo espeso con olor a bosque quemado y metal ardiente, que lo invadía todo, hasta sus oídos, Wanda temía lo que encontraría más allá de esa

cortina opaca.

Irmgard tenía miedo y quería caminar tomada de su mano, pero ella no podía soportar el roce con nada, con nadie. Suficiente era el humo que la rozaba por dentro y por fuera, que la hacía lagrimear, porque esas lágrimas no eran de ella, no; eran del humo, eran de la guerra. Ella ya no lloraba, la pérdida la había secado.

Pero luego Irmgard dijo mira, *Mutter*, y señaló la tierra helada salpicada de sangre acá, chorreada allá y rociada por todos lados. Sangre encharcada en huellas de tres caballos desbocados. Sus caballos. Sus hijos. *Meine Kinder!*, quiso gritar, pero calló.

Más adelante encontraron la muñeca de Ilse tirada en medio del camino. Irmgard la recogió. Un poco más allá, la pizarra de Irmgard, un zapato de Ilse, el costal de Helmut, enlodado. Irmgard cargó todo. Lo único que Wanda buscaba eran cuerpos tirados. De Helmut. De Ilse. De Freddy. *Meine Kinder!*, quería gritar para que sus hijos supieran que los buscaba su madre, para que el mundo supiera que ahí iba una mujer que había perdido, pero calló.

Habían recorrido cientos de kilómetros, cada uno andado sin saber qué encontrarían en el siguiente, pero el de ese día, a pie, fue el más largo, el más silencioso. Janusz abrazaba a Edeline, y ella se le acurrucaba, pero lo apretaba del cuello, como temerosa de que la dejara caer, de que la dejara. Irmgard arrastraba los pies, pero brincaba los charcos de sangre. Poco a poco, de entre la penumbra de los árboles que bordeaban el camino, de entre el humo, salían los soldados que habían alcanzado a salir de sus vehículos, como deslumbrados por la luz, o sorprendidos por seguir con vida. Unos ayudaban a sus heridos, otros arrastraban a sus muertos. Ella seguía los rastros de sangre sin detenerse, pero temerosa de lo que encontraría detrás de cada cortina de humo.

De detrás de una oyeron un balazo, la caída de un gran peso, el relincho asustado de un caballo. Wanda miró a Janusz, quien apuró el paso. Ella lo siguió. ¿Qué encontrarían? Cuando atravesaron el aire humeante, vieron la carreta a cien metros todavía. Wanda se detuvo de tajo: la lona de la carreta, ya no muy blanca después de tan largo viaje, estaba salpicada de rojo y de balazos.

Wanda corrió. Dejó a todos atrás. Y su grito rasgado rompió el pesado silencio el camino.

—¡Mis hijos!

Llegó sin aire, pues todo lo había gastado en ese grito. Llegó, pues las piernas obedecieron a su voluntad y sus pulmones cedieron ante su angustia. Abrió la cortina posterior y subió. Lo que vio le robó la habilidad de vivir sin aire, y el nuevo que tuvo que dejar entrar, el aire encerrado, el aire de madera astillada, tapete perforado, sangre derramada, la hirió. La luz del sol entraba en mil rayos por las perforaciones. No había niños, no había cuerpos. Sintió la esperanza nacer junto con la desesperanza. Los quería vivos o muertos. ¿Dónde estaban sus hijos?

Salió por la cortina delantera. Lo que sintió en la mano que sostenía la cortina, la horrorizó. Más cuando la vio, más cuando salió por completo y más cuando se vio rodeada por el horror que ahí había: delante, sus caballos destrozados. Detrás, contra la lona, el contenido que sus cuerpos habían vertido en su carrera de balas caídas del cielo. ¿Cómo podrían haber sobrevivido sus hijos si los enormes caballos estaban hechos pedazos, si el de la izquierda ya estaba en el suelo, muerto, el del centro, desquiciado, estaba bañado en sangre y al de la derecha le colgaban las tripas hasta el suelo?

Se dejó caer en la banca y dejó que sus ojos cumplieran su función. Buscaban sin encontrar. Buscaban entre todos los hombres que salían del bosque, que miraban con lástima a la madre que había perdido a sus hijos. El soldado que sujetaba las riendas le hablaba, pero no le importaba, no escuchaba, no entendía.

—¡Ilse! ¡Freddy! —gritaba, pero su voz apenas salía de sus labios, pues la había perdido en otros gritos.

El soldado se montó a la carreta.

—Señora. Ya le dije. Sus hijos están allá.

—¿Meine Kinder? —la debilidad de su voz conmovió al muchacho que había visto tanta muerte.

—*Ja*. Vamos. La ayudo a bajar —dijo y tomó las manos de Wanda que temblaban cada vez más—. Con cuidado. Un escalón más. ¡Schulz! —llamó a otro soldado—. Lleva a esta dama con sus hijos. Dale tu brazo para que no tropiece.

—*Mutti?*

Janusz, Irmgard y Edeline ya le habían dado alcance.

—Vamos con sus hermanos.

—*Nein, mein Frau!* —dijo el soldado apremiante—. Que la acompañe el joven. Deje a sus niñas aquí. Aquí las cuidaremos.

Wanda lo miró bien. No le gustó la lástima que vio en su mirada. ¿Qué la esperaba dentro del bosque? Respiró hondo, se privó del apoyo del brazo del soldado Schulz. Se irguió. Nunca había tenido tanto miedo.

—Irmgard, quédate aquí con Edeline —susurró, porque era lo más que lograba con su voz.

—Pero, *Mutti*... —susurró Irmgard como ella, al imaginar que se trataba de algún protocolo especial.

—Pero nada. Siéntense al lado de la carreta. ¿Tal vez un buen soldado nos puede hacer el favor de bajar un edredón...?

Siguieron al soldado, al paso que éste impuso. Atrás de ella sonaban fuertes los ruegos de Edeline: no te vayas, *Mutti!* ¡Yo voy, yo voy! Antes de entrar al bosque, Wanda tomó y apretó la mano de Janusz, que temblaba tanto como la de ella. Necesitaba fuerza y tal vez él también, pues tanto como ella apretaba, apretaba él también.

Delante de ella, de repente sonaron más fuerte los ruegos ahogados de su Freddy.

—¡No! ¡Éjeñe! ¡No! ¡Ilje! Huheg! Huheg!

¿Qué le pasaba a Freddy? ¿Qué le hacían? Wanda soltó la mano de Janusz. Dejó atrás los gritos de Edeline, corrió hacia los de Freddy. Ya no necesitó guía para encontrar a sus hijos.

Si lo primero que oyó fueron los gritos de Freddy, lo primero que vio fue a Ilse con la pálida cara y el pelo manchados de sangre, enfundada en un enorme abrigo militar. Todo lo vio de un vistazo: su hija estaba montada sobre la espalda de Freddy, cuyos hombros y cabeza sobresalían de entre sus piernas. Ella estaba concentrada en él: le acariciaba el pelo ensangrentado mientras le decía no llores, Freddy, no llores. Pero él lloraba. Gritaba. Atrás de ellos, un militar sin abrigo había bajado los pantalones y las trusas de Freddy hasta los tobillos, que sostenían otros dos soldados. Pinzas en mano, sin piedad, hurgaba en lo carnoso del trasero de Freddy.

—¡Freddy!

Freddy, atribulado, no oyó su voz dañada, pero el militar sí. Ilse también, y estuvo a punto de levantarse de su sitio.

—No, princesa. No te muevas. ¡Qué bueno que ya llegó tu madre! Necesitamos su ayuda, ¿verdad? —le hablaba a Ilse, pero la miraba a ella.

Wanda se acercó y se hincó al lado de sus hijos. Acarició la mejilla de Ilse, y luego apoyó la suya contra la de Freddy, para susurrarle al oído.

—Ya llegué, Freddy. Ya todo va a estar bien.

—Huher! ¡E ele ucho!

Wanda oyó que Ilse decía algo, pero estaba concentrada en su hijo.

—Yo sé, yo sé que te duele... pero ya va a pasar, ya verás. Tranquilo. Aquí estoy, pero le voy a ayudar al doctor. No, no... no me voy a ningún lado, aquí estoy contigo —le dijo cuando Freddy retomó el llanto con fuerza.

Wanda se acercó con el hombre a mirar el daño en su niño.

—¿Qué tan mal está?

—Es un niño con mucha suerte. Son varias heridas, pero ninguna muy profunda, aunque necesitarán suturas. Cuando lo encontré tenía encima un baúl. Creo que ninguna bala le dio directo. Saqué ya una esquirla. Creo que las demás heridas son por astillas grandes. Trae un golpe en la cabeza que necesitará sutura, pero primero lo primero.

—¿Ilse?

—Su hija no tiene nada. La revisé cuando le quité su abrigo.

—*Mutter?* —dijo Ilse con una voz pequeña, irreconocible—. No lo solté.

Por un instante no supo a qué se refería. Luego comprendió. Recordó. El hombre esquivó su mirada de la pregunta que brillaba ya en la suya, y volvió a sus atenciones médicas, no sin antes mirarla con lástima.

—¿Dónde está Helmut? —preguntó con su voz rasgada. Quebrada.

Miró alrededor suyo, frenética. No lo veía por ningún lado.

—No lo solté. Se quedó dormido, *Mutti*.

—¡Helmut!

El militar la miró.

—Lo siento, señora —dijo, al dirigir su mirada a la base de un árbol atrás de él, fuera de la mirada de los niños.

Había olvidado que Janusz venía con ella. Ahí estaba sentado a un lado del árbol. Abrazaba sus piernas con fuerza. Le pareció que el muchacho se veía pequeño. Tirado a su lado, Wanda vio el abrigo de Ilse. La madre arraigada en la pulcra cotidianidad se hubiera ofendido: ¿por qué se lo habían quitado? ¿Por qué

lo habían tirado al suelo del bosque a llenarse de espinas, hojas y tierra? Pero le faltaba un hijo ese día violento y entonces sus ojos percibieron lo que no habían logrado en el primer vistazo: el abrigo café estaba mojado. El abrigo cubría lo que habían colocado de manera directa en la tierra.

—¡Mi hijo! —el delgado hilo que todavía sostenía su voz, se terminó de romper.

¿Se rompería igual su cuerpo? El dolor muy dentro parecía indicarlo. Se abrazó a sí misma por las costillas para mantenerse de una pieza. Se levantó de donde estaba y caminó despacio hacia el abrigo, con miedo de lo que encontraría debajo. A sabiendas de lo que encontraría debajo.

—No lo solté, *Mutti* —la voz de Ilse sonaba cada vez más cansada.

Se detuvo. Ella también era su hija. La que en todo ese camino no había soltado a su hermano. Esperaba su consuelo.

—Yo sé. No lo soltaste, hija.

¿Cómo tenía fuerza para hablar? ¿Y más con esa calma que no sentía? ¿Cómo, si ya sólo le quedaba el aire de sus pulmones y una boca que guardaba la memoria de formar palabras?

El niño que lloraba, herido, también era suyo. Necesitaba sus cuidados. Las niñas sentadas más allá del bosque eran suyas. La esperaban. Y el bebé que dormía bajo el abrigo de su hermana también esperaba, pero ya sin prisa, sin necesitarla tanto.

Se acercó. El cuello del abrigo de Ilse tenía un surco quemado por donde había pasado la bala. Un centímetro más, y pudo haberla perdido a ella también con el mismo proyectil. Supo en ese momento que algún día encontraría la fuerza suficiente para agradecer haber perdido sólo a uno de sus hijos. No era ése el momento. Guardaría el sentimiento, lo dejaría para después, tal vez para el día en que se sintiera libre de la guerra y ya no hubiera perdido nada más, cuando se sintiera con fuerza para hacer un inventario.

Se hincó. Descubrió a Helmut. Janusz evadió su mirada y gimió, casi como una protesta, pero ella tenía que ver a su hijo, tocarlo. En ese momento recordó que no le había cambiado el pañal a sus horas, que había olvidado descongelar un poco de leche para darle al despertar. Se reclamó. Guardaría también el perdón que necesitaba para otra ocasión futura. Ahí, se dejó reclamar haber agradecido que su bebé durmiera, que no despertara molesto por su pañal

mojado durante la noche. No habérselo cambiado una vez más. Sólo una vez más.

Se forzó a mirar al bebé que no despertaría nunca. La bala que había dejado un surco en la solapa del abrigo de Ilse, le había dado a él en la cabeza. Miró su propia mano que había manchado de sangre y materia la cortina de la carreta. De ahí tanto horror. ¿Habría intuido que se trataba de la vida derramada que hacía poco se había encarnado dentro de su cuerpo? Vida de su vida, carne de su carne. ¿Qué daño había hecho su Helmut que el mundo lo había condenado a morir? ¿Qué daño sus padres? Vivir. Vivir ahí, vivir allá. Era todo. Por vivir donde y como habían vivido, ahora debían pagar su deuda. Esperaba que el mundo ya la considerara saldada.

El bebé que estaba ahí tirado no se parecía al niño que, mocososo y desdentado, le había sonreído esa mañana. Olía diferente, incluso. Pero ésa era su mano, ésa, su oreja. Era suyo. Y esperaba. Pero tenía más hijos. Se negaba a pagar su deuda con uno más. Cubrió a su Helmut. Con sus brazos volvió a asir las partes de su cuerpo que deseaban esparcirse por el bosque y se levantó. Con su voz mutilada dio el paso necesario.

—¿Janusz? Vaya a la carreta a ver cómo están las niñas. Luego tráigame la bolsa de Helmut y el pequeño baúl de medicinas. También traiga el mantel de Navidad. Está en el costal de... ya no sé dónde está ese costal. Búsquelo en un costal.

Janusz pareció sorprendido.

—¿Para qué, Mein *Frau*?

—Para darle cristiana sepultura.

Él se dio la media vuelta. Ella se fue a acariciar a Ilse. A atender a Freddy.

60. MORIR EN INVIERNO

El invierno no es buena época para morir. El pico con el que el muchacho intentaba hacer la fosa no penetraba en el hielo de tierra y su impacto contra el suelo retumbaba en el silencio frígido del anochecer en el bosque.

Debían cavar, destrozar el suelo, llegar profundo. El cuerpo esperaba; el hielo de carne esperaba. Me dejarás aquí, le decía a la que fue su madre con cada sonido que hacía su improvisada mortaja de lino bordado, agitada por el viento helado. Ella oía, escuchaba, entendía, accedía, pero se negaba a mirarlo, se negaba a llorarlo: todavía había cuerpos vivos por los cuales velar y otros, vivos también, cada vez más cerca por tierra o por aire, que no dudarían en matarlos. Anochecía. Debían huir.

—Rápido.

El suelo se rindió ante el pico; se rindió ante la fuerza física del muchacho y la voluntad de la madre. Cavaron lo que se debe cavar para enterrar bien un cuerpo. Había prisa pero el que abandonarían ahí era uno que ella había luchado por mantener arropado toda su vida. Lo arroparía bien en ése.

Ella misma lo recostó en el fondo. No había permitido que nadie lo tocara desde que se lo habían entregado muerto. Juntos, el muchacho y la madre lo cubrieron bien con el hielo oscuro de la tierra. Lo consignaron para siempre en ese suelo testigo de su muerte.

Se alejaron de ahí sin volver la vista seca. Sin decir una oración. Sin lanzar unas palabras de amor, siquiera. Sin dejar una marca perenne que indicara que ahí había acabado una vida querida.

Anochecía. Había prisa. Había que dar pasos. Uno tras otro. Había que hacer rodar las ruedas de la carreta. Había vidas por las cuales velar.

Cuando pensó en eso, no pensó en sí misma.

El invierno no es buena época para morir, pero, en ése tan oscuro, tan largo que invadía las promesas de la primavera, tampoco era bueno vivir.

LOS SCHIPPER
Primero de mayo de 1945

61. EL ÚLTIMO ALEMÁN

La casa destruida no había llamado la atención de los soviéticos. Era una más de entre tantas que habían destruido desde el aire o desde lejos, y una más de entre tantas que habían destruido en su invasión, creyeron. En la locura de la conquista, de la invasión, de la rapiña, nadie llevaba el inventario de la destrucción y por eso esa casa adquirió cualidades de invisibilidad.

Mejor para los vencedores explorar las casas o edificios que se habían empecinado en mantenerse de pie a pesar de los meses de guerra, mejor cercar a todo el ejército rendido, mejor que empezaran los soldados alemanes su larga marcha al gulag soviético como prisioneros de guerra. Mejor también buscar a los prusianos vivos, resguardados en sótanos, escuelas y hospitales, para matar a unos, violar a muchas, despojar a cualquiera de sus zapatos y relojes. Mejor, ya satisfecho el primer impulso violento, ya puesto en orden por los mandos militares, recorrer la ciudad para prenderle fuego a toda.

Ethel y Arno Schipper esperaron. Sabían que un día los encontrarían. Lo que no sabían era cómo sobrevivirían cuando lo hicieran. Se escondían en los túneles de *Fräulein* Schipper cuando oían botas militares cerca, pero no podían pasar ni los días ni las noches ahí, así que los recorrían de ida o vuelta como las ratas que ya habían salido del subsuelo al presentir la primavera.

Antes o después de los rusos, así era su vida. Antes había sido difícil, incierta, pero tenían algo que les daba aliento: el aire que respiraban les pertenecía. Después de los rusos, amanecían sorprendidos de ver el sol un día más. Un día, más otro, más otro, hasta el día en que los encontraron.

El último día de Königsberg.

Andarían los rusos por ahí, y si los descubrían los matarían, pero también los mataría el frío si no hacían nada para erradicarlo. Después de varios días de no salir, de tiritar, de comer helado lo poco que tenían, habían decidido que un poco de humo, entre tantas piras tan enormes, no los delataría. Pero necesitaban leña.

Empezaron con lo que todavía tenían cerca. Cuando no había ruidos ajenos por la calle, Arno salía a la cochera a partir el antiguo carruaje de los Stieglitz. Ya qué más da, dijo su madre. La polilla que lo había atacado desde hacía años lo ayudaba. De un solo golpe partió la puerta, que se deshizo en astillas. Pero de golpe a golpe y de día a día, muy pronto no quedaba nada del carruaje más que el espacio en la cochera y el recuerdo de la primera noche que habían pasado en

Königsberg.

Así que hubo que salir a buscar más. Arriesgarse.

Arno salió ese día como ya muchos otros después de los rusos, como otra de las ratas que tanto había observado dentro de los túneles, dispuesto a no ser detectado por ojo humano. Afuera no había túneles, pero había laberintos de escombros y los de su vecindario, él los conocía mejor que nadie. No llevaba la carretilla: ya también la habían sacrificado al fuego.

Había regresado a casa de los Blomeier por la funda que *Frau Beckmann* le había pedido dejar en su lugar. Ya no era tiempo para fijarse tanto, le dijo su madre. Vivían entre tiempos, como en una burbuja de otro aire donde pequeñeces como los pecados no debían estorbar. Eso era de antes y sería para después. Ya verían. De todas maneras cada noche sacaban la Biblia, la leían. Pero de los mandamientos, Arno, por lo pronto, sólo amarás a Dios y respetarás a tu madre, y ya.

—Así que usa la funda y sólo carga con lo que puedas correr de regreso —le había dicho su madre.

Y eso hacía, pero cada vez tenía que ir más lejos. Y transcurrían los días, uno por uno, pero pasaban. Y en esa burbuja de tiempo en la que su madre decía que vivían, el hambre no les daba cuartel como hacían los pecados, no hacía excepción sólo porque afuera rondara el enemigo. El hambre clamaba ser satisfecha y no soportaba ser ignorada por ningún motivo.

Ya se habían acabado los huevos, y las gallinas no pusieron más. Entonces se comieron a una, racionada. Luego hirvieron los huesos dos veces más y usaron la última patata en ese caldo escuálido y desabrido. Las conservas de frutas ya sólo eran un recuerdo de mejores días. Rasparon el fondo del barril de chucrut con los dedos y despegaron de la madera los trozos secos de col que se le habían adherido. Luego habían partido el barril en pequeños pedazos y, antes de echarlos al fuego, los chuparon hasta que ya no sabían a nada, más que a madera vieja.

Les quedaba una gallina, pero su madre no quería matarla. Pondrá más huevos, decía con esperanza, pero la gallina no ponía. La coneja por fin estaba preñada y entonces el conejo sobró y se lo comieron. Hirvieron sus huesos otras dos veces también, pero ya no tuvieron qué echar en ese caldo. Ese día, después de la última hervida, su madre partió los huesos y le dijo: Arno, chupa el tuétano.

Así que ese día, el último de Königsberg, mientras se escurría entre muros derribados, Arno cayó presa de un aroma que prometía llenarle el hoyo en el estómago. Los rusos sólo lo descubrieron como consecuencia de haber bajado la guardia para seguir el aroma que lo enganchó como pez a la caña.

Arno los había mirado desde lejos, resguardado, creyó. Eran tres hombres, pero él no veía las sonrisas ni notaba la relajación que circulaba entre ellos. Sólo notaba los trozos fritos de jamón de pierna que se pasaban de uno a otro. Su boca salivaba y su estómago le reclamaba, pero sus ojos no podían desviar la mirada.

De repente, sintió que una mano lo asía con fuerza del cuello del abrigo.

—Что ты здесь делаешь, мальчик? —dijo el hombre con aspecto de oso y voz cavernosa.

Arno soltó la leña que tenía en sus brazos. El hueco que ahora tenía en sus entrañas no era por hambre, era más grande. Le sacó lágrimas, lo hizo temblar de pies a cabeza, pero lo que más temblaba era su boca.

—Отвечай мне, мальчик!

No entendía lo que el oso le decía.

—¿A quién tienes ahí, Pequeño Sasha? —dijo otro en tono amable y en alemán casi perfecto, después de dejar su pieza de jamón y acercarse.

—*Ein Spion, Kapitän* —el acento en alemán del oso era duro.

—¿Eres espía como dice el Pequeño Sasha, *Junge*?

Arno sacudió su cabeza, pero el oso que lo sostenía lo sacudió más.

—Ответ!

—*Da*. Respóndeme, niño. ¿Nos espiabas? —el tono no cambió.

—*Nein! Ich bin kein Spion!*

—Si no eres espía, ¿qué haces aquí?

—Ответ! —dijo de nuevo el oso.

—Sólo juntaba leña. Y olí su comida y... —soltó su confesión de un solo aliento, pero el capitán lo interrumpió.

—No, *Junge*, ¿qué haces en Königsberg? Ayer se fueron todos los alemanes. Eso lo hizo casi olvidar el miedo.

—*Was?* ¿A dónde? —preguntó.

—Recorrimos las calles anunciándolo. ¿Dónde estabas que no te enteraste?

—En casa.

—¿Y con quién estás en casa?

Si acaso no respondía, ¿lo sacarían solo de la ciudad? Si delataba a su madre, ¿le harían daño?

El oso lo sacudió de nuevo. Quería su respuesta de inmediato.

—¡Mi madre está muy enferma! Del corazón. Ella no sale de la casa y yo la cuido. No sabíamos que había que salir —dijo llorando.

Se suponía que debía cuidarla, pero había delatado a su madre.

—Tú eres el último alemán de Königsberg, *Junge*. Tú y tu madre, si es que acaso no encontramos a más desbalagados por ahí —dijo mirando a sus hombres, decepcionado.

—¡Nos iremos!

—Te escoltaremos a tu casa.

—*Kapitän*, ¡por favor, no le hagan daño a a mi madre!

—Los soviéticos somos caballeros, *Junge*. ¿Lo sabías? Camina.

Arno nunca se había enterado de tal cosa, pero sin remedio, los guio a casa de *Fräulein Stieglitz*. Si los mataban, morirían juntos, pensó. En el camino trató de disimular su cojera: no sabía cómo reaccionarían si le descubrieran su hacha que ocultaba dentro del pantalón. Antes de entrar por el portón, el capitán le preguntó que si ésa siempre había sido su casa. Miraba la destrucción, pero adivinaba en ellas la grandeza y la riqueza de antaño, tal vez.

—No. Mi padre era empleado de *Fräulein Stieglitz*. *Kapitän*?

—*Da*?

—Por favor déjeme entrar solo, para que mi madre no se asuste.

—Entraré yo contigo, pero dejaremos al Pequeño Sasha y a los otros afuera, *da*? Seré un caballero.

—¿Lo promete?

—Palabra de honor —dijo el hombre, mirándolo a los ojos.

Por lo que vio en su mirada, Arno le creyó. Los hombres se quedaron en la calle. Arno y el capitán cerraron el portón tras ellos y entraron por la puerta de la cocina. En las jaulas, sólo quedaba la gallina. La otra estaba vacía. Su madre no estaba en el sótano.

—¿Salió?

—*Nein*. Ella nunca sale.

Arno abrió la puerta que antes había dado servicio al área familiar de la casa y donde todo se había derrumbado. Sólo un hueco pequeño y pegado al piso se

abría donde Arno había quitado varios trozos de ladrillo para entrar la primera vez que encontró el túnel. Se acuclilló y la llamó, con voz temblorosa.

—*Mutter? Alles ist gut. Bitte komm heraus.* Aquí está un capitán que quiere hablarnos.

—Voy —se oyó desde la profundidad del túnel.

—¿Qué hay ahí dentro?

—La tumba de *Fräulein Stieglitz* —dijo Arno.

Su madre salió con cuchillo en mano, pero temblaba tanto que Arno no batalló en arrebatárselo.

—*Nein, Mutter.* Todo está bien.

—Todo está bien, ¿*Frau...*?

—*Schipper* —dijo ella, haciendo un esfuerzo por hacer firme su voz.

—*Frau Schipper.* Yo soy el capitán Aleksandr Solzhenitsyn —dijo tras una reverencia formal—. Es un honor. —Luego miró a Arno—: Encontramos a su hijo... ¿Cómo te llamas, *Junge*? —le dijo, sonriente.

—Arno.

—Encontramos a Arno perdido, y queremos devolverlo.

—¡Yo no estaba perdido! —dijo Arno, un poco ofendido.

—Un poco perdido, si ya no queda nadie de los suyos en la ciudad —le revolvió el pelo al decirlo.

—¿Ya no...? —su madre perdió las palabras o el aire, Arno no supo.

—Necesitan salir de la ciudad hoy mismo —dijo él, serio—. Los escoltaremos, para que salgan sin problemas.

—¿A dónde iremos? —dijo su madre, temerosa.

—Al aire libre, a deambular como todos los demás. A la Unión Soviética no le importa, mientras no estén en la ciudad y no tenga que alimentarlos.

Los observó mientras empacaban lo poco que tenían en el sótano, la jaula de la gallina y la otra vacía.

—¿Es todo? —dijo sorprendido.

—Tenemos una carreta en la cochera.

La carreta, como todos los días, estaba lista para su partida. El que estaba en duda era el debilitado caballo. Ya habían discutido la posibilidad de que no pudiera llevarlos a ningún lado, pero ese día su madre le habló al oído mientras ajustaba el arnés a su disminuido cuerpo, y él jaló la carreta cuando se lo pidió.

La única que se montó fue ella. Arno caminó hombro con hombro con el capitán hasta la salida más cercana de la ciudad. En tal compañía, y tras algunas explicaciones, no encontraron problemas. Ya con el camino libre delante de ellos, su madre le pidió a Arno que subiera.

—*Kapitän*, ¿recuerda dónde me encontró? —cuando él asintió, intrigado, ella siguió—: Al final de ese camino hay un tesoro tras gansos y zorros. Y gracias. Por todo.

Él asintió.

—No me dé las gracias, *Frau Schipper*. Les deseo buena suerte y que la guerra termine pronto para ustedes.

—Que la guerra termine. Para todos —dijo ella.

Los últimos prusianos de Königsberg le dieron la espalda al hombre y a la ciudad.

—*Mutter*? ¿Qué vamos a hacer?

—Vamos a casa. Si acaso todavía está ahí.

LOS HAHLBROCK

Del 30 de abril al 10 de mayo de 1945

62. LA HISTORIA

El mundo marcaría aquel 30 de abril de 1945 en sus libros de Historia, pero no por el ataque aéreo a un camino vecinal, ni por el fin de una vida que apenas comenzaba, ni por el dolor de una madre que no pudo permitirse llorar —que jamás podría permitirse llorar—, ni por el corazón roto de un muchacho esclavo, ni por el llanto de un niño herido, ni por el silencio de la hermana mayor, ni por el llanto de la que ahora era la menor, ni por la incomprensión de una niña conmocionada que estaba segura de haber protegido a su hermano: ¿dónde está Helmut? ¡Yo no lo solté! ¿Dónde está?

La nota de ese día en los libros de historia es el suicidio del canciller de Alemania, Adolf Hitler, junto con su mujer, Eva. La conversación de ese día en lo que quedaba del Gobierno de Berlín, fue su testamento: ¿quién se queda con qué? Algunos no quisieron tal encomienda y terminaron con su vida también. Algunos entregaron Berlín al ejército soviético el 2 de mayo y, otros, Alemania entera el 7.

En ningún libro de Historia está escrito que ese día, 7 de mayo, fue el primero en que el niño herido pudo dar sus primeros pasos y que la niña conmocionada pudo desdoblar sus brazos un poco y moverse sin tanto dolor. Que ese día, al saberlos fuera de peligro, fue el primero en que su madre pudo despertar en la cama que le habían prestado y taparse de pies a cabeza para intentar construirse un capullo de olvido, para que ni aire ni luz diera a ningún milímetro de su existencia, pero fallar, pues dos preguntas avanzaban y rebobinaban en su mente.

¿Dónde está Helmut? *Mein Sohn*. ¿Dónde?

Abandonado en un bosque en una tumba sin marca.

¿Dónde está Hartwig? ¿Dónde?

Para su hija había respondido la primera pregunta: nunca lo soltaste pero murió, ya está con Dios, no fue tu culpa, entiéndelo, Ilse. No eran gansos, eran aviones. Nosotros no lloramos. Entiéndelo, Ilse. Entiéndanlo, todos. ¿Entiéndelo... Wanda? ¿Entiéndelo, Hartwig? ¿Y dónde está Hartwig? Tal vez en un lugar donde ya lo sabe todo. Donde ya sabe que su hijo murió, donde ya sabe lo que está por venir, lo que en verdad su familia tendrá que pagar. A veces le cruzaba un terrible deseo por la cabeza: que haya muerto también, para que ya lo sepa y no tenga yo que mirarlo a los ojos al darle la noticia.

Momentos como ése no están grabados en ningún libro de Historia del mundo. Tampoco en el de la Historia familiar. Ese momento recurrente, lleno de pesares y lamentos, lleno de sensaciones fantasma en sus manos, que la atacará de igual manera todas las madrugadas de su porvenir, fue uno que esa madre con el peso del mundo encima silenciaría siempre. Guardaría para sí el recuerdo de que, en el afán de mandar a su bebé completo a la tumba, con esas manos que un día antes la habían acariciado, peinado, juntó los trozos sueltos de la cabeza de su niño para armarla de nuevo. Y con esas manos lo envolvió en el mantel de Navidad, y esas manos estaban manchadas de sangre y la sangre penetró en el lino y pintó nuevas flores rojas sin follaje verde en el mantel que ya estaba manchado de durazno, mermelada de durazno, la favorita de Helmut, porque en todo el tiempo desde que lo habían usado la vez anterior, aquel día de fiesta, *eins, eins, eins*, esas manos no se habían tomado el tiempo de lavarlo. Habían creído que tendrían tiempo después, esas manos.

No se debe dejar nada para después, les reclamaba Wanda todos los días después de ese día y las castigaba haciéndolas dolorosos puños.

Guardaba todo para sí, guardaba lágrimas —todas—, porque estaba obligada a protegerlos a todos: era la madre con el peso del mundo encima. Era ahora también la madre de Crystl, que guardaba en sus recuerdos sus propias pesadillas de guerra, sus propias pérdidas irreparables.

Todavía tenía muchas vidas por las cuales velar.

Y un adiós que decir. Y lamentar.

No se debe dejar nada para después, se dijo, como se diría cada amanecer. Y salió de su capullo como haría todas las mañanas de su porvenir. A pesar del frío. A pesar del dolor.

JANUSZ

Del 30 de abril al 10 de mayo de 1945

63. ADIÓS

Cuando Janusz llegó a la carreta por las cosas que *Frau* Hahlbrock le encargó, ya el segundo caballo yacía muerto. Otro tiro de gracia que oyó cuando regresaba y que agradeció no tener que dar. Con una mirada fugaz, agradeció al soldado. Con otra, vio que las niñas estaban bien: Edeline, dormida en los brazos de su hermana. Janusz intentó sonreírle a Irmgard.

Les quedaba sólo un caballo. A pesar de estar bañado en sangre, de un vistazo supo que éste no tenía herida alguna. Encontró todo lo que *Frau* Hahlbrock le había pedido. Antes de regresar al bosque, se acercó con Irmgard.

—*Fräulein* Irmgard, me encargó su madre que le dijera al soldado que los caballos son de su propiedad. Que quiere llevar las piernas, al menos dos. Que se las envuelvan en las mantas. Y que si puede, ponga en orden el interior de la carreta.

—¿Y mis hermanos? —preguntó ella.

Pero Janusz ya se había dado la media vuelta para regresar. Fingió que no la había oído. Esa respuesta no le pertenecía a él.

No sabía qué pasos eran más difíciles: los que se dan sin saber lo que se encontrará o los que se dan a conciencia de lo que hay más allá de los árboles. En el primer recorrido a un lado de *Frau* Hahlbrock, llevaba el corazón detenido. Se le reactivó cuando vio a Ilse, ensangrentada, pero de apariencia ilesa. Hubiera corrido a ella y la hubiera levantado en vilo y la hubiera abrazado fuerte, y la hubiera llevado a un lugar seguro, pero debajo de ella estaba Freddy, herido. Comprendió que esa reacción no le pertenecía a él, que le pertenecía a la madre.

Pero luego había notado el abrigo de Ilse tirado sin más, y supo que el abrigo cumplía un propósito, y entendió cuál, y de nuevo se le detuvo el corazón. Se le rompió por el bebé muerto, tan risueño, activo y parlanchín el día anterior, tan caminante, tan inerte ya. Se le rompió más al ver, después, la comprensión en la mirada de su madre, la cual, después de tocar el cuerpo de Helmut, tuvo que regresar con su Freddy, que la llamaba.

Pero Ilse. Pero Ilse.

Ilse estaba sola en su confusión. Ésa era su herida sin sangre, invisible. No lo solté, decía, pero cada vez que lo decía, la aseveración se iba convirtiendo en pregunta. Y así la dejó para ir por el encargo y así la encontró todavía, con su mirada al vacío lleno de árboles.

Cuando terminaron de coser a Freddy de las piernas y la cadera, le dijeron levántate. Pero ella no podía, por más que quería. Janusz fue por ella y la alzó en brazos y ella se abrazó a él. Creyó sentir que surgía un sollozo, pero cuando la miró, ella tenía los ojos cerrados, pero secos.

—¿Estás bien?

—No lo solté, Janusz —le dijo. Y luego—: Estoy tan cansada...

Janusz le quitó el abrigo militar sin bajarla, se quitó el suyo y la recostó sobre él, hecha ovillo. Luego la envolvió.

—Todo está bien, Ilse. Descansa —le dijo, mientras le daba palmadas suaves en la espalda con la mano que no le dolía, como muchas veces había visto a su propia madre hacer con su hermana afligida—. Sh, sh, sh. *Odpoznij, kochana dziewczyna.*

Descansa, querida niña, le dijo y ella se quedó dormida de inmediato. Janusz se sentó a su lado como guardián, entre ella y Helmut. Deseó recordar la canción de cuna que cantaba su madre, pero habían pasado demasiados años, y la mano le dolía.

—Sh, sh, sh... —siguió con sus palmadas.

Allá, Freddy lloraba aún. Le habían lavado la herida de la frente y la suturaban ya. Su madre estaba lista para esparcir la sulfa en polvo también sobre esa herida. Pobre Freddy, pensó y de inmediato se tensó cuando el soldado Schulz se le acercó y se sentó a su lado.

—*Obbergruppenführer* Fischer salió al encuentro de la carreta cuando oyó los gritos de los caballos. Compitió en las Olimpiadas de Berlín en campo a traviesa a caballo, ¿sabes? No puede ver caballos sufrir. Pero ahí encontró a esta niña valiente.

—*Ja.*

—Pero ella no quería soltar al bebé. Sólo cuando *Obbergruppenführer* Fischer le dijo que su otro hermano la necesitaba, lo dejó llevárselo. Rururu, era lo único que decía. El otro niño va a estar bien. El *Obbergruppenführer* no es médico, ¿sabes? A nuestro médico lo mataron hace un mes, pero él sabe de todo.

—Sh, sh, sh...

Lo normal era que una persona respondiera, supuso, pero Janusz nunca había entablado conversación con soldado alguno. Conversar con éste, a pesar de que no parecía mayor que él y que intentaba ser amigable, era peligroso. ¿Qué podía

decir que no resaltara su acento?

—¿De dónde son ustedes? —preguntó Schulz.

Janusz concentró su mirada en Ilse.

—De Prusia Oriental —dijo Janusz, por lo bajo, como para no despertar a la niña, pero más para disimular su acento.

—Ellos sí. ¿Y tú?

Janusz asintió.

—Sh, sh, sh...

—¿Entonces por qué no estás en la guerra?

Y ahí estaba. La pregunta. Janusz buscó a Wanda con la mirada, pero ella seguía concentrada en Freddy. Janusz miró a Schulz a los ojos sin detener sus palmadas sobre la espalda de Ilse.

—Soy *Zivilarbeiter* polaco —confesó Janusz, y se sintió perdido.

El muchacho lo miró sorprendido y luego pareció cavilar la información. Miró alrededor suyo a ver si alguien más lo había oído. Miró a Ilse y la mano de Janusz en su espalda.

—Creí que eras desertor. Al *Obergruppenführer* no le gustan nada. Pero no sé cómo reaccione si sabe quién eres. Ya no le digas a nadie. ¿Entiendes? Tal vez eres el último polaco en Alemania, o por lo menos en los alrededores de Berlín. Yo no le diré a nadie, no te preocupes, pero... ¿Por qué sigues aquí?

—Prometí quedarme a cuidar a la familia —dijo, asombrado de no verse arrestado.

Wanda llegó en ese momento con Freddy en brazos. Le hicieron un lugar al lado de Ilse. Ya no lloraba, pero los sollozos seguían saliendo roncós de su pecho, como si las lágrimas los hubieran dejado atrás y ahora, como un eco, tuvieran que alcanzarlas hasta extinguirse. Schulz se fue: su grupo se preparaba para partir. Le dieron agua al niño, tomaron también. Cuando Freddy se durmió, sentada a su lado, con la mirada en el cuerpo de Helmut, Wanda le dijo: ¿qué nos queda, Janusz?

—Nos quedan los niños, un caballo, y la guerra detrás.

Y delante, pero nadie lo dijo.

—No sé si queda mi madre. Erna y Crystl. Las olvidé. Me acordé de ellas mientras sacábamos astillas de Freddy —dijo ella con la voz atrofiada que le habían dejado sus gritos.

Él también las había olvidado. Por sacarla del centro del camino y llevarla al resguardo de los árboles, y salvarse él también, había perdido noción de todo.

—¿Quiere que las vaya a buscar?

—No. Es muy lejos. Y si no oímos a mi madre mientras esperamos allá... — se interrumpió, tomó aire—. No. Ahora es más importante que vaya por una pala. Y un pico. Tenemos que terminar antes del oscurecer. A pesar de todo, nada cambia —dijo, desviando su mirada de nuevo al otro árbol, a Helmut.

—Lo siento, *Frau* Hahlbrock.

—No lo diga, Janusz.

Y se paró.

—Tengo que cambiarle el pañal.

—*Frau*...

—Vaya por la pala. Lleve a Ilse y luego venga por Freddy.

Ilse no despertó cuando la acostó en la carreta. A Irmgard le dijo que estaba bien, sólo asustada. Los soldados ya cargaban la carne de caballo que se llevarían. Las dos piernas que Irmgard había pedido estaban envueltas en una manta. Janusz las amarró a un lado de la carreta. Con la otra manta, Janusz cubrió lo mejor que pudo el asiento del conductor ensangrentado. Desamarró parcialmente la lona salpicada y la echó para atrás, sobre sí misma en la carreta. No podía hacer más, no podía hacer menos.

Cuando regresó por Freddy ya no estaban los soldados. La madre, sin descubrir por completo al bebé, experta en esas maniobras tras tanto tiempo de helado camino, le cambiaba el pañal, eficiente.

Cuando fue con Freddy, después de acostarlo, revisó las riendas de los caballos y las ajustó para uno solo. A su regreso, ella ya tenía el cuerpo de su pequeño hijo envuelto en el mantel de Navidad. Tenía ese capullo en el regazo. Con la mirada perdida. A Janusz le pareció percibir que lo mecía. O se mecía. Se acercó.

—¿Le ayudo a...?

—¡No lo toque!

Janusz se hizo para atrás.

—No. Claro. ¿Dónde lo quiere? —preguntó él, pico y pala en mano, a pesar del dolor.

Ella escogió el árbol que le pareció el más hermoso.

—Aquí no volverá a caer ninguna bomba —decretó.

Y él deseó que así fuera y cavó entre las enormes raíces sin parar, a pesar de que ya podía ver, además de sentir, los dedos de su mano derecha quebrados, inflamados, fuera de su lugar. Tratar de asir con fuerza las riendas al desbocarse los caballos se lo había hecho. Lo había sentido, pero luego la angustia posterior lo había hecho olvidar. Cada golpe al helado suelo fue lenta tortura. Ella tuvo que ayudar para apurar el paso. En silencio.

No fue fácil que les abrieran las puertas en la siguiente granja. Los niños dormían y *Frau* Wanda iba atrás, con ellos. Él tocó la puerta antes del amanecer. El viejo que abrió sacó una escopeta cuando vio a un gigante extranjero a su puerta. Ni siquiera la oferta de las piernas de caballo logró disuadirlo para escuchar su petición hecha con acento marcado. Tuvo que ir ella a pedir alojamiento. Con gran compasión, el matrimonio los dejó pasar a la casa. Había camas para todos.

—Menos para el polaco. Él no puede pasar.

Después de acostar a Freddy y a Ilse en sus camas sin despertarlos, se quedó en el establo, como siempre. No durmió. Calentó agua para lavar al caballo cubierto de la sangre seca de sus compañeros. Fue por nieve y se cubrió la mano adolorida un rato. Pero el estado de la carreta no lo dejó descansar. Evidenciaba la muerte. La desmontó. Tendría que lavarla toda, en especial la lona, que hirvió con jabón en una gran tinaja.

A medio día llegaron hasta él los llantos intermitentes de Freddy y de Ilse. ¿Qué le pasaba a Ilse? El único que había salido de la casa era el hombre, pero no había querido responder a sus preguntas. Sólo había tomado las piernas de caballo congeladas cuando se las ofreció.

Cuando salió Irmgard, Janusz se acercó. Lloraba.

—*Fräulein* Irmgard...

—Janusz —pareció sorprendida, como si alguien la hubiera descubierto en algo prohibido—. Tuve que salir. Mi madre cree que no lloramos, pero todos lloran, menos ella.

—¿Freddy?

—Con mucho dolor. Dice mi madre que con la sulfa no se infectará, que estará bien.

—¿E Ilse?

—Nadie entiende qué le pasa a Ilse. No se puede mover. No puede desdoblar los brazos: los tiene apretados contra el pecho. No puede dar paso. No abre las manos. Llora cada vez que alguien trata de ayudarla, de moverla.

—¿Puedo verla?

—No puede pasar. Lo siento, Janusz. Los Koch no permiten *Üntermensch* en su casa —dijo con franqueza, pero con pesar—. *Herr Koch* fue a traer al doctor para que la revisen.

—No la deje sola, *Fräulein*. No trate de desdoblar sus brazos. Frótelos como se frota a los caballos. Métala a un baño caliente y frótela toda.

El médico aprobó las curaciones de Freddy y le diagnosticó a Ilse contracturas severas. Necesitaría masajes y compresas calientes.

—¿Qué hizo esta niña? ¿Qué peso cargó? —preguntó ya de salida a *Frau Hahlbrock* el viejo doctor.

Todo el peso del mundo, pensó Janusz. Ella no quiso responder.

—¿*Frau Hahlbrock*? —dijo Janusz.

—¿Sí, Janusz?

—¿Podría pedirle a *Herr Doktor* que revise mi mano? —dijo, mostrándola.

Tanto Wanda como el doctor miraron su mano con espantado asombro. Su dedo anular y el meñique tenían un aspecto grotesco, torcido, y la mano entera estaba inflamada.

—¡Janusz! ¿Cómo fue? —su voz seguía atrofiada.

—Los caballos, *Mein Frau*. No quería soltar la rienda.

Ella lo miró con comprensión y lástima.

—¿Puede ayudarlo, doctor?

—Soy polaco —le dijo Janusz, como advertencia, como ruego.

El doctor lo miró y tardó un instante en contestar.

—La mano humana tiene veintisiete huesos y yo los conozco todos. Y tengo mucho de no ver una tan interesante como la de usted, joven. Vamos a verla —le dijo, al indicar que lo siguiera a la casa.

—¿Mejor en el establo, *Herr Doktor*? El fogón está encendido; no está muy frío...

Él comprendió.

—Lo sigo.

El doctor había hecho muy buen trabajo. Le había dolido cuando realineó sus

dedos y dos metacarpianos, pero lo distrajo mientras lo hacía aprender el nombre de cada parte quebrada. El médico le había dicho que conservara el entablillado por tres semanas, cuando menos. Días después su mano mejoraba de manera notable. El tiempo y el reposo habían ayudado. También a Freddy y a Ilse. Ya los dos caminaban, y con los masajes que le hacía Irmgard, Ilse ya casi podía estirar sus brazos por completo y abrir sus manos.

Ella lo acompañaba mientras tallaba por tercera ocasión la manta de la carreta y el tapete ensangrentados, agujerados. Janusz no quería que viera eso, no quería que le trajera recuerdos de aquel día, de Helmut, pero pronto comprendió que Ilse se protegía: hablaba de todo menos de ese día y miraba a todos lados menos a las cicatrices que habían dejado las balas en la cubierta de su carreta de gitanos. Tampoco le pidió a él que le contara cuentos, ni que le dijera dónde imaginaba que estaba el Káiser, como siempre hacía.

Al día siguiente, *Frau* Hahlbrock le pidió que la llevara al pueblo cercano.

—El doctor cree que encontró a mi madre.

Fueron en la carreta descubierta. Los dos sentían que les faltaba su solidez, su peso detrás, sus flores por dentro. Era extraño avanzar en la carreta vacía. Cuando llegaron a la clínica del poblado, encontraron a la abuela con Crystl en brazos. La mujer lloró de alivio al ver a su hija y de dolor al enterarse sobre el pequeño Helmut.

—Ay, hija, Erna está muy mal... —dijo la abuela, entre lágrimas.

Erna Bedzius había recibido balazos en ambas piernas, les dijo. Se las habían amputado, pero ya había desarrollado septicemia. La mandarían a Hannover a recibir tratamiento. Tal vez, allá habría penicilina. Quizás. Buscaron a su médico para decirle que tenían sulfa, pues quedaba claro que ahí no tenían nada más que buenas intenciones.

—Señora, esta mujer está más allá de la sulfa. Más allá de la penicilina, creo. Lo siento.

La abuela se quedó con su nuera. Crystl viajó de regreso con ellos, dormida en brazos de su tía. Esa noche se enteraron de que la guerra había terminado. No hubo festejos. Los dos días siguientes se fueron en ir y venir al pueblo a visitar a Erna.

Un día antes, el segundo después de firmada la paz, encontraron a Franz Bendzius en el hospital: había llegado tarde. Su esposa había muerto.

—Desertó —le contó Wanda a Janusz en el camino de regreso a la granja de los Koch—. Nos buscaba desde hace semanas. Encontró a Erna por un registro de los hospitales. Dice que desde el primer día no supo más de mi marido. Que lo último que supo es que, al enlistarse, se declaró experto motociclista y que lo enviarían al frente oriental, como vigía. ¿Cree que haya desertado también?

Janusz negó con la cabeza, aunque esa respuesta no le correspondía. Creía que Wanda Hahlbrock ya la tenía desde antes de plantear la pregunta: Hartwig Hahlbrock no era desertor de nada ni de nadie.

—Nos desertó a nosotros como todos los hombres que se van a la guerra.

Ella no dejó que él la interpelara.

—Yo le decía: eres granjero, pero él quería ser más que granjero. ¿Recuerda que cuando Ilse era pequeña decía que los padres de sus amigos eran tontos por irse a la guerra? Quizás ella entendía más que nadie, ¿no cree? Tontos muertos por honor, por crédulos. Después, ¿qué queda? Quedan mujeres solas y niños huérfanos. Un país destruido. Una deuda por pagar.

¿Qué deuda? ¿De qué hablaba?

—Janusz, tiene que irse.

Esas palabras lo golpearon.

—Yo n...

—Sé que se siente comprometido. Pero ya es libre. La guerra terminó. Usted ganó.

¿Había ganado?

—No gané nada.

—Tal vez no, disculpe. Tal vez nadie ganó. Y además lo trajimos muy lejos. Perdónenos. Ahora tendrá que andar todo el camino de regreso.

—No, *Frau* Hahlbrock. No me puedo ir. Le prometí a *Herr*...

—Esa promesa no sirve si él ya no está para ver que la cumplió. Él ya no está, Janusz.

¿Cómo podía ser tan fría, decirlo todo con el mismo tono con su voz rasgada y sin mirarlo siquiera?

—Con más razón me quedaré hasta que lleguen a donde quieren llegar.

—Los Koch quieren que nos quedemos. Trabajaríamos. Nos dejarán la granja, dicen. No tienen a nadie. Su única condición...

—*Nein, Mein Frau!* No se queden aquí. Los rusos están cerca.

—Su única condición es que se vaya usted —hizo una pausa, para que lo que decía fuera comprendido de manera plena—. No se preocupe. No nos quedaremos, Janusz. Pero recuerde a Wilhelm y a Berengaria. Mire a los Koch. De ahora en adelante encontraremos sólo gente así. Gente que si antes lo hubiera visto mal, ahora que perdieron, tolerarán aún menos su presencia —hizo una pausa que él respetó porque no sabía qué decir—. Créame que cuando los Koch me lo ofrecieron, me sentí tentada: mi casa, de nuevo, mi tierra, de nuevo. Sería casi un milagro. Ante tal ofrecimiento, la condición de echarlo a usted me pareció poca cosa.

Ante su inhalación de sorpresa, de ofensa, ella se explicó sin dar paso atrás.

—Mis hijos son primero que usted, que yo, que mi marido vivo o muerto. Mis hijos son todo. No nos quedaremos aquí, pero sólo por los rusos, Janusz, porque todavía tengo que llevar a mi familia a un lugar seguro.

Janusz ya no sabía si le hablaba a él o al aire. No lo miraba. Tenía la vista puesta en el horizonte. No parpadeaba. La voz se le iba adelgazando cada vez más, le dolía hablar, lo notaba, pero Janusz nunca la había oído hablar tanto.

—A donde quiera que vayamos, dependeremos de la buena voluntad de la gente, y no queda mucha de ésa. Somos alemanes sin tierra, Janusz. Somos refugiados en nuestro propio país en ruinas. Nada será fácil, nadie querrá compartírnos nada. Bueno. Sólo los Koch, pues no tienen a nadie y viven alejados de todo —casi sonrió—. Lo siento, Janusz. Aprecio todo lo que ha hecho por nosotros y lo aprecio a usted. Pero tiene que irse o se convertirá en una carga.

—Pero...

—Váyase. Mañana.

La contundencia de esas palabras los obligó a guardar silencio el resto del camino.

—¿Puedo despedirme de Ilse?

—¿Qué le dio usted a esa niña? Desde que lo conoció era Janusz dijo, Janusz hizo. Recuerdo que siempre tenía que salir a buscarla con usted. ¿Qué le daba?

—Le di mis cuentos, *Frau Hahlbrock*. Es todo.

Ella asintió.

—Ilse y sus cuentos... —sonrió.

Otro silencio.

—¿Me puedo despedir?

—No. Ya ha sufrido demasiado. Yo le explicaré que usted tuvo que irse de emergencia.

Ese día, ella salió antes que el sol a verlo partir. Además de su edredón y su costal de lana de oveja, le dio los cordeles para las trampas, una cuchara, una taza, un cuchillo y un hacha pequeña. Le dio un poco de jamón, que tomó sin pedir de la granja, y dos huevos cocidos. Le regaló un costal para guardarlo todo.

—Si regresa a casa, salude a Jadwiga de mi parte.

Él asintió. El silencio que siguió fue torpe, espeso. ¿Había algo más que decir? Ella lo rompió.

—Qué terrible invierno pasamos, ¿verdad? Pero ya salió el sol, Janusz. Recuérdenos con cariño. Así lo recordaremos también. Le deseo buena vida. Adiós.

ARNO

De mayo a julio de 1945

64. DE KÖNIGSBERG A KALININGRADO

Después de transitar por los campos todavía nevados de su propiedad, pisoteados y aplastados por pies y maquinaria rusa, tapizados de trozos de carretas, cobijas y cuerpos, encontraron la casa casi intacta. Su madre sacó la llave de su viejo abrigo. Desde que cerró la puerta el día de su partida, nunca la sacó de ahí.

Arno la miró mientras la insertaba, mientras le daba vuelta a la perilla, mientras empujaba la puerta. Nunca había sentido tanta alegría. En ese momento, creyó en verdad que la guerra había terminado, y con la guerra, el frío y el hambre. Que, como cualquier día de regreso de la escuela o después de perseguir al carnero, entraría y podría quitarse ambos abrigos, sus botas. Que su padre los estaría esperando con un fuego en la chimenea, un caldo en la estufa y un pan en el horno.

Pero al entrar los recibió la oscuridad, el vacío y, más que nunca, la terrible e ineludible realidad de las ausencias. La vida de la guerra lo había perseguido hasta su granja.

Su madre, a oscuras, la revisó toda, sorprendida de que ninguna bala rusa la hubiera tocado, que ningún ruso la hubiera hecho suya. Revisó: había agua en el grifo, pero no había corriente eléctrica. Está bien, pensó Arno, en el sótano hay muchos quinqués. Su cama estaba como la había dejado, los sillones de la sala contra la pared todavía, pues no se habían molestado en regresarlos a su sitio al partir. El recado que había dejado para su padre perduraba. La casa les daba la bienvenida. No tardarían en acomodarse, en calentar la casa.

—No podemos quedarnos aquí —dijo su madre.

—¿Por qué no? —preguntó alarmado, enojado, casi.

—Porque nos verán en ella, contentos, y nos la quitarán.

—¡Pero es nuestra!

—Arno, yo soy tuya y tú eres mío. De lo demás, ya nada. La guerra no ha terminado y la nuestra seguirá aún cuando termine la de ellos. A esta casa ya le habíamos dicho adiós. Ya no volveremos. Nos quedaremos en el establo o en la carpintería. Pero nos llevaremos algunas cosas que nos pueden servir. Ten.

De dentro de su blusa sacó a la coneja.

—No quería que los rusos se quedaran con todo. No se llevaron ni a la gallina, y nos dejaron al caballo, pero tuvimos suerte.

Se establecieron en la carpintería, pues en el establo también le pareció a su madre que delatarían su presencia. Se llevaron algunos quinqués y aceite que también encontraron en el sótano. En una esquina, detrás de las velas, encontraron dos latas de conservas que se habían rodado. Eran en verdad de ciruela y no de carne, pero si antes no le gustaba esa fruta, ahora le parecería deliciosa. Se llevaron toallas y dos colchones de las camas. Al caballo, a la gallina y a la coneja los establecieron ahí mismo.

Harían como en Königsberg: su madre se quedaría ahí y Arno haría sus rondas por leña. La nieve desaparecería pronto.

—Mientras tanto, yo sé dónde los flojos de tus hermanos dejaron patatas y cebollas sin cosechar, como cada año. Estarán viejas y congeladas, pero servirán. Mañana vas por ellas cuando no haya nadie alrededor.

Fue y escarbó en la nieve y en la tierra, y las encontró. Otros días encontró más en otros rincones de sus campos. Una semana después, la coneja parió a doce crías: ocho hembras y cuatro machos.

—Viviremos —le dijo su madre, sonriente.

Cuando por fin desapareció la nieve, y calentó la tierra el sol, encontró las fresas donde le dijo su madre y un poco más allá, bayas y zarzas. Todos los días encontraba más y su madre le daba unas cuantas al día, pero las demás las hacía conserva para el invierno. Para cuando el pasto tapizó todo el campo, el caballo ya no quiso pastar. Arno cortaba lo más que podía y se lo llevaba, pero el caballo comía muy poco.

—Está viejo. Y maltratado.

Arno sintió su tristeza.

—Arno, ve a la casa. Que nadie te vea. Baja al sótano y busca la caja de la salchichonería.

Fue y regresó con cuidado, pues cada vez pasaba más gente frente a la granja. Estaba intrigado. ¿Para qué necesitaba su madre su moledora de carne y las tripas de cerdo? Cuando regresó, comprendió. Lo mandó por ellas para que no viera, para que no se interpusiera, tal vez. Para que no intentara hacerla cambiar de opinión. Le había cortado el cuello a su caballo querido, no sin antes poner bajo él una lona para proteger el piso, y una tina para recolectar la sangre. El caballo no hacía nada más que vaciarse, y mirarla en silencio.

—*Mutter!*

Ella no volteó cuando lo oyó. Sólo tenía ojos y palabras para el querido animal que los había llevado y traído tantas veces y una última vez que le costó la última chispa de vitalidad.

—Lo siento —decía al acariciarlo, al mirarlo a los ojos—. Lo siento. Ya pasó lo más difícil, bonito. Ya, ya, ya...

Sólo que Arno no sabía a quién se lo decía, si a él o al caballo o a ella misma. Tal vez a todos. Antes de que el caballo cayera, ella amarró sus patas traseras con las cadenas de la polea. Arno entendió lo que quería hacer.

—No sé si podremos levantarlo entre los dos —dijo al acercarse a ayudarla.

—Ni yo. Pero intentemos.

Esa polea estaba ahí para levantar grandes muebles de madera y montarlos sobre la carreta. Aguantaría el peso del caballo, pero sólo porque había dejado la mitad de su tamaño en Königsberg. Arno se propuso ser el que jalara más y se sorprendió por su fuerza. Antes no hubiera podido. Antes hubiera llamado a alguno de sus hermanos. Antes hubiera dejado que su madre hiciera la mitad del trabajo. Su madre nunca dejó de hablarle al caballo. Si el esfuerzo hubiera sido demasiado, no hubiera tenido aire para hablar.

Para cuando lograron ponerlo casi en vertical, el caballo había dado todo lo que su corazón pudo bombear. Murió con un último gran bufido. Lograron llenar dos tinas de sangre. La demás se había derramado sobre la lona.

—Haremos *Blutwurst*.

No tenían ni sangre ni carne de cerdo, pero tenían la del caballo. No tenían pimienta y sólo tenían sal gruesa de deshielo que su padre guardaba en su carpintería, pero su madre usó ésa. Tenían cebolla, pero no tenían ni clavos ni jengibre.

—No importa —dijo su madre, mientras asía el serrucho—. Lo importante es la sangre y la carne. Arno, ve al bosque a ver si encuentras castañas o nueces del año pasado tiradas entre las hojas. Tal vez estén viejas, pero tampoco importa: mejorarían las salchichas.

Encontró pocas, pero su madre usó inclusive las que tenían mordidas.

—Picadas, dentro de la salchicha y en el fuego, nadie lo notará. ¿Tú lo notarías, Arno?

—No, *Mutter* —dijo Arno, sorprendido por la nueva energía de su madre—. ¿Por qué estás tan feliz?

—Todavía quiero vivir. Y hoy comeré y viviré. Y mi hijo también.

En cambio, el caballo le había puesto un hasta aquí a su vida al no querer comer más.

—Teníamos que ayudarlo a morir, Arno. Estará feliz de seguir ayudando, *Sohn*, te lo aseguro.

Con su carne y su sangre, lograron llenar todas las tripas de cerdo para las salchichas. Les sobró, además, para meter en botes de conserva que ella marcó como de ciruelas.

Esa noche comieron salchicha, agradecidos, y ninguno notó la falta de cerdo, pimienta y especias. Y luego volvieron a sacar a los mosqueteros de su escondite en la carreta. El último mes de Königsberg no habían tenido la paz suficiente para leer.

Cuando el frío se fue por completo, su madre le pidió que fuera a la casa por sus dos vestidos de verano para ella y más ropa interior. Arno buscó ropa en el baúl de sus hermanos, pero los pantalones le quedaban cortos, y grandes de la cintura. ¿Tan alto estaba ya? Se llevó unos y dos camisas, pero se puso la ropa que le regaló *Frau Beckmann*, la cual ya no le quedaba grande. Dejó sus abrigos, la ropa de sus hermanos y su ropa invernal limpia en una esquina del taller.

—¿Por qué dejas las cosas así, niño?

—Están bien dobladas.

—Ya te dije que un día vendrán a sacarnos de aquí. ¿Crees que te darán tiempo de empacar?

—Ya no podremos usar la carreta.

—Tenemos costales. Guarda todo lo importante en el tuyo todos los días, y guarda el hacha como siempre. Igual que en Königsberg. Nada ha cambiado.

Eso hizo. No era mucho, pero era importante: los libros que le regaló *Herr Beckmann*, la Biblia y su ropa. Envueltos en su abrigo nuevo, el cuchillo de la cocina de *Fräulein Stieglitz* que le quitó a su madre al salir del túnel, las pocas maderas de Gabón de su padre que le quedaban y los caballos miniatura. Debajo de todo, el abrigo del hijo de los Beckmann, pero arriba de todo, el suyo, el viejo: lo más importante. En medio, parte de las provisiones, que repartirían entre los costales. Su madre guardaba lo suyo y las otras provisiones disimuladas entre edredones en dos costales. Y cuánta razón había tenido, pensó Arno, el día en que llegaron por ellos.

El día anterior estaba buscando más fresas en la periferia de sus campos, cuando se acercó a él una mujer enjuta dando grandes zancadas, furiosa.

—¿Qué haces tú aquí?

—Yo vivo aquí —le contestó sin saber qué más decir.

—Yo sé quién eres, niño. ¿Crees que no te reconozco, Schipper?

¿Cómo lo conocía?

—Llévame con tus padres.

—Sólo está mi madre.

Eso pareció darle gusto a la mujer.

Las dos mujeres se miraron y se reconocieron.

—Es *Frau* Filipek, Arno.

¿*Frau* Filipek? Él la recordaba rotunda y jovial.

—Eras muy niño, pero tú jugabas con sus hijos...

—Hijos que se llevaron, *Frau* Schipper. Sólo me quedan la niña y el menor.

—Los buscamos...

—¿Ah, sí? ¿Cuánto duró la búsqueda?

Su madre no dijo nada.

—Regresé sólo a ver si encontraba a alguno de mis hijos. Salí desde que me saltaron cuando se acabó la guerra.

—¿Ya se acabó la guerra?

—Para mí, sí, desde el 7 de mayo —dijo, tal vez sorprendida de que su antigua amiga no supiera—. Aunque para ustedes tal vez apenas empieza —dijo con gozo de ser su informante—. Ustedes perdieron. Se están llevando a todos los suyos a otras partes como reses en vagones de tren. Como ustedes a polacos o judíos. A ver qué sienten cuando pasen más de veinticuatro horas sin poder sentarse, mojados hasta los zapatos por muchas rondas de orina.

—*Frau* Filipek, yo le puedo asegurar que nosotros nunca le deseamos ningún mal, si nuestras familias han sido vecinas desde nuestros abuelos...

—Yo tampoco les deseaba ningún mal, pero de eso hace casi seis años, un marido, y seis hijos.

Y con eso se fue.

—Arno —le dijo su madre, sin aire—, empaca bien hoy y mañana. No tardan en venir por nosotros. Cenaremos y desayunaremos bien. Mañana no comeremos.

Conservó dos conejos: una hembra y un macho. A los demás los soltó. Esa noche mataron y cenaron a la única gallina que les quedaba. Se la comieron toda de cena y desayuno, lo cual a Arno le pareció extraño, pues después de racionarlo todo, batalló para obedecer cuando su madre le dijo no dejes nada en el plato. Tenía mucho de no ver su plato tan lleno. El consomé lo guardaron en una botella. Otra la llenaron con agua.

Como vaticinó su madre tras la visita de *Frau* Filipek, fueron por ellos. Sólo lo que puedan cargar, les dijeron. Llevaron los tres costales bien llenos. Arno sintió pesar: dejaban la herramienta de su padre en su sitio. También los recuerdos. Los soldados les ordenaron subir al camión. El camino les pareció largo, sofocante. Era más por no saber cuánto duraría el trayecto y lo que les esperaba al final, que por las lonas verdes que les impedían el aire y la vista.

—Estamos en Königsberg —dijeron otros pasajeros cuando se abrió una cortina.

—¿Königsberg? Ya no existe Königsberg. Están en Kaliningrad —dijo su guardia con sorna.

Los llevaron al *Hauptbanhoff* y los subieron a un vagón. Cerraron la puerta cuando se llenó, pero el tren no arrancó sino hasta dos horas después.

Los soldados rusos no les dijeron a dónde los llevaban. ¿A Alemania? Era su esperanza. Si la guerra había terminado, ¿para qué querrían conservarlos? Ya aquel capitán les había dicho que Rusia no querría alimentarlos. Por llegar a Alemania aguantarían las veinticuatro horas de pie.

Todo como se los dijo *Frau* Filipek, sucedió. Antes de subir al tren, les revisaron sus costales, pero arriba habían empacado la ropa interior, los edredones y los abrigos aromáticos. Arno pasó un momento de tensión cuando movieron su abrigo, cuando tocaron uno de los cortes de las tallas de su padre, pero no encontraron nada que pudieran objetar o que desearan, como sucedió con algunos objetos de valor en el equipaje de otros. Nadie pensó en revisar el cuerpo del niño y él mismo ya estaba tan acostumbrado a traer el hacha a su lado, que ni siquiera la recordó, hasta que tras una hora de viaje, sintió ganas de orinar.

—*Mutter*, tengo ganas.

—Aguántalas un poco.

—No puedo.

Pero no quería mojarse ni mojar a otros.

—Abre tu pantalón, yo te cubro.

Arno lo hizo. Pero al hacerlo sintió el hacha a su costado y tuvo una idea: la sacó e hizo un hoyo en los gruesos maderos del piso del tren. Luego se hincó y protegido por su madre y los costales, pudo aliviar su necesidad con cierta pulcritud y modestia. Otros quisieron usar el baño improvisado. Si se turnaban y se movían con cuidado, nadie tendría que orinarse las ropas, les dijeron a todos.

—Rompe la puerta —dijo un viejo cuando vio su hacha.

Pero su madre dijo que no.

—¿Quién va a saltar del tren? ¿Usted? ¿Un viejo que apenas puede estar de pie? ¿Y a dónde va a correr si queda vivo después de la caída?

El hombre desistió ante la razón.

Pero al rato su madre le dijo: rompe un madero hijo, sólo un poco. Haznos una ventana para poder respirar. Lo hizo y todos se sintieron mejor por un rato. Hablaron. De dónde es usted, dónde lo encontraron, cuántos hijos tiene, hágase a un lado que quiero usar el hoyo, cuántos hijos murieron en la guerra. Cada uno tenía la peor historia, o todos conocían la peor. Luego callaron, luego se hartaron, luego algunos lloraron, luego algunos se desplomaron. Mientras eso sucedía, el calor de sus cuerpos y el latir de su sangre provocó una reacción en cadena: las pulgas latentes escondidas en los surcos de la madera de ese tren de origen alemán que a tanta gente había transportado de campo de concentración a campo de concentración, despertaron.

De julio a agosto de 1945

65. UNA PUERTA DE SEPARACIÓN

Viajaron hacia el oeste, pudieron determinar por lo que veían a través de su ventana improvisada. ¡Vamos a Alemania! ¿A dónde más?, decían los pasajeros de ese tren.

Tras varias horas de viaje, Arno y su madre habían colocado sus costales en vertical a sus pies y lograron sentarse en ellos y recargarse contra los maderos del vagón sin ocupar más espacio. Por turnos pudieron dormir para mantenerse atentos a sus posesiones, pero sólo hasta que los piquetes se tornaron imposibles de ignorar. Tomaron agua y comieron de pollo en tragos pequeños y de manera disimulada.

—No le daremos a nadie, Arno, pues no sabemos cuánto durará el viaje —le aclaró su madre en voz baja antes de dar el primer trago—. Y lo racionaremos, pues lo mismo: no sabemos cuánto durará este viaje.

Ellos tenían su hacha. Tenían los edredones, los conejos y las salchichas. Y tenía su abrigo dentro de su costal. Con eso estarían bien después, le decía su madre al oído. Por lo pronto agua y comieron, y nada más. Arno sintió lástima por los que no llevaban nada con ellos, ni agua. En el camino murieron varios, incluyendo el viejo que hubiera querido escapar.

Cuando bajó la velocidad del tren al pasar por una ciudad que no pudieron identificar, su madre colocó el pedazo de madera de la ventana hechiza en su lugar, con la intención de que a simple vista los rusos no notaran el desperfecto. Cuando se detuvieron, los soldados los hicieron bajar a todos.

—¿Dónde estamos? —preguntó Arno.

Esa fue la pregunta que cundió como eco entre todos.

Más allá, alguien más alto vio el letrero de la estación.

—Estamos en Görries, al oeste de Schwerin. ¡Es Alemania!

La alegría cundió entre todos. Olvidaron las horas interminables, los muertos y hasta los piquetes.

—*Dammen und Herren* —dijo un ruso con un duro acento en alemán—. *Willkommen!* Han llegado a la nueva zona soviética.

No sabían qué significaba eso, pero para esa tarde se enterarían de que ya los aliados se habían repartido todo el territorio alemán. No sólo Prusia había dejado de existir: toda Alemania se había desmoronado y los ganadores se habían repartido los pedazos.

Los llevaron junto con todos los pasajeros del tren a la plaza del pueblo, donde los registraron en lo individual y por familia. Debían mostrar sus papeles.

—¿Nombre y edad?

—Arno Schipper —dijo él al oficial, después de su madre—. Diez años.

—Muy alto para diez años —contestó éste mirando sus papeles primero y después a él.

—Así ha sido por diez años y nada más —dijo su madre.

Lo dijo en apariencia tranquila, pero Arno oyó la tensión en su voz. ¿Sería una repetición de la escena en el puerto?

—Pero no es tan alto como los niños altos de la Unión Soviética —dijo el hombre.

Arno pudo notar la molestia en la cara de su madre, pero le dio gusto cuando ésta se controló y optó por la discreción. El hombre les dio un papel escrito en ruso que mostraron a otro.

—Para allá —les dijo y señaló una esquina del parque donde ya había otros grupos pequeños.

Parecía que en el pueblo no había habido guerra. Todo alrededor suyo estaba intacto, los árboles del parque, verdes y frondosos. Parecía un mundo que una vez soñó, pensó Arno. Se sentaron bajo la sombra de un árbol. Con precaución, su madre sacó a los conejos a que caminaran un poco y mordisquearan las plantas. Cuando se hizo de noche, sacaron sus abrigos y edredones, pero no sacaron las salchichas.

—Aquí no, Arno, o nos las arrebatarán.

—Tengo hambre, Mutter.

—Yo sé. Toma un poco de consomé.

Dos días esperaron ahí, sin saber qué. Veían que llegaban camiones y se llevaban grupos, pero no sabían a dónde. Pasaron el tiempo quitándose las pulgas una a una, uno al otro.

Cuando los llevaron a ellos, los bajaron en una casa de tres pisos.

La mujer que los recibió, severa, les dijo que la siguieran al último piso. Su madre subió el más ligero de los costales. Arno subió uno y luego bajó por el otro. Ella seguía sin aire cuando él subió la segunda vez. En el cuarto que les asignó la mujer había una cama individual, una pequeña ventana, un escritorio, una silla y nada más.

—Soy *Frau* Hammerschmidt.

—Yo soy...

Su madre se iba a presentar, pero la mujer no la dejó terminar.

—Ésta era la habitación de mi hijo. No tiene baño. Debajo de la cama encontrarán una cubeta. Tiran sus asuntos al baño de pozo todos los días, ¿entienden? No quiero suciedades en mi casa, les advierto.

—No somos gente sucia.

—Pues huelen a letrina.

—Pues así olería usted si tuviera más de tres días de no tener un baño ni agua para lavarse —dijo su madre, indignada.

Arno guardó silencio, asustado por la agresividad de su madre. Temeroso a que los corriera la mujer.

—Abajo también hay agua de pozo —continuó—. Les estoy abriendo mi casa porque así me lo ordenaron nuestros nuevos dueños. Más vale que nunca me falte nada.

—¿Dónde podremos cocinar, bañarnos?

—Abajo hay una cochera sin coches ni caballos que podrán compartir con la familia Kleber que ahora ocupa mi segundo piso. Ahí podrán cocinar en el hogar, si acaso encuentran leña para prender el fuego.

Tras decir eso, cerró la puerta tras de sí.

—Mantente alejado de esa mujer, Arno.

—¿Cuánto tiempo estaremos aquí, *Mutter*?

—No lo sé. Espero que no mucho. Los Gobiernos estarán tratando de intercambiar prisioneros.

—Yo también espero que no mucho. Y sí: aléjate de mí, niño —dijo *Frau* Hammerschmidt sin necesidad de subir mucho la voz desde el primer piso.

Las paredes de esa casa eran muy delgadas. Hablarían siempre en susurros ahí, concordaron. Arno bajó por agua y a tirar el nuevo contenido de la tina que ahora era su retrete. En la cochera encontró otra tina que lavó y llenó en el pozo. Subió los tres pisos con la del retrete, vacía, en una mano y la del agua limpia en la otra, pero en el camino tiró mucha. Regresó y la secó con una de sus camisas viejas. Mientras tanto, su madre se lavó. Luego él. Qué bien se sintió el agua fresca en su cara después de tanto encierro, tanta intemperie y tanto piquete.

Luego comieron.

—Qué rica salchicha —dijo Arno.

Tanto tiempo sin comer sólido lo hizo olvidar el acuerdo de susurrar.

—¡Arno! —dijo su madre en un susurro—. No pronuncies esa palabra siquiera. O la mujer esa nos cobrará renta a base de... nuestras cosas.

Se organizaron. Abrieron la pequeña ventana para que entrara el tibio aire de verano. Arno bajaba y subía todos los días con tinas vacías, con tinas llenas. La mujer le gritaba desde donde estuviera: más vale, niño, que no encuentre sus inmundicias salpicadas por ahí. Arno no decía nada más que *guten Morgen* a las Kleber, que ocupaban el segundo piso, y que antes sólo habían vivido en Königsberg. Ellas, sin falta, respondían a su saludo, aunque siempre estaban tristes.

Su madre mantenía el cuarto limpio. Ella dormía en la cama, él sobre los edredones después de leer tres páginas de los mosqueteros, pues hasta eso lo racionaban: poco a poco, le decía su madre, casi tan ansiosa como él. Todos los días empacaban todo como si fuera el último. Racionaban su comida. Debajo de un tablón del piso, guardaron sus provisiones.

Arno bajaba y subía, y salía a recorrer el pueblo. Nunca se tardaba más de lo acordado, pero cada día su madre, que no salía, lo esperaba lista con sus reclamos, que él ya anticipaba. Pero él, con entusiasmo, le contaba todo lo que había visto, pues era verano y el sol calentaba como creyó que nunca volvería a suceder. Era un bonito pueblo al que llegaban cada vez más rusos, pero ya no sólo soldados. Llegaban familias que escogían el departamento y el negocio que deseaban. Los rusos tenían carnicero y carne que vender, pero sólo ellos tenían dinero para comprar, pues el dinero alemán ya no servía ni para limpiarse el culo, oyó que le dijo el panadero a una mujer. Los rusos también tenían harina para pan, y la calle de la panadería olía a su infancia en casa y oler eso no costaba ni un centavo de la moneda que fuera, así que siempre rondaba por ahí. Sólo que el panadero ruso lo había corrido: ni asomado en su ventana lo quería ver. Y Arno bajaba y subía, y su madre lo esperaba.

Arno bajaba y subía y otro día había llegado hasta el lago. Los soldados lo habían dejado pasar sin problemas. Allá se quitó la camisa y el pantalón y se bañó y lavó su ropa, aunque fuera sin jabón. El agua estaba helada, pero a él no le importó. De regreso, un soldado le regaló un pedazo de chocolate que él estuvo tentado a comer entero y en el instante, pero eso no se lo dijo a su madre

cuando lo compartieron después de cenar su ración de conservas.

Un día, tras quince desde su viaje en tren, Arno bajó, la señora dijo lo suyo, pero él no dijo nada, ni sus buenos días a las Kleber, siquiera. Sin mucho cuidado tiró los desperdicios de su cubeta en el baño exterior y luego fue al pozo de agua. Ahí miró el fondo primero y luego se dio la media vuelta, soltó la tina, se sentó, se recargó y cerró sus ojos.

Su madre lo esperaba con sus reclamos por su tardanza, su madre lo esperaba con el desayuno, su madre lo esperaba asustada, su madre bajó a buscarlo, su madre lo encontró ahí donde se había sentado. Su madre estaba a punto de reprimirlo, pero le vio las manchas en la cara, y luego se las vio en el torso después de abrirle la camisa. Su hijo ardía.

Sorprendida de que hubiera bajado su inquilina reclusa, la casera los vio cuando la madre intentaba meterlo a la casa.

—¿Qué le pasa al niño?

—Tiene un poco de fiebre, es todo.

Pero la mujer le vio las manchas.

—Eso es tifus. ¡Aquí nadie entra con tifus!

—Será varicela —dijo la madre, a sabiendas de que años antes su hijo ya la había tenido al mismo tiempo que todos sus hermanos.

—Es la peste de los judíos. Anda por todos lados. Se la trajeron ustedes los desterrados pulgosos. Por aquí no pasan; esta casa es limpia —dijo mientras caminaba de reversa, para alejarse.

—Paso porque, si no, voy con las autoridades a decirles que nos echó.

—No puede dejar a ese niño morir así —dijo indignada la señora Kleber, desde su segundo piso.

La mujer pareció pensarlo mejor, indignada también.

—Muy bien, que no se diga que tiré a un niño a morir como perro pulgoso a la calle. Pero yo no me hago responsable y no quiero la infección subiendo y bajando por mi casa. ¡Esta es una casa limpia! —le dijo a todas de una vez y luego volvió a centrar su atención en la madre—. La única manera en que se puede quedar, es si encierra al niño en el ático. En cuarentena. ¿Entiende? ¿Entienden? —dijo hacia el segundo piso—. Si vive, vive. Si muere, muere. Hasta los rusos entenderán. Es eso o la calle. Y si usted quiere, enciérrese con él, pero le advierto: si lo hace, no vuelve a salir ni por agua.

La madre ya no discutió más. Arrastró al hijo en algunos escalones, le ordenó dar pasos en otros. La segunda puerta en el tercer piso daba al ático, supuso. La abrió y entró con su hijo. El ático no era pequeño pero *Frau Hammerschmidt* lo usaba como bodega. Lo sentó ahí. Una pequeña ventana dejaba entrar la luz del día. Él no estaría por completo a oscuras. Fue por la tina y por una botella de agua. Regresó con su edredón. La madre le tendió al hijo una cama en el piso cerca de la puerta que los separaría. Lo acostó. Le colocó una compresa fresca en la frente. Y salió la madre a lavarse las manos, a cambiarse la ropa, a preguntarse hasta el cansancio porqué él y no yo. Pero antes, cerró la puerta. Después, se hizo una cama afuera, pues quería estar cerca, oír cada respiración, cada quejido, cada gemido, contestar cada vez que dijera *Mutter* y cada vez que dijera *Vater, hier bin ich, Vater*, aquí estoy, *Vater*.

La primera noche nadie durmió en esa casa de paredes delgadas.

En sus momentos de conciencia, Arno se daba cuenta de que estaba en un lugar extraño y llamaba a su madre, llorando, con miedo. En ese lugar la puerta se movía y nunca lograba salir. Y tocaba y pateaba, pero nada sucedía, nada se movía, nada lograba. En ese lugar siempre era de noche, siempre estaba perdido y corría y buscaba, y corría y se ahogaba. En ese lugar estaba perdido él, pero también su padre, pero también Helga, pero también Johann y Fritz. Y todos gritaban, lo buscaban, pero en ese lugar nadie lo oía, ahí todo dolía, todo quemaba, todo helaba, todo quebraba. Y su madre no paraba. No paraba con sus órdenes: toma, toma, toma. *Nein, Mutter: ich bin so müde*. Estoy tan cansado, déjame dormir. *Nein, Nein*. Pero no había no que valiera, y Arno lloraba.

Lo que no sabía era que su madre lloraba con él, pero afuera. Que aprovechaba esos momentos para decirle, con la voz más dura de que era capaz: Arno Schipper, toma agua, toma agua, agua, agua. Que ella introducía la botella llena por la puerta que cerraba de inmediato, pues desde abajo la casera tenía atento su oído. Que sabía cuando él obedecía y cuando no. Cuando le ganaba la fiebre.

El segundo día Ethel fue con *Frau Hammerschmidt*.

—¿Sabe dónde puedo conseguir medicina?

Ella rio.

—Medicina, ¿los rusos? —volvió a reír, sarcástica—. Si le hubieran tocado los americanos hace semanas, tal vez. Lo único que éstos hacen por los

infectados es meterlos en cuarentena en un bodegón a las afueras del pueblo.

Mejor regresó con su hijo a lo mismo ella y a lo mismo él. Las Kleber, conmovidas por el niño y la madre, se sacudieron la tristeza y el letargo para llevarle agua para él y para ella, para que ya no subiera y bajara tantas veces las escaleras, para que no se separara de él. Y a veces él, tranquilo, libre por un momento de los delirios de la fiebre, preguntaba por su madre, y ella le decía aquí estoy, *Sohn*. Toma agua, toma mucha.

A veces él obedecía, pero a veces no, y entonces sacaba ella su voz de mando. Y a veces él obedecía, pero a veces no.

Y pasaron los días y a veces no había ruidos de adentro y entonces la madre sufría más, y pegaba su oído a la puerta y lograba oír un suspiro y respiraba ella de nuevo. Y desde afuera le contaba los cuentos de su infancia que nunca le contó en brazos porque no lo había cargado más que los primeros meses de su vida, así que siempre a distancia, pero nunca antes con una puerta de por medio. Y a veces pegaba la frente contra la puerta y se decía ¿por qué no te metiste con él, mujer? ¿Por qué estás afuera tan a salvo? Y a veces no le importaba la respuesta a la que había llegado aquel primer día: porque tu capacidad de cuidarlo hubiera durado lo mismo que la primera botella de agua. ¿Y si ella enfermaba, quién marcaría la tumba de su hijo?

Y pasaron los días y a veces eran más largos los silencios de respiración suave, y entonces cuando metía la mano para sacar la botella de agua, también metía un pequeño plato con una cucharada de conservas de fruta. Entonces le decía toma agua, come fruta, toma agua come fruta.

—¿Para qué desperdicia esas conservas en el moribundo? —le decía la casera desde su piso, pero ella cerraba sus oídos a esa voz.

A veces *Frau* Kleber se sentaba con ella en el piso para hacerle compañía. Así le platicó que Hilde, su hija mayor, estaba embarazada, pero nada más ella, gracias a Dios. Irma no y yo tampoco, le dijo. Fueron veinte. Fueron tres días en ese sótano. Se turnaban, pero para descansar ellos. Por un tiempo no nos pudimos mover. A Irma la rasgaron. Por eso casi no se mueve. Las fiebres van y vienen. ¿Cómo se salvó usted?

—Me salvó mi niño.

—*Mutter*? ¿Estás ahí?

—Sí, Arno, ¡aquí estoy! Y estás mejor, ¿me entiendes? Se te oye en la voz.

Te vas a curar, Arno. Toma agua y te vas a curar. Y come tu fruta.

En el transcurso de la segunda semana vinieron por ella. Si quería casa y pan, debía trabajar, le dijo el oficial soviético. ¿Qué sabía hacer?

—Sé cocinar.

—Cualquiera sabe cocinar.

—Sé hacer pan. Sé cortar y moler carne. Sé matar animales.

La asignaron con el carnicero de inmediato.

—Mi hijo está en cuarentena...

—De inmediato. Si su hijo está en cuarentena y usted no, no la necesita. Le pagaremos con pan.

Por las mañanas le dejaba agua antes de irse.

—Tengo que trabajar, hijo. Regreso al rato —le decía.

Por las noches regresaba exhausta, pero con un pedazo de pan para cada quién. Trescientos gramos en total, para ser tan precisa como lo había sido el carnicero al pagarle. A su hijo se lo tostaba con la mantequilla que le había intercambiado a la casera por conserva de zarzamora para que el aroma le despertara el hambre. Se lo partía en pedazos pequeños. Y ella no supo si fue el pan o fue el efecto del tiempo sobre la infección, pero su hijo mordió, masticó y tragó. Su hijo empezó a pedir que lo dejara salir y a hablar en frases completas.

—Perdimos a papá en la guerra.

—Sí. Lo perdimos, hijo.

—Pero no está muerto. Tenemos que buscarlo.

—Lo buscaremos cuando te cures.

O:

—Déjame salir, *Mutter*, papá me habla.

—¿Qué dice?

—Que me quiere ver.

Antes de irse a trabajar, la madre cerraba la puerta con llave. Y le decía: tienes que estar ahí hasta que te cures, hijo, y yo tengo que ir a trabajar. Y, como todos los días, se preguntaba por qué él y no yo.

Un día el hijo se sentó. Sabía dónde estaba, sabía que estaba enfermo. Tenía calor. Había luz. ¿Era temprano o era tarde? Trató de abrir la puerta, pero estaba cerrada.

—*Mutter?*

Pero su madre no contestó. Agitó la puerta.

—*Mutter?* —gritó más asustado. —¡Ábreme!

Desde fuera de la puerta oyó una voz de mujer. No era su madre. Soy *Frau* Kleber, le dijo, y por un momento batalló para recordar quién era. Su madre estaba en el trabajo, su madre volvería. Él tenía que estar incomunicado por la infección. Toma agua, niño. Toma mucha. Come tu pan. Y él se comió todo el pan de tres mordidas y se levantó, despacio y caminó, débil. Abrió la ventana para que le entrara el aire y para que se fuera el aroma a cosas guardadas, pero más a cuerpo sin lavar que le ofendían la nariz.

Estoy aburrido, huele muy mal, le dijo a su madre esa noche, enojado por su encierro, y él no supo que, afuera, la madre sonrió.

ILSE
Octubre de 1945

66. LA MUÑECA PERDIDA

—Ya nos vamos hoy —le dijo Ilse a Freddy.

Él no le creyó porque se lo dijo cada domingo de junio, julio, agosto, septiembre y de lo que llevaban de octubre, pero ella lo decía porque su madre se lo decía a su vez: tal vez el siguiente, Ilse. Ella tenía que creer en algo, así que se asía de esas palabras.

Ya era junio cuando en la granja del tío Hugo los habían recibido con una comida sencilla. La guerra había terminado, pero nadie festejaba. Al terminar de comer el caldo de col, a los niños les pidieron salir a jugar, señal que Ilse ya interpretaba bien: los adultos tienen que hablar. Ahí se quedaron el tío Hugo y su esposa Olga, la abuela, su madre y el tío Franz.

Ilse se fue detrás de Edeline, Freddy. Irmgard llevaba de la mano a Crystl, que lloraba, negada a alejarse de su madre, que se había convertido en la suya también. *Mutti!*, gritaba, pero Edeline, que aún no aprendía cómo debe hablárseles a los más pequeños, le decía no es tu *Mutti*, es la mía. Ni adentro ni afuera hubo alegría. Tampoco hubo juegos: todos sabían que faltaba Helmut. Y tía Erna. Y Káiser. Y Janusz. Y Vater.

Ilse fantaseaba que el Káiser, perdido, había dado con la pista de la familia y los seguiría con el olfato hasta donde fuera. Pero habían llegado a donde fuera, y el Káiser no aparecía. Miraba siempre hacia donde se oía un perro ladrar, pero conocía muy bien el ladrido del Káiser y los que oía nunca eran el de él.

Fantaseaba también que su padre regresaba en la nueva moto que le habían dado en el *Wehrmacht*. En la granja, el sonido de una moto había sido tan único, tan suyo, que para ella significaba el regreso de su padre. Ahora, las motocicletas inglesas y americanas abundaban, iban y venían, pero el corazón de Ilse tardó mucho en dejar de acelerarse por creer, y su boca en dejar de emocionada gritar, luego decir, luego suspirar, *Papa*, cada vez que el sonido familiar llegaba a sus oídos.

A Janusz a veces lo imaginaba mirándolos a lo lejos, cuidándolos desde la periferia. Pero su madre le decía, Ilse: el Káiser encontró nueva casa, tal vez se cansó de viajar tanto; tu padre no llegará en motocicleta cuando lo haga; Janusz se tuvo que ir, pues recibió noticias de que lo necesitaban en su país, quiso ir a saludar a Jadwiga, dijo que un día escribiría. Ya Ilse, ya, se tuvo que ir y ya.

A Helmut, en las horas de sol, todavía lo imaginaba aprendiendo palabras.

Tal vez la tía Erna se había convertido en su tía y madre a la vez, tal como su madre de Crystl, y él estaría feliz, como siempre. Sin embargo, en las horas nocturnas, cuando dormía, lo soñaba todavía en sus brazos y se imaginaba diciendo no te suelto no te suelto. Siempre al despertar, tenía sus brazos cruzados contra su pecho, apretados y adoloridos. Sostenían sólo aire.

Una noche de viaje, su madre había tenido que detener la carreta porque gritaba.

—Ilse, despierta. ¡Ilse! Sh. Ya pasó, Ilse. Sh. Ya pasó.

—¿Dónde está Helmut?

—No está, Ilse. ¿Recuerdas?

—¿Lo solté?

Ella le dijo ya te dije que no y que no fue tu culpa, tienes que entenderlo y ya. Ilse. Basta. Ya se fue. Está con todos sus abuelos y tíos, y nosotros estamos aquí y tenemos que seguir adelante. ¿Entiendes?

Sí, entendía y hacía caso. De día. De noche no tanto. Y despertaba todos los días con los brazos cruzados, apretados, adoloridos. Vacíos. Siempre vacíos. Eso nunca cambiaba.

Ese primer día los adultos habían tomado una determinación: tío Hugo no podía tenerlos a todos en la granja, el costo sería enorme, y no estaba hecho de dinero. Se irían al pueblo cercano a buscar alojamiento y trabajo: desde que se habían ido los *Zivilarbeiter*, a todas las granjas de los alrededores les faltaba mano de obra. Pero les ayudarían: se quedarían con Ilse y Freddy.

—¡No, *Mutter!*, no nos dejes —dijo Ilse, al borde de las lágrimas que contuvo.

—Tengo que hacerlo, Ilse. Aquí te quedas. Te harás cargo de tu hermano. Y se portarán bien. Cuida tus modales.

Luego se dirigió a Freddy, quien lloraba.

—Tienes que hacerle caso a tu hermana mayor. Ella te va a cuidar. Y deja de llorar. Nosotros no lloramos, Freddy.

—Io jí lloho, *Huher*.

—Pues Ilse te va a enseñar a no llorar, ¿verdad, Ilse?

Y desde entonces, ella le decía todas las noches antes de dormir que no llorara, que se lo guardara todo dentro.

—¿Óñe?

—No sé, Freddy. Adentro del cuerpo hay un lugar donde se guarda todo. A veces creo que es en la barriga, a veces en el corazón, a veces en la cabeza. No sé. En las mañanas creo que se guarda en los brazos y en la boca, porque me duelen.

Y desde entonces, una vez por semana los domingos, veían a su madre, quien se pintaba una gran sonrisa en su cara tostada por el sol para pasar un buen rato juntos, y nadie le decía que Freddy todavía no aprendía a no llorar, y que Ilse todavía no aprendía a no estar exhausta por las noches después de andar todo el día tras el tractor, descalza, para no echar a perder sus zapatos, recogiendo las patatas que se le escapaban a la máquina, pues en esta casa, decía de diario el tío Hugo, el que quiera comer, tiene que trabajar, niña.

—Menos Freddy, que es muy pequeño y está herido —decía ella cada vez, para que él no se olvidara de que el acuerdo con su madre había sido que Ilse trabajaría, pero su hermano, no.

—Pues miren lo que les pasa por abandonar su tierra, muertos de hambre.

Ilse no le platicaba a su madre los domingos del miedo que les tenía a los guardias y perros que cuidaban que nadie se robara ni una sola cebolla del campo. Tampoco que, con cuidado, ella procuraba dejar siempre una o dos debajo de un árbol para unos niños que se asomaban de entre los árboles con hambre en los ojos.

Tampoco le decía que no sabían qué hacer más que callar cuando el tío Hugo insultaba de manera constante la religión, las costumbres, las decisiones de la familia. Que los obligaba a rezar sus oraciones extrañas de la que él llamaba la verdadera iglesia: la Adventista del Séptimo Día. Que no comentaban nada cuando el tío recibía plata, joyas, tapetes finos y hasta candiles de cristal cortado, y daba a cambio tan sólo una pequeña tina de patatas. Que no lloraron cuando una mujer que entregó su argolla matrimonial lo hizo al desprenderse de ella. Nunca le preguntaron, *Mutti*: ¿qué quiere decir «reina el que tiene patata»? El tío Hugo lo decía cada vez que terminaba un trueque. Muy pronto entendieron lo que significaba.

Se iban a su cuarto al terminar de cenar. Dibujaban, leían y escribían, sin hacer ruido, en la pizarra de Ilse. Freddy se dormía entre sollozos muchas noches.

—¿Creej que Huheg ñoj ejó cor jer loj que llogahos?

Eso no. Ilse no creía que su madre los dejaba por ser los que más lloraban. Para consolarlo ella le repetía, como verdad absoluta, la versión que les había dado su madre: se debían quedar ellos, pues no tenía trabajo ni casa ni comida que darles a todos. Así, su madre se quedaba tranquila de que dos de sus hijos comerían. Irmgard trabajaría también y Edeline y Crystl era demasiado pequeñas para dejarlas, así que tenían que ser ellos, ya que ya sabían valerse por sí mismos.

Los domingos que su madre visitaba y les recordaba sus motivos, Ilse entendía. Los lunes ya no, aunque fingía. Los lunes se obligaba a decirle a Freddy: esta es nuestra manera de ayudar a *Mutti*, pero se dormía con la idea de que quizás los dejaba porque verlos a ellos dos la entristecía; verlos, la obligaba a recordar a Helmut y lo que había pasado.

Cuando Freddy se dormía, Ilse escribía lo suyo un rato antes de dormir. En la mesa del lado, apoyada contra la lámpara, la muñeca enlodada era el único y mudo testigo de las palabras que siempre empezaban con las mismas: *Liebe Mutter*. Antes del amanecer, Ilse ya las había hecho desaparecer con el movimiento de una mano, pues eran de ella y de nadie más. Se las llevaba hechas gis, pegadas a la mano, y el blanco se esfumaba sin sentido entre el lodo y la tierra del plantío, en ese ir y venir infinito del para allá y para acá detrás del tractor o la yunta. Sembraba Ilse unas palabras, y cosechaba otras nuevas para la noche. Ahí era cuando a cada paso de barro negro fertilizado con gis, ordenaba el inventario de todo lo que había perdido: guerra, Jadwiga, casa, *Vater*, tía Erna, Helmut, Janusz, *Mutti*, muñeca.

Irmgard había recogido su muñeca del suelo del camino aquel, el día aquel. El día que se fue, su madre la limpió un poco y adornó la mesa con ella, para que les hiciera compañía.

Ilse no la había vuelto a tocar. Ni a mirar. Se había caído el día aquel en el camino aquel en el que perdió a su hermano. Nadie la debió haber recogido.

Jadwiga, casa, *Vater*, tía Erna, Helmut, Janusz, *Mutti*, muñeca, aquella Ilse.
Guerra.

JANUSZ

De junio a marzo de 1946

67. LA CARGA

Se fue al bosque.

Se fue porque dijo que se iría. Dijo que se iría porque sintió la furia bullir en su tripa. Le había llamado hijo ante los hombres que mataron al perro, ¿y lo echaba así? ¿Después de tanto? ¿Y sin siquiera dejarlo despedirse? Era irse o dejarse explotar, gritar, subir a la carreta y tomar posesión de su lugar en ella. Era irse o ser una carga.

Se fue, pero al principio sólo a una corta distancia, separado por una cerca invisible que ya nunca más volvería a cruzar. Las palabras de Wanda Hahlbrock lo perseguían, le dolían. Había ganado, le dijo ella, y él había preguntado ¿qué? Él había ganado cuando esclavo. Había ganado todo lo que había deseado de niño. Al salir de la granja todo se le había escapado como el agua de un hielo que quema mientras se derrite despacio entre las manos.

Se quedaría sólo hasta verlos partir, se dijo. Todavía sentía la cadena de la promesa que hizo a Hahlbrock, a pesar de lo que ella dijera, a pesar de que sintiera que, al pedírsela, Hahlbrock también le había dejado implícita una promesa: eres necesario.

Partieron de día, pues ya no había necesidad de la protección de la noche y entonces él también emprendió el viaje. Pero entre las sombras. Caminó entre los árboles sin un rumbo propio. Su dirección la establecían la carreta en la que había vivido los últimos seis meses y la familia que él había hecho suya.

¿A dónde iba ir él que estaba solo, que no tenía donde más estar? ¿Él que el único propósito y dirección desde niño se lo había dado primero la guerra y luego esa familia? ¿Él, que no sabía si existiría lejos?

Ya no era el mismo que había salido del bosque de Bialowieza cuando niño, el que buscaba erradicar la soledad que le había tocado vivir. Lo había logrado, pero de manera efímera: ahora la soledad estaba de vuelta, impuesta. Y él no se sentía con fuerza para su regreso. Ahora, aunque Janusz bordeaba el camino por dentro de la línea boscosa, no sabía quitarle la mirada a la huella precisa en el camino, a la conocida, a la que había dejado marcada su paso y lo obligaba a seguirla. Continuaba atado a esa carreta que se había convertido en su universo entero, tal como había estado atado al bosque de su madre, esperando a su regreso o a su fantasma. Pero nunca habían llegado. Y ahora la carreta andaba sin él.

Llevaba un universo que no lo incluía a él.

Perdería todo si miraba para el otro lado, hacia la profundidad del bosque. Todo quedaba en esa dirección: un nuevo país de nuevo, su lengua de siempre, su bosque. El bosque en el cual había dejado sus raíces cercenadas, que ya sentía marchitas. Ir en esa dirección era lo que le había sugerido la mujer, sin embargo, para allá estaba también la soledad, estaban los recuerdos de su niñez. Andar para allá, adelgazaría el único lazo que lo sostenía, lo definía, lo ataba. Con alguien, con Ilse. Hacia allá estaba el hacha que lo cortaría.

Además, tenía miedo de que los bosques de antaño lo rechazaran y que el fantasma de su madre se le apareciera y le reclamara: ¿qué has hecho con el niño que dejé? ¿Qué has hecho con los cuentos que te confié?

—Los perdí, madre, se quedaron regados en el camino. Los pisoteó la vida.

¿A dónde se le habían desvanecido la niñez prolongada, la inocencia cultivada, la pertenencia imaginada, el universo ampliado? ¿A dónde, después de ver aquella *pe* en pechos condenados a muerte y sentirla cosida en la piel del propio, con cada desplante de desprecio? ¿Dónde habían quedado después de atestiguar el terror de aquel bombardeo lejano, de guardar para siempre en la mente la muerte y en la lengua el sabor del perro querido, de sentir el fuego y la percusión de destrucción al tiempo que se sentían en la piel los primeros rayos de un día, de ver a Ilse y a los niños desaparecer, de echarse sobre la mujer para protegerla, de oír a los caballos que tanto cuidó chillar y desearles la muerte, de sentarse a un lado del cuerpo muerto del bebé querido, de cargar a Ilse y creer que así seguiría la vida y un buen día comprender que no, que era él la carga?

Regados en el camino junto con los cuentos.

Lo único que le había quedado, creyó, era la familia. Sus pérdidas las consideró y sintió propias y, aquella vez que *Frau Wanda* lo había nombrado hijo frente a los soldados que habían matado al Káiser, sólo había apretado más ese nudo que se había empezado a formar desde el primer día con una hogaza de pan.

Pero vete, porque serás una carga. No quería serlo.

Me voy, le dijo y se lo hizo creer. Pero no era tan fácil: estaba atado, se sentía responsable, había hecho una promesa. Y tenía miedo.

Con dirección al norte los siguió hasta la granja que suponía era la del hermano de la abuela. Vio cuando les abrieron, notó la vacilación del

sorprendido hombre para dejarlos entrar. Los vio entrar a todos. Vio a Ilse saludar sin sonreír, sin decir nada. La vio voltear a mirar hacia el bosque antes de entrar. Vio la puerta cerrarse tras ella.

Atesoró ese último vistazo, pero la puerta cerrada la tomó como señal para comenzar a cortar los lazos. Hasta ahí llegaban juntos, la niña estaba a salvo. Entonces él, que ya no era un niño para amedrentarse ante el miedo más grande, se dio la media vuelta y miró a lo profundo del bosque, hacia la dirección que le correspondía, hacia la soledad.

Se desprendería de todo. Sería lobo, entonces.

A veces caminó, a veces se detuvo. Pero siempre caminó hacia el este, y nunca salió a los caminos o pueblos, aunque observó todo desde su periferia acostumbrada: entre más al este, más voces rusas. Aléjate de los rusos, Janusz: eso no había cambiado.

Dormía bajo los árboles, tendía trampas. Ya que la guerra había terminado, regresaba la vida del bosque, así que no pasaba mucha hambre. En el verano había encontrado frutos, en el otoño algunas nueces y se alegraba de no tener que compartir con nadie.

Una noche helada salió a su encuentro una jauría de niños lobo entre un árbol y otro. De entre la niebla y los árboles lo miraron con hambre. Por un momento creyó que les brillaban los ojos como fieras, y que lo atacarían como aquellos otros al Káiser, pero comprendió que miraban su fuego y su ardilla asada.

—¿Quieren?

Poco a poco, como acostumbrados y amedrentados por las mordidas de otros lobos, se atrevieron a salir. Eran nueve. Algunos arrastraban sus abrigo, algunos no tenían cubierta la cabeza. Otros la traían cubierta con cascos alemanes que les quedaban grandes. Ninguno, ni la menor, tenía rastros de la suavidad de la infancia, ningún rastro de brillo propio en la mirada. Lo único que brillaba en sus ojos era el fuego donde ya se tostaba su ardilla.

Se las dio completa. También les dio la carne de conejo que le había sobrado del día anterior. Era muy poco para tantos, aunque nadie reclamó mientras el mayor les repartía la carne, pero conservaba el trozo más grande para sí. Después de comer, todos se acostaron juntos cerca del fuego para dormir, ya acostumbrados a su rutina. Sólo el mayor, de trece, se sentó a su lado a hablar.

—¿Quiénes son ustedes?

—A mi madre la mataron muchos rusos y me quedé solo. A los otros lo mismo o los abandonaron o se perdieron en algún ataque. O fueron los únicos sobrevivientes. Casi ninguno recuerda su nombre.

—¿Y tú?

—Yo sí recuerdo mi nombre —dijo el muchacho.

Pero no lo ofreció. En lugar de eso le contó que los había recolectado a todos durante la última nieve. Pero no eran los mismos de un principio y un día antes habían sido diez: una niña se había caído a la corriente helada de un río. Ni siquiera habían tratado de buscarla.

—Y ¿cómo consiguen ropa, abrigo y cobijas?

—De los muertos y sus valijas. Cuando se fueron las nieves los campos estaban llenos.

Entonces también durmieron. Janusz creyó que al despertar emprenderían su camino, pero no: lo miraron con el mismo vacío del día anterior. Puso varias trampas, cayeron dos conejos, que desolló con su cuchillo. Hasta los más pequeños esperaron su ración de manos del jefe. En sus ojos sí había luz cuando lo miraban a él.

Caminaron lento hacia el poniente. A veces, los más grandes cargaban a los más pequeños cuando se cansaban o el fango se hacía muy pesado para ellos. No aceptaron su oferta de ayuda y a él no le importó su tiempo perdido: no tenía prisa por llegar a ningún lado y mejor desandar el camino que dejarlos cerca de los rusos, pensó. En el primer poblado los entregaría al *Bürgermeister*. Esos niños no encontrarían nunca a sus familias, tal vez, pero regresarían a los suyos. ¿Qué hubiera sido de él si a los doce hubiera encontrado alguien que se compadeciera de un niño sin rumbo? Pero no fue así. Quizá para cuando llegó a la granja ya era demasiado tarde para él. ¿Tendría para entonces ya la mirada perdida, la mirada tan solitaria como esos niños cuando los alemanes lo atraparon?

Se quedaron con él diez días y casi llegó a acostumbrarse a su compañía y silencio. Les enseñó a hacer trampas y fuego. Un día intentó contarles algún cuento de su memoria, pero no supo si era porque con el desuso él había perdido las palabras precisas, o porque los niños nunca las habían tenido o no sabían poner atención: ninguno se estuvo quieto más de diez palabras. No volvió a intentar, pues las palabras no deben desperdiciarse o se escapan y mueren. Lo

sabía de siempre y quizá también lo comprendían los pequeños, los cuales nunca le dirigieron una sola, pues no hablaban ni entre ellos. Los que podían, tal como el jefe sin nombre, le contaron que el bosque estaba lleno de niños como ellos, niños de la guerra.

—Niños lobo —les dijo Janusz.

A ellos pareció gustarles el término.

A la mañana siguiente, ya no estaban. Los niños lobo se habían llevado su cuchillo y uno de sus cordeles. Algo más murió dentro de él. Lobo no soy, se dijo. No lo había sido ni siquiera cuando su madre se fue para siempre y lo dejó solo, tal como sus madres a esos niños. Él había buscado compañía de inmediato y de manera incesante. Y nunca se hubiera fugado. Con cordel ajeno. Con cuchillo robado.

Otra vez se dio la media vuelta y caminó hacia el oriente. No se volvería a detener. Su destino estaba en el este y en el silencio de los árboles. Así, un paso tras otro, se acabó el otoño y llegó un invierno más crudo que el del año anterior.

Encontró una choza derruida cerca de un lago. Tendría que detenerse ahí hasta que pasara, o perdería los dedos de los pies que le quedaban. Arregló el techo de la cabaña con ramas de pino, tapó los hoyos entre los maderos con lodo. Adentro había una vieja estufa. Selló el escape con barro, y lo probó: tendría que reponerlo seguido, pero funcionaba para calentar las noches sin ahogarlo. Del río acarreó piedras que calentaba sobre la estufa. No durarían tan calientes como los ladrillos, pero ayudarían. No moriría de frío.

Supo que había llegado la primavera sólo por las señales del bosque. En su tiempo ahí no había pronunciado palabra ni en la lengua madre ni en la otra. No había cantado, ni contado nada más que los dedos de sus pies —ocho, todavía— y sus años. Tenía veintidós, calculó. Y ya era un viejo. ¿A dónde se había ido su juventud?

Se había hecho polvo, como todo lo demás.

ARNO

25 de marzo de 1946

68. EL GIGANTE DEL BOSQUE

Ese día murió el bebé de Hilde Kleber. Por destino, por frío, por malnutrición, por tristeza: todos tenían alguna opinión sobre los motivos de su muerte. Su madre había muerto en el parto, pero él había intentado vivir y su abuela había hecho todo por ayudarlo. Lo habían llamado Helmut, un buen nombre alemán, para que cuando sea mayor, nunca recuerde su sangre rusa, dijo la abuela, pues nunca se ha conocido Helmut ruso alguno, aseveró.

Helmut se había aferrado a la vida para llorar y para acabar por expresar la vitalidad que quedaba en su joven abuela. Eso lo decía *Frau* Hammerschmidt.

—Si le tuviera un poco de compasión y cariño, lo ayudaría a morir. Y a nosotros nos dejaría dormir. ¡Y pensar!

Ya nadie quería hablar con ella ni para los buenos días, aunque a veces era inevitable.

Con esperanza, la abuela había marcado en el calendario la llegada de marzo. Si tan sólo le tocara algún día de sol a su Helmut, se salvaría, aseguraba. Pero no había llegado ninguno y al bebé se le había acabado el tiempo. Todo por culpa de los rusos que habían dejado críos plantados en vientres alemanes y que no proveían ni calor ni comida, dijo la abuela, entre lágrimas.

Ella se negó a enterrarlo en la fosa común de los muertos que se habían acumulado ese invierno, que eran muchos. Ya bastante había sufrido con enterrar a su hija en la del tifus, que por fin había pasado. *Frau* Hammerschmidt se negó a que el espíritu “el tal Helmut” rondara para siempre en su jardín, así que no había permitido su entierro ahí.

Oraron, hicieron el ritual funerario. Envolvieron al cuerpo en la ligera cobija que había sido su única posesión en la vida. Luego lo metieron en un costal y, con una última bendición de la abuela, Arno se lo colgó al hombro, salió de la casa y dejó a su madre y a las Kleber atrás.

Llevaba su hacha como siempre a su lado, por dentro del pantalón. Tendría que bastar.

—Escoge un lugar hermoso, niño —le dijo la abuela.

Arno tenía desde el verano anterior de no ir al lago. La recuperación del tifus había sido difícil: quedó muy débil. En esas dos semanas de fiebre y encierro, había perdido demasiado peso.

—Pero creo que se te fue todo a los huesos, hijo: ¡mira cómo creciste!

Era cierto. Después de ese crecimiento acelerado, Arno había batallado para acostumbrarse a su nueva altura, pues su mente seguía calculando con la vieja y, por lo tanto, tropezaba por todos lados y se golpeaba la cabeza contra el techo inclinado de su habitación y de la escalera. Además, sus pies ya no cabían en las botas.

Recuperadas las fuerzas, si no el peso, y reconocido su nuevo tamaño, había tenido que salir a buscar trabajo con las botas cortadas por el frente con el fin de abrir espacio para el nuevo tamaño de sus dedos.

—Ya veremos cómo conseguimos otras.

Lo primero que vio Arno ese día fue el anuncio de Herman Göetz, *Schuster*. El zapatero Göetz le dijo que no necesitaba asistente, a pesar de tener en su mesa un cerro de zapatos.

—Casi todos son de rusos. Ellos sí pagan. No mucho, pero...

—Podría traerle leña.

—¿De dónde, si nadie tiene? No. Y ya. Vete. Tengo mucho trabajo.

Se fue. No quería volver a casa y encontrarse a la casera en ausencia de su madre, así que caminó por el pueblo cortando plantas que estaba seguro que le gustaría comer a los conejos y las juntó en su morral. Luego se sentó en la plaza a observar.

Los alemanes caminaban sin rumbo, con el ritmo que les imponía el hambre. Se asomaban a las vitrinas que tal vez los locales recordaban llenas y accesibles. Ahora no había nada para ellos ahí. Sólo los rusos entraban al único café que permanecía abierto, todos con cigarrillo en mano, algunos de la mano de alemanas con maquillaje y sonrisa de más. Ellas también caminaban y reían al ritmo del hambre, y Arno pensó en Helga, en Dinamarca, quizá también bajo el dominio ruso, bonita, hambrienta. Eso si acaso había llegado en su barco, si acaso vivía todavía.

Tenía que encontrar la manera de ayudar a su madre, que todos los días llegaba débil, con su delantal ensangrentado y muy pocos con un pedazo de grasa o un hueso con algo de carne pegada, robados.

—¿Te acuerdas lo que te dije de los Mandamientos, Arno? —le decía al sentarse a comer, exhausta—. Pues recuérdalo todos los días.

Volvió al zapatero al día siguiente y al otro. La respuesta fue la misma: no. Se la dijo mientras intentaba encender el último milímetro de lo que quedaba de

la colilla de un cigarro.

—¿Le gusta fumar?

El hombre lo miró, sarcástico.

—¿Tú qué crees?

¿Quiere que le consiga cigarrillos?

—¿De dónde, si nadie tiene?

—Los rusos tienen.

Eso le iluminó la cara.

—Te doy cincuenta gramos de pan por cada uno que me traigas.

—¿No importa que no estén completos?

—¡Pfft! ¿Me ves muriendo y crees que eso me va a importar?

Desde ese día, Arno se dedicó a seguir rusos fumadores: en algún momento tirarían la colilla, y él la recogería de donde cayera. Luego se le ocurrió ir al café a ofrecerse para limpiar mesas gratis. El dueño, un ruso, aceptó la oferta, pues le gustó la idea de no pagar ni siquiera con pan.

Casi nadie dejaba nada en su plato, pero cuando quedaba aunque fuera un mendrugo, Arno se lo comía. Si quedaba café en una taza, él se lo tomaba, aunque fuera frío. Los granos de azúcar espolvoreados en la mesa, él los barría con una mano y los dejaba caer a la otra, que lamía. Saboreaba cada grano. La vajilla que él recogía, siempre llegaba limpia a lavar. Pero antes recogía los ceniceros. Los rusos eran fumadores en cadena y las colillas que dejaban hacían que valiera la pena aspirar el aire espeso que dejaban tras de sí.

El zapatero ya no era su único cliente. Muchos lo veían llegar con una amplia sonrisa. Sabían cómo hacía Arno para encontrar los pequeños sobrantes de cigarrillo y, aunque parecía sencillo, nunca se atreverían a seguir sus métodos: que un niño observara y los siguiera, les llamaba la atención, no amenazaba a los militares soviéticos; que un hombre maduro lo hiciera, aunque fuera uno viejo, le garantizaría una bala entre ceja y ceja. No le quitarían el negocio al niño. Estaban felices de hacer sus trueques con Arno para poder fumar sin arriesgar el pellejo.

Así Arno consiguió leña cuando le era imposible buscar la propia. Así consiguió una patata por acá, una cebolla por allá. Así logró llevarle a su madre de regalo de cumpleaños diez patatas malformadas, llenas de raíces, que al vendedor se le habían quedado despreciadas por su escasa clientela. Éste no las

había bajado de precio.

—Anda. Una colilla por patata.

Cuando las vio, como buena granjera, su madre reconoció lo que eran y sonrió como tenía mucho de no hacer. Esas patatas le hicieron olvidar decir lo que siempre decía antes de dormir: quizá mañana nos dejen partir. Amén.

—Qué afortunados somos de ser granjeros en un pueblo lleno de gente de ciudad que no reconoce oro cuando lo ve —le dijo, después de dejarse abrazar.

Desde entonces había conseguido más, y una bolsa de cebollas, también para plantar. Ese día de marzo había sido marcado desde el mes anterior como el ideal para sembrar. Festejarían así su cumpleaños. En quince semanas, con la ayuda del sol, las sacarían de la tierra, multiplicadas. A los conejos, Arno les había construido una jaula de madera. Tal vez con mejor clima pronto podrían sacarlos al establo: la coneja ya esperaba su primera camada (aunque tal vez ya no estemos aquí cuando eso suceda, hijo).

Y con la promesa de disfrutar de la inusitada abundancia, *Frau* Hammerschmidt les había permitido el uso de su jardín, establo y cocina, aunque ésta sólo una vez por semana.

—Para que la usaran diario, tendrías que traerme una cerveza, niño.

Desde entonces intentaba buscar una, pero éstas nadie las intercambiaba por colillas.

Pero ese día había muerto el pequeño Helmut y, en lugar de plantar cebollas y patatas, le habían encargado plantarlo lejos de todo para que sólo oyera las voces de su madre y de Dios por el resto de la eternidad. Y Helmut se balanceaba un poco a su costado en el nido que le habían hecho las mujeres.

—¿Por qué no vienen ellas? —le había preguntado antes de salir a su madre.

—Están muy débiles y muy desabrigadas, Arno. No aguantarían el frío de ida y vuelta.

Y por eso era él el encargado de esa tarea, pues si bien su viejo abrigo ya le quedaba corto, le cerraba muy bien, y el que *Frau* Beckmann le había obsequiado le cubría los brazos completos y le llegaba por debajo de las rodillas. Portaba botas nuevas de tercera mano que le quedaban grandes. El zapatero había reconocido las de él como antiguas, pero de una muy buena casa. Él les arreglaría el corte preciso que les había hecho su madre. Por tres colillas y sus botas, el zapatero le dio unas de un viejo del pueblo que no las había recogido,

pues el tifus lo había mandado a la fosa común.

Arno llegó al lugar que recordó por su visita al bosque el verano anterior y que tanto le había gustado: un poco en alto entre los árboles, y con vista al lago. En esa sombra que dejaba que la luz del sol se filtrara suave entre las ramas, siempre correría el aire limpio, siempre habría tierra nueva y nunca se estancaría el agua de lluvia. Siempre habría, además de las voces de la madre del niño y de Dios, como deseaba la abuela, el canto de los pájaros y la plática de las ardillas. Palabras suaves, canciones y risas. Era un buen lugar.

Sacó su hacha y la hincó una y otra vez en la tierra que, helada todavía, puso resistencia. Se quitó un abrigo y luego el otro, pues el esfuerzo lo hizo sudar. Pero por fin cavó la profundidad que su madre le había indicado como ideal. Ya todas las palabras estaban dichas, pero tras meter el pequeño cuerpo en su tumba, Arno agregó un padrenuestro.

—Este mundo te hubiera gustado sin guerra —le dijo cuando terminó de cubrirlo.

Lo dijo con certeza, aunque en realidad él mismo no recordara un mundo así.

Se quedó ahí sentado un rato, dejando que el aire le secase el sudor, antes de volverse a poner sus abrigos. Entonces la vio: una construcción miniatura. Desde lejos vio el acomodo de los palos, el cordel, y la admiró. Su propósito fue fácil de adivinar. Era una trampa. Y si un conejo llegaba por allá y movía aquel palo, la accionaría, adivinó. Simple. Pero brillante. Olvidó ponerse sus abrigos. Se acercó a observarla. Estaba a punto de mover el palo para observar la trampa en acción cuando oyó una voz profunda, rasposa.

—Por favor, no hagas eso.

Arno miró para todos lados, sobresaltado. De detrás de unos arbustos salió un gigante barbado. Sus ojos azules contrastaban con su pelo negro enmarañado, largo.

—Me tomó toda la mañana construirla.

Arno encontró su voz.

—Perdón.

—Te he estado observando. ¿Eres niño lobo?

No se había dado cuenta de que alguien lo observaba.

—¿Qué?

—¿Que si eres niño lobo?

¿A qué se refería?

—No. Sólo soy un niño. ¿Es usted un gigante?

Él sonrió.

—Algunos dicen eso. Tú también eres muy alto.

—Pero no tanto como los niños rusos. Me lo dijo un guardia —entonces se detuvo—. No es usted soviético, ¿o sí? —preguntó alarmado.

La pregunta no le gustó al gigante.

—Soy polaco. ¿Seguro que no eres lobo? Estás solo, en el bosque. Enterrando a alguien. ¿Tu hermano?

—No. Un bebé que nació enfermo en la casa donde vivo.

—¿Y su madre?

—Murió antes. ¿Quiénes son los niños lobo?

Y el gigante le contó la historia sobre los niños lobo que rondan los bosques y que encantan a los viajeros incautos y desarman tal vez las trampas ajenas.

—Yo no lo hice, ya vio usted. Pero me gustaría aprender a hacer trampas como ésa.

El gigante no respondió.

—¿Me enseña cómo? Nunca más volvería a tener hambre.

Eso pareció convencerlo.

—Pero si me robas mi cordel, iré por ti a donde vayas.

Arno le aseguró que nunca había robado nada en su vida y esperaba que en su cara no se notara su mentira.

El gigante le enseñó varios tipos de trampas. Practicó hasta que estuvo seguro de haber dominado la construcción de al menos tres. Agradecido por esa nueva habilidad, Arno fue a su viejo abrigo y, de una abertura que un día en los túneles de *Fräulein Stieglitz* él mismo había hecho en la solapa, sacó, sin ver, de entre todas las pequeñas piezas que ahí guardaba, una gota de ámbar. Sabía que la señorita estaría de acuerdo con el uso que le daría. Por otra parte, sabía lo que su madre diría: cada una de esas joyas pueden significar nuestra libertad; no las malbarates. Nunca había dado ninguna, pero la lección de ese día, además de fascinarlo, también cumplía un fin práctico: podía significar comer carne cuando les faltara. Eso bien valía una gota de ámbar.

—Gracias por el cuento y por la lección.

El gigante pareció contrariado.

—No era cuento —dijo, enfático.

Pero Arno no lo escuchó. ¿Lo estaba haciendo mal, acaso?, se preguntó. Nunca había dado regalo alguno, más que a su madre. ¿Cuáles eran las palabras correctas?

—De parte de mi madre y mía —dijo tan formal como pudo, mientras extendía su mano abierta—, me gustaría obsequiarle esto que perteneció a una mujer muy querida.

—No es necesario. No quiero pago....

—No es pago, es regalo.

El gigante se aprestaba a rechazar lo que fuera, hasta que vio lo que era.

—Es ámbar —dijo.

Apresurado, tomó la gota y la admiró, la acarició.

—Mi madre dice que es ámbar del Báltico.

—Sí. Es una lágrima. De la reina Jurata.

Arno no entendió lo último.

—¿Le gusta?

—Me gusta. Mucho. Gracias.

Él siguió acariciando su gota de miel petrificada mientras Arno, que ya tiritaba, se ponía sus abrigos y recogía sus cosas para irse. Su madre lo esperaba con sus reclamos, estaba seguro.

—Niño: ¿cómo se llamaba el bebé?

—Helmut.

El nombre pareció detonar algo en él. El gigante se hincó ante la tierra suave de la tumba y rompió en un llanto sin disimulo, sin contención y de manera instantánea. Arno nunca había visto un llanto así, un llanto que por fuerte, por profundo, contagiara hasta a los pájaros. Nunca quería llorar igual.

Huyó de ahí. Cuando llegó a la casa, su madre no lo recibió con reclamos, lo recibió con una sonrisa.

—¿Dónde estabas? Ya te iba a ir a buscar. La Cruz Roja nos trajo una carta: ¡Johann y Fritz están vivos!

Como celebración, se comieron entera la última salchicha que les quedaba.

—Anda. Come. Tal vez ahora que encontramos a la familia, ya nos dejarán ir.

Esa noche no leyeron las *Veinte mil leguas de viaje submarino*. Leyeron

juntos la carta una y otra vez. Las palabras eran pocas y nunca cambiaban, pero las disfrutaban cada una. *Liebe Mutter*, empezaban. Sus hermanos estaban bien y trabajaban en una granja cerca de Hamburgo. A él le mandaban saludos. Vivían. Y ahora alguien que los quería desde la vida anterior sabía que vivía su madre y él también.

Había futuro. Estaban sólo a sesenta kilómetros de distancia. En los meses que llevaban viviendo ahí, varias veces les habían dado a entender que los dejarían ir pronto. Pero ya no sabían cuánto tiempo era pronto. Tal vez ése era un concepto que era distinto en ruso. ¿Significaba esa primera comunicación con el mundo exterior que en verdad que los rusos les permitirían irse pronto? Su madre preguntaría al día siguiente.

Antes de dormir, Arno pensó que nunca había conocido una alegría tan grande. Entonces recordó el extremo contrario que había atestiguado ese mismo día. Nunca debió haber dejado así al gigante.

Al día siguiente regresó a buscarlo, pero él ya no estaba: sólo encontró una choza vacía y, sobre la tumba del bebé, una marca en una cruz: HELMUT.

ARNO

24 de diciembre de 1946

69. HONRARÁS A TU MADRE

Arno llegó más tarde de lo acostumbrado. Cada vez llegaba un poco más tarde de lo acostumbrado. Trataba de recordar, palabra por palabra, el blablablá de su madre cuando perdía la noción del tiempo y llegaba tarde: ya sé, un día, cuando no llegues y tenga que buscarte, me dirán, ah, sí, ¿el niño alto? Vimos cuando los rusos lo subían a un tren para Siberia. ¡Y si crees que iré a Siberia a encontrarte, estás muy equivocado!

Ya no tendría que preocuparse tanto: ya casi todos en el pueblo lo conocían, incluidos los del Gobierno de ocupación. Éstos no le hablaban de Siberia: le hablaban del día en que lo regresarían a los suyos. Él, como su madre, ya no les creía: el día en que les habían tocado a la puerta para decirles que todos los niños menores de doce tenían que reportarse el día siguiente a la escuela, habían perdido toda esperanza.

Acababan de plantar un día antes, y su madre insistía en que ya no pasara tanto tiempo fuera de casa o esa mujer escarbará todas las papas y se las comerá sin que estén listas, ya verás. Ir a la escuela implicaba abandonar la vigilancia sobre el cultivo, pero la orden de ir también llegó con un incentivo: ahí le darían trescientos gramos de pan. No que pudieran negarse, pero el pan, por poco que fuera, era más que el que tenían y le prestaba atractivo al asunto.

—Y, Arno, sigues muy flaco.

Frau Kleber dijo que ella, que no salía por cuidar a su hija, cuidaría que la casera no se acercara al jardín. En ella sí confiaban. Esa noche, Arno no pudo conciliar el sueño. Su madre tampoco.

—¿Qué piensas, hijo?

—Hace mucho que no voy a la escuela. ¿Y si no recuerdo las lecciones?

—Tú les va a enseñar a esos rusos de lo que es capaz un niño alemán, ¿entiendes? Vas a ir y ¿quién sabe? Tal vez te pongan a un maestro que sepa responder a tus preguntas —hizo una pausa—. A mí me preocupa más otra cosa.

—¿Qué?

—Que quieran educarte. Educar a un niño cuesta. ¿Por qué lo harían para después dejarte ir?

En algún momento de la noche, se quedaron dormidos, pero con un nuevo nudo en el estómago. Con el anuncio de la escuela les habían alejado las esperanzas. El papel de la carta de sus hermanos ya estaba casi tan suave como

una tela fina, de tan desdoblado, leído y vuelto a doblar. Tal vez también suavizado con las lágrimas que a su madre le escurrían cuando la leía a solas. No que se dejara ver por Arno: era que ya ciertas palabras de tinta se habían corrido con marcas de agua.

Ellos también habían escrito una para Johann y Fritz. La Cruz Roja se las llevaría, les garantizaron, aunque hasta entonces no sabían si en verdad la habían entregado, pues en todo intervenían los rusos: en el papel que les dieron para escribir, en la pluma y en la ausencia de sobre. Ellos la meterían a un sobre después y la entregarían a la Cruz Roja, les dijeron. Pero su madre decía que el único ruso honorable había sido aquel capitán en Königsberg: tanto que nos han dicho que tal vez mañana nos vamos y puras mentiras, decía. La carta que escribieron fue escueta y discreta —pues la leerán éstos, ya verás—: estaban bien, dijeron, y esperaban con ansia el día en que se pudieran reunir. Su madre había firmado: MUTTI.

—Ninguno de mis hijos me llama *Mutti*. Así que ellos reconocerán la señal.

¿Señal de qué? Arno nunca entendió. Tal vez señal de que los quería sin tener que decirlo ante los entrometidos rusos.

En la escuela, en vez de hablarles de Adolf Hitler, les hablaban de Josef Stalin, y castigaban a aquel niño que, atado a las lecciones del pasado, proclamara que el *Führer* era el mejor de los dos.

—Se suicidó para no admitir sus deficiencias y para que el mundo no lo castigara por lavar a los niños de su patria —como ustedes— con jabones hechos de huesos humanos. De judíos, para ser explícitos.

Arno llegó ese día sobrecogido a su casa. Cuando su madre llegó del trabajo, le platicó del asunto del jabón.

—Son patrañas. ¿Cómo crees que se pueda hacer jabón de gente?

En la escuela debía lidiar con esas peculiaridades del maestro, junto con todo lo nuevo: en vez de gramática en alemán, los iniciaron en ruso. En vez de pedirles que recitaran «La marcha de Badonville», los hicieron memorizarse «La Internacional», el himno socialista, para cantarlo todos los días.

El maestro, que a cada oportunidad y con ánimos de amedrentarlos —con éxito en algunos casos—, les recordaba que era un judío ruso, golpeaba con la vara a quien vilipendiara lo soviético, no prestara atención ni aprendiera las lecciones. Así que golpeaba mucho y seguido, pues todos los niños ponían más

atención al ruido de sus tripas que a Stalin. El maestro les daba pan, pero Arno ya sabía calcular muy bien con la vista y con el estómago: de los trescientos gramos prometidos, sólo les daba ciento cincuenta. Muchos de los niños dejaron de ir. Su madre sospechaba que el maestro se quedaba con el pan restante, pero le dijo que por ningún motivo lo dejaría faltar.

—¿Por qué no, *Mutter*?

—Porque si aquí nos hemos de quedar, más vale que sobresalgas. Y si nos regresan a nuestra Alemania, más vale que no llegues hecho un ignorante. Así que a estudiar.

Ahí pasaba las horas de la mañana. Por la tarde, volvía a sus rondas en busca de colillas y luego visitaba a sus clientes fumadores. El zapatero siempre era el mejor comprador, pues, como decía *Herr Göetz*: para un zapatero hay clientes todo el año, mi querido Arno. Aprende un oficio, muchacho.

—Mi papá quería que fuera carpintero, pero en la guerra...

—Bueno. Es que en la guerra ¿quién necesita un mueble? En cambio, guerra o no, nadie anda por la vida sin zapatos. ¿Quieres ser zapatero? Ahora sí que necesito un aprendiz.

—No, *Herr Göetz*, lo siento. Entre la escuela y los cigarros, ya mi madre no me deja estar más tiempo fuera de casa.

—¿Y cómo está ella? Hace mucho que no la veo.

Después de las botas de Arno, le había cambiado colillas por unas nuevas para su madre, pero había tenido que ir ella a medirse unas. Si eran de una muerta, a ella no le importaba, le dijo.

—Con que no se hayan ido con ella al pozo...

Eso hizo reír a *Herr Göetz* y desde entonces siempre preguntaba por su madre, tan fina ella y con tan buen sentido del humor. Dile que venga cuando quiera, le dijo. Ella no había vuelto.

—¿A qué? Ya tengo las botas que quería. Y ese hombre me ve sola, pero soy una mujer casada.

Arno se había prendado de ese comentario: soy una mujer casada. ¿Significaba que su madre creía que su padre vivía?

—No, hijo, significa que no tengo idea. Y, mientras sea así, estoy casada. Y no andes chismeando sobre mí con él.

En últimas fechas Arno no había variado su rutina más que en una cosa: no

regresaba a la hora que le había ordenado su madre. Iba a la escuela, ponía atención, como ordenó su madre. Luego los cigarros, las visitas a los clientes y luego... luego perdía la noción del tiempo. Iba al parque aquel donde habían pasado las primeras noches de su llegada. Miraba hacia el oeste: sesenta kilómetros lo separaban de sus hermanos. Sesenta que podría caminar, si no se interpusieran los soviéticos y la llegada del nuevo invierno. Su maestro le había enseñado a hacer una brújula con una hoja de árbol, una aguja y agua, así que nunca perdería el rumbo, pero moriría de frío. Debía quedarse donde estaba, además, para que sus hermanos supieran cómo encontrarlo.

Perdía la noción del tiempo a propósito y no llegaba a la hora acordada. Evadía la oscuridad y el silencio. En casa ya no había quien le recordara que a los niños solos se los llevan los rusos a Siberia. Ya no había quién lo esperara y le dijera de diario sólo por su sola presencia: no estás solo, estamos tú y yo en esta guerra que pelearé por ti.

Aquella última noche se habían dormido con hambre, pero contentos: al día siguiente cosecharían las patatas y sacrificarían al primer conejo de siete que ya tenían. No estaban del mejor tamaño, pero reforzado con patatas bastaría para cenar bien y darle un poco a las Kleber.

—Nos han ayudado a cuidarlos a pesar de sus costumbres de ciudad. Además, si la señora no empieza a comer mejor, no durará el invierno.

Arno prometió conseguir mantequilla para completar el banquete.

—Buenas noches, *Mutter*.

—Hasta mañana, Arno.

A la mañana siguiente le sorprendió ser el primero en despertar. Además, su madre no se había levantado durante la noche para echar leña al pequeño fogón, notó. Hacía mucho frío, pero se levantó a oscuras y procuró no hacer ruido al lavarse. Ese día tenía examen de ruso, así que repasó en su mente mientras se peinaba y se vestía. Al terminar le habló y ella no respondió. La miró en la penumbra, le insistió, se acercó, la tocó. Estaba helada. Se sentó a su lado, la tapó mejor.

—*Mutter?*

Prendería el quinqué, pero, ¿para qué? Ya sabía lo que vería. Lo había visto muchas veces, de diversas maneras. Su madre se lo había dicho el día de la muerte del pequeño Helmut: no hay vivos sin muertos. Lo había comprendido,

pero los muertos siempre habían estado más allá, lejos. Más allá de Prusia, más allá de los confines de su granja, más allá de su sótano, aún cuando miles de bombas los rozaron. Más allá del círculo protector creado por su madre cada vez que decía de las bombas: si nos caen, moriremos juntos. Y se habían acabado esas bombas, habían resistido ese terrible viaje en tren, se había acabado el tifus, habían superado aquella gripe de su madre el invierno pasado, y sobrevivían, a pesar de todo. Luego habían recibido prueba de vida de sus hermanos, y Arno sintió que sólo era cuestión de tiempo: su guerra estaba ganada. Habían peleado y habían salido del lado de los vivos.

Pero los peligros de la guerra lo habían hecho olvidar que su madre peleaba otra desde hace años, y ahora comprendía que durante la noche le había caído una bomba que había temido de siempre, su bomba, una bomba silenciosa tan personal que no se había llevado a nadie más. No se lo llevó a él, como había prometido su madre en otras ocasiones: no tengas miedo, Arno, si morimos, moriremos juntos.

Desde la carta de sus hermanos, ambos sintieron todos los peligros sorteados y el moriremos juntos se convirtió en nos iremos juntos a casa y luego en ¿cuándo nos vamos? ¿Cuándo? Dicen que pronto. ¿Ya? No, que por ahora no, pero que pronto. Su madre no había llegado a ese plazo.

Arno se guardó sus lágrimas. No era hijo de esa madre por nada. Honrarás a tu madre: ¿qué querría ella? Que viviera. Que desayunara. Que cosechara. Eso antes que nada.

Que dejara que pasara la rigidez de su cuerpo, además.

Se levantó, echó más leña al fogón y fue a la escuela, no por el examen, sino por su pedazo de pan, que siempre era su desayuno. Luego regresó y cosechó las patatas. Su madre estaría feliz: ochenta patatas no muy grandes, pero patatas al fin. Las puso todas en una caja de madera que había hecho para ese propósito, y la escondió de *Frau* Hammerschmidt. Luego fue a visitar al zapatero.

—¡Amigo Arno! ¿Qué te trae por aquí tan temprano? ¿Ya tan pronto juntaste mis cigarros?

Arno lo miró sin contestar.

—¿Qué sucede?

Se lo dijo.

Al igual que *Frau* Kleber, no quería enterrar a su madre en la fosa común de

ese invierno. Sabía dónde le gustaría a ella. *Herr* Göetz le ayudó a organizarlo todo. Necesitarían la carreta del lechero y otros tres hombres para mover el cuerpo y luego cavar.

—Querrán que les pagues.

—Les pagaré.

Los tres hombres querían cigarros suficientes para una semana, pero el lechero no fumaba. También tenía cómo pagarle a él, le aseguró Arno.

Mientras los hombres recogían lo que necesitarían, fue a la casa para arreglar a su madre. Honrarás a tu madre: ella no quería que hombres extraños la vieran así. La acomodó boca arriba, la peinó, la besó, la envolvió de pies a cabeza en el viejo edredón de la viuda Hitzig, después de poner entre sus brazos cruzados el antiguo ejemplar de *Los tres mosqueteros*, que tanto habían disfrutado juntos.

De la solapa de su abrigo sacó una argolla de ámbar. Eso debería bastarle al lechero. Luego fue con *Frau* Kleber y le dio la noticia. No aceptó su conmiseración ni sus abrazos, pero aceptó todas sus palabras de admiración por su madre.

—Era la mujer más valiente que yo hubiera conocido.

Al escuchar ésas, a Arno se le asentó un nudo en la garganta que no lo abandonaría por mucho tiempo. Ese día, el nudo le impidió dar la respuesta que hubiera deseado: sí, su madre era la persona más valiente que él hubiera conocido. Honrarás a tu madre, honrarás a tu madre, le recordó el nudo doloroso que ya pasaba más allá de la garganta y palpitaba mientras intentaba quebrarle las costillas.

—¿Dirá unas palabras por mi madre, *Frau* Kleber? A ella le gustaría.

—¿En el cementerio?

—Aquí, como con Helmut.

Ella fue por un pastor que había llegado en el último mes desde Tilsit.

Después de la sencilla ceremonia en la cual estuvieron presentes las mujeres de la casa, inclusive la casera, y *Herr* Göetz, el pastor le dijo a Arno que a su madre debía darle cristiana sepultura en tierra consagrada, en el cementerio.

—La tierra donde la llevaremos también es cementerio —dijo.

Y luego recordó las lágrimas del gigante.

—Y está consagrada.

Cuando su madre ya estaba en el suelo a un lado del pequeño Helmut, Arno

les pidió a los hombres que lo dejaran solo.

—Muy bien, Arno, pero no tardes: oscurecerá muy pronto.

Mientras la cubría con la tierra consagrada del lugar, le habló. Le hizo promesas y vertió sobre ella todas las palabras que no se dicen los vivos porque creen que vivirán para siempre y porque duele mirarse cuando se lo dicen. Le dijo las palabras que se dicen sólo cuando no habrá replica nunca más. Y las dijo llorando como el gigante. Y las dijo enojado como niño abandonado. Las aves de invierno se contagiaron con su llanto y se unieron a él, y a Arno le dio gusto, confiado en que ese eco llegaría con mejores alas a donde fuera que ya volara su madre.

—Te gustará este lugar, *Mutter* —le dijo cuando ya estaba más tranquilo—. Nunca nada te tapaná la vista del lago. En el verano, se filtrará suave la luz del sol entre las ramas y la lluvia correrá libre encima de ti y de tu tierra negra, pero nunca se estancará.

Honrarás a tu madre.

—Me iré, *Mutter*. Me iré en la primera oportunidad y encontraré a mis hermanos. Te lo prometo.

Cuando regresó a la casa, se comió el pedazo de pan que su madre había guardado para empezar su día. Tocaron a la puerta. Era *Frau* Kleber. Después de nuevas condolencias, siguió:

—Arno. *Frau* Hammerschmidt dijo que daría aviso a las autoridades de que un niño solo vive en su casa.

Cuando la mujer notó su expresión de alarma, continuó:

—No te preocupes. Le dije que no estás solo. Que somos tu familia. Y que no se atreviera. Le dije lo que tu madre hubiera dicho: que si se atrevía, se quedaría sin su patata semanal y sin los huesos y la piel de conejo que le obsequiarías. Eso último fue cosa mía. Pero la convenció. Al menos eso creo.

Regresó con su madre temprano al día siguiente con una cruz marcada con trazos profundos, para que nunca se borrara del recuerdo y de la tierra su nombre: ETHEL SCHIPPER.

Ese día no fueron los soviéticos por él, ni al siguiente, ni ninguno.

Y ya era Navidad. Otra más. Y ahí seguía: ni se lo llevaban de casa de *Frau* Hammerschmidt, ni lo mandaban al encuentro de su familia, a tan sólo sesenta kilómetros. Y él cada vez regresaba más tarde. Intentaba provocar los reclamos

de su madre, pero de ella, sólo silencio. Al llegar a casa, lo recibían el cuarto vacío, una patata cocida por *Frau Kleber* —tibia todavía—, las *Veinte mil leguas de viaje submarino*, la Biblia de su madre, los caballos y maderas de su padre, y una carta escrita en un papel que ya era tan suave, que parecía fina tela, marcada con las lágrimas que nunca vio a su madre derramar y que él nunca, en vida, se las hizo admitir.

Honrarás a tu madre.

WANDA

24 de diciembre de 1946

70. NAVIDAD

Ahora que se miraba en su espejo nuevo —un trozo que encontró tirado afuera de una casa bombardeada—, no se reconocía: el sol constante de los veranos como trabajadora de granja, y el aire frío y seco de los inviernos, habían hecho su daño en la piel. En tan sólo dos años se había hecho vieja. El color castaño de su cabello estaba ya casi desvanecido por las canas. Todo el color había desaparecido de su piel con el último día soleado. El cuerpo había perdido sus curvas, su suavidad. Eso era culpa de la escasez y del esfuerzo físico, no de su edad, pero saberlo no ayudaba nada para rejuvenecerla.

Y las penas tampoco. Las penas eran lo que más le había drenado la vitalidad. Hay dolores que se instalan en el cuerpo para alimentarse del alma, para infectarla toda, como monstruo, y sentía el suyo: la iba secando por dentro, como el vampiro de *Nosferatu*, aquella película que tanto miedo le dio cuando la vio de joven.

Nadie le creería que apenas tres años atrás había creado y sostenido vida en su vientre. Ni ella lo creería, si no la hubiera sentido salir a la luz, si no la recordara entre sus brazos, si no la hubiera alimentado con su cuerpo, si no hubiera envuelto a ese cuerpo muerto para enterrarlo, si no sonara la risa de su niño todavía en sus oídos, si no la despertara en lo más profundo de la noche su voz, sus triples *eins*, sus *Ich*. Su *Mutti* desdentado.

Tantas noches de insomnio la consumían también.

Hartwig no la reconocería ni por sus cambios físicos ni por su voz mutilada cuando regresara. No que tuviera la seguridad de que lo hiciera. No sabían nada de él. Al terminar la guerra habían esperado su regreso, pero habían pasado los meses —más de un año, ya—, y no tenían noticias. La Cruz Roja misma no sabía nada de él y en su lista nunca aparecía el nombre de Hartwig Hahlbrock, ni como finado, ni como prisionero.

—¿Aparece en la lista de soldados?

Sí, le decían en las oficinas administrativas de lo que quedaba del *Wehrmacht*, el nombre aparecía como enlistado.

—Entonces apúntenlo como perdido en acción.

Era importante aclararlo, pues aunque todavía eran promesas casi a nivel rumor, cuando se pusiera en pie, el nuevo Gobierno central alemán pagaría pensiones. De que Hartwig apareciera en las listas dependería, cuando sucediera

tal cosa, su pensión como viuda de guerra o la de él como soldado, cuando regresara.

—Comprenda, señora, la poca información se debe a la confusión y fiereza de los últimos días, le decían como excusa.

Y si el antecedente que se tenía era que había sido enviado al frente oriental justo antes de la avanzada por Berlín, las posibilidades de encontrarlo, vivo o muerto, disminuían. Los soviéticos eran los menos cooperativos de todos los aliados, le decían. Y ella, dócil como se había acostumbrado a ser durante los años del pasado Gobierno, no se atrevía a decirles: si ya lo sabían en los últimos días, ¿para qué se lo llevan como soldado de los últimos días? ¿Qué caso tenía? ¿A quién servía una familia más sin padre?

En los días buenos le parecía que la mitad de los hombres de Alemania seguían prisioneros. En los días malos, como ése, sabía que tenían prisionero al mundo entero. A su mundo.

Hartwig. ¿Dónde estaría?

Todos los días sabían de soldados que regresaban de cumplir su condena como prisioneros de guerra en el extranjero. Y lo que su familia vivía —y muchas tal vez, como la de ella, pero a ella tenía que ver por la propia—, era una eterna condena de esperanza. Porque cuando alguien empezaba a dar al padre por muerto y a reconciliarse con la idea, alguien más decía: hoy regresaron muchos prisioneros de Francia o de Dinamarca. Lo peor era cuando no llegaba el padre, aunque llegaban grupos provenientes de la Unión Soviética, muchos de ellos perdidos en acción sin nunca antes haber aparecido en listas oficiales. Dados por muertos, pero retornados vivos. Regresaban con información de que allá había cientos de miles de alemanes todavía. Sometidos a trabajos forzados, maltratados, infectados de tifus y disentería, en camino a la muerte. Uno de éstos podía ser el suyo.

Pagaba él su deuda. Pagaban todos. Los seis meses de separación de Ilse y Freddy habían quedado atrás, pero las sonrisas y el ánimo que les mostraba en cada visita que había hecho los domingos tras caminar con pies adoloridos, manos ampolladas y con su monstruo a cuestas, y todo el tiempo que había transcurrido desde entonces, no habían servido para que ellos le creyeran cuando les decía que todo estaría bien. Se los leía en la mirada. Ni el sacrificio ni el tiempo habían servido para preservarlos, para que recuperaran su alegría. No

habían entendido que al dejarlos ahí, había buscado ahorrarles verdaderas penurias.

En un principio, el trabajo en la granja en las afueras de Hohenlockstedt les pagaba a Franz, Irmgard y a ella apenas lo necesario para sostener a una persona. Al final de la semana le daban a cada quien su sueldo: suficiente harina y patatas para la semana, para una persona, no para la familia. Lo de tres, lo hacían rendir para seis.

Los habían dejado quedarse en el establo como parte de su paga. Se había acabado la guerra, pero para ellos era como si siguieran en el camino, en permanente huida, en permanente hambre y frío. Las personas del lugar no veían con buenos ojos que unos forasteros tuvieran derecho a invadir sus espacios y sus oídos con acentos extraños, aunque hablaran alemán. Eran intrusos en su propio país.

Tan lejos habían quedado Prusia y su gente por tantos años, que de ahí, nadie lamentaba la pérdida, nadie la extrañaba. Todos estaban ocupados en sobrevivir el hambre y el frío o en enterrar a sus muertos, que no paraban de caer. La guerra seguía cobrando víctimas, aunque ya no se disparara ni una sola arma. Y encima de todo, cada día llegaban más como ellos: más alemanes refugiados, invasores incómodos. Desterrados peregrinos en busca de patria, sin bienvenida.

Era difícil vivir en la carreta dentro del establo y no sentir que en cualquier momento tendrían que partir. Miraban mapas todas las noches. Le preguntaban a ese papel lleno de rayas, fronteras y puntos cardinales casi roto de las dobladuras, ¿acaso hay mejor lugar para nosotros? Del mapa no recibían respuesta.

De todas maneras habían sido afortunados de conseguir ese trabajo: las granjas habían perdido la fuerza laboral de los *Zivilarbeiter*, pero aún así había menos oferta laboral que desempleados, pues cada día regresaban más soldados y más alemanes de otras tierras. Pero luego Franz había conseguido trabajo en la herrería de Hohenlockstedt y el *Bürgermeister* les había asignado casa: el pequeño segundo piso de la herrería anexa a la casa del herrero y su familia. Era muy poco más que un establo, pero era de ellos, mientras así lo dijera él, aunque la esposa del herrero hubiera interpuesto una reclamación.

—Señora, no podemos tener a alemanes sin techo, viviendo como gitanos en carretas o callejones. Mientras pensemos en otra solución, todos tendremos que

hacer sacrificios —le dijo tajante éste a la mujer.

Se transportaron por última vez en la carreta. La desempacaron y se instalaron. Franz la regresó a la granja después de que desarmaran la estructura. Los tapetes, aunque agujerados, ayudarían a mejorar el aspecto de la nueva casa, a darle calor al ambiente. Tanto a su hermano como a ella, el granjero les pagaría —poco a poco— con una cantidad acordada de harina y huevos por las carretas y los caballos. Wanda podría seguir saludando de diario a ese valiente, pero ahora nervioso, caballo que los había llevado con bien hasta el final del viaje.

Habían pasado semanas antes de que les enviaran las literas militares que les prometieron en la oficina del *Bürgermeister*. Cuando llegaron, Wanda se dijo que ya era hora de ir por los hijos que le faltaban. Y ahí estaban ya, hacinados: cuatro en una recámara y cuatro en la cocina de una casa ajena. Debían usar el baño exterior, pero su casera lo mantenía cerrado con llave. A los niños nunca les daba la llave.

Ya basta, se dijo. Estamos juntos. Nadie está por morir de hambre o frío. Los que estamos, estamos bien. Es lo único que importa.

Guardó sus penas por el momento. Pasó sus manos sobre sus trenzas plateadas una vez más. Cerró los ojos. Se pintó una sonrisa. Se dio la media vuelta.

Ahí estaba su fiesta de Noche Buena. Los niños estaban sentados a la pequeña mesa hecha de tablones irregulares pintando en sus pizarras. Serían los primeros en cenar, pues Navidad o no, no cabían todos a la mesa juntos. Entonces recordó su empeño en empacar su mantel navideño para sorprenderlos a todos en la primera Navidad. ¿Qué había imaginado?, se reclamó. ¿Acaso que al final del camino la esperaría una gran mesa servida?

Se le borró la sonrisa. Era la segunda Navidad sin Helmut, Hartwig y Erna. Ese año, como el anterior, no había mantel y faltaban tres personas queridas. No habría regalos y, de cenar, sólo habría patatas y col. Pero basta, Wanda, es más que lo que hubo el año anterior. Y había mantequilla, se recordó, y pan y sal, lo cual ni siquiera un día antes habían tenido. Estaban juntos los que estaban y estaban bien aunque cenaran por separado. Motivo de alegría. Se volvió a pintar la sonrisa.

—¿Quién quiere cantar «*O Tannenbaum*»?

Irmgard sonrió, cooperativa. Ella se había soleado tanto como su madre,

pero su blanca piel, aunque ya marcada por pecas, todavía sabía recuperarse. Esperaba que el paso del tiempo le borrara el recuerdo del dolor del cuerpo por trabajar encorvada en la siembra. A Edeline y a Crystl la nueva vida les había borrado los recuerdos de la anterior. Ya no preguntaban por Helmut. Ellas estarían dispuestas a cantar aunque no se supieran las palabras. Freddy la miró, serio, pero dispuesto a seguirla hasta en una canción. Ilse no levantó la mirada de su pizarra. ¿Qué tanto escribía esa niña?

—Ilse —la niña no dejó su escritura—. ¡Ilse!

Ilse la miró con su mirada nueva, profunda. Triste. Siempre triste. Apenas podía creer que era la misma niña que dos años antes había organizado los villancicos y, un poco después, una improvisada fiesta de cumpleaños. La más hermosa fiesta, la última. Pero sólo de aquella vida.

Era tiempo de empezar la nueva vida, la nueva fiesta.

—Ilse, ¿cantamos? —le dijo con una sonrisa real.

Ella se encogió de hombros.

—Anda. Hay festejos que no deben dejarse pasar y canciones que no se deben guardar, en especial en Navidad.

Ilse le sonrió.

ILSE

24 de diciembre de 1946

71. LOS CUENTOS

Ilse estaba enojada. El triste enojo le hervía a fuego lento, por debajo de la piel, a veces. En el centro de su cuerpo, en otras. El fenómeno ya era viejo. Había empezado el día en que su madre fue por ellos a la granja del tío Hugo, pero no entendía por qué, si era lo que más había deseado: que su madre dijera nos vamos ya. Tal vez era que se lo había guardado tanto y tan dentro, que no se había dado cuenta que se había llenado su cuerpo y ahora el enojo se había rebosado por los bordes.

A veces era más fácil y menos doloroso recordar a su padre, a Helmut y a Janusz que escuchar la irreconocible voz de su madre, mirarle los ojos. A veces casi llegaba a creer que su madre estaba más perdida que ellos, porque a ellos los recuerdos les daban vida, pero a ella la realidad se la robaba. Ésa, quien era ahora su madre, no daba lugar para recordarla fuerte y alegre.

Esa que la hacía enojar, fingía. Les hablaba a todos, hasta a su abuela, suave, con palabras sencillas y con medias verdades, como a los tontos. Como a los que no pueden darse cuenta de que nada volvería a ser igual. Así también les sonreía: con mentiras. Su sonrisa siempre era una mentira.

Y su docilidad se había hecho costumbre. Quizás era porque ya se había habituado a que la abuela le robara hasta las ganas de discutir.

Y la abuela le había robado, y su madre lo había permitido.

A principios de diciembre, Ilse había recibido un regalo de Gunter Schipper, el hermano mayor de su padre, el cual, según su abuela, era un tío rico, pues no había carnicero en Alemania en esos días que no lo fuera. La tarjeta decía: *Para nuestra querida sobrina Ilse, de Gunter Schipper y familia*. Así que fue ella la que abrió el paquete que había llegado desde Hannover el día preciso de su onceavo cumpleaños: un salchichón enorme que dejó a todos sin habla. Pero fue su abuela la que sacó un cuchillo y cortó un pequeño pedazo para cada quien. El resto lo guardó.

—Lo guardaré yo —le dijo Ilse. —Es mío, *Oma*.

No era que no quisiera compartir, pero que lo guardara su abuela le molestaba por principio.

—Niña egoísta. Lo que queda se lo guardaré a tu tío Franz, pues trabaja mucho y necesita comer.

Ilse miró al tío Franz, quien no dijo nada, pues le convenía el decreto de la

abuela. Luego a su madre, quien tampoco, porque cada vez más se había dejado dominar por ella.

Ya si ella no dijo nada, Ilse tampoco diría mi madre e Irmgard también trabajan mucho y ellas sí tienen parientes carniceros. Guardó su enojo junto con las lágrimas.

Desde entonces no había visto ni un trozo de su salchichón de cumpleaños, pues ni siquiera había visto que el tío Franz lo comiera enfrente de todos. De seguro se escondía para hacerlo. Y ni siquiera para compartirlo en Noche Buena lo había sacado la abuela. No: comerían sólo patatas y col, su madre se miraba desolada en el espejo e Ilse notó cuando decidió sacar su sonrisa de mentira.

—¿Quién quiere cantar «*O Tannembaum*»?

Suave, con mentira, como se le habla a los tontos. No. Ni siquiera la miraría.

Pero luego su madre dijo lo que dijo y sonrió como sonrió, y el enojo de Ilse se disolvió, dejó de bullir. Y su resentimiento por el salchichón se volvió a guardar. Para otra ocasión.

Cantó, cenó, y luego ofreció contar para los menores uno de los cuentos de Janusz. Por la sonrisa honesta de su madre, hasta a eso se atrevió, aunque dolía, porque siempre dolería la ausencia de Janusz. ¿Dónde estaba? ¿Por qué se había ido sin despedirse? Pero sería valiente, como su madre lo era con su sonrisa real.

—¿Cuál quieren? ¿El del zorro o el de la reina Jurata, reina del Báltico, que hasta hoy llora sepultada bajo su castillo de ámbar?

Planteado de ese modo, todos, hasta los adultos, quisieron escuchar el cuento de Jurata. Esa noche todos soñaron con Prusia, pero ni todos los cuentos ni todos los sueños juntos, lograrían que ésta volviera a ser real.

JANUSZ

24 de diciembre de 1946

72. LA LÁGRIMA DE ÁMBAR

Caminar con los niños lobo le había enseñado que no era ningún lobo, ni tendría posibilidades de serlo. Hablar con el niño del bosque después de meses de silencio le había enseñado que no quería estar solo a pesar de que le hubieran impuesto de nuevo la soledad. La lágrima de ámbar le había mostrado una parte de su pasado que quería recuperar. Las lágrimas que había derramado por otro Helmut lo habían azuzado a buscar cura a todas las heridas que había disimulado desde que habían salido de la seguridad y el engaño de la granja. Empezó por llorar por Helmut, pero siguió por Hahlbrock y los suyos. Por Ilse. Por él.

Así que se fue. Camino sin rumbo por meses. Viajó entre la carga de algún tren con dirección al sur. Ahí encontró otros jóvenes, todos llamados por los cambios que se vivían. Toda esa región que antes era de Alemania se le había otorgado a Polonia como compensación, a cambio del territorio al este que los soviéticos no habían querido regresar. Por mantener la paz, nadie les dijo que no, y por lo tanto Polonia se había recorrido hacia el oeste. La gran perdedora resultaba ser Alemania, pero seguida de cerca por los polacos, a los cuales los rusos no los dejaban volver a su lugar de origen tras los años de esclavitud. A Breslau mandaban a muchos y les decían éste es tu nuevo hogar. Así que tal vez también podría serlo para Janusz.

Pero él no había estado nunca en una ciudad y ésa le pareció enorme y destruida, además. No podría nunca vivir ahí. Perteneecía a los bosques, eso daba por sentado. Pero pasó unos días con sus compañeros de viaje. Les servía de intérprete, pues todo en la ciudad estaba escrito en alemán.

La noche que fueron a la fiesta en la plaza, fue su última en Breslau. Desde el momento en que lo vio arriba del estrado, se le formó un nudo de repugnancia en la garganta que le robó capacidad de respirar de lleno. Radosz estaba ahí, borracho, creía. Radosz, entre los polacos homenajeados ese día por su servicio como partisanos. ¿Por qué lo merecía? ¿Qué hacía un lobo en la ciudad? Y además con diez alemanes hincados a sus pies, juzgados culpables, aunque Janusz no supo de qué. ¿De estar en la que ahora llamaban Wroclaw en vez de Breslau? ¿De haber sobrevivido la guerra?

Los aplausos de la gente lo rodearon y ese calor lo envolvió. Lo hizo ser consciente de que nunca había visto a tanta gente en su vida, que nunca había estado tan apretado. Por su altura, nada ni nadie le impedía tener visibilidad

completa de lo que sucedía en el estrado, de los cuchillos que sacaron todos, del hacha en manos de Radosz, de la cabeza cercenada en manos de Radosz, de la sangre escurriendo de las manos de Radosz, del placer absoluto en la cara de Radosz, el lobo de la ciudad.

Y si alrededor hubo un espasmo en los vítores de la gente, éstos regresaron de inmediato. Con más fuerza. Y eso terminó por ahogar a Janusz, que corrió sin fijarse si pisaba pies, codeaba torsos, atropellaba cuerpos. Corrió y siguió corriendo, hasta que llegó a las afueras de la ciudad, hasta que vomitó.

A partir de ahí Radosz invadió sus sueños y los convirtió en su pesadilla. Sólo se calmaba un poco cuando tomaba la tersa lágrima de Jurata entre dos dedos y la acariciaba, o se acariciaba. Él era de bosques, decidió un día. Iría a los suyos. Tal vez en ellos perdería las pesadillas. Sabría pasar fronteras, sabría mantenerse alejado de los rusos.

Caminó hacia el noreste, cruzó el Óder y luego el Vístula. Seguía el camino que le indicaba la brújula de sus pies en sentido contrario al que habían tomado cuando habían huido. Debió haberse negado a ir a aquel viaje. Había perdido demasiado. Pero, de negarse, quizás Ilse tampoco hubiera llegado a la seguridad de la casa del tío. Por ella todo había valido la pena. Hasta su nueva soledad.

Ese otoño, sus pies lo llevaron a la granja de los Hahlbrock por el sur. Pensó que la encontraría tomada por otra familia, pero no. Estaba desierta, aunque no intacta: un ejército de vándalos había arrancado las ventanas y las puertas y había dejado sus interiores vacíos a merced de los elementos.

Entró a su barraca. Ya no olía a él, ni a él con Káiser. Olía a orines viejos, a animal herido. Dentro ya crecían hierbas del monte, que reclamaban el territorio que habían perdido en una muy antigua guerra contra el hombre. Ya no quiso pasar a la casa. Mejor tener en la memoria el recuerdo del último desayuno, de la familia completa, de las sonrisas y las risas que brillan a pesar de la guerra afuera.

Quedaba Jadwiga, se recordó. Ella también había compartido aquel día. La buscaría.

El poblado parecía no tener vida. Todo estaba cerrado. Tocaría en casa de la familia, pero como todas las demás, le pareció desierta. Tocó de todas maneras. Para su sorpresa, le abrió la madre, avejentada, que lo miró sin reconocimiento en la mirada.

—*Pani Nowak*, ¿se acuerda de mí?

—No...

—Soy Janusz. ¿El amigo de *Jadwiga*? ¿Recuerda? Un día me invitaron a pasar Navidad...

—¡Claro! Pero con esa barba nadie te reconocería, muchacho. Te ves bien, a pesar de la barba.

Janusz rio. Un poco.

—Vine a preguntar por *Jadwiga*. La última vez que la vi...

—¡Ay! Mi *Jadwiga*, mi pobre niña...

La señora Nowak se echó a llorar. *Jadwiga* nunca había llegado a su casa. La encontraron un día después de la partida de la familia, tirada en una zanja al lado del camino a casa, rodeada de loza rota, con los cristales de un espejo dorado encajados en el cuello. Desangrada. Ultrajada por varios. Uno de ellos, decepcionado y asustado, pues habían acordado atacar alemanas como había sucedido en Nemmersdorf, había confesado después. Fue un grupo guiado por un antiguo *Zivilarbeiter* de los Hahlbrock. No lo habían detenido ni los ruegos de *Jadwiga*, ni la certeza de que se trataba de una polaca.

—*Radosz* —dijo Janusz con el hilo de voz que deja el corazón cuando se rompe como espejo.

—Ése.

Buscó con los dedos la lágrima de *Jurata*. Con la fuerza de dos dedos, se asió a su suavidad. Si lo hubiera sabido en Breslau, se hubiera subido al estrado, le hubiera arrancado el hacha y se la hubiera clavado completa en la cabeza, no sin antes darle oportunidad de reconocerlo: el niño, el *glupi*, el que no entiende nada. Ahora entendía demasiado.

Regresaría. Regresaría y lo mataría, se prometió.

La madre de *Jadwiga* le dijo que todos se habían ido.

—Los rusos no nos quieren aquí. Nos limpiaron de nuestra propia tierra. No quise irme cuando se fue mi otra hija al encuentro de su hermano. No podía dejar a *Jadwiga* sola... ¿quién le llevaría flores, si no yo? Los rusos me dejaron quedarme: saben que con mis años no les llenaré la tierra de nuevos críos. Me dejarán morir aquí. No pido más.

Janusz la acompañó un rato más, luego se fue. Se internó en el bosque, donde se dejó caer. No podía dar otro paso, no quería derramar una sola lágrima

más, así que se asió a la de ámbar. Creyó haberlo perdido todo en el viaje de ida, pero ahora se daba cuenta de que todavía había habido más que perder. Corre de los rusos, le había dicho su madre, y había caído en manos alemanas. Y ahora regresaba a vivir entre polacos. Rusos, polacos, alemanes, ingleses: todos estaban manchados de sangre, todos se convertían en lobos del bosque a la primera oportunidad.

Regresaré, se dijo. Lo mataré, se prometió, y hasta imaginó la escena digna de quedar para siempre entre los cuentos de los bosques de su tierra: del bosque salió un gigante con cara de lobo y, de un hachazo en la frente, mató a un héroe nacional.

No lo haría. No era lobo. Dejaría que conservaran a su héroe y que el héroe conservara sus recuerdos, que estaba seguro de que serían muchos y que lo perseguirían hasta el infierno. Si eso le hizo a Jadwiga, que era de su pueblo y que conocía de años, ¿qué le había hecho a tantas mujeres desconocidas –tantas alemanas- que seguro había encontrado sin protección? ¿Qué le habría hecho a *Frau Hahlbrock* y a *Irmgard* de no haber salido cuando lo hicieron? ¿A *Ilse*?

Y la imagen de *Ilse*, muerta en tierra polaca a manos polacas, le asedió la mente. Estaba lejos, pero a salvo, se consoló, pero si hubieran salido una hora más tarde... Pero no. Algo les había avisado que salieran antes de lo planeado ese día, e *Ilse* vivía, aunque nunca la volviera a ver. *Ilse* con cara de hermana, *Ilse* a quien había regalado sus cuentos. Entonces comprendió que quizás, aunque él había perdido sus cuentos, no se habían quedado tirados en el camino. Quizá sólo los había depositado todos en una niña de trenzas de dorado castaño que no los dejaría morir. Como su madre había hecho con él antes de irse.

Janusz durmió ahí esa noche con la lágrima de *Jurata* apretada en la mano. Lo despertó más tarde el viento que silbaba entre los árboles. Los pájaros de la noche guardaron silencio para dejarlo disfrutar la canción. Y el viento olió a brisa lejana. Y la brisa le habló y *Janusz* comprendió. Con una sonrisa, se levantó y la siguió. La luna iluminó su camino esa noche.

Había sido otro largo trayecto. El que le había parecido más largo de todos. Por fin había llegado. Había vencido al frío para hacerlo, pero nunca más volvería a sentirlo, sabía. Podía oír los villancicos en *Palmnicken*, pero esa música no era para él. Para él, la música que emanaba del mar, voz de sirena, voz de reina ambarina. *Jurata*. *Jurata* bajo el mar que lanzaba su canción de lágrimas

con cada pedazo de ámbar de su castillo bajo el mar. A él le había lanzado una lágrima que lo había ido a alcanzar tierra adentro, vida adentro. Él, que creyó haber perdido sus cuentos, había tardado en entender.

Para vivir, había que morir. Se lo había dicho antes de irse su madre, pero él había creído que se refería sólo a sus dedos congelados. Pero ahí estaba, lo llamaba Jurata. Ahora comprendía. Le habrá sucedido lo mismo a su madre, supuso, que sólo se quedó hasta que fue necesaria. Sólo hasta que murió su hija enferma. Sólo hasta que perdió toda esperanza. El fantasma de su madre nunca rondó los bosques, se convirtió en eterna ola de mar.

Él, sin comprender que al cumplir su tarea, al entregar pequeña hermana regalada por la vida a su destino de vida, había tardado de más en llegar a esa orilla. Su destino.

A ese viaje, sólo llevaría la lágrima, para regresarla a su dueña.

Se desvistió. Como la brisa le prometió, no sintió el frío en el aire. Tampoco en los témpanos de hielo cuando el agua le llegó a las rodillas, ni cuando se introdujo entero en el agua gris.

La canción de Jurata sonó en todo momento en su oído. Para oírla mejor, dejó de patear. De bracear. De mirar. De respirar.

Nunca había conocido tanta paz. Ya no sentiría el frío, ya no sentiría la soledad.

Abrió su mano y dejó la lágrima caer para regresar a su origen.

Y la siguió.

ARNO

Junio de 1947

73. UN DESCONOCIDO

No estuvo en la lista de alemanes del primer convoy, pero estaría en la segunda. Ya no quería estar ni un día más en ese lugar.

El oficial que lo recibió lo miró con sorna.

—¿Para qué irte? ¿No contento en tu Alemania? Rusos aquí, ingleses allá, ¿cuál diferencia? —dijo el hombre en alemán cortado.

—Allá está mi familia.

—Seguro aquí también familia. ¿Aquí dice viajas con madre...?

—Mi madre murió en octubre.

—No tenemos aviso aquí —dijo el hombre contrariado.

—Sí dimos aviso. Estará escrito en otro lugar.

El hombre agitó las hojas frente a él, como si buscara.

—Por favor escriba mi nombre en el siguiente viaje a Hamburgo. Y el de *Frau* Greta Kleber y *Fräulein* Irma Kleber.

—Niño, no hay viaje a Hamburgo. Y no hay boletos de primera clase para tanta dama.

—Por favor. En cualquier viaje a la frontera con la zona inglesa.

El hombre lo miraba indiferente.

—Le puedo pagar...

La mirada cambió.

—¿Qué tienes que me interesa?

—Le puedo dar un brazalete de cuentas de ámbar.

Con la mirada mostró interés, pero también preguntó: ¿y qué más?

—Y cuando me suba al transporte, le daré un medallón con borde de oro.

—¿Niño rico?

—No. Pero, ¿qué importa? Quiero ir con mi familia. No me interesan las joyas. Por mí, quédese las, pero a cambio de transporte.

—Está bien. En la plaza a las once. Eso es una hora. ¿Llegarás a tiempo?

Corrió a la casa.

—¡*Frau* Kleber! ¡Nos vamos!

Frau Kleber salió de su segundo piso.

—¿Qué dices, Arno?

—Ya empezaron los envíos de gente a Alemania. Nos conseguí lugar en el siguiente viaje.

—No podemos, Arno, la fiebre de Irma no amaina.

La fiebre que iba y venía desde que la habían atacado veinte rusos en Königsberg ya no le daba descanso.

—Pero se curará allá. Allá hay medicinas de seguro.

—Ya no se puede mover.

No podía ocultar su pesar: por su hija enferma, por la oportunidad perdida.

—Arno, no vamos contigo. ¿Estarás bien?

—Sí. Me llevaré dos conejos y unas cuantas patatas. Les dejaré lo demás.

Los conejos se habían multiplicado y tenían una buena cantidad de patatas. La señora Kleber, una vez fina dama de Königsberg, ya era buena granjera. No les faltaría alimento y, si así seguían, pronto podrían venderlos en el mercado.

Arno, acostumbrado y fiel a las instrucciones de su madre, mantenía su costal empacado todos los días. Sólo tendría que guardar su edredón, y estaría listo para partir. Qué razón había tenido ella: la oportunidad de irse no daba tiempo de empacar.

Con el costal a la espalda lleno de su poca ropa y todo lo que tenía en el mundo, la Biblia, los recuerdos, sus papeles y los de su madre, además de sus patatas, y dos conejos en una caja de madera con su alimento, se despidió de las Kleber. Le dio gusto no tener que hacerlo de la casera, que no estaba en casa.

Nos veremos pronto, se dijeron. Gracias por todo. Díganle a *Frau* Hammerschmidt que gracias. Cuando vengan, búsquenme. Cuando vayamos lo haremos. Y no hubo tiempo para más. Debía pasar por la zapatería.

—¡*Herr* Göetz! Ya me voy.

—¿Lo conseguiste, entonces? Muy bien, Arno.

—¿Por qué no viene conmigo?

—¿A qué? Görring es mi casa. Aquí nací. Aquí moriré. Además: ¿quién cuidará la tumba de tu madre, si no yo?

Arno le agradeció. El zapatero no lo dejó ir sin zapatos nuevos.

—Bueno, no son nuevos. Eran de un muchacho que se fue a la guerra sin pagar.

Ambos rieron y luego Arno se fue corriendo. Llegó a tiempo. Apenas. Ya el oficial buscaba ansioso entre los suplicantes que no tenían lugar. Quedaban tres lugares en el camión que no daría a nadie hasta que llegara el niño poseedor de una fortuna.

—¿Hay lugar para mí?

—¡Niño! Llegas tarde casi. ¿Y las mujeres?

—Ellas no vienen.

—No hay descuento. Mismo precio uno que tres.

Arno invitó a dos mujeres a subir con él.

—Mismo precio uno que tres —le dijo al hombre antes de que éste objetara.

Ya arriba, le entregó el brazalete y el medallón, como habían acordado. Éste levantó el medallón para mirar su transparencia contra el sol.

—¡Mosco! —dijo con una sonrisa para mostrar aprecio por el insecto atrapado para siempre en el medallón.

—Dos moscos —dijo Arno.

Lo dejó en la búsqueda detenida por el segundo insecto miniatura. Arno tomó asiento en el camión y partieron. El viaje le pareció eterno. Vería a sus hermanos, y le emocionaba la idea, pero trataba de recordarse que no sabía dónde estaban. La carta, que traía en la bolsa de su camisa, tenía más de un año de antigüedad. ¿Qué si ya no estaban en la granja cerca de Hamburgo? ¿Qué si lo habían dado por muerto?

Además no sabía dónde terminaría ese viaje.

—¿A dónde nos llevan? —preguntó a las mujeres que viajaban con él.

—No sabemos. Nos entregarán al Gobierno alemán, eso sí.

Cada kilómetro hacia el oeste, lo acercaba a sus hermanos. Cada kilómetro que dejaba atrás, era uno menos de sesenta. Del otro lado de la nueva frontera ya vería. Tenía miedo, pero había tenido más miedo todos los días desde la partida de su madre.

Los entregaron con las autoridades alemanas que les dieron la bienvenida a la zona inglesa. Como a todos, le pidieron sus papeles y lo registraron. Las mujeres tenían a dónde ir, así que de nuevo le agradecieron y se despidieron. A él, lo llevaron a un campo de refugiados. Buscarían a su familia.

Las noticias tardaron dos semanas. Durante la espera, un nudo llenó gran parte de su estómago, y no dejaba lugar para el hambre. Las preguntas ocuparon su mente y su tiempo. ¿Y si no los encontraban? ¿Y si no lo reconocían? ¿Y si él no los reconocía? A veces tenía la sensación de ellos cerca de los recuerdos, pero sus caras se le escapaban justo cuando estaba por lograr hacerlos sólidos.

¿Qué dirían cuando le preguntaran por su madre? ¿Y si le reclamaban por no

cuidarla como se debía?

—¡Schipper! ¡Arno Schipper de doce años!

—¡Soy yo! —gritó, mientras se levantaba de su catre.

—Trae tus cosas. Llegaron por ti.

A la distancia, al primero que reconoció fue a Fritz. En el instante en que lo vio, todos los recuerdos desplazados regresaron a su lugar. Sucedió lo mismo cuando al lado de Fritz vio a Johann. Sucediera lo que sucediera, estaría bien.

—¡Arno!

Sus hermanos corrieron a su encuentro. Lo abrazaron, emocionados. Lo apretaron y se apretó contra ellos, con los ojos cerrados para detener las lágrimas.

—¡Mírate! ¡Tan alto!

—¡Ya estás más alto que nosotros!

Una voz fuera de su círculo logró que cesaran las palmadas, los comentarios, los ojos cerrados. Que se cimbrara su cuerpo.

—Hola, Arno.

El hombre que vio ante él, lo miraba suplicante. Al verlo, los recuerdos no regresaron al lugar correspondiente, como había sucedido antes con sus hermanos. ¿Qué le había pasado? Este hombre transformado tenía ciertas facciones conocidas, queridas. Pero su nariz sobresalía más que en sus recuerdos, sus ojos eran casi los de un búho. Hasta su tamaño era diferente. Disminuido. ¿Acaso tenía miedo de no ser reconocido?

Dejó a sus hermanos y corrió al abrazo de su padre.

—*Papa?* ¡Creímos que estabas muerto!

—*Mein Sohn! Mein kleine Helfer!*

El abrazo era diferente: sus torsos se acomodaban de nueva manera, casi al tú por tú, casi irreconocible para sus brazos transformados y su nueva altura. Pero la voz era la de su padre. Las palabras también. Mi pequeño ayudante... Esas palabras de su infancia lo hicieron llorar, y ya no quiso disimular.

—*Papa?* Perdí a *Mutter* en la guerra.

KARL SCHIPPER
Primero de mayo de 1945

74. TEXAS

Ya era hora de dormir. La lectura de la noche había terminado.

Cerraron el libro, pero siguieron los comentarios en la oscuridad. Allí siempre hay sol, decían unos. Allí no hace frío nunca. Allí quizá conocerían a Winnetou, soñaban muchos ya en silencio, y serían tan atrevidos y heroicos como Old Shatterhand, el protagonista de toda la saga de Karl May que les había enviado el *Führer* a sus oficiales antes de que les cayeran encima los estadounidenses. Todo por infundirles ánimo y fiereza.

Esos libros eran de lo poco que tenían, además de los andrajos en lo que se habían convertido las camisas y pantalones de sus uniformes. Sus sacos, en esa primavera, a veces hacían las veces de almohada. Pero los prisioneros atesoraban las novelas y las cuidaban más que a su camisa. Se turnaban para leer en voz alta por las noches. Bajo el hechizo del lector en turno y de las palabras de May, todos se transportaban del lodo helado de su prisión en el norte de Francia al polvo de la tierra del apache mezcalero.

En ese lugar al que escapaban con la imaginación, siempre ganaban en cada aventura, nunca los desarmaban, nunca olían mal, nunca se infectaban los pies, nunca tenían hambre. Descansaban un rato de su suerte, de su infortunio de la vida real donde vivían tras una alambrada de púas, donde su única aventura la habían perdido, las armas las tenía alguien más y las apuntaban contra ellos, todo olía mal, desde la diarrea de algunos hasta el hambre de todos, pasando por los pies infectados por tanta humedad.

Él también se dejaba transportar, ¿por qué no? Las historias de May eran emocionantes. Soñaba con andar a pelo sobre un caballo, con correr libre por la pradera sin fin, como la describían en las novelas. Pero luego miraba la alambrada que lo contenía y a veces mejor se transportaba sin necesidad de apoyo de novela alguna. Iba a casa y abrazaba a sus hijos, se sentaba al fuego, se ponía calcetines nuevos hechos por su hija, cocinaba un caldo lleno, espeso, y lo servía caliente. Nadie los hace como tú, papá, dirían todos, y él dormiría tibio y sin hambre, con ánimo de despertar al alba siguiente.

Pero pronto los transportarían a un lugar que llamaban Texas, decían los guardias. Nada más que llegara el transporte que los llevaría al puerto. Para llegar allá, habrían de cruzar el océano y convertirse en cowboys, decían entre ellos como broma. Pero Karl no quería ir allá ni por las aventuras de Karl May.

No quería alejarse de su frontera, a pesar de saberla perdida. A pesar de saberse perdido.

El primer día de su regreso a la guerra, temió que lo enviaran de nuevo al frente oriental, pero lo mandaron como cocinero de una división de tanques, a rondar entre Holanda y Bélgica. Además de los niños que llegaban como repuesto, él era el más nuevo de la división. Se cansó de ser objeto de curiosidad. Dicen, Schipper, que tienes una bala dentro: ¿es cierto? Dicen, Schipper, que tu mujer te ponía a cocinar: ¿es cierto? Dicen, Schipper, que duermes llorando, abrazado a unos calcetines de lana roja: ¿es cierto? Y Karl Schipper aguantó las preguntas y las regresó con la propia: dicen, soldado, que debes tratar siempre muy bien a quien te sirve de comer: ¿es cierto? Eso los hacía reír, pero los callaba.

Tras casi un año, las órdenes los mandaron al bosque de las Ardenas en el invierno más crudo que se hubiera conocido.

La batalla había empezado en diciembre y el ejército alemán había tomado por completa sorpresa a los aliados. Ésta la ganaremos, decían los soldados a quien Karl servía de comer. Él no decía nada. ¿Para qué? Mejor se guardaba su experiencia como veterano del frente oriental. Así decían también allá durante aquel verano de 1941, y ¿dónde estaban las victorias? Lo habían perdido todo en el hielo. Tanto, que tenían que llevar a la guerra a soldados acabados, como él.

Pero llegado el año nuevo, las preguntas se hacían con más seriedad: dicen, Schipper, que hace dos semanas que no recibes provisiones: ¿es cierto?

—Mira el caldo, soldado —les respondía.

No eran dos semanas sin provisiones, eran tres. El caldo era agua y poco más, llamado caldo sólo porque lo servía caliente.

Tenían hambre y frío. Él también, pero no tanto como otros. Pelaba patatas, zanahorias y cebollas, y se comía las cáscaras. Hervía huesos para el caldo, y los chupaba después. Hasta que duró el pan, lo partía y tomaba su ración, pero luego se comía las migajas que cada rebanada había dejado en su tabla. Dormía con frío, pero mejor que otros, cerca de su fuego de cocinero, listo para calentar agua para las infusiones de los oficiales; tenía los calcetines que Helga le había regalado otra vez antes de partir: te los doy a ti en lugar de mandarlos al esfuerzo de invierno, *Vater*. Así que sí: dormía abrazado a sus calcetines de sobra, dormía con pies calientes y la cara cubierta para proteger sus ojos, que a veces lloraban.

No vivía en el camino de las balas, pero sí en el suelo de las bombas. Sabía que cualquier día le caería una, así que rezaba cada noche para que no le cayera una mientras dormía. No estaba usualmente en el campo de acción, pero ponía atención: si ya no había provisiones para llenar barrigas, tampoco las habría para llenar los fusiles de balas o los tanques de gasolina. Otra vez le tocaba ser testigo de cómo festejaban soldados de su ejército cuando moría un caballo.

—Mira, Schipper, la pierna de caballo gordo que te trajimos para que lo hagas estofado, que te sale tan bien.

Sí: el estofado de caballo le salía bien, y festejaba también cuando le traían una pierna o un costillar, pues tener hambre era un problema inmediato que el cuerpo llamaba a resolver, y de inmediato. Y ya no se desgastaba en disimular. Pero también comprendía que el ejército que depende de caballos para funcionar, pero prefiere comerlos, no llegará a ninguna victoria. Y él no sabía que al enemigo se le murieran sus caballos, pues no tenían más que vehículos motorizados. El ejército alemán no tenía ni la manera ni el equipo para ganar esa batalla, concluyó.

Y escuchaba: alrededor suyo se reunían los oficiales, pues también la cocina móvil de Schipper era su único momento lejos del frío. El 12 de enero, se enteró de la salvaje embestida y conquista de los soviéticos en Prusia Oriental y empezó a dormir con miedo, aunque no por él: por su familia. El 21, el cerco ya era casi absoluto. Y dejó de dormir de manera absoluta. ¿Qué quedaba de su tierra? ¿Qué quedaba de su familia? Y esas preguntas hacían sus rondas en su mente desde entonces.

La retirada de las Ardenas la decidieron el 24 por la noche. A su unidad los sorprendieron el 25 de enero por la espalda mientras huían. Desde entonces era prisionero de guerra de un enemigo que no les tenía buena voluntad, que los amenazaba con enviarlos a Texas. Que los dejaba morir de inanición sin compunción alguna.

—Si nos quedamos aquí no podrán tardar más de unos cuantos meses en regresarnos al terminar la guerra, según la Convención de Ginebra. Si nos mandan a Texas nos desaparecerán para siempre a tostarnos en el sol, ya verás, Schipper: nos harán tan negros como esos guardias —le decía todos los días Marius Dold después de la lectura.

Su nuevo amigo de cautiverio era mucho más joven que él. Casi de la edad

de sus hijos, en realidad. Tenía menos de un año en la guerra. Estaba destinado, según decía cuando tenía energía para hacerlo, a ser el director de la empresa farmacéutica de la familia. A los compañeros que ya sufrían de pies de trinchera, les decía: esto se curaría con tal medicina. Y a los que antes de ser capturados habían erradicado el hambre, el frío y el miedo a base de la pastilla mágica que les daban en la carpa médica, les decía: ni modo, vas a tener que aguantar los síntomas de abstinencia, amigo.

Ya nadie lo escuchaba, ¿para qué? ¿De qué servía que les dijera que lo que sufrían tenía remedio si tan sólo tuvieran acceso a una botica berlinesa?

Ésos que habían funcionado con pastilla eran los que más le daban lástima. Él sabía lo que era eso. Temblaban y no sólo por el frío. Ahora sentían más el miedo, además. Algunos deliraban. Pero para ellos, el hambre estaba olvidada: sus cuerpos estaban carcomidos. El hambre sólo se siente cuando hay salud, cuando hay interés por vivir. Ellos sólo querían la droga.

—Las están dando en la carpa médica, Schipper. Funcionan muy bien —le había recomendado un oficial en alguna ocasión de un caldo más transparente de lo usual—. Te sentirás renacer.

El llamado de su adicción revivió, pero lo resistió. No volvería a caer: aunque no sintiera nada, el hambre o el frío lo matarían. Y si no, una segunda sesión de abstinencia obligada lo mataría, comprendió aquella vez. Y qué bien que lo había decidido así: un día antes había muerto aquel oficial, pero no sabía si por los temblores o por inanición.

—¿Nunca tomaste de éstas, verdad, Schipper?

—No.

—Bien hecho. Engaño puro —dijo Marius, hablando de lo que más sabía.

Karl sí lo escuchaba. El muchacho sabía muchas cosas que él ignoraba, como los detalles de la Convención de Ginebra, por ejemplo. También sabía hablar inglés, pero ése era un detalle que los guardias no conocían. Así hablaban sin disimulo delante de ellos. Por eso sabían que los querían mandar a Texas a convertirlos en *cowboys*. Por eso sabían que Prusia Oriental se había rendido y que Berlín no tardaba en capitular. Por eso sabían que en ese día de mayo, Alemania tenía los días contados y, por tanto, que ellos tendrían que esperar sólo meses para regresar, siempre y cuando no los mandaran a Texas. ¿A qué regresarían? Marius Dold no sabía lo que quedaba de la empresa familiar en

Berlín. Él sí sabía lo que haría: buscaría a su familia. Cavaría hasta en el último rincón de su tierra, buscaría entre las cenizas. Los encontraría. Los enterraría juntos. Los lloraría, y entonces tal vez sí buscaría ser consumido por alguna pastilla mágica hasta morir, como el oficial.

Como Marius, él tampoco dejaría que lo mandaran a Texas. Muy pronto, cuando lo liberaran, caminaría hacia el este cada kilómetro que lo separaba de su familia, pero sólo si acaso sobrevivía su encierro y esa hambre que le roía el cuerpo como nunca antes, ni en Leningrado. Después, ya vería.

Ethel. Helga. Johann. Fritz. Arno. Arno. Arno. Logró dormir con sus nombres en la lengua, sus sonidos en los oídos, su aroma en el recuerdo y sus imágenes en movimientos tras sus párpados cubiertos por calcetines con aroma a prisión.

Primero de mayo de 1947

75. FRANCIA

Sobrevivió más de dos años de trabajos forzados y maltrato. Marius no. Había muerto el mes anterior, un día antes de que les avisaran que estaban próximos a ser liberados.

Habían logrado lo que se habían propuesto. Karl encontró unas hierbas que, al tomarlas como té, les había provocado unos retortijones y diarrea imposibles de fingir. El efecto de las hierbas pasó pronto, pero no antes de que los soldados los borrarán de la lista de los *cowboys*. No los llevaron a Texas, a donde no querían exportar pestes.

—Ya perdimos la guerra, Schipper. Espera y verás: en unos cuantos meses estaremos cenando un *Frankfurter Ringwurst* con *sauerkraut*, y una cerveza negra.

Ése era su sueño. El de Karl era la *Blutwurst* de su mujer. A él le quedaban mejor, pero por un día quería sentarse a la mesa y que frente a él aparecieran platos abundantes que alguien más hubiera preparado para él.

Dos años después, seguía prendado de esa idea, y era lo que le había dado esperanzas y fuerzas para resistir los trabajos en la prisión de guerra y luego la vida que siguió cuando los cedieron a un granjero francés que quería exprimir todas las ventajas de su servidumbre obligada.

La otra opción que les dieron fue ser voluntarios desarmadores de minas. Se irán más pronto a casa y sus raciones serán mejores, les prometían.

—No aceptes —le dijo Marius—. Tendrán que dejarnos ir pronto, como constata en la Convención de Ginebra. Desarmar minas nos sacará de aquí más pronto, pero en caja de muerto, hechos pedazos.

Así que los estadounidenses los prestaron a los franceses, y éstos se los llevaron a la granja.

—Será fácil —le dijo Karl a Marius—. Te enseñaré.

Al granjero, nuevo dueño de sus días y de sus cuerpos, no le importaron los argumentos de Marius sobre la tal convención y lo que ahí declaraban sobre el abuso de los prisioneros de guerra. Pasaron los meses y no se les veía a los franceses intención de dejarlos ir. Había sido fácil vivir y trabajar en la pequeña granja de su mujer con suficiente alimento. Sin sustento no se podían sembrar semillas con el cuerpo tan débil y el hambre tan fuerte que exigía que un hombre comiera algunas de éstas aderezadas con un poco de tierra. Que buscara nidos de

gusanos o lombrices, sin salivar en anticipación de su sabor y su textura en la boca. Que robara los desechos destinados a los cerdos y los cocinara en un caldo que le sabría casi ambrosiano. En especial, que robara las cáscaras de patatas, que después herviría con hierbas del campo, las apelmazaría, las metería para él y para su amigo entre sus magras raciones de pan del día, para que juntos fingieran que comían un emparedado de carne, el cual pasaban con el almidonado caldo de cáscara.

—Schipper —le dijo Marius un día después de aplacar el hambre con un pelmazo de cáscaras—: qué bueno que estoy contigo. Sé todo sobre la farmacéutica, hablo varios idiomas, pero nunca podría haberme valido por mí mismo.

Estaban flacos los dos, pero vivos, lo cual era mucho más de lo que otros podían decir. Pero no sólo de inanición puede morir un hombre. También de un accidente paulatino aunque devastador dentro del cuerpo que comienza una noche con unas punzadas en el vientre que no dan cuartel al cuerpo. Siento que me acuchillan cada vez, Schipper, le dijo Marius. Luego, sigue con una ayuda médica por demás solicitada, pero nunca proporcionada, aunque así lo mandara la Convención de Ginebra. Después, con la exigencia de un día de trabajo normal. Entonces, por el apéndice reventado. Por la peritonitis. Por una agonía terrible.

Preferible sería morir de un balazo, decía Marius. O de frío, pensaba Karl en todo ese proceso terminal.

—Creo que ya fueron suficientes desechos de cerdo para mí, Schipper —dijo Marius con lo último que le quedó de fuerza y de sentido del humor.

Karl lo había llevado a depositar a la fosa común de los prisioneros alemanes. Tanto esfuerzo por vivir, para nada. El de Marius era el cuerpo más sano de entre todos los que lo esperaban ahí, pensó Karl antes de darse la media vuelta.

Habían traído a otro emaciado trabajador para sustituir a Marius, pero a Karl le avisaron al día siguiente que se iba. Amistad ya no hizo, pero pasó el secreto de su supervivencia.

El transporte lo llevó a la frontera, donde se registró. Lo ayudarían a encontrar familiares. Aceptó la oferta de quedarse en el campo de refugiados. ¿A dónde más podría ir mientras tanto? Se alimentaría, se fortalecería. Si nadie

lograba dar con su familia, entonces partiría a buscarlos él mismo.

Ahí, un día le dijeron que tenía visita.

Fritz y Johann. Nadie más. En el camino al cuarto que sus hijos compartían en la granja donde trabajaban, se contaron sus historias. Lloraron, pero más él. De alegría. De tristeza.

Un mes después recibieron noticias. Arno estaba en la otra frontera, decía la carta.

—¿Y tu madre? ¿Dicen algo sobre Helga?

—No dicen nada más —le dijo Johann.

—Ha de ser un error. *Mutter* nunca dejaría a Helga y a Arno solos.

—Sí. Debe tratarse de un error.

Y fueron por ellos, pero sólo estaba Arno.

Y se contaron sus historias. Y lloraron.

ILSE Y ARNO
Septiembre de 1947

76. DOS CAMINOS SE CRUZAN

Ilse se sentía enferma. Era el primer día de clases, pero ella tenía casi cinco años sin ir a la escuela.

—¡Ilse! ¡Ya sal! —le dijo su madre.

Su madre la esperaba afuera. Ya Freddy estaba también listo para partir al primer día de escuela de su vida. Él estaba emocionado, tenía días de no hablar de otra cosa. Pero ella estaba sentada a la mesa de la cocina, peinada y vestida con la bonita ropa que le había mandado su tío Gunter desde Hannover. Lista, pero sin querer moverse. Debería, pues su madre quería encaminarlos al menos parte del camino y ya era hora de irse o ella no llegaría a tiempo a su trabajo en la fábrica de cartón.

Su madre le decía que, ahora que reiniciaran las escuelas, el Gobierno de la reconstrucción había hecho un plan especial para niños en su misma situación. Ya verás que muchos están igual que ustedes. Además, has sido muy dedicada. Lees y escribes todos los días. Y le enseñaste a Freddy. El que lee lo puede todo, hija.

Con ella llevaría su vieja pizarra y un lápiz que su madre le había comprado. Veremos después qué más te piden, le dijo su madre, y lo compraremos. Ilse notaba cuánto le costaba pronunciar las palabras lo compraremos. Parecía que fueran las palabras más difíciles para ella. O tal vez el concepto más ajeno.

Tras tantos años de vivir de un sueldo en especie para alimentar a todos, en el verano, el Gobierno le había otorgado a cada ciudadano sesenta marcos alemanes: dinero nuevo, como le llamaba su abuela.

Lo habían festejado como si fueran ricos: habían ido a comprar un helado y unos zapatos usados para Edeline. Pero su madre le había guardado a cada quien el resto para las necesidades de la escuela. Por lo tanto, su lápiz nuevo. Por lo pronto. ¡Pero cuídalo bien, Ilse!

Después de tanta privación, todo sucedía tan rápido que su madre decía que la mente le daba vueltas. Que hasta se mareaba. Aquella mañana de los helados la había escuchado decirle a la abuela que los paseos y las golosinas no eran para los pobres, y que no podía atreverse gastar un solo marco.

En una conversación que no era para sus oídos (no que intentara espiar, pero en esa pequeña casa arriba de la herrería no había como suspirar sin que se enteraran todos) su madre le dijo a la abuela que se había acostumbrado tanto a

la vida de no tener, de no poder, de ya ni siquiera desear. Se acostumbró a vivir con lo suficiente para mantener los cuerpos y nada más. A vivir entre esas paredes oscuras, esas ventanas insuficientes. A dormir debajo de dos hijos en esas literas metálicas de tres niveles. Se acostumbró a siempre temer lo peor. ¿Qué tal si volvía la guerra? Los soviéticos se negaban a ponerse de acuerdo con los otros gobiernos de ocupación. ¿Qué tal si peleaban entre ellos por Alemania en Alemania?

A Ilse se le apretó el estómago cuando escuchó eso. Su madre por fin había podido dejar el trabajo de la granja por uno que le pagaría con dinero en una fábrica de cartón. Muy pronto, les confió, podría cambiar los ahorros en dinero viejo del banco, por dinero nuevo. No era mucho, pero estarían bien. Tal vez también llegaría pronto la pensión del servicio militar de su padre y quizá muy pronto les darían una casa de renta controlada. Estaban en la lista.

La guerra había terminado, pero había noticias en la radio que inquietaban a su madre y al tío Franz. Y ella, como siempre, los escuchaba. ¿Si empezaba la guerra de nuevo tendrían que volver a correr? ¿Si empezaba la guerra tendría que dejar de ir al colegio? Ahora que tenían planes a futuro, Ilse no los quería soltar. Todavía no había ido ni un solo día a la escuela y sabía que lamentaría mucho perderla.

Afuera, oyó el sonido más común por las calles: una moto. Ya no buscaba con la mirada cada vez que oía una. Lo seguía esperando, pero su padre no llegaría en moto. Tal vez nunca llegaría. Pero esa mañana le dio significado al lejano ronroneo del motor: levántate Ilse, trabaja mucho, sé valiente, cuida a la familia. El sonido de las motocicletas sería algo común para todos, pero las palabras de su padre eran de ella y de nadie más.

Se levantó de la mesa y salió. Parte del camino lo recorrieron con su madre. Se despidieron cuando ésta dobló la esquina para dirigirse a la fábrica. Lo que faltaba para llegar, Ilse lo caminó con Freddy. Disimuló su miedo, caminó a paso firme.

Había tenido miedo muchas veces, pero había sobrevivido la guerra, dos bombardeos, más de seis meses de viaje sin rumbo, una vida sin padre, sin un hermano que la guerra había arrancado de sus brazos. La lista de miedos podría ser interminable. *Liebe Mutter*: si su madre leyera lo que le escribía y borraba todos los días, lloraría. Llorarían juntas, tal vez. Pero nosotros no lloramos, Ilse.

No, *Mutter*. No lloramos. Por eso escribía: para no llorar. Así que nunca eran para su madre sus cartas, sus listas. No eran para nadie, eran para que se esfumaran en el aire, para que se esfumaran las lágrimas que no debían existir antes de que se formaran. Las listas de preguntas y miedos las había escrito y borrado muchas veces en su pizarra cada noche. De su mente no se borraban tan fácil. El miedo más nuevo e inmediato: la escuela.

Pero tenía las palabras de su padre y los cuentos de Janusz para acompañarla cuando tuviera miedo. Como ese día al entrar a la escuela. Todos los miraron. Dejaron de hablar y luego cuchichearon. Los señalaban. Señalaban a Freddy. Ilse sintió el enojo salir de donde lo guardaba.

Disimuló su miedo, apretó la mano de su hermano, caminó hacia adentro a paso firme.

* * *

Arno tendió su cama y guardó su ropa de noche en un baúl debajo de la cama. Era muy ordenado, eso no había cambiado, pero ya no empacaba todo en su costal, listo para huir. No había sido fácil para su padre convencerlo de hacer el intento por perder la costumbre que su madre le había inculcado. ¿A dónde vas a huir?, le decía. Y si hubiera que huir, yo te avisaría. No te preocupes, hijo.

Se esforzaba por no empacar sus cosas todos los días, entonces, pero no era fácil aprender a no despertar a media noche con el corazón agitado, en busca del sonido de bombas, o en busca del sonido de la respiración de su madre. No era fácil volver a conciliar el sueño cada vez que despertaba y redescubría el hueco que ella había dejado. Nada fácil vivir siempre a la espera de ser receptor de su ahora querido blablablá.

Todavía la sentía cerca, presente. Todavía recordaba sus mandamientos, los únicos dos que sobrevivieron durante la guerra que habían compartido. Ahora eran diez en su vida, de nuevo. Estaban completos. Sabía que su madre, de haber tenido tiempo o de haber sabido lo que sucedería, se lo hubiera hecho prometer: ya no vivía en una burbuja, entre tiempos. Vivía en el después, aunque ella ya no estuviera para recordárselo todos los días. Respetarás a tu padre y a tu madre, aunque él esté incompleto, aunque ella ya no esté.

Su cuarto era tan pequeño, que al moverse con prisa para salir —pues su padre ya lo esperaba con el desayuno listo— derribó el ejemplar de *Veinte mil leguas de viaje submarino* y su colección de caballos miniatura de la pequeña

repisa. Faltarían para siempre en su colección los dos caballos que le había dado a Johann y a Fritz en su partida. Los habían quemado como leña la primera noche que pasaron solos después de que la carreta en que viajaban se fuera al fondo del helado Frisches Haff con mujeres y caballo. Ellos caminaban al frente para revisar la solidez del hielo, cuando empezaron los bombardeos rusos y sólo por ese metro de delantera se salvaron. Su historia de supervivencia había sido una que les había tomado días contar, pues seguían recordando los detalles. Pero la contaban con reservas. Arno se daba cuenta de que al empezar uno con una anécdota, a veces el otro le pedía con la mirada que callara.

Todos callaban algo, se dijo Arno mientras empacaba su mochila. Él también, y lo haría para siempre.

A su padre, sus hermanos ya le habían adelantado la parte de su historia que ellos conocían. Arno les contó su cronología, pero no el aprendizaje en el puerto, cuando vio que alguien compraba favores, y tampoco su determinación de hacer lo mismo de ser necesario. No narró su cercanía con los Beckmann, su miedo durante los bombardeos, su corazón roto por la muerte de los viejos. Contó su tifus, pero no sus delirios ni la tristeza de su encierro. Sólo a su padre le habló sobre los túneles de *Fräulein* Schipper, sobre el mueble de los zorros y gansos, el tesoro que había encontrado dentro, y para lo que había servido. De adentro de la solapa de su abrigo, sacó la última pieza que quedaba: otra gota de ámbar. Debió habérsela dado al gigante para que tuviera el par, pero ya no tenía caso lamentarlo. Ahora la guardaba para sí, pero se la mostró a su padre, quien le contó la historia de su última visita a la casa de la vieja, pero no completa, pues detuvo su relato al romper en llanto. No es nada, le dijo ante la pregunta de Arno, es que estoy sobrecogido por tanto que tengo que agradecer...

Arno no contó a nadie sobre la certeza que tuvieron de que su padre y luego sus hermanos habían muerto, sobre cómo a partir de eso habían construido una vida de dos. A su padre nunca le contaría el fin que tuvo su caballo. Sólo le dijo que aguantó hasta llevarlos de vuelta a la granja. Dejó que su padre supusiera lo demás.

A sus hermanos les regaló la anécdota de su carta y la de la inmensa alegría de su madre de saberlos vivos. También les regaló la carta tantas veces acariciada y con la tinta corrida por las lágrimas de su madre. Ellos la guardaron entre las páginas de la Biblia familiar. A su padre no le contó de ese momento

entre las dos vidas en que su madre le dijo que sólo dos mandamientos contaban. Mejor le contó que ella había dicho que se consideraría casada hasta que le comprobaran lo contrario. Ese detalle era el que su padre le pedía que repitiera una y otra vez y el que se había convertido en su mayor tesoro.

De su padre sólo sabía que había sido hecho prisionero de guerra en Francia, pero sabía que también guardaba para sí sus anécdotas, sus pesares, pues a veces Arno lo sorprendía sentado en su silla, con la mirada fija en la nada o en el pasado. En esos momentos se daba cuenta de que su gentil y alegre padre estaba perdido, hecho viejo, sin ánimo para reencontrarse con el hombre que fue antes de la guerra que para él había durado mucho más que para sus hijos. Respetarás a tu padre: no preguntaba nada, no insistía.

Helga también callaba lo suyo. De lo que había pasado en Dinamarca, sabían muy poco. Cuando la encontraron, estaba demacrada, emaciada, pero feliz de verlos y feliz con su nueva vida: se había enamorado de un alemán en el tiempo antes de la invasión americana. Habían trabajado en una granja. Después habían quedado casi dos años en un campo como prisioneros. Ya en libertad, decidieron casarse. No vivían en el pueblo, pero los veían de vez en cuando. Ya empezaban a familiarizarse otra vez a sus abrazos, aunque Helga y él recordaban con pesar el que creyeron que había sido el último. Ya ella, como todos, se recuperaba, pero no olvidaba.

Nadie olvidaría. Y nada era igual.

Arno salió a desayunar.

—Tus hermanos ya se fueron —le dijo su padre.

Fritz y Johann trabajaban como policías del *Bürg* de Hohenlockstedt. Nadie se había sorprendido de que prefirieran ese trabajo al de la granja. Aquél sólo había sido para sobrevivir, decían. Éste era una carrera.

Su padre había decidido que Arno y él se dedicarían a la crianza de los conejos descendientes de aquellos que su madre había transportado y protegido. Son conejos prusianos, diría, como si fueran una rareza. Cómo habían sobrevivido al periplo de guerra para todavía mandar dos descendientes con Arno hasta Alemania años después, era el misterio que fascinaría para siempre a su padre. Los conejos se multiplicarían y los usarían como trueque por harina, patatas u otras necesidades. No aspiraba a más.

Arno miraba con tristeza cómo su padre limitaba su vida a cuidarlo a él, a los

conejos, a leer el periódico y a escuchar la radio, a esperar su pensión. A donde mirara o escuchara, veía y oía la guerra. Ya no hay guerra, insistían sus hermanos ante su angustia. ¿Acaso te olvidas de que perdimos? ¿Que ya se acabó? A Arno no le gustaba la burla velada que había detrás de esas preguntas. Había cosas que nunca cambiaban, como la falta de respeto de sus hermanos para con su padre. Sólo Arno escuchaba cuando él respondía: dicen que perdimos, que se acabó, pero yo les digo que las guerras nunca mueren, que sólo se transforman. Miren lo que pasa entre los supuestos aliados: ¡se van a la guerra, les digo, y no sé cuándo, pero nos llevarán con ellos! Arno sí escuchaba, pues palabras similares había dicho *Herr Beckmann* y además, sí: en la radio y en los periódicos las noticias eran alarmantes.

—¿Ya tienes todo?

Su padre estaba más nervioso que él sobre su regreso a clases.

A su regreso de Görring, Arno le había entregado las tallas de ébano de Gabón que él había rescatado de la casa de *Fräulein Stieglitz*. Pensó que lo inspirarían a volver a soñar con el futuro, pero se equivocó. Esas tallas cortadas habían sucedido en una vida que había dejado de existir para su padre.

—Lo siento: son las únicas que pude salvar, *Vater* —le dijo aquella vez, consternado por su desconcierto y luego su indiferencia—. Las demás las tuvimos que usar como leña. Son para «Schipper e hijos, ebanistas», ¿recuerdas?

El recuerdo iluminó la cara de su padre.

—Ay, Arno. «Schipper e hijos...» existirá para siempre, pero ya no serán ebanistas, si ya ni Schipper tiene el deseo ni la fuerza —dijo acariciando con manos de eterno carpintero las maderas que conservaría para siempre en su recámara, aunque no como una intención a futuro.

Arno ya había cesado de insistir que con los conejos también hiciera trueque para hacerse de herramienta de carpintero, pues la suya la habían tenido que abandonar en su taller cuando habían ido por ellos los rusos. Cuando Arno se lo informó, éste le dijo que ya no las echaba de menos.

—No te preocupes. Fueron importantes cuando lo fueron. Hace mucho que dejé de pensar en ellas, hijo —entonces le mostró sus manos—. Además, mira: ya perdí todos mis callos. Me dolería volver a empezar.

Su padre decía que apreciaba la belleza de las tallas, pero más apreciaba que, gracias a ellas, su familia hubiera sobrevivido el frío en un viaje casi imposible,

y sólo por eso las guardaba. Incluía a *Fräulein Stieglitz* en las oraciones y agradecimientos por ser anfitriona y salvadora de su familia. No podía hacer menos, aunque tampoco podía hacer más: le tomaría lo que le quedara de vida pagar, a base de recuerdo y oraciones, su deuda a la vieja.

—Además, olvídate de la carpintería. Pronto abrirán las escuelas —continuó—. Tú estudiarás y te enseñarán todo sobre las máquinas que tanto te gustan. Ya verás.

A Arno le había gustado esa idea. Iría a la escuela. Y tenía que admitir que si su padre estaba nervioso, él también, un poco. Tendría que aprenderlo todo a marchas forzadas para poder ser ingeniero antes de viejo.

Y ya era el día. Lavaron los platos en silencio. Su padre lo acompañó a la calle, insistió en guiar su bicicleta y en enfilarla en la dirección correcta, a pesar de sus objeciones. Él no necesitaba su ayuda, pero su padre parecía necesitar darla. Lo hubiera acompañado hasta la entrada de la escuela, de habérselo permitido Arno. Pero había límites.

—Vas a estar bien. ¡Estudia mucho, hijo! —le dijo su padre cuando Arno se montó y se fue sin mirar atrás.

* * *

Karl Schipper miró a su querido Arno hasta que se perdió de su vista. Ese niño le llenaba el corazón. Qué curioso que verlo partir también se lo vaciara, lo llenara de ansiedad.

Iba a la escuela. Serían sólo unas horas de separación, sabía. Pero la cabeza se le llenaba de preguntas tan absurdas como inevitables: ¿lo volveré a ver?, ¿estaré vivo cuando regrese?

¿De dónde surgían tales preguntas?

Habían pasado todo su tiempo juntos desde que se habían reencontrado. A veces hablaban, a veces respetaban sus silencios, pero se sabían cerca. Había llegado la hora de separarse. Primero sería por la escuela, pero Karl sabía que habría mil maneras que les faltaban encontrar para separarse. Que ninguna de esas tenía que ver con la guerra, sólo con lo natural de la vida.

Sus hijos mayores aseguraban, al igual que hacían los gobiernos involucrados, que la guerra ya había terminado, y lo miraban como a un loco cuando insistía en que no. No podía explicarles que todavía, cuando cerraba los ojos, cuando escuchaba la radio, cuando dormía, cuando leía los periódicos,

cuando cuidaba a los conejos, cuando quería decirle algo a su mujer ausente, cuando ponía comida en la mesa, oía la corriente de ese río que los había arrastrado a todos como hojas. No podía evitar imaginar que el río de la guerra los había arrojado a la orilla sólo a que descansaran, a que se engañaran, a que disfrutaran su transparencia, a que se tornaran complacientes hasta que regresaran a su cauce las violentas aguas blancas. Hasta que se desbordara y los arrastrara de nuevo.

La guerra no muere como mueren los que la alimentan ni cuando alguien pide paz, se dijo convencido de que tenía razón, como todos los días.

Las guerras dejan cicatrices listas para abrirse de nuevo en cualquier instante.

Prendió la radio. Se sentó en su sillón. Ahí se quedaría hasta que regresara Arno.

* * *

Cuando Arno entró a la escuela, lo primero que vio fue a una niña elegante de fieros ojos cafés y trenzas castañas, rodeada de niños. Vio el instante en que se decidía y empujaba a uno con insospechada fuerza y lo tumbaba al suelo. Arno se acercó a mirarla más de cerca, maravillado.

—Y no te atrevas a volver a llamar tonto a mi hermano. Es más listo que todos ustedes juntos —le dijo al del suelo, pero después los recorrió a todos con la mirada, hasta terminar en él.

Arno no supo qué decir, pero estaba listo para ayudar a levantar al hermano pequeño del piso, a detener a quien se atreviera a regresarle a esa niña el empujón. Pero esa mirada lo cimbró en su sitio, como a todos los demás. Nadie se atrevió.

La segunda vez que se vieron no se quisieron. Después de la situación afuera del salón, les tocó sentarse hombro con hombro, aunque la maestra determinó que él iba un año adelante en sus estudios.

Ilse no miró al niño más rubio que el sol sentado a su lado, y no quiso responder a su pregunta del primer día: ¿de dónde eres? Ella todavía hacía un esfuerzo por nivelar su respiración, por contener las lágrimas de furia por la pelea en el patio, por la humillación. Todavía se repetía a cada instante: nadie se burlará de Freddy. Nunca. ¿De dónde soy? ¿Qué le importa a ese niño?, se dijo, ofendida.

Aprendieron que ambos, como todos lo demás, debían levantarse cuando la

maestra, al tomar lista ese y todos los días, y por varios años, pidió que todos los *Flüchtlinge* se levantaran al oír su nombre. Ella refunfuñaba cada vez, y a él esto le causaba gracia cada vez, pero se levantaban, no había remedio: ambos eran refugiados. Hasta que llegó el día en que ella dijo: no más.

—Que se levanten ahora los que no son refugiados, maestra.

Lo dijo con tal fuerza y tal convicción, que convenció a la escuela entera de hacer lo que pedía.

Él era muy engreído, le pareció al principio a ella. Tan alto que lo habían nombrado guardián del recreo. Y le daba vergüenza que la hubiera visto golpear y tumbar al suelo a un niño de entre cinco por burlarse del modo de hablar de Freddy.

—¿Qué pensaste de mí? —le preguntaría años después.

¿Qué creía ella? ¿Qué más podía ser?

—Que eras la niña más valiente y fuerte que hubiera conocido. Eso.

Pero eso él no se lo dijo aquel primer día, porque además de valiente, también le había parecido engreída después: no lo miraba ni le hablaba ni respondía a sus preguntas. Y él no le daría más material de donde cortar.

Sólo perdieron tiempo mirándose de reojo, sin saber nada uno del otro.

Pero la vida sería paciente. Él tenía doce años. Ella, once.

Y luego fueron vecinos.

La familia de Ilse había estado en la lista de necesitados desde que habían llegado a Hohenlockstedt, y por fin había una vacante para una casa propia por la cual pagarían una renta mínima. Sería su último viaje, les prometió su madre. Una mudanza más después de una vida errante, y nunca más. A ella le gustó esa certitud: nunca más. Sería la última parada en ese viaje que habían empezado hace años.

Dijeron adiós, sin pesar, a la esposa del herrero. Dijeron hasta luego a la abuela, a Crystl y al tío Franz —y también, sin mucho pesar— y se mudaron. Estarían cerca, se verían todos los días, pero ya cada familia tendría espacio propio. Les asignaron una de las cuatro particiones en un antiguo búnker de municiones convertido en centro habitacional. Limpiaron. Se instalaron. No tenían mucho: sólo los baúles casi vacíos de otra vida.

Ilse no lo podía creer, pero para la noche, ya extrañaba a su abuela. No duraría mucho, se propuso: todavía no le perdonaba el robo de su salchichón de

cumpleaños.

Al día siguiente, su madre les dijo a ella y a Irmgard: niñas, la familia de al lado tiene sólo hombres; ni siquiera los miren, no quiero nuevos problemas. Prometieron obedecer. Ilse no supo hasta el día siguiente, cuando era hora de partir a la escuela, que los vecinos eran Arno Schipper, su padre y sus dos hermanos mayores. Ilse vio a Arno partir en su bicicleta después de despedirse de su padre. ¡Qué rápido era!

Y cómo le gustaría que su propio padre estuviera ahí para despedirla igual.

El padre de él y la madre de ella, vecinos y personas cordiales ambos, entre saludos, se habían reconocido los acentos. Las dos familias eran de Prusia, pero no contaron cómo habían llegado hasta ahí y cuánto habían perdido. Tampoco preguntaron: no era de buena educación entrometerse en el dolor ajeno. Nadie estaba ahí sin haber sufrido y perdido, eso era seguro.

Con el paso del tiempo se estableció entre Arno e Ilse una rutina. Partir a la escuela, pero cada quien por su lado. Regresar a hacer las tareas, cada quien por su lado. Un día se dieron cuenta de que dormían pared con pared, que los sonidos amortiguados que oía ella a través del muro eran los de él y que los que él oía eran los de ella (y más de las veces los de sus ruidosos hermanos). Pero aprendieron a distinguir sus mutuas voces difusas. De día no lo hablaban, pues no se dirigían la palabra ni para cuando habían llegado al programa especial de secundaria-preparatoria, pero de noche, a la hora de dormir, sabían que sólo un delgado muro separaba sus almohadas. Y lo tocaban, toc toc, y aprendieron a entender la clave que era sólo de ellos y sólo a través de un delgado muro: buenas noches, Arno; buenas noches, Ilse. Hasta mañana.

Un día, Arno no se llevó su bicicleta a la escuela, ni permitió que su padre saliera a despedirlo. Ese día caminó con Ilse en la misma dirección, al mismo paso. Ambos siempre con la vista hacia delante. Se miraron sólo de reojo.

—¿Quieres ir conmigo al parque por un helado de chocolate?

Cuando Arno por fin le hizo esa pregunta, ya no eran compañeros de escuela. Ya él estudiaba su especialidad en mecánica, y ella contabilidad. Cuando hizo esa pregunta, bailaban una pieza en el baile del pueblo. Arno fue a ése y no a otro en Hamburgo, pues sabía que Ilse estaría ahí con sus amigas. Le pidió bailar la primera pieza. No bailaron con nadie más en toda la noche.

* * *

Wanda los vio regresar tomados de la mano. Se miraban al caminar. Tan felices. Tan dispares: él tan alto, tan rubio. Ella, con su moderno corte de pelo al que su madre tanto objetó (¡ya no te alcanzará para hacer tus trenzas, Ilse!), se veía tan hermosa, pero tan pequeña a su lado. Ellos no parecían notar sus diferencias: sus miradas los nivelaban, y a Wanda se le instaló un nudo en la garganta.

Le hubiera gustado que su madre, como testigo de aquellos días, estuviera ahí para que le dijera así se miraban Hartwig y tú. Así se quisieron hasta aquel último día. Pero dudaba que su madre apreciara ni en el pasado ni en el presente las miradas de su hija y del que sería y fue su yerno. Inclusive ese mismo día en que por fin —tras 12 años de espera— había recibido notificación de la Cruz Roja sobre el destino de Hartwig, no tuvo para ella ni una palabra de compasión y consuelo: ¿Ya ves lo que le pasó? Te lo dije. ¿Por qué no desertó como tu hermano?

No lo había hecho. Eso había quedado claro muy pronto. El Gobierno lo había dado por muerto unos años antes, cuando comenzó a pagarle a la viuda de Hartwig Hahlbrock —perdido en acción— su pensión de viudez. Wanda había sido declarada viuda mucho antes de tener certeza de serlo, mucho antes de perder la esperanza de no serlo. Y ella lo había aceptado por sus hijos.

Ahora tenían la certeza de que Hartwig había visto con vida el último día de la guerra, aunque les parecía que ya para entonces su destino debía estar marcado. Suponían que en sus primeros días como vigía lo habían hecho prisionero, pero era difícil determinar tal dato. Sólo sabían que lo habían registrado el 20 de agosto de 1945 en la prisión de Kiev. No era poca la distancia entre el frente oriental y Kiev. Había resistido ese camino, había resistido un año en total. La fecha de defunción estaba marcada en la prisión de Kiev el 13 de mayo de 1946. Murió de disentería. Descansaba en una de tantas fosas comunes.

Ésa era toda la información que tenían. La Cruz Roja daba el caso por cerrado, pero ella no. ¿Qué le había sucedido en ese año? ¿Qué había tenido que hacer él para sobrevivir? ¿Qué motivación había encontrado para levantarse cada día? ¿Qué sueño? ¿Alguna esperanza, acaso? ¿Cuántas veces pensó en ella? Nunca podría saberlo. Sería trabajo para la imaginación, que ya la torturaba. También la torturaban estas preguntas: ¿dónde estaba ella el día de la muerte de su Hartwig? ¿Qué hacía? ¿Acaso presintió algo? ¿Se le detuvo el corazón por un

instante? No creía. Tal vez, en el momento mismo de la muerte de su marido, ella había estado doblada sobre la cosecha de acelga o de patata. Donde quiera que hubiera estado, había estado demasiado ocupada concentrada en la supervivencia de la familia como para prestar atención a presentimientos.

Lo siento, Hartwig.

Ahora sólo la consolaba que Helmut no había tenido que esperar tanto tiempo para reunirse con su padre. Pero no perdí a ni uno más, Hartwig, le dijo Wanda por décima ocasión ese día a su marido muerto. Todos están bien: Irmgard ya trabaja también en la fábrica de cartón, Freddy y Edeline siguen en la escuela. Ilse estudia contabilidad, pero dice que su mejor maestro fuiste tú, en la granja.

Mírala, Hartwig: ahí viene con Arno, el vecino. Es un buen muchacho de buena familia de Prusia. Mira hasta donde lo vino a encontrar. ¡Qué viaje tan largo tuvieron que hacer para encontrarse! Es la primera vez desde que te fuiste y desde que le sucedió lo que le sucedió que a nuestra hija le veo ese brillo en sus ojos. Mírala bien, Hartwig. Es un milagro que esté viva. Pregúntale a Helmut, él lo sabe. Ilse merece ser feliz. Hoy la dejaré llegar y no le diré sobre ti. No quiero borrarle esa sonrisa y ese brillo cuando apenas acaban de nacer. Mañana. Se lo diré mañana. Hoy la dejaré soñar.

Wanda se dio la media vuelta. Fue con Irmgard.

—No le digas nada a Ilse hoy. Ya le diremos mañana.

Y a los menores también. Todos merecían saberlo para sanar esa vieja y profunda herida, pero había cosas que sí se podían dejar para después.

77. LOS HIJOS DEL ÁMBAR

Desde ese día esos dos peregrinos nunca más dejaron de mirarse. Su lugar era él, su lugar era ella. ¿Qué te ha pasado? Ya no quiero recordar. ¿Qué has perdido? Tanto. ¿Qué has visto? Todo. ¿Dónde estuviste, Arno? ¿Dónde tú, Ilse? Tan lejos como una guerra y tan cerca como el muro que los separaba por la noche. Tan lejos y tan cerca como una misma patria esfumada. Tan lejos y tan cerca como el miedo y el hambre. Tan lejos como una antigua muralla vencida, tan cerca como el aire caliente de una bala o una bomba que, al caer del cielo, se decide a extinguir una vida y a perdonar otra. Tan lejos y tan cerca como el azar que, a pesar de mandarlos por caminos diversos, los había llevado al mismo lugar, al mismo tiempo.

Sus caminos lejanos se habían cruzado y estaban ahí, por fin, donde tenían que estar.

Con sus miradas fijas derrumbaron el delgado muro que los había separado. Vencieron los recuerdos amargos y las pérdidas que los tenían prisioneros del pasado, donde habían aprendido a dudar de que hubiera futuro para él, para ella. Con cada paso, con cada vuelta de rueda, habían vencido bombas, frío, hambre y mundo. Habían llegado, hasta ahí, hasta ellos, hasta esa mirada suya, tras un largo peregrinaje en busca de vida. De paz. Descubrieron que la vida ya no dolía cuando estaban juntos, y entre los dos se atrevieron a creer en un futuro, aunque el frío mundo de la postguerra se empeñara en mostrarles y restregarles la incertidumbre en cada titular de los periódicos.

Con sus manos y sus cuerpos construyeron la tibieza de un hogar, aunque sólo después de todas las bendiciones que se necesitaron y buscaron para ello.

El día de su unión, él le regaló la gota de ámbar que lo acompañó desde niño, en recuerdo de la tierra compartida. Ella la vio y dijo: ¡una lágrima!, y él le dijo, sorprendido: es lo mismo que dijo el gigante del bosque, que era una lágrima de la reina... ¡Jurata!, completó ella ante la falta de memoria de su joven esposo. Y a la suya vino la querida imagen de su gigante, su Janusz. ¿Sería que a todos los gigantes les daba por contar cuentos, o...? No. Imposible que en tan grande mundo y tan lejanos sus caminos —que entre tantas e improbables coincidencias—, compartieran también al mismo gigante.

Pasaron los años y juntos tuvieron casa fresca en el verano pero tibia en el invierno, mientras que solos, apartados, en ese antes de ti tan lleno de historias

que se contaron sólo una vez y de manera incompleta, pues dolían tanto, habían vivido en túneles y establos, en carpinterías y herrerías. Indeseados, en casas ajenas. En el hielo, desterrados. Refugiados. Y creyeron que ahí terminaba su peregrinaje, completos ellos, con muros propios sólidos, tres hijas llenas de cuentos de ámbar y tres bautizos que regaron las incipientes raíces que la familia empezaba a echar en tierra que clamaban para sí.

Pero se equivocaron: esos años fueron sólo un descanso en el camino.

La gota, como la llamaba él, o la lágrima, como la llamaba ella, iría con ellos a ese próximo viaje más allá del océano, hasta nueva y tibia tierra donde se quedarían a pasar la vida entera. Ahí nacerían otros dos hijos. Ahí echarían raíces imposibles de trozar. Ahí, sus nietos, hijos del ámbar e hijos del maíz, guardarían como herencia estos cuentos y estos recuerdos de aquella lejana tierra cuyo nombre fue borrado para siempre de los mapas tras un bautizo de fuego.

De Königsberg a Monterrey

Peregrinos es una novela de ficción inspirada en hechos reales. No sólo en el acontecer histórico verificable en los libros oficiales, sino en el acontecer de dos niños y sus familias que tuvieron que recorrer enormes distancias para sobrevivir uno de los éxodos masivos más grandes y terribles de la historia de la humanidad, para luego coincidir en el destierro.

La versión real de esta historia me la contó Ilse en Monterrey, México, en donde Arno y ella se establecieron para vivir hasta que la muerte los separara. Antes, a principios de los años sesenta, pasaron varios años en Parras de la Fuente, Coahuila, pues Casa Madero, el viñedo más antiguo de toda América, importó de Alemania una máquina para encorchar. Invitaron también a Arno, su diseñador y técnico, y a su familia, a supervisar su instalación y mantenimiento además de la capacitación de los operadores. El contrato por un año se extendió a dos y luego a tres. Para cuando habían pasado éstos, ya Arno e Ilse se habían enamorado de la región, de su gente y de las oportunidades que aquí encontraron. Llegaron por una máquina, pero se quedaron por amor. Cuando decidieron poner una fábrica, lo natural fue mudarse a Monterrey, ciudad industrial. Además parecía destino: tras un largo camino, habían llegado de Königsberg (o monte del rey) a Monterrey, a casa, al fin de su búsqueda y otra gran casualidad en su vida. Ahí miraron a sus cinco hijos -las tres nacidas en Alemania y dos más, nacidos en México- crecer, estudiar hasta la universidad, ser gente de bien, casarse, tener hijos. A todos les inculcaron el amor a la vieja patria, pero también a la nueva. Todos se saben hijos del ámbar, pero también hijos del maíz.

Fue muy fácil la decisión de escribir una novela inspirada en la vida peregrina de Arno e Ilse en Prusia. No pude empezar de inmediato porque apenas iniciaba *El murmullo de las abejas* en ese entonces, así que *Peregrinos* tuvo que esperar. Lo que desde el principio intuí, fue que ambas novelas estaban conectadas por “el olvido”, es decir: que me llevarían a narrar sucesos o puntos de vista casi ignorados dentro de historias por demás conocidas y abordadas: las de la Revolución Mexicana y la Segunda Guerra Mundial. Además, que al narrar las historias acontecidas en Linares y en Prusia Oriental, contaría también las de

Monterrey y México.

Siempre he creído que en el estudio de la Historia deben buscarse conexiones y que nunca debe haber puntos finales. La Historia de México no termina con la Conquista Española, la Independencia o la Revolución. Arno e Ilse, con su pasado, presente y futuro, llegaron a México y por ende lo transformaron y se transformaron. Igual sucede con muchos ciudadanos -peregrinos- de todo el mundo que han llegado en busca de vida y de paz. Ya son parte de la historia de mi ciudad y de mi país.

Rudyard Kipling decía que si la Historia se contara en forma de cuentos, nadie la olvidaría. La visión literaria sobre la experiencia humana del pasado invita al lector al momento histórico vivo, real, de tal modo que éste hace suya la experiencia de vidas y momentos lejanos en tiempo y espacio.

La literatura transmite una experiencia condensada incontrovertible de generación en generación. De esta manera, la literatura se convierte en la memoria viva de una nación.

ALEKSANDR SOLZHENITSYN

No pretendo ser historiadora ni biógrafa. Soy novelista: la inspiración y la imaginación me invitan a andar por caminos alternos, y yo las dejo. Tal como en *El murmullo de las abejas*, en *Peregrinos* confirmo que no hay mayor libertad que escribir una historia de ficción, aun cuando ésta se inspire en hechos históricos, como la mía.

“La fidelidad a la realidad histórica es algo secundario en relación al valor de la novela. El novelista no es ni un historiador ni un profeta, es un explorador de la existencia”.

MILAN KUNDERA

La licencia artística que me otorgo me abre a un sinfín de posibilidades y me concede la prerrogativa de moldear ciertos hechos a mi conveniencia para el mejor desarrollo de esta novela y de sus personajes tal y como los imaginé. Sin embargo, mi ficción está sujeta a la realidad, por lo que la investigación para *Peregrinos* fue muy extensa. Aún así, me parece más importante transmitir el espíritu de una época y de un pueblo, más importante iluminar la experiencia humana de los que no figuran en los libros de Historia, que las cifras, las fechas, los grandes nombres de los que cambian las líneas de los mapas y sostienen en sus manos y en sus caprichos el destino de su gente.

En Schneidemuhl, por ejemplo, la Ilse de la vida real sobrevivió a un bombardeo, pero no en la fecha en la que sucede en la novela: convino adelantar ese evento. Fusioné con libertad las líneas del tiempo de la vuelta a clases con el

despertar de la economía de postguerra. Además, en mi narrativa conviven personajes históricos con aquellos que me fueron contados y aquellos que surgieron de la imaginación. Me di la libertad de invitar a *Peregrinos* al capitán Aleksandr Solzhenitsyn, a quien su propio ejército lo hizo prisionero por manifestar su inconformidad ante la violencia contra la población civil prusiana y en particular contra las mujeres. A lo largo de mi investigación nos encontramos varias veces y, aunque en la vida real no llegó a la conquista de Königsberg, pues fue hecho prisionero dos meses antes, quise rendir un pequeño homenaje a su valentía, gallardía y sacrificio. En sus años en el gulag, creó (lo escribiría después, de memoria) un poema llamado *Noches de Prusia*. Por toda su obra le otorgarían el Nóbel de Literatura en 1970. La línea de batalla entre el bien y el mal corre por el corazón de cada hombre, diría Solzhenitsyn, ya en libertad. En esa batalla, él resultó vencedor.

Otros ejemplos como estos salpican la novela, pues *Peregrinos* no es la historia que Ilse me contó, es el cuento que inspiró. Han pasado setenta y tres años desde que terminó la guerra. Ilse continúa siendo la poseedora de sus imborrables recuerdos infantiles que con generosidad y valentía me compartió, pero había que llenar los huecos, visitar más puntos de vista. Había que conectarlos con la Historia y que presentarlos, no como recuerdos sino como vida llena de carne y hueso, de cinco sentidos, de juegos, de frío, de hambre, de dolor, de miedo, de superación, de alegrías, de amor. A pesar de no ser hija del ámbar, escribí esta narración sobre aquella tierra del nombre borrado sintiéndola mía, pues creo que la Historia de cualquier latitud nos pertenece y que las lecciones inherentes son para todos y nunca caducan. Hay que darnos por aludidos. No debemos cegarnos de lo que ha sucedido o sucede en otros lados o a otros pueblos, a pesar de la distancia en tiempo, geografía o idioma.

“Los problemas sociales traspasan las fronteras. Las heridas de la humanidad, esas enormes llagas que contaminan al mundo, no se detienen en las líneas azules y rojas dibujadas en los mapas.”

*Victor Hugo, sobre Les Misérables,
en una carta a su editor.*

Esta novela no hubiera sido posible sin el apoyo y la fe de diversas personas queridas. Empiezo por agradecer a Ilse, que en los ocho años que transcurrieron desde que nos reunimos por primera vez a hablar sobre su vida hasta que le di aviso de que ya estaba escrito el punto final, nunca dudó de que *Peregrinos* vería la luz y nunca dejó de responder con paciencia y entusiasmo a mis preguntas.

Espero que, gran lectora que es, al leer esta novela perciba la admiración que le tengo a ella y a Arno: no sólo sobrevivieron, sino que lo hicieron enteros, con alegría y con miras al futuro. Además, quiero agradecer a Regine Schipper, hija de ambos y queridísima amiga, la cual muchas veces actuó como intermediaria de mis pequeñas inquisiciones y asesora en el idioma alemán con el que me atreví a aderezar esta narrativa.

Un autor escribe en la más profunda soledad, pero para editar necesita compañía, y yo la tengo doble. Antes que a nadie, pero como siempre, agradezco la compañía y el entusiasmo de Wendolín Perla, mi editora estrella. Sigo pensando que fue la fortuna la que nos hizo coincidir, pero tres grandes proyectos y una gran amistad lo que nos mantiene unidas. También estoy agradecida con Eloísa Nava, nueva amiga y bienvenida editora, por su ojo de águila: fue muy enriquecedor trabajar con ella por primera vez.

Antes de que *Peregrinos* llegara a las editoras oficiales, cuatro lectores preliminares me acompañaron en diferentes etapas y me indicaron que iba por buen camino. Gracias a todos. En especial agradezco a mi mamá, Susana. De ella heredé y con ella comparto el amor por la lectura y las conexiones. Para cuando escribo estas palabras de agradecimiento, ella ya leyó *Peregrinos* tres veces. Sé que la leerá en todas sus versiones.

Agradezco a mi familia su paciencia, cariño y apoyo. Ellos saben de esta novela desde que llegó a mí en el 2010. Estuvieron conmigo cuando escribí las primeras líneas en enero del 2014, y ni murmullos ni huracanes los hicieron dudar de que la terminaría. Aprecio la paciencia que tuvieron cuando en la segunda mitad del 2017 casi no hice nada más que investigar, hablarles de guerra y escribir. Su fe y presencia fortalecen mi propósito.

Admito que durante el proceso creativo y de investigación de *Peregrinos*, tuve que huir varias veces de la vida real. Agradezco a mis queridos amigos Alejandro y Rocío por prestarme -para hacer mis retiros literarios y salir airoso- un espacio donde sólo sonaba la naturaleza. Creo que en ella existe una fuerza creativa que sirve también a quien desee escuchar con los ojos, ver con la piel y sentir con los oídos. Con *El murmullo de las abejas* esa fuerza vino del mar, con *Peregrinos*, de los cerros de mi tierra. Recomendando la experiencia.

Gracias infinitas, estimado lector, por acompañarme hasta mis puntos finales.

Tan lejos y tan cerca como el azar que, a pesar de mandarlos por caminos diversos, los había llevado al mismo lugar, al mismo tiempo.



Desde una patria a punto de esfumarse, dos familias de distintas regiones de Prusia, los Schipper y los Hahlbrock, huyen, junto con su pueblo, en un éxodo suscitado por los horrores de la Segunda Guerra Mundial. Prusia existía separada de Alemania aunque no de su fervor nacionalista ni de las bombas que extinguen una vida y perdonan otra.

Las vidas de Arno Schipper e Ilse Hahlbrock, dos niños que sin siquiera conocerse ni saber lo que les deparará el destino en otras tierras, van junto a los suyos en un peregrinaje sin descanso. Buscan escapar de la destrucción, del hambre y de la muerte, pero es la esperanza de paz y del reencuentro, es el deseo de hallar un lugar donde echar nuevas raíces, lo que se les arraiga en el corazón.

Inspirada en hechos reales, *Peregrinos* es una novela conmovedora, humana, un extraordinario reflejo de los caminos imbricados, del destino ineludible. En el hilo de la mejor literatura contemporánea, la magnífica pluma de Sofía Segovia nos regala un punto de vista singular y emocionante de uno de los conflictos más estremecedores de la historia.



Sofía Segovia nació en Monterrey. Estudió comunicación en la Universidad de Monterrey. Ha escrito guiones de comedia y comedia musical —y colaborado en otros— para el teatro local amateur. Es autora de *El murmullo de las abejas* (Lumen, 2015), novela con la que ha conquistado el aplauso de la crítica y el público. *Huracán* es el *remake* de su primera novela, *Noche de huracán*, publicada por primera vez en 2010 por Conarte. Vive en Monterrey con su esposo, sus hijos y sus tres mascotas. Sin el barullo alegre que logran entre todos, no podría concentrarse para escribir.

Peregrinos

Primera edición: abril, 2018

D. R. © 2018, Sofía Segovia

D. R. © 2018, derechos de edición mundiales en lengua castellana:

Penguin Random House Grupo Editorial, S.A. de C.V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, delegación Miguel Hidalgo, C.P. 11520,
Ciudad de México
www.megustaleer.mx

D. R. © Penguin Random House, por diseño de portada

D. R. © Juan Rodrigo Llaguno, por fotografía de la autora

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del copyright. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio procedimiento así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización. Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor,

<https://cempro.com.mx>).

ISBN: 978-607-316-426-9

Penguin
Random House
Grupo Editorial



[/megustaleermexico](https://www.facebook.com/megustaleermexico)



[@megustaleermex](https://twitter.com/megustaleermex)

Conversión eBook:

Mutãre, Procesos Editoriales y de Comunicación

ÍNDICE

Peregrinos

ILSE

1. La niña

ARNO

2. El niño y el vuelo de las banderas

ILSE Y LOS HAHLBROCK

3. Recuerdos del sol
4. Cuentos de oro
5. La legendaria Wanda
6. No toda esclavitud es igual
7. El himno de los niños

LOS SCHIPPER

8. Como hoja en un río
9. Llegará el día en que todo se comprenda

LOS HAHLBROCK

10. Una parvada de mal agüero
11. A veces es bueno no encontrar lo que se busca
12. El Volksempfänger no miente
13. Freddy llora entre truenos de trigo
14. Las cosas del pasado, mejor dejarlas allá

LOS SCHIPPER

15. La guerra de verano
16. A la paciencia la mata el hielo
17. Nada detiene el tiempo
18. Lloro la madre en silencio
19. Perdido

LOS HAHLBROCK

20. Trabaja mucho, Ilse
21. Lobos de invierno
22. Pobre Freddy

LOS SCHIPPER

23. El fin de la guerra
24. Perdido
25. En otra parte
26. Lo que duele

LOS HAHLBROCK

27. La abuela
28. Las cuentas no cuadran
29. El aullido

LOS SCHIPPER

30. Las hogueras de las vanidades
31. Verdades ocultas
32. No abandona la guerra al soldado
33. La guerra entra por la puerta principal

LOS HAHLBROCK

- 34. Uno, uno, uno
- 35. Tic toc, Wanda
- 36. Cada universo por sí mismo
- 37. La lista

LOS HAHLBROCK

- 38. Suave, juguétón y con palabras sencillas
- 39. Las horas
- 40. Algo peor que la soledad

LOS SCHIPPER

- 41. La invasión del ejército de hielo
- 42. Las murallas de Königsberg
- 43. Declarados hombres
- 44. Más fragmentos

LOS HAHLBROCK

- 45. Miradas
- 46. Una llegada
- 47. Luz
- 48. Las palabras se gastan
- 49. Tres días de silencio
- 50. Cuentos perdidos

LOS SCHIPPER

- 51. Vecinos
- 52. Domingo
- 53. El derrumbe de la muralla

LOS HAHLBROCK

- 54. Falsas promesas
- 55. La maldición de Eva
- 56. El Káiser y los lobos
- 57. Con las manos vacías
- 58. Los gansos
- 59. Pasan dos veces
- 60. Morir en invierno

LOS SCHIPPER

- 61. El último alemán

LOS HAHLBROCK

- 62. La Historia

JANUSZ

- 63. Adiós

ARNO

- 64. De Königsberg a Kaliningrado
- 65. Una puerta de separación

ILSE

- 66. La muñeca perdida

JANUSZ

- 67. La carga

ARNO

- 68. El gigante del bosque

ARNO

69. Honrarás a tu madre

WANDA

70. Navidad

ILSE

71. Los cuentos

JANUSZ

72. La lágrima de ámbar

ARNO

73. Un desconocido

KARL SCHIPPER

74. Texas

75. Francia

ILSE Y ARNO

76. Dos caminos se cruzan

77. Los hijos del ámbar

De Königsberg a Monterrey

Sobre este libro

Sobre la autora

Créditos